EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR

LA GRAMÁTICA GENERAL DE DU MARSAIS CON COMENTARIO

GRAMMATICA HVMANISTICA

SERIE TEXTOS. 9

EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR

LA GRAMÁTICA GENERAL DE DU MARSAIS CON COMENTARIO

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

INSTITVTO Ð ESTVDIOS HVMANISTICOS

Cáceres
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

GRAMMATICA HVMANISTICA
es una colección dirigida por Eustaquio Sánchez Salor.

© Eustaquio Sánchez Salor, para esta edición
© Universidad de Extremadura, para esta edición

Editan:

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones
Plaza de Caldereros, 2. 10071 Cáceres (España)
Tel. 927 257 041 ; Fax 927 257 046
publicac@unex.es
http://www.unex.es/publicaciones

Instituto de Estudios Humanísticos
C/ Mayor, 13-15. 44600 Alcañiz (Teruel)
Tel. 978 870 565 – Ex. 234
ieh@alcaniz.es
http://www.estudioshumanisticos.org/presentacion.htm

I.S.S.N.: 1699-6860
I.S.B.N.: 978-84-9127-039-3
Depósito Legal: CC-000040-2019

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Dosgraphic, s. L.

ÍNDICE GENERAL

Introducción ..... **XIII**
1. Génesis y Contenido de la obra XIII
2. De los artículos de la *Encyclopedie* a los *Principes* de 1769 (supresiones) XVI
3. El latín en Du Marsais XLV
4. Nuestro objetivo LV

La Gramática general de Du Marsais con comentario

I. Gramática y lógica **3**
1. La adquisición del conocimiento. Los sentidos 3
2. Los objetos con sus cualidades llegan a nuestra mente en un todo indiviso 5
3. Comunicación del pensamiento. El análisis 8
4. El análisis ha permitido conocer los mecanismos del lenguaje 9
   4.1. Lo que es común y lo que es diferente entre las lenguas 9
   4.2. Relación entre las palabras tras el análisis. Las marcas de relación 11
      4.2.1. El *ordo naturalis* 11
      4.2.2. Marcas morfemáticas 13
      4.2.3. Disimetrías entre la construcción lógica y la construcción elegante, sobre todo del latín 13
      4.2.4. *Ordo naturalis* / elegancia del hipérbarton 14
      4.2.5. *Constructio naturalis* / elegancia de la elipsis 16
      4.2.6. La reducción a la *constructio naturalis* es el mejor método de enseñanza del latín 17

II. Gramática racional **21**
1. La construcción gramatical 21
   1.1. La construcción gramatical es la unión de palabras en el discurso 21
   1.2. La construcción gramatical en el discurso responde a una construcción racional en la mente 22
   1.3. Construcción simple o natural 23
      1.3.1. Punto de partida de la construcción simple o natural: el pensamiento 24
      1.3.2. Comunicación del pensamiento. Análisis 25
      1.3.3. El orden natural de los constituyentes 27
      1.3.4. Razones por las que se llama construcción natural 28
      1.3.5. Conclusión 31
   1.4. La construcción figurada 32
      1.4.1. Elipsis 35
      1.4.2. El pleonasmo 39
      1.4.3. La silepsis o síntesis 40
      1.4.4. El hipérbaton 41

1.4.5. El helenismo 42
1.4.6. La atracción 43
1.5. La construcción usual 44
1.6. Conclusión 45

III. La oración, unidad con sentido completo. El análisis binario 49

1. El modo y la modalidad 49
2. Funciones gramaticales en las oraciones simples declarativas 53
2.1. Diferencia entre proposición (recoge el sentido completo de un juicio) y frase (puede faltar algo que hay que suplir) 53
2.2. Funciones gramaticales en la proposición declarativa. La cosa y lo que se dice de la cosa. Sujeto y atributo 54
2.3. Tipos de sujeto 54
3. Conjunto de varias proposiciones simples. El periodo: unión de proposiciones simples sin sentido completo para formar un sentido completo 56
3.1. Criterio identificador de las diferentes proposiciones que componen un periodo. Existencia de atributo (verbo) 57
3.2. Partes retóricas del periodo 58
3.3. Distinción entre proposición explicativa y proposición determinativa 59
3.4. Explicativas y determinativas son proposiciones incidentes 60
4. Proposición en la que hay elipsis de algún constituyente 61
4.1. La elipsis en los Proverbios 61
4.2. La elipsis en los Emblemas 62
5. Relación entre proposición elíptica (nivel de realización) y proposición lógica (nivel de juicio mental) 62
6. Análisis de un periodo de acuerdo con los principios anteriores 63
6.1. A nivel de realización gramatical 63
6.2. A nivel lógico o racional 64
7. Tabla en que se recogen los diferentes tipos de proposiciones 64
8. Clasificación de la oración compuesta 66
8.1. Disyuntivas 66
8.2. Condicionales 66
8.3. Causales 66
8.4. Adversativas 67
8.5. Conclusión 67
9. Concordancia y régimen 67
9.1. Relación de identidad o concordancia. Su base lógica 68
9.2. Relación de determinación o régimen. Su base lógica 68
9.3. Marcas formales de la relación de determinación 68
9.4. Análisis del sintagma determinativo 69
9.5. Constituyentes determinantes obligatorios y constituyentes determinantes opcionales. 70
10. Ejemplos prácticos de análisis gramaticales que reducen todo a estructuras binarias 71
10.1. Ejemplos latinos 71
10.2. Un ejemplo del francés 73
11. En la proposición compuesta hay que evitar, en aras del sentido, la discordancia entre palabras correferenciales 84
11.1. Definición de discordancia 84
11.2. Ejemplos franceses de discordancia 85
12. Palabras expletivas, no necesarias para el sentido completo de la proposición 87

IV. Tipos de nombres. Genéricos, específicos, individuales **91**
1. El artículo como modificador del tipo de nombre 91
1.1. El artículo con preposición 91
1.1.1. La contracción preposición + artículo en francés 93
1.1.2. Preposición y su relación con los casos 95
1.1.3. La preposición *a* y *de* en francés 96
1.1.4. La preposición *de* en latín 98
1.1.5. La preposición *ad* y *a/ab* del latín en francés 100
1.2. El artículo es un prenombre en función de adjetivo 101
1.2.1. El artículo *le, la, les* 101
1.2.2. El artículo *un* 102
2. Los prenombres como modificadores del tipo de nombre 104
2.1. Nombres propios / nombres de especie / nombres de género 104
2.2. Proposiciones universales, proposiciones particulares y proposiciones singulares en función del nombre al que se aplican 107
2.3. Marcas prenominales de cada uno de esos nombres y sus correspondientes proposiciones 108
2.4. El uso del artículo en el caso de Nombres de especie o comunes 111
2.5. El uso del artículo en el caso de Nombres propios 114
2.6. El uso del artículo en el caso de nombres propios de países 118
2.7. Giros especiales en relación con el uso del artículo 119
2.8. Nombres construidos sin prenombre ni preposición, detrás de un verbo del que son el complemento 121
2.9. Nombres construidos con una preposición sin artículo 122
2.10. Nombres construidos con el artículo o prenombre, sin preposición 122
2.11. Nombres construidos con la preposición y el artículo 123
2.12. Observaciones sobre el uso del artículo, cuando el adjetivo precede al sustantivo, o cuando está detrás del sustantivo 123
2.13. Reflexión sobre la regla de M. de Vaugelas que dice «No se debe poner el relativo detrás de un nombre sin artículo» 126
2.14. Sobre si las lenguas que tienen artículo tienen ventaja sobre las que no lo tienen 130

V. Mecánica de la voz. Los sonidos y su articulación **135**
1. Vocales y consonantes 136
1.1. Materia y forma de vocales y consonantes 137
1.2. Mecanismo de las vocales 139
1.3. Mecanismo de las consonantes 140
1.4. La articulación de vocal y consonante; la sílaba 141
1.5. Conclusión 142
2. Tipos de consonantes 142
2.1. Por el punto de articulación 142
2.2. Diferentes formas de pronunciar una consonante en función del lugar o nación 143
2.3. Nombre de las consonantes 144
2.4. Descripción de las consonantes en francés 145
2.5. Clasificación en sonoras y sordas 149
3. Sobre la letra E 151
4. Los diptongos 158
5. Los acentos 164

VI. Gramática general y gramática francesa **173**
1. El adjetivo 173
1.1. Cuestiones de Gramática general 173
1.1.1. El nombre adjetivo (adjetivo y adjetivo sustantivado) 174
1.1.2. Clasificación semántica de los adjetivos: físicos y metafísicos 174
1.1.3. Clasificación funcional: calificativos, determinativos 176
1.1.4. Otras clases de palabra que pueden funcionar como adjetivo 177
1.2. Cuestiones de sintaxis francesa del adjetivo 177
1.2.1. Sintaxis del adjetivo 178
1.2.1.1. Concordancia 178
1.2.1.2. Posición 178
1.2.3. Accidentes del adjetivo en francés 181
1.2.3.1. Género. Morfemas de masculino y femenino 181
1.2.3.2. Número. Morfema de plural 183
1.2.3.3. Grado en el adjetivo 183
1.2.4. Uso de los adjetivos como adverbios 183
1.2.5. Diferencia entre adjetivo y nombre de cualidad 184
1.2.6. El comparativo 185
2. Los casos del nombre 187
2.1. Cuestión de Gramática General 187
2.2. Cuestión de Gramática particular 188
2.2.1. Los casos latinos 188
2.2.2. El concepto de declinación 190
2.2.3. Palabras indeclinables y función de los casos 190
2.2.4. El latín y otras lenguas flexionales pueden cambiar el orden lógico de las palabras en la frase 192
2.2.5. Las lenguas sin caso respetan en la elocución el orden natural 193
2.2.6. Las lenguas con casos pueden recurrir con frecuencia a la elocución figurada 193
2.2.7. El número de casos en diferentes lenguas flexionales 194
3. Observaciones sobre los verbos auxiliares 195
3.1. Definición de verbo auxiliar 196
3.2. Análisis lógico de los tiempos compuestos 196
3.3. Tratar de explicar usos franceses desde esquemas latinos complica las reglas gramaticales en el propio francés 198
4. Observaciones sobre las conjugaciones 198
4.1. La situación real en las diferentes lenguas particulares 198
4.2. Situación ideal de la conjugación en una hipotética lengua universal 202
5. Las preposiciones y en particular la preposición *a* 203
5.1. Valores generales y valores específicos de las preposiciones 205
5.2. Valor general y valor concreto de la preposición *a* en francés 206
6. Sobre el adverbio 209
6.1. Definición general del adverbio 209
6.2. Tipos de adverbios en francés 211
7. Conjunciones 214
7.1. Definición general de conjunción 214
7.2. Tipos de conjunciones 215

8. El accidente gramatical 219
8.1. Definición de accidente desde la Lógica 219
8.2. Accidentes universales de todas las palabras 219
8.3. Accidentes propios de cada clase de palabra 220

VII. Apéndice. La *Méthode latine* 225
Exposición de un Método razonado para aprender la lengua latina 225
Primera parte. Sobre la Rutina 226
I. Las palabras con su significado 226
II. Sobre la inversión 229
III. Sobre las elipsis 233
IV. Las formas de hablar o latinismos 237
Conclusión de esta primera parte 238
Segunda parte. Sobre la Gramática razonada 240
I. La Gramática razonada es fácil para los jóvenes que hayan superado la Rutina 240
II. Los métodos tradicionales exigen mucha más atención y tensión de mente 243
III. Traducción interlineal del *Carmen saeculare* de Horacio 247
Poema secular de Horacio. Exposición de su contenido 247
Poema secular de Q. Horacio Flaco 247
Notas 247

INTRODUCCIÓN[1]

1. GÉNESIS Y CONTENIDO DE LA OBRA

Trece años después de la muerte de César Chesneau Du Marsais, los editores de la *Encyclopedie*, dieron a la luz en 1769 una obra póstuma de este maestro, que había escrito los artículos de tema gramatical de los primeros tomos de la propia *Encyclopedie*; en esa edición de 1769 incluyeron la Lógica y la Gramática General. Se trata de *Logique et Principes de Grammaire par M. Du Marsais. Ouvrages posthumes en partie et en partie extraits de plusieurs traités qui ont déja paru de cet Auteur,* Paris, MDCCLXIX. Aparecen como editores Briasson, libraire, rue S. Jacques, Le Breton, premier imprimeur du Roi, rue de la Harpe, y Herissant Fils, libraire, rue S. Jacques[2].

Al tratarse de una obra póstuma, el autor no interviene en la organización del material acumulado en ella. Es el editor el que lo hace[3]. En el prólogo al lector, el editor explica cómo ha llegado a sus manos el texto manuscrito de la *Lógica* que edita antes de los *Principios de Gramática*. Dice en p. iii, que hacia el año 1745 Du Marsais entabló amistad con el señor de Rochebrune, Commisaire au Châtelet. En 1750 Du Marsais envía a su amigo un regalo consistente en un manuscrito, que contenía la *Lógica*. Es este manuscrito el que, según palabras del propio editor, publica en 1769.

Pero no dice nada de cómo ha llegado a sus manos ni del criterio que ha seguido para recopilar y ordenar los diferentes capítulos gramaticales, aparecidos ya antes en la *Encyclopedie*, que incluye en lo que llama *Principes de Grammaire*.

Salvo el capítulo primero, titulado *Principes de Grammaire ou fragments sur les causes de la parole*, el resto de los capítulos y apartados de esta *Grammaire* son una reedición, con supresiones, como veremos, de diferentes artículos publicados por los mismos editores en la *Encyclopedie*. La colocación, por parte de los editores, al comienzo de la parte gramatical de esta obra, del citado capítulo responde al hecho de que, en la doctrina ilustrada del siglo XVIII, son dos los principios que

[1] Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del Proyecto de Investigación «Gramáticas en Europa (ss. XVII-XVIII). Estudios y ediciones» (FFI2016-78496-P), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad, dirigido por los profesores E. Sánchez Salor y Mª Luisa Harto Trujillo.

[2] El texto latino se puede ver en <http://archive.org/stream/fre_b1886970#page/n151/mode/2up>.

[3] En la portada de la edición figuran tres editores. Pero en la Advertencia inicial se apunta a uno solo, ya que el título de la Advertencia dice así: *Avis del editeur.*

están detrás de la adquisición del conocimiento y de la subsiguiente creación del lenguaje (*les causes de la parole*): por un lado, el empirismo; el conocimiento de los objetos llega a nuestro espíritu a través de la percepción de los mismos por medio de nuestros sentidos. Por otro, el racionalismo: una vez que tenemos en nuestra mente o espíritu los objetos, nuestra mente o razón los manipula: les da nombre, los pone en relación entre sí. Y, la consecuencia inmediata de ponerlos en relación entre si es formar juicios sobre ellos; y la forma de comunicar esos juicios con los demás es la creación de frases o proposiciones que son el reflejo oral de los juicios.

El capítulo primero, que nosotros hemos titulado *Gramática y Lógica,* y que Du Marsais tituló *Les Causes de la parole* («Las causas del habla»), lo toman los editores de un manuscrito del propio Du Marsais, que este había enviado al ya citado señor de Rochebrune poco después de haberle enviado el manuscrito de la *Lógica*[4].

El resto de la obra está sacado de artículos sobre Gramática de la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*[5]; esta Enciclopedia fue editada en Francia entre los años 1751 y 1772, bajo la dirección de Denis Diderot y Jean D'Alambert. Estos encargaron a Du Marsais los capítulos de tema gramatical. Entre los 75 y 80 años (1751-1756) Du Marsais redactó 143 artículos sobre temas gramaticales, antes de que la muerte interrumpiera su labor en la entrada *Grammarien*. La continuación de los artículos gramaticales de la *Encyclopédie* fue encargada a Nicolás Beauzée.

Lo que nosotros hemos organizado como capítulos II y III, titulados respectivamente *Gramática racional* y *La oración, unidad con sentido completo. El análisis binario,* lo han tomado los editores del artículo de la *Encyclopedie*, titulado *Construction*. Solo nuestros apartados 11 y 12 del capítulo III no están en el artículo *Construction* de la *Encyclopedie*. El 11, que hemos titulado así: 11. *En la proposición compuesta hay que evitar, en aras del sentido, la discordancia entre palabras correferenciales,* y en el que hemos recogido dos apartados (*Definición de discordancia y Ejemplos de discordancia en francés*) está sacado todo él de la *Encyclopedie*, concretamente de la entrada *Disconvenance*. Y el 12, que hemos titulado *Palabras expletivas, no necesarias para el sentido completo de la proposición,* es el capítulo de la propia *Encyclopedie* titulado *Explétif, Expletive*.

Nuestro capítulo IV, *Tipos de nombres. Genéricos, específicos, individuales,* es una reproducción, con algunas supresiones que recogemos en nota, del artículo de la *Encyclopedie* titulado *L'article*. No hemos mantenido el título de la *Encyclopedie*, porque, si bien Du Marsais trata del artículo, lo hace como instrumento de las lenguas, sobre todo de la francesa, para modificar la extensión del significado de una palabra. De ahí el título que hemos puesto a este capítulo IV.

Recogen a continuación los editores un pequeño tratado de Fonética y Prosodia, en el que reúnen, con supresiones también, los siguientes capítulos de la *Encyclopedie*: *Consonne*, *l'E*, *Diphthongue*, y *Accent*. Nosotros hemos agrupado este contenido en el nuestro capítulo V.

---

[4] Dice en p. iv: «Le fragment sur *les Causes de la parole* a été pareillement donné à M. de Rochebrune, par l''auteur, en une autre circonstance».

[5] <https://fr.wikisource.org/wiki/L'Encyclopédie/1re_édition/Volume_1>.

En el capítulo VI, que hemos titulado *Gramática general y Gramática francesa*, los editores recogieron los siguientes artículos de la *Encyclopedie*: *Adjectif, Cas, Auxiliaire, Conjugaison. l'A, Adverb, Conjonction*. En su momento daremos las razones por las que hemos agrupado en un capítulo titulado «Gramática general y Gramática francesa» el contenido de los citados artículos.

Por último, los editores recogieron el artículo *Accident* de la *Encyclopedie*.

Lógicamente la selección, por parte de los editores, de los artículos gramaticales que ya habían sido publicados por Du Marsais en la *Encyclopedie* estuvo condicionada por el hecho de que este gramático, por muerte, dejó de publicar en la *Encyclopedie* a la altura del artículo *Grammarien*.

A pesar de esa condición, los editores lograron conjuntar una serie de artículos, cuya letra inicial es anterior a la «g», con un criterio tan lógico-gramatical, que bien se puede decir que el resultado final es una verdadera Gramática General muy representativa de la Gramática ilustrada. A medida que vayamos organizando y comentando los diferentes capítulos, iremos dando cuenta sobre cómo los artículos seleccionados se van conjuntado para constituir una verdadera Gramática.

Dos criterios hay que indican que detrás de la organización del material por parte de lo editores está la opinión del propio Du Marsais.

En primer lugar, está el hecho de que Du Marsais había expresado ya en 1730, en la edición de ese año de los *Tropes*[6], que él seguía un criterio determinado a la hora de escribir una Gramática General. Hacía tiempo ya, en el propio año 1730, que lo venía practicando: «Tel est le plan que je me suis fait, il y a long-tems, de la Grammaire». Claramente lo había practicado en *Exposition d'une méthode raisonnée pour apprendre la langue latine*, París, 1722.

Y ese plan lo acaba de exponer antes de las palabras que acabamos de citar del prólogo de los *Tropes*. Divide la Gramática en siete partes («Je divise la Grammaire en sept parties»). Y esas partes son:

1. La connoisance de la proposition et de la période.
2. L'Ortographie.
3. La Prosodie.
4. L'Etimologie.
5. Les préliminaires de la Syntaxe (coincide con la Morfosintaxis).
6. La syntaxe.
7. En fin, la connoissance des différens sens dans lesquels un mème mot est employé dans un mème langue.

Si miramos la organización del material gramatical en los *Principes* de 1769, podemos comprobar que, en buena medida, se sigue este orden: prescindiendo del primer capítulo dedicado a la doctrina ilustrada sobre la adquisición del conocimiento, que es, a su vez, el origen o la causa del lenguaje, el resto responde

[6] *Des tropes ou des differents sens dans lesquels on peut prendre un même mot dans une même langue,* 1730.

al esquema anterior: Proposición; partes de la proposición; ortografía y prosodia; Sintaxis tanto desde el punto de vista morfosintáctico, como desde el punto de vista sintáctico. De «la connoissance des différens sens dans lesquels un mème mot est employé dans un mème langue», donde estarían incluidos la Etimología y los Tropos, término este con el que alude a los diferentes significados que puede tener una palabra independientemente del suyo originario, se trata en el último capítulo de esta obra, dedicado al *Accidente*. En la citada Gramática latina de 1722 están tratados todos estos puntos.

En segundo lugar, está el hecho de que en la organización del material en los *Principes* de 1769 se sigue el orden normal en una Gramática ilustrada; es decir, el orden que Du Marsais tenía in mente, como gramático ilustrado que era. Ahí está, en efecto, un primer apartado que trata del origen o causas del lenguaje. Los ilustrados ponen el origen o causa del lenguaje en el proceso de adquisición del conocimiento por parte del hombre. A la mente del hombre llegan, a través de los sentidos, los objetos que existen en el mundo exterior. Junto con el objeto entran en la mente sus cualidades o atributos. El objeto y sus atributos forman, en principio, en la mente un conjunto indiviso; es la propia mente la que separa o analiza por un lado el objeto y, por otro, su atributo o atributos, formando dos ideas diferentes con cada uno de ellos. La mente puede crear ella misma ideas sin necesidad de que ellas vengan del exterior a través de los sentidos. La propia mente pone en relación esas dos ideas y construye un juicio mental, en el que la idea del objeto es la cosa y la idea del atributo o atributos es lo que se dice de esa cosa. Primero es la cosa y después lo que se dice de ella. Ese es el orden lógico y natural de los constituyentes.

Pero el hombre es un ser social, y los juicios mentales no servirían para nada en la sociedad, si no se comunican a los demás.

De ello se trata en los apartados siguientes. En el apartado que hemos titulado Gramática racional, y que no es sino una reedición del artículo *Construction* de la *Encyclopedie*, nos encontramos con toda la doctrina que explica las relaciones entre, por una parte, el esquema racional de la oración o proposición y, por otra, la realización sintáctica de la misma. Es lo que hemos recogido en lo que hemos organizado como capítulos II y III.

2. DE LOS ARTÍCULOS DE LA *ENCYCLOPEDIE* A LOS *PRINCIPES* DE 1769 (SUPRESIONES)

Ya hemos dicho que los editores de 1769 recogen diferentes artículos publicados por Du Marsais en la *Encyclopedie* y elaboran con ellos lo que llaman *Principes de Grammaire*. No añaden nada nuevo. Todo lo que se edita es de Du Marsais. Pero sí eliminan textos que estaban en los correspondientes artículos de la *Encyclopedie*.

Con el fin de llegar a alguna conclusión en lo que se refiere al criterio que siguen los editores, vamos a hacer una recopilación de las supresiones. Estas afectan a:

A) Reglas y ejemplos

El objetivo de Du Marsais es llegar a una Gramática General. Por ello en los artículos de la *Encyclopedie* aportaba ejemplos de diferentes lenguas con el fin de alcanzar un denominador común que pueda ser considerado como Gramática General. Sin embargo, los editores de los *Principes de Grammaire* eliminan generalmente las reglas y ejemplos de lenguas que no sean el latín y el francés. Da la impresión de que piensan que, con el latín y el francés, se puede llegar a conocer los principios de una Gramática general.

Encontramos a este respecto las siguientes supresiones:

a) Hebreo, caldeo, siriaco o griego

En el apartado dedicado al artículo, tras decir que hay lenguas que tienen artículos y otras que no lo tienen, comienza hablando del latín. Pero en la *Encyclopedie*, se añadían antes de ello, algunas observaciones sobre el hebreo, caldeo, siriaco y griego, observaciones que los editores de 1769 suprimen; son estas:

> En Hébreu, en Chaldéen, et en Syriaque, les noms sont indéclinables, c'est-à-dire, qu'ils ne varient point leur désinence ou dernieres syllabes, si ce n'est comme en François du singulier au pluriel; mais les vûes de l'esprit ou relations que les Grecs et les Latins font connoître par les terminaisons des noms, sont indiquées en Hébreu par des prépositifs qu'on appelle *préfixes*, et qui sont liés aux noms, à la maniere des prépositions inséparables, ensorte qu'ils forment le même mot. Comme ces prépositifs ne se mettent point au nominatif, et que l'usage qu'on en fait n'est pas trop uniforme, les Hébraïsans les regardent plûtôt comme des prépositions que comme des *articles. Nomina Hebraïca proprie loquendo sunt indeclinabilia. Quo ergo in casu accipienda sint et efferenda, non terminatione dignoscitur, sed præcipuè constructions, et præpositionibus quibusdam, seu litteris præpositionum vices gerentibus, quæ ipsis à fronte adjiciuntur.* Masclef. *gramm. Hebr. c. 11. n. 7.* A l'égard des Grecs, quoique leurs noms se déclinent, c'est-à-dire, qu'ils changent de terminaison selon les divers rapports ou vûes de l'esprit qu'on a à marquer, ils ont encore un article ὁ, ἡ, τό, τοῦ, τῆς, τῆς, *etc.* dont ils font un grand usage; ce mot est en Grec une partie spéciale d'*oraison*. Les Grecs l'appellerent ἄρτρον, du verbe ἄρω, *apto, adapto*, disposer, apprêter; parce qu'en effet l'*article* dispose l'esprit à considérer le mot qui le suit sous un point de vûe particulier; ce que nous développerons plus en détail dans la suite.

A propósito de la aspiración de la *h*, los editores de 1769 se limitan a recoger la situación en francés y la opinión de algunos gramáticos al respecto. En la *Encyclopedie*, sin embargo, Du Marsais se extendía más en la situación del griego y del hebreo. Así, tras decir, que «en francés solo las articulamos cuando van con vocales, *le héros, la hauteur*», en la *Encyclopedie* se añadía:

> Les Grecs prononçoient certaines *consonnes* avec cette aspiration. Les Espagnols aspirent aussi leur *j*, leur *g* et leur *x*.

Y tras decir que «Hay gramáticos que dan a la *H* el rango de consonante; otros, por el contrario, sostienen que este signo no apunta a ningún sonido concreto análogo al

de las otras consonantes y que debe ser considerado como un signo de aspiración», añadía en la *Encyclopedie*:

> Ils ajoutent que les Grecs ne l'ont point regardé autrement; qu'ils ne l'ont point mis dans leur alphabet entant que signe d'aspiration, et que dans l'écriture ordinaire ils ne le marquent que comme les accents au-dessus des lettres; et que si dans la suite il a passé dans l'alphabet latin, et de-là dans ceux des langues modernes, cela n'est arrivé que par l'indolence des copistes qui ont suivi le mouvement des doigts, et écrit de suite ce signe avec les autres lettres du mot, plûtôt que d'interrompre ce mouvement pour marquer l'aspiration au-dessus de la lettre.

Y tras decir «Yo pienso que, dado que unos y otros de estos gramáticos dan un valor concreto a este signo, deberían permitirse llamarlo o bien consonante, o bien signo de aspiración, según el punto de vista que más les convenza», añadía:

> Les lettres d'une même classe se changent facilement l'une pour l'autre; par exemple, le *b* se change facilement ou en *p*, ou en *v*, ou en *f;* parce que ces lettres étant produites par les mêmes organes, il suffit d'appuyer un peu plus ou un peu moins pour faire entendre ou l'une ou l'autre. Le nombre des lettres n'est pas le même partout. Les Hébreux et les Grecs n'avoient point le *le mouillé*, ni le son du *gn*. Les Hébreux avoient le son du *che*, *ש*, *schin:* mais les Grecs ni les Latins ne l'avoient point.

Cuando habla de la letra *E* dice Du Marsais que es la quinta letra de la mayoría de los alfabetos y la segunda de las vocales. Y añade que «Los griegos, al darse cuenta de que en ciertas sílabas de algunas palabras la *e* era menos larga y menos abierta que en las sílabas de otras palabras, encontraron la forma de marcar con caracteres distintos esta diferencia, que era muy sensible en la pronunciación». Hasta aquí recogen los editores de los *Principes*. En la *Encyclopedie*, sin embargo, Du Marsais se extendía en otras consideraciones sobre la «eta» del griego:

> Ils désignerent l'*e* bref par ce caractere E, ε, et l'appellerent εψιλόν, *epsilon*, c'est-à-dire petit *e*; il répond à notre *e* commun, qui n'est ni l'*e* tout-à-fait fermé, ni l'*e* tout-à-fait ouvert: nous en parlerons dans la suite. Les Grecs marquerent l'*e* long et plus ouvert par ce caractere H, η, *èta*; il répond à notre *e* ouvert long. Avant cette distinction quand l'*e* étoit long et ouvert, on écrivoit deux *e* de suite; c'est ainsi que nos peres écrivoient *aage* par deux *a*, pour faire connoître que l'*a* est long en ce mot: c'est de ces deux *E* rapprochés ou tournés l'un vis-à-vis de l'autre qu'est venue la figure *H*; ce caractere a été long-tems, en grec et en latin, le signe de l'aspiration. Ce nom *èta* vient du vieux syriaque *ketha*, ou de *keth*, qui est le signe de la plus forte aspiration des Hébreux; et c'est de-là que les Latins prirent leur signe d'aspiration *H*, en quoi nous les avons suivis. La prononciation de l'*eta* a varié: les Grecs modernes prononcent *ita*; il y a des savans qui ont adopté cette prononciation, en lisant les livres des anciens. L'université de Paris fait prononcer *êta*. *Voyez* les preuves que la méthode de P. R. donne pour faire voir que c'est ainsi qu'il faut prononcer; et sur-tout lisez ce que dit sur ce point le P. Giraudeau jésuite, dans son *introduction à la langue greque*; ouvrage très-méthodique et très-propre à faciliter l'étude de cette langue savante, dont l'intelligence est si nécessaire à un homme de lettres. Le P. Giraudeau, dis-je, s'explique en ces termes, *pag. 4*. «L'*èta* se prononce comme un *ê* long et ouvert, ainsi que nous prononçons l'*ê* dans *procès:* non-seulement cette prononciation est

> l'ancienne, poursuit-il, mais elle est encore essentielle pour l'ordre et l'œconomie de toute la langue greque».

En los *Principes* se dice que las diferencias entre los distintos tipos de la *e* francesa son muy sensibles en las personas que han recibido una buena educación en la capital. Y una vez que un cierto gusto por el equilibrio, la precisión y la exactitud se ha impuesto entre nosotros, hemos empezado a marcar con tildes la diferencia entre las *e*. Tras decir esto, en la *Encyclopedie* hablaba además de la importancia de los signos diacríticos en griego y hebreo:

> Voyez ce que nous avons dit sur l'usage et la destination des accens, même sur l'accent perpendiculaire, au mot *Accent*. Nos protes deviennent tous les jours plus exacts sur ce point, quoi qu'en puissent dire quelques personnes qui se plaignent que les accens rendent les caracteres hérissés; il y a bien de l'apparence que leurs yeux ne sont pas accoûtumés aux accens ni aux esprits des livres grecs, ni aux points des Hébreux. Tout signe qui a une destination, un usage, un service, est respecté par les personnes qui aiment la précision et la clarté; ils ne s'élevent que contre les signes qui ne signifient rien, ou qui induisent en erreur.

Todavía dentro del tema de la *eta* griega, recogen los editores en los *Principes* que «no hace mucho tiempo que se escribía *nai,* de *natus; il est nai*. Pero al final la pronunciación ha podido con la ortografía y ya se escribe *nè*». Y en la *Encyclopedie* añadía algo más sobre el griego:

> Quand les Grecs changeoient *ai* en η dans la prononciation, ils écrivoient αἴρω, *attollo*, ἦρον, *attollebam*. Observons en passant que les Grecs ont fait usage de cette *diphthongue ai*, au commencement, au milieu, et à la fin de plusieurs mots, tant dans les noms que dans les verbes: les Latins au contraire ne s'en sont guere servis que dans l'interjection *ai*, ou dans quelques mots tirés du Grec. Ovide parlant d'Hyacinthe, dit, *Ipse suos gemitus foliis inscribit: et ai ai /Flos habet inscriptum*. Ovid. *met. liv. X. v. 215*. Lorsque les Latins changent l'æ en *ai*, cet *ai* n'est point *diphthongue*, il est dissyllabe. Servius sur ce vers de Virgile, *Aulaï in medio. Æneid. liv. III. v. 354*, dit aulaï *pro* aulæ, *et est* diæresis *de grecâ ratione veniens; quorum* ai *diphthongus resoluta, apud nos duas syllabas facit*. Voyez *Dierese*.

Hablando de los acentos escritos, en la edición de 1769 se dice que «los griegos parecen haber sido los primeros que introdujeron el uso de acentos en la escritura»; pero en la *Encyclopedie* se añadía algo más:

> L'Auteur de la *Méthode Greque de P. R.* (p. 546) observe que la bonne prononciation de la langue Greque étant naturelle aux Grecs, il leur étoit inutile de la marquer par des accens dans leurs écrits; qu'ainsi il y a bien de l'apparence qu'ils ne commencerent à en faire usage que lorsque les Romains, curieux de s'instruire de la langue Greque, envoyerent leurs enfans étudier à Athenes. On songea alors à fixer la prononciation, et à la faciliter aux étrangers; ce qui arriva, poursuit cet Auteur, un peu avant le tems de Ciceron.

En la edición de 1769 los recopiladores recogen estos términos de Du Marsais sobre el acento circunflejo griego: «y es que es propio de la naturaleza de cada voz, dice el autor de la *Méthode grecque de Port-Royal* (p. 551), tener una elevación

que sostiene la pronunciación, y que esa elevación después se modera y baja, y no pasa a las sílabas siguientes». En la *Encyclopedie* nuestro gramático añadía más detalles sobre el griego:

> L'Auteur de la *Méthode Greque de P. R.* (p. 546) observe que la bonne prononciation de la langue Greque étant naturelle aux Grecs, il leur étoit inutile de la marquer par des accens dans leurs écrits; qu'ainsi il y a bien de l'apparence qu'ils ne commencerent à en faire usage que lorsque les Romains, curieux de s'instruire de la langue Greque, envoyerent leurs enfans étudier à Athenes. On songea alors à fixer la prononciation, et à la faciliter aux étrangers; ce qui arriva, poursuit cet Auteur, un peu avant le tems de Ciceron».

Los editores de los *Principes* recogen la idea principal de Du Marsais en relación con las diferencias entre las lenguas modernas y el griego en lo que se refiere al acento y la cantidad de las sílabas: «Esta diferencia entre la pronunciación de los antiguos y la nuestra me parece que es la verdadera razón por la que, aunque nuestras sílabas tengan también cantidad, como la tenían las de los antiguos, sin embargo, al no ser la diferencia entre nuestras largas y nuestras breves tan sensible en todas nuestras palabras, nuestros versos solo se forman sobre la armonía que resulta del número de sílabas, mientras que los versos de los griegos y de los latinos toman su armonía del número de pies generados por ciertas combinaciones de largas y breves». En la *Encyclopedie*, Du Marsais añadía un largo y erudito discurso que suprimen los editores de los *Principes*:

> «Le dactyle, l'ïambe et les autres piés entrent dans le discours ordinaire, dit Ciceron, et l'auditeur les reconnoît facilement», *eos facile agnoscit auditor.* (Cic. Orator. n. LVI.) «Si dans nos Théatres, ajoûte-t-il, un Acteur prononce une syllabe breve ou longue autrement qu'elle ne doit être prononcée, selon l'usage, ou d'un ton grave ou aigu, tout le peuple se récrie. Cependant, poursuit-il, le peuple n'a point étudié la regle de notre Prosodie; seulement il sent qu'il est blessé par la prononciation de l'Acteur: mais il ne pourroit pas démêler en quoi ni comment; il n'a sur ce point d'autre regle que le discernement de l'oreille; et avec ce seul secours que la nature et l'habitude lui donnent, il connoît les longues et les breves, et distingue le grave de l'aigu». *Theatra tota exclamant, si fuit una syllaba brevior aut longior. Nec verò multitudo pedes novi, nec ullos numeros tenet: nec illud quod offendit aut cur, aut in quo offendat intelligit, et tamen omnium longitudinum et brevitatum in sonis, sicut acutarum graviumque vocum, judicium ipsa natura in auribus nostris collocavit*. (Cic. Orat. n. LI. fin.). Notre Parterre démêle, avec la même finesse, ce qui est contraire à l'usage de la bonne prononciation; et quoique la multitude ne sache pas que nous avons un *e* ouvert, un *e* fermé et un *e* muet, l'Acteur qui prononceroit l'un au lieu de l'autre seroit siflé. Le célebre Lully a eu presque toûjours une extrème attention à ajuster son chant à la bonne prononciation; par exemple il ne fait point de tenue sur les syllabes breves, ainsi dans l'opera d'Atis, *Vous vous éveillez si matin*, l'*a* de *matin* est chanté bref tel qu'il est dans le discours ordinaire; et un Acteur qui le feroit long comme il l'est dans *mâtin*, gros chien, seroit également siflé parmi nous, comme il l'auroit été chez les Anciens en pareil cas. Dans la Grammaire greque, on ne donne le nom d'*accent* qu'à ces trois signes, l'aigu ', le grave ‘ et le circonflexe ~, qui servoient à marquer le ton, c'est-à-dire l'élevement et l'abaissement de la voix; les autres signes, qui ont d'autres usages, ont d'autres noms, comme l'*esprit*

rude, l'esprit doux, etc. C'est une question s'il faut marquer aujourd'hui ces *accens* et ces *esprits* sur les mots grecs: le P. Sanadon, dans sa préface sur Horace, dit qu'il *écrit le grec sans accens*. En effet, il est certain qu'on ne prononce les mots des langues mortes que selon les inflexions de la langue vivante; nous ne faisons sentir la quantité du grec du latin que sur la pénultieme syllabe, encore faut-il que le mot ait plus de deux syllabes: mais à l'égard du ton ou accent, nous avons perdu sur ce point l'ancienne prononciation; cependant, pour ne pas tout perdre, et parce qu'il arrive souvent que deux mots ne different entr'eux que par l'accent, je crois avec l'Auteur de la Méthode greque de P. R. que nous devons conserver les accens en écrivant le grec: mais j'ajoûte que nous ne devons les regarder que comme les signes d'une prononciation qui n'est plus; et je suis persuadé que les Savans qui veulent aujourd'hui régler leur prononciation sur ces accens, seroient siflés par les Grecs mêmes s'il étoit possible qu'ils en fussent entendus. A l'égard des Latins, on croit communément que les accens ne furent mis en usage dans l'écriture que pour fixer la prononciation, et la faciliter aux étrangers.

Igualmente erudito es el comentario que hacía Du Marsais en la *Encyclopedie* a propósito de lo que dicen Prisciano e Isidoro: «que los latinos tenían diez acentos». Ese comentario, que se refiere no tanto al latín como al griego y al hebreo, es suprimido por los editores de 1769:

Ces dix accens, selon ces Auteurs, sont; 1. L'accent aigu '. 2. Le grave '. 3. Le circonflexe ~. 4. La longue barre, pour marquer une voyelle longue —, *longa linea*, dit Priscien; *longa virgula*, dit Isidore. 5. La marque de la brieveté d'une syllabe, *brevis virgula* ˘. 6. L'hyphen qui servoit à unir deux mots, comme *ante-tulit*; ils le marquoient ainsi, selon Priscien ‿, et ainsi selon Isidore Ω. Nous nous servons du tiret ou trait d'union pour cet usage, *portemanteau, arc-en-ciel*; ce mot *hyphen* est purement grec, ὑπὸ, *sub*, et ἕν, *unum*. 7. La diastole au contraire étoit une marque de séparation; on la marquoit ainsi ʔ sous le mot, *supposita versui*. (Isid. de fig. accentuum). 8. L'apostrophe dont nous nous servons encore; les Anciens la mettoient aussi au haut du mot pour marquer la suppression d'une lettre, *l'ame* pour *la ame*. 9. La Δασεῖα; c'étoit le signe de l'aspiration d'une voyelle. *RAC.* δασὺς, *hirsutus*, hérissé, rude. On le marquoit ainsi sur la lettre, c'est l'esprit rude des Grecs, dont les copistes ont fait l'*h* pour avoir la facilité d'écrire de suite sans avoir la peine de lever la plume pour marquer l'esprit sur la lettre aspirée. 10. Enfin, le ψιλὴ, qui marquoit que la voyelle ne devoit point être aspirée; c'est l'esprit doux des Grecs, qui étoit écrit en sens contraire de l'esprit rude. Ils avoient encore, comme nous, l'*astérique* et plusieurs autres notes dont Isidore fait mention, *Orig. liv. I.* et qu'il dit être très-anciennes. Pour ce qui est des Hébreux, vers le cinquieme siecle, les Docteurs de la fameuse Ecole de Tibériade travaillerent à la critique des Livres de l'Ecriture-sainte, c'est-à-dire, à distinguer les livres apocryphes d'avec les canoniques: ensuite ils les diviserent par sections et par versets; ils en fixerent la lecture et la prononciation par des points, et par d'autres signes que les Hébraïsans appellent *accens*; desorte qu'ils donnent ce nom, non-seulement aux signes qui marquent l'élevation et l'abaissement de la voix, mais encore aux signes de la ponctuation. *Aliorum exemplo excitati vetustiores Massoretæ huic malo obviam ierunt, vocesque à vocibus distinxerunt interjecto vacuo aliquo spatiolo; versus verò ac periodas notulis quibusdam, seu ut vocant accentibus, quos eam ob causam accentus pausantes et distinguentes, dixerunt*. Masclef, *Gram. Hebrai. 1731. tom. I. pag. 34*. Ces Docteurs furent appellés *Massoretes*, du mot *massore*, qui veut dire *tradition*; parce

> que ces Docteurs s'attacherent dans leur opération à conserver, autant qu'il leur fut possible, la tradition de leurs Peres dans la maniere de lire et de prononcer.

A propósito de las terminaciones de los adjetivos, en la *Encyclopedie* se añadía la norma del latín y sobre todo del griego al respecto, norma que es suprimida en 1769:

> A l'égard du genre, il faut observer qu'en Grec et en Latin, il y a des *adjectifs* qui ont au nominatif trois terminaisons, καλός, καλή, καλόν, *bonus, bona, bonum*; d'autres n'ont que deux terminaisons dont la premiere sert pour le masculin et le féminin, et la seconde est consacrée au genre neutre, ὁ καὶ ἡ ἐυδαίμων heureux; et en latin *hic* et *hæc fortis* et *hoc forte*, fort. Clenard et le commun des Grammairiens Grecs disent qu'il y a aussi en Grec des *adjectifs* qui n'ont qu'une terminaison pour les trois genres: mais la savante méthode Greque de P. R. assure que les Grecs n'ont point de ces adjectifs, *liv. I. ch. ix. regle XIX. avertissement*. Les Latins en ont un grand nombre, *prudens, felix, ferax, tenax*, etc.

En relación con los casos, en los *Principes* solo se dice esto: «Los latinos tienen seis casos, tanto en singular como en plural: nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo, ablativo». En la *Encyclopedie* se añadía lo siguiente en relación con el hebreo y griego:

> Les noms Hébreux n'ont point de *cas*, ils sont souvent précédés de certaines prépositions qui en font connoître les rapports: souvent aussi c'est le sens, c'est l'ensemble des mots de la phrase qui, par le méchanisme des idées accessoires et par la considération des circonstances, donne l'intelligence des rapports des mots; ce qui arrive aussi en latin à l'égard des noms indéclinables, tels que *fas* et *nefas, cornu*, etc. *Voyez la Grammaire Hébraïque* de Masclef, *tom. I. c. 2. n. 6*. Les Grecs n'ont que cinq *cas, nominatif, genitif, datif, accusatif, vocatif:* mais la force de l'*ablatif* est souvent rendue par le *genitif*, et quelquefois par le *datif. Ablativi formâ Græci carent, non vi, quæ genitivo et aliquando dativo refertur.* Caninii Hellenismi, *Part. orat. p. 87*». Al final de este capítulo recogerán los editores la doctrina de los casos en hebreo y griego.

Son, pues, muchas las reglas y ejemplos del hebreo y del griego que, habiendo sido incluidos en los correspondientes artículos de la *Encyclopedie*, son sin embargo suprimidos por los editores de los *Principes* de 1769.

b) Italiano

De los artículos de la *Encyclopedie* que fueron sacados para organizar los *Principes de Grammaire* en 1769 fueron también eliminados por los editores reglas de la Gramática italiana y ejemplos del italiano. También en este caso los editores pensarían que no hacían falta para construir una Gramática de Principios Generales.

Cuando habla de la relación entre caso y preposición, sostiene Du Marsais que no es lo mismo una cosa que otra. Los casos, como máximo son seis, mientras que las preposiciones son muchas más. Y, como ejemplo, ponía en la *Encyclopedie* el italiano o, más concretamente, la Gramática de Buommatèi. Esto es suprimido en 1769:

> Les grammaires italiennes ne comptent que six cas aussi, par la seule raison que les Latins n'en ont que six. Il ne sera pas inutile de décliner ici au moins le singulier des noms Italiens, tels qu'ils sont déclinés dans la grammaire de Buommatei, celle qui avec raison a le plus de réputation. 1. *Il re*, c'est-à-dire le roi; 2. *del re*, 3. *al re*, 4. *il re*, 5. *o re*, 6. *dal re*. 1. *Lo abbate*, l'abbé; 2. *dello abbate*, 3. *allo abbate*, 4. *lo abbate*, 5. *o abbate*, 6. *dallo abbate*. 1. *La donna*, la dame; 2. *della donna*, 3. *alla donna*, 4. *la donna*, 5. *o donna*, 6. *dalla donna*. On voit aisément, et les Grammairiens en conviennent, que *del, dello*, et *dalla*, sont composés de l'*article*, et de *di*, qui en composition se change en *de;* que *al, allo* et *alla* sont aussi composés de l'*article* et de *a*, et qu'enfin *dal, dallo*, et *dalla* sont formés de l'*article* et de *da*, qui signifie *par, che, de*. Buommatei appelle ces trois mots *di, a, da*, des *segnacasi*, c'est-à-dire, des *signes des cas*. Mais ce ne sont pas ces seules prépositions qui s'unissent avec l'*article*, en voici encore d'autres qui ont le même privilége. *Con, co*, avec; *col tempo*, avec le tems; *colla liberta*, avec la liberté. *In*, en, dans, qui en composition se change en *ne, nello specchio*, dans le miroir, *nel giardino*, dans le jardin, *nelle strade*, dans les rues. *Per*, pour, par rapport à, perd l'*r, p'el giardino*, pour le jardin. *Sopra*, sur, se change en *su, su'l prato*, sur le pré, *sulla tavola*, sur la table. *Infra* ou *intra* se change en *tra*: on dit *tra'l* pour *tra*, il entre là. La conjonction *e* s'unit aussi avec l'*article*, *la terra e'l cielo*, la terre et le ciel. Faut-il pour cela l'ôter du nombre des conjonctions? Puisqu'on ne dit pas que toutes ces prépositions qui entrent en composition avec l'*article*, forment autant de nouveaux cas, qu'elles marquent de rapports différens; pourquoi dit-on que *di, a, da*, ont ce privilége? C'est qu'il suffisoit d'égaler dans la langue vulgaire le nombre des six cas de la grammaire latine, à quoi on étoit accoûtumé dès l'enfance. Cette correspondance étant une fois trouvée, le surabondant n'a pas mérité d'attention particuliere. Buommatei a senti cette difficulté: sa bonne foi est remarquable: je ne saurois condamner, dit-il, ceux qui veulent que *in, per, con*, soient aussi bien signes de cas, que le sont *di, a, da*: mais il ne me plaît pas à présent de les mettre au nombre des signes de cas; il me paroît plus utile de les laisser au traité des prépositions: *io non danno le loro ragioni, che certò non si posson dannare; ma non mi piace per ora mettere gli ultimi nel numero de segnacasi; parendo à me piu utile lasciar gli al trattato delle propositioni*. Buommatei, *della ling. Toscana. Del Segn. c. tr. 42*. Cependant une raison égale doit faire tirer une conséquence pareille: *par ratio, paria jura desiderat co, ne, pe, etc.* n'en sont pas moins prépositions, quoiqu'elles entrent en composition avec l'*article;* ainsi *di, a, da*, n'en doivent pas moins être prépositions pour être unies à l'*article*. Les unes et les autres de ces prépositions n'entrent dans le discours que pour marquer le rapport particulier qu'elles doivent indiquer chacune selon la destination que l'usage leur a donnée, sauf aux Latins à marquer un certain nombre de ces rapports par des terminaisons particulieres.

Todo esto queda eliminado en la edición de 1769.

c) Latín y francés

Incluso del latín y del francés, a pesar de ser estas las dos lenguas sobre las que se construyen los *Principes de Grammaire* de 1769, eliminan los editores de estos *Principes* ejemplos que estaban en los correspondientes artículos de la *Encyclopedie*.

Cuando se dice, a propósito de la relación entre caso y preposición, que los latinos, en lugar del adjetivo, se sirven frecuentemente de la preposición *de* seguida

del nombre, como sucede en el caso de *de marmore* en lugar de *marmoreum*, se añade que se podrían aportar un gran número de ejemplos, pero no los aporta. En la *Encyclopedie* sí estaban los ejemplos:

> En el artículo de la *Encyclopedie* se recogen los siguientes ejemplos, que han sido aquí suprimidos: «C'est ainsi qu'Ovide, *I. mét. v. 127.* au lieu de dire *ætas ferrea*, a dit: *de duro est ultima ferro*, le dernier âge est l'âge de fer. Remarquez qu'il venoit de dire, *aurea prima sata est ætas*; ensuite *subiit argentea proles. Tertia post illas successit Aenea proles:* et enfin il dit dans le même sens, *de duro est ultima ferro*. Il est évident que dans la phrase d'Ovide, *ætas de ferro, de ferro* n'est point au genitif; pourquoi donc dans la phrase françoise, *l'âge de fer, de fer* seroit-il au genitif? Dans cet exemple la préposition *de* n'étant point accompagnée de l'*article*, ne sert avec *fer*, qu'à donner à âge une qualification adjective: *Ne partis expers esset de nostris bonis*, Ter. *Heaut. IV. 1. 39.* afin qu'il ne fût pas privé d'une partie de nos biens: *non hoc de nihilo esi*, Ter. *Hec. V. I. 1.* ce n'est pas là une affaire de rien. *Reliquum de ratiuncula*, Ter. *Phorm. I. 1. 2.* un reste de compte. *Portenta de genere hoc*. Lucret. *liv. V. v. 38.* les monstres de cette especе. *Coerera de genere hoc adfingere*, imaginer des phantômes de cette sorte, *id. ibid. v. 165.* et Horace *I. sat. 1. v. 13.* s'est exprimé de la même maniere, *cætera de genere hoc adeo sunt multa*. *De plebe deo*, Ovid. un dieu du commun. *Nec de plebe deo, sed qui vaga fulmina mitto.* Ovid. *Mét. I. v. 595.* Je ne suis pas un dieu du commun, dit Jupiter à Io, je suis le dieu puissant qui lance la foudre. *Homo de schola*, Cic. *de orat. ij. 7.* un homme de l'école. *Declamator de ludo*, Cic. *orat. c. xv.* déclamateur du lieu d'exercice. *Rabula de foro*, un criailleur, un braillard du Palais, Cic. *ibid. Primus de plebe*, Tit. Liv. *liv. VII. c. xvij.* le premier du peuple. Nous avons des élégies d'Ovide, qui sont intitulées *de Ponto*, c'est-à-dire, envoyées du Pont. *Mulieres de nostro seculo quæ spontè peccant*, les femmes de notre siecle. Ausone, *dans l'épitre qui est à la tête de l'idylle VII.* Cette couronne, que les soldats de Pilate mirent sur la tête de Jesus-Christ, S. Marc (*ch. xv. v. 17.*) l'appelle *spineam coronam*, et S. Matth. (*ch. xv. v. 29.*) aussi-bien que S. Jean (*ch. xjx. v. 2.*) la nomment *coronam de spinis*, une couronne d'épines. *Unus de circumstantibus*, Marc, ch. xiv. ver. 47. un de ceux qui étoient là, l'un des assistans. Nous disons *que les Romains ont été ainsi appellés de Romulus*; et n'est-ce pas dans le même sens que Virgile a dit: *Romulus excipiet gentem, Romanosque suo de nomine dicet*. I. Æneid. v. 281. et au vers 371 du même livre, il dit que Didon acheta un terrein qui fut appellé *byrsa*, du nom d'un certain fait; *facti de nomine byrsam*; et encore au vers 18. du III. liv. Enée dit: *Æneadasque meo nomen de nomine fingo. ducis de nomine*, ibid. ver. 166. *etc. de nihilo irasci*; Plaut. se fâcher d'une bagatelle, de rien, pour rien. *quercus de coelo tactas.* Virg. des chênes frappés de la foudre. *de more*; Virg. selon l'usage. *de medio potare die*, Horace, dès midi; *de tenero ungui*, Horace, dès l'enfance; *de industriâ*, Teren. de dessein prémédité; *filius de summo loco*, Plaut. un enfant de bonne maison; *de meo, de tuo*, Plaut. de mon bien, à mes dépens; j'ai acheté une maison de Crassus, *domum emi de Crasso*; Cic. fam. liv. V. Ep. vj. et pro Flacco, c. xx. *fundum mercatus et de pupillo.* il est de la troupe, *de grege illo est*; Ter. Adelp. III. iij. 38. je le tiens de lui, *de Davo audivi*; diminuer de l'amitié, *aliquid de nostra conjunctione imminutum*; Cic. V. liv. epist. v.

Si a un nombre propio lo convertimos en nombre de especie, dice Du Marsais, es necesario poner delante de él un artículo. Por ejemplo, si se quiere dar al nom-

bre *Alejandro* el valor de *conquistador* u *héroe*, habrá que decir que Carlos XII ha sido el *Alejandro de nuestro siglo*. En ese sentido se dice también *los Cicerones, los Demóstenes*; es decir, los grandes oradores como Cicerón y Demóstenes; *les Virgiles*, es decir, los grandes poetas. En la *Encyclopedie* se añadía una observación del abad Gedoyn en que se comparan ejemplos del latín y del francés, observación que suprimen los editores de 1769:

> M. l'abbé Gedoyn observe (*dissertation des anciens et des modernes*, p. 94) que ce fut environ vers le septieme siecle de Rome, que les Romains virent fleurir leurs premiers poetes, Névius, Accius, Pacuve et Lucilius, qui peuvent, dit-il, être comparés, les uns à nos Desportes, à nos Ronsards, et à nos Regniers; les autres à nos Tristans, et à nos Rotrous; où vous voyez que tous ces noms propres prennent en ces occasions une s à la fin, parce qu'ils deviennent alors comme autant de noms appellatifs.

Quizás esta supresión se deba al hecho de que Gedoyn era jesuita y estos ya habían sido expulsados en 1769, pero no lo habían sido todavía en el momento en que Du Marsais escribió el artículo correspondiente de la *Encyclopedie*.

Cuando Du Marsais expone la doctrina según la cual un adverbio tiene significado completo por sí mismo y no necesita complemento, advierte que eso es así salvo que se quiera convertir al adverbio de absoluto en relativo; y entonces es necesario añadir alguna palabra que marque la correlación. Así *Il a été reçu SI poliment que* etc.*; Il a été reçu avec TANT de politesse, que* etc. o bien *avec UNE politesse qui* etc. En 1769 los editores se conforman con estos ejemplos del francés; en la *Encyclopedie* se añadían significativos ejemplos latinos:

> En Latin même ces termes correlatifs sont souvent marqués, *is qui, ea quæ, id quod*, etc. *Non enim is es, Catilina*, dit Cicéron, *ut* ou *qui*, ou *quem*, selon ce qui suit; voilà deux correlatifs *is, ut*, ou *is, quem*, et chacun de ces relatifs est construit dans sa proposition particuliere: il a d'abord un sens individuel particulier dans la premiere proposition, ensuite ce sens est déterminé singulierement dans la seconde: mais dans *agere cum aliquo, inimicè*, ou *indulgenter*, ou *atrociter*, ou *violenter*, chacun de ces adverbes présente un sens absolu spécifique qu'on ne peut plus rendre sens relatif singulier, à moins qu'on ne répete et qu'on n'ajoûte les mots destinés à marquer cette relation et cette singularité; on dira alors *ita atrociter ut*, etc. ou en décomposant l'adverbe, *cum eâ atrocitate ut* ou *quæ*, etc. Comme la langue Latine est presque toute elliptique, il arrive souvent que ces correlatifs ne sont pas exprimés en Latin: mais le sens et les adjoints les font aisément suppléer. On dit fort bien en Latin, *sunt qui putent*, Cic. le correlatif de *qui* est *philosophi* ou *quidam sunt; mitte cui dem litteras*, Cic. envoyez-moi quelqu'un à qui je puisse donner mes lettres; où vous voyez que le correlatif est *mitte servum*, ou *puerum*, ou *aliquem*. Il n'en est pas de même dans la langue Françoise.

En la edición de los *Principes* se dice que el plural del adjetivo se forma añadiendo una *s* al singular: *bon, bons; fort, forts*. En la *Encyclopedie* se añadía una cita de un gramático francés, Jean Masset, que se suprime en 1769:

> *Acheminement à la Langue Françoise par Jean Masset*. Le même Auteur observe que les noms de nombre qui marquent pluralité, tels que *quatre, cinq, six,*

> *sept*, etc. *ne reçoivent point* s, *excepté vingt et cent, qui ont un plurier: quatre-vingts ans, quatre cens hommes*. Telle est aussi la regle de nos Modernes».

d) Otras lenguas

En el artículo sobre el Acento de la *Encyclopedie* se decía esto: «A ello se suma el hábito adquirido por la educación; y cuando las mentes de los animales están acostumbradas a una ruta, es muy difícil, por mucho que se empeñe la voluntad, hacerles tomar una nueva. De ahí también que haya pueblos que no saben pronunciar ciertas letras». Esto es recogido también en los *Principes*, pero también en aquel artículo se añadían ejemplos del chino, alemán, flamenco y de pueblos de América, que son suprimidos en 1769:

> Les Chinois ne connoissent ni le *b*, ni le *d*, ni le *r;* en revanche ils ont des *consonnes* particulieres que nous n'avons point. Tous leurs mots sont monosyllabes, et commencent par une *consonne* et jamais par une voyelle. *Voyez la Grammaire Chinoise* de M. Fourmont. Les Allemans ne peuvent pas distinguer le *z* d'avec le *s;* ils prononcent *zele* comme *sel:* ils ont de la peine à prononcer les *l* mouillés, ils disent *file* au lieu de *fille*. Ces *l* mouillés sont aussi fort difficiles à prononcer pour les personnes nées à Paris: elles le changent en un mouillé foible, et disent *Versayes* au lieu de *Versailles*, etc. Les Flamans ont bien de la peine à prononcer la *consonne* j. Il y a des peuples en Amérique qui ne peuvent point prononcer les lettres labiales *b, p, f, m*. La lettre *th* des Anglois est très-difficile à prononcer pour ceux qui ne sont point nés Anglois.

B) Cuestiones doctrinales

1. Gramaticales

a) Contra la doctrina de Port Royal a propósito de *des*

En la edición de 1769 los editores recogen estas palabras de Du Marsais: «Y sigue diciendo el autor de la *Gramatica General* de Port Royal: "yo digo que *un* tiene un plural tomado de otra palabra, que es *des* delante de sustantivos, como *des animaux*; y *de*, cuando precede un adjetivo al sustantivo, como *de beaux lits*". ¡*De* un plural! ¡Esto es nuevo!». Pero en la *Encyclopedie* Du Marsais añadía algo más, para seguir criticando esa doctrina de Port Royal:

> Nous avons déjà observé que *des* est pour *de les*, et que *de* est une préposition, qui par conséquent suppose un mot exprimé ou sousentendu, avec lequel elle puisse mettre son complément en rapport: qu'ainsi il y a ellipse dans ces façons de parler; et l'analogie s'oppose à ce que *des* ou *de* soient le nominatif pluriel d'*un* ou d'*une*. L'auteur de cette Grammaire générale me paroit bien au-dessous de sa réputation quand il parle de ce mot *des* à la page 55: il dit que cette particule est quelquefois nominatif; quelquefois accusatif, ou génitif, ou datif, ou enfin ablatif de l'article *un*. Il ne lui manque donc que de marquer le vocatif pour être la particule de tous les cas. N'est-ce pas là indiquer bien nettement l'usage que l'on doit faire de cette préposition? Ce qu'il y a de plus surprenant encore, c'est que cet auteur soûtient, page 55, *que comme on dit au datif singulier* à un, *et au datif pluriel* à des, *on devroit dire au génitif pluriel* de des; *puisque* des *est*,

> dit-il, *le pluriel d'*un: *que si on ne l'a pas fait, c'est*, poursuit-il, *par une raison qui fait la plûpart des irrégularités des langues, qui est la cacophonie; ainsi*, dit-il, selon la parole d'un ancien, *impetratum est à ratione ut peccare suavitatis causâ liceret*; et cette remarque a été adoptée par M. Restaut, *p. 73. et 75.* Au reste, Cicéron dit, (*Orator, n. XLVII.*) que *impetratum est à consuetudine*, et non *à ratione, ut peccare suavitatis causâ liceret*: mais soit qu'on lise *à consuetudine*, avec Cicéron, ou *à ratione*, selon la Grammaire générale, il ne faut pas croire que les pieux solitaires de P. R. ayent voulu étendre cette permission au-delà de la Grammaire. Mais revenons à notre sujet.

b) Detalles que se salen del hilo doctrinal principal

Du Marsais llama nombres de especies individuales a aquellos nombres que designan una especie, pero una especie considerada como conjunto individual. Estos nombres de especie individual, dice, son muy usados en el Apólogo: *Le loup et l'agneau; l'homme et le cheval,* etc. No es a un lobo o a un cordero concreto a los que se hace hablar; es la especie individual y metafísica la que habla con otro individuo. Aprovechando la idea de la personificación, que no es la idea principal del contexto, en la *Encyclopedie* Du Marsais añadía ejemplos de personificación de ideas abstractas que suprimen los editores de los *Principes*:

> Quelques Fabulistes ont même personifié des êtres abstraits; nous avons une fable connue où l'auteur fait parler *le jugement* avec *l'imagination*. Il y a autant de fiction a introduire de pareils interlocuteurs, que dans le reste de la fable.

Un poco más adelante, el hilo doctrinal gira en torno a la idea de que, en francés, el artículo junto a un vocativo, se resuelve con una perífrasis en la que el vocativo es realmente nominativo: así en el caso de *écoutez, la belle fille, la belle enfan*, etc., dice Du Marsais que hay elipsis: *Ecoutez vous qui êtes la belle fille,* etc.; *Vous, qui étes l'homme à qui je veux parler,* etc. En la *Encyclopedie* se reforzaba el argumento recurriendo al testimonio de Sanctius y se añadía una idea, que se sale del hilo doctrinal que se está siguiendo; ese hilo doctrinal es que el artículo sirve para marcar si el nombre que sigue es individual, o apelativo, o universal. La idea que se añadía en la *Encyclopedie* y que se suprime en 1769 es la de que el artículo es flecha que apunta a un nombre:

> C'est ainsi qu'en Latin, un adjectif qui paroît devoir se rapporter à un vocatif, est pourtant quelquefois au nominatif: nous disons fort bien en Latin, dit Sanctius, *deffende me, amice mi*, et *deffende me, amicus meus*, en sous-entendant *tu qui cqes amicus meus* (Sanct. *Min. l. II. c. vj.*) Terence, (*Phorm. act. II. sc. 1.*) dit, *ô vir fortis, atque amicus*; c'est-à-dire, *ô quam tu es vir fortis, atque amicus!* ce que Donat trouve plus énergique que si Térence avoit dit *amice*. M. Dacier traduit *ô le brave homme, et le bon ami!* on sousentend que *tu es.* Mais revenons aux vrais noms propres. Les Grecs mettent souvent l'*article* devant les noms propres, sur-tout dans les cas obliques, et quand le nom ne commence pas la phrase; ce qu'on peut remarquer dans l'énumération des ancêtres de J. C. au premier chapitre de S. Matthieu. Cet usage des Grecs fait bien voir que l'*article* leur servoit à marquer l'action de l'esprit qui se tourne vers un objet. N'importe que cet objet soit un nom propre ou un nom appellatif.

c) Los inicios de una lengua como criterio gramatical

Este es un principio propio de la gramática racional del XVI. La analogía funciona sobre todo en los momentos iniciales de una lengua. Sanctius dice, por ejemplo, que el significado auténtico de una palabra hay que buscarlo en el momento en que se creó la palabra. Luego, por diferentes razones, el uso puede salirse de la analogía. Este principio lo encontramos formulado varias veces en Du Marsais, tanto en los artículos de la *Encyclopedie* como en los *Principes* de 1769.

A propósito de la *e* francesa que se pronuncia *a* en *Principes* se dice que en el origen del francés se pronunciaba como se escribía. Pero se suprime algo más que estaba en el artículo de la *Encyclopedie*:

> Cette maniere d'ortographier est sujette à des variations continuelles, au point que, selon le prote de Poitiers et M. Restaut, à peine trouve-t-on deux livres où l'ortographe soit semblable (*traité de l'Ortogr. franç. p. 1*). Quoi qu'il en soit, il est évident que l'*e* écrit et prononcé *a*, ne doit être regardé que comme une preuve de l'ancienne prononciation, et non comme une espece particuliere d'*e*.

d) El orden de palabras como marca de relación en lenguas no flexionales

En la edición de los *Principes*, a propósito de la distancia entre adjetivo y sustantivo, los editores se limitan a recoger esta frase: «Pero en las lenguas que no tienen caso, como el francés, el adjetivo está siempre unido al sustantivo». En la *Encyclopedie* se añadía el comentario a un texto de Ovidio y su traducción en francés:

> La position supplée au défaut des cas. *Parve, nec invideo, sine me, Liber, ibis in urbem* (Ovid. I. trist. 1. 1). Mon petit livre, dit Ovide, tu iras donc à Rome sans moi? Remarquez qu'en François l'adjectif est joint au substantif, *mon petit livre*; au lieu qu'en Latin *parve* qui est l'adjectif de *liber*, en est séparé, même par plusieurs mots: mais *parve* a la terminaison convenable pour faire connoître qu'il est le qualificatif de *liber*. Au reste, il ne faut pas croire que dans les Langues qui ont des cas, il soit nécessaire de séparer l'adjectif du substantif; car d'un côté les terminaisons les rapprochent toûjours l'un de l'autre, et les présentent à l'esprit, selon la syntaxe des vûes de l'esprit qui ne peut jamais les séparer. D'ailleurs si l'harmonie ou le jeu de l'imagination les sépare quelquefois, souvent aussi elle les rapproche. Ovide, qui dans l'exemple ci-dessus sépare *parve* de *liber*, joint ailleurs ce même adjectif avec son substantif. *Tuque cadis, patriâ, parve Learche, manu* (Ovid. IV, Fast. v. 490).

A propósito de las diferencias entre construcciones como *Un honnête homme* y *Un homme honnête*, en la *Encyclopedie* había ejemplos que son suprimidos en la edición de 1769. Son los siguientes:

> Une *sage-femme* est une femme qui est appellée pour assister les femmes qui sont en travail d'enfant. Une *femme sage* est une femme qui a de la vertu et de la conduite.
>
> *Gentilhomme* est un homme d'extraction noble; *un homme gentil* est un homme gai, vif, joli, mignon.
>
> *Petit-maître*, n'est pas un *maître petit*.

Un homme plaisant est un homme *enjoüé, folatre*, qui fait rire; *un plaisant homme* se prend toûjours en mauvaise part; c'est un homme ridicule, bisarre, singulier, digne de mépris. *Une femme grosse*, c'est une femme qui est enceinte. *Une grosse femme* est celle dont le corps occupe un grand volume, qui est grasse et replette. Il ne seroit pas difficile de trouver encore de pareils exemples.

e) El comparativo

Al final del apartado dedicado al comparativo, en la *Encyclopedie* se añadía este largo desarrollo, que es suprimido en los *Principes*:

Il y a bien de l'apparence que si le *comparatif* et le superlatif des Latins n'avoient pas été distingués du positif par des terminaisons particulieres, comme le rapport d'égalité ne l'est point; il y a, dis-je, bien de l'apparence que les termes de *comparatif* et de *superlatif* nous seroient inconnus. Les Grammairiens ont observé qu'en Latin le *comparatif* et le superlatif se forment du cas en *i,* du positif en ajoûtant *or* pour le masculin et pour le feminin, et *us* pour le genre neutre. On ajoûte *ssimus* au cas en *i* pour former le superlatif: ainsi on dit *sanctus, sancti*; *sanctior, sanctius, sanctissimus; fortis, fortis, forti*; *fortior, fortius, fortissimus*. Les adjectifs dont le positif est terminé en *er,* forment aussi leur *comparatif* du cas en *i, pulcher, pulchri, pulchrior, pulchrius*; mais le superlatif se forme en ajoûtant *rimus* au nominatif masculin du positif, *pulcher, pulcherrimus*. Les adjectifs en *lis* suivent la regle générale pour le comparatif, *facilis, facilior, facilius*; *humilis, humilior; similis, similior*: mais au superlatif on dit, *facillimus, humillimus, similimus*; d'autres suivent la regle générale, *utilis, utilior, utilissimus*. Plusieurs noms adjectifs n'ont ni *comparatif,* ni superlatif; tels sont *Romanus, patrius, duplex, legitimus, claudus, unicus, dispar, egenus,* etc. Quand on veut exprimer un degré de comparaison, et que le positif n'a ni *comparatif,* ni superlatif, on se sert de *magis* pour marquer le *comparatif,* et de *valdè* ou de *maximè* pour le superlatif: ainsi l'on dit, *magis pius,* ou *maximè pius*. On peut aussi se servir des adverbes *magis et maximè*, avec les adjectifs qui ont un *comparatif* et un superlatif: on dit fort bien, *magis doctus, et valdè* ou *maximè doctus*. Les noms adjectifs qui ont au positif une voyelle devant *us,* comme *arduus, pius*, n'ont point ordinairement de *comparatif,* ni de superlatif. On évite ainsi le bâillement que feroit la rencontre de plusieurs voyelles de suite, si on disoit *arduior, piior*: on dit plûtôt *magis arduus, magis pius*; cependant on dit *piissimus,* qui n'est pas si rare que *piior.* Ce mot *piissimus* étoit nouveau du tems de Cicéron. Marc. Antoine l'ayant hasardé, Cicéron le lui reprocha en plein sénat (*Philipp. XIII. c. xjx. n. 42.*). *Piissimos quæris*; *et quod verbum omninò nullum in linguâ latinâ est, id propter tuam divinam pietatem novum inducis.* On trouve ce mot dans les anciennes inscriptions, et dans les meilleurs auteurs postérieurs à Cicéron. Ainsi ce mot qui commençoit à s'introduire dans le tems de Cicéron, fut ensuite autorisé par l'usage. Il ne sera pas inutile d'observer les quatre adjectifs suivans, *bonus, malus, magnus, parvus*; ils n'ont ni *comparatif,* ni superlatif qui dérivent d'eux-mêmes: on y supplée par d'autres mots qui ont chacun une origine particuliere.

Positif		*Comparatif*		*Superlatif*	
Bonus	bon	*Melior*	meilleur	*Optimus*	fort bon
Malus	mauvais	*Peior*	pire, plus mauvais	*Pessimus*	très-mauvis
Magnus	grand	*Major*	plus grand, et de-là majeur	*Maximus*	très grand
Parvus	petit	*Minor*	plus peit, mineur	*Minimus*	fort petit

> Vossius croit que *melior* vient de *magis velim*, ou *malim;* Martinius et Faber le font venir de μέλει, qui veut dire *cura est, gratum est*, μελέτη, *cura*. Quand une chose est meilleure qu'une autre, on en a plus de soin, elle nous est plus chere; *mea cura*, se disoit en Latin de ce qu'on aimoit. Perrotus dit que *melior* est une contraction de *mellitior*, plus doux que le miel, comme on a dit *Neronior*, plus cruel que Néron. Plaute a dit *Pænior*, plus Carthaginois, c'est-à-dire plus fourbe qu'un Carthaginois; et c'est ainsi que Malherbe a dit, *plus Mars que Mars de la Thrace.* Isidore le fait venir de *mollior*, non dur, plus tendre. M. Dacier croit qu'il vient du Grec ἀμείνον, qui signifie *meilleur.* C'est le sentiment de Scaliger et de l'auteur du *Novitius. Optimus* vient de *optatissimus, maxime optatus,* très-souhaité, désirable; et par extension, très-bon, le meilleur. A l'égard de *pejor,* Martinius dit qu'en Saxon *beux* veut dire *malus;* qu'ainsi on pourroit bien avoir dit autrefois en Latin *peus* pour *malus:* on sait le rapport qu'il y a entre le *b et p;* ainsi *peus,* génitif, *pei,* comparatif, *peior,* et pour plus de facilité *pejor. Pessimus* vient de *pessum,* en-bas, sous les piés, qui doit être foulé aux piés. Ou bien de *pejor,* on a fait *peissimus,* et ensuite *pessimus* par contraction. *Major* vient naturellement de *magnus,* prononcé en mouillant le *gn* à la maniere des Italiens, et comme nous le prononçons en *magnifique, seigneur, enseigner,* etc. Ainsi on a dit *ma-ignus, ma-ignior, major. Maximus* vient aussi de *magnus;* car le *x* est une lettre double qui vaut autant que *cs,* et souvent *gs:* ainsi au lieu de *magnissimus,* on a écrit par la lettre double *maximus. Minor* vient du Grec μινοròς, *parvus. Minimus* vient de *minor;* on trouve même dans Arnobe *minissimus digitus,* le plus petit doigt. Les mots qui reviennent souvent dans l'usage sont sujets à être abregés. Au reste les adverbes ont aussi des degrés de signification, bien, mieux, fort bien; *benè, melius, optimè*. Les Anglois dans la formation de la plûpart de leurs *comparatifs* et de leurs superlatifs, ont fait comme les Latins; ils ajoûtent *er* au positif pour former le *comparatif,* et ils ajoûtent *est* pour le superlatif. *Rich,* riche; *richer,* plus riche; *the richest,* le plus riche. Ils se servent aussi à notre maniere de *more,* qui veut dire *plus,* et de *most,* qui signifie *très-fort, le plus; honest,* honnête; *more honest,* plus honnête; *most honest,* très-honnête, le plus honnête. Les Italiens ajoûtent au positif *più,* plus, ou *meno,* moins, selon que la chose doit être ou élevée ou abaissée. Ils se servent aussi de *molto* pour le superlatif, quoiqu'ils ayent des superlatifs à la maniere des Latins: *bellissimo,* très-beau; *bellissima,* très belle; *buonissimo,* très-bon; *buonissima,* très-bonne. Chaque langue a sur ces points ses usages, qui sont expliqués dans les grammaires particulieres.

f) La voz

En los *Principes* se dice simplemente esto: «de estas terminaciones se dice que son de la voz pasiva; es decir, el verbo enuncia en ese caso un significado pasivo». En la *Encyclopedie* se añaden observaciones sobre la activa, la pasiva y la media:

> Car il faut observer que les Philosophes et les Grammairiens se servent du mot *pâtir,* pour exprimer qu'un objet est le terme ou le but d'une action agréable ou desagréable qu'un autre fait, ou du sentiment qu'un autre a: *aimer ses parens, parens* sont le terme ou l'objet du sentiment d'*aimer. Amo,* j'aime, *amavi*, j'ai aimé, *amabo*, j'aimerai, sont de la voix active; au lieu que *amor*, je suis aimé, *amabar,* j'étois aimé, *amabor*, je serai aimé, sont de la voix passive. *Amans*, celui qui aime, est de la voix active; mais *amatus*, aimé, est de la voix passive. Ainsi de tous les termes dont on se sert dans la *conjugaison,* le mot *voix* est celui qui a le plus d'étendue; car il se dit de chaque mot, en quelque

> mode, tems, nombre, ou personne que ce puisse être. Les Grecs ont encore la voix moyenne. Les Grammairiens disent que le verbe moyen a la signification active et la passive, et qu'il tient une espece de milieu entre l'actif et le passif: mais comme la langue Greque est une langue morte, peut-être ne connoît-on pas aussi-bien qu'on le croit la voix moyenne.

Como podemos ver, al final de este párrafo Du Marsais duda de que los griegos supieran realmente lo que era la voz media. Pero estas dudas son eliminadas en 1769.

g) El número

En los *Principes* se dice que el número es «la propiedad que tienen las terminaciones de los nombres y de los verbos de marcar si la palabra debe ser entendida para una sola persona, o para muchas, como *amo, amamus*». En lugar de *amo amamus*, en la *Encyclopedie* Du Marsais hacía observaciones sobre el singular de cortesía, el singular mayestático y sobre el dual:

> *Amo, amas, amat,* j'aime, tu aimes, il aime; chacun de ces trois mots est au singulier: *amamus, amatis, amant,* nous aimons, vous aimez, ils aiment; ces trois derniers mots sont au pluriel, du moins selon leur premiere destination; car dans l'usage ordinaire on les employe aussi au singulier: c'est ce qu'un de nos Grammairiens appelle *le singulier de politesse.* Il y aussi un singulier d'autorité ou d'emphase; *nous voulons, nous ordonnons.* A ce, deux nombres les Grecs en ajoûtent encore un troisieme, qu'ils appellent *duel:* les terminaisons du duel sont destinées à marquer qu'on ne parle que de deux.

h) Conjugación

Al final del artículo *Conjugaison* de la *Encyclopedie* añadía Du Marsais un lago desarrollo que suprimen los editores en los *Principes* de 1769.

En primer lugar, observaciones sobre los paradigmas latinos que son cuatro:

> Parmi les verbes latins, les uns ont leurs terminaisons semblables à celles *d'amo,* les autres à celles de *moneo,* d'autres à celles *d'audio.* Ce sont ces classes différentes que les grammairiens ont appellées *conjugaisons.* Ils ont donné un paradigme, παράδειγμα, *exemplar,* c'est-à-dire, un modele à chacune de ces différentes classes; ainsi *amare* est le paradigme de *vocare,* de *nuntiare,* et de tous les autres verbes terminés en *are:* c'est la premiere *conjugaison.*
>
> *Monere* doit être le paradigme de la seconde *conjugaison,* selon les rudimens de la méthode de P. R. à cause de son supin *monitum;* parce qu'en effet, il y a dans cette *conjugaison* un plus grand nombre de verbes qui ont leur supin terminé en *itum,* qu'il n'y en a qui le terminent comme *doctum.*
>
> *Legere* est le paradigme de la troisieme *conjugaison;* et enfin *audire* l'est de la quatrieme.

A ellas se añade una quinta que es una mezcla de la tercera y la cuarta (*accipio*):

> A ces quatre *conjugaisons* des verbes latins, quelques grammairiens pratiques en ajoutent une cinquieme qu'ils appellent *mixte,* parce qu'elle est composée de la troisieme et de la quatrieme; c'est celle des verbes en *ere, io;* ils lui donnent

> *accipere, accipio* pour paradigme; il y a en effet dans ces verbes des terminaisons qui suivent *legere,* et d'autres *audire.* On dit *audior, audiris,* au lieu qu'on dit *accipior, acciperis,* comme *legeris,* et l'on dit, *accipiuntur,* comme *audiuntur,* etc.

Verbos regulares y verbos irregulares:

> Ceux des verbes latins qui suivent quelqu'un de ces paradigmes sont dits être réguliers, et ceux qui ont des terminaisons particulieres, sont appellés *anomaux,* c'est-à-dire, *irréguliers,* (*R.* α privatif, et νόμος, *regle.*) comme *fero, fers, fert; volo, vis, vult,* etc. on en fait des listes particulieres dans les rudimens; d'autres sont seulement *défectifs,* c'est-à-dire, qu'ils manquent ou de prétérit ou de supin, ou de quelque mode, ou de quelque tems, ou de quelque personne, comme *oportet, pœnitet, pluit,* etc.

Temas de perfecto y de supino en latín:

> Un très-grand nombre de verbes s'écartent de leur paradigme, ou à leur prétérit, ou à leur supin; mais ils conservent toujours l'analogie latine; par exemple, *sonare* fait au prétérit *sonui,* plutôt que *sonavi*; *dare* fait *dedi,* et non pas *davi,* etc. On se contente d'observer ces différences, sans pour cela regarder ces verbes comme des verbes anomaux. Au reste ces irrégularités apparentes viennent de ce que les Grammairiens n'ont pas rapporté ces prétérits à leur véritable origine; car *sonui* vient de *sonere,* de la troisieme *conjugaison,* et non de *sonare*: *dedi* est une syncope de *dedidi* prétérit de *dedere*. *Tuli, latum,* ne viennent point de *fero. Tuli* qu'on prononçoit *touli,* vient de *tollo*; *sustuli* vient de *sustulo; et latum* vient de τλάω par syncope de ταλάω *suffero, sustineo.*
>
> L'auteur du *Novitius*[7] dit, que *latum* vient du prétendu verbe inusité, *lare, lo;* mais il n'en rapporte aucune autorité. *Voyez Vossius, de art. gramm. t. II. p. 150.*
>
> C'est ainsi que *sui* ne vient point du verbe *sum:* nous avons de pareilles pratiques en François: *je vas, j'ai été, j'irai,* ne viennent point d'*aller.* Le premier vient de *vadere,* le second de l'italien *stato,* et le troisieme du latin *ire.*

Tras advertir Du Marsais que, si las lenguas se hubiesen creado a partir de una convención de todos los hablantes del mundo, solo habría una conjugación y habría uniformidad entre las lenguas, pero que, dado que estas se han formado a partir de una especie de metafísica del instinto y del sentimiento, es lógico que haya principios generales válidos para todas ellas, pero también diferencias. Tras terminar de esta forma el capítulo de la Conjugación, se suprimen de nuevo en los *Principes* ejemplos de conjugaciones de diferentes lenguas, ejemplos que estaban en el artículo de la *Encyclopedie*:

> S'il eût été possible que les langues eussent été le résultat d'une assemblée générale de la nation, et qu'après bien des discussions et des raisonnemens, les philosophes y eussent été écoutés, et eussent eu voix délibérative; il est vraissemblable qu'il y auroit eu plus d'uniformité dans les langues. Il n'y auroit eu par exemple, qu'une seule *conjugaison,* et un seul paradigme, pour tous les verbes d'une langue. Mais comme les langues n'ont été formées que par une sorte de métaphysique d'instinct et de sentiment, s'il est permis de parler ainsi; il n'est pas

[7] *Novitius seu Dictionarium latino-Gallicum*, Lutetiae, MDCCL.

étonnant qu'on n'y trouve pas une analogie bien exacte, et qu'il y ait des irrégularités: par exemple, nous désignons la même vûe de l'esprit par plus d'une maniere; soit que la nature des lettres radicales qui forment le mot, amene cette différence, ou par la seule raison du caprice et d'un usage aveugle; ainsi nous marquons la premiere personne au singulier, quand nous disons *j'aime*; nous désignons aussi cette premiere personne en disant; *je finis,* ou bien *je reçois,* ou *je prends,* etc. Ce sont ces différentes sortes de terminaisons auxquelles les verbes sont assujettis dans une langue, qui font les différentes *conjugaisons,* comme nous l'avons déja observé. Il y a des langues où les différentes vûes de l'esprit sont marquées par des particules, dont les unes précedent et d'autres suivent les radicales: qu'importe comment, pourvû; que les vûes de l'esprit soient distinguées avec netteté, et que l'on apprenne par usage à connoître les signes de ces distinctions?

Parmi les auteurs qui ont composé des grammaires pour la langue hébraïque, les uns comptent sept *conjugaisons,* d'autres huit: Masclef n'en veut que cinq, et il ajoûte qu'à parler exactement ces cinq devroient être réduites à trois. *Quinque illæ, accurate loquendo, ad tres essent reducendæ. Gramm. Hebraïc. ch. iv. n. 4. p. 79. édit. 2.*

Nous nous contenterons d'observer ici que les verbes hébreux ont voix active et voix passive. Ils ont deux nombres, le singulier et le pluriel; ils ont trois personnes, et en *conjugant,* on commence par la troisieme personne, parce que les deux autres sont formées de celle-là, par l'addition de quelques lettres.

En Hébreu, les verbes ont trois genres, comme les noms, le genre masculin, le féminin, et le genre commun; ensorte que l'on connoît par la terminaison du verbe, si l'on parle d'un nom masculin, ou d'un nom féminin; mais dans tous les tems la premiere personne est toujours du genre commun. Au reste les Hébreux n'ont point de genre neutre; mais lorsque la même terminaison sert également pour le masculin, ou pour le feminin, on dit que le mot est du genre commun; c'est ainsi que l'on dit en latin, *hic adolescens,* ce jeune homme, et *hæc adolescens,* cette jeune fille; *civis bonus,* bon citoyen, et *civis bona,* bonne citoyenne; et c'est ainsi que nous disons, *sage, utile, fidele,* tant au masculin qu'au feminin; on pourroit dire aussi que dans les autres langues telles que le Grec, le Latin, le François, *etc.* toutes les terminaisons des verbes dans les tems énoncés par un seul mot sont du genre commun; ce qui ne signifieroit autre chose sinon qu'on se sert également de chacune de ces terminaisons, soit qu'on parle d'un nom masculin ou d'un nom féminin.

Les Grecs ont trois especes de verbes par rapport à la *conjugaison;* chaque verbe est rapporté à son espece suivant la terminaison du *thême.* On appelle *thême,* en termes de grammaire greque, la premiere personne du présent de l'indicatif. Ce mot vient de τίθημι *pono,* parce que c'est de cette premiere personne que l'on forme les autres tems; ainsi l'on pose d'abord, pour ainsi dire ce présent, afin de parvenir aux formations régulieres des autres tems.

La premiere espece de *conjugaison* est celle des verbes qu'on appelle *barytons,* de βαρύς *grave,* et de τόνος *ton, accent,* parce que ces verbes étoient prononcés avec l'accent grave sur la derniere syllabe; et quoique aujourd'hui cet accent ne se marque point, on les appelle pourtant toujours *barytons,* τείνω *tendo;* τύπτω *verbero,* sont des verbes *barytons.*

2. La seconde sorte de *conjugaison,* est celle des verbes circonflexes: ce sont des verbes *barytons* qui souffrent contraction en quelques-unes de leurs terminaisons, et alors ils sont marqués d'un accent circonflex; par exemple ἀγαπάω *amo,* est le *baryton,* et ἀγαπῶ le circonflexe.

Les *barytons* et les circonflexes sont également terminés en ω à la premiere personne du présent de l'indicatif.

3. La troisieme espece de verbes grecs, est celle des verbes en μι, parce qu'en effet ils sont terminés en μι, εἰμι *sum*.

Il y a six *conjugaisons* des verbes *barytons;* elles ne sont distinguées entr'elles que par les lettres qui précedent la terminaison.

On distingue trois *conjugaisons* de verbes circonflexes: la premiere est des *barytons* en εω; la seconde de ceux en αω, et la troisieme de ceux en οω: ces trois sortes de verbes deviennent circonflexes par la contraction en ῶ.

On distingue quatre *conjugaisons* des verbes en μι; et ces quatre jointes à celles des verbes *barytons,* et à celles des circonflexes, cela fait treize *conjugaisons* dans les verbes grecs.

Tel est le systême commun des Grammairiens; mais la méthode de P. R. réduit ces treize *conjugaisons* à deux: l'une des verbes en ω qu'elle divise en deux especes: 1. celle des verbes qui se *conjuguent* sans contraction, et ce sont les *barytons:* 2. celle de ceux qui sont *conjugués* avec contraction, et alors ils sont appellés *circonflexes*. L'autre *conjugaison* des verbes grecs est celle des verbes en μι.

Il y a quatre observations à faire pour bien *conjuguer* les verbes grecs: 1. il faut observer la terminaison. Cette terminaison est marquée ou par une simple lettre, ou par plus d'une lettre.

2. La figurative, c'est-à-dire, la lettre qui précede la terminaison: on l'appelle aussi *caractéristique,* ou *lettre de marque*. On doit faire une attention particuliere à cette lettre, 1. au présent, 2. au prétérit parfait, 3. et au futur de l'indicatif actif; parce que c'est de ces trois tems que les autres sont formés. La subdivision des *conjugaisons,* et la distinction des tems des verbes, se tire de cette lettre *figurative,* ou *caractéristique*.

3. La voyelle, ou la diphtongue qui précedent la terminaison.

4. Enfin, il faut observer l'augment. Les lettres que l'on ajoûte avant la premiere syllable du thême du verbe, ou le changement qui se fait au commencement du verbe, lorsqu'on change une breve en une longue, est ce qu'on appelle *augment*; ainsi il y a deux sortes d'augments. 1. L'augment syllabique qui se fait en certains tems des verbes qui commencent par une consonne, par exemple, τύπτω *verbero,* est le thême sans augment; mais dans ἔτυπτον, *verberabam,* ἔ est l'augment syllabique, qui ajoûte une syllabe de plus à τύπτω.

2. L'augment temporel se fait dans les verbes qui commencent par une voyelle breve, que l'on change en une longue, par exemple, ἑρύω *traho,* ἤρυον *trahebam*.

Ainsi non seulement les verbes grecs ont des terminaisons différentes, comme les verbes latins; mais de plus, ils ont l'augment qui se fait en certains tems, et au commencement du mot.

Voilà une premiere différence entre les verbes grecs, et les verbes latins.

2. Les Grecs ont un mot de plus; c'est l'optatif qui en grec a des terminaisons particulieres, différentes de celles du subjonctif; ce qui n'est pas en latin.

3. Les verbes grecs ont le duel, au lieu qu'en latin ce nombre est confondu avec le pluriel. Les grecs ont un plus grand nombre de tems; ils ont deux aoristes, deux futurs, et un *paulò-post futur* dans le sens passif, à quoi les latins suppléent par des adverbes.

5. Enfin les Grecs n'ont ni supins, ni gérondifs proprement dits; mais ils en sont bien dédommagés par les différentes terminaisons de l'infinitif, et par

les différens participes. Il y a un infinitif pour le tems présent, un autre pour le futur premier, un autre pour le futur second, un pour le premier aoriste, un pour le second, un pour le prétérit parfait; enfin il y en a un pour le *paulò-post futur,* et de plus il y a autant de participes particuliers pour chacun de ces tems-là.

Dans la langue Allemande, tous les verbes sont terminés, en *en* à l'infinitif, si vous en exceptez *seyn,* être, dont l'*e* se confond avec l'y. Cette uniformité de terminaison des verbes à l'infinitif, a fait dire aux Grammairiens, qu'il n'y avoit qu'une seule *conjugaison* en Allemand; ainsi il suffit de bien savoir le paradigme ou modele sur lequel on *conjugue* à la voix active, tous les verbes réguliers, et ce paradigme, c'est *lieben,* aimer; car telle est la destination des verbes qui expriment ce sentiment, de servir de paradigme en presque toutes les langues: on doit ensuite avoir des listes de tous les verbes irréguliers.

J'ai dit que *lieben,* étoit le modele des verbes à la voix active; car les Allemands n'ont point de verbes passifs en un seul mot, tel est aussi notre usage, et celui de nos voisins; on se sert d'un verbe auxiliaire auquel on joint, ou le supin qui est indéclinable, ou le participe qui se décline.

Les Allemands ont trois verbes auxiliaires; *haben,* avoir; *seyn,* être; *werden,* devenir. Ce dernier sert à former le futur de tous les verbes actifs; il sert aussi à former tous les tems des verbes passifs, conjointement avec le participe du verbe; surquoi il faut observer qu'en Allemand, ce participe ne change jamais, ni pour la différence des genres, ni pour celle des nombres; il garde toujours la même terminaison.

A l'égard de l'Anglois, la maniere de *conjuguer* les verbes de cette langue n'est point analogue à celle des autres langues: je ne sçai si elle est aussi facile qu'on le dit, pour un étranger qui ne se contente pas d'une simple routine, et qui veut avoir une connoissance raisonnée de cette maniere de *conjuguer.* Wallis, qui étoit Anglois, dit que comme les verbes anglois ne varient point leur terminaison, la *conjugaison* qui fait, dit-il, une si grande difficulté dans les autres langues, est dans la sienne une affaire très-aisée, et qu'on en vient fort aisément à bout, avec le secours de quelques mots ou verbes auxiliaires. *Verborum flexio seu conjugatio, quæ in reliquis linguis maximam sortitur difficultatem, apud anglos levissimo negotio peragitur… verborum aliquot auxiliarium adjumento ferè totum opus perficitur.* Wallis, *Gramm. ling. Angl. ch. viij. de verbo.*

C'est à ceux qui étudient cette langue à décider cette question par eux-mêmes.

Chaque verbe anglois semble faire une classe à part; la particule prépositive *to,* est comme une espece d'article destiné à marquer l'infinitif; desorte qu'un nom substantif devient verbe, s'il est précédé de cette particule, par exemple, *murder,* veut dire *meurtre, homicide;* mais *to murder,* signifie *tuer: lift,* effort, *to lift,* enlever; *love,* amour, amitié, affection, *to love,* aimer, *etc.* Ces noms substantifs qui deviennent ainsi verbes, sont la cause de la grande différence qui se trouve dans la terminaison des infinitifs; on peut observer presque autant de terminaisons différentes à l'infinitif, qu'il y a de lettres à l'Alphabet, *a, b, c, d, e, f, g,* etc. *to flea,* écorcher; *to rob,* voler, dérober; *to find,* trouver; *to love,* aimer; *to quaff,* boire à longs traits; *to jog,* secouer, pousser; *to cath,* prendre, saisir; *to thank,* remercier; *to call,* appeller; *to lam,* battre, frapper; *to run,* courir; *to help,* aider; *to wear,* porter; *to toss,* agiter; *to rest,* se reposer; *to know,* savoir; *to box,* battre à coups de poing; *to marry,* marier, se marier.

Ces infinitifs ne se *conjuguent* pas par des changemens de terminaison, comme les verbes des autres langues; la terminaison de ces infinitifs ne change que très-rarement. Ils ont deux participes; un participe présent toûjours terminé

en *ing, having,* ayant, *being,* étant; et un participe passé terminé ordinairement en *ed* ou *'d, loved,* aimé: mais ces participes n'ont guere d'analogie avec les nôtres, ils sont indéclinables, et sont plûtôt des noms verbaux qui se prennent tantôt substantivement et tantôt adjectivement: ils énoncent l'action dans un sens abstrait, par exemple, *your marrying* signifie *votre marier,* l'action de vous marier plûtôt que *votre mariant. Coming* est le participe présent de *to come,* arriver, et signifie *l'action d'arriver, de venir,* ce que notre participe *arrivant* ne rend point. Les Anglois disent *his coming,* son arrivée, sa venue, son action d'arriver; et l'idée qu'ils ont alors dans l'esprit, n'a pas la même forme que celle de la pensée que nous avons quand nous disons *venant, arrivant.* C'est de la différence du tour, de l'imagination, ou de la différente maniere dont l'esprit est affecté, que l'on doit tirer la différence des idiotismes et du génie des langues.

C'est avec l'infinitif et avec les deux noms verbaux ou participes dont nous venons de parler, que l'on *conjugue* les verbes Anglois, par le secours de certains mots et de quelques verbes auxiliaires. Ces verbes sont proprement les seuls verbes. Ces auxiliaires sont *to have,* avoir; *to be,* être; *to do,* faire, et quelques autres. Les personnes se marquent par les pronoms personnels *i,* je; *thou,* tu; *he,* il; *she,* elle: et au pluriel, *we,* nous; *you,* vous; *they,* ils ou elles, sans que cette différence de pronoms apporte quelque changement dans la terminaison du nom verbal que l'on regarde communément comme verbe.

Les grammaires que l'on a faites jusqu'ici pour nous apprendre l'Anglois, du-moins celles dont j'ai en connoissance, ne m'ont pas paru propres pour nous donner une idée juste de la maniere de *conjuguer* des Anglois. On rend l'Anglois par un équivalent François, qui ne donne pas l'idée juste du tour littéral Anglois, ce qui est pourtant le point que cherchent ceux qui veulent apprendre une langue étrangere; par exemple, *i do dine,* on traduit je dîne; *thou dost dine,* tu dînes; *he does dine,* il dîne. *i,* marque la premiere personne, *do,* veut dire *faire, et dine,* dîner: il faudroit donc traduire, *je* ou *moi faire dîner, tu fais dîner, il* ou *lui fait diner.* Et de même *there is,* on traduit au singulier, *il y a; there,* est un adverbe qui veut dire *là, et is* est la troisieme personne du singulier du présent du verbe irrégulier *to be,* être, et *are* sert pour les trois personnes du pluriel; ainsi il falloit traduire *there is,* là est, et *there are,* là sont, et observer que nous disons en François, *il y a.*

Le sens passif s'exprime en Anglois, comme en Allemand et en François, par le verbe substantif, avec le participe du verbe dont il s'agit, *i am loved,* je suis aimé.

Pour se familiariser avec la langue Angloise, on doit lire souvent les listes des verbes irréguliers qui se trouvent dans les grammaires, et regarder chaque mot d'un verbe comme un mot particulier, qui a une signification propre; par exemple, *i am,* je suis; *thou art,* tu es; *he is,* il est: *we are,* nous sommes; *ye are,* vous êtes; *they are,* ils sont, etc. Je regarde chacun de ces mots-là avec la signification particuliere, et non comme venant d'un même verbe. *Am,* signifie *suis,* comme *sun* signifie *soleil,* ainsi des autres.

Les Espagnols ont trois *conjugaisons,* qu'ils distinguent par la terminaison de l'infinitif. Les verbes dont l'infinitif est terminé en *ar,* font la premiere *conjugaison:* ceux de la seconde se terminent en *er:* enfin ceux de la troisieme en *ir.*

Ils ont quatre auxiliaires, *haver, tener, ser et estar.* Les deux premiers servent à *conjuguer* les verbes actifs, les neutres et les réciproques: *ser et estar*sont destinés pour la *conjugaison* des verbes passifs.

La maniere de *conjuguer* des Espagnols, est plus analogue que la nôtre à la maniere des Latins. Leurs verbes ne sont précédés des pronoms personnels, que dans les cas où ces pronoms seroient exprimés en Latin par la raison de l'énergie ou de l'opposition. Cette suppression des pronoms vient de ce que les terminaisons Espagnoles font assez connoître les personnes.

1ª Conjugaison		*2ª Conjugaison*		*3ª Conjugaison*	
Amar	aimer	*Comer*	manger	*Subir*	Monter
Presente Indicativo		*Presente Indicativo*		*Presente Indicativo*	
Singular		*Singular*		*Singular*	
Amo	j'aime	*Como*	je mange	*Subo*	je monte
Amas	tu aimes	*Comes*	tu manges	*Subes*	tu montes
Ama	il aime	*Come*	il mange	*Sube*	il monte
Plural		*Plural*		*Plural*	
Amamos	nous amons	*Comemos*	nous mangeons	*Subimos*	nous montons
Amais	vous aimez	*Comeis*	vous mangez	*Subis*	vous montez
Aman	ils aiment	*Comen*	ils mangent	*Suben*	ils montent

Ce n'est pas ici le lieu de suivre toute la *conjugaison,* ce détail ne convient qu'aux grammaires particulieres; je n'ai voulu que donner ici une idée du génie de chacune des langues dont je parle par rapport à la *conjugaison*.

Les Italiens, dont tous les mots, si l'on en excepte quelques prépositions ou monosyllabes, finissent par une voyelle, n'ont que trois *conjugaisons* comme les Espagnols. La premiere est en *are,* la seconde en *ére* long ou en *ére* bref, et la troisieme en *ire*.

On doit avoir des listes particulieres de toutes les terminaisons de chaque *conjugaison* réguliere, rangées par modes, tems, nombres et personnes, en sorte qu'en mettant les lettres radicales devant les terminaisons, on *conjugue*facilement tout verbe régulier. On a ensuite des listes pour les irréguliers, sur quoi on peut consulter la méthode Italienne de Veneroni, in 4º. 1688.

2. *Doctrina de la Lógica*

a) Doctrina sobre nominalismo y universalismo

En el mundo real, en la naturaleza, existen el peral, la higuera, el manzano, el pino, etc.; estos seres naturales son percibidos por nuestra mente; y nuestra mente, con lo que es común a todos ellos, construye el concepto «árbol». La cuestión entonces es: el concepto «árbol» ¿es creación de nuestra mente o está también en la naturaleza? Los nominalistas defenderán que es creación de la mente y que en la naturaleza solo hay seres concretos a los que damos nombres concretos. Los universalistas dirán lo contrario. Pero, en definitiva, todo gira en torno al significado y a la verdad del significado.

Lo deseable, dice Du Marsais, es que cada ser concreto tuviera su nombre propio, de la misma forma que, en cada familia, cada persona tiene el suyo. Pero ello no es posible, debido a la innumerable multitud de seres concretos, de sus propiedades y de sus relaciones. Nos vemos, pues, obligados a dar el mismo nombre a todos los individuos que tienen entre ellos ciertas cualidades comunes, es decir,

que forman una especie. Esta doctrina, que en la edición de 1769 está expuesta con esta brevedad, en la *Encyclopedie* estaba mucho más desarrollada. En primer lugar, Du Marsais hablaba del momento en que, tras concebir las ideas en nuestra mente, ponemos nombre a los objetos representados por esas ideas, para, con esos nombres, poder comunicar esas ideas a los demás:

> Elles paroîtront d'abord étrangeres à notre sujet; mais j'ose me flatter, qu'on reconnoîtra dans la suite qu'elles étoient nécessaires. Il n'y a en ce monde que des êtres réels, que nous ne connoissons que par les impressions qu'ils font sur les organes de nos sens, ou par des réflexions qui supposent toûjours des impressions sensibles. Ceux de ces êtres qui sont séparés des autres, font chacun un ensemble, un tout particulier par la liaison, la continuité, le rapport et la dépendance de leurs parties. Quand une fois les impressions que ces divers objets ont faites sur nos sens, ont été portées jusqu'au cerveau, et qu'elles y ont laissé des traces, nous pouvons alors nous rappeller l'image ou l'idée de ces objets particuliers, même de ceux qui sont éloignés de nous, et nous pouvons par le moyen de leurs noms, s'ils en ont un, faire connoître aux autres hommes, que c'est à tel objet que nous pensons plûtôt qu'à tel autre.

Pero, sigue diciendo, es imposible dar nombre a todos los seres concretos que existen en el mundo, y por ello es necesario crear los nombres de especie y los nombres de género. Y explica que, en principio, lo que luego va a ser un nombre de especie, por ejemplo «perro», cuando entra por primera vez en nuestra mente, entra como nombre individual, referido a un perro concreto que conocemos; solo después, cuando comprobemos que hay otros animales que pueden ser también llamados con ese nombre, el nombre «perro» se convertirá en nombre de especie; y mucho más, si vemos que al perro de mi casa le llamamos *Medor*; al del vecino, *Marquis*; a otro, *Diamant*; en ese momento, pensaremos que estos tres últimos son nombres individuales y que «perro» lo es de especie. Y lo mismo sucede con los nombres de género, que recogen en su extensión especies diferentes que tienen rasgos en común:

> Il paroît donc que chaque être singulier devroit avoir son nom propre, comme dans chaque famille chaque personne a le sien: mais cela n'a pas été possible à cause de la multitude innombrable de ces êtres particuliers, de leurs propriétés et de leurs rapports. D'ailleurs comment apprendre et retenir tant de noms? Qu'a-t-on donc fait pour y suppléer? Je l'ai appris en me rappellant ce qui s'est passé à ce sujet par rapport à moi. Dans les premieres années de ma vie, avant que les organes de mon cerveau eussent acquis un certain degré de consistance, et que j'eusse fait une certaine provision de connoissances particulieres, les noms que j'entendois donner aux objets qui se présentoient à moi, je les prenois comme j'ai pris dans la suite les noms propres. Cet animal à quatre pattes qui venoit badiner avec moi, je l'entendois appeller *chien*. Je croyois par sentiment et sans autre examen, car alors je n'en étois pas capable, que chien étoit le nom qui servoit à le distinguer des autres objets que j'entendois nommer autrement. Bientôt un animal fait comme ce chien, vint dans la maison, et je l'entendis aussi appeller *chien; c'est*, me dit-on, *le chien de notre voisin*. Après cela j'en vis encore bien d'autres pareils, auxquels on donnoit aussi le même nom, à cause qu'ils étoient faits à peu près de la même maniere; et j'observai qu'outre le nom de *chien* qu'on leur

> donnoit à tous, on les appelloit encore chacun d'un nom particulier: celui de notre maison s'appelloit *Médor*; celui de notre voisin, *Marquis*; un autre, *Diamant*, etc. Ce que j'avois remarqué à l'égard des chiens, je l'observai aussi peu à peu à l'égard d'un grand nombre d'autres êtres. Je vis un moineau, ensuite d'autres moineaux; un cheval, puis d'autres chevaux; une table, puis d'autres tables; un livre, ensuite des livres, *etc.* Les idées que ces différens noms excitoient dans mon cerveau, étant une fois déterminées, je vis bien que je pouvois donner à Médor et à Marquis le nom de *chien*; mais que je ne pouvois pas leur donner le nom de *cheval*, ni celui de *moineau*, ni celui de *table*, ou quelqu'autre: en effet, le nom de *chien* réveilloit dans mon esprit l'image de chien, qui est différente de celle de cheval, de celle de moineau, *etc.* Médor avoit donc déjà deux noms, celui de *Médor* qui le distingue de tous les autres chiens, et celui de *chien* qui le mettoit dans une classe particuliere, différente de celle de cheval, de moineau, de table, *etc.* Mais un jour on dit devant moi que Médor étoit un joli animal; que le cheval d'un de nos amis étoit un bel animal; que mon moineau étoit un petit animal bien privé et bien aimable: et ce mot d'*animal* je ne l'ai jamais oüi dire d'une table, ni d'un arbre, ni d'une pierre, ni enfin de tout ce qui ne marche pas, ne sent pas, et qui n'a point les qualités communes et particulieres à tout ce qu'on appelle *animal*. Médor eut donc alors trois noms, *Médor*, *chien*, *animal*. On m'apprit dans la suite la différence qu'il y a entre ces trois sortes de noms; ce qu'il est important d'observer et de bien comprendre, par rapport au sujet principal dont nous avons à parler.

A los nombres de especie se refiere cuando habla de frases francesas como *Tout homme est animal; chaque homme est animal*. Estas son proposiciones universales porque se refieren a todos los individuos de una especie. En la *Encyclopedie* añadía un comentario más largo sobre el concepto de especie y que los editores de *Principes* han suprimido:

> Nous comptons parmi les individus d'une espece tous les objets qui nous paroissent conformes à l'idée exemplaire que nous avons acquise de l'espece par l'usage de la vie: cette idée exemplaire n'est qu'une affection intérieure que notre cerveau a reçûe par l'impression qu'un objet extérieur a faite en nous la premiere fois qu'il a été apperçû, et dont il est resté des traces dans le cerveau. Lorsque dans la suite de la vie, nous venons à appercevoir d'autres objets, si nous sentons que l'un de ces nouveaux objets nous affecte de la même maniere dont nous nous ressouvenons qu'un autre nous a affectés, nous disons que cet objet nouveau est de même espece que tel ancien: s'il nous affecte différemment, nous le rapportons à l'espece à laquelle il nous paroît convenir, c'est-à-dire, que notre imagination le place dans la classe de ses semblables; ce n'est donc que le souvenir d'un sentiment pareil qui nous fait rapporter tel objet à telle espece: le nom d'une espece est le nom du point de réunion auquel nous rapportons les divers objets particuliers qui ont excité en nous une affection ou sensation pareille. L'animal que je viens de voir à la foire a rappellé en moi les impressions qu'un *lion* y fit l'année passée; ainsi je dis que *cet animal est un lion*; si c'étoit pour la premiere fois que je visse un *lion*, mon cerveau s'enrichiroit d'une nouvelle idée exemplaire.

En los *Principes* de 1769 se recoge que «las especies que componen un género se distinguen unas de otras por alguna propiedad esencial», pero no se añade ningún ejemplo. En la *Encyclopedie* se añadía este:

> ainsi l'espece humaine est distinguée de l'espece des brutes par la raison et par la conformation; les plumes et les aîles distinguent les oiseaux des autres animaux, *etc.*

Cuando habla de los nombres que designan, no especies, sino géneros, dice que estos son más generales, más extensos que los simples nombres de especie. Son aquellos que son comunes a cada individuo de todas las especies que componen ese género. Por ejemplo, *animal* se dice del perro, del caballo, del león, del ciervo y de todos los individuos concretos que viven, que se pueden trasladar por sí mismos de un lugar a otro, y que tienen órganos. Esto es lo que se recoge en 1769. Pero en la *Encyclopedie*, Du Marsais decía algo más a propósito de los nombres de género. Todo ello a partir de la Lógica:

> Ainsi l'on dit ce chien est un *animal* bien attaché à son maître, ce lion est un *animal* féroce, *etc. Animal* est donc un nom de genre, puisqu'il est commun à chaque individu de toutes les différentes especes d'animaux. Mais ne pourrai-je pas dire que l'*animal* est un *être*, une *substance*, c'est-à-dire une chose qui existe? Oui sans doute, tout animal est un être. Et que deviendra alors le nom d'*animal*, sera-t-il encore un nom de genre? Il sera toûjours un nom de genre par rapport aux différentes especes d'animaux, puisque chaque individu de chacune de ces especes n'en sera pas moins appellé *animal*. Mais en même tems *animal* sera un nom d'espece subordonnée à *être*, qui est le genre suprème; car dans l'ordre métaphysique, (et il ne s'agit ici que de cet ordre-là) *être* se dit de tout ce qui existe et de tout ce que l'on peut considérer comme existant, et n'est subordonné à aucune classe supérieure. Ainsi on dira fort bien qu'il y a différentes especesnt d'*êtres* corporels: premierement les animaux, et voilà *animal* devenu nom d'espece: en second lieu il y a les corps insensibles et inanimés, etvoilà une autre espece de l'*être*.

b) Doctrina sobre la adquisición del conocimiento

El principio filosófico que sostiene que el hombre adquiere el conocimiento a través de los sentidos está en la base de lo que los ilustrados consideran causas del lenguaje. Du Marsais trata de ello. En la edición de 1769, ello queda recogido en el primer apartado que el propio Du Marsais titulaba «Las causas del lenguaje». Pero ese mismo principio lo repetía en diferentes artículos de la *Encyclopedie*. Así, por ejemplo, en el capítulo dedicado a las consonantes en la edición de 1769 se suprimen las siguientes reflexiones que estaban en el artículo *Consonne* de la *Encyclopedie*, que es precisamente el artículo que sigue en la edición:

> Mais avant que d'entrer dans le détail des *consonnes*, et avant que d'examiner ce qui les distingue des voyelles, qu'il me soit permis de m'amuser un moment avec les réflexions suivantes. La nature nous fait agir sans se mettre en peine de nous instruire; je veux dire que nous venons au monde sans savoir comment: nous prenons la nourriture qu'on nous présente sans la connoître, et sans avoir aucune lumiere sur ce qu'elle doit opérer en nous, ni même sans nous en mettre en peine; nous marchons, nous agissons, nous nous transportons d'un lieu à un autre, nous voyons, nous regardons, nous entendons, nous parlons, sans avoir aucune connoissance des causes physiques, ni des parties internes de nous-mêmes que nous mettons en œuvre pour ces différentes opérations: de plus, les organes

> des sens sont les portes et l'occasion de toutes ces connoissances, au point que nous n'en avons aucune qui ne suppose quelque impression sensible antérieure qui nous ait donné lieu de l'acquérir par la réflexion; cependant combien peu de personnes ont quelques lumieres sur le méchanisme des organes des sens? C'est bien dequoi on se met en peine, *id populus curat scilicet?* Ter. *And. act. II. sc.* 2. Après tout a-t-on besoin de ces connoissances pour sa propre conservation, et pour se procurer une sorte de bien être qui suffit? Je conviens que non: mais d'un autre côté si l'on veut agir avec lumiere et connoître les fondemens des Sciences et des Arts qui embellissent la société, et qui lui procurent des avantages si réels et si considérables, on doit acquérir les connoissances physiques qui sont la base de ces Sciences et de ces Arts, et qui donnent lieu de les perfectionner. C'étoit en conséquence de pareilles observations, que vers la fin du dernier siecle un medecin nommé *Amman* qui résidoit en Hollande, apprenoit aux muets à parler, à lire, et à écrire. *Voyez l'art de parler* du P. Lamy, pag. 193. Et parmi nous M. Pereyre, par des recherches et par des pratiques encore plus exactes que celles d'Amman, opere ici [à Paris, quai des Augustins] les mêmes prodiges que ce medecin opéroit en la Hollande.

A estos dos personajes citados al final del párrafo anterior volvía a aludir un poco más adelante en la *Encyclopedie*, alusión que se suprime en la edición de 1769. En la *Encyclopedie* se decía esto:

> Mon dessein n'est pas d'entrer ici, comme ces deux philosophes, dans l'examen et dans le détail de la formation de chaque lettre particuliere, de peur de m'exposer aux railleries de madame Jourdain et à celles de Nicole. *Voyez le Bourgeois gentilhom*me de Moliere.

Lo suprimido en 1769 es la frase parentética «comme ces deux philosophes».

En 1769 los editores recogen la definición de adjetivo físico por parte de Du Marsais: «De manera que nuestras palabras *blanc, noir, rouge, bleu, doux, amer, aigre, fade,* etc. son calificaciones que damos a los objetos y son consiguientemente nombres adjetivos. Y dado que son impresiones que los objetos físicos producen en nuestros sentidos, las cuales nos hacen dar a los objetos las calificaciones que acabamos de ver, a este tipo de adjetivos llamaremos *adjetivos físicos*». En la *Encyclopedie* nuestro gramático añadía algo más en torno a la adquisición de ideas que se refieren a cualidades que genera nuestra mente en torno a un objeto:

> Remarquez qu'il n'y a rien dans les objets qui soit semblable au sentiment qu'ils excitent en nous. Seulement les objets sont tels qu'ils excitent en nous telle sensation, ou tel sentiment, selon la disposition de nos organes, et selon les lois du méchanisme universel. Une aiguille est telle que si la pointe de cette aiguille est enfoncée dans ma peau, j'aurai un sentiment de douleur: mais ce sentiment ne sera qu'en moi, et nullement dans l'aiguille. On doit en dire autant de toutes les autres sensations. Outre les adjectifs physiques il y a encore les *adjectifs métaphysiques* qui sont en très-grand nombre, et dont on pourroit faire autant de classes différentes qu'il y a de sortes de vûes sous lesquelles l'esprit peut considérer les êtres physiques et les êtres métaphysiques.

En la definición de adjetivos metafísicos como *borné, terminé, fini*, en la edición de los *Principes*, los editores recogen un párrafo breve: «De todas las cosas

que me parezcan cercadas, más allá de las cuales veo una extensión, diremos que son *terminés, bornés, finis*. De manera que *borné, terminé, fini* suponen límites y el reconocimiento de una extensión que está fuera de ellos. Son adjetivos metafísicos». En la *Encyclopedie* este párrafo estaba redactado con mucha más extensión:

> Je me promene tout autour de cette ville de guerre, que je vois enfermée dans ses remparts: j'apperçois cette campagne bornée d'un côté par une riviere et d'un autre par une forêt: je vois ce tableau enfermé dans son cadre, dont je puis même mesurer l'étendue et dont je vois les bornes: je mets sur ma table un livre, un écu; je vois qu'ils n'occupent qu'une petite étendue de ma table; que ma table même ne remplit qu'un petit espace de ma chambre, et que ma chambre est renfermée par des murailles: enfin tout corps me paroît borné par d'autres corps, et je vois une étendue au-delà. Je dis donc que ces corps sont *bornés, terminés, finis*; ainsi *borné, terminé, fini*, ne supposent que des bornes et la connoissance d'une étendue ultérieure. D'un autre côté, si je me mets à compter quelque nombre que ce puisse être, fût-ce le nombre des grains de sable de la mer et des feuilles de tous les arbres qui sont sur la surface de la terre, je trouve que je puis encore y ajoûter, tant qu'enfin, las de ces additions toûjours possibles, je dis que ce nombre est *infini*, c'est-à-dire, qu'il est tel, que je n'en apperçois pas les bornes, et que je puis toûjours en augmenter la somme totale. J'en dis autant de tout corps étendu, dont notre imagination peut toûjours écarter les bornes, et venir enfin à l'étendue infinie. Ainsi *infini* n'est qu'un adjectif métaphysique.

Algo parecido ocurre en lo que se refiere a la explicación del significado del adjetivo metafísico *parfait*. Los editores de los *Principes* recogen solo esto: «A todo aquello que me parezca tal que vemos que pueda haber un grado de bondad y de excelencia más allá de ello, lo llamamos *parfait*». En la *Encyclopedie*, antes de este párrafo, Du Marsais escribía esto:

> *Parfait* est encore un adjectif métaphysique. L'usage de la vie nous fait voir qu'il y a des êtres qui ont des avantages que d'autres n'ont pas: nous trouvons qu'à cet égard ceux-ci valent mieux que ceux-là. Les plantes, les fleurs, les arbres, valent mieux que les pierres. Les animaux ont encore des qualités préférables à celles des plantes, et l'homme a des connoissances qui l'élevent au-dessus des animaux. D'ailleurs ne sentons-nous pas tous les jours qu'il vaut mieux avoir que de n'avoir pas? Si l'on nous montre deux portraits de la même personne, et qu'il y en ait un qui nous rappelle avec plus d'exactitude et de vérité l'image de cette personne, nous disons que *le portrait est parlant*, qu'*il est parfait*, c'est-à-dire qu'il est tel qu'il doit être.

Y después del mismo, esto:

> Ce qui est parfait par rapport à certaines personnes, ne l'est pas par rapport à d'autres, qui ont acquis des idées plus justes et plus étendues. Nous acquérons ces idées insensiblement par l'usage de la vie; car dès notre enfance, à mesure que nous vivons, nous appercevons des *plus* ou des *moins*, des *bien* et des *mieux*, des *mal* et des *pis*: mais dans ces premiers tems nous ne sommes pas en état de réfléchir sur la maniere dont ces idées se forment par degrés dans notre esprit; et dans la suite, comme l'on trouve ces connoissances toutes formées, quelques. Philosophes se sont imaginé qu'elles naissoient avec nous: ce qui veut dire qu'en venant au monde nous savons ce que c'est que l'infini, le beau, le parfait, *etc.* ce

qui est également contraire à l'expérience et à la raison. Toutes ces idées abstraites supposent un grand nombre d'idées particulieres que ces mêmes Philosophes comptent parmi les idées acquises: par exemple, comment peut-on savoir qu'*il faut rendre à chacun ce qui lui est dû*, si l'on ne sait pas encore ce que c'est que *rendre*, ce que c'est que *chacun*, et qu'il y a des biens et des choses particulieres, qui, en vertu des lois de la société, appartiennent aux uns plûtôt qu'aux autres? Cependant sans ces connoissances particulieres, que ces Philosophes même comptent parmi les idées acquises, peut-on comprendre le principe général?

3. Doctrina filosófica

a) Doctrina platónica sobre el cosmos

Tras decir que kosmos significa «orden bello y perfecto», en la *Encyclopedie* Du Marsais añadía doctrina platónica al respecto. Eso se suprime en la edición de 1769:

Selon Platon, le monde fut fait d'après l'idée la plus parfaite que Dieu en conçut. Les Payens frappés de l'éclat des astres et de l'ordre qui leur paroissoit régner dans l'univers, lui donnerent un nom tiré de cette beauté et de cet ordre. *Les Grecs*, dit Pline, *l'ont appellé d'un nom qui signifie* ornement, *et nous d'un nom qui veut dire*, élégance parfaite. (*Quem* κόσμον *Græci, nomine ornamenti appellaverunt, eum et nos à perfectâ absolutâque elegantiâ mundum*. Pline 11. 4.) Et Cicéron dit, qu'il n'y a rien de plus beau que le monde, ni rien qui soit au-dessus de l'architecte qui en est l'auteur. (*Neque mundo quidquam pulchrius, neque ejus ædificatore præstantius*. Cic. *de univ. cap. ij.*) *Cum continuisset Deus bonis omnibus explere mundum… sic ratus est opus illud effectum esse pulcherrimum*. (*ib. iij.*) *Hanc igitur habuit rationem essector mundi molitorque Deus, ut unum opus totum atque perfectum ex omnibus totis, atque perfectis absolveretur.* (*ib. v.*) *Formam autem et maximè sibi cognatam et decoram dedit.* (*ib. vj.*) *Animum igitur cum ille procreator mundi Deus, ex suâ mente et divinitate genuisset*, etc. (*ib. viij.*) *Ut hunc hâc varietate distinctum benè Græci* κόσμον, *non lucentem mundum nominaremus.* (*ib. x.*) Ainsi quand les Payens de la Zone tempérée septentrionale, regardoient l'universalité des êtres du beau côté, ils lui donnoient un nom qui répond à cette idée brillante, et l'appelloient *le monde*, c'est-à-dire *l'être bien ordonné, bien ajusté*, sortant des mains de son créateur, comme une belle dame sort de sa toilette. Et nous quoiqu'instruits des maux que le péché originel a introduits dans le monde, comme nous avons trouvé ce nom tout établi, nous l'avons conservé, quoiqu'il ne réveille pas aujourd'hui parmi nous la même idée de perfection, d'ordre et d'élégance.

4. Ideas ilustradas

De la importancia de los Diccionarios hablaba incidentalmente en el artículo *Consonne* de la *Encyclopedie*. Allí se decía:

Pero, dado que la mecánica de la voz es un tema interesante y dado que es fundamentalmente la palabra la que nos permite vivir en sociedad «et que d'ailleurs un dictionnaire est fait pour toutes sortes de personnes, et qu'il y en a un assez grand nombre qui seront bien-aises de trouver ici sur ce point des connoissances qu'ils n'ont point acquises dans leur jeunesse», he considerado como un deber

> dar una idea general sobre la mecánica de la voz; ella nos ayudará a entender más fácilmente la diferencia que hay entre vocal y consonante.

Pero la cita incidental relativa a los diccionarios es suprimida por los editores de 1769.

5. Doctrina de otras ciencias (medicina, anatomía)

Antes de decir que la forma de la voz es producto de los órganos que intervienen en la modificación del aire que sale de los pulmones y que los órganos que intervienen (laringe, glotis, lengua, paladar, etc.) dan forma a esa materia que es el aire, en la *Encyclopedie* había una pequeña introducción sobre la diferencia ente esófago y tráquea, que es suprimida en los *Principes*:

> Le peuple croit que le gosier sert de passage à l'air et aux alimens; mais l'Anatomie nous apprend qu'au fond de la bouche commencent deux tuyaux ou conduits différens, entourés d'une tunique commune. L'un est appellé *ésophage*, οἰσοφάγος, c'est-à-dire *porte-manger*, c'est par où les alimens passent de la bouche dans l'estomac; c'est le gosier. L'autre *conduit*, le seul dont la connoissance apapartienne à notre sujet, est situé à la partie antérieure du cou; c'est le canal par où l'air extérieur entre dans les poumons et en sort: on l'appelle *trachée-arter; trachée*, c'est-à-dire *rude*, à cause de ses cartilages; τραχεῖα, féminin de τραχὺς, *asper; artere*, d'un mot grec qui signifie *receptacle*, parce qu'en effet ce conduit reçoit et fournit l'air qui fait la voix: ἀρτηρία παρὰ τὸ ἀέρα τηρεῖν, *garder l'air*. On confond communément l'un et l'autre de ces conduits sous le nom de gosier, *guttur*, quoique ce mot ne doive se dire que de l'ésophage; les Grammairiens même donnent le nom de *gutturales* aux lettres que certains peuples prononcent avec une aspiration forte, et par un mouvement particulier de la trachée-artere.

Du Marsais compara las vocales con esas rendijas que convierten en sonoro al aire que pasa por ellas, y las consonantes con el efecto que produce la acción de un cuerpo sólido que golpea sobre otro. En la *Encyclopedie* añadía esta observación:

> C'est ainsi que la *consonne* n'est entendue que par l'action de quelqu'un des organes de la parole sur quelque autre organe, comme de la langue sur le palais ou sur les dents, d'où résulte une modification particuliere de l'air sonore. Ainsi l'air poussé par les poumons, et qui sort par la trachée-artere, reçoit dans son passage différentes modifications et divers trémoussemens, soit par la situation, soit par l'action des autres organes de la parole de celui qui parle; et ces trémoussemens parvenus jusqu'à l'organe de l'oüie de ceux qui écoutent, leur font entendre les différentes modulations de la voix et les divers sons des mots, qui sont les signes de la pensée qu'on veut exciter dans leur esprit.

C) Conclusión

Los editores de los *Principes de Grammaire* de 1769 construyen la edición a partir de artículos que Du Marsais ya había publicado en la *Encyclopedie*. No añaden nada nuevo. Pero sí suprimen, como acabamos de ver, una buena cantidad de lo que había escrito Du Marsais.

Las supresiones son de dos tipos. Se trata, o bien de reglas y ejemplos de lenguas que no sean el latín o el francés, o bien de pequeños apuntes doctrinales.

En lo que se refiere a reglas y ejemplos de lenguas como el griego, el hebreo, o alguna lengua moderna, es probable que los editores consideraran que con las reglas y ejemplos del latín y del francés, es suficiente para construir unos principios de Gramática General. Las reglas y ejemplos de otras lenguas solo añaden erudición y prescinden de ellos.

En lo que se refiere a los pequeños apuntes doctrinales que suprimen, es posible que lo hagan para evitar repeticiones. En lo que se refiere a los artículos de la *Encyclopedie*, en algunos se repiten cuestiones de doctrina que se habían expuesto en otros. Esta repetición es lógica en un diccionario o enciclopedia, donde cada artículo tiene más o menos vida independiente. Sin embargo, la repetición no es lógica en una obra que constituye una unidad ella sola.

3. EL LATÍN EN DU MARSAIS

Objetivo fundamental de la educación ilustrada es hacer llegar la cultura al mayor número posible de ciudadanos, pero sin caer en la mediocridad; por ello se trata también de elevar el nivel cultural de las gentes. Y en esa tarea juega un papel fundamental el latín. La cultura se encuentra en libros escritos en las lenguas clásicas y sobre todo en latín; de manera que, si se quiere aumentar el nivel cultural, hay que leer libros latinos. De ahí el interés de los ilustrados por el latín; era el interés por la mejora de toda la enseñanza el que lleva al interés por la enseñanza de la lengua latina.

Du Marsais consideraba necesario el aprendizaje de la lengua latina. Por ello compuso una Gramática latina[8]. El objetivo fundamental del Método latino es la formación integral del hombre:

> Le but principal de cette Méthode c'est de former l'esprit, en acoutumant les jeunes gens, sans qu'ils s'aperçoivent, à mettre de l'ordre dans leurs pensées, à sentir les raports naturels des idées, à démêler les équivoques, et à tout raporter à de veritables príncipes (pp. 2-3).

Y vuelve a insistir en ello más adelante. Y todo ello, como buen ilustrado, lo hace a favor de la educación del alumno:

> Il y a trois objets principaux qu'on ne doit jamais perdre de vûe dans l'éducation des enfans: leur santé, leurs sentimens, et leur esprit. Il ne s'agit pas ici des deux premiers; le dernier est le seul qui puisse entrer dans le sujet dont nous parlons (p. 26).

Pero el interés de Du Marsais por la lengua latina no surge solo de su preocupación por dar a los jóvenes una educación ilustrada. Está también el hecho de que

[8] *Exposition d'une Méthode raisonnée pour apprendre la langue latine*, París, MDCCXXI.

esta lengua es para él un punto de partida importante a la hora de caminar hacia unos principios generales de Gramática. Hemos dicho en el apartado anterior que los editores de los *Principes* de 1769 suprimen con frecuencia reglas y ejemplos de lenguas que no sean el latín o el francés. Y también hemos apuntado que la explicación de esas supresiones debe estar en el hecho de que los editores pensaban que con esas dos lenguas y lo que Du Marsais había escrito sobre ellas en los artículos de la *Encyclopedie* era suficiente para construir unos principios de Gramática General.

Y es que Du Marsais focaliza toda su doctrina en las similitudes y en las diferencias que hay entre una lengua flexional como el latín y una lengua no flexional, al menos en lo que al nombre se refiere, como el francés. El origen de estas lenguas es el mismo: el origen del lenguaje en general está en la adquisición de ideas y de conocimiento por parte de la mente humana a través de los sentidos; la mente humana, por sí sola, puede crear a su vez ideas que no son el resultado de la imagen de un objeto que ha entrado en la mente a través de los sentidos, sino que son creación de la propia mente. Con las ideas que se asientan en la mente, esta puede generar juicios comparando o poniendo en relación dos ideas: una que se refiere a una cosa, física o metafísica, y otra en la que se recoge lo que se dice de esa cosa: eso es un juicio. El orden lógico en un juicio es que vaya primero la cosa (el sujeto) y después lo que se dice de la cosa (el atributo).

Hasta aquí lo que es general para todas las lenguas. Y hasta aquí, le sirve perfectamente la lengua latina para explicar el proceso. De hecho su Método de latín está compuesto tomando como punto de partida los principios que acabamos de exponer: que lo primero que hay en la mente son ideas; que con esas ideas, comparándolas, se forman juicios; que en todo juicio hay dos constituyentes esenciales, que son, por una parte, la cosa que se toma como referencia y, por otra, lo que se dice de esa cosa; que en el juicio lo primero es el sujeto y lo segundo el atributo; que el orden lógico exige que primero vaya el sujeto y luego el atributo. Pues bien, su Método de latín se basa, como veremos en estos principios.

Las diferencias entre las lenguas comienzan cuando el hombre tiene que comunicar a otros hombres, a través de palabras y de proposiciones, los juicios mentales. Esas diferencias afectan al léxico, ya que, si bien las ideas son las mismas en todos los hombres, las palabras con que las expresan cambian de una lengua a otra; afectan a la ordenación de los constituyentes en la frase, ya que hay lenguas, como las flexionales, que se pueden permitir cambiar el orden lógico «sujeto + predicado» y lenguas, como el francés, que en la elocución se mantienen, por necesidad de claridad, fieles al orden lógico; y afectan a los modismos propios de cada lengua, ya que los modismos son el resultado de modificaciones o cambios que se producen en el paso va de un juicio mental a una proposición elocucional; esos cambios son permitidos por las lenguas, pero pueden ser diferentes en cada lengua; de ahí las diferencias entre los modismos y la dificultad para un hablante no nativo de comprender los modismos de una lengua que no es la suya; y es que los modismos son creaciones que no responden al esquema lógico, que se han producido, *sine vitio*, en el paso de juicio a proposición, y que son propios de las lenguas individuales.

Lo que acabamos de decir, en relación sobre todo con el orden de los constituyentes en la frase, justifica que el latín y el francés sean suficientes para construir los principios generales de la Gramática: y es que el francés mantiene, en la proposición, el orden del juicio mental; primero, el sujeto y después el complemento; el latín, como tiene desinencias diferentes en un mismo nombre, puede invertir ese orden; pero todo aquél que hable o escuche latín, aunque lo hable y lo escuche sin que las palabras estén en el *ordo naturalis*, en su mente restituye inmediatamente ese orden natural, para poder entender la frase. Cuando en la Advertencia de los *Tropes* habla del primer peldaño de una Gramática dice que ese peldaño es la Construcción u oración. Y lo es, porque «la proposition et la période sont composées de mots, dont les terminaisons et l'arangement leur font signifier ce qu'on a dessein qu'ils signifient». Ahí están los dos recursos que facilitan la comprensión del orden mental de un juicio: «les terminaisons et l'arangement»; la terminaciones o desinencias de los nombres son del latín; el «arangement» es del francés.

De manera que con una lengua flexional, como el latín, y otra no flexional, como el francés, se puede llegar a los principios de la Gramática.

Pero la importancia de la lengua latina para Du Marsais se debe también al hecho de que, en realidad, Du Marsais comenzó sus estudios gramaticales a partir de la lengua latina y lo primero que compuso fue una Gramática latina, que publicó en 1722. En ella sigue, a la hora de enseñar y aprender latín, los principios generales que están en toda lengua y que acabamos brevemente de exponer.

La Gramática latina es la *Exposition d'une méthode raisonnée pour apprendre la langue latine*. Los principios generales que están detrás de la adquisición del lenguaje y que por supuesto recoge en esta exposición metódica son, brevemente, estos[9].

En primer lugar, en la mente del hombre lo primero que aparecen son las ideas *adventices*: «ce sont celles que nous viennent immédiatement des objets», dice en la *Logique*. Las ideas *adventices* son las imágenes de los objetos del mundo sensible. Y están representadas en la *langue* mediante los nombres de los objetos: *le soleil, la lune, le pain, un libre*.

Junto a las ideas *adventices* están las ideas *factices*, que son las que se forman por reflexión. Así surgen palabras que designan conceptos que no tienen realidad física fuera de nosotros; son nombres «métaphysiques» como *la vie, le mouvement, le bonheur*; los nombres de especies, como *animal, arbre, fruit*; y todos los adjetivos.

A partir de ahí surgen los juicios. Y el mecanismo para engendrar un juicio es el siguiente. La ideas abstractas que hemos adquirido y que es necesario mantener en la memoria, son algo así como ideas modelo; de manera que cuando recibimos la impresión de un objeto externo, podemos juzgar si ese objeto tiene o no tiene la propiedad atribuida a alguna de las ideas modelo que ya tenemos, y que adquirimos en su momento a partir de otro objeto externo; es decir, podemos juzgar si el nuevo objeto que percibimos produce en nuestra mente la misma impresión que el

[9] De este Método ya he tratado en E. Sánchez Salor, «*La Méthode de Du Marsais*. Entre la razón y la instrucción de los ilustrados», en Mª. L. Calero *et alii* (eds.), *Métodos y resultados actuales en Historiografía de la Lingüística*, Münster, 2014, pp. 681-690.

objeto que la causó por primera vez. Si vemos un peral, nos hacemos una idea del mismo; si vemos, una encina, comprobamos que la idea sobre ella coincide en algo con la idea del peral; esa idea común se convierte en clase; y una clase es apropiada para desempeñar la función de predicado en un juicio. De donde podemos engendrar el juicio siguiente «la encina es un árbol». Así surgen los juicios. En ellos la comparación entre ideas juega un papel fundamental. De manera que, si el léxico, lo adquirimos por costumbre y sensaciones, la oración o proposición es el «énoncé d'un jugement».

Consecuencia pedagógica: El maestro que no sigue con su alumno el esquema de la naturaleza que acabamos de describir, y que le impone las ideas que el muchacho no ha podido todavía alcanzar por su propia experiencia, no es un buen maestro; solo engendra descorazonamiento en el alumno y dogmatismo en él. Hay que empezar por lo sensible y seguir con lo abstracto. Ese es el método que sigue en la *Méthode Raisonnée*.

El Método de latín consta de dos partes: una, a la que llama rutina, en la que enseña cómo se debe enseñar el latín; y otra, a la que llama razón, en la que se distancia de los métodos descriptivos para la enseñanza de las lenguas:

> Cette Méthode a deux parties, la Routine et la Raison. Je veux dire que ce n'est que dans la seconde partie que l'on fait rendre raison de ce qu'on n'a d'abord apris que par routine.
>
> Dans les Méthodes ordinaires[10], on aprend le Latín à peu près comme feroit un homme, qui pour aprendre à parler à un enfant, commenceroit par lui montrer la Mécanique (*sic*) des organes de la parole. Pour moi j'aprens d'abord à parler, en disant simplement, dites un tel mot, et ensuite j'examine la Méchanique de la parole (*La Méthode*, p. 3).

En la Advertencia de *Des tropes ou des differents sens dans lesquels on peut prendre un même mot dans une même langue*, que editó como libro en 1730, alude a esas dos partes de su Método latino:

> Je suis persuadé par des expériences réitérées que la méthode la plus facile et la plus sure pour comencer à aprendre le latín, c'est de se servir d'abord d'une interprétation interlineaire, où la construction soit toute faite, et où les mots sous-entendus soient supléés. J'espère doner bientot au public quelques unes de ces traductions.

Esto es lo que llama Rutina; la ruta inicial y pequeña, por la que se inicia a los alumnos en la lengua latina y se accede a la segunda parte, en la que se explican racionalmente las construcciones. Lo que hay exactamente detrás de estas palabras de Du Marsais en los *Tropes* es lo siguiente: por traducción interlineal entiende colocar en una línea la frase latina y debajo, en otra, la traducción francesa; y la frase latina debe estar escrita en el orden lógico de constituyentes y con todos los constituyentes lógicos, de manera que si falta alguno se suple poniéndole entre paréntesis; así queda claro que la frase latina y la francesa son iguales desde el punto

[10] Llama métodos ordinarios a las Gramáticas normativas de reglas.

de vista de los esquemas mentales; la traducción interlineal las convierte también en iguales desde el punto de vista de la elocución. Al final del su Método de latín, expone Du Marsais la traducción interlineal del *Carmen Saeculare* de Horacio. El primer verso del *Carmen* es este:

Pheobe sylvarumque potens Diana

En la traducción interlineal Du Marsais lo expone así:

O Phoebe atque Diana potens sylvarum
O Phoebus, et Diana puissante des forêts
qui es Déesse

Anuncia Du Marsais en los *Tropes* de 1730 que espera poder publicar pronto una traducción interlineal en la que se pueden practicar el léxico, la inversión y los suplidos de elipsis. En realidad, como acabamos de apuntar, ya en 1722, al final de la *Méthode* había añadido *Le Poéme séculaire d'Horace, mis en versions interlinéaires.*

De esta manera Du Marsais piensa que el latín se aprende, no a base de reglas, sino como se aprenden las lenguas modernas: «Ce (su methode) n'est point une simple routine, c'est une pratique éprouvée, et une imitation raisonnée de la manière dont on aprend les Langues vivantes» (*La Méthode*, p. 1). Esta doctrina estaba ya en los tratados conocidos desde finales del siglo XVI como *Ianua linguarum*.

Por ello rechaza las reglas nemotécnicas de las Gramáticas de siglos anteriores; sobre todo las famosas reglas en verso sobre los pretéritos y los supinos latinos:

> Ils apprennent par cet exercice les Prétérits et les supins. Les régles latines ou françoises qu'on en donne, m'ont toujours paru fort pénibles et fort inutiles. C'est l'usage seul qui aprend les Prétérits et les Supins (p. 5).

Frente a las reglas para enseñar los pretéritos y supinos, que venían desde Nebrija, él dice que hace leer al alumno por la mañana y por la tarde los verbos que ha copiado de un *Recueil*. Es un «Recueil, où tous les Verbes latins sont écrits en quatre colonnes par ordre alphabétique: Amáre, amo, amávi, amátum, *aimer*» (p. 5). Así, en poco tiempo los muchachos han aprendido todos los verbos con su significado.

El método consta de las siguientes fases:

> *De la routine.*
>
> Pour sçavoir la Langue Latine, on doit aprendre:
>
> 1º. La signification des mots latins.
>
> 2º. L'inversion latine ou transposition des mots qui ne sont pas placez dans l'ordre naturel que l'on suit en français.
>
> 3º. Les Ellipses, c'est-à-dire les expressions où il y a des mots sous-entendus.
>
> 4º. En fin les Latinismes, ou façons de parler, qui sont particuliers à la Langue Latine (p. 3).

Primero es el vocabulario, el aprendizaje de palabras; y es que, como ya hemos dicho, las diferencias entre las lenguas afectan, en primer lugar, al léxico, ya

que, si bien las ideas son las mismas en todos los hombres, las palabras con que las expresan cambian de una lengua a otra. En segundo lugar, la inversión, que no es otra cosa que colocar en el orden lógico las palabras latinas que el hipérbaton ha desordenado; y es que hay lenguas, como las flexionales, que se pueden permitir cambiar el orden lógico «sujeto + predicado», «determinado + determinante» y lenguas, como el francés, que en la elocución se mantienen, por necesidad de claridad, fieles al orden lógico. En tercer y cuarto lugar, las elipsis y modismos; ya que las elipsis y los modismos son el resultado de modificaciones o cambios que se producen en el paso va de un juicio mental a una proposición elocucional; esos cambios son permitidos por las lenguas, pero pueden ser diferentes en cada lengua; en concreto, no son iguales en el latín que en el francés. Por eso, el buen maestro de latín debe reducir las frases latinas con elipsis y los modismos latinos a expresiones comprensibles en francés.

El resumen de su método está recogido el final de la primera parte a modo de conclusión. No se trata del sistema tradicional de enseñar la Gramática latina empezando por las declinaciones, luego las conjugaciones y por fin la Sintaxis. Estas no se aprenden de memoria, sino por instinto: hay que empezar por aprender palabras, luego pequeñas frases, explicándolas de acuerdo con el esquema racional de la misma

> *Conclusion de cette premiere partie.*
>
> Voilà ce que j'entends par la Routine; c'est qu'avant que de parler de Déclinaisons, de Conjugaisons et de Syntaxe, je les fais connoître par instinct, en faisant aprendre des mots latins, quelques phrases, et sur-tout expliquer littéralement un latín rangé selon la construction simple, et sans aucun mot sous-entendu (pp. 31-32).

Lo primero es, pues, aprender palabras. Ello está en consonancia con lo que ya vimos: lo primero que se forma en la mente humana es el concepto y el nombre de objetos externos que llegan a la mente a través de los sentidos.

Él dice que obliga al niño a aprender un grupo de palabras todos días. Es verdad que la mejor forma de aprender palabras latinas es leer a los autores latinos. Pero los niños no pueden leerlos. Por eso él hace primero que aprendan palabras. Comienza por el significado de las palabras. Dice que es lo primero que se debe enseñar a los niños, porque «après tout, sçavoir une Langue, c'est en entendre les mots» (3-4). Y los niños tienen memoria y pueden aprenderlas fácilmente. Se puede empezar por palabras que designan cosas sensibles como el fuego, el pan. Ello tiene dos ventajas:

> le premier, la science des mots latins, et le second, une provision d'idées et de connoissances. Cette provision d'idées doit être un des principaux objects de l'éducation; c'est dans cette vûe que j'ai compose un petit Traité à la portée des enfans pour leur donner une idée de la Nature, des Arts et des Sciences (p. 4).

La idea de que el aprendizaje de palabras debe estar orientado al conocimiento de la Naturaleza, de las Artes y de las Ciencias es claramente ilustrada; pero estaba ya también en los autores de tratados del siglo XVII conocidos como *Ianua linguarum*. Du Marsais cita concretamente dos de ellos: a P. Pomey (*Indiculus universalis*),

del que dice que solo tiene palabras y frecuentemente inapropiadas. Y a Comenius, *Ianua linguarum,* donde dice que faltan muchas palabras y muchas cosas.

También presta importancia Du Marsais al aprendizaje de verbos y su significado. Ya vimos más arriba que decía que él hacía copiar todos los días a sus alumnos listas de verbos de un *Recueil*. Así aprendían los verbos, con sus pretéritos y sus supinos, si necesidad de tener que aprender las tediosas reglas de los pretéritos y supinos que venían desde Nebrija. Pero es que, además, aprender verbos es fundamental para el paso que hay que dar tras el aprendizaje de palabras: la construcción de la proposición. Porque no hay proposición que no tenga verbo, que es la palabra principal de la misma.

Lo segundo es aprender frases. Tras aprender palabras se aprenden frases cortas latinas. Este es el método de los *Ianua linguarum* del siglo XVII. Ahora bien, en el método del siglo XVII las frases latinas se aprendían a partir de frases de lenguas vernáculas. Se enseñaba a los alumnos latín enseñándoles cómo se decían en latín frases vernáculas: primero, fases sencillas, como las de saludo; luego cada vez más complicadas. La novedad de Du Marsais consiste en que las frases latinas se enseñan y se explican también a partir del vernáculo, pero no a partir de frases vernáculas, sino a partir del orden natural de las palabras en la frase del vernáculo; ¿por qué? Porque el orden de palabras en vernáculo (francés, italiano, español) es el orden natural; el de la naturaleza; y consiguientemente el que se aprende de manera natural. A la frase en ese orden natural lo llama construcción simple[11]. Y la construcción simple debe cumplir dos condiciones: en primer lugar, que el orden de palabras en la misma ha de ser el orden natural, es decir sujeto-verbo; y en segundo lugar, que no hay en las frases constituyentes elididos.

Lo tercero es, pues, que, si en la frase latina hay constituyentes elididos, estos deben ser suplidos por el maestro para que el alumno entienda el esquema racional de la frase sin necesidad de torturar su mente por el hecho de que la misma no responde a ese esquema. En la ordenación de la frase latina hay que tener en cuenta lo elidido y ponerlo. Así en el análisis que hace Du Marsais del partitivo *du pain* en el artículo de la Enciclopedia, dice que hay que suplir «quelque chose», «une partie», «une portion» (*de le pain*).

En la frase latina simple que se empieza enseñando a los alumnos no debe haber constituyentes elididos; si los hay, estos deben ser suplidos por el maestro para que el alumno entienda el esquema racional de la frase sin necesidad de torturar su mente por el hecho de que la misma no responde a ese esquema. De ahí que la tercera parte de la *Routine* trate de la elipsis. Y el primer principio que propone es que, en la fase inicial de enseñanza del latín, hay que darle al alumno la frase latina explicitando y poniendo en su lugar los constituyentes que estuvieran elididos:

> III. *Des Ellipses*.
>
> Pour ce qui regarde les Ellipses, c'est à dire les mots sous-éntendus, je les exprime tous dans les premiers cahiers que je fais lire (p. 20).

[11] De la construcción y sus tipos habla con extensión y detalle en el artículo correspondiente de la *Encyclopedie*.

Y a este respecto, dice, que él redactado todo Terencio de acuerdo con este principio.

Advierte que quizás sea muy criticado por este método. Pero da sus razones. En primer lugar, que él no suple nada a capricho; suple en una frase latina lo que está expreso, en esa misma frase, en otro texto latino: «ainsi j'explique la langue latine par la langue latine mème». En este aspecto Du Marsais se mueve en la línea en que se movieron los gramáticos racionales del siglo XVI. El Brocense, por ejemplo, dedica la mayor parte de un libro de su Minerva, el IV, a la figura de la elipsis, que se convierte en el eje principal de su doctrina. Comienza el libro con una larga discusión teórica sobre la elipsis. Considera el Brocense como uso elegante aquella construcción en la que ha intervenido la figura de la elipsis; es decir, es aquella construcción que no mantiene el esquema gramatical completo, sino que ha perdido alguno de sus constituyentes. Pero no cualquier construcción que haya perdido uno de sus constituyentes es elegante; solo es elegante aquella construcción elíptica que encontramos en los mejores autores de la latinidad. Este es el primer argumento con el que hemos visto que se defiende Du Marsais de los que puedan acusarle de recurrir a la elipsis para explicar frases latinas.

En segundo lugar, la autoridad de otros gramáticos; entre ellos cita en primer lugar al Brocense y, luego, lógicamente, a los de Port Royal:

> Le fameux Sanctius et plusieurs autres Grammairiens ont reconnu tous ces mots sous-entendus, je ne fais que les suivre. Messieurs de Port-Royal dans leur sçavante Méthode Latine, réduisent après ces Auteurs les expressions abrégées à la construction simple (p. 25).

Pero él se diferencia de Sanctius y de Port Royal; estos trataban la doctrina de la elipsis en obras dirigidas a maestros; él lo hace en método dirigido a los alumnos. Y lo hace así, porque, como dijo San Pablo, a los que se inician hay que darles leche, no comida, y porque los niños, en el aprendizaje, necesitan conceptos sencillos; por eso él le ofrece un latín sencillo y simple:

> Pour moi j'imite la conduit de l'Apôtre, *Lac vobis potum dedi non escam,* ce sont les enfants qui ont le plus besoin de simplicité. Ainsi je ne leur presente d'abord le latín que dans sa simplicité naturelle (p. 25).

A los maestros racionales del XVI la doctrina de la elipsis les servía para explicar racionalmente los usos elegantes del latín. A Du Marsais le sirve esa misma doctrina para fines pedagógicos.

Y en cuarto lugar, los modismos. Una objeción podría ponérsele a este método de Du Marsais. Hemos dicho anteriormente que su método se asemeja al de los tratados de *Ianua linguarum* del siglo XVII en el sentido de en ambos se parte, para la enseñanza del latín, de las lenguas vernáculas. Pero con esta diferencia: los gramáticos del siglo XVII enseñaban frases latinas a partir de frases vernáculas; es decir enseñaban los usos latinos más frecuentes a partir de los correspondientes usos franceses, o castellanos, o italianos, o ingleses. Du Marsais enseña las frases latinas a partir del esquema y del orden lógico de esa frase en vernáculo: por eso tiene que ordenar previamente la frase latina y suplir lo elidido. No pretende enseñar

latinismos, como pretendían los gramáticos del XVII; pretende hacer comprender racionalmente la frase latina para facilitar al alumno el aprendizaje del latín. Y para justificar por qué no enseña directamente los latinismos, como hacían los tratados de *Ianua linguarum*, dedica la última parte de la *Routine* a ellos. Y en esa parte, comienza explicando en qué consiste un idiotismo o la forma de hablar específica de cada lengua: es la forma especial de cada una de las lenguas para expresar los sentimientos y las ideas:

> IV. *Des façons de parler, ou les latinismes.*
>
> Les passions des hommes et leur imagination se trouvent essentiellement dans tous les nations; mais dans cette uniformité générale il y a une varieté infinie dans la route que les passions prennent pour se satisfaire, et dans le tour que l'imagination suit pour s'exprimer. Quand le feu prend à une maison en quelque lieu du monde que ce puisse être, on en est agité, et l'on songe à s'en garantir; voilà l'uniformité. Mais les uns crient «au feu», comme en France, et les autres crient «à l'eau», comme on faisoit dans l'ancien pays latín, *clamare aquas* (Properce); voilà la varieté (pp. 27-28).

El contexto en el que con más frecuencia aparecen los idiotismos es el de los proverbios y sentencias: «Il en est de même de la morale des Proverbes, elle es la même par tout; mais elle est représentée sous des images diferentes (p. 28)».

Pues bien, tras explicar lo que son los latinismos y para justificar el hecho de que él no enseña latín enseñando primero los latinismos, como hacían los gramáticos del XVII, termina diciendo que los latinismos se aprenden mejor con su método sencillo:

> Toutes les façons de parler latines s'aprennent facilement et dans leurs véritables principes par la Méthode de la traduction littérale, et par le suplément des mots sous-entendus. Par exemple, *Quanti emisti? Tanti* se trouve de cette sorte: *Pro prètio quanti aeris emisti? Emi pro prètio tanti aeris.* On sçait que la premiere monoye des romains étoit de cuivre et différent poids; dans la suite le mot *aes* a été employé pour marquer en général de la monoye (p. 30).

Y arremete contra las gramáticas que enseñaban cómo se ponían en latín los modismos franceses:

> C'est aisi que tous les Latinismes se trouvent expliquez dans le cours de la traduction, sans qu'on s'en aperçoive, et sans faire d'autre régle que celle de la construction simple. Par là s'évanouissent toutes les régles et les exceptions de Méthodes ordinaires, ce qu'on apelle *Que retranché*, particule *on*, et autres fantômes qui font tant de peine aux enfans, qui les fatiguent sans les éclairer (p. 30).

Lo del *Que retranché* y lo del *On* se refiere a las gramáticas, sobre todo jesuíticas, que se esforzaban por explicar las construcciones latinas de infinitivo tras verbos de lengua que en francés se construían con *Que* y las construcciones latinas que respondían a las impersonales francesas construidas con *On*. Esto de enseñar la frase latina a partir de los modismos vernáculos se observa también en las gramáticas latinas de los jesuitas españoles del siglo XVII, en las que se esfor-

zaban los maestros de la Compañía por enseñar a los muchachos las construcciones de infinitivo y de participio latinas a partir de los modismos castellanos, o cómo se ponen en latín los gerundios castellanos, o cómo se utilizan las partículas en español y en latín. Du Marsais, en lugar de ocuparse de enseñar estos modismos a partir de los usos vernáculos, los enseña explicando su esquema racional y lógico; es decir, a partir de lo que él llama construcciones simples.

En definitiva, Du Marsais propone un método para enseñar latín que es parecido, dice, al método de aprender las lenguas hablándolas; de la misma forma que a andar se aprende andando, así también, a hablar una lengua, se aprende hablándola. Es lo que hacen los mercaderes con sus hijos: los mandan al país vecino, para, hablando la lengua vecina, aprenderla.

Lo que él propone en la primera parte de su método, a la que llama rutina, es parecido a eso:

> Je propose une routine semblable à l'usage de ces enfans, et peut-être plus exacte et plus facile, parcequ'on a toujurs avec soi son interprete c'est-à-dire les cahiers dans lesquels les Auteurs avec qui nos enfans conversent, sont expliquez litteralement (p. 33).

La Gramática no hace falta al principio; vendrá después. Y ello porque primero es el uso; y de él se saca la Gramática. Este es otro reflejo claro de uno de los principios que dijimos que está detrás del análisis del lenguaje en los ilustrados: el empirismo; primero es la experiencia, luego el raciocinio; de manera que primero es el uso y después la Gramática; Du Marsais recuerda incluso a este respecto al maestro del empirismo, Locke:

> Je pourrois ajoûter bien des autoritez, et entre autres celle de M. Locke dans son Traité de l'Education des enfans, pour justifier ce que je dis ici; mais dans une affaire qui est du ressort du bon sens et qu'on peut justifier par des expériences, les autoritez son inútiles (p. 34).

En la segunda parte de la *Méthode*, a la que Du Marsais llama *Raison*, nuestro autor mantiene los mismos principios. En esta parte se trata de analizar los juicios o razonamientos que se han de enseñar a los niños. Y a este respecto distingue dos tipos de razonamientos. En primer lugar,

> I. Les raisonnemens qui suposent des idées qu'ils n'ont point acquises, ou sur lesquelles on n'a pas pris la precaution de les faire réflechir (p. 37).

Pone el ejemplo de los colores para un ciego y los sonidos de la música para un sordo. Esos conceptos o juicios se han de enseñar también desde la experiencia. Antes de enseñar al alumno que el adjetivo marca una cualidad o una manera de ser de una cosa, el maestro debe darle ejemplos de esas maneras de ser: por ejemplo, coger un trozo de cera y hacerlo cambiar de forma para explicarle que «redondo» y «cuadrado» no son nada más que maneras de ser de la cera. En virtud de este principio, cree Du Marsais que no es útil, por ejemplo, enseñar a los niños las fábulas de Esopo: el adulto las entiende por su enseñanza moral, pero el niño, solo percibe lo maravilloso del cuento.

En segundo lugar,

> II. La seconde sorte de raisonnemens qui ne sont point à la portée des enfans, ce sont ceux où il y a plusieurs combinaisons à faire; ces raisonnemens excitent une contention d'esprit que le cerveau des enfans n'est point encore en état de soutenir (p. 37).

Cuando se trata de razonamientos o juicios de este tipo, el principio primero que el maestro debe tener en cuenta es no decirle al alumno «rien de nouveau qui ne puisse se lier avec ce l'usage de la vie peut dejà lui avoir appris». Cuando el alumno esté en condiciones de relacionar el objeto que le llega con una idea que ya tiene adquirida, está en condiciones de leer aquello de Horacio: *Siderum Regina bicornis, audi, / Luna, puellas.* El alumno entenderá esta frase, cuando tenga ya en su mente los conceptos de bicorne, reina. Pero no solo basta con ello. El empirismo exige además que al alumno se le ofrezca la frase latina en los esquemas que él tiene, para esa misma frase, en su lengua materna. De manera que el maestro ha de tener la precaución de, primero, ordenar la frase de acuerdo con el *ordo naturalis* (*Luna bicornis, Regina siderum, audi puellas*), que es el orden del francés; y, segundo, poner en interlínea la traducción francesa: «ô lune à deux cornes reines des astres, écoute le jeunes filles». Es este análisis interlineal lo único que el alumno puede comprender con claridad: por él mismo y sabiendo lo que hace; mientras que si el maestro le obliga a aprender de memoria aquello de *singulariter nominativo haec musa,* etc., el muchacho sabrá quizás en pocas horas la primera declinación, pero no entenderá nada; lo único que se conseguirá es hacerle un poco más dócil. Frases latinas, ordenadas y traducidas; eso es lo primero, tras haber aprendido palabras.

El segundo punto aconseja no dar a los niños reglas complejas; por ejemplo, las reglas que explican la conversión de un «que» francés tras verbo de entendimiento en una oración de infinitivo en latín; o la regla que explica cómo se ponen en latín las construcciones con «on» en francés. Lo mejor es enseñar al alumno el idiotismo latino y el idiotismo francés: *Poetae tradunt Saturnum devorasse liberos suos* se dice en francés «Les poètes racontent que Saturne a dévoré ses enfants». Y nada de reglas. Intentar enseñar esto con reglas es como enseñar que *pain* en latín es *panis* así: primera regla: se conserva la inicial *pa*; segunda regla: se pone *n* delante de *i*; y tercera regla: se añade una *s*.

Dado la importancia que el Método de latín tiene en la concepción general de la Gramática por parte de Du Marsais, hemos decidido añadir al final de esta edición, traducida y comentada, de los *Principes de Grammaire* un apéndice con el texto traducido de la *Méthode latine*.

4. NUESTRO OBJETIVO

Con la *Gramática General de Du Marsais comentada* hemos pretendido alcanzar los siguientes objetivos:

En primer lugar, ofrecer una traducción española completa de esta importante Gramática de la época de la Ilustración. En 1800 hubo en España un proyecto de

traducción de las obras de Lógica y de Gramática de Du Marsais. Se trataba de la *Colección española de las obras gramaticales de Cesar Du-Marsais*. Pero el proyecto se quedó en la Lógica[12]. Es esta, pues, la primera traducción española que sepamos de la Gramática General de Du Marsais. Vamos traduciendo, por orden, todo el texto que su publicó en 1769, introduciendo, cuando lo consideramos oportuno, comentarios y estructurando el material de acuerdo con nuestro criterio.

En segundo lugar, organizamos y estructuramos, en efecto, con un criterio más o menos racional el contenido de esta Gramática General póstuma. Pretendemos organizar, estructurar y explicar el contenido de esta Gramática, aparentemente construida a partir de retazos. Para ello, hemos, en primer lugar, ordenado ese contenido mediante capítulos y epígrafes, que son nuestros. El índice que apareció en la edición de 1769 era muy elemental y falto de criterio. Y en segundo lugar, hemos ido comentando el contenido de la Gramática.

Al final hemos añadido como apéndice el texto de la *Méthode latine* por las razones que hemos apuntado anteriormente.

En el caso de las citas de autores latinos y franceses, nos hemos limitado a recoger, en nota, la que recoge el propio autor francés. Solo en algún caso especial, hemos detallado y comentado la cita.

[12] César Chesnau Du Marsais (trad. de J. Miguel Alea), *Colección española de las obras gramaticales de Cesar Du-Marsais: ordenada para la instrucción pública, con aplicaciones y ejemplos correspondientes a la elocución castellana; Por D. José Miguel Alea destinado a la Real Biblioteca para el examen y arreglo de la literatura Inglesa, Bibliotecario del Real Establecimiento de Clínica, y últimamente comisionado por S. M. para el estudio de la Ichtiológia. Parte Primera: Tratado de los Tropos. Madrid: Imprenta de Aznar. Parte II: Lógica o Reflexiones sobre las principales operaciones del alma.*

La Gramática general de Du Marsais con comentario

I. GRAMÁTICA Y LÓGICA

Poner en conexión la lengua y el arte que la normaliza, que es la Gramática, con la doctrina de la Lógica sobre la adquisición de las ideas y del conocimiento es un paso que dieron los gramáticos ilustrados de una forma sistemática. Entendemos forma sistemática el hecho de que incorporan esta doctrina a sus Gramáticas como ingrediente fundamental de la propia Gramática. Antes había habido a lo largo de la historia acercamientos de la Gramática a la Lógica, pero no de una forma tan estrecha.

El lenguaje, para los gramáticos ilustrados es el final de todo un proceso que comienza en el momento en que el mundo externo impacta en los sentidos del hombre; impacta a través de los sentidos y deja huella en la mente humana bajo la forma de ideas. Una vez que se forman las ideas en la mente humana, esta, la mente, las manipula y crea juicios con ellas. Esto era patrimonio de la Lógica, del que se apropia la Gramática General. Los juicios de la mente se convierten en oraciones que mediante la elocución terminan por ser comunicados a otro ser humano. Ese es el punto final del proceso, que es el lenguaje. El inicial es la adquisición de las ideas y del conocimiento.

Pero se trata de un proceso único. Du Marsais, a la primera fase de adquisición del conocimiento y de las ideas, la considera como el origen y la causa del lenguaje. En efecto, el título del primer capítulo es ***Sobre las causas del habla.*** Y en ese capítulo habla sobre la adquisición del conocimiento.

Este capítulo lo tomaron los editores de un manuscrito que llegaría a sus manos junto con el manuscrito de la Lógica. Efectivamente, en el *Avis del editeur* tras decir que el manuscrito de la *Logique* había sido entregado por el propio Du Marsais a M. de Rochebrune, se añade: «Le fragment sur *les Causes de la parole* a été pareillement donné à M. de Rochebrune, par l'auteur, en une autre circonstance» (p. IV).

1. LA ADQUISICIÓN DEL CONOCIMIENTO. LOS SENTIDOS

Comienza la Gramática con la adquisición del conocimiento. Y para justificar la inclusión de la doctrina sobre la adquisición del conocimiento en la Gramática se titula a este capítulo como «Causas del habla». Desde el momento en que la adquisición de ideas es causa del habla queda justificada su inclusión en el contenido de una Gramática.

Comienza el capítulo con un resumen general del proceso: recepción de sensaciones y reflexión mental sobre las mismas:

> Desde que venimos al mundo, recibimos diferentes tipos de sensaciones provocadas por las impresiones sensibles que los objetos externos producen en nuestros sentidos. Somos capaces de ver, oír, imaginar, concebir, sentir placer y dolor y, después, reflexionamos sobre todas estas diferentes afecciones; las comparamos, sacamos conclusiones de ellas, etc.

Para que podamos recibir sensaciones externas que generen ideas, son necesarias dos cosas: en primer lugar, un emisor, que son las cosas externas a nosotros, las cuales emiten sensaciones; y en segundo lugar, un receptor, que es la mente humana. De parte del receptor, es necesario que tengamos órganos apropiados para esa recepción; y los tenemos; esos órganos son los sentidos:

> Estos sentimientos o afecciones suponen, en primer lugar y de parte nuestra, que hay en nosotros todo aquello que es necesario para recibir las sensaciones externas; es decir, que tenemos órganos destinados por el Autor de la naturaleza a producir esos efectos y que esos órganos suelen estar bien dispuestos.

Y, de parte del emisor, es decir de las cosas externas que impactan en nuestros sentidos, es necesario también, para evitar la confusión, que los objetos externos produzcan siempre una misma sensación, ya que si produjeran sensaciones diferentes en función del momento, del lugar, del receptor, se generaría confusión; un ejemplo, cuando vemos un árbol, esa visión produce en nuestra mente una imagen y una idea determinadas; si al día siguiente, cuando volvamos a ver un árbol, este genera una imagen o idea diferente, se produciría en nuestra mente una confusión que impediría la adquisición de ideas claras:

> En segundo lugar, es necesario, de parte de los objetos externos, que sean tal como deben ser, de manera que de una misma impresión resulte siempre una misma sensación.
>
> Los ciegos no ven, porque sus ojos no tienen la conformación requerida para ver; en la oscuridad no vemos, ya que los cuerpos no reciben ninguna luz que puedan enviar a nuestros ojos.
>
> Las impresiones que los objetos producen en las partes externas de nuestros sentidos llegan hasta el cerebro, que es el sentido interno en el que terminan todos los nervios de los sentidos externos; o, lo que es lo mismo, todos los nervios parten del cerebro y terminan en las diferentes terminales de nuestro cuerpo, adaptadas para recibir y llevar al cerebro las impresiones externas de los objetos.

Du Marsais comprende que eso de que unos objetos externos impacten en nuestros sentidos y generen en nuestra mente una imagen o idea es un misterio difícil de entender. ¿Cómo es posible que unas sensaciones físicas generen reflexiones mentales? Aquí Du Marsais se muestra incapaz de profundizar; es un gramático que se apoya en la Lógica, pero no se atreve a profundizar en cuestiones teológicas:

> ¿Cómo sucede todo eso? Ese es el secreto del Creador. Nuestros conocimientos no pueden llegar sino hasta un cierto punto, más allá del cual lo mejor que podemos hacer es reconocer sencillamente los límites de nuestra mente en lugar de dejarnos seducir por frívolas imaginaciones. Si la naturaleza tiene mecanismos que no están al alcance de nuestras luces, es de muy sabios reconocer que no podemos penetrar en ellos, y que no somos a este respecto nada más que

> lo que es el ciego de nacimiento en relación con los colores y el sordo de nacimiento en relación con los sonidos.

Lo único cierto es que, tras las percepciones y sensaciones, los hombres hacemos reflexiones y juicios:

> Afirmo, pues, que, como consecuencia de nuestro estado natural y de las diferentes impresiones que producen los objetos, vemos, oímos, comparamos, conocemos, hacemos juicios, hacemos reflexiones, etc.

2. LOS OBJETOS CON SUS CUALIDADES LLEGAN A NUESTRA MENTE EN UN TODO INDIVISO

Cuando los objetos impactan en nuestros sentidos y la imagen de los mismos llega a la mente, lo que llega es el objeto y sus cualidades. Junto con la imagen del sol, entra en nuestra mente también la imagen de luminosidad; y esas dos imágenes llegan formando un todo indiviso; no entra en nuestra mente por un lado la imagen o idea «sol» y por otro la imagen o idea «luz»:

> Estos diferentes pensamientos y estos distintos juicios los tenemos en nuestra mente a la manera de ella, la cual en un primer momento construye todo un pensamiento como una unidad indivisa. Quiero decir que nuestros juicios se forman en primer lugar a partir de sensaciones, es decir, a partir de una afección interior o percepción de la mente, sin que esta divida en partes su pensamiento. Luego, considera, en primer lugar, la cosa; y después, la cualidad de la cosa; y finalmente, une, por así decir, una idea con la otra. Esa división en partes del pensamiento es una segunda operación de la mente que se hace con vistas a la elocución.

Pero en la mente no solo están las ideas de las cosas que nos llegan del mundo exterior. La mente también puede inventar ideas por imitación; son las palabras abstractas que se crean por generalización –algunas o muchas cosas concretas son agrupadas en un solo concepto; por ejemplo, manzano, peral, higuera y otros son agrupados en el concepto árbol– y se hace con la finalidad de abreviar:

> Las palabras *idea, concepto, juicio, duda, imaginación* no son sino términos abstractos y metafísicos inventados por imitación para abreviar el discurso y reducir a clases concretas ciertos tipos de puntos de vista de nuestra mente.

El proceso que lleva a la creación de ideas abstractas es el siguiente: una vez que la mente ha adquirido las ideas de las cosas concretas, ella puede reflexionar sobre esas cosas concretas y reconocer sus cualidades objetivas u otras cualidades que la propia mente puede dar a esas cosas:

> Primero, hemos dado nombre a los seres sensibles que nos han producido una sensación, *el sol, la luna, el pan, un libro, un reloj,* etc. Después, hemos inventado otros nombres por imitación, los cuales nos sirven para enunciar puntos de vista particulares de nuestra mente. Por ejemplo, para marcar la situación exacta del animal en tanto que ejerce sus funciones de animal, decimos *la vida*;

> a la situación en que está cuando ha dejado de vivir, llamamos *muerte*. Y lo mismo sucede con palabras como *sueño, oído, miedo, amor, odio, deseo, belleza, pesadez, fealdad* y una infinidad más.

Las palabras que designan ideas abstractas no apuntan a seres reales:

> Todas estas palabras no marcan objetos reales que existan fuera de nuestra mente, cosa que sí hacen los nombres que ponemos a los objetos sensibles. Las palabras metafísicas de las que hablo son palabras inventadas por imitación, para ayudarnos a enunciar con más facilidad y precisión ciertas consideraciones particulares de nuestra mente. Es el mismo servicio que hacen los signos aritméticos y algebraicos.

Pasa explicar en qué momento el mecanismo de nuestra mente genera ideas y nombres abstractos, Du Marsais supone la existencia de una secuencia temporal en ese mecanismo: para adquirir la idea «sol», la mente ha tenido que pensar en algún momento en el sol; y ese momento tiene una cierta duración temporal que es la que permite darle nombre al objeto; pues bien, lo mismo sucede con la generación de la ideas abstractas; la mente abstrae de un objeto las cualidades y luego hace confluir en una determinada cualidad otros objetos; todo ello supone una secuencia temporal; y cada uno de los momentos en que la mente atribuye objetos a una misma cualidad tiene cierta extensión temporal dentro de la secuencia; es esa extensión temporal la que permite dar nombre a lo que la mente piensa en ese momento; por ejemplo, la mente abstrae del «hombre» la cualidad de «ser vivo»; luego, lleva esa cualidad a otros seres que también la tienen; en ese proceso, el momento de la aplicación de diferentes objetos a la cualidad tiene extensión temporal; y esa extensión permite dar nombre, un nombre abstracto, al producto de lo ocurrido en ese momento:

> Cuando yo pienso en el sol, lo hago durante un cierto tiempo. Si pienso después en el mar, en la luna, en las estrellas, cada uno de estos pensamientos ocupa también su tiempo, y cada tiempo es diferente de otro, y cada uno de los objetos de estos pensamientos tiene su nombre. De igual forma, yo percibo que cuando estoy ocupado en una abstracción y llevo, por ejemplo, cada tipo de propiedad a un punto en el que hago confluir por separado diferentes pensamientos, las diferentes situaciones en que se encuentra mi mente ocupan cada una de ellas su tiempo, y doy nombres específicos a esos diferentes pensamientos abstractos, sin que haya fuera de mí ningún objeto real que responda a cada uno de esos nombres, objeto real que sí existe en el caso de la palabra *sol*, y la palabra *luna*, y de otros nombres de seres que tienen existencia independiente del pensamiento.

Explicada de esta forma la creación de nombres abstractos, los cuales solo tienen existencia en la mente y no en el mundo real, Du Marsais se adentra en la cuestión nominalista. Ya entre los modistas, se discutió este problema, muy relacionado con el *modus essendi* y el *modus interpretandi*. Brevemente, es esto: en el mundo real, en la naturaleza, existen el peral, la higuera, el manzano, el pino, etc.; estos seres naturales son percibidos por nuestra mente; y nuestra mente, con lo que es común a todos ellos, construye el concepto «árbol». La cuestión entonces es: el concepto «árbol» ¿es creación de nuestra mente o está también en la naturaleza? Los nominalistas defenderán que es creación de la mente y que en la naturaleza solo

hay seres concretos a los que damos nombres concretos. Los universalistas dirán lo contrario. Du Marsais se alinea con el nominalismo:

> En el mundo de la física hay nombres apelativos que en el fondo no son sino nombres abstractos, cuando no se les aplica a un objeto particular; por ejemplo, *villa, montaña, río, árbol, animal, hombre,* etc. Estos nombres se aplican después a objetos particulares en función de nombres adjetivos[13]. Y sucede los mismo en el mundo de la metafísica; existen nombres apelativos, *idea, concepto, juicio, afirmación, negación, duda,* etc.; también estos tienen aplicaciones concretas: *la idea tal, el juicio ese,* etc. y estos nombres, aplicados así en cada uno de esos mundos[14], al no ser considerados en lo que tienen en común, o en algún concepto parecido de la mente, o comparados con otros seres similares, se convierten en algo así como en nombres propios gracias a la palabras que unimos para referirnos a un objeto concreto.

Una vez que la mente crea los nombres abstractos, estos entran en el Diccionario de la lengua correspondiente con la misma entidad que los concretos:

> Una vez inventados y adoptados para el uso estos términos metafísicos entran en el diccionario de la lengua y los utilizamos de la misma manera que utilizamos las palabras que designan objetos reales.

Y si están los nombres abstractos en condiciones de entrar en el Diccionario, también están en condiciones de entrar en frases que en principio se crean para aceptar dentro de ellas nombres concretos:

> Comenzamos siempre por lo sensible. Empezamos diciendo *j'ai habit, j'ai une pomme, j'ai un livre,* y nos familiarizamos con el verbo *avoir*, que es una palabra muy interesante. Con el tiempo, por la escasez de palabras y por la necesidad de expresarnos, utilizamos este verbo *avoir* en otras ocasiones en las que observamos algún tipo de relación con la noción de posesión; y es que, cuando una cosa nos es propia, queremos expresarlo. Así, después de haber dicho *j'ai un livre, j'ai un diamant, j'ai un montre,* pasamos a decir por imitación *j'ai la fièvre, j'ai envie, j'ai peur, j'ai une doute, j'ai pieté*, *j'ai une idée,* etc.; pero *libro, diamante, reloj* son nombres de objetos reales que existen independientemente de nuestra manera de pensar, mientras que *salud, fiebre, miedo, duda, deseo*, no son sino términos metafísicos que designan maneras de ser, consideradas desde puntos de vista concretos de la mente.

La construcción con el nombre concreto es una construcción con sentido propio; mientras que la construcción con el nombre abstracto es figurada y por imitación:

> En *j'ai un montre*, *j'ai* es una expresión que debe ser tomada en su sentido propio; pero en *j'ai une idée, j'ai* solo se utiliza por imitación; es una expresión prestada. *J'ai une idée* significa *yo pienso, yo concibo de tal o tal manera*; *j'ai envie* significa *yo deseo*; *j'ai la volonté* significa *yo quiero.*
>
> De manera que *idea, concepto, imaginación* no designan objetos reales y mucho menos seres sensibles que se pueden unir uno con otro.

[13] En «el río Tajo», «río» funciona como adjetivo.

[14] El físico y el metafísico.

La explicación del proceso generador de los nombres abstractos, que en definitiva se forman a partir de las propiedades o cualidades que llevan los objetos en el momento de entrar en la mente, le ha llevado a Du Marsais a hacer un análisis y distinguir entre nombres concretos y las cualidades o propiedades de los nombres concretos. Pero eso solo lo ha hecho por razones metodológicas y por necesidad de aclarar la diferencia entre nombre concreto y nombre abstracto. La doctrina imperante entre los ilustrados es que, cuando entra el objeto en nuestra mente, junto con él, entran también sus cualidades; y en la mente, ambas cosas, el objeto y sus cualidades, forman en principio un conjunto indiviso; no está el objeto por una parte y la cualidad por otra; están juntos en un solo concepto. Por eso, tras explicar la distinción entre nombre concreto y nombre abstracto, explicación para la que ha tenido que admitir que «comenzamos siempre por lo sensible», es decir, por lo concreto, tiene que volver al mecanismo de generación del conocimiento y reconocer que cuando los niños comienzan a aprender no siguen ese proceso de ir de lo concreto a lo abstracto, sino que el objeto concreto y la cualidad que dará después lugar a un nombre abstracto entran juntos en la mente:

> No son estas las operaciones[15] que hacen los niños cuando comienzan a hacer juicios, ni las que hacen los sordos y mudos de nacimiento cuando hacen sus juicios; ellos no saben usar las palabras, que son las que luego nos sirven únicamente para dividir nuestro pensamiento. Las palabras, al no estar formadas sino por signos que suceden unos a otros, pueden estar unidas o separadas; es gracias a ello por lo que nos sirven para considerar como formado por partes aquello que en sí mismo es un conjunto indiviso.
>
> Un niño, al que se da por primera vez un trozo de azúcar, siente que el azúcar es dulce; pero él no considera por separado el azúcar y, después, la calidad de dulce, para la que no ha inventado todavía un término abstracto. En principio, no tiene nada más que la sensación y cuando después se acuerda de esa sensación por reflexión, o la compara con otras sensaciones, todo eso lo hace solo mediante diferentes esquemas de su mente, los cuales son en definitiva la consecuencia o el resultado de las diferentes impresiones que ha recibido, sin que haga todavía consideraciones particulares que dividan ese pensamiento indiviso.

3. COMUNICACIÓN DEL PENSAMIENTO. EL ANÁLISIS

Si el hombre se quedara en el pensamiento y en el conocimiento y no tuviera la necesidad de comunicárselo a otros hombres, los pensamientos serían en la mente esa unidad indivisa de la que hemos hablado. Pero el hombre es un animal social y necesita comunicar sus conocimientos y sentimientos:

> Pero nos interesa, por muchos motivos, dar a conocer a los demás nuestros sentimientos o nuestros pensamientos.

[15] La de comenzar siempre por lo sensible y luego seguir con expresiones más o menos abstractas formadas por imitación.

Distingue, en primer lugar, Du Marsais entre comunicación de sentimientos y comunicación de pensamientos. La primera da lugar al lenguaje gestual:

> Ahora bien, ¿cómo comunicarles estas afecciones interiores? Los demás hombres, y también nosotros, no pueden conocer sino aquello que produce alguna impresión sensible en los órganos de sus sentidos, o aquello que es una continuación, una consecuencia, una inducción de cada una de esas impresiones; ahora bien, lo que pasa dentro de nosotros, lo que nos afecta interiormente, no puede por sí solo suscitar ninguna impresión sobre los órganos de los otros hombres.
>
> Nuestras necesidades nos han enseñado el secreto de la comunicación de pensamientos. En primer lugar, la naturaleza nos ha dado señales para manifestar nuestros sentimientos; esas señales son entendidas en todos los pueblos, debido a una especie de unísono signo que hay entre nuestros órganos y los órganos de los otros hombres. Esas señales de nuestros sentimientos son la risa, las lágrimas, los gritos, los suspiros, las miradas, las emociones del rostro, los gestos, etc. Un solo movimiento de cabeza da a conocer una aprobación, un asentimiento o un rechazo. Estos signos responden a la simplicidad y unidad del pensamiento; pero no detallan suficientemente ese pensamiento y por ello no son totalmente suficientes.

Pero, como señala Du Marsais, al final del párrafo anterior, los signos de la comunicación gestual de sentimientos son muy limitados y no entran en detalles. De manera que el hombre se vio obligado a recurrir a otros recursos; en primer lugar, a la creación de palabras mediante la unión de sonidos articulados:

> Es eso lo que les obliga a recurrir al uso de la palabra. Los sonidos articulados, que son muy numerosos, y a los cuales la experiencia y el uso han dado al final destinos concretos, nos proporcionan el medio de vestir, por así decir, nuestro pensamiento, de convertirlo en sensible, de dividirlo, de analizarlo; en una palabra, de darle forma tal que pueda ser comunicado a los otros con la mayor precisión y detalle.

La creación de palabras obliga ya a dividir, a analizar el pensamiento, que en principio era una unidad indivisa; cuando un niño come un pastel, en su mente quedan juntas la idea de pastel y la idea de dulce; pero si quiere manifestar esa pensamiento tiene que utilizar dos palabras que dividen ese uno indiviso:

> De manera que cada uno de los pensamientos concretos son, por así decir, un conjunto indiviso, un todo que al ser expresado con palabras es dividido, es analizado y es distribuido en detalles por medio de las diferentes articulaciones de los órganos del habla que forman las palabras.

4. EL ANÁLISIS HA PERMITIDO CONOCER LOS MECANISMOS DEL LENGUAJE

4.1. Lo que es común y lo que es diferente entre las lenguas

La necesidad de hacer el análisis o división del pensamiento nos ha llevado al conocimiento de los mecanismos del lenguaje. De esta forma se pasa de los

mecanismos de adquisición del pensamiento a los mecanismos del lenguaje. En efecto, gracias a la necesidad que tiene el hombre de comunicar sus pensamientos, ha tenido que recurrir al análisis y, con el análisis, ha descubierto cosas sobre el lenguaje que nunca hubiera descubierto sin él:

> La necesidad de analizar nuestro pensamiento para poder expresarlo por medio de palabras, nos ha hecho caer en la cuenta de algo que no hubiéramos descubierto jamás, si no nos hubiésemos visto forzados a recurrir a ese análisis para convertir nuestros pensamientos en comunicables y hacerlos pasar, por así decir, a la mente de los demás.

Y lo que ha conocido con el análisis son dos cosas: en primer lugar, que, si el mecanismo mental para adquirir el pensamiento es el mismo en todos los hombres y si el análisis mediante palabras es también necesario para comunicar los pensamientos, será también necesario que haya coincidencias entre todas las lenguas, ya que el mecanismo es el mismo y el análisis también:

> La educación y el intercambio que tenemos con los demás hombres nos enseñan poco a poco el valor de las palabras, sus diferentes funciones, los diversos usos de las terminaciones, y aquello que hace que se unan entre sí para levantar en la mente del que lee o escucha el sentido total o el pensamiento que pretendemos dar a conocer. La práctica de la vida nos da una abundante provisión de esos diferentes recursos[16], que el hábito y la imitación nos hacen emplearlos cuando hay necesidad, o cuando vienen a propósito.
>
> Pero necesariamente todos los pueblos del mundo se deben servir de las mismas palabras[17] y del mismo método para analizar sus pensamientos y para comunicarlos a los demás.

Y lo que, gracias también al análisis, ha conocido el hombre en segundo lugar es que hay diferencias entre las distintas lenguas humanas:

> El hecho de que cada lengua particular sea creación humana y se haya creado en diferentes sociedades de hombres reunidos en países concretos que no pueden tener comercio todos los días y todas las horas con los otros pueblos, ha determinado que haya diferencias entre las lenguas; es la misma diversidad que se aprecia en la manera de vestir, en las costumbres, en los gustos y en otros usos. El clima y la coincidencia de otras mil circunstancias aportan también diferencias en todos los aspectos.

Esas diferencias son, en primer lugar, el léxico:

> Pero, por no hablar nada más que del lenguaje, observamos que las lenguas se diferencian entre ellas en:
>
> 1º. En la nomenclatura; es decir, en la forma sonora concreta de las palabras. Nosotros decimos *le roi*, los latinos dicen *rex*, y los griegos *βασιλευς*.

En segundo lugar, en la riqueza léxica:

[16] Léxico, morfología, sintaxis. A ello se ha referido con «el valor de las palabras, sus diferentes funciones, los diversos usos de las terminaciones, y aquello que hace que se unan entre sí».

[17] Se debe referir a las clases de palabras o partes de la oración.

> 2º. Las lenguas se diferencian también en la abundancia de palabras. Hay lenguas más ricas que otras en palabras y también en letras. En las lenguas ricas, los pensamientos son analizados con mayor detalle, claridad y precisión. La lengua hebrea es muy pobre; la lengua griega es muy abundante.
>
> Se puede observar a este respecto que no hay lengua que no tenga alguna palabra que no se pueda traducir a otra lengua, salvo recurriendo a una perífrasis. Por ejemplo, los franceses tenemos *règne* y *royaume*; los latinos solo tienen *regnum*; y si quieren decir *sous le règne d'Auguste*, recurren a la perífrasis: *dans le temps qu'Auguste regnoit*, es decir *regnante Caesare Augusto.*

Y, en tercer lugar, en las frases o giros hechos (idiotismos):

> 3º. Hay en todas las lenguas formas de hablar particulares, que se llaman idiotismos o giros de una lengua. *On dit* es un giro de la lengua francesa; *Si dice* es un giro de la lengua italiana.

Aprovecha la ocasión Du Marsais para hablar de las dificultades de traducción y de aprendizaje de los idiotismos:

> Sucede con frecuencia que los traductores no pueden traducir estos giros con otros que respondan exactamente a los de la lengua de origen; en ese caso, es necesario recurrir a giros equivalentes o a la perífrasis.
>
> Todas las palabras y todos los giros que no tienen uso en una nación hieren los oídos de los que no están acostumbrados a ellos, ya que en ese caso los seres racionales vivos tienen que abrirse en el cerebro un camino nuevo. Deben, en este caso, servirse de giros conocidos que respondan, en la medida que sea posible, al sentido de la frase de la otra lengua. Por ejemplo: *Comment vous portez-vous?* no se puede traducir al latín con *Quomodo fers te?* Y el giro latino *Dabis poenas*, que quiere decir *serás castigado*, *pagarás el castigo*, no se puede expresar en francés con *Vous donnerez les peines*. Si se prende fuego la casa, nosotros gritamos *au feu*, y los latinos gritan *les eaux*. Así *Territa vicinos Teia clamat aquas*, de la elegía novena del libro cuarto de Propercio; verso que solo se podría traducir al francés diciendo *Teie épouventée voulant faire venir les voisins à son secours, se met à crier Au feu, au feu*. Esto viene a demostrar que, antes de componer frases en una lengua, el buen sentido y la recta razón exigen que se hayan aprendido, mediante explicación, los diferentes giros de la lengua en la que se quiere componer; en una palabra, se debe conocer el original antes de hacer copias de él. Esta es la opinión de todos los grandes maestros.

4.2. Relación entre las palabras tras el análisis. Las marcas de relación

4.2.1. El ordo naturalis

> Dejando a un lado las diferencias arbitrarias que distancian a unas lenguas de otras, hay que observar que todas las lenguas coinciden entre sí en el hecho de que construyen frases con sentido gracias al contacto y relación que las palabras tienen entre sí en la misma frase. Estas relaciones están marcadas gracias al orden concatenado que es respetado en la construcción simple, en la que las palabras son o bien determinados o bien determinantes.
>
> Aparte de esta construcción simple y natural que identifica a las palabras en función de la determinación que la palabra que va detrás da a la que precede,

hay además una construcción usual y elegante, en la cual ciertamente ese orden natural se rompe; pero la mente, que solo entiende el sentido de la frase gracias a ese orden y gracias a la determinación de la palabra que sigue, debe restaurarlo, sobre todo en las lenguas que tienen caso. Las diferentes terminaciones de los casos ayudan a la mente a restablecer el orden cuando ya se ha acabado la oración. En el caso de

Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi,
formosam resonare doces Amaryllida sylvas,

cuando la frase haya terminado, la mente reconoce las relaciones que hay entre todas las palabras que están en relación entre sí, y las organiza en función del orden de esas relaciones:

Tityre, tu recubans sub tegmine fagi patulae, doces sylvas resonare Amaryllida formosam

En Cicerón encontramos *Tuas accepi litteras*, y *litteras accepi tuas,* y también *accepi litteras tuas*. Estas tres variantes significan lo mismo: he recibido tu carta; y es que las terminaciones indican a la mente el orden que tiene sentido.

En francés, la construcción usual coincide normalmente con la construcción simple; solo se aparta de la simple cuando el orden natural puede ser fácilmente percibido por la mente. En *Le roi aime le peuple* tenemos dos nombres, *le roi* y *le peuple*, sin ninguna marca flexional que los haga diferentes, y consiguientemente sin ir en caso alguno. Pero de acuerdo con el orden concatenado de sus relaciones, al estar *le roi* primero y *le peuple* detrás del verbo, *le roi* es el que ama y *le peuple* es el amado. Esto es tan verdad que si decimos *le peuple aime le roi* cambia el sentido. *Il vient* y *vient-il?* tienen sentidos diferentes; en el segundo caso, el orden está marcando una interrogación. Los latinos, para marcarla, se sirven de diferentes partículas: *nam, an, numquid,* etc.

Es necesario, pues, no solamente conocer el léxico, sino que se deben saber también las marcas establecidas en una lengua para indicar, cuando el pensamiento es dividido en palabras, las relaciones entre ellas; sin ello no podríamos transmitir el pensamiento a los demás. Esto es lo que provoca las dificultades de los jóvenes y de los que han pasado los primeros años de su vida en soledad. Cuando quieren enunciar sus pensamientos, no han adquirido suficiente provisión de palabras o signos para expresar con claridad lo que piensan de acuerdo con el uso establecido entre aquellos que han vivido en sociedad con las gentes de bien de una nación[18].

[18] Du Marsais habla con frecuencia «des honnêtes gens de la nation», concepto que está en conexión con el purismo francés del siglo XVIII en relación con la lengua francesa. Du Marsais entiende por «des honnêtes gens de la nation», «les personnes que la condition, la fortune, ou le mérite élèvent au-dessus du vulgaire, et qui ont l'esprit cultivé par la lectura, par la réflexion, et par le commerce avec d'autres personnes qui ont ces mêmes avantages». F. Brunot (*Histoire de la langue française*, tomo I: *De l'époque latine à la Renaissance*, París, 1966), recoge citas de otros historiadores de la lengua francesa que hablan del purismo del francés de la corte y de la capital. Así, Vallage (*Nouveau système*, 1719): «La politesse de notre langue demande de soins sur les moindres choses. C'est cette attention qui fait la différence entre le langage de la court et du beau monde de Paris et celui de provinces». Desfontaines (*Jug. ouvr. nouv*, II, 145): «Quand je le vois (le grammarien) nous proscrire souvant un usage contraire à celui de la cour et de toutes les personnes du grand monde ou des gens de lettres de Paris… je ne puis m'empécher de m'écrier *infelix labor*!». El abad Giraud (*Vrais principes*, I, 19): «Chez les peuples

4.2.2. Marcas morfemáticas

El conocimiento de la marca de relación entre las palabras es tan necesario, que, aunque entendáis el significado concreto de todas las palabras de una lengua, si no se conocen las marcas de las que estamos hablando, no podréis entender nada más que las frases cuyas palabras hayan sido ordenadas de acuerdo con el orden que seguimos en francés. Por ejemplo, Fedro al hablar del terror que entró a las ranas después de que Júpiter les envió como rey una hydra, dice: *Vocem praecludit metus*. Estoy seguro que aquel que no conozca las marcas de relación de las palabras latinas y que, sin embargo, sepa que *vocem* es la voz, que *metus* es el miedo, si traduce de acuerdo con el orden en que están estas palabras en latín, dirá: «la voz les tapa el miedo»; lo cual es un contrasentido ridículo. Pero aquel que conozca la marca establecida en latín para señalar la relación de la que estamos hablando, al ver que *vocem* está en acusativo y *metus* en nominativo, entenderá desde el primer momento el orden con sentido que Fedro tenía en su mente; de manera que entenderá que lo que Fedro quiso decir es que «el miedo apagó la voz a las ranas».

4.2.3. Disimetrías entre la construcción lógica y la construcción elegante, sobre todo del latín

Dedica este apartado Du Marsais a algo en lo que se extiende en *Exposition d'une Méthode raisonnée pour apprendre la langue latine*, París, 1722: el hipérbaton en las frases latinas y la necesidad, a la hora de enseñar a los niños el latín, de reducir las frases latinas con hipérbaton o con elipsis al orden natural y a la estructura racional y lógica de la frase:

En la construcción usual de aquellos que entienden y hablan bien una lengua, se recurre a trasposiciones, elipsis y otras figuras que, sin perjudicar la claridad del discurso, le aportan vivacidad y agrado.

Por eso Cicerón dijo *Diuturni silentii, quo eram his temporibus usus, finem hodiernus dies attulit*. Por lo mismo M. Fléchier ha dicho: «Ce fut après un solemnel et magnifique sacrifice, où coula le sang de mille victimes en présence du Dieu d'Israel, que Salomon, dejá rempli de son esprit et de sa sagesse, fit ce éloge du Roi son père». Y en la *Henriada*:

Sur les bords fortunés de l'antique Idalie,
lieux où finit l'Europe et commence l'Asie,
s'élève un vieux Palais respecté par le temps.

Los que entienden una y otra lengua comprenden fácilmente el pensamiento del orador romano, el del orador francés y el de nuestro poeta; pero ello solo sucede después de que haya acabado de leer el conjunto de palabras que enuncian el pensamiento entero. Además, observad lo siguiente: 1º, que no entenderíais nada de estos ejemplos, si no conocierais el léxico, es decir, el significado de cada palabra concreta. 2º, que no comprenderíais tampoco nada, si no vierais

unis sous une seule domination, soit monarchie, soit republique, l'usage de la langue suit celui de la politique: je veux dire qu'il est unique et que, dépendant de la portion dominante, il s'aprend à la cour et dans la capitale».

con la luz de la mente las relaciones que hay entre las palabras que están en relación; y ello no lo podréis hacer hasta que no hayáis entendido toda la frase. Por ejemplo, si tenéis cierto conocimiento de latín, al leer la frase que he citado de Cicerón y echar los ojos sobre *diuturni silentii*, veréis enseguida que estas dos palabras tienen terminación de genitivo, y que solo la pueden tener porque están en relación con algún nombre sustantivo, y os daréis cuenta de que ese nombre no puede ser otro que *finem*. Diréis, pues, *finem diuturni silentii*; y al ver que *finem* está en acusativo, lo pondréis en relación con *attulit*; con lo que quedaría *attulit finem diuturni silentii*. Veréis también que *attulit* está en tercera persona del singular, lo cual exige la presencia de un nombre en singular y en tercera persona; ese nombre lo encontraréis en *dies hodiernus*. Como ha sido el uso de la lengua latina la que os ha hecho percibir las diferentes relaciones entre las palabras entenderéis el pensamiento de Cicerón; es como si hubiera dicho: *Dies hodiernus attulit finem diuturni silentii*. Si hay en la frase alguna circunstancia accidental, ya de tiempo, ya de lugar, ya de modo, etc., esas circunstancias no impiden la percepción de las relaciones esenciales de las que estamos hablando.

Pero, dado que es necesario que la mente perciba esas diferentes relaciones, ¿por qué Cicerón no se expresó siguiendo el orden de las relaciones entre las palabras?[19] La razón es que los latinos, al haber adquirido desde la infancia el hábito de descubrir con facilidad esas diferentes relaciones, gracias a la diferencia y a la función de las diferentes desinencias, estaban menos obligados a seguir escrupulosamente el orden seco y metafísico de estas relaciones, fáciles para ellos de percibir; por contra eran sensibles a la harmonía, a la musicalidad, al ritmo que producen ciertas conjunciones de sílabas y de palabras; sobre todo aquellos que hablaban bien el latín; y preferían seguir las exigencias de la imaginación que guiaba su pluma de acuerdo con sus gustos antes que atenerse a la sequedad del orden gramatical. El uso de la lengua les daba, por un lado, la comprensión de las frases, y, por otro, el agrado y la harmonía, a las que eran muy sensibles, a causa de sus largas y sus breves, y a su manera de pronunciar que reproducía una especie de canto. Todo esto estaba, entre los antiguos, mucho más marcado que lo está hoy entre nosotros, aunque ello no quiere decir que nosotros estemos desprovistos de la facultad de agradar.

4.2.4. Ordo naturalis / elegancia del hipérbarton

Pero tened en cuenta que, ya sea en latín, ya sea en francés, ya sea en cualquier otra lengua, el orden de palabras no debe ser esclavo de la harmonía y de la imaginación, hasta el punto de que perjudique la inteligencia y la claridad del discurso; es decir, el desplazamiento de palabras no debe ser un obstáculo que impida a la mente del que lee o escucha descubrir, una vez acabada la frase, las diferentes relaciones que ha marcado entre las palabras el que las ha escrito o el que habla. El objetivo esencial del discurso es ser entendido. Los adornos gustosos tienen su valor; pero no son nada más que accesorios. De igual manera, el vestido se inventó solo para que nos protegiera de las inclemencias del tiempo, aunque luego se le hizo también servir de adorno.

De manera que, cuando hablamos una lengua que nos es conocida y que es también conocida por aquellos que nos leen o nos escuchan, lo que debemos hacer es separar las partes de nuestros pensamientos con la ayuda de palabras,

[19] Todo sería mucho más fácil y no haría falta que la mente trabajara para conocer esas relaciones.

siguiendo la forma más generalmente utilizada entre las gentes de bien de la nación[20] que habla esa lengua.

Esa forma es lo que se llama *construcción elegante, construcción ordinaria*, *construcción usual* o *de uso*. Pero esta forma solo es entendible si el receptor percibe las relaciones y conexiones que las palabras tienen entre sí en la mente del que habla, ya haya este expresado todas las palabras, ya haya enunciado solo una parte.

Tened en cuenta que cuando se trata de hacer inteligible una lengua a aquellos que no la conocen, y mucho más si se trata de una lengua muerta, es más fácil comenzar haciendo el análisis de los pensamientos siguiendo el orden de la relación que tienen las palabras entre sí. Es este otro tipo de análisis del que yo he oído hablar.

Dado que los que escuchan una lengua muerta solo la pueden entender si perciben las relaciones de las palabras entre sí, es indispensable conseguir que los que quieren aprender esa lengua perciban esas relaciones entre las palabras. Y ¿no es ello mucho más fácil si se desplazan las palabras que obstaculizan una relación entre dos palabras, o si se ordenan las palabras de acuerdo con el orden natural que hay ente ellas? Es un sacrificio indispensable que la elegancia y la harmonía deben hacer a favor de la inteligencia; esa es la razón de que, cuando se explica un autor latino en las clases primeras, se hace mediante lo que se llama *el análisis* («faire la construction»[21]). A ese respecto, hay que decir que esta práctica se hace de viva voz en los colegios, pero que es mejor hacerlo por escrito, para facilitar la repetición y para que los que quieran aprender tengan siempre a mano un maestro.

De esta forma, los jóvenes podrán estudiar más fácilmente los textos originales y observar la diferencia entre la construcción elegante y aquella otra que no tiene otro objetivo que hacer inteligible el texto y que, aunque sea menos usada, es el fundamento único de la que es usual. En fin, con estas observaciones estaremos en condiciones de entender mejor a los autores.

Ese es el objetivo que debemos proponernos con el análisis del texto de los autores latinos.

Por lo demás, ese análisis se debe hacer siguiendo, no el orden francés como publican algunos, sino siguiendo el orden de palabras que en todas las lenguas genera significado; y la relación entre las palabras es la relación que la mente de todo autor pone entre los componentes de cada oración particular de su discurso.

Así, la frase de Cicerón que he recogido más arriba será ordenada de la siguiente forma: *Dies hodiernus attulit finem silentii diuturni, quo eram usus in his temporibus.*

La frase de M. Fléchier, si se quiere que la entienda un extranjero, se debe ordenar así: *Ce, à savoir que Salomon déja rempli de la sagesse et de l'esprit de dieux, fit ce éloge du roi son père; cela,* dis-je, *fut,* c'est-à-dire, arriva *après un sacrifice solemnel et magnifique, où la sang de mille victimes coula.*

Por el mismo camino, los versos de la *Henriada* deber ser ordenados de acuerdo con el análisis que hacemos de la manera siguiente: *Un vieux palais respecté par les temps s'èlève,* c'est-à-dire, est élévé, est bâti, *sur les bords fortunés de l'Idalie Antique, lieux où l'Europe finit, et où l'Asie commence.*

[20] De nuevo «les honnêtes gens de la nation», que son los cultos de la corte y de París.

[21] Du Marsais llama hacer la construcción a hacer el análisis de los constituyentes de la frase.

El objetivo de este tipo de análisis no es otro que hacer inteligible un texto y hacer caer en la cuenta de las relaciones entre las palabras a aquellos que pretenden aprender una lengua o entender a un autor difícil en este sentido[22].

Son muy injustos, o tienen mala fe, o –lo que me parece más verosímil y más digno de excusa– tienen pocas luces aquellos que publican que esta manera de enseñar aleja a los jóvenes de la elegancia. Sucede precisamente todo lo contrario. Este análisis hace que los jóvenes descubran los fundamentos de la construcción elegante; y que, una vez que han entendido bien el sentido de lo que leen, disfrutan con más facilidad del gusto de la construcción elegante leyendo con frecuencia el texto del autor. Entonces reconocen los cambios de orden de palabras, las elipsis y todo aquello que convierte al discurso en más vivo, más harmonioso; y ello hace que lean con placer y con gusto. Tengo el testimonio de un gran número de personas que han dejado los estudios en la edad destinada a ellos; y que después les ha sucedido algunas veces que, al abrir un Horacio o un Virgilio, han tenido que cerrar el libro, por la única razón de que no entendían nada.

Hay, por ejemplo, mucha más harmonía si decimos con Fléchier, en estilo elevado, *où cola le sang de mille victimes*, que si seguimos el orden de la construcción que hemos recogido más arriba.

Podría añadir aquí otros muchos ejemplos para hacer ver que también nosotros tenemos inversiones en francés; pero deben siempre ser de tal forma que no causen equívocos, y no deben nunca impedir a la mente la fácil percepción de las relaciones entre las palabras, tal como hemos insistido ya.

4.2.5. Constructio naturalis / elegancia de la elipsis

Y no solo se deben restituir las palabras al orden exigido por las relaciones respectivas entre ellas, cuando hayan sido desplazadas y trasladadas en las construcciones usuales y elegantes, sino que también han de ser restituidas a ese orden natural o a ese segundo tipo de análisis, cuando en la frase elegante no están expresadas todas las palabras que deberían estar si no hubiera habido una razón concreta para suprimirlas.

Dado que en nuestra mente tenemos todo un pensamiento completo que la propia mente contempla como indiviso, tenemos gusto por abreviar el discurso y adaptarlo, en la medida de lo posible, a simplicidad y a la unidad del pensamiento.

Así, cuando consideramos que una o dos palabras son suficientes para hacernos entender, nos permitimos no expresar las otras palabras que deberían estar, de acuerdo con la analogía y con el uso de la lengua, si quisiéramos enunciar con todo detalle el pensamiento. Si nos expresamos todo de corrido, nos serviremos de muchas palabras que, convertidas en inútiles por las circunstancias, no tienen función alguna en la mente. Una vez que se ha presentado a la mente todo lo que se quiere que ella haga y que percibimos que ya lo ha hecho, es herirla hacer que se moleste en escuchar algo que no aporta nada nuevo al pensamiento que se ha hecho surgir en ella.

Este es el origen de todas las proposiciones abreviadas que son usuales no solamente en la conversación, sino también en los mejores autores de todas las lenguas. En *Quand viendrez-vous? demain* es evidente que esa sola palabra,

[22] Es decir, en el sentido del orden de las palabras.

demain, presenta a la mente del que ha hecho la interrogación un sentido completo que no puede ser analizado en detalle sino con estas palabras: *Je viendrai demain*.

En Corneille, el padre de tres Horacios, que no conoce todavía el motivo de la huida de su hijo, se entera con dolor que ha huido delante de los tres Curiacios: *¿Qué querrías tú que hiciera contra tres?*, le dijo Julia; *que muriera*, respondió el padre. Se puede comprobar que las palabras *que muriera* tienen un sentido total, cuyo análisis es: *Yo hubiera preferido que muriera antes que verle cubierto de vergüenza e infamia por la huida*.

En otra tragedia de Corneille, Prusias dice que él quiere comportarse *en pere, en mari*. Y Nicomedes le contesta: *Ne soyez ni l'un ni l'autre*. Prusias responde: *Et que dois-je être? Roi*, responde Nicomedes. Esta única palabra, *Roi*, provoca en la mente un sentido total que es fácilmente entendido gracias a lo que se ha dicho antes y que no puede ser enunciado en detalle sino por la oración entera: *Vous devez vous conduire en Roi; vous devez,* etc.

Observad que todas estas palabras aisladas son siempre construidas en todas las lenguas de la misma forma que lo serían si el sentido que hay en la mente del que habla hubiera sido enunciado en detalle mediante una oración. Ello es todavía más visible en latín gracias a las distintas terminaciones.

Cuando vemos que un atontado, sin educación y sin luces, se pone a dar consejos a un hombre sabio e instruido, decimos: *C'est gros Jean qui remóntre a son Curé*. Los latinos, en caso semejante decían: *Sus Minervam*; es un cerdo, un animal, una mala bestia la que quiere dar lecciones a Minerva, diosa de la sabiduría, de la ciencia y de las bellas artes. ¿Por qué la primera de estas palabras está en nominativo y la segunda en acusativo? Porque si el pensamiento que estas dos palabras provocan en la mente del que habla y del que escucha hubiera sido expresado en detalle de acuerdo con el uso de la lengua latina, se habría dicho: *sus docet Minervam*. De manera que *sus* está en nominativo porque es el sujeto de la oración, y *Minervam* en acusativo porque es el término de la acción de *docet* o *doceat*, aunque esta palabra no está expresada. De forma que estas palabras aisladas tienen una relación verdadera con aquellas con las que expresarían el sentido total que está en la mente del que habla, si la construcción estuviera completa y entera.

En la cortina o telón de la comedia italiana se lee: *Sublato jure nocendi*. ¿Por qué estas tres palabras están en casos oblicuos? Porque las circunstancias de lugar y lo que se hace y lo que pasa en el escenario, despiertan en el espíritu de un hombre instruido el sentido que se esperaría de seguido en estos términos: *Ridamus vitia, sub jure nocendi sublato* («Ridiculicemos los pecados, pero dejando a un lado el derecho a zaherir a nadie»).

Es el mismo el caso del famoso *Quos ego* de Virgilio, del *Quid ais omnium* de Terencio, y de todos los otros ejemplos parecidos, en los que las palabras no pueden nunca ser construidas sino teniendo en cuenta la relación que ellas tendrían entre sí si se expresara el pensamiento enunciado en detalle.

4.2.6. *La reducción a la* constructio naturalis *es el mejor método de enseñanza del latín*

De manera que en todas las lenguas, las palabras expresas o sobreentendidas están siempre construidas con la marca de relación que ellas tendrían en la proposición, que es la misma en un caso y en otro. Ese es el principio fundamental de toda Sintaxis, ese es el hilo de Ariadna que debe conducirnos en el laberinto de

los cambios de orden y de las elipsis. Las palabras se deben siempre poner juntas a aquellas otras con las que tienen relación, y se deben expresar las palabras sobreentendidas, para poder penetrar en el sentido del autor, el cual, al mismo tiempo que enuncia su pensamiento en pocas palabras, habla siempre de acuerdo con las normas de la analogía de la lengua y tiende a imitar los giros en los que están expresadas todas las palabras. Solo gracias a ese acuerdo con la analogía y en virtud de una cierta uniformidad estos enunciados abreviados pueden ser entendidos.

Esta simple observación nos habría ahorrado un buen número de reglas inútiles y pesadas del método vulgar. El abad Girard, de la Academia Francesa, dice que estas reglas, aunque ideadas para guiarnos, nos introducen en un laberinto de excepciones, del que solo sale un caos en la imaginación y una carga tediosa para la memoria (Tomo primero, p. 70). «Ello hace», sigue diciendo, «que la mente de los jóvenes esté constantemente en la incertidumbre, y flote entre un flujo y reflujo perpetuo de reglas y de irregularidades» (Tomo I, p, 96).

En efecto, estas reglas no están sacadas de la relación que en todas las lenguas hay entre los pensamientos y las marcas destinadas a expresarlos. Por ejemplo, el nombre de una respuesta, se dice, debe estar en el mismo caso que el nombre de la pregunta: *Quis te redemit*; respuesta: *Christus*. *Christus*, se dice, está en nominativo, porque el interrogativo *quis* está en nominativo. *Cuius est liber?* Respuesta: *Petri*. *Petri* está en genitivo, porque *cuius* está en genitivo.

Esa regla, se añade, tiene dos excepciones: 1ª. Si respondéis con un pronombre, ese pronombre debe estar en nominativo: *Cuius est liber?* Respuesta: *Meus*. 2ª. Si el nombre de la respuesta es un nombre de precio, se pone en ablativo: *Quanti emisti?* Respuesta: *decem assibus*.

Yo, que conozco la inutilidad de todas estas reglas, y que estoy convencido de que, en lugar de aclarar y de formar la mente de los jóvenes, no sirven nada más que para mal enseñar su mente, ya que no tienen ninguna base en la naturaleza, y no son las reglas que han guiado a los primeros que hicieron uso de la palabra, yo las reduzco todas al conocimiento de la proposición, del periodo y de las marcas de las diferentes relaciones que las palabras tienen entre sí en la misma oración; y es que las palabras de una proposición no se construyen en función de las de otra proposición. Solo existe construcción entre las palabras de una misma proposición, ya que no hay ensamblaje de palabras apropiado para formar un sentido de acuerdo con el sistema de una lengua, si no se expresan antes significados particulares. De manera que las palabras solo se unen entre sí para expresar significados concretos; de otra manera, todo sería confuso. *Quis te redemit?* Esto es un significado concreto, con el cual las palabras de la respuesta no tienen nada en común desde el punto de vista de su construcción; si se responde *Christus*, es porque el que responde tiene en su mente *Christus redemit me*. De manera que *Christus* va en nominativo, no porque *quis* vaya en nominativo, sino porque es el sujeto de la proposición del que responde, el cual podría haber dado otra forma a la respuesta sin alterar el significado. *Cuius est liber?* Respuesta: *Petri*, es decir, *hic liber est liber Petri*. *Cuius est liber?* Respuesta: *meus*, es decir, *hic liber est meus*. *Quanti emisti?* Respuesta: *decem assibus*, es decir, *Emi pro decem assibus*.

Una vez encontradas las palabras y una vez determinados por el uso su valor, función y empleo, la unión que se hace de ellas en la oración, siguiendo el orden de sus relaciones, es la manera más simple de analizar el pensamiento.

Tratamos, pues, de dar a los gramáticos juiciosos el conocimiento necesario de la proposición y de periodo.

Yo sé que hay gramáticos cuya mente es tan poco filosófica que desaprobarán la práctica que yo propongo. Ellos prefieren atenerse a un uso ciego. Como si esta práctica mía tuviera otro objetivo diferente que el de aclarar el buen uso, y de seguirle con más claridad y, consiguientemente, con más gusto. Como los individuos de los que yo hablo se rinden antes a la autoridad que a la razón, me contento con ofrecerles este pasaje de Prisciano, célebre gramático, el cual vivió a finales del siglo V y comienzos del VI: *Sicut recta ratio scripturae docet litterarum congruam juncturam, sic etiam rectam orationis compositionem ratio ordinationis ostendit. Solet quaeri causa ordinis elementorum; sic etiam de ordinatione casuum et ipsarum partium orationis solet quaeri, quamvis quidam suae solatium imperitiae quaerentes, aiunt non oportere de hujusmodi rebus quaerere, suspicantes fortuitas esse ordinationis positiones; quod existimare penitus stultum est. Si autem in quibusdam concedunt esse ordinationem, necesse est etiam in omnibus eam concedere*[23]. A la autoridad de este gramático antiguo, bastará añadir la de un célebre gramático del siglo XV, que fue durante más de treinta años Principal de un famoso Colegio de Alemania: *In grammatica dictionum syntaxi puerorum plurimum interest ut inter exponendum, non modo sensum, pluribus verbis utcunque ac confuse coacervatis, reddant, sed digerant etiam ordine grammatico voces alicuius periodi, quae alioqui apud autores acri aurium juicio consulentes, rhetorica compositione commissae sunt. Hunc verborum ordinem a pueris in interpretando ad ungem exigere, quidnam utilitatis afferat, ego ipse, qui duos et triginta jam annos Phrontisterii sordes, molestias ac curas pertuli, non semel expertus sum. Illi enin hac via fixis, ut aiunt, oculis intuentur, accuratiusque animadvertunt, quot voces sensum absolvant, quo pacto dictionum structura cohaereat, quot modis singulis nominibus singula verba respondeant. Quod quidem fieri nequit, praecipue in longiuscula periodo, nisi veluti per scalarum gradus singulas periodi partes progrediantur*[24].

[23] A pie de página recoge Du Marsais la cita: *Priscianus, de Constructine, lib. XIX, sub initio.* El texto de Prisciano dice: «De la misma forma que la técnica racional de la escritura enseña que las letras deben estar unidas de una forma conveniente, así la técnica de la Sintaxis enseña también que en la oración debe haber un orden correcto. Muchos suelen preguntar por la causa del orden de los constituyentes de la frase; y también por el orden de los casos y de las propias partes de la oración; aunque hay algunos que, quejándose del solaz de su ignorancia, dicen que no conviene hacer preguntas sobre estas cuestiones, porque sospechan que la ordenación de las palabras es fortuita. Pensar esto es de necios. Si conceden que en algunos casos hay una colocación ordenada, es necesario conceder que la hay siempre».

[24] En nota dice: *Grammaticae artis institutio per Joannem Fufembrorum Ravenspurgi ludi magistrum jam denuò accuratè concinnata*, Basileae, an. 1626. En español: «En la construcción gramatical de las palabras es importante que los niños den, en la exposición, no solo el sentido con muchas palabras amontonadas de cualquier forma, incluso confusamente, sino que también pongan en orden gramatical las palabras de algún periodo, palabras que, consultando con el agudo juicio de los oídos en los autores, están recogidas en composición retorica. La utilidad que pueda aportar rigurosamente a los niños este orden de palabras en la interpretación, yo mismo la he podido comprobar más de una vez cuando tuve que soportar durante treinta años la mierda, la molestia y la angustia de Frontisterio. Esos maestros, en efecto, siguen ese camino puestos, como dicen, los ojos en él, hacen cuidadosas advertencias sobre cuántas palabras generan sentido, de qué forma se construye la estructura de las palabras, de qué modos responde cada palabra a otra palabra. La verdad es que esto no se puede hacer, sobre todo en periodos muy largos, salvo si recurren a ese orden avanzando por cada una de las partes del periodo como si fueran subiendo escalones de una escalera».

II. GRAMÁTICA RACIONAL

Cuando Du Marsais deja el terreno de la adquisición del conocimiento y de las ideas, es decir, el terreno de la Lógica, y se adentra en el terreno de la Gramática, se convierte en heredero, con matices que iremos viendo, de la Gramática racional que se inició en el siglo XVI con gramáticos como Linacro y el Brocense y culminó en la Gramática racional de Port Royal.

Principio fundamental de la Gramática racional es la distinción de dos niveles de análisis de la oración: un nivel mental o racional, en el que aparece la oración con los elementos lógicos de toda oración y en el orden lógico en que deben aparecer; otro de realización, en el que aparece la frase ya enunciada y dispuesta para comunicar, en el que se pueden haber producido cambios, cambios permitidos, en relación con la frase del nivel racional.

Pues bien, Du Marsais comienza la segunda parte de su Gramática General con la construcción gramatical.

En primer lugar, expone unas nociones generales sobre la construcción gramatical, entendiendo por construcción gramatical la frase ya enunciada y dispuesta para comunicar; es decir, comienza por el nivel de realización.

1. LA CONSTRUCCIÓN GRAMATICAL[25]

1.1. La construcción gramatical es la unión de palabras en el discurso

Comienza diciendo, efectivamente que «en términos de Gramática se llama construcción a la unión de palabras en el discurso». Y como todo buen gramático filólogo recoge la etimología de la palabra: «La palabra 'construcción' está tomada aquí en un sentido metafórico, y viene del latín *construere*, construir, levantar, organizar». Tan apegado al discurso comienza Du Marsais que, en este inicio, coloca como árbitro de la corrección en la construcción gramatical al uso: «La construcción es incorrecta, cuando las palabras de la frase no están organizadas según el uso de una lengua». Y pone como ejemplos el latín y el griego:

> Se dice que una construcción es griega o latina, cuando las palabras están organizadas en un orden que es conforme con el uso, con los giros, con el genio de la lengua griega o de la lengua latina.

[25] El artículo de la *Encyclopedie* se puede ver en <https://fr.wikisource.org/wiki/Auteur:C%C3%A9sar_Chesneau_Dumarsais/Articles_de_l%E2%80%99Encyclop%C3%A9die>.

Y sigue apegado al terreno del discurso cuando, al comenzar a hablar de los tipos de construcción, empieza por el tipo llamado «construcción bizca», que es aquella que es ambigua, ya que puede significar una cosa o su contraria:

> *Construcción bizca*. Es aquella en la que las palabras están colocadas de forma que parecen estar en relación con la que precede, cuando realmente lo están con la que sigue. Se da ese nombre a este tipo de construcción a partir de una metáfora sacada del hecho de que realmente los «bizcos» parecen mirar a un lado, cuando en realidad miran al otro.

Evidentemente, la construcción bizca solo se puede dar a nivel de discurso.

1.2. La construcción gramatical en el discurso responde a una construcción racional en la mente

Pero inmediatamente pasa hablar Du Marsais de tipos de construcción y de conceptos que implican la existencia de dos niveles de análisis de la oración: uno racional y otro de realización. En efecto, tras explicar qué es una construcción bizca, pasa a otros tipos de construcción; en primer lugar, la construcción llena y la construcción elíptica:

> *Construcción llena*. Es aquella en la que se expresan todas las palabras, cuyas relaciones concatenadas unas tras otras forman el sentido que se quiere enunciar. Por el contrario, *construcción elíptica* es aquella en la que alguna de esas palabras es sobreentendida.

Aquí ya se habla de «el sentido que se quiere enunciar». Las construcciones que aparecen en el discurso pueden ser llenas o pueden ser elípticas. Necesariamente ha de haber un esquema en relación con el cual son llenas o elípticas. Ese esquema es el racional. Sigue insistiendo Du Marsais en que es el sentido, el significado que se quiere comunicar el que puede expresarse con construcciones diferentes a nivel gramatical:

> Yo creo que no se deben confundir los términos *construcción* y *sintaxis*. En *construcción* solo está la idea de combinación y organización. Cicerón dice, utilizando tres combinaciones diferentes *Accepi litteras tuas*, *tuas accepi litteras*, y *litteras accepi tuas*. Hay tres construcciones diferentes, ya que hay tres diferentes combinaciones de palabras; sin embargo, solo hay una sintaxis, ya que en cada una de esas construcciones están las mismas marcas de relación entre las palabras; la relación es la misma en cada una de las frases. Cada palabra de cada frase está en relación con la misma palabra que está en las otras frases; de manera que después de acabar de leer o de escuchar cada una de las tres proposiciones, la mente ve en las tres que *litteras* es el determinante de *accepi*; que *tuas* es el adjetivo de *litteras*. Así que cada una estas tres combinaciones provocan en la mente el mismo sentido: «he recibido tu carta».

Y el instrumento que utilizan las lenguas a nivel gramatical para que la mente pueda identificar el sentido es la sintaxis, que coloca y marca las palabras de manera tal que, a partir de esa colocación y de esas marcas, la mente identifique las relaciones de sentido entre ellas:

> Sin embargo, lo que en cada lengua hace que las palabras provoquen en la mente el significado que se quiere comunicar a los que saben esa lengua, eso es lo que se llama sintaxis. La Sintaxis es, pues, la parte de la Gramática que da a conocer las marcas establecidas en una lengua para provocar un determinado significado en la mente. Esas marcas, cuando se comunica, son las que permiten conocer las relaciones concatenadas que las palabras tienen entre sí. Por ello, cuando el que habla o el que escribe se aparta de ese orden, la mente del que escucha o lee, restablece el orden en virtud de las marcas de las que estamos hablando, cuya función el que lee o escucha conoce por el uso.

Partiendo, pues del principio de que hay una *constructio rationalis*, que es la que expresa el sentido que se quiere comunicar, y una *construccio grammaticalis*, que es la realización en el discurso del esquema racional, Du Marsais distingue los siguientes tipos de construcciones en todas las lenguas:

> Hay en todas las lenguas tres tipos de construcciones que es necesario tener en cuenta:
>
> I. *Construcción necesaria, significativa o enunciativa*. Es la única a través de la cual las palabras tienen sentido. Se llama también *Construcción simple* y *Construcción natural*, porque es aquella que responde mejor al estado real de las cosas, como veremos más adelante; y porque, además, esta construcción es el medio más apropiado y más fácil que la naturaleza nos ha dado para dar a conocer nuestros pensamientos a través de la palabra. De la misma manera, cuando en un tratado de Geometría las proposiciones están organizadas en un orden concatenado que nos hace ver fácilmente la ligazón y la relación entre ellas, sin que haya que suplir ninguna proposición intermedia, diremos que las proposiciones de este tratado están organizadas en el orden natural.
>
> También es llamada necesaria esta construcción, porque es de ella solo de la que las otras construcciones toman la facultad que tienen de transmitir un significado. Hasta el punto de que, si la *construcción necesaria* no se encontrara detrás de los otros tipos de enunciados, estos no suscitarían ningún sentido en la mente o no suscitarían el significado que con ellos se pretende suscitar. Yo haré ver esto de forma muy clara.
>
> II. El segundo tipo de construcción es la construcción figurada.
>
> III. Y, en fin, el tercero es el de aquella en la que las palabras no están todas ordenadas de acuerdo con el orden de la *construcción simple*, ni están todas dispuestas como lo está en la *construcción figurada*. Este tercer tipo de combinación es el más usado; por ello se le llama *construcción usual*.

1.3. Construcción simple o natural

Todas las explicaciones que da Du Marsais sobre lo que llama construcción simple o natural apuntan a que por ella entiende lo que desde el siglo XVI se venía llamando *constructio propria* o *constructio rationalis* frente a la *constructio figurata*. Es decir, se trata de la construcción en la que están todos los constituyentes que la *ratio* o la lógica exigen; en la que no sobra ninguno; en la que están en el orden en que deben estar; y en la que cada constituyente realiza la función para la que normalmente ha sido creado. Se trata de las cuatro condiciones que, desde siempre, se

exigieron para cumplir con la normalidad racional: que no falte nada, que no sobre nada, que esté todo en el orden en que deben estar, y que cada elemento ocupe el lugar o función que debe ocupar.

Que Du Marsais distingue claramente entre nivel racional, que él llama nivel de sentido total, y nivel gramatical, sintáctico o de realización queda muy claro desde el momento mismo en que comienza a hablar de la construcción simple:

> I. *Sobre la construcción simple*
>
> Para comprender bien lo que yo entiendo por construcción simple y necesaria, es necesario observar que hay mucha diferencia entre concebir un sentido total y enunciar después con la palabra eso que se ha concebido.

1.3.1. Punto de partida de la construcción simple o natural: el pensamiento

Y la construcción natural es el producto de la acción de pensar, que es una capacidad del hombre: «El hombre es un ser vivo capaz de sentir, de pensar, de conocer, de imaginar, de juzgar, de querer, de recordar, etc.». Con ello vuelve Du Marsais a tomar como punto de partida el mundo de la Lógica. Y sigue en el mundo de la Lógica, cuando describe la esencia del acto de pensar y similares como actos automáticos del ser humano: «Los actos concretos que generan estas facultades se producen en nosotros de una manera que no nos es más conocida que el proceso generador de los movimientos del corazón, o el de los pies y las manos». Y estos los percibimos como algo instantáneo, indiviso e interno: «Sabemos, gracias a una sensación interior, que cada acto particular de nuestra facultad de pensar o cada pensamiento concreto es provocado en nosotros en un instante, indiviso, y por una simple afección interna a nosotros mismos». Que esto es así lo demuestra la experiencia; el recurso a la experiencia no deja de ser un rasgo más del ambiente empirista que está también detrás de lo que ya hemos dicho sobre la adquisición del conocimiento y de las ideas; dice así en relación con la experiencia:

> Esta es una verdad de la que nos podemos convencer fácilmente con nuestra propia experiencia y, sobre todo, acordándonos de lo que pasa dentro de nosotros en los primeros años de nuestra infancia. Antes de haber adquirido un acervo de palabras suficientemente extenso para enunciar nuestros pensamientos, nos faltaban las palabras, y, aún así, no dejábamos de pensar, de sentir, de imaginar, de concebir y de juzgar. Y estos actos eran iguales que el acto de querer, que es un acto simple de nuestra voluntad, en el cual nuestra sensación interna es afectada con tanta rapidez como lo son nuestros ojos cuando reciben diferentes impresiones concretas de la luz.

Si el hombre hubiera sido solo un ser inteligente y sensible, sin capacidad para comunicar sus pensamientos y sentimientos, no existirían las oraciones con sujeto, verbo, etc.:

> De manera que yo creo que, si tras su creación el hombre hubiera quedado él solo en el mundo, no se le habría ocurrido nunca ver en su pensamiento un Sujeto, un Atributo, un Sustantivo, un Adjetivo, una Conjunción, un Adverbio, una Partícula negativa, etc.

Que el pensamiento o el sentimiento es un acto único e indiviso lo demuestra también el hecho de que se pueden expresar con un gesto único e indiviso:

> Por ello frecuentemente damos a conocer nuestros sentimientos interiores con gestos, con señales de la cara, con miradas, con suspiros, con lágrimas y con todas las otras señales que constituyen el lenguaje de las pasiones más que el de la inteligencia.

El pensamiento, mientras está en la mente y no sale de ella, es propiedad solo del hombre pensante:

> El pensamiento, mientras está solo en la mente, es solo nuestro: *Intus, in domicilio cogitationis, nec hebraea, nec graeca, nec latina, nec barbara veritas, sine oris et linguae organis, sine strepitu syllabarum*[26].

1.3.2. Comunicación del pensamiento. Análisis

Si el hombre quiere comunicar el pensamiento que ha creado su mente y que en principio es único e indiviso, necesita dividirlo en partes; tiene que hacer un análisis de ese conjunto único e indiviso:

> Pero desde el momento en que se trata de dar a conocer a los demás las afecciones o pensamientos concretos y, por así decir, propios de la inteligencia, no podemos conseguir darlos a conocer sino produciendo en detalle impresión, o bien sobre el órgano del oído, por medio de sonidos, cuyo significado conocen los demás hombres, de la misma forma que nosotros; o bien sobre el órgano de la vista exponiendo ante los ojos de los demás, mediante la escritura, los signos acordados para aquellos mismos sonidos. Sin embargo, para provocar esas impresiones, nos vemos obligados a dar a nuestro pensamiento, por así decir, una extensión y dividirlo en partes, con el fin de hacerlo pasar a la mente de los demás, en la que no puede entrar sino a través de sus sentidos.

El proceso del análisis es así: el conjunto indiviso del pensamiento lo dividimos en partes en la propia mente; ponemos a continuación esas partes en relación entre sí; convertimos esas partes en signos, que son las palabras; y damos a esas palabras unas marcas determinadas que son las que nos permiten descubrir la relación mental que había entre las partes del pensamiento. Pero, si bien es cierto que mientras estemos en el pensamiento, el mecanismo de relación de las partes del mismo es un mecanismo universal, válido para todos lo hombres y naciones, también lo es que, desde el momento que expresamos cada parte con palabras y marcamos las relaciones de esas palabras con recursos de la lengua, entramos en las diferencias entre las lenguas:

> Esas partes en que dividimos el pensamiento por necesidades de la elocución se convierten después en el punto de partida de las marcas de las que nos servimos en el uso del habla. En efecto, dividimos, analizamos, como por

[26] En nota se dice que la cita es de S. Agustín, *Confess*. L. XI, c. 30. En español: «Dentro, en el domicilio del pensamiento, la verdad no es hebrea, ni griega, ni latina, ni bárbara, no necesita órganos de la boca y la lengua, ni necesita el estrépito de las sílabas».

> instinto, nuestro pensamiento; luego, juntamos ordenadamente todas las partes del pensamiento, según el orden de las relaciones entre ellas; y ligamos esas partes a signos. Esos signos son las palabras, de las que después nos servimos para mover los sentidos de aquellos a los que queremos comunicar nuestro pensamiento. De manera que las palabras son al mismo tiempo el instrumento y la marca de la división del pensamiento. Es de ahí de donde vienen las diferencias de lenguas y de idiotismos, ya que los hombres no se sirven de los mismos signos en todo el mundo y también que el mismo pensamiento de fondo puede ser analizado y expresado en más una forma.

Aprovecha Du Marsais el momento para volver al mundo de la Lógica y, concretamente, a la descripción del proceso generador de ideas y del conocimiento. Con el fin de justificar la relación entre pensamiento y palabra, analiza la forma en que, siendo niño, el hombre va conociendo las cosas y adquiriendo conocimiento de la naturaleza; pero, al mismo tiempo que va conociendo las cosas, conoce también la palabra con la que se las nombra; con ello el niño aprende, sin darse cuenta, no solo la relación entre idea y palabra, sino también la necesidad que tiene de hacer un análisis del pensamiento, indiviso en un primer momento, para poderlo comunicar:

> Desde los primeros años de la vida, la inclinación a la imitación que la naturaleza y la constitución de los órganos dan a los niños, las necesidades, la curiosidad, y la presencia de objetos que llaman la atención, los signos que se hacen a los niños mostrándoles los objetos, los nombres que escuchan al mismo tiempo que les son mostrados, el orden concatenado que ellos observan que se sigue, ya que se nombran primero los objetos y se enuncian después los modificadores y los determinantes; esa experiencia repetida constantemente y de la misma forma; todas esas circunstancias y la relación que hay entre tantos movimientos provocados al mismo tiempo, todo eso, insisto, enseña a los niños, no solo el sonido y el valor de las palabras, sino también el análisis que deben hacer del pensamiento que van a enunciar, y la manera en que deben servirse de las palabras para hacer ese análisis y transmitir un significado a la mente de los ciudadanos entre los cuales la Providencia les ha hecho nacer.

La consecuencia pedagógica de lo que acaba de describir es que el proceso descrito debe estar en la base de la enseñanza de las lenguas; y de hecho, él lo ha seguido: «Este proceso, del que me he servido en mi método[27]»; y, de hecho también, es el que han empleado las naciones y pueblos más cultos para enseñar a hablar a los niños: «es el mismo que se ha empleado en todos los tiempos y en todos los países; es el método que las naciones más cultas y los pueblos más bárbaros ponen en práctica para enseñar a hablar a sus niños; es un arte que la naturaleza misma enseña». Y aprovecha la ocasión para enunciar el principio del análisis binario de los constituyentes de una oración: si el objeto entra en nuestra mente junto con su propiedad o cualidad; si en el momento de la entrada forman, objeto y propiedad, un conjunto único e indiviso; si, para poder comunicarlo es necesario separar las dos ideas, la del objeto y la de su propiedad; y si la separación o análisis solo se puede hacer con palabras, la conclusión que se sigue es que toda oración es susceptible de

[27] Se refiere a su Método para enseñar latín.

ser analizada en constituyentes binarios, de los cuales uno es la cosa y otro es lo que se dice de la cosa: determinado y determinante; el tema y el rema; el tópico y el foco:

> De manera que he comprobado que en todas las lenguas del mundo no hay nada más que una manera, necesaria, para construir una frase con sentido por medio de palabras: se trata de respetar el orden concatenado de las relaciones que hay entre las palabras, de las cuales unas son enunciadas como necesitadas de modificación o determinación, y las otras como modificantes o determinantes. Las primeras despiertan la atención y la curiosidad; las que siguen, las satisfacen yendo detrás.
>
> Es esta la forma en que en nuestra infancia comenzaron a darnos el modelo y el uso del habla. Primero, se nos mostraba el objeto; después se le nombraba. Si el nombre normal estaba compuesto de letras cuya pronunciación era difícil para nosotros, se le sustituía por otros más fáciles de pronunciar. Tras el nombre del objeto, se añadían las palabras que lo modificaban, las cuales denotan las cualidades y las acciones de los objetos, que las circunstancias y las ideas accesorias podían fácilmente darnos a conocer.
>
> A medida que avanzábamos en edad y que la experiencia nos enseñaba el sentido y el uso de las preposiciones, adverbios, conjunciones, y sobre todo las diferentes desinencias de los verbos destinadas a marcar el número, la persona y los tiempos, nos hacíamos más duchos a la hora de descubrir las relaciones entre las palabras, y de identificar el orden que debían seguir unas tras otras para formar el significado total de las frases y que nos cuidábamos mucho en seguir al hablar.

1.3.3. El orden natural de los constituyentes

Para que nuestro interlocutor pueda fácilmente identificar las relaciones entre las palabras que le comunicamos, es decir, para que pueda saber cuál es la palabra determinada y cuál la determinante, es necesario respetar el orden que tienen en la mente: primero el objeto y después su cualidad; en el discurso, primero debe ser el determinado y después el determinante. Esa es la construcción simple y natural. Y si en algún momento se rompe en el discurso el orden natural, es necesario que la lengua que lo rompe tenga medios suficientes[28] para que la mente pueda, con esos medios, restablecer el orden natural inmediatamente y con facilidad:

> Esta manera de enunciar las palabras unas tras otras, respetando el orden de la modificación o determinación que la palabra que sigue hace de la que precede, se ha convertido en regla en nuestra mente. Ese esquema ha llegado a ser nuestro modelo invariable; hasta tal punto que, sin él o, al menos, sin los medios que nos ayudan a restablecerlo, las palabras solo presentan su significado aislado, sin que su ensamblaje pueda formar un sentido.

Y trae un ejemplo del latín; el latín puede romper el orden natural, porque tiene medios para que la mente pueda restablecerlo fácilmente; esos medios son los morfemas:

> Por ejemplo: *Arma virumque cano Troiae qui primus ab oris, / Italiam, fato profugus, Lavinaque venit littora*. Quitad a estas palabras latinas las terminaciones

[28] En el caso del latín, por ejemplo, las marcas morfemáticas.

> o desinencias, las cuales son las marcas de su valor en relación con las demás, y no dejéis nada más que la terminación primera[29], la cual no indica ningún tipo de relación; si lo hacéis no construiréis ninguna frase con sentido. Sería algo así como esto: *Armes, homme, je chant, Troie, qui, premier, des côtes, / Italie, destin, fugitif, Laviniens, vint, rivages.*
>
> Si estas palabras fueran enunciadas de esta forma en latín con sus desinencias absolutas, incluso ordenándolas de la manera que se las ve en Virgilio, no solamente perderían su gracia, sino que no constituirían significado alguno; la propiedad de significar algo se debe solo a sus terminaciones relativas, las cuales, una vez terminada toda la frase, nos hacen ver el orden de las relaciones entre las palabras, y consiguientemente el orden de la *construcción simple, necesaria* y *significativa*: *Cano arma atque virum, qui vir, profugus à fato, venit primus, ab oris Troiae, in Italiam, atque ad littora Lavina*. ¡Hasta tal punto la secuencia de las palabras y sus desinencias tienen la virtud de hacer entender el significado de una frase! *¡Tantum series juncturaque pollet!* (Horacio, Art Poet., v. 140).

Pero una vez que mentalmente queda identificado el orden natural, y la mente ha entendido el significado de la frase, la lectura de la misma, en la forma que en que la escribió Virgilio, produce placer estético:

> Cuando, una vez que esta operación me ha llevado a entender el sentido de la frase, leo y vuelvo a leer el texto del autor, siento tal placer que me obliga a restablecer, sin demasiado esfuerzo, el orden que la vivacidad, la presión de la imaginación, la elegancia y la harmonía habían alterado. Y estas frecuentes lecturas me han hecho adquirir un gusto extraordinario por la belleza del latín.

1.3.4. Razones por las que se llama construcción natural

Se llama natural porque es la que hemos aprendido sin maestro gracias solo a nuestras cualidades naturales:

> La *construcción simple* es llamada también *construcción natural*, porque es la que hemos aprendido sin maestro, gracias solo a la constitución mecánica de nuestros órganos, y gracias también a nuestra inclinación a imitar. Ella es el único medio necesario para enunciar nuestros pensamientos con la palabra, ya que los otros tipos de construcciones solo dan sentido cuando, con una simple mirada de nuestra mente, nos damos cuenta fácilmente del orden en que irían las palabras unas tras otras en la construcción simple.

Es la que mejor refleja la relación entre el pensamiento y las palabras:

> Este orden es el más apropiado para identificar las partes que la necesidad que tenemos de comunicarnos nos obliga a hacer en el pensamiento. También nos indica las relaciones que esas partes tienen entre ellas; relaciones cuya concordia genera el conjunto y por así decir el cuerpo de cada pensamiento concreto. Esta es la relación que se establece entre el pensamiento y las palabras; es decir, entre las cosas y las marcas que las dan a conocer; este conocimiento

[29] El tema puro.

> es adquirido desde los primeros años de vida por medio de actos tan frecuentemente repetidos, que se convierten en una costumbre que consideramos como algo natural.

El primer objetivo del que habla es la claridad; y esta, si no hay otros recursos, está en la construcción natural; es además una construcción universal, porque es común a todas las lenguas del universo; ese es un nuevo motivo para llamarla natural:

> Que el que habla emplea los recursos más seductores que el arte nos proporciona para agradar y los apropiados para llamar nuestra atención, aplaudimos su talento. Pero su primera obligación es respetar las reglas de la *construcción simple* y evitar los obstáculos que nos pudieran dificultar reducir sin esfuerzo lo que se nos dice a esa construcción simple.
>
> Como en todos sitios los hombres tienen pensamientos y en todos sitios tratan de dar a conocer esos pensamientos a través de la palabra, el orden del que hablamos es en el fondo universal en todos sitios; ello es un nuevo motivo para llamarlo natural.
>
> Es verdad que hay diferencias entre las lenguas: diferencia en el vocabulario o nomenclatura, del que nos servimos para enunciar los nombres de los objetos y de sus cualidades; diferencia en las desinencias que son las marcas del orden concatenado de las palabras que están en relación entre sí; diferencia en el uso de las metáforas, en los idiotismos, y en los giros de la *construcción usual*; pero hay uniformidad en lo que se refiere al hecho de que en todas las lenguas el pensamiento que hay que comunicar es dividido mediante las palabras, las cuales representan las partes de ese pensamiento, y al hecho de que las palabras son marcas de la relación entre las partes.

En definitiva, es natural, porque sigue a la naturaleza: primero está la causa y después la consecuencia; primero el agente y después el paciente:

> En fin, la construcción de la que estamos hablando es también llamada *natural*, porque sigue a la naturaleza; quiero decir, que esa construcción enuncia las palabras siguiendo el esquema en el que la mente conoce las cosas. Así en *Le soleil est lumineux*. En esa construcción se sigue el orden de la relación de las causas con sus efectos, o el los efectos con su causa. Quiero decir que la *construcción simple* procede o bien yendo de la causa al efecto o del agente al paciente, como cuando decimos *Dieu a créé le monde*; *Julien le Roi a fait cette montre*; *Auguste vainquit Antoine*; es lo que los gramáticos llaman la *voz activa*;

Y cuando en la voz pasiva, primero está el paciente y después el agente, sigue siendo natural porque el sujeto, aunque sea paciente, es el objeto o cosa sobre la que se dice algo; y el orden natural a la hora de exponer algo, sobre lo que se dice algo, es poner primero ese algo y después lo que se dice de ello:

> o bien la construcción enuncia el pensamiento yendo del efecto a la causa, y del paciente al agente, por hablar con el lenguaje de los filósofos; es lo que los gramáticos llaman la *voz pasiva*. Así en *Le monde a été créé par l'Etre tout-puissant*; *Cette montre a été faite par Julien le Roi*; *Antoine fut vaincu par Auguste*. La

> construcción simple presenta primero el objeto o el sujeto; después, los califica en función de las propiedades o accidentes que los sentidos descubren en ellos o que la imaginación inventa.

Las dos posibilidades anteriores son aclaradas con estas palabras:

> Sin embargo, en los dos casos anteriores, el estado de las cosas exige que se comience siempre por nombrar el sujeto[30]. En efecto, la naturaleza y la razón no nos enseñan otra cosa que, 1º: que hay que existir antes que actuar: *prius est esse quam operari*; 2º: que hay que existir antes de poder ser objeto de la acción de otro; 3º: que hay que tener, en fin, una existencia real o imaginada antes de poder ser calificado, es decir antes de poder ser considerado como posesor de tal o tal modificación propia, o de tal o tal accidente, el cual da lugar a lo que los lógicos llaman *denominaciones externas*: *Il est aimé*; *il est haï*; *il est loué*; *il est blâmé*.

También en el caso de los nombres abstractos lo natural es que primero vaya el nombre y luego la determinación:

> Lo mismo sucede por imitación cuando se habla de nombres abstractos o de seres puramente metafísicos. Así se dice que «la virtud tiene encantos», como se dice que «el rey tiene soldados».

En definitiva

> La construcción simple, tal como hemos repetido, enuncia en primer lugar el sujeto del que se hace un juicio; tras ello, la construcción simple indica lo que es, o lo que hace, o lo que sufre, o lo que tiene, ya en sentido propio, ya en sentido figurado.

Se llama también natural porque sigue el estado natural de las cosas; si el adjetivo no es una sustancia, sino la cualidad de una sustancia, lo natural es que el adjetivo sea el determinante y el sustantivo el determinado; y es natural también que el adjetivo vaya al lado del sustantivo y detrás de él:

> Para mejor dar a entender lo que yo pienso, cuando digo que «la construcción simple sigue el estado de las cosas», quiero decir que en el estado real de las cosas el adjetivo no enuncia nada más que una cualificación del sustantivo. El adjetivo, pues, no es nada más que el sustantivo mismo considerado con tal o tal modificación. Ese es «el estado de las cosas». De manera que la *construcción simple* no separa jamás al adjetivo del sustantivo. Así, cuando Virgilio dice *Frigidus Agricolam si quando continet imber*[31], al estar el adjetivo *frigidus* separado por muchas palabras de su sustantivo *imber*, estamos ante una construcción que será todo lo elegante que queráis, pero jamás esta frase será una *construcción simple*, porque no se sigue el orden del estado natural de las cosas, ni el orden de la relación inmediata que hay entre las palabras, como consecuencia de ese estado.

[30] Aquí se refiere al sujeto sintáctico; antes, cuando ha dicho que «La construcción simple presenta primero el objeto o el sujeto», con «sujeto» se refería al agente.

[31] Georg., lib. I, v. 259.

También es natural que los modificadores vayan detrás de los modificados:

> Cuando las palabras esenciales de la proposición tienen modificadores que extienden o restringen su valor, la construcción simple coloca esos modificadores detrás de las palabras a las que modifican. De manera que todas las palabras se encuentran ordenadas sucesivamente en función de la relación inmediata de la palabra que sigue con la que precede. Por ejemplo, *Alexandre vainquit Darius*; esto es una proposición simple. Y si se añaden modificadores o adjuntos a cada uno de los términos, la construcción simple los colocará detrás de otros en función de su relación: *Alexandre, fils de Philippe et roi de Macédoine, vainquit, avec peu de troupes, Darius, roi des Perses, qui étoit à la tête d'un armée nombreuse.*

En el caso de las circunstancias ya no hay necesariamente un orden natural:

> Si se enuncian circunstancias que modifican a toda la proposición, se las puede colocar o bien al comienzo, o bien al final de la proposición. Por ejemplo: *En la troisième année de la CXII^e^ olympiade, 330 ans avant Jesus-Christ, onze jours après une éclipse de Lune, Alexandre vainquit Darius*; o bien, *Alexandre vainquit Darius en la troisième année,* etc.

Los conectores o introductores de frases van al comienzo:

> Las marcas de unión entre las diferentes partes del discurso, tales como *cependant, sur ces entrefaites, dans ces circonstances, mais, quoique, après que, avant que,* etc. deben ir delante del sujeto de la proposición en la que se encuentran; y es que estas marcas de unión no son partes necesarias de la proposición; ellas no son nada más que unión o transición, o conjunciones particulares que unen las proposiciones que forman parte de periodos compuestos.
>
> Por la misma razón, el relativo *qui, quae, quod*, y nuestros *qui, que, dont*, preceden a todas las palabras de la proposición a la que pertenecen, ya que ellos sirven para unir una proposición con una palabra cualquiera de otra y también porque lo que une debe estar entre los dos términos así unidos. En este ejemplo popular, *Deus quem adoramus est omnipotens,* «el Dios que adoramos es omnipotente», *quem* precede a *adoramus*, y «que» está delante de «adoramos», y ello a pesar de que el primero depende de *adoramus* y el segundo de «adoramos»; es así, porque *quem* determina a *Deus*[32]. Esta posición del relativo entre las dos proposiciones que están en relación entre sí permite ver la unión de las dos con más facilidad que si el *quem* o el «que» estuvieran colocados detrás de los verbos a los que determinan.

1.3.5. Conclusión

> Mi opinión, pues, es que para expresarnos con una construcción simple, debemos:
>
> 1º. Enunciar todas las palabras que son los signos de las diferentes partes en las que estamos necesariamente obligados a dividir el pensamiento para poder expresarlo; ello, de acuerdo con la estructura racional de la lengua en que hay que expresarse.
>
> 2º. En segundo lugar, la construcción simple exige que las palabras sean enunciadas en el orden sucesivo de las relaciones que hay entre ellas, de suerte

[32] Si determina a *Deus*, debe ir detrás de *Deus*, según la doctrina de Du Marsais.

que la palabra que va a ser modificada o determinada va delante de la que modifica o determina.

3º. Finalmente, en las lenguas en que las palabras tienen desinencias que son marcas de su posición y de sus relaciones, sería un error contentarse con colocar una palabra en la posición en que debería estar de acuerdo con la construcción y no darle la desinencia destinada a indicar esta posición. Así, en latín, no se puede decir *Diliges Dominus Deus tuus*, con las desinencias del caso absoluto, que es también la desinencia del sujeto de la proposición; más bien se dirá *Diliges Dominum Deum tuum,* con la desinencia que indica el valor relativo de las tres últimas palabras. Tal es en estas lenguas la función y la finalidad de las desinencias: indican la posición y las relaciones de las palabras; su utilidad es enorme, cuando hay inversión, es decir, cuando las palabras no están enunciadas en el orden de la construcción simple; orden que es siempre aconsejable, pero que es raramente observado en la construcción usual de las lenguas en que los nombres tienen casos, es decir, desinencias particulares destinadas en toda construcción a marcar las diferentes relaciones y los diferentes tipos de valores relativos de las palabras.

1.4. La construcción figurada

Constructio figurata es un concepto que aparece ya en las Gramáticas racionales del siglo XVI. Se trata de una construcción a nivel de discurso, de habla; y en ella se pueden producir cambios en relación con la construcción natural, que los gramáticos del XVI llamaban *propria*. Y se llama *figurata* porque los cambios que se introducen entre el esquema racional o lógico de la frase y la frase realizada en el discurso se explican por la intervención de figuras, que en este caso son gramaticales y no retóricas. Esas figuras se resumen en cuatro grupos: figuras de adición, en virtud de las cuales se añade algo que no estaba o que no era necesariamente exigido en el esquema racional de la frase; figuras de supresión, que explican la desaparición de constituyentes que estaban en aquel esquema; figuras de cambio de orden de palabras; y figuras de cambio de función en los constituyentes. Hay, pues, cuatro variantes de construcción figurada: que falten constituyentes; que se añadan constituyentes no necesarios; que se cambie el orden; que se cambie la función.

Du Marsais comienza analizando la construcción figurada como una realización de la frase en la que se ha producido un cambio en el orden lógico de las palabras:

II. *Sobre la construcción figurada*. El orden que consiste en poner las palabras unas detrás de otras en función de las relaciones entre ellas no es siempre seguido con exactitud en el habla.

En la Gramática racional del XVI y de Port Royal admitían, como causa única del recurso a construcciones figuradas, la elegancia. Du Marsais añade otras causas, como la vivacidad de la imaginación o las prisas por expresar un pensamiento; y aquí ya habla de tres de las cuatro variantes de construcción figurada: que falten constituyentes; se cambie el orden; que se cambie la función[33]:

[33] Es evidente que si entre las causas de las que habla incluye las prisas, la variante que consiste en la adición de constituyentes no necesarios no tiene lugar.

> La vivacidad de la imaginación, las prisas por dar a conocer lo que pensamos, la aparición de ideas accesorias, la harmonía, la musicalidad, el ritmo, etc. son frecuentemente los factores que hacen que se supriman palabras –el hablante se contenta con expresar la palabra que está en relación con la suprimida–; que se altere el orden que habría que seguir de acuerdo con el análisis del pensamiento; que se dé a las palabras una posición o una forma, que a simple vista no son las que deberían tener. Sin embargo, el que lee o escucha no deja de entender el sentido de lo que se le dice, ya que su mente rectifica por sí sola la irregularidad de la enunciación y coloca en el orden exigido por el análisis los diversos sentidos particulares, y también el sentido de las palabras que no están expresadas.

La comprensión de las construcciones figuradas por parte de la mente solo es posible gracias a la analogía; es decir, gracias a que el esquema racional es fácilmente reconocible desde la construcción figurada por medio de un análisis de vuelta:

> Es en estas ocasiones cuando la analogía es de gran utilidad. Solo gracias a la analogía, a la imitación, al hecho de ir de lo conocido a lo desconocido, podemos entender aquello que se nos dice. Si nos faltara esta analogía, ¿qué podríamos entender de aquello que oímos hablar? Eso que oímos sería para nosotros una lengua desconocida e ininteligible. El conocimiento y la práctica de esta analogía solo se adquieren por imitación y por un largo uso que comienza desde los primeros años de nuestra vida.
>
> Los idiotismos de cada lengua son frases de construcción figurada que la analogía, por así decir, también interpreta.
>
> La *construcción figurada* es, pues, aquella en la que no se sigue el orden y el proceso del análisis enunciativo, aunque ese orden y ese análisis deben ser en todo caso perceptibles, y las palabras desordenadas deben ser fácilmente ordenadas y las elididas fácilmente suplidas.

A la hora de explicar por qué a esta construcción se la llama figurada, Du Marsais se sale de la doctrina que los gramáticos han sostenido desde el siglo XVI. De acuerdo con esa doctrina, se llama construcción figurada porque, si hay cambios entre el esquema racional y la frase en el discurso, esos cambios se deben a la intervención de figuras gramaticales. Du Marsais, sin embargo, sostiene, erróneamente, que se llama figurada porque toma una «figura» que no es la figura de la construcción racional, que él llama simple: «Este segundo tipo de construcción se llama *construcción figurada*, porque toma efectivamente una figura, una forma, que no es la de la construcción simple». E insiste en esta idea: que la construcción figurada se aparta formalmente de la construcción racional, si bien está permitida por el uso: y lo demuestra con ejemplos del francés y del latín:

> Es verdad que la construcción figurada está permitida por el uso, pero no es conforme a la manera de hablar más regular, es decir, a esa construcción plena y seguida de la que hemos hablado antes. Por ejemplo, de acuerdo con este primer tipo de construcción, se dice *La faiblesse des hommes est grande*, donde el verbo *est* concierta en número y persona con su sujeto, la *faiblesse*, y no con *des hommes*. Ese es el orden que tiene sentido; ese es el uso general. Sin embargo, también se dice *La plupart des hommes se persuadent* etc., donde se puede ver que el verbo concierta con *des hommes*, y no con *la plupart*. La forma de hablar por lo general es *Les savans disent, les ignorans s'imaginent*:

> el nominativo del plural está marcado con el artículo *les*. Sin embargo, se dice también *Des savans m'ont dit*; *des ignorans s'imaginent*; *du pain et de l'eau suffissent* etc. Estos son también nominativos, según los gramáticos. ¿Por qué estos nominativos no son iguales a los nominativos ordinarios? Lo mismo sucede en latín y en otras lenguas. Me limitaré a los dos ejemplos siguientes:
>
> 1º. La preposición *ante* se construye con acusativo; así es el uso ordinario; sin embargo, se encuentra esta preposición con ablativo en los mejores autores: *Multis ante annis*[34].
>
> 2º. Según la práctica ordinaria, cuando el nombre de la persona o el de la cosa es sujeto de la proposición se pone en nominativo. Es muy necesario, en efecto, nombrar la persona o la cosa de la que se hace un juicio, con el fin de que luego se pueda entender lo que se dice de ella. Sin embargo, nos encontramos con frases sin nominativo; y lo que es todavía más irregular, nos encontramos con que la palabra que, según la regla, debería estar en nominativo, se encuentra en un caso oblicuo: *Poenitet me peccati*, «je me repens de mon péché»; el verbo está en tercera persona en latín, y en primera en francés.

Y compara la relación «construcción racional-construcción figurada» con la relación «derecho común-derecho preferente».

> Permítaseme comparar la *construcción simple* con el derecho común, y la figurada con el derecho preferente. Los jurisconsultos peritos adaptan los privilegios a las leyes superiores del derecho común, y consideran abusos, que deben ser reformados por el legislador, los privilegios que no se pueden adaptar a esas leyes.
>
> Lo mismo sucede con las frases de la *construcción figurada*: todas ellas deben adaptarse a las leyes generales del discurso, ya que el discurso es la marca formal del análisis de los pensamientos y de los diferentes puntos de vista de la mente. Es una operación que el pueblo hace automáticamente, porque él entiende el significado de las frases sin necesidad de reflexión. Pero el gramático filósofo debe penetrar en el misterio de su irregularidad y hacer ver que, a pesar del aspecto de irregularidad que tienen a causa de la anomalía, puede adaptarse por analogía a la construcción simple.

De la misma forma que los gramáticos racionales del siglo XVI y que los gramáticos de Port Royal, Du Marsais habla a continuación de los tipos de figuras utilizadas en la construcción figurada. Y de nuevo aquí no sigue exactamente el esquema cuatripartito que se impuso en el siglo XVI: figuras por adición, figuras por supresión, figuras por cambio de orden en los constituyentes de la frase, figuras por cambio de función de algún constituyente de la frase. Du Marsais habla de seis tipos de figuras: La elipsis, el pleonasmo, la silepsis o síntesis, el hipérbaton, el helenismo, la atracción.

Si tenemos en cuenta que, como veremos, el helenismo y la silepsis o síntesis son en realidad casos de elipsis, y que por atracción entiende Du Marsais una figura que afecta a la morfología de las palabras y no a la estructura de la frase u oración, esas seis figuras quedan reducidas a tres: elipsis, pleonasmo, hipérbaton (supresión, adición, cambio de orden). Faltaría, del esquema cuatripartito, el cambio de función.

[34] Más adelante desarrolla esta expresión así: *Illud fuit gestum in annis multis ante hoc tempus.*

Pero vayamos ya a las figuras de Du Marsais. Comienza anunciando la clasificación:

> Trataremos de hacerlo ver mediante muchos ejemplos. Pero para proceder en ello con más claridad, hay que tener en cuenta que existen seis tipos de figuras que son muy usadas en la construcción de la que estamos hablando y a las cuales se pueden reducir todas las otras.

1.4.1. Elipsis

Como no podía ser de otra forma, en la definición y en los ejemplos recurre a Sanctius y al latín; a Sanctius porque este fue el maestro de la doctrina sobre la elipsis gramatical, reconocido así por los gramáticos del siglo XVII; al latín, porque los ejemplos del Sanctius son latinos y porque el latín, reconoce el propio Du Marsais, es una lengua abundante en elipsis:

> I. *La elipsis*
>
> La elipsis, es decir, *falta, defecto, supresión*, ocurre cuando no está expresada una palabra necesaria si queremos que la construcción sea simple; y, sin embargo, esa palabra es la que justifica la modificación en la desinencia de otra palabra de la frase. Por ejemplo, en *Ne sus Minervam*, *Minervam* está en acusativo porque aquellos que entienden el significado de este proverbio reconocen fácilmente en su mente el verbo *doceat*. Ya lo apuntó Cicerón[35]. De manera que el sentido es *Sus non doceat Minervam*; que un cerdo, que una bestia, que un ignorante no se atreva a querer dar lecciones a Minerva, diosa de las ciencias y de las bellas artes. *Triste lupus stabulis* equivale a *Lupus est negotium triste stabulis*. En *Ad Castoris*, hay que suplir *aedem*, o *templum Castoris*. Sanctius y los demás analogistas han recopilado un gran número de ejemplos en los que se recurre a esta figura. Pero, dado que los autores latinos recurren con frecuencia a esta figura y dado que la lengua latina es, por así decir, toda ella elíptica, no es posible recoger todos los casos en que pueda aparecer esta figura. Puede ser incluso que no haya una sola palabra latina que no esté sobreentendida en alguna frase. En *Vulcani item complures*, se suple *fuerunt*; en *Primus coelo natus, ex quo Minerva Apollinem* se sobreentiende *peperit*[36]. Y en Terencio[37] *Egone illam? Quae illum? Quae me? Quae non?* A propósito de este texto *Donato* observa que el uso de la elipsis es frecuente en momentos de cólera y que aquí el sentido es: *Egone illam non ulciscar? Quae illum recepit? Quae exclusit me? Quae non admisit?* Prisciano resuelve esta elipsis de la forma siguiente: *Egone illam dignor adventu meo? Quae illum praeposuit mihi? Quae me sprevit? Quae non suscepit heri?*[38]

Principio fundamental de la doctrina sobre la elipsis es que su uso no dificulte la comprensión del sentido, es decir no dificulte la identificación mental del esquema lógico o pleno de la frase: «Es indiferente que la elipsis sea solucionada con una palabra u otra, con tal de que se dé cuenta del sentido marcado por los adjuntos y

---

[35] Acad. 1. Cap. 4.

[36] Cic., *De natura deorum*, lib. III, c. 12.

[37] *Eunuc.* Act. 1, sc. 3.

[38] En el artículo de la *Encyclopedie* se traducía el texto latino al francés: «Quoi j'irois la voir, elle qui a préféré Thrason, elle qui m'a hier fermé la porte?».

por las circunstancias». Por eso la elipsis es mucho más frecuente en latín que en francés, porque las lenguas flexionales tienen marcas morfológicas que permiten llegar con más facilidad desde la construcción figurada a la construcción plena o racional. Es cierto, como dice Patru, que el francés recurre a la elipsis como lo hacen las otras lenguas de la época: «Las palabras sobreentendidas, dice Patru[39], son tan frecuentes en nuestra lengua como en las demás lenguas». Pero, sigue Du Marsais, en latín son más frecuentes que en las lenguas modernas:

> Sin embargo, las elipsis son mucho menos frecuentes en francés que en las lenguas que tienen casos, porque en estas lenguas las relaciones entre las palabras expresadas con las sobreentendidas están marcadas mediante las desinencias; pero en francés y en las lenguas cuyas palabras tienen siempre una sola terminación, es solo el orden, o bien visible, o bien fácilmente percibible y restablecido por la mente, el único que puede dar a entender el sentido de las palabras enunciadas. Solo con esta condición el uso permite los cambios de orden de palabras y las elipsis. Pero esta condición es fácil de cumplir en las lenguas que tienen casos; ello está muy claro en el ejemplo que hemos puesto antes: *Ne sus Minervam*; estas dos palabras, puestas en francés, no nos indican lo que hay que suplir.

La virtud o efecto fundamental de la elipsis es la búsqueda de la vivacidad de la frase y el rechazo a la pesadez de las repeticiones; en esto Du Marsais sigue de nuevo la doctrina de Sanctius:

> Pero cuando la condición de la que hemos hablado[40] puede fácilmente ser cumplida, entonces podemos hacer uso de la elipsis en francés, sobre todo cuando hablamos bajo efecto de una pasión: *Je t'aimois inconstant*; *¿Qu'aurois-je fait fidèle?*[41]. Se ve fácilmente que el sentido es este: *Que n'aurois-je fait si tu avois été fidèle? Avec quelle ardeur ne t'aurois-je pas aimé si tu avois été fidèle*. Pero la elipsis hace a la expresión de Racine mucho más viva que si el poeta hubiera hecho hablar a Hermione con la frase completa. De la misma forma en la conversación se nos pregunta *Quand reviendrez-vous?* y respondemos la *semaine prochaine*, es decir, *Je reviendrai dans la semaine prochaine; a la mi-Août,* es decir, *à la moitié du mois d'Août; a la S. Martin, a la Toussants,* en lugar de *à la fête de S. Martin, à la fête de tous les Saints*. *Que vous a-t-il dit? Rien;* es decir, *il ne m'a rien dit; nullam rem*, se sobreentiende la negación *ne*. *Qu'il fasse ce qu'il voudra, ce qu'il lui plaira*, donde se sobreentiende *faire*; y es de esta palabra sobreentendida de la que depende el *que* apostrofado delante de *il*.

Explica Du Marsais a continuación una serie de frases francesas a partir de la elipsis:

> Por elipsis se puede explicar un giro que no está hoy día en uso en nuestra lengua, pero que se encuentra en los libros, incluso del siglo pasado. Es el giro *Et qu'ainsi ne soit,* en lugar de *Ce que je vous dire est si vrai que* etc. En este giro, dice Danet, la palabra *ainsi* se toma en un sentido totalmente contrario al que parece tener, ya que su significado, sigue diciendo Danet, es afirmativo, a

[39] *Note sur les Remarques de Vaugelas*, tom. I, p. 292, édit. de 1738.
[40] Que la comprensión del sentido sea fácil.
[41] Racine, *tragéd. d'Andromaque*, Act. IV, sc. V.

pesar de la negación. En el caso de *J'etois dans ce jardín et qu'ainsi ne soit, voila une fleur que j'y ai cueillie* es como si se dijera*: et pour preuve de cela, voila une fleur que j'y ai cueillie*; en latín: *atque ut rem ita esse intelligas*. Joubert dice también *Et qu'ainsi ne soit*, es decir, *pour preuve que cela est*. En latín: *argumento est quod*; véase la palabra *ainsi*.

Moliere, en *Pourceaugnac*, acto I, escena XI, hace decir a un médico, que M. de Pourceaugnac está convencido de estar afectado por la enfermedad que se llama *Mélancholie hypocondryaque*: *Et qu'ainsi ne soit*, añade el médico, *pour diagnostic incontestable de ce que je dis, vous n'avez qu'à considérer ce grand sérieux* etc.

De la Fontaine, en su *Belphégor*, que fue impreso al final del libro XII de las Fábulas, dice: *C'est le coeur seul qui peut rendre tranquille: / le coeur fait tout, le reste est inutile. / Qu'ainsi ne soit, voyons d'autres états* etc.

La elipsis explica esta forma de hablar. Esta es la construcción completa: *Et afin que vous ne disiez point que cela ne soit pas ainsi, c'est que* etc.

Pasemos a los ejemplos que hemos puesto anteriormente: *Des savans m'ont dit; des ignorans s'imaginent*. Cuando yo digo *Les savans disent, les ignorans s'imaginent*, yo hablo de todos los sabios y de todos los ignorantes; tomo *savans* e *ignorans* en su valor de apelativos, es decir, en una extensión que comprende a todos los individuos a los cuales pueden ser aplicadas estas palabras. Pero cuando digo *Des savans m'ont dit, des ignorans s'imaginent*, pretendo hablar solo de algunos sabios o de algunos ignorantes. Tenemos en la mente *quelques uns*; es decir, es este plural el verdadero sujeto de la proposición; *de* y *des* no son nada más que preposiciones extractivas o partitivas. A este respecto haré de pasada una observación sin importancia: es respecto a eso de que *savans* e *ignorans* son tomados en sentido partitivo. Yo creo que el valor partitivo o extractivo está marcado solo por la preposición y por la palabra sobreentendida, y que la palabra expresa tiene todo su autentico valor, y consiguientemente está tomada en toda su extensión, ya que es de esa extensión o generalización de donde son sacados los individuos de los que se habla: *Quelques-uns de les savans*.

Lo mismo sucede con las frases *Du pain et de l'eau sufissent; Donnez-moi du pain et de l'eau* etc. Sería: *quelque chose de, une portion de* o *du* etc. En estos giros hay silepsis y elipsis. Hay silepsis, porque se construye una frase en función del sentido que hay en la mente, como diremos enseguida; hay elipsis, es decir, supresión o falta de algunas palabras cuyo valor o significado está en la mente. Las prisas que tiene el que habla por enunciar su pensamiento y el que escucha por conocer el pensamiento de los que hablan, es la causa de la supresión de un buen número de palabras que estarían expresas si siguiéramos con exactitud el análisis enunciativo del pensamiento.

Y también frases latinas:

Multis ante annis. También hay aquí una elipsis. *Ante* no forma sintagma con *annis*, ya que se quiere decir que el hecho de que se trata ha sucedido en un tiempo muy anterior al momento en que se habla: *Illud fuit gestum in annis multis ante hoc tempus*. He aquí un ejemplo de Cicerón, que justifica la explicación que acabo de dar: *Hospitium, multis annis ante hoc tempus, Gaditani cum Lucio Cornelio Balbo fecerant*[42], donde está claro que la construcción de acuerdo

[42] En el discurso I, *pro L. Corn. Balbo*.

con el análisis enunciativo es: *Gaditani fecerant hospitium cum Lucio Cornelio Balbo, in multis annis ante hoc tempus.*

Poenitet me pecatti, «Je me repens de mon péché». Estas son proposiciones tanto en latín como en francés. Debe, pues, haber un sujeto y un atributo expreso o sobreentendido. Yo percibo el atributo, ya que veo el verbo *poenitet me*. El atributo comienza siempre por el verbo, y aquí *poenitet me* es todo el atributo. Busquemos el sujeto. Yo no veo en la frase otra palabra que *peccati*. Pero esta palabra, al estar en genitivo, no puede ser el sujeto de la proposición, ya que, según la norma de la construcción ordinaria, el genitivo es un caso oblicuo que solo sirve para determinar a un nombre de una especie. ¿Cuál es el nombre al que determina *peccati*? El pensamiento que está detrás y la imitación deben ayudarnos a encontrarlo. Comencemos por la imitación; Plauto hace decir a una joven recién *casada*: *Et me quidem haec conditio nunc me non poenitet*[43]; «esta condición, es decir, este matrimonio no me produce arrepentimiento», «no me arrepiento de haberme casado con el marido que me ha dado mi padre», está claro que *conditio* es el nominativo de *poenitet*. Y Cicerón[44] dice: *Sapientis est proprium nihil quod poenitere possit, facere;* es decir, *Non facere hilum quod possit poenitere sapientem, est proprium sapientis,* donde está claro que *quod* es el nominativo sujeto de *possit poenitere*: «nada que pueda hacer al sabio arrepentirse». Accio dice: *neque id sane me poenitet*, «eso no me obliga a arrepentirme».

He aquí un nuevo ejemplo: *Si vous aviez eu un peu plus de déférence pour mes avis*, dice Cicerón a su hermano: «Si vous aviez sacrifié quelques bons mots, quelques plaisanteries, nous n'aurions pas lieu aujourd'hui de nous repentir»: *Si apud te plus autoritas mea, quam dicendi sal facetiaeque valuisset, nihil sane esset quod nos poeniteret* («il n'y auroit rien qui nous affectât de repentir»[45]). Frecuentemente, dice Faber en su *Trésor*, en la entrada *poenitet*, los antiguos ponían un nominativo a este verbo: *Veteres et cum nominativo copularunt.*

Sigamos con nuestra analogía. Cicerón ha dicho[46]: *Conscientia peccatorum timore nocentes afficit;* y en otro lugar[47]: *Tuae libidines torquent te; conscientiae maleficiorum tuorum stimulant te* («os remuerden vuestros tormentos»); y en otro lugar encontramos: *Conscientia scelerum improbos in morte vexat* («En el momento de la muerte los malvados son atormentados por su propia conciencia»). Diremos, pues, por analogía, por imitación: *Conscientia peccati poenitet me,* es decir, *afficit me poena,* a la manera de Cicerón *afficit timore, stimulat, vexat, torquet, mordet* («el remordimiento, el recuerdo, el pensamiento de mi pecado me produce arrepentimiento, me aflige, me atormenta; yo me aflijo por ello; me arrepiento de ello»). Nuestro verbo *repentir* está formado por la preposición *re, retro* y de *peine: se peiner du passé.* Nicot escribe: *se pèner de*, como *se repentir*, es decir *s'affliger, se punir soi-même de*: *quem poenitet, is, dolendo, à se quasi poenam suae temeritatis exigit*[48].

El sentido del periodo entero permite con frecuencia saber la palabra que está sobreentendida. Por ejemplo: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas*[49].

43 *Stich.* Act. I, sc. I, v. 50.
44 *Tusc.* Lib V, cap. 28.
45 Cicerón, *Ad Quint. fratr.*, lib. I, ep. 2.
46 Parad. V.
47 Parad. II.
48 Martinus, en la entrada *Poenitet.*
49 Virgile, *Georg.* l. II, v. 490.

El antecedente de *qui* no esta expreso. Sin embargo, el sentido nos hace ver que la construcción ordenada es *Ille qui potuit cognoscere causas rerum est felix*.

Otra norma que venía siendo repetida en las Gramáticas del XVI y XVII era que una variante de la elipsis es el zeugma; también lo recoge aquí Du Marsais como variante de la elipsis:

Hay una especie de elipsis que se llama *zeugma*, palabra griega que significa *conexión, ensamblaje*. Se entenderá fácilmente lo que es esta figura mediante ejemplos. Salustio ha dicho: *Non de tyranno, sed de cive, non de domino, sed de parente loquimur*; se puede ver que la palabra *loquimur* une los diferentes predicados concretos, y se sobreentiende en cada uno de ellos. Esta es la elipsis llamada *zeugma*. De manera que se produce *zeugma* cuando una palabra expresada en cualquier miembro de un periodo es sobreentendida en otro miembro del mismo periodo. Con frecuencia la palabra es la misma desde el punto de vista del significado, pero cambia en relación con el número y el género: *Aquilae volarunt, haec ab oriente, illae ab occidente*; la construcción entera es *Haec volavit ab oriente, illa volavit ab occidente,* donde se puede ver que *volavit*, que estaba sobreentendido, tiene diferente número que *volaverunt*. Del mismo Virgilio[50] es *Hic illius arma, hic currus fuit,* donde se puede ver que se sobreentiende *fuerunt* en el primer miembro. He aquí otro ejemplo en el que la diferencia está en el género: *Utinam aut hic surdus, aut haec muta facta sit*[51]. En el primer sentido se sobreentiende *factus sit*, y tenemos *facta* en el segundo. El uso de este tipo de *zeugma* es permitido en latín; pero la lengua francesa es más delicada y dificultosa al respecto. Dado que esta está más sometida al orden natural, en ella se debe sobreentender una palabra ya expresada solo cuando esa palabra pueda convenir en las mismas condiciones al miembro del periodo en que se sobreentiende. He aquí un ejemplo que dará a entender lo que pienso: un autor moderno ha dicho *cette histoire achèvera de désabuser ceux qui méritent de l'être*; se sobreentiende *désabusés* en el segundo miembro o inciso, y es *dásabuser* el que estaba expreso en el primero. Es un descuido en el que han caído los buenos autores.

1.4.2. El pleonasmo

Todas las Gramáticas racionales hablan del pleonasmo como segunda figura de construcción sintáctica. Du Marsais también y, prácticamente en los mismos términos:

II. *El Pleonasmo.*

El segundo tipo de figura es la contraria a la elipsis. Ocurre cuando en la frase hay una palabra superflua que podría perfectamente quitarse sin que se pierda el sentido. Cuando la adición de estas palabras proporciona al discurso o bien más gracia, o bien más claridad, o en fin más fuerza o más energía, se trata de una figura admisible. Por ejemplo, cuando en ciertas ocasiones se dice *Je l'ai vu de mes yeux, je l'ai entendu de mes propres oreilles* etc.; *je me meurs*, donde el *me* está porque da más energía. Es quizás esta razón de la energía la que consagra el pleonasmo en ciertos giros; así cuando se dice *c'est une affaire où il y va du*

[50] *Aen*. l. I.

[51] Ter., *And*., Act. III, sc. 1.

salut de l'état, estamos ante un giro que es mejor que *c'est une affaire où il va* etc., donde se suprime *y* que no es necesario porque está el *où*. Porque, como se ha dicho en los *Remarques* y acuerdos de la Academia francesa, 1968, p. 39, *il y va, il y a, il en est,* son fórmulas autorizadas de las que no se debe quitar nada.

La figura de la que hablamos se llama *pleonasmo*, palabra griega que significa *sobreabundancia*. Por lo demás, la sobreabundancia que no está consagrada por el uso, y que no aporta ni más claridad, ni más gracia, ni más energía, es un *vitium*, o al menos una negligencia que se debe evitar. De manera que no se debe unir a un sustantivo un epíteto que no añada nada al sentido y que no suscite una idea nueva; por ejemplo, une *tempête orageuse*. Lo mismo ocurre con este giro: *Il est vrai de dire que*; *de dire* es totalmente inútil. Uno de nuestros autores[52] ha dicho que Cicerón amplió *les bornes* o *les limites* de la elocuencia. *Limites* no añade nada a la idea de *bornes*; es un pleonasmo.

1.4.3. La silepsis o síntesis

Se trata de la concordancia *ad sensum*:

III. *La silepsis o síntesis.*

El tercer tipo de figura es la llamada *silepsis* o *síntesis*. Ocurre cuando las palabras son construidas más de acuerdo con el sentido y el pensamiento que con la usual construcción ordinaria. Por ejemplo, siendo *monstrum* como es del género neutro, el relativo que le sigue debe también estar en género neutro. Sin embargo, Horacio, lib. I, od. 37, dice: *Fatale monstrum, quae generosius perire quaerens.* Pero este prodigio, ese monstruo fatal, es Cleopatra; por eso Horacio ha utilizado *quae* en femenino, porque tenía a Cleopatra en la mente. Ha construido, pues, la frase en función del pensamiento y no de las palabras. En *Ce sont des hommes qui ont*, *sont* está en plural, de la misma forma que *ont*, porque lo que tenemos en la mente es *des hommes*, más que *ce*, que está aquí tomado como colectivo.

Con el fin de ser respetuosos con el esquema cuatripartito de las figuras de construcción, los Gramáticos que habían aceptado ese esquema incluían la silepsis dentro de la elipsis. También Du Marsais considera que la silepsis se puede explicar como elipsis: «Se pueden también explicar estos giros como elipsis, ya que en *Ce sont des hommes qui ont* etc., junto a *ce* hay elipsis de *les pesonnes qui ont* etc.». Pero inmediatamente vuelve Du Marsais a hablar solo de *sensus*:

Cuando se dice *La faiblesse des hommes est grande,* el verbo *est*, en singular, concierta con su nominativo *la faiblesse*; pero, cuando se dice *La plupart des hommes s'imaginent* etc., la palabra *plupart* ofrece a la mente la idea de plural; y es con esa idea de plural con la que concierta el verbo que está en relación con ella. Se trata de una silepsis o síntesis, una figura[53] de acuerdo con la cual las palabras se construyen más en función del pensamiento o de la cosa que en función de la palabra y de la forma gramatical. Esa misma figura explica que la palabra *personne*, que gramaticalmente es de género femenino, vaya frecuentemente seguida de *il* o *ils* en masculino, ya que tenemos en mente al hombre o los hombres de los que se habla, los cuales son en el mundo real físicamente

[52] *Défense* de Voiture, p. 1.

[53] Hay aquí una repetición que indica cierto descuido de Du Marsais.

del género femenino. Gracias a esta figura se pueden explicar ciertas frases en las que se expresa la partícula *ne*, la cual aparentemente parece que debe ser suprimida; así, cuando se dice *Je crains qu'il ne vienne; j'empêcherai qu'il ne vienne; j'ai peur qu'il ne oublie* etc. En estos casos se trata de desear que la cosa no suceda; se tiene la voluntad de hacer todo lo que se pueda para que nada sea obstáculo a aquello que se desea. Eso es lo que hace que se enuncie la negación.

1.4.4. El hipérbaton

Es la típica figura mediante la cual se explica que el orden de palabras que aparece en el discurso sea diferente al orden de palabras que exige el esquema lógico y racional de la frase. Du Marsais la define y la considera como propia del latín:

> IV. *El hipérbaton*.
>
> El cuarto tipo de figura es el *hipérbaton*, es decir *confusión, mezcla* de palabras. Ocurre cuando nos apartamos del orden en que deben ir las palabras de la construcción simple. *Saxa vocant Itali, mediis quae in fluctibus, aras*[54]. La construcción es *Itali vocant aras illa saxa quae sunt in fluctibus mediis*. Esta figura era, por así decir, natural en latín. Dado que las palabras tenían diferentes desinencias, las cuales en el uso ordinario se convirtieron en marcas de la relación que las palabras tenían entre sí, los latinos solo se fijaban en las desinencias y colocaban las palabras según las cosas iban apareciendo en su imaginación, o en función de que ese orden les pareciera generar una cadencia y una harmonía más agradable.

Pero en francés, que no es una lengua flexional, las cosas son diferentes:

> Pero en francés los nombres no cambian de forma en su desinencia, y por ello nos vemos obligados generalmente a seguir el orden de la relación de las palabras entre sí. De manera que solo deberíamos hacer uso de esta figura, cuando la relación de las palabras conectadas entre sí no sea difícil de percibir. Nosotros no podríamos decir, como Virgilio[55], *frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba*, donde el adjetivo *frigidus* está a comienzo de verso, y el sustantivo *anguis* está separado de él por muchas palabras, sin que esta separación provoque la más pequeña confusión. Las desinencias permiten fácilmente a los que saben la lengua poner en relación una palabra con otra. Pero no seríamos entendidos en francés si pusiéramos un número de palabras así de amplio entre el sustantivo y el adjetivo. Es necesario decir: *Fuyez, un froid serpent est caché sous l'herbe*.

En francés, el punto de referencia para saber si hay hipérbaton o inversión es el orden lógico del pensamiento; lo que Du Marsais ha venido llamando construcción simple o natural:

> Nosotros solo podemos, pues, hacer uso de la inversión, cuando las frases desordenadas son fácilmente reducibles al orden significativo de la construcción simple. Es únicamente este orden, el punto de referencia para que se diga, cuando no se sigue en una lengua, que hay inversión, y no es ese otro pretendido orden

[54] *Aeneid*., lib. I, v. 11.
[55] *Eclog*. III, v. 91.

provocado por el interés o la pasión, el cual no sería jamás un orden sistemático al que se pudiera oponer el término inversión: *Incerta haec si tu postules ratione certa facere, nihilo plus agas, quamsi des operam ut cum ratione insanias*[56] («Si quieres hacer estas cosas inciertas con certeza racional, preocúpate simplemente de actuar como un loco razonable»)[57]. En efecto, encontramos en Cicerón y en cada uno de los autores que han escrito mucho, encontramos, digo, en diferentes pasajes, el mismo contenido mental enunciado con las mismas palabras, pero siempre dispuestas en un orden diferente. ¿Cuál de esas diferentes frases expresadas con diferente orden es la que sirve de referencia para decir que en otra hay inversión? Esa referencia no puede ser otra que la construcción simple. Solo hay inversión cuando no se sigue ese orden. Cualquier otra idea no tiene fundamento y deja sola a la inversión frente al capricho o al gusto particular y momentáneo.

Pero volvamos a nuestras inversiones francesas. Madame Deshoulières dice: *Que les fougueux Aquilons, / sous sa nef, ouvrent de l'onde / les gouffres les plus profonds*. La construcción simple sería: *Que les Aquilons fougueux ouvrent sous sa nef les gouffres le plus profonds de l'onde*. M. Fléchier, en uno de sus discursos fúnebres, ha dicho: *Sacrifice où coula le sang de mille victimes*; la construcción simple es: *Sacrifice où le sang de mille victimes coula*.

Lógicamente, el hipérbaton solo está permitido cuando su uso no provoca ambigüedad en la frase y el oyente o lector puede fácilmente restablecer el orden natural; y es que hablamos, primero, para ser entendidos; después, si es posible, para agradar:

Hay que tener cuidado para que las trasposiciones y cambios de orden no den lugar a frases extrañas, equívocas, en las que la mente no pueda fácilmente restablecer el orden que tiene significado. Y es que no se debe olvidar nunca que hablamos para ser entendidos. De manera que, si las trasposiciones están al servicio de la claridad, deben ser preferidas, incluso en el discurso coloquial, a la construcción simple. Madame Deshoulières ha dicho: *Dans les transports qu'inspire / cette agréable saison, / où le coeur, à son empire, / assujettit la raison*. Aquí la mente coge el sentido más fácilmente que si esta ilustre dama hubiese dicho *Dans les transports que cette agréable saison, où le coeur assujettit la raison à son empire, inspire*. Sin embargo, también en estas ocasiones la mente percibe las relaciones entre las palabras en el orden de la construcción significativa.

1.4.5. El helenismo

Los ejemplos de helenismo traídos por Du Marsais son en realidad casos de elipsis; con la particularidad de que se trata de una elipsis muy utilizada en griego:

V. *El helenismo* etc.

El quinto tipo de figura es la imitación de giros de lenguas extranjeras, o incluso de la lengua propia. El comercio y las relaciones que una nación esta-

[56] Térence, *Eunuch.,* Act. I, sc. I, 16.

[57] Quiere decir que, si se hace algo que parezca extraño, se debe hacer con fundamento racional. Si se rompe el orden de palabras, cosa que en principio debe parecer extraño, debe hacerse de forma racional; es decir, que haya un punto de referencia claro en relación con el cual se rompe el orden; ese punto de referencia es el orden lógico del pensamiento, y no otro orden que no sea racional.

> blece con otros pueblos hacen que frecuentemente pasen, a una lengua, no solo palabras, sino también giros, que no responden a los esquemas de la construcción ordinaria de la lengua de llegada. Por ello, en los mejores autores latinos se observan frases griegas a las que llaman *helenismos*. Así Horacio dice[58]: *Daunus agrestium regnavit populorum*. Los griegos dicen ἐβασίλευσε τῶν λαῶν. Hay otros muchos ejemplos. Pero en estos giros griegos hay, o bien un nombre sustantivo sobreentendido, o bien alguna de esas preposiciones griegas que se construyen con genitivo. En este ejemplo se sobreentiende βασιλείαν, como ha señalado M. Dacier: *Regnavit regnum populorum*. Horacio[59] ha dicho también *regnata rura*. De manera que, cuando se dice que tal giro es una frase griega, ello quiere decir que la elipsis de una palabra concreta es utilizada en algunas ocasiones en griego y que esa elipsis no es utilizada en latín en la construcción usual; y que no se encuentra en latín salvo por influencia del griego. Los griegos tienen muchas preposiciones que construyen con genitivo y que suprimen en el uso ordinario, de manera que solo queda el genitivo. Esto lo imitan con frecuencia los latinos. Véase Sanctius, y la *Méthode* de P. R., cuando habla del Helenismo en pág. 559. Pero, trátese del latín, trátese del griego, todo el giro se debe reducir siempre a la construcción simple y al esquema racional.

Pero también incluye en este tipo de figura aquellas construcciones de una lengua que no responden al esquema racional, pero que se explican por imitación de otros giros de la propia lengua:

> Esta figura es también utilizada dentro de una misma lengua, sobre todo cuando se pasa de sentido propio a sentido figurado. Se dice, en sentido propio, que un hombre *a de l'argent, une montre, un livre,* y se dice, por imitación, que *a envie, a peur, a besoin, a faim* etc.
>
> La imitación ha dado lugar a muchos giros, que no son nada más que fórmulas que el uso ha consagrado. Frecuentemente nos servimos del pronombre *il* para recordar en la mente a una persona ya nombrada; debido a esa frecuencia, este pronombre ha pasado después, por imitación, a giros en los que no se recuerda a ningún individuo en particular. *Il* se convierte así en una especie de nombre metafísico o de imitación. Por ello decimos *il pleut, il tonne, il faut, il y a des gens qui s'imaginent* etc. Este *il, illud* en latín, es una palabra que se emplea por analogía imitando a la construcción usual, que presenta siempre un nominativo al lado de todo verbo en modo finito. De manera que en *il pleut* es el cielo o el tiempo el que hace caer la lluvia. *Il faut* es lo mismo que *cela, illud, celle chose est nécessaire, savoir* etc.

1.4.6. La atracción

Mezcla aquí Du Marsais cosas diferentes. No es muy sistemático. Comienza diciendo que es un caso de helenismo, porque es frecuente en griego; pero también se da en otras lenguas:

> VI. *La atracción*. Está en relación con el helenismo una figura notable llamada *Atracción*. En efecto, esta figura es muy normal entre los griegos. Pero

[58] Lib. III, Od. 30, v. 11.
[59] Lib. II, Od. 6, v. 11.

dado que se encuentran también ejemplos en otras lenguas, he dedicado un apartado particular a esta figura.

El primer tipo de atracción que explica es realmente la asimilación morfológica:

> Para entenderla bien, hay que tener en cuenta que frecuentemente el mecanismo de los órganos de la palabra aporta cambios en las letras de las palabras que preceden o que siguen a otras. Así, en lugar de decir, de forma regular, *adloqui aliquem*, se cambia la *d* de la preposición *ad* en *l* por influencia de la *l* que viene después, y se dice *al-loqui aliquem* en lugar de *ad-loqui*; de la misma forma se dice *ir-ruere* en lugar de *in-ruere*; *col-loqui* en lugar de *cum* o *con-loqui* etc. De manera que una *l* atrae a otra *l* etc.

Pero inmediatamente pasa a hablar de la atracción sintáctica, que, según reconoce el propio Du Marsais, bien podría resolverse como elipsis:

> Esto que el mecanismo de la palabra produce en lo que se refiere a las letras, lo produce también en relación con la desinencia de las palabras la perspectiva de la mente que se fija en una palabra principal. Se elige para la frase una palabra que por su significado es válida; no se le cambia la función, pero por influencia del caso, o del género, o del número, o, en fin, de la desinencia de otra palabra sobre la que se fija la mente, se da a aquella palabra vecina una desinencia diferente a la que debería tener de acuerdo con la construcción ordinaria; de manera que la desinencia de la palabra que ha llamado la atención de la mente produce una desinencia similar en la otra palabra, desinencia que no es la regular. Así *Urbem quam statuo vestra est*[60] en lugar de *urbs*; igualmente *Populo ut placerent quas fecisset fabulas*, en lugar de *fabulae*[61].
>
> Yo sé que estos ejemplos se pueden explicar con la elipsis: *Haec urbs, quam urbem statuo* etc. *Illae fabulae, quas fabulas fecisset*; pero quizás sea la atracción la verdadera *causa* de estos usos. *Dii non concessere poetis esse mediocribus*[62], donde *mediocribus* es atraído por *poetis*. *Animal providum et sagax, quem vocamus hominem*[63], donde vemos que *hominem* ha atraído a *quem*, ya que, efectivamente, *hominem* estaba en la mente de Cicerón en el momento en que dijo *animal providum*. *Benevolentia, qui est amicitiae fons*[64], donde *fons* ha hecho que aparezca *qui* en lugar de *quae*; sería: *benevolentia est fons, qui est fons amicitiae*. Hay un gran número de ejemplos parecidos en Sanctius y en la *Méthode latine* de Port Royal. La explicación de estos usos hay que buscarla desde la perspectiva de la mente la cual se fija especialmente en una palabra concreta, tal como acabamos de ver. Es la fuerza de las ideas accesorias.

1.5. La construcción usual

De este tipo de construcción no habían hablado hasta ahora los Gramáticos. Solo hablaban de construcción *propria* y construcción *figurata*. Du Marsais añade

60 Aen. l. I.
61 Terence, *Andr.* Prol.
62 Horace, *de Arte Poetica*.
63 Cicéron, *Leg.* 1. 7.
64 Cicéron.

lo que llama construcción usual que es aquella que utilizamos normalmente cuando hablamos o escribimos y que puede ser unas veces la construcción natural y otras, una construcción figurada:

> III. *Sobre la construcción usual.*
>
> El tercer tipo de construcción está compuesta de los dos precedentes. La llamo construcción usual, porque entiendo por esta construcción la ordenación de palabras que es usual en los libros, en las letras, y en la conversación de las gentes de bien[65]. Esta no es ni totalmente simple, ni totalmente figurada. Las palabras deben ser simples, claras, naturales, y provocar en la mente más sentido del que la forma parece expresar a partir de ellas; las palabras deben ser enunciadas en un orden que no choque de forma desagradable con el oído; se debe observar en esta construcción, en la medida en que el *decorum* de los diferentes estilos lo permitan, lo que se llama musicalidad, ritmo, harmonía etc. No me voy a detener en recoger las diferentes observaciones que muchos buenos autores han hecho a propósito de esta construcción. Tales son las de los señores de la Academia Francesa, de Vaugelas, del abad de Olivet, de P. Bouhours, del abad de Bellegarde, de M. de Gamache, etc. Remarcaré solamente que las figuras de las que hemos hablado, se encuentran frecuentemente en la *construcción usual*, pero no son necesarias; e incluso es muy común que la elegancia vaya unida a la sencillez; y en esta construcción, si admite trasposiciones, elipsis o cualquier otra figura, estas son fácilmente reducibles al orden del análisis enunciativo. Los pasajes más bellos entre los antiguos, son también los más simples y los más fáciles.

Esta incorporación de un tercer tipo de construcción, la usual, además de la natural y de la figurada, no tiene utilidad desde el punto de vista gramatical. Solo quizás desde el punto de vista retórico y de la expresión.

1.6. Conclusión

> Hay, pues, 1º, una construcción simple, necesaria, natural, en la que cada pensamiento es analizado desde el punto de vista de la enunciación. Las palabras forman un todo que tiene dos partes; es más, la percepción de la relación que esas dos partes tienen entre sí y nos permite concebir todo el conjunto, nos llega únicamente de la construcción simple, la cual, al enunciar las palabras siguiendo el orden sucesivo de sus relaciones, nos presenta esas relaciones de la manera más apropiada para que podemos percibirlas y generar el pensamiento entero.
>
> Este primer tipo de construcción es el fundamento de toda educación. Si el orador no recurre a ella como base de su discurso, este será malo, como dice Quintiliano: *Nisi oratori fundamenta fideliter jecerit, quidquid supertruxerit corruet*[66]. Pero ello no quiere decir, como piensan algunos gramáticos, que sea esta construcción simple la única sobre la que están construidas todas las lenguas; solo tras el ensamblaje desordenado de piedras y materiales, se levantan los edificios más perfectos; una vez que son levantados, el orden simple que se observa en ellos oculta lo que hay de valor artístico. Y dado que nosotros nos fijamos fácilmente en lo simple y bien ordenado y que percibimos sin esfuerzo

[65] De nuevo pone en relación el purismo de la lengua francesa con las gentes pulidas de la ciudad.

[66] *Instit. Or.*, l. I, c. iv.

las relaciones entre las partes que forman el conjunto, no nos damos la suficiente cuenta de que aquello que nos parece que sido hecho sin esfuerzo, es en realidad el fruto de la reflexión, del trabajo, de la experiencia y del ejercicio. No hay nada más irregular que una lengua que se está formando o que se está perdiendo.

De manera que, aunque en una lengua que esté ya formada la construcción de la que estamos hablando es la primera que percibimos debido al orden que nos hacen ver la ligazón, la dependencia, la sucesión y las relaciones entre las palabras, sin embargo, las lenguas no tuvieron en principio este primer tipo de construcción. Hay una especie de metafísica de instinto y de sentimiento que está al frente de la formación de las lenguas; es en ella en la que se han fijado los gramáticos y en ella han percibido un orden gramatical basado en el análisis del pensamiento, en las partes en que la necesidad elocutiva divide al pensamiento, y en la relación y función de estas marcas. Han observado, pues, el orden práctico y usual.

2º. El segundo tipo de construcción se llama *construcción figurada*. Esta se aparta del orden de la construcción simple y del orden del análisis enunciativo.

3º. Hay, en fin, una *construcción usual*, en la que se sigue la forma ordinaria de hablar de las gentes de bien de la nación que utiliza esa lengua, ya recurran a expresiones acordes con la *construcción simple*, ya se expresen con la *figurada*. Por lo demás, yo entiendo por «gentes de bien de la nación» todas aquellas personas, cuya condición, fortuna o mérito están por encima de lo vulgar, que tienen una mente cultivada por la lectura, por la reflexión, y por el intercambio con otras personas que tienen los mismos intereses. Son tres puntos que no conviene separar: primero, la situación por encima de lo vulgar, ya sea por nacimiento y fortuna, o por mérito personal; segundo, una mente cultivada; tercero, tener intercambio con personas que tienen los mismos intereses[67].

La *construcción simple* no coincide siempre con la *construcción usual*. Pero una frase, en *construcción usual*, además de ser más elegante, puede ser enunciada según el orden de la *construcción simple*. He aquí una frase en construcción usual: *Turenne est mort; la fortune chancelle; la victoire s'arrête; le courage des troupes est abattu par la douleur, et ranimé par la vengeance; tout le camp demuere immobile*[68]. ¡Qué más simple desde el punto de vista de la construcción! ¡Qué más elocuente y más elegante en la expresión!

Y lo mismo sucede con la construcción figurada. Una construcción figurada puede ser o no ser elegante. Las elipsis, los cambios de orden y las otras figuras se encuentran en discursos vulgares, de la misma forma que se encuentran en los más sublimes. Hago esta observación aquí, porque la mayoría de los gramáticos confunden construcción elegante con construcción figurada, y se imaginan que toda construcción figurada es elegante y que toda construcción simple no lo es.

Por lo demás, la construcción figurada es incorrecta, cuando no está autorizada por el uso. De todas formas, aunque el uso y la costumbre nos hagan comprender fácilmente el sentido de las construcciones figuradas, no es siempre fácil reducir las palabras al orden de la construcción simple. Es, sin embargo, necesario reducir toda la frase a ese orden, si se quiere penetrar en los motivos de las diferentes modificaciones que las palabras reciben en el discurso. Y es que, tal

[67] De nuevo una manifestación del purismo de la lengua francesa en el siglo XVIII.

[68] Flechier, *Oraison funèbre de M. de Turenne*.

como hemos remarcado ya, las construcciones figuradas solo son comprendidas cuando la mente rectifica su irregularidad con la ayuda de ideas accesorias que hacen que distingamos lo que se lee y lo que se entiende, como si el sentido de la frase hubiese sido enunciado en el orden de la construcción simple.

Es esta sin duda la razón por la que en las escuelas en las que se enseña latín, sobre todo si se sigue el método de la explicación, los maestros expertos comienzan por poner las palabras en el orden del que estamos hablando; es lo que se llama *faire la construction*. Tras ello se hace que los jóvenes se familiaricen con la elegancia mediante la lectura frecuente de los textos, cuyo sentido entienden mejor y con más fruto que si hubieran empezado por el texto sin ponerlo en el orden de la construcción simple.

He aquí que es así como, cuando se enseñan las artes liberales, la danza, la música, la pintura, la escritura etc., llevamos largo tiempo como de la mano a los jóvenes: se les hace pasar por lo que es más simple y fácil; se les enseñan los fundamentos y los principios del Arte, y se les lleva después sin esfuerzo a lo que el arte tiene de más sublime.

De esta forma, en contra de lo que puedan decir algunas personas poco acostumbradas a la exactitud del razonamiento y a remontarse a los verdaderos principios, el método del que hablo es muy útil. Yo voy a exponer aquí los fundamentos y a dar los conocimientos necesarios para llevarlo a la práctica con éxito.

III. LA ORACIÓN, UNIDAD CON SENTIDO COMPLETO. EL ANÁLISIS BINARIO

El título que da Du Marsais a este apartado, todavía dentro del artículo *Construction* de la *Encyclopedie*, es *Du discours consideré grammaticalement et des parties que le composent*.

La relación entre proposición y juicio lógico hace que en el análisis de la proposición los ilustrados tiendan siempre a reducirlo todo a componentes binarios, ya que en todo juicio lógico solo hay dos ideas o dos bloques de ideas: la cosa y lo que se dice de la cosa. Frente la definición de oración como *congrua dictionum ordinatio*, que es una definición puramente sintáctica –de hecho, eso es lo que significa Sintaxis, en latín *constructio*, «acorde colocación»–, muy repetida por los gramáticos seguidores de Prisciano, ya que fue este gramático el que la introdujo de una manera sistemática, hay otras definiciones de la oración que responden al principio de que toda oración sintáctica es la expresión de un juicio mental. En concreto, para los gramáticos de corte lógico, la oración es la expresión de un juicio mental. Y todo juicio mental, o racional, o lógico de la frase se puede reducir a constituyentes binarios; de manera que también la oración sintáctica puede ser analizada en constituyentes binarios. Y a lo largo de la historia de la Gramática nos encontramos con dos pares de denominaciones, definiciones y matices para esos dos constituyentes: sujeto y predicado; determinado y determinante.

Pues bien, en la parte de los *Principes de Grammaire* de Du Marsais que vamos a presentar ahora, que los editores toman, insisto, del artículo *Construction* de la *Encyclopedie*, todo se reduce al análisis de la oración, simple o compuesta, mediante constituyentes binarios y a establecer relación entre la proposición a nivel de discurso y el juicio lógico a nivel de mente.

1. EL MODO Y LA MODALIDAD

Llama la atención que en este apartado, dedicado a la estructura binaria de la proposición, hable Du Marsais de modo y modalidad. La explicación es esta: en una proposición declarativa con el verbo en indicativo está clara la estructura binaria; hay una cosa, representada por un nombre que funciona como sujeto, y luego está lo que se dice de esa cosa, representado por un verbo que funciona como atributo. ¿Ocurre lo mismo en las oraciones en las que el hablante expresa un deseo, una duda o cualquier otra perspectiva suya en relación con lo que dice? Pues sí. La estructura binaria es la misma; la diferencia está en que en la proposición declarativa

estamos ante un juicio objetivo y en las otras estamos ante una visión concreta de la mente del hablante en relación con el contenido de un juicio.

Esa es la razón por la que Du Marsais comienza en esta parte distinguiendo entre modo y modalidad de la frase. No llega el ilustrado francés a hacer una distinción y clasificación sistemáticas de los modos y modalidades de la frase como harán en el siglo XX los gramáticos españoles Mariner y Rubio[69].

Para estos, el modo es el valor que tiene la forma verbal desde el punto de vista de la realidad objetiva de lo expresado en el verbo; en este sentido, los modos son tres: real, cuando la forma verbal de la frase expresa que lo que en ella se dice tiene realidad objetiva, es decir, es real; potencial, cuando la forma verbal indica que lo expresado en ella no es real, pero es posible; e irreal, cuando expresa que lo en ella recogido no es ni real, ni posible; no ha tenido ni tiene lugar y tampoco lo tendrá desde el punto de vista conjetural. Así *venit*, «vino» (real); *fortasse veniat*, «quizás venga» (potencial); *utinam venisset*, «ojalá hubiera venido» (irreal).

La modalidad, sin embargo, es la actitud mental que el hablante adopta ante el interlocutor: esa actitud puede ser de simple información, y entonces estamos ante la modalidad declarativa; o puede preguntar algo a su interlocutor, en cuyo caso estamos ante la modalidad interrogativa; o puede tratar de producir en el destinatario una reacción actitudinal concreta; es la modalidad impresiva. Serían las formas *venit*, «vino»; *venit?*, «¿vino?»; *veniat!*, «¡que venga!».

Lisardo Rubio trató de combinar ambos parámetros o criterios, el del modo y el de la modalidad, y analizó desde esa perspectiva las diferentes formas verbales.

Du Marsais no llega a una distinción y clasificación sistemáticas de los modos y modalidades, pero sí distingue claramente entre lo que es simplemente la expresión o manifestación de un juicio y lo que es la expresión de una visión mental subjetiva del que habla. Comienza distinguiendo entre periodo, que es un conjunto de proposiciones, y proposiciones individuales:

> El discurso es un conjunto de proposiciones, de enunciados y periodos que deben todos ellos, servir a un objetivo principal.

Le interesa ahora la proposición, que puede ser un simple juicio o una consideración mental subjetiva del que habla:

> La proposición es un conjunto de palabras que, gracias a las diferentes relaciones que hay entre ellas, enuncian un juicio o cualquier consideración concreta de la mente que contempla un objeto como tal objeto.

A esas dos perspectivas llama modos:

> Esta consideración de la mente se puede manifestar de múltiples maneras diferentes; y son esas diferentes maneras las que han dado lugar a los modos.

[69] S. Mariner Bigorra, «Estructura de la categoría verbal 'modo' en latín clásico», *Emérita. Revista de Lingüística y Filología*, 25, 1957, pp. 449-486. L. Rubio, «Los modos verbales latinos», *Emérita*, 36, 1968, pp. 77-96.

> Las palabras cuya unión constituye un sentido son, pues, o bien la marca de un juicio, o bien la expresión de una visión concreta de la mente al considerar a un objeto con tal o tal modificación; hay que distinguir bien una cosa de otra.

Sigue una explicación de lo que es cada uno de esos modos:

> Un *juicio* consiste en pensar que un objeto es de tal o tal manera; esa forma de ser se afirma o se niega; se trata de determinar el estado que se supone que los objetos tienen por sí mismos. Hacemos, pues, juicios afirmativos o negativos. «La tierra gira alrededor del sol» es un juicio afirmativo; «el sol no gira alrededor de la tierra» es un juicio negativo. Todas las proposiciones expresadas en modo indicativo enuncian, cada una de ellas, juicios: «je chante, je chantois, j'ai chanté, j'avois chanté, je chanterai» son, cada una de ellas, proposiciones afirmativas, que se convierten en negativas con la simple adición de las partículas «ne, non, ne pas», etc.
>
> Estas proposiciones expresan un estado del objeto sobre el que gira el juicio. Quiero decir que suponemos que el objeto es o ha sido o, en fin, será, tal como lo decimos, independientemente de nuestra manera de pensar.
>
> Pero cuando digo «soyez sage», es solo mi mente la que conduce a mi interlocutor a la percepción o idea de ser sabio, sin enunciar nada, al menos directamente, del estado actual del interlocutor. Yo no hago otra cosa que decir que mi deseo es que «soyez»; la intención de mi mente solo tiene ese objetivo, y no el de enunciar que mi interlocutor es sabio o no lo es. Lo mismo sucede con las siguientes frases: «Si vous etiez sage; afin que vous etiez sage»; y lo mismo sucede con las frases enunciadas con sentido abstracto mediante el infinitivo: «Pierre être sage». En todas estas frases hay una marca de la intención de la mente que aplica, pone en relación, adapta una percepción o calificación a un objeto; pero que la aplica, o bien en forma de orden, o de condición, o de deseo, o de dependencia; pero no hay ninguna decisión en torno a afirmar o negar el estado positivo del objeto.
>
> En ello consiste una diferencia fundamental entre las proposiciones: unas son directamente afirmativas o negativas y comunican los juicios; otras solo pertenecen al discurso en la medida en que enuncian ciertos puntos de vista de la mente. De manera que estas pueden ser llamadas *enunciaciones* simplemente.
>
> Todos los modos del verbo, prescindiendo del indicativo, nos ofrecen ese tipo enunciaciones, incluido el infinitivo, sobre todo en latín. Enseguida explicaremos esto con detalle. Por ahora basta con tener en cuenta esta primera clasificación general de la proposición.

En lo que se refiere a esta distinción de Du Marsais entre proposiciones declarativas, impresivas e interrogativas, no está fuera de lugar recordar que Beauzée, el gramático que le sucedió en la confección de artículos gramaticales para la *Encyclopedie*, considera que esta división de Du Marsais no es pertinente, ya que tanto un tipo de oración como otro es el mismo

> L'auteur ajoûte qu'elle (la proposition) énonce un jugement ou quelque considération particulière de l'esprit, qui regarde un objet comme tel: il prétend par là indiquer deux sortes de *Propositions*; les unes directes, qui énoncent un jugement; les autres indirectes, qu'il nomme simplement énunciatives, et qui

> n'entrent, dit-il, dans le discours que pour y énoncer vûes de l'esprit. Tout cela, si je ne me trompe, est véritablement *quid unum et idem*[70].

Las posiciones de Du Marsais y de Beauzée son, a este respecto, diferentes. Du Marsais considera a las oraciones declarativas como proposiciones diferentes de las proposiciones que están teñidas de modo o modalidad (impresivas, interrogativas, potenciales y demás). Beauzée, sin embargo, dice que no hay diferencia entre unas y otras desde el punto de vista de su condición de proposición. Las razones que justifican la posición de uno y otro son las siguientes:

Du Marsais se manifiesta en este punto más filósofo que gramático; Beauzée, sin embargo, si bien arranca desde el mismo punto de partida, luego se acerca más a posiciones gramaticales y lingüísticas. En efecto, Du Marsais distingue entre dos tipos de juicios que se producen en la mente humana: juicios que son producto del conocimiento que nuestra mente adquiere a partir de la observación de los hechos de la naturaleza; y juicios que nuestro espíritu genera él mismo sin necesidad de estímulo externo sensorial (deseos, dudas, sentimientos, etc.). Tanto unos juicios como otros pueden ser expresados mediante proposiciones. Y, para Du Marsais, se trata de proposiciones diferentes, porque el origen del juicio que ha dado lugar a ellas es diferente; proposiciones, realmente, son las primeras; las segundas son simplemente la «énonciation de certaines vues de l'esprit». Esto es mantenerse firmemente en la postura filosófica que defiende que el lenguaje está en estrecha conexión con la adquisición del conocimiento. Solo son verdaderas proposiciones aquellas que responden a un juicio formado en nuestra mente a partir de la adquisición de ideas a través de los sentidos.

Beauzée, sin embargo, se acerca a este respecto a posiciones, no de filósofo del lenguaje, sino gramaticales. En su origen y en principio, son proposiciones, el mismo tipo de proposición, tanto las declarativas, como las teñidas de modo o modalidad. Y son proposiciones porque tanto unas como otras parten de un juicio de nuestra mente en el que hay un «être» que es sometido a un tipo u otro de relación con un tipo u otro de modificación («nos connoissances ne sont autre chose que la perception de l'existence intellectuelle des êtres, sous telle ou telle relation à telle ou telle modification»).

Si ese «ser» tiene por naturaleza en sí mismo lo que le atribuye nuestra mente, la proposición es verdadera («Si un être a véritablement en soi la relation sous laquelle il existe dans notre esprit, nous en avons une connoissance vraie»); pero si no tiene lo que le atribuye nuestra mente, sino que nuestro espíritu le atribuye algo que ese ser no tiene por naturaleza –es lo que sucede en las oraciones con modalidad o modo[71]–, la proposición será falsa, pero sigue siendo proposición y no «une vue de l'esprit», como decía Du Marsais («s'il n'a pas en soi la relation sous laquelle il existe dans notre esprit, la connoissance que nous en avons est fausse; mais vraie ou fausse, cette connoissance est un jugement, et l'expression de ce jugement est une *Proposition*»).

---

[70] Beauzée, *Dictionnaire de Grammaire…, s. v. Proposition*.

[71] En la frase «yo tengo dinero» atribuyo al «yo» algo que en realidad tiene; en la frase «ojalá yo tuviera dinero», atribuyo al «yo» algo que en la realidad no tiene.

En definitiva, en el caso de Du Marsais, para que haya proposición es necesario que el juicio del que procede esa proposición sea un juicio producto de la adquisición del conocimiento de las cosas reales de la naturaleza. Para Beauzée, sin embargo, hay proposición siempre que haya un sujeto y un predicado; sea verdadero o falso lo que se diga en ella; responda a la realidad o sea una invención, un deseo, una probabilidad enunciados por el hablante

> «Il n'y a autre chose dans un jugement, dit s'Gravesande (*Introd. à la Philos.* liv. II, chap. 7, nº 401), qu'une perception»; et il venoit de dire (nº 400), que la perception de la relation qu'il y à entre deux idées, s'appelle *jugement*. «Pour qu'un jugement ait lieu, dit-il encoré, deux idées doivent être présentes à notre âme…dès que les idées sont présentes, le jugement suit». Je ne diffère de ce philosophe que par l'expression: il dit deux idées, et je détermine, moi, l'idée d'un sujet et celle d'un attribut.

Aquí, Beauzée se aparta claramente de uno de los principios fundamentales de la filosofía del lenguaje: la relación entre lenguaje y verdad; la relación entre significante y significado. A él esto no le importa; le importa solo la idea de que toda proposición es la expresión de un juicio, en el que se dice algo de algo; y no le importa que eso sea cierto o falso, real o no real.

2. FUNCIONES GRAMATICALES EN LAS ORACIONES SIMPLES DECLARATIVAS

2.1. Diferencia entre proposición (recoge el sentido completo de un juicio) y frase (puede faltar algo que hay que suplir)

La primera distinción que hace, pues, Du Marsais, es la que existe entre la oración en indicativo que es una enunciación o declaración directa y la oración en alguno otro de los modos, a la que llama oblicua. Ahora bien, para que las diferentes partes de esa oración, con sus respectivas funciones gramaticales, queden claras, Du Marsais comienza señalando que esas funciones quedan claras en lo que él llama proposición, que no es lo mismo que frase; la proposición es un conjunto de palabras con sentido completo; la frase es una expresión en una lengua concreta que puede tener y puede no tener sentido completo:

> I. *Proposición directa enunciada en modo indicativo.*
>
> No estará fuera de lugar recordar que las proposiciones y las enunciaciones son llamadas a veces *frases*. Pero «frase» es una palabra genérica que se dice de todo conjunto de palabras ligadas entre sí, ya tengan un sentido acabado, ya tengan un sentido incompleto.
>
> Esta palabra, «frase», se aplica concretamente a un giro del habla, a una forma de expresión, en tanto que las palabras están construidas y ligadas de una forma particular. Por ejemplo, *on dit* es una frase francesa; *hoc dicitur*, latina; *si dice*, italiana; *Il y a long-temps* es una frase francesa; *e molto tempo*, italiana. Es cada una de ellas una forma diferente de analizar y comunicar el pensamiento.

> Cuando se quiere explicar una frase, es necesario siempre reducirla a proposición y completar su significado para desentrañar con exactitud las relaciones que tienen entre sí las palabras, de acuerdo con el uso de la lengua que se habla.

2.2. Funciones gramaticales en la proposición declarativa. La cosa y lo que se dice de la cosa. Sujeto y atributo

Son dos las funciones fundamentales. Fiel al principio de que una proposición es la expresión de un juicio, Du Marsais sostiene que las partes fundamentales son dos: la cosa y sus propiedades o cualidades; el decir, el nombre y lo que se dice de ese nombre; el sujeto y el atributo:

> Sobre las partes de la proposición y de la enunciación
>
> La proposición tiene dos partes esenciales: 1º, el *Sujeto*; 2º, el *Atributo*. Y lo mismo ocurre con una enunciación.
>
> 1º. El *sujeto*. Es la palabra que se refiere a la persona o cosa sobre la que se hace un juicio, o a la que se mira con tal o cual cualidad o modificación.
>
> 2º. El *atributo*. Son las palabras que indican el juicio que se hace del sujeto, o lo que se contempla como forma de ser del sujeto.
>
> El atributo contiene esencialmente el verbo, porque el verbo se aplica siempre al sujeto y la marca de la acción mental que considera al sujeto como siendo de tal o tal manera, como teniendo o haciendo tal o tal cosa. Hay que tener en cuenta, pues, que el atributo comienza siempre por el verbo.

2.3. Tipos de sujeto

La distinción que propone Du Marsais entre tipos de sujetos consiste en hablar de sujetos que constan de una sola palabra (sujeto simple y sujeto múltiple) y de sujetos que constan de más de una palabra (sujeto complejo y oración funcionando como sujeto). Esta distinción obedece al principio de que, al final, toda proposición, por larga que sea, se reduce a un esquema binario: sujeto y atributo.

> *Diferentes tipos de sujeto*
>
> Hay cuatro tipos de sujeto: 1º, *Sujeto simple*, que puede estar en singular o en plural. 2º, *Sujeto múltiple*. 3º, *Sujeto complejo*. 4º, *Sujeto enunciado con muchas palabras que forman un sentido completo y que son equivalentes a un nombre*.
>
> 1º. *Sujeto simple,* enunciado en una sola palabra: *Le soleil est levé*; *le soleil* es el sujeto simple en singular. *Les astres brillent; les astres* es el sujeto simple en plural.
>
> *2º. Sujeto múltiple*. Ocurre cuando, por abreviar, se da un atributo común a muchos objetos diferentes. *La foi, l'espérance et la charité sont trois vertus théologales*; esto es más corto que si se dijera *La foi est une vertu théologale; l'espérance est une vertu théologale; la charité est une vertu théologale*. Estas tres palabras, *la foi, l'espérance, la charité*, constituyen el sujeto múltiple. Lo mismo sucede en *S. Pierre, S. Jean, S. Matthieu etc. étoient apôtres*; *S. Pierre, S. Jean, S. Matthieu* es el sujeto múltiple; étoient apôtres es su atributo común.

3º. *Sujeto complejo*. La palabra «complejo» viene del latín *complexus*, que significa «cargado», «compuesto». Un sujeto es complejo cuando va acompañado de algún adjetivo o cualquier otro modificante. En *Alexandre vainquit Darius, Alexandre* es un sujeto simple; pero si decimos *Alexandre, fils de Philippe*, o *Alexandre, roi de Macédoine,* estamos ante un sujeto complejo. Es necesario distinguir bien, en el sujeto complejo, el sujeto personal o individual de las palabras que convierten al sujeto en complejo. En el ejemplo anterior, *Alexandre* es el sujeto personal; *fils de Philippe* o *roi de Macédoine* son las palabras que, sin estar separadas de *Alexandre*, convierten a esta palabra en sujeto complejo.

Se puede comparar el sujeto complejo con una persona vestida. La palabra que enuncia el sujeto es, por así decir, la persona; y las palabras que convierten en complejo al sujeto son como los vestidos de las personas.

El atributo puede también ser complejo. Si decimos *Alexandre vainquit Darius, roi de Perse,* el atributo es complejo, de manera que la proposición es compuesta desde la perspectiva del atributo. Una proposición puede también ser compleja al mismo tiempo desde la perspectiva del sujeto y desde la perspectiva del atributo[72].

4º. El cuarto tipo de sujeto es el que es enunciado mediante muchas palabras que constituyen un sentido total y que son equivalentes a un nombre.

No hay ninguna lengua que tenga un número tan amplio de palabras que sea suficiente para expresar con un nombre concreto todas y cada una de las ideas o pensamientos que nos puedan venir a la mente. Por ejemplo, los latinos no tenían una palabra para expresar la duración del tiempo durante el cual un príncipe ejerce su autoridad. No podían decir, como decimos nosotros, *Sous le règne d'Auguste*; decían «durante el tiempo que Augusto fue emperador»: *Imperante Caesare Augusto.* Y es que en latín *regnum* no solo significa «reinado».

Lo que quiero decir de este cuarto tipo de sujeto se entenderá mejor con ejemplos. En *Différer de profiter de l'occasion, c'est souvent la laisser echaper sans retour*, *Différer de profiter de l'occasion* es un sujeto enunciado mediante muchas palabras que constituyen un sentido completo, del que se dice que eso es con frecuencia *laisser échaper l'occasion sans retour.*

En *C'est un grand art de cacher l'art,* el *ce, hoc*, es decir *cacher l'art*, es el sujeto, del que se dice *que est une grand art*.

En *Bien vivre est un moyen sûr de désarmer la médisance,* el sujeto es *bien vivre*, y el atributo *est un moyen sûr de désarmer la médisance*.

En *Il vaut mieux être juste que d'être riche, être raisonnable que d'être savant,* hay cuatro proposiciones de acuerdo con el análisis gramatical: dos afirmativas y dos negativas. Al menos en francés: 1ª, *Il, illud, ceci*, es decir *être juste, vaux mieux que* la ventaja *d'être riche*, que no vale lo mismo. *Être juste* es el sujeto de la primera proposición, que es afirmativa. *Être riche* es el sujeto de la segunda proposición, que es negativa en francés, ya que se sobrentiende *ne vaut*; sería, pues, *être riche ne vaut pas tant*. 2ª, lo mismo sucede con la siguiente frase: *Être raisonnable vaut mieux que d'être savant*, en la que *Être raisonnable* es el sujeto del que se dice que *vaut mieux;* y esta primera proposición es afirmativa. En la correlativa, *Être savant ne vaut pas tant*, el sujeto es *être savant*.

[72] En la *Encyclopedie* se añadía: «Observez que lorsque le sujet est complexe, on dit que la proposition est complexe ou composée».

En la frase latina *Maius est, certeque gratius, prodesse hominibus quam opes magnas habere*, el sujeto es *prodesse hominibus*[73], «ser útil a los hombres»; de ese sujeto se afirma que es una cosa más grande, más digna de alabanza y más satisfactoria que poseer grandes bienes.

Hay que tener en cuenta, 1º: que en estos tipos de sujetos, no hay un sujeto personal que se pueda aislar del resto de las palabras. Es el sentido completo resultante de las diferentes relaciones de las palabras entre sí el que constituye el sujeto de la proposición. El juicio que se hace recae sobre todo el conjunto del sujeto, y no sobre ninguna palabra concreta de la frase. 2º: que solo se recurre a muchas palabras para enunciar un sentido completo cuando no hay en la lengua un sustantivo que exprese ese sentido completo. De manera que las palabras que enuncian ese sentido completo sustituyen a un nombre que no existe. Por ejemplo, en *Aimer à obliger et à faire du bien est une qualité qui marque une grande ame,* el sujeto de la proposición es *Aimer à obligar et à faire du bien*. El abad de Saint-Pierre ha puesto en uso la palabra *bienfaisance* que expresa el sentido de *Aimer à obliger et à faire du bien*. De manera que en lugar del conjunto de palabras podemos decir *la bienfaisance est une qualité qui marque une grande ame*. Si no tuviéramos la palabra *nourice*, tendríamos que decir *une femme qui donne à têter à un enfant, et qui prend soin de la première enfance*.

3. CONJUNTO DE VARIAS PROPOSICIONES SIMPLES. EL PERIODO: UNIÓN DE PROPOSICIONES SIMPLES SIN SENTIDO COMPLETO PARA FORMAR UN SENTIDO COMPLETO

Antes de pasar a otras cuestiones sobre las funciones gramaticales, Du Marsais trata de *Otros tipos de proposiciones que hay que distinguir para hacer bien el análisis*. Y como consecuencia del principio de que una proposición es un conjunto de palabras con sentido completo –hay una cosa o persona de la cual se dice algo–, concluye que, cuando una proposición, para tener sentido completo, necesita de otra proposición, estamos ante una proposición relativa o parcial:

II. *Proposición absoluta o completa / proposición relativa o parcial*

1º. Cuando una proposición es tal que la mente solo necesita las palabras que son enunciadas para entender el sentido de la misma, decimos que se trata de una *proposición absoluta* o *completa*.

2º. Cuando el significado de una proposición pone a la mente en la situación de exigir o de suponer el significado de otra proposición, decimos que estas proposiciones son relativas y que una es correlativa de la otra. Por lo demás, estas proposiciones están unidas entre sí por conjunciones o por relativos. Las relaciones mutuas que estas proposiciones tienen entre ellas constituyen un sentido total, que los lógicos llaman *proposición compuesta*; y estas proposiciones, que constituyen un todo, son, cada una de ellas, proposiciones parciales.

La unión de dos o más proposiciones, para generar un sentido completo constituye un periodo:

[73] Cicerón, *De Nat. Deor.,* c. 25.

> El ensamblaje de diferentes proposiciones ligadas entre ellas mediante conjunciones o mediante relativos es llamado *Periodo* por los rétores. No estará fuera de lugar decir aquí a este respecto algo que el gramático debe saber.

La definición de periodo, de acuerdo con lo que acaba de decir, es clara para Du Marsais: «El periodo es una unión de proposiciones ligadas entre sí por conjunciones y que todas juntas forman un sentido acabado. Este sentido acabado es llamado también *sentido completo*». Y por sentido acabado entiende lo siguiente: «El sentido está acabado cuando la mente no tiene necesidad de otras palabras para comprender totalmente el significado, de manera que todas las partes del análisis del pensamiento están enunciadas». Esas partes del análisis no son otras que el sujeto y el atributo; por eso, Du Marsais termina este párrafo con estas palabras: «Doy por supuesto que un lector entiende su lengua; que está en situación de distinguir lo que es sujeto y lo que es atributo en una proposición». Y da por supuesto también que, cuando el sentido completo está formado por diferentes proposiciones, son necesarias las conjunciones para unir esas diferentes proposiciones: «y que conoce las marcas que ponen en relación entre sí a las proposiciones».

3.1. Criterio identificador de las diferentes proposiciones que componen un periodo. Existencia de atributo (verbo)

El criterio identificador es la existencia de verbo, sobre todo en modo finito:

> En un periodo hay tantas proposiciones como verbos, sobre todo en modo finito, ya que todo verbo empleado en un periodo marca, ya un juicio, ya una visión de la mente que aplica una calificación a un sujeto. De todas formas, un juicio supone un sujeto, ya que no se puede hacer un juicio si no hay alguien o algo que es calificado. De manera que el verbo me indica necesariamente que hay un sujeto y un atributo y, consiguientemente, indica que hay una proposición; y es que proposición no es sino un ensamblaje de palabras que enuncian un juicio que se hace sobre un sujeto. La presencia de verbo puede indicar también una enunciación, ya que el verbo marca la acción de la mente que adapta o aplica un calificativo a un sujeto, sea del tipo que sea esa aplicación.

Ha dicho «en modo finito», porque el infinitivo funciona realmente como un nombre: «He dicho "sobre todo en modo finito", porque el infinitivo funciona frecuentemente como un nombre; así en *je veux lire*». Y el infinitivo funciona como un nombre incluso cuando él mismo lleva complementos que le hacen ser, al mismo tiempo que nombre, también verbo. Pero lo importante es que el infinitivo tiene la función de completar el sentido: tiene por sí solo un sentido parcial que completa el sentido total del periodo en que se inserta, funcionando ya como sujeto del verbo principal, ya como objeto. Se sirve aquí Du Marsais de ejemplos del latín:

> Incluso cuando es verbo, forma sentido parcial con su nombre; y ese sentido es expresado por una enunciación que es o bien el sujeto de una proposición lógica, o bien el objeto de la acción de un verbo, lo cual es muy frecuente en latín. He aquí dos ejemplos de lo uno y de lo otro. En primer lugar, el de una enunciación que es el sujeto de una proposición lógica. Ovidio hace decir al nogal que es muy

fastidioso para él producir frutos: *nocet esse feracem*, que, palabra a palabra, es «ser fértil es dañino para mí», donde se puede ver que las palabras «ser fértil» forman un sentido que funciona como sujeto de «es dañino», *nocet*. Y lo mismo sucede en *magna ars est non apparere artem*, que, palabra a palabra, sería «que el arte no aparezca es un gran arte»; es, en efecto, un gran arte esconder el arte, trabajar de forma que no dé la impresión de que el trabajo que estamos haciendo exige un gran esfuerzo; conviene actuar de forma que dé la impresión de que las cosas se hacen así con toda naturalidad. En otro sentido, *cacher l'art* («esconder el arte») significa no dar lugar a desconfiar de un artista. De manera que «el arte no aparezca» es el sujeto del que se dice que «es un gran arte». En el caso de *Te duci ad mortem, Catilina, jam pridem oportebat*[74], estaríamos, palabra a palabra, ante «llevarte a la muerte es lo que habría que haber hecho hace tiempo». El sujeto es «llevarte a la muerte». Unas líneas más adelante, Cicerón añade: *Interfectum te esse Catilina convenit,* «haber sido tú matado, Catilina, conviene al Estado», donde «haber sido tu matado» es el sujeto y «conviene al Estado», el atributo. En el caso de *Hominem esse solum non est bonum,* el sujeto es *hominem esse solum*, y el atributo, *non est bonum*.

El significado formado por un nombre con un infinitivo funciona también frecuentemente como objeto de un verbo: en *Cupio me esse clementem*[75], *Cupio* significa «yo deseo», pero ¿qué deseo?; *me esse clementem*, «ser yo indulgente», donde se puede ver que *me esse clementem* forma un sentido total que es el objeto de la acción expresada en *cupio*. Hay en latín un gran número de ejemplos de constituyentes con ese sentido total formados por un nombre con un infinitivo; ese sentido total equivale a su vez a un nombre que puede ser tanto el sujeto de una proposición como el objeto de la acción expresada en un verbo.

La proposición en infinitivo puede ser sustituida por una proposición con verbo finito:

Estas enunciaciones que determinan a un verbo y que son una aplicación del mismo[76] (como cuando se dice «yo quiero ser sabio», donde «ser sabio» determina a «yo quiero»), esas enunciaciones, digo, o determinaciones se pueden formar no solo con infinitivos; pueden hacer esa función a veces incluso las propias proposiciones, como sucede cuando decimos «yo no sé quién lo ha hecho», en latín *nescio quis fecit*; *nescio uter* etc.

Hay, pues, proposiciones o enunciaciones que solo sirven para explicar o determinar a una palabra de una proposición que precede. Pero antes de hablar de esos tipos de proposiciones y de dejar el periodo, no estará fuera de lugar hacer las siguientes observaciones.

3.2. Partes retóricas del periodo

Aprovecha Du Marsais para meter una cuña retórica, como es la distinción entre colon e inciso dentro del periodo:

[74] Cicerón, I *Catilin*.

[75] Cicerón, I *Catilin. sub initio.*

[76] En el sentido, ya apuntado anteriormente, de que el verbo marca la acción de la mente que adapta o aplica un calificativo a un sujeto.

Cada frase o ensamblaje de palabras que constituyen un sentido parcial en un periodo y que tengan una cierta extensión se llama «miembro» del periodo, *cholon*. Si el significado es enunciado con pocas palabras, se llama «inciso», *comma, segmen, incisum*. Si todos los sentidos particulares que constituyen el periodo son enunciados también con pocas palabras, estamos ante un estilo seco; es lo que Cicerón llama *incisim dicere*, «hablar mediante incisos». En este estilo escribe, como ya hemos visto, M. Flechier: *Turenne est mort; la victoire s'arrête; la fortune chancelle; tout le camp demeure immobile.* He aquí cuatro proposiciones, que solo pueden ser consideradas como incisos, ya que son muy cortas. El estilo basado en periodos emplea frases más largas.

De manera que un periodo puede estar compuesto, o bien solo por miembros, cosa que ocurre cuando cada miembro tiene cierta extensión, o bien solo por incisos, cuando cada sentido particular es enunciado en pocas palabras, o bien puede estar compuesto de miembros e incisos.

3.3. Distinción entre proposición explicativa y proposición determinativa

Dentro de la oración compuesta, de la que ha dicho que es la unión de varias proposiciones, Du Marsais distingue, en el conjunto de proposiciones que completan el sentido, entre explicativas y determinativas; y lo hace con tanta claridad que no es necesario comentario:

III. *Proposición explicativa / Proposición determinativa*

La proposición explicativa es diferente de la determinativa, porque solo sirve para explicar una palabra, dejando a esa palabra con todo su valor, sin ninguna restricción. Solo sirve para remarcar alguna propiedad, alguna cualidad del objeto. Por ejemplo, *L'homme, qui est un animal raisonnable, devroit s'attacher à regler ses passions*, donde *Qui est un animal raisonable* es una proposición explicativa que no restringe la extensión de la palabra *homme*. Se podría haber dicho con el mismo valor *L'homme devroit s'attacher à regler ses passions*. Lo único que hace esta proposición explicativa es remarcar una propiedad del hombre, que es la causa racional que debería llevarle a regular sus pasiones.

Pero si decimos *l'homme qui m'est venu voir ce matin,* o *l'homme que nous venons de rencontrer,* o *dont vous m'avez parlé, est fort savant*, estamos ante tres proposiciones que son determinativas. Cada una de ellas restringe el significado de *homme* a un solo individuo de la especie humana; no podemos decir simplemente *l'homme est fort savant,* porque en este caso *l'homme* sería tomado en toda su extensión, es decir, se referiría a todos los individuos de la especie humana. En *Les hommes, qui sont créés pour aimer Dieu, ne doivent point s'attacher aux bagatelles* la proposición *qui sont créés pour aimer Dieu* es una proposición explicativa que no restringe la extensión de la palabra *hommes*. En *Les hommes qui sont complaisans se font aimer,* la proposición *qui sont complaisans* es determinativa, ya que restringe la extensión de *hommes*, reduciéndola solo a *qui sont complaisans*; de forma que el atributo *se font aimer* no se dice de todos los hombres, sino solo de aquellos que son *complaisans*.

Aprovecha Du Marsais para hablar de las marcas que introducen en francés oraciones explicativas y oraciones determinativas:

> Estas enunciaciones o proposiciones que son solo explicativas o determinativas, están generalmente unidas a las palabras que explican o determinan mediante *qui*, o *que*, o *dont*, *duquel* etc.
>
> Están unidas por *qui* cuando esta palabra es el sujeto de la proposición explicativa o determinativa. Así en *Celui qui craint le Seigneur* y *Les jeunes qui étudient*.

Y aprovecha también para distinguir dos tipos de *que* en francés:

> El *que* que une oraciones tiene dos valores:
>
> 1º. La palabra *que* es frecuentemente el objeto de la acción expresada en el verbo que viene después. Por ejemplo, *Le livre que je lis*, donde *que* es el objeto de la acción de leer. De igual forma, *dont, duquel, desquels, à qui, auquel, auxquels* sirven también para unir proposiciones en función de las relaciones que estos pronombres relativos tienen con las palabras que vienen después.
>
> 2º. La palabra *que* es también frecuentemente la marca de una proposición determinativa que sigue al verbo: *je dis que*, donde el *que* es el comienzo del objeto de la acción expresada en *je dis*; en latín es *dico quod*; la proposición que sigue es la explicación del *que*.
>
> De manera que hay proposiciones que sirven para explicar o determinar a una palabra, con la cual consiguientemente entran en la composición de un periodo.

3.4. Explicativas y determinativas son proposiciones incidentes

Realmente, cuando ha hablado de explicativas y determinativas, se ha limitado a las oraciones de relativo. Y una proposición de relativo, como oración adjetiva que es, es realmente un miembro que se introduce entre el nombre de una frase y el verbo de la misma. Por eso, la distinción de la que Du Marsais habla a continuación es la distinción entre proposición principal y proposición incidente, distinción en la que, en realidad, las proposiciones incidentes son oraciones de relativo:

> IV. *Proposición principal / Proposición incidente*
>
> Las palabras solo tienen relaciones gramaticales con otras palabras dentro de la misma proposición. Es, pues, esencial buscar las relaciones de cada palabra dentro de la proposición concreta de la que forma parte, sobre todo cuando la relación entre las palabras de la misma se encuentra interrumpida por una proposición incidente, o por cualquier inciso o palabra con sentido aislado.
>
> La proposición incidental es aquella que se encuentra entre el sujeto y el atributo de otra proposición, que es la llamada *proposición principal*, porque es esta la que contiene normalmente lo que se quiere transmitir como significado principal.
>
> La palabra *incidente* viene del latín *incidere*, que significa «caer dentro de». Por ejemplo, en *Alexandre, qui étoit roi de Macédonie, vainquit Darius*, la proposición principal es *Alexandre vainquit Darius*, siendo *Alexandre* el sujeto y *vainquit Darius* el atributo. Pero entre *Alexandre* y *vainquit* hay otra proposición: *qui étoit roi de Macédonie*. Dado que esta última «cae» (*incidit*) entre el sujeto y el atributo de la proposición principal se la llama *proposición incidente*. En ella, *qui* es el sujeto; este *qui* establece la idea de *Alexandre qui*, es decir *lequel Alexandre*, y *étoit roi de Macédonie* es el atributo. En *Deus quem adoramus est*

omnipotens («el Dios que adoramos es omnipotente»), la proposición principal es *Deus est omnipotens*, y *quem adoramus* es la proposición incidente. La relación es *Nos adoramos quem Deum* («Nous adorons lequel Dieu»).

Estas proposiciones incidentes son también o bien proposiciones explicativas o bien proposiciones determinativas.

4. PROPOSICIÓN EN LA QUE HAY ELIPSIS DE ALGÚN CONSTITUYENTE

Vuelve Du Marsais a la proposición simple y a la idea de que la proposición debe tener todos los constituyentes que son necesarios para que tenga sentido completo. Si falta algún constituyente necesario para el sentido completo, estamos ante una elipsis y es necesario sobreentender ese constituyente.

Toda oración simple consta de sujeto y atributo. Si falta alguno de ellos, cosa que solo puede ocurrir cuando se sobreentienda fácilmente, estamos ante una proposición que él llama implícita o elíptica. De ahí la distinción siguiente:

V. *Proposición explicita / Proposición implícita o elíptica*

Una proposición es explícita cuando el sujeto y el atributo están expresados.

Es implícita, imperfecta o elíptica, cuando el sujeto o el verbo no están expresados y el que habla se limita a enunciar alguna palabra que, por la unión que las ideas accesorias tienen entre ellas, está destinada a suscitar en la mente del que lee el sentido total de la proposición.

4.1. La elipsis en los Proverbios

Aprovecha Du Marsais para introducir de nuevo una cuestión retórica; es el hecho de que las proposiciones elípticas son muy propias de los proverbios y emblemas:

Estas proposiciones elípticas son muy frecuentes en los emblemas y proverbios. En estos casos, las palabras expresadas deben suscitar fácilmente la idea de las otras palabras que la elipsis ha suprimido.

Hay que tener en cuenta que las palabras enunciadas deben estar presentes en la forma en que estarían si la proposición fuera explícita. Ello es evidente en latín. Por ejemplo, en el proverbio ya citado, *ne sus Minervam*, *Minervam* está en acusativo porque también estaría en acusativo en la proposición explícita, con la cual han de ser puestas en relación las palabras de la elíptica. La explícita seria: *Sus non doceat Minervam* («que un ignorante no pretenda enseñar a Minerva»). De igual forma, estas tres palabras, *Deo optimo maximo*, que se expresan con frecuencia con las letras iniciales, D. O. M., forman una proposición implícita, cuya construcción completa sería *Hoc monumentum* o *Thesis haec dicatur, vovetur, consecratur Deo optimo maximo.*

Sobre el telón de la comedia italiana se leen estas palabras sacadas del *Arte Poética* de Horacio: *Sublato iure nocendi* («eliminado el derecho a dañar»). Las circunstancias del contexto deben hacer comprender al lector inteligente que el

que ha puesto este lema ha tenido la intención de querer decir a los comediantes: *Ridemus vitia, sublato iure nocendi* («Aquí nos reímos de los defectos de otros, sin permitirnos dañar a nadie»).

4.2. La elipsis en los Emblemas

El emblema es una representación alegórica de la que nos servimos para dar a entender un pensamiento a través de una comparación. El emblema debe tener un cuerpo y un alma. El cuerpo del emblema es la imagen o representación. El alma está constituida por las palabras que deben dar a entender, literalmente en un primer momento, la imagen o cuerpo simbólico. La unión del cuerpo y del alma del emblema deberán llevar a la mente a la aplicación que el autor quiera establecer, es decir, al objeto de la comparación.

El alma del emblema es normalmente una proposición elíptica. Me contentaré con un solo ejemplo. La representación es el sol montado en una calesa y alrededor de él están pintados por delante los planetas, pero no por detrás; el alma de este emblema es *Nec pluribus impar*, que, con todas las palabras, sería «Il n'est pas insuffiant pour plusieurs». El objeto de esta alegoría es el rey Luis XIV. La intención del autor es dar a entender que, de la misma forma que el sol puede desprender suficiente luz para que brillen sus diferentes planetas y de la misma forma que tiene suficiente fuerza para superar todos los obstáculos y producir en la naturaleza los diferentes efectos que vemos que produce todos los días, así el rey está dotado de cualidades tan sobresalientes, que sería capaz de gobernar sobre diferentes reinos. Y que tiene además tantos recursos y tantas fuerzas, que puede resistir y vencer a un gran número de enemigos aliados contra él. De manera que la construcción plena es: *Sicut sol non est impar pluribus orbibus illuminandis, ita Ludovicus XIV non est impar pluribus regnis regendis, nec pluribus hostibus profligandis*. Ello nos hace ver que, desde el punto de vista de la construcción sintáctica, es necesario siempre reducir todas las frases y todas las proposiciones a la construcción completa.

5. RELACIÓN ENTRE PROPOSICIÓN ELÍPTICA (NIVEL DE REALIZACIÓN) Y PROPOSICIÓN LÓGICA (NIVEL DE JUICIO MENTAL)

El hecho de haber aceptado que existen proposiciones en las que falta algún constituyente fundamental de la misma parece contradecir la doctrina en virtud de la cual toda proposición responde a un juicio que tiene sentido completo. Solo se salva esa contradicción distinguiendo entre proposición a nivel de realización, en la que puede faltar algún constituyente, y proposición a nivel lógico, que es la que responde a un juicio mental con sentido completo. Esta distinción no es otra que la que ya hizo Quintiliano entre *loqui grammatice* y *loqui latine*. Con la particularidad de que Du Marsais llama proposición gramatical a lo que Quintiliano llamaba *loqui latine*, mientras que a lo que Quintiliano llamaba *loqui grammatice*, Du Marsais lo llama proposición lógica:

VI. *Proposición considerada gramaticalmente / Proposición considerada lógicamente*

Una proposición puede ser considerada desde el punto de vista de la Gramática, o desde el punto de vista de la Lógica. Cuando es considerada desde el punto de vista de la Gramática, solo se tienen en cuenta las relaciones reciprocas entre las palabras; por el contrario, desde el punto de vista de la Lógica, solo se tiene en cuenta el sentido total que resulta del ensamblaje de palabras. De manera que se podría decir que la proposición considerada gramaticalmente es la proposición de la elocución, mientras que considerada lógicamente es la proposición del entendimiento, el cual solo tiene en cuenta las diferentes partes; con diferentes partes me refiero a los diferentes puntos de vista de lo que piensa el entendimiento. La mente considera a una parte como sujeto y a otra como atributo, sin tener en cuenta las palabras; o bien considera a una parte como causa y a otra como efecto; y así otras interpretaciones que son propias del pensamiento. Vamos a aclarar esto con ejemplos.

6. ANÁLISIS DE UN PERIODO DE ACUERDO CON LOS PRINCIPIOS ANTERIORES

6.1. A nivel de realización gramatical

Con un ejemplo francés analiza una frase teniendo en cuenta las funciones gramaticales de los constituyentes de la misma:

Celui qui me suit, dit Jesus-Christ, ne marche point dans les ténèbres. Consideremos esta frase o ensamblaje de palabras desde el punto de vista de la Gramática, es decir, en función de las relaciones que las palabras tienen entre sí; relaciones de las que resulta el significado. Compruebo que esta frase, en lugar de una sola proposición, tiene tres:

1º. *Celui* es el sujeto de *ne marche point dans les ténèbres*. Esta es la proposición principal. *Celui*, al ser el sujeto, es lo que los gramáticos llaman el nominativo del verbo. *Ne marche point dans les ténèbres* es el atributo; *marche* es el verbo, que está en singular y en tercera persona, porque el sujeto está en singular y es un nombre de la tercera perona, ya que no se refiere ni a la persona que habla, ni a la persona a la cual se habla. *Ne point* es la negación que niega, del sujeto, la acción de *marcher dans les ténèbres*. *Dans les ténèbres* es una modificación de la acción del que *marche*: *il marche dans les ténèbres*. *Dans* es una preposición que solo marca, en principio, una modificación o manera de forma incompleta; es decir, *dans*, al ser una preposición, solo indica, en principio, una especie o tipo de modificación, la cual debe ser inmediatamente concretizada, aplicada, determinada por otra palabra, que por esta razón se llama complemento de la preposición. De manera que *les ténèbres* es el complemento de *dans*; de esta manera, *dans les ténèbres* tiene un sentido concreto que modifica a *marche*; es decir, que enuncia una manera concreta de marchar.

2º. *Qui me suit*. Estas tres palabras constituyen una proposición incidente, que determina a *celui* y restringe su significado a los discípulos de Cristo, es decir, a aquellos que regulan su conducta y costumbres de acuerdo con las máximas del Evangelio. Las proposiciones incidentes enunciadas por *qui* equivalen a

un adjetivo. *Qui* es el sujeto de esta proposición incidente; *me suit* es el atributo; *suit* es el verbo; *me* es el determinante u objeto de la acción de *suit;* y es que, de acuerdo con el orden de las relaciones del pensamiento, *me* va detrás de *suit*; pero, de acuerdo con la forma de hablar ordinaria o construcción usual, estos tipos de pronombres se ponen delante del verbo. Nuestra lengua ha conservado inversiones latinas en un número mayor del que se piensa.

3º. *Dit Jesus-Christ*. Se trata de una tercera proposición, que constituye un inciso o sentido aislado; es un adjunto. En estos casos, la construcción usual pone el sujeto de la proposición detrás del verbo: *Jesus-Christ* es el sujeto y *dit* el atributo.

6.2. A nivel lógico o racional

Consideremos ahora esta proposición a la manera de los lógicos. Comencemos aislando primero el inciso, *dit Jesus-Christ*; una vez aislado el inciso, solo nos quedará una proposición: *Celui qui me suit*. Estas palabras constituyen un significado completo, donde *qui* es el sujeto de la proposición lógica; y es un sujeto complejo o compuesto, ya que *celui* es considerado solo en tanto que es *celui qui me suit*. Este es el sujeto lógico para la mente. Y es de este sujeto del que se piensa y del que se dice que *Il ne marche point dans les ténèbres*.

Y lo mismo sucede con esta otra proposición: *Alexandre, qui étoit roi de Macédonie, vainquit Darius*. Analicemos primero esta frase desde el punto de vista gramatical. Yo veo ahí dos proposiciones: *Alexandre vainquit Darius*, que es la principal, en la que *Alexandre* es el sujeto y *vainquit Darius* el atributo. *Qui étoit roi de Macédonie* es una proposición incidente, en la que *qui* es el sujeto y *étoit roi de Macédonie* el atributo. Pero desde el punto de vista de la Lógica, *Alexandre, qui etoit roi de Macédonie* constituye un significado completo que equivale a *Alexandre roi de Macédonie*. Y este sentido completo es el sujeto complejo de la proposición; y *vainquit Darius* es el atributo.

Yo pienso que un gramático debe conocer estos diferentes tipos de proposiciones, si quiere hacer el análisis de una manera racional.

7. TABLA EN QUE SE RECOGEN LOS DIFERENTES TIPOS DE PROPOSICIONES

Yo creo que estos diferentes nombres que se dan a los diferentes tipos de proposiciones, y frecuentemente al mismo tipo de proposición, se han creado a partir de los diferentes puntos de vista bajo los cuales se las puede considerar. Vamos a recoger aquí en una tabla las proposiciones de las que acabamos de hablar y que, en mi opinión, debe conocer un Gramático:

Tabla de los diferentes nombres que se dan a las proposiciones, a los sujetos y a los atributos

1ª división

Proposición directa, enunciada por Indicativo. Proposición oblicua enunciada por cualquier otro modo del verbo y que refleja, no un juicio, sino una consideración concreta de la mente. Se llama enunciación.	Las proposiciones y las enunciaciones están compuestas de un sujeto y de un atributo.	El sujeto es: 1. Simple, en plural o en singular. 2. Múltiple, cuando se aplica el mismo atributo a diferentes individuos. 3. Complejo. 4. Enunciado por muchas palabras que forman un sentido total y que equivalen a un nombre. El atributo es: O simple. O compuesto, enunciado con muchas palabras.

2ª división

Proposición absoluta o completa. Proposición relativa o parcial, llamada también correlativa.	El ensamblaje de proposiciones correlativas o parciales forma un periodo.	El periodo se compone: O solamente de miembros. O solamente de incisos. O de miembros e incisos.

3ª división

Proposición explicativa / Proposición determinativa.

4ª división

Proposición principal / Proposición incidente.

5ª división

Proposición explícita / Proposición implícita o elíptica.

6ª división

Proposición considerada desde la Gramática / Proposición considerada desde la Lógica.

8. CLASIFICACIÓN DE LA ORACIÓN COMPUESTA

Para la clasificación de la oración compuesta Du Marsais, sin olvidar que la misma supone un sentido total y que consiguientemente las proposiciones que la forman tienen una sentido parcial, sigue un criterio formal: son clasificadas en función de la partícula o pronombre que las introduce. Pero esa partícula o pronombre es la que marca el tipo de función que la oración introducida por ellos hace en relación con el sentido total del conjunto:

> Hay que observar que los lógicos llaman *Proposición compuesta* a todo sentido total que resulta de la relación que dos proposiciones gramaticales tienen entre sí. Esa relación está marcada por el valor de las diferentes conjunciones que unen las proposiciones gramaticales.
>
> Estas proposiciones compuestas tienen diversos nombres en función del valor de la conjunción, o del adverbio conjuntivo, o del relativo que unen las proposiciones parciales simples para convertirlas en un todo.

8.1. Disyuntivas

> Por ejemplo, *ou, aut, vel* es una conjunción disyuntiva o de división. Se juntan primero dos objetos, para conceder después la posibilidad de escoger uno u otro. Así, tras haber unido en primer lugar en mi mente la idea del sol y la de la tierra, planteo si es el sol el que da vueltas, o es la tierra. Se trata de dos proposiciones gramaticales relativas, de las que los lógicos hacen una sola oración compuesta a la que llaman *proposición disyuntiva*.

8.2. Condicionales

> Tales son también las proposiciones condicionales, las cuales son el resultado de poner en relación dos proposiciones mediante la conjunción condicional *si* o *pourvu que*: *Si vous étudiez bien, vous deviendrez savant*; esta es una oración compuesta a la que llamamos *condicional*. Las condicionales están compuestas de dos proposiciones parciales, de las cuales una expresa una condición de la que depende el efecto que enuncia la otra. La proposición en la que está la condición se llama el *antecedente*: *Si vous étudiez bien*; y la que enuncia el efecto que se seguirá tras cumplirse la condición, se llama el *consecuente*: *vous deviendrez savant*.

8.3. Causales

> *Il est estimé, parcequ'il est savant et vertueux*. Esta es una proposición compuesta a la que los lógicos llaman causal, porque la palabra *parceque* sirve para expresar la causa del efecto enunciado en la primera proposición. El efecto es *Il est estimé*; ¿por qué? *parcequ'il est savant et vertueux*; esta es la causa de la estima.

8.4. Adversativas

La fortune peut bien ôter les richesses, mais elle ne peut pas ôter la vertu. Esta es una proposición compuesta llamada adversativa o discretiva[77], la cual sirve para separar, o distinguir, ya que está compuesta de dos proposiciones, de las cuales la segunda señala una distinción, una separación, en relación con la primera; y esta separación está marcada por la conjunción adversativa *mais.*

8.5. Conclusión

Es fácil descubrir así los otros tipos de proposiciones compuestas. Basta con conocer el valor de las conjunciones que unen a las proposiciones concretas, y que mediante esa unión constituyen un todo que se llama *Proposición compuesta*. Fácilmente se conoce enseguida la construcción detallada de cada una de las proposiciones concretas, que se llaman también *parciales* o *correlativas.*

No hablo aquí de otros tipos de proposiciones, como son las *proposiciones universales,* las *particulares,* las *singulares,* las *indefinidas,* las *afirmativas,* las *negativas,* las *contradictorias,* etc. Aunque es muy útil conocerlas, he creído conveniente hablar aquí solo de lo que es necesario conocer de la proposición, para tener sabidos los principios seguros de la construcción.

9. CONCORDANCIA Y RÉGIMEN

No podían faltar, en este capítulo dedicado a la proposición considerada como un conjunto de palabras con sentido completo, los conceptos gramaticales de concordancia y régimen: en toda proposición, compuesta necesariamente de sujeto y verbo, ha de haber una relación entre uno y otro; y esa relación está regulada por lo que llamamos concordancia. Y, a veces, para que haya sentido completo, es necesario que el nombre o el verbo tengan un complemento que complete el sentido; el nombre o verbo es el determinado y el complemento el determinante; y la relación entre determinado y determinante está regulada por lo que llamamos régimen. Se trata de una doctrina sintáctica que viene de la Gramática latina, de acuerdo con la cual las relaciones entre los constituyentes de una proposición son, en principio, de dos tipos. En primer lugar, la relación de identidad, que los gramáticos del Renacimiento llamaron construcción intransitiva, en la cual las dos o más palabras que están en esa relación tienen categorías gramaticales (género, número, caso, persona) idénticas; es decir, hay concordancia entre las palabras que están en relación de identidad; es el caso de la relación ente nombre y adjetivo, entre sujeto y verbo. En segundo lugar, la relación de determinación, que los gramáticos del Renacimiento llamaron construcción transitiva, en la cual una palabra completa y no se identifica con la otra; hay un regente y un regido; y el regente impone la categoría gramatical del regido, que no coincide con la del regente. Du Marsais llama a estos dos tipos de relaciones relación de identidad y relación de determinación:

[77] En nota se dice: del latín *discretivus.*

Las dos relaciones generales entre las palabras dentro de la construcción. Relación de identidad. Relación de determinación.

Todas las relaciones específicas de la construcción se reducen a dos tipos de relaciones generales.

9.1. Relación de identidad o concordancia. Su base lógica

Relación de identidad. Ella es el fundamento de la concordancia del adjetivo con su sustantivo, ya que el adjetivo no hace sino enunciar o declarar lo que se dice del sustantivo; de manera que el adjetivo es el sustantivo analizado, es decir, considerado siendo de tal o de tal otra manera, como teniendo tal o tal otra cualidad. De forma que el adjetivo no debe tener, desde el punto de vista del género, número y caso, perspectivas que sean diferentes de aquellas desde la que la mente ve al sustantivo.

Lo mismo sucede entre el verbo y el sujeto de la proposición, ya que el verbo enuncia que la mente considera al sujeto como siendo, teniendo o haciendo alguna cosa. De manera que el verbo debe tener el mismo número y la misma persona que el sujeto; y hay lenguas, como el hebreo, en las que el verbo indica también el género.

Esto es lo que yo llamo relación de identidad, del latín *idem*.

9.2. Relación de determinación o régimen. Su base lógica

II. El segundo tipo de relación que regula la construcción de palabras es la relación de determinación. La función de las palabras en el discurso solo consiste en dos cosas:

1º. Enunciar una idea: *lumen*, luz; *sol*, el sol.

2º. Dar a conocer la relación que una idea tiene con otra. Ello se consigue mediante los signos establecidos en cada lengua para ampliar o restringir la extensión significativa de las ideas y hacer de ellas aplicaciones específicas.

La mente concibe un pensamiento de golpe, mediante su sencilla comprensión intelectual, como ya hemos remarcado. Pero cuando se trata de enunciar un pensamiento, nos vemos obligados a dividirlo y presentarlo detallado mediante palabras, y a servirnos de signos establecidos, para marcar las diferentes relaciones. Si queremos hablar de la luz del sol, diremos en latín *lumen solis*, y en francés *de le soleil*, de acuerdo con la *construcción usual*; de manera que en latín la terminación de *solis* limita el significado de *lumen* solo a la luz del sol. Esta limitación es marcada en francés con la preposición *de*, de la cual los latinos han hecho con frecuencia el mismo uso, como he demostrado al hablar del artículo a propósito de *templum de marmore*, «un temple de marbre» (Virg.) etc.[78].

9.3. Marcas formales de la relación de determinación

La determinación que en latín va marcada por la desinencia del acusativo, *diliges Dominum Deum tuum*, o *Dominum Deum tuum diliges*, en francés es mar-

[78] La entrada «Artículo» de la *Encyclopedie* fue elaborada por Du Marsais. A ella remite en esta cita.

cada por el orden de palabras, el cual, de acuerdo con la construcción ordinaria, exige que ese nombre se ponga detrás del verbo: *tu aimeras le Seigneur ton Dieu*.

Las otras determinaciones, en francés, solo se marcan con la ayuda de preposiciones. En francés decimos *aujourd'hui* porque en otras ocasiones un nombre sustantivo colocado inmediatamente después de otro nombre sustantivo le determina de la misma manera que en latín un nombre con desinencia de genitivo determina al nombre con el que está relacionado: *lumen solis, liber Petri, al tens Innocent III* (Villedehardouin[79]) («en tiempos de Inocencio III»), *l'encarnation notre Seigneur* (id.) en lugar de «l'Incarnation de notre Seigneur»; *le service Dieu* (id.) en lugar de «le service de Dieu»; *le frère l'empereur* (Baudoin, id. p. 163) en lugar de «le frère de l'empereur»[80]. Por eso se sigue diciendo hoy día *l'hôtel-Dieu*. Y así otros ejemplos. Puede verse el prefacio de las *Antiquités gauloises* de Borel. De manera que nuestros antepasados imitaron en un primer momento, de una u otra manera, a los latinos; en primer lugar, sirviéndose, en ocasiones, de la preposición *de*, como en el latín *templum de marmore*; en segundo lugar, poniendo el sustantivo que modifica inmediatamente después del modificado: *frater imperatoris*, «le frère l'empereur»; *domus Dei*, «l'hôtel-Dieu». Pero el latín designaba además mediante una desinencia concreta la función de un nombre modificante. Esta ventaja no la tenemos en el caso de los nombres franceses, cuya terminación no cambia. Se ha dado en fin preferencia a la primera forma de marcar este tipo de determinación mediante la preposición *de*: *la gloire de Dieu*.

La Sintaxis de una lengua consiste en las marcas de estas diferentes determinaciones. Cuando se conocen bien el uso y función de estas marcas, se conoce la Sintaxis de la lengua. Me refiero a la *Sintaxis necesaria*, porque sobre la Sintaxis usual y elegante hay que hacer otras observaciones, ya que ellas solo buscan la brillantez, la vivacidad y la gracia de la elocución; pero ello no es nuestro tema ahora.

9.4. Análisis del sintagma determinativo

Todo sintagma determinativo forma una unidad que es funcional y completa significado en relación con otra unidad de la misma frase:

Una palabra debe ir seguida de uno o más determinantes, siempre que ella sola solo sea una parte del análisis de un significado concreto. La mente se encuentra entonces con la necesidad de esperar y demandar determinantes hasta conseguir definitivamente el significado concreto que la palabra primera anuncia solo en parte. Es lo que ocurre en el caso de todas las preposiciones y de todos los verbos activos transitivos. En el caso de *il est allé à, à* no enuncia por sí sola todo el significado concreto; la pregunta es: dónde? Y la respuesta es *à la chasse, à Versailles*, en función del significado concreto que se vaya a indicar. Entonces, la palabra que completa el significado, del que la preposición solo ha enunciado una parte, es el complemento de la preposición; es decir, la preposición y la

[79] Geoffroy de Villehardouin (1164-1213) fue un noble y cronista francés.

[80] La verdad es que en *aujourd'hui*, además del orden de las palabras, está presente la preposición *de*, de manera que no es un ejemplo parangonable con los ejemplos franceses del siglo XII: *al tens Innocent III*, *l'encarnation notre Seigneur* y siguientes.

palabra por ella determinada forman juntas un significado parcial, el cual a su vez se acopla a otras palabras de la frase; de manera que la preposición es, por así decir, una palabra de la especie o tipo de aquellas que deben ser enseguida determinadas individualmente. Por ejemplo, en *cela est dans, dans* marca una especie de manera de ser desde el punto de vista del lugar; si añadimos *dans la maison*, determinamos, individualizamos, por así decir, esa manera específica de ser *dans*.

Lo mismo sucede con los verbos activos; si alguien me dice *le roi a donné*, las palabras *a donné* no son nada más que una parte de un significado concreto; la mente no queda satisfecha; solo ha sido provocada y está a la espera demandando o bien lo que el rey ha dado, o bien a quién se lo ha dado. Se responde, por ejemplo, a la primera pregunta así: *le roi a donné un régiment*; así la mente queda satisfecha en lo que se refiere a la cosa que se da; *régiment* es, pues, en ese sentido, el determinante de *a donné*; determina, en efecto, a *a donné*. La siguiente pregunta es: ¿a quien ha dado el rey ese batallón? Se responde: *à monsieur N.*; de esta forma la preposición *à*, seguida del nombre que la determina, forma un significado parcial que es el determinante de *a donné* desde el punto de vista de «la persona a quien». Estos dos tipos de relación son aún más visibles en latín donde esa relación está marcada con desinencias concretas: *Reddite* (illa) *quae sunt Caesaris, Caesari; et* (illa) *quae sunt Dei, Deo.*

9.5. Constituyentes determinantes obligatorios y constituyentes determinantes opcionales

He aquí dos tipos de determinaciones, tan necesarias y tan directas lo mismo la una que la otra. Ciertamente se pueden añadir otras circunstancias a la acción, como el tiempo, la causa, el modo. Las palabras que marcan estas circunstancias son adjuntos que las palabras que preceden no exigen por necesidad. Es necesario, pues, distinguir entre determinaciones necesarias y determinaciones que no influyen para nada en la esencia de la proposición gramatical; de manera que, sin estos adjuntos, se perderían ciertamente algunas circunstancias del significado total; pero la proposición no dejaría de ser el tipo de proposición que es.

A propósito de la relación de determinación, no está fuera de lugar observar que un nombre sustantivo no puede determinar nada más que a tres tipos de palabra: 1º, a otro nombre; 2º, a un verbo; 3º, a una preposición. Estas son las tres únicas partes del discurso que tienen necesidad de determinación. Y es que el adverbio añade circunstancias de tiempo, lugar, o modo; por ello determina, por sí mismo, al verbo o a lo que se dice del sujeto, y no necesita ser determinado. Las conjunciones unen proposiciones. Y en lo que se refiere al adjetivo, se construye con un sustantivo en relación de identidad.

1º. Cuando un nombre sustantivo determina a otro sustantivo, el sustantivo determinante se pone en genitivo en latín: *lumen solis*. En francés esta relación se marca con la preposición *de*. En relación con el giro latino hay que señalar que, cuando el nombre determinante es un individuo de la misma especie que el determinado, se puede considerar el nombre de la especie como un adjetivo, y entonces se ponen los dos en el mismo caso en relación de identidad: *Urbs Roma, Roma quae est urbs*. Es lo que los gramáticos llaman *aposición*. De igual forma decimos en francés *le Mont Parnasse, le fleuve Don, y le cheval Pégase* etc.; pero, a pesar de la opinión de gramáticos modernos, los mejores autores latinos

construyen también en genitivo el nombre del individuo en relación de determinación: *In oppido Antiochiae*[81], y *Celsam Butroti ascendimus urbem*[82]. Este es un ejemplo reseñable, pues *urbem Butroti* responde a la cuestión *quo*. Por ello los comentaristas de Virgilio no se han privado de poner en sus notas: *ascendimus in urbem Butrotum*. Yo, que prefiero la autoridad incontestable y segura de los autores latinos en lugar de las frívolas observaciones de nuestros gramáticos, creo que, cuando se dice *maneo Lutetiae*, hay que sobreentender *in urbe*.

2º. Cuando un nombre determina a un verbo, hay que seguir el uso establecido en la lengua en cuestión para marcar esta determinación. Un verbo debe ir seguido de tantos nombres determinantes como exigencias significativas levanta necesariamente el verbo en la mente. Así, *j'ai donné* exige el qué? y el a quién?

3º. En lo que se refiere a la preposición, ya hemos hablado de ello. Señalaremos aquí solamente que una preposición solo determina a un sustantivo o a una palabra tomada como sustantivo; y que, cuando encontramos una preposición seguida de otra, como sucede cuando decimos *pour du pain*, *par des hommes* etc., hay una elipsis: *pour quelque partie du pain*, *par quelques-uns des hommes*.

10. EJEMPLOS PRÁCTICOS DE ANÁLISIS GRAMATICALES QUE REDUCEN TODO A ESTRUCTURAS BINARIAS

10.1. Ejemplos latinos

Otras observaciones para analizar bien

I. Cuando se quiere analizar un periodo, se debe primero leerlo entero; y si hay alguna palabra elidida, el sentido nos ayudará a suplirla. Así, en el caso del repetido ejemplo de todos los Rudimentos[83], *Deus quem adoramus*, estamos ante una construcción incorrecta. No se entiende por qué *Deus* está en nominativo. Es necesario analizar así: *Deus quem adoramus est omnipotens,* donde *Deus est omnipotens* es una proposición y *quem adoramus* otra.

II. En las proposiciones absolutas o completas, es necesario comenzar el análisis por el sujeto de la proposición; este sujeto es siempre o bien un individuo, ya real, ya metafísico, o bien un significado total expresado por muchas palabras.

III. Pero cuando las proposiciones son relativas y constituyen periodos, hay que comenzar por las conjunciones o por los adverbios conjuntivos que convierten a esas proposiciones en proposiciones relativas. Por ejemplo, *si, quand, lorsque, pendant que* etc. Se dejan a un lado la conjunción o el adverbio conjuntivo y se analiza después cada proposición por separado; y es que es necesario observar que todos los accidentes gramaticales de una palabra se deben a la función que esa palabra realiza en la proposición en que es empleada.

IV. Se divide después cada proposición en sujeto y atributo de la forma más simple posible. Tras ello, se añaden al núcleo del sujeto, real o abstracto, las palabras que están en relación con él, ya sea en relación de identidad, ya

[81] Cicerón.
[82] Virgile, *Aen*. I, III, v. 295.
[83] Los *Rudimentos de Gramática* eran tratados de iniciación a la Gramática latina.

sea en relación de determinación. Luego se pasa al atributo, comenzando por el verbo y añadiendo después al verbo las palabras que tengan relación con él en función del orden más natural y de las determinaciones que las palabras tienen sucesivamente entre sí.

Si hay algún adjunto o inciso que añada a la proposición alguna circunstancia de tiempo, de modo, o de cualquier otro tipo, tras hacer primero el análisis de ese inciso y conocer la razón por la que se ha introducido la modificación expresada por él, se le coloca al comienzo o al final del periodo, según le parezca más sencillo y natural al que hace el análisis. Por ejemplo, *Imperante Caesare Augusto, unigenitus Dei filius Christus, in civitate David, quae vocatur Bethleem, natus est*. Buscamos primero el sujeto personal y encontramos que es *Christus*; pasamos después al atributo, y vemos que es *est natus*; nos quedamos primero con *Christus est natus*. Después, sabemos, por la desinencia, que *filius unigenitus* está en relación de identidad con *Christus*, y que *Dei*, al estar en genitivo, está en relación de determinación con *filius*: la palabra *Dei* determina a *filius* significando, en este caso, el «hijo único de Dios»; de manera que el sujeto completo es *Christus unigenitus filius Dei*.

El atributo es necesariamente *est natus*. *Natus,* en nominativo, está en relación de identidad con *Christus*; y es que el verbo *est* dice simplemente que el sujeto «es», y la palabra *natus* dice que «es nacido»; *est natus*, «es nacido», es aquel que nace; *est natus* se dice como se dice *il est venu, il et allé*. La indicación de tiempo pasado está en el participio *venu, allé, natus.*

In civitate David es un adjunto que marca la circunstancia del lugar del nacimiento. *In*, preposición de lugar, está determinada por *civitate David*. La palabra *David* se declina unas veces a la forma latina, *David, Davidis*; pero en este caso es utilizada como nombre hebreo, que, pasando a la lengua sin recibir las desinencias de la flexión, es considerada como indeclinable.

Esta ciudad de David es determinada, para más concreción, por la proposición incidente *quae vocatur Bethleem*.

Hay además en el texto citado otro adjunto que enuncia una circunstancia de tiempo, *imperante Caesare Augusto.* Este tipo de adjuntos se pone o bien al comienzo, o bien al final de la proposición, en función de la gracia y claridad que se vea que aporta la colocación.

No es mi deseo cansar a los jóvenes que comienzan obligándoles a hacer, ellos mismos, el análisis, ni a explicar racionalmente la forma de análisis que acabamos de hacer; su cerebro no tiene todavía suficiente consistencia para hacer ese tipo de operaciones de reflexión. Yo quiero solamente que se enseñe primero un texto seguido construido en función de los conocimientos que tengan; de esta forma comenzarán a comprenderlo espontáneamente; y cuando estén en condiciones de comprender racionalmente un análisis, solo se les enseñarán análisis racionales de aquellos textos cuyo contenido verdadero pueden ver por naturaleza y con sus propias luces. Nada más fácil que hacerles comprender poco a poco un texto latino, en el que funcionan los mecanismos racionales de la construcción y que se les ha explicado varias veces. Con ello tenemos dos grandes ventajas: en primer lugar, el joven siente menos disgusto y hace menos esfuerzo; en segundo lugar, su mecanismo racional se va formando, su mente no se malforma ni se acostumbra a tomar lo falso por verdadero, las tinieblas por la luz, ni a confundir palabras con cosas. Una vez que conoce ya bien los fundamentos del análisis sintáctico, gustará ya de la elegancia en frecuentes lecturas de los autores más reputados.

10.2. Un ejemplo del francés

Los principios metafísicos de análisis son los mismos en todas las lenguas. Voy a hacer una aplicación sobre un idilio de Madame Deshoulières:

Idilio de Madame Deshoulières

LES MOUTONS

Hélas! Petits moutons, que vous êtes heureux!
Vous paissez dans nos champs sans souci, sans alarmes,
Aussitôt aimés qu'amoureux!
On ne vous force point à répandre des larmes;
Vous ne formez jamais d'inutiles désirs.
Dans vos tranquilles coeurs l'amour suit la nature;
Sans ressentir ses maux, vous avez ses plaisirs.
L'ambition, l'honneur, l'intérêt, l'imposture,
qui font tant de maux parmi nous,
ne se rencontrent point chez vous.
Cependant nous avons la raison pour partage,
et vous en ignorez l'usage.
Innocents animaux, n'en soyez point jaloux:
ce n'est pas un grand avantage.
Cette fière raison, dont on fait tant de bruit,
contre les passions n'est pas un sûr remède:
Un peu de vin la trouble,
un enfant la séduit,
et déchirer un coeur qui l'appelle à son aide
est tout l'effet qu'elle produit.
Toujours impuissante et sévère,
Elle s'oppose à tout, et ne surmonte rien.
Sous la garde de votre chien,
Vous devez beaucoup moins redouter la colère
des loups cruels et ravissants
Que, sous l'autorité d'une telle chimère,
nous ne devons craindre nos sens.
Ne vaudrait-il pas mieux vivre comme vous faites,
dans une douce oisiveté?
Ne vaudrait-il pas mieux être comme vous êtes,
dans une heureuse obscurité,
que d'avoir, sans tranquillité,
des richesses, de la naissance,
de l'esprit et de la beauté?
Ces prétendus trésors, dont on fait vanité,
valent moins que votre indolence.
Ils nous livrent sans cesse à des soins criminels;
Par eux plus d'un remords nous ronge.
nous voulons les rendre éternels,
sans songer qu'eux et nous passerons comme un songe.
Il n'est, dans ce vaste univers,
rien d'assuré, rien de solide:

Des choses d'ici-bas la fortune décide
selon ses caprices divers.
Tout l'effort de notre prudence
ne peut nous dérober au moindre de ses coups.
Paissez, moutons, paissez sans règle et sans science:
malgré la trompeuse apparence,
Vous êtes plus heureux et plus sages que nous.

ANÁLISIS GRAMATICAL Y RAZONADO DE ESTE IDILIO.

HELAS! PETITS MOUTONS, QUE VOUS ÊTES HEUREUX!

Vous êtes heureux es la proposición.

Helas! petits moutons. Adjuntos a la proposición; es decir, son palabras que no entran gramaticalmente, ni en el sujeto, ni en el atributo de las proposiciones.

Helas! Es una interjección que marca un sentimiento de compasión. Este sentimiento tiene aquí por objeto a la propia persona que habla. Ella se cree en un estado más desgraciado que el estado de los corderos.

Petits moutons. Estas dos palabras son una continuación de la exclamación. Indican que es a los corderos a los que el autor dirige sus palabras. Y les habla como a personas racionales.

Moutons es el sustantivo; es decir el supuesto, el ser existente; es la palabra que desarrolla a *Vous*.

Petits. Es el adjetivo o calificativo. Es la palabra que indica que se mira al sustantivo con la calificación que esta palabra expresa. Es el sustantivo mismo considerado bajo un punto de vista determinado.

Petits no es nada más que un adjetivo que marca directamente el volumen y la pequeñez de los corderos; es más bien un término afectivo y tierno. La naturaleza nos inspira este sentimiento en relación con los niños y con los animales pequeños, los cuales necesitan más nuestra protección que los grandes.

Petits moutons. De acuerdo con el orden del análisis enunciativo del pensamiento, habría que decir *moutons petits*, ya que *petits* supone la presencia de *moutons*. *Petits* se pone en plural y en masculino, porque *moutons* está en plural y masculino. El adjetivo sigue el género y número de su sustantivo, porque el adjetivo no es sino el sustantivo mismo considerado con tal o tal cualidad. Pero dado que las diferentes consideraciones de la mente se producen todas interiormente en un solo instante y dado que esas consideraciones no se separan sino en el momento en que es necesario enunciarlas, la construcción usual coloca, con permiso del uso, ciertos adjetivos delante y otros detrás de los sustantivos.

Que vous êtes heureux! El *que* está tomado adverbialmente, y está en relación con el uso latino *quantum*, *ad quantum*; en francés, «à quel point», «combien». De manera que ese *que* modifica al verbo: marca una manera de ser y vale lo mismo que el adverbio *combien*.

Vous es el sujeto de la proposición; es sobre *vous* sobre quien se hace el juicio. *Vous* es pronombre de segunda persona. Y está aquí en plural.

Êtes hereux es el atributo; es el juicio que se hace de *vous*.

Êtes es el verbo que, además de marcar el valor o significado *a* particular de la existencia, da a conocer la acción de la mente que atribuye esa existencia

heureux a *vous*. Por esta propiedad, esta palabra es verbo. Se afirma que *vous existez heureux*.

Las otras palabras no son nada más que denominaciones; pero el verbo, aparte del valor o significado particular calificativo del nombre, designa también la acción de la mente que aplica o atribuye ese valor a un sujeto.

Êtes. La terminación de ese verbo marca también el número, la persona y el tiempo presente.

Heureux es el calificativo que la mente considera como unido e identificado *a vous*, a vuestra existencia. Es lo que llamamos relación de identidad.

Vous paissez dans nos champs sans souci, sans alarmes.

Es otra proposición.

Vous también es aquí el sujeto simple. Es un pronombre sustantivo, ya que es el nombre de la segunda persona, en tanto que esta es la persona a la que se dirige la palabra. De la misma forma, *roi* y *pape* son nombres de persona, en tanto que poseen esas dignidades. Después, las circunstancias dan a conocer de qué rey o de qué papa concreto se supone que se habla. De igual forma, en el caso de este idilio, las circunstancias y los adjuntos dan a conocer que ese *vous* se refiere a los corderos. Es tener una mala idea de los pronombres tomarlos por simples vicegerentes y mirarlos como palabras puestas en el lugar de verdaderos nombres. Si así fuera, cuando los latinos dicen *Ceres* por pan y *Bacchus* por vino, *Ceres* y *Bacchus* serían pronombres.

Paissez es el verbo en un sentido neutro, es decir, ese verbo marca aquí un estado del sujeto; expresa al mismo tiempo la acción y el objeto de la acción. En efecto, *vous paissez* es lo mismo que *vous mangez l'herbe*. Si el objeto de la acción se expresara de forma separada y se dijera *vous paissez l'herbe naissance*, estaríamos ante un verbo activo transitivo.

Dans nos champs es una circunstancia de la acción.

Dans es una preposición que indica la perspectiva de la mente desde el punto de vista del lugar. Pero *dans* no determina al lugar; es una de esas palabras incompletas que ya hemos visto, las cuales no son nada más que una parte de un sentido concreto y que necesitan otro nombre para formar ese sentido. De manera que *dans* es la preposición y *nos champs* es su complemento. Entonces, las palabras *dans nos champs* forman un significado concreto, que como tal entran en la composición de la proposición. Este tipo de significados es frecuentemente expresado en una sola palabra llamada adverbio.

Sans souci. De nuevo una preposición con su complemento; tiene un sentido concreto que funciona como inciso. Inciso viene del latín *incisum*, que significa «cortado». Es un significado aislado que añade una circunstancia más a la proposición. Si se prescindiera de ese significado, la proposición tendría una circunstancia menos, pero no por ello dejaría de ser proposición.

Sans alarmes es otro inciso.

Aussi-tôt aimés qu'amoureux,
On ne vous force point à répandre des larmes;

Se trata de un nuevo periodo que tiene dos miembros.

Aussi-tôt aimés qu'amoureux es el primer miembro, es decir, el primer sentido parcial completo que forma parte del periodo.

Hay aquí una elipsis, es decir, que, para que la construcción estuviera completa haría falta suplir palabras que la construcción usual suprime; el significado total está en la mente.

Aussi-tôt aimés qu'amoureux, es decir, *comme vous êtes aimés aussi-tot que vous êtes amoureux.*

Comme es aquí un adverbio relativo, que sirve para el razonamiento y que debe tener un correlativo; *comme*, es decir, *parce-que vous êtes* etc.

Vous es el sujeto; *êtes aimés asssi-tôt*, el atributo. *Aussi-tôt* es un adverbio relativo de tiempo, que significa *dans le même-temps.*

Vous êtes amoureux es la proposición correlativa a la anterior.

On ne vous force point à répandre des larmes. Esta proposición es la correlativa que completa el significado total juntamente con la anterior.

Répandre des larmes. Des larmes no es aquí el complemente directamente relacionado con *répandre. Des larmes* tiene aquí un significado partitivo. Está elidido un sustantivo genérico: *répandre une certaine quantité des larmes*; o, como decían los poetas latinos, *imbrem lacrymarum, une pluie de larmes.*

VOUS NE FORMEZ JAMAIS D'INUTILES DESIRS.

Vous es el sujeto de la proposición. Las otras palabras forman el atributo. *Formez* es el verbo en segunda persona del presente de indicativo.

Ne es la negación, que convierte en negativa a la proposición. *Jamais* es un adverbio de tiempo. *Jamais* significa *en aucun temps.* Esta palabra deriva de dos palabras latinas: *jam* y *magis.*

D'inutiles desirs. Tiene también significado partitivo. Sería *Vous ne formez jamais certains desirs, quelques desirs qui soient du nombre des desirs inutiles.*

D'inutiles desirs. Cuando el sustantivo y el adjetivo constituyen de esta manera el determinante de un verbo, o el complemento de una preposición en un sentido afirmativo, si el adjetivo precede al sustantivo, hace la función de artículo y marca el tipo o la especie. En *Vous formez d'inutiles desirs* se califica de *inutiles* los deseos que *vous formez.* Si por el contrario, el sustantivo precede al adjetivo, se le pone un artículo; es el sentido individual: *Vous formez des desirs inutiles.* Se quiere decir que los deseos particulares o singulares que *vous formez* son del grupo *de les desirs inutiles.* Pero en forma negativa, se diría *Vous ne formez jamais*, pas, point, *de desirs inutiles.* Se trata entonces de un significado específico. No se trata de determinar tales o cuales deseos singulares. Solo se trata de marcar la especie o tipo de deseos que *vous formez.*

DANS VOS TRANQUILLES COEURS L'AMOUR SUIT LA NATURE.

La construcción es *L'amour suit la nature dans vos coeurs tranquilles. L'amour* es el sujeto de la proposición y por ello va delante del verbo. *La nature* es el punto en que acaba la acción de *suit*, y por ello va detrás del verbo. Esta es la posición en todas las lenguas, de acuerdo con el orden de la enunciación y del análisis del pensamiento. Pero, cuando este orden es modificado mediante transposiciones en las lenguas que tienen casos, ese punto en que acaba la acción del verbo está marcado mediante una terminación concreta, que se llama acusativo. De manera que, cuando se ha terminado toda la frase, la mente coloca la palabra en su sitio lógico.

SANS RESSENTIR SES MAUX, VOUS AVEZ SES PLAISIRS.

La construcción es *Vous avez ses plaisirs, sans ressentir ses maux*. *Vous* es el sujeto; las otras palabras son el atributo.

Sans ressentir ses maux. *Sans* es una preposición, cuyo complemento es *ressentir ses maux*. *Ressentir ses maux* tiene significado propio que equivale a un nombre. *Ressentir* es aquí un nombre verbal. *Sans ressentir* es una proposición implícita; sería: *sans que vous ressentiez*. *Ses maux* va detrás del infinitivo *ressentir* porque le determina. Es el punto de llegada de la acción de *ressentir*.

L'AMBITION, L'HONNEUR, L'INTÉRÈT, L'IMPOSTURE,
QUI FONT TANT DE MAUX PARMI NOUS,
NE SE RENCONTRENT POINT CHEZ VOUS.

Esta es la proposición principal.

L'ambition, l'honneur, l'intérèt, l'imposture, es el sujeto de la proposición. Es el tipo de sujeto llamado múltiple, ya que se trata de muchos individuos que tienen un atributo común. Estos individuos son aquí individuos metafísicos, términos abstractos, semejantes a los objetos reales[84].

Ne se rencontrent point chez vous es el atributo. Pero se podría decir: *l'ambition ne se rencontre point chez vous; l'honneur ne se rencontre point chez vous; l'intérèt* etc., lo cual hubiera formado cuatro proposiciones. Teniendo en cuenta que se quiere decir lo mismo de los diferentes sujetos, se abrevia el discurso y se le hace más vivo.

Qui font tant de maux parmi nous. Es una proposición incidente. *Qui* es el sujeto. Es pronombre relativo y remite, en la mente, *a l'ambition, l'honeur, l'intérèt, l'imposture*, que se acaban de citar. *Font tant de maux parmi nous* es el atributo de la proposición incidente. *Tant de maux* es el determinante de *font*; es el punto de llegada de la acción expresada en *font*. *Tant* viene del adjetivo latino *tantus, a, um*. *Tant* está tomado aquí como sustantivo: *tantum malorum, tantum chrema malorum, une si grande quantité de maux*. *De maux* es el calificativo de *tant*. Uno de los usos de la preposición *de* es introducir una calificación. *Maux* tiene aquí un significado de especie, indefinido, y no un significado individual. Por ello *maux* no va precedido de artículo. *Parmi nous* es una circunstancia de lugar. *Nous* es el complemento de la preposición *parmi*.

CEPENDANT NOUS AVONS LA RAISON POUR PARTAGE,
ET VOUS EN IGNOREZ L'USAGE.

He aquí dos proposiciones unidas entre ellas por la preposición *et*.

Cependant, adverbio o conjunción adversativa, es decir, marca una restricción u oposición en relación con otra idea o pensamiento. Aquí ese pensamiento es: «Nosotros somos racionales; sin embargo, a pesar de esa ventaja, las pasiones producen muchos males entre nosotros». De manera que *cependant* marca la oposición entre «ser racionales» y «tener pasiones». Hay, pues, aquí una de esas proposiciones que los lógicos llaman adversativa o discretiva.

Nous es el sujeto; *avons la raison pour partage* es el atributo.

[84] Semejantes desde el punto de vista de la posición que ocupan en la mente en un juicio y en la oración en el discurso.

La raison pour partage. El autor podría haber dicho *la raison en partage*, pero entonces se habría producido un *bâillement* o hiato, ya que *la raison* termina en la vocal nasal *on*, que habría ido seguida de *en*. Los poetas no son siempre así de correctos y a veces reduplican la *n* en casos como este: *la raison-n-en partage*; esto no es correcto. Por otro lado, diciendo *pour partage*, la unión de dos sílabas como *pour* y *par* es desagradable al oído.

Vous en ignorez l'usage. Vous es el sujeto; *en ignorez l'usage*, el atributo. *Ignorez* es el verbo. *L'usage* es el determinante de *ignorez*; es el punto de llegada del significado de *ignorer*; es la cosa ignorada; es la palabra que determina a *ignorez*.

En es una especie de adverbio pronominal. Digo que es una especie de adverbio, porque significa lo mismo que una preposición seguida de un nombre: *en, inde; de cela; de la raison*. *En* es un adverbio pronominal, porque es empleado solo para remitir a otra palabra: *Vous ignorez l'usage de la raison*.

INNOCENS ANIMAUX, N'EN SOYEZ POINT JALOUX

Se trata de una enunciación en imperativo.

Innocens animaux. Estas palabras no dependen de ninguna de las precedentes, y están enunciadas sin artículo. Marcan, en estos casos, la persona a la que se dirige la palabra.

Soyez es el verbo en imperativo. *Ne point* es la negación.

Jaloux es el adjetivo. Es el que dice lo que los animales no deben ser. De manera que, en la mente, *jaloux* está en relación con *animaux*, relación de identidad, pero en forma negativa: *ne soyez pas jaloux*.

CE N'EST PAS UN GRAND AVANTAGE.

Ce, pronombre de la tercera persona. Se trata de *hoc, ce, cela*. Lo que se quiere decir es que *nous avons la raixon, n'est pas un grand avantage*.

CETTE FIÈRE RAISON, DONT ON FAIT TANT DE BRUIT,
CONTRE LES PASSIONS N'EST PAS UN SUR REMÈDE.

Aquí hay una proposición principal y una proposición incidente. La proposición principal es *Cette fière raison n'est pas un remède sur contre les passions*. Y la incidente: *dont on fait tant de bruit*.

Dont es también un adverbio pronominal, *de laquelle, touchant laquelle*. *Dont* viene, dice Nicot, de la palabra latina *unde* tras una mutación o transposición de letras. Nosotros nos servimos de ella para como equivalente de *duquel, de la quelle, de qui, de quoi*.

On es el sujeto de la proposición incidente.

Fait tant de bruit es el atributo. *Fait* es el verbo. *Tant de bruit* equivale a *tantum, chrema, jactationis*, *tantam rem jactationis*.

UN PEU DE VIN LA TROUBLE

Un peu. *Peu* es un sustantivo, *parum vini*; *une petite quantité de vin*. Se dice *le peu, de peu, à peu, pour peu*. *Peu* va normalmente seguido de un calificativo: *de vin*, es el calificativo de *peu*. En *Un peu*, el *un*, como el *le*, es un adjetivo prepositivo que individualiza. *Le* y *ce* indican individuos concretos, mientras que

un indica un individuo indeterminado; tiene el mismo sentido que *quelque*. De manera que *un peu* es muy diferente de *le peu*; el primero precede a un individuo determinado, el otro a un individuo indeterminado.

Un peu de vin. Estas cuatro palabras expresan una idea concreta que es el sujeto de la proposición.

La trouble es el atributo. *Trouble* es el verbo. *La* es el punto de llegada de la acción del verbo. *La* es un pronombre de la tercera persona; es decir, que *la* remite a la persona o cosa de la que se ha hablado: *Trouble la, elle, la raison*.

UN ENFANT LA SÉDUIT

Se trata de la misma construcción que en la proposición anterior.

ET DÉCHIRER UN COEUR QUI L'APPELLE À SON AIDE,
EST TOUT L'EFFET QU'ELLE PRODUIT.

La construcción de este pequeño periodo merece atención. Llamo periodo a esta frase, gramaticalmente hablando, porque está compuesta de tres proposiciones gramaticales, ya que hay tres verbos en indicativo: *appelle, est, produit*.

Déchirer un coeur est tout l'effet es la primera proposición gramatical y es la proposición principal. *Déchirer un coeur* es el sujeto enunciado en varias palabras, las cuales forman un significado que podría ser expresado en una sola palabra, si el uso la hubiera creado. Las palabras *trouble, agitation, repentir, remors* son más o menos equivalentes a *Déchirer un Coeur. Déchirer un Coeur* es, pues, el sujeto; y *est tout l'effet* es el atributo.

Qui l'appelle à son aide es una proposición incidente. *Qui* es el sujeto; este *qui* es el pronombre relativo que remite a *coeur. L'appelle à son aide* es el atributo de *qui*; *la* es el punto de llegada de la acción expresada en *appelle; appelle elle, apelle la raison*.

Qu'elle produit; *elle produit lequel effet*; es la tercera proposición. *Elle* es el sujeto; es un pronombre que remite a *raison*. *Produit que* es el atributo de *elle*. *Que* es el objeto de *produit*. Es un pronombre que remite a *effet*. Este *que*, al ser determinante u objeto de la acción de *produit*, va detrás de *produit* desde el punto de vista del orden de las ideas y de acuerdo con la construcción simple; pero la construcción usual lo coloca delante de *produit*, porque, al ser un relativo conjuntivo, remite a *effet* y une *elle produit* con *effet*. Y aquello que une dos términos debe estar entre ellos. Su relación con el verbo es fácilmente perceptible, como hemos ya señalado.

He aquí tres proposiciones gramaticales; pero desde el punto de vista lógico, solo hay una proposición.

Et déchirer un coeur qui l'appelle à son aide. Estas palabras forman un solo significado en conjunto, que es el sujeto de la proposición lógica.

Est tout l'effet qu'elle produit. Se trata de nuevo de un solo significado en conjunto que funciona como atributo. Es lo que se dice de *déchirer un coeur.*

TOUJOURS IMPUISSANTE ET SÉVÈRE,
ELLE S'OPPOSE À TOUT ET NE SURMONTE RIEN.

Aquí hay, además, elipsis en el primer miembro de esta frase. La construcción completa es *La raison est toujours impuissante et sévère. Elle s'oppose à tout, parcequ'elle est sévère; et elle ne surmonte rien, parcequ'elle est impuissante*.

Elle s'oppose à tout. A todo aquello que quisiéramos hacer para que nos hiciera felices. *Opposer* equivale a *ponere ob, poser devant, s'opposer, opposer soi, se mettre devant comme un obstacle*. *Se* es el objeto de la acción expresada en *opposer*. La construcción usual lo pone delante de su verbo, como hace con *me, te, le, que* etc. *A tout* es similar al ciceroniano *opponere ad*.

Ne surmonte rien. *Rien* es aquí el objeto de la acción expresada en *surmonte*. *Rien* va siempre acompañado de negación, ya expresa, ya sobrentendida. Equivale a *nullam rem*. *Sur toutes riens garde ces points* es una frase de Mehun[85] en su Testamento, donde se puede ver que *sur toutes riens* quiere decir «sobre todas las cosas».

SOUS LA GARDE DE VOTRE CHIEN,
VOUS DEVEZ BEAUCOUP MOINS REDOUTER LA COLÈRE
DES LOUPS CRUELS ET RAVISSANS,
QUE, SOUS L'AUTORITÉ D'UNE TELLE CHIMÈRE,
NOUS NE DEVONS CRAINDRE NOS SENS.

Aquí hay elipsis y síntesis. La síntesis se produce cuando las palabras se encuentran expresadas u ordenadas de acuerdo con cierto significado que tenemos en la mente.

El significado de este periodo es: desde que (*ex eo quod, propterea quod*) tú estás bajo la protección de tu perro, debes temer *beaucoup moins* la cólera de los lobos crueles y rabiosos, mientras que nosotros, que no tenemos otro protector que la razón, que es solo una quimera, no debemos por ello temer mucho menos a nuestros sentidos.

Nous n'en devons pas moins craindre nos sens. He aquí la síntesis o silepsis, que atrae el *ne* a esta frase[86].

La colère des loups. La poesía se permite esta expresión. La imagen de la misma es más noble y más viva; pero no es por cólera por lo que los lobos y nosotros mismos comemos corderos; Fedro dice que los lobos comen corderos *fauce improba*[87]; la Fontaine, que por hambre.

Beaucoup moins, multo minus. Es una expresión adverbial, que sirve para comparar y que, consiguientemente, exige un correlativo, como *que* etc. *Beaucoup moins, selon un coup moins beau, moins grand*. Véase lo que he dicho de *beaucoup* al hablar del artículo.

---

[85] Juan de Mehun (Ioannes de Magduno), continuador del *Roman de la Rose*; vivió en la segunda mitad del siglo XIII.

[86] Lo que quiere decir Du Marsais es esto. La frase, en su conjunto, sería: «el temor que tenemos a los lobos, cuando tenemos perro, debe ser mucho menor que el temor que debemos tener a nuestros sentidos». Lo que realmente piensa en su mente la poetisa es: «A los lobos los tememos menos cuando tenemos perro protector; pero al poder de nuestra razón sobre los sentidos no debemos temerle menos»; es decir, tenemos que temerle más. La negación es introducida en la frase realizada por influencia de esto que está en la mente.

[87] Es la fábula del lobo y el cordero que bebían del agua de un arroyo. El texto de Fedro ha sido interpretado de diferentes formas; si se lee *fauce improba*, habría que interpretar que el lobo mira al cordero enseñándole los dientes; si se lee, como hacen otros, *fame improba*, la interpretación es más sencilla: «con hambre maldita»; otros leen *face improba*, «con mala cara». Parece que Du Marsais debe estar pensando en *fame improba*, aunque escribe *fauce improba*.

Ne vaudroit-il pas mieux vivre comme vous faites,
dans une douce oisiveté?

He aquí una proposición que tiene sentido incompleto, ya que su correlativa no está expresada. Pero sí está en el periodo siguiente que responde a la misma construcción.

Comme vous faites es una proposición incidente. *Comme* es adverbio, en latín *quomodo*, que significa *a la manière que vous faites*.

Ne vaudroit-il pas mieux être comme vous êtes,
dans une heureuse obscurité,
que d'avoir, sans tranquillité,
des richesses, de la naissance
de l'esprit et de la beauté?

En este periodo solo hay dos proposiciones relativas y una incidente.

Ne vaudroit-il pas mieux être comme vous êtes, dans une heureuse obscurité es la primera proposición relativa, con la incidente, que es *comme vous êtes*.

Nuestra sintaxis marca la interrogación mediante la colocación de los pronombres personales detrás del verbo; y ello, aunque el nombre esté expreso: *Le roi ira-t-il à Fontainebleau? Aimez-vous la verité? Irai-je?*

El sujeto de esta proposición es *il, illud, ceci*, a saber, *être dans une heureuse obscurité*; se trata de un sentido total enunciado por muchas palabras que equivalen a una sola. Ese sentido total es el sujeto de la proposición.

Ne vaudroit-il pas mieux? Este es el atributo, con marca de interrogación. Este *ne* interrogativo nos viene de los latinos: *Egone, adeone, superatne, jamne vides? Voyez-vous? Ne voyez-vous pas?*

Que, quam. Es la conjunción o partícula que une la proposición siguiente con la anterior. De manera que la anterior y esta son las dos correlativas de la comparación.

Que la chose, l'agrément d'avoir, sans tranquillité, l'abondance des richesses, l'avantage de la naissance, de l'esprit et de la beauté. Ese es el sujeto de la proposición correlativa.

Ne vaut, que está sobreentendido, es el atributo. *Ne*, porque la negación está en la mente: *ne vaut pas tant que votre obscurité vaut*.

Ces prétendus trésors, dont on fait vanité,
valent moins que votre indolence.

Ces prétendus trésors valent moins es una proposición gramatical relativa. Y *que votre indolence ne vaut* es la correspondiente correlativa. Quiere decir que vuestra indolencia no está al mismo nivel; no es menor; es mucho más que vuestros pretendidos tesoros.

Dont on fait vanité es una proposición incidente: *On fait vanité desquels, à cause desquels*. Se dice *faire vanité, tirer vanité de, dont*, *desquels*.

On fait vanité. La palabra *vanité* forma conjunto con el verbo y no se refiere a una vanidad en concreto; por eso no lleva artículo.

Ils nous livrent sans cesse à des soins criminels.

Ils (los tesoros, las ventajas) es el sujeto.

Livrent nous sans cesse à etc. es el atributo.

A des soins criminels tiene significado partitivo; quiere decir que las preocupaciones a las que nos lanzan, son del grupo de las preocupaciones criminales. Esas pretendidas ventajas nos conducen a ciertas preocupaciones, a algunas preocupaciones, que pertenecen al grupo de las preocupaciones criminales.

Sans cesse, es un giro adverbial, *sine ulla intermissione*.

PAR EUX PLUS D'UN REMORDS NOUS RONGE

Plus d'un remords es el sujeto complejo de la proposición.

Ronge nous par eux es el atributo con el añadido circunstancial de los tesoros.

Plus d'un remords. Plus es aquí el sustantivo y significa «una cantidad de remordimientos mayor que la de un solo remordimiento».

NOUS VOULONS LES RENDRE ÉTERNELS,
SANS SONGER QU'EUX ET NOUS PASSERONS COMME UN SONGE.

Nous es el sujeto de la proposición.

Voulons les rendre éternels, sans songer etc. es el atributo lógico.

Voulons es un verbo activo. Cuando se quiere, se quiere algo; *les rendre éternels, rendre ces trésors éternels,* estas palabras constituyen un significado que es el objeto de la acción de *voulons*: es la cosa que queremos.

Sans songer qu'eux et nous passerons comme un songe.

Sans songer. Sans es preposición. *Songer* está tomado como sustantivo y es el complemento de la preposición *sans*; equivale a *sans la pensé que*. *Sans songer* puede también ser considerado como una proposición implícita: *sans que nous songions*.

Que es aquí una conjunción que une a *songer* la cosa en la que no se sueña.

Eux et nous passerons comme un songe. Estas palabras tienen sentido completo, que expresa la cosa en la que no debemos sonar. Este sentido completo está enunciado en forma de proposición, lo cual es normal en todas las lenguas: *Je ne sais qui a fait cela, Nescio quis fecit; Qui fecit* es el objeto o punto de llegada de *nescio: Nescio hoc,* o sea *quis fecit*.

IL N'EST DANS CE VASTE UNIVERS,
RIEN D'ASSURÉ, RIEN DE SOLIDE.

Il, illud, o sea *ceci*, a saber, *rien d'assuré, rien de solide*. El sujeto de la proposición es *quelque chose d'assuré, quelque chose de solide*. Y el atributo, *n'est* (pas) *dans ce vaste univers*. La negación *ne* convierte en negativa a la proposición.

D'assuré. Esta palabra está tomada aquí como sustantivo: en latín *Ne hilum quidem certi*. *D'assuré* tiene también aquí sentido calificativo, y no sentido concreto; por ello va precedido solo de la preposición y no lleva artículo.

DES CHOSES D'ICI-BAS, LA FORTUNE DÉCIDE
SELON SES CAPRICES DIVERS.

La Fortune, sujeto simple, es un abstracto personificado; es el sujeto de la proposición. Cuando no conocemos la causa de un suceso, nuestra imaginación viene en ayuda de nuestra mente, a la que no le gusta estar en una situación de vaguedad y de indeterminación. Y es la imaginación la que proporciona a la

mente fantasmas que ella inventa y a los cuales da nombre: *Fortune, Hasard, Bonheur, Malheur.*

Décide des choses d'ici bas, selon ses caprices divers. Es el atributo complejo.

Des choses, de les choses. De significa aquí «en relación con».

D'ici-bas determina a *chose*. *Ici-bas* es tomado como sustantivo.

Selon ses caprices divers es una manera de elección. *Selon* es la preposición. *Ses caprices divers* es el complemento de la preposición.

Tout l'effort de notre prudence
ne peut nous dérober au moindre de ses coups.

Tout l'effort de notre prudence es el sujeto complejo. *De notre prudence* determina a *effort* y le convierte en sujeto complejo. *L'effort de* es un individuo metafísico, creado por imitación; de la misma forma que se dice que «tal hombre no puede», así se dice *tout l'effort ne peut*.

Ne peut dérober nous. En construcción usual sería *nous dérober.*

Au moindre, à le moindre. *À* es la preposición; *le moindre* es el complemento de la preposición.

Au moindre de ses coups; sería *au moindre coup de ses coups*. *De ses coups* tiene significado partitivo.

Paissez, moutons, paissez sans règle et sans science;
malgré la trompeuse apparence,
vous êtes plus sages que nous.

La trompeuse apparence es aquí un individuo metafísico personificado.

Malgré. Esta palabra está compuesta del adjetivo *mauvais* y del sustantivo *gré*, que significa *volonté, gout*. *Avec le mauvais gré de*, sin el *de*, es un giro de nuestros antiguos, los cuales suprimían frecuentemente esta preposición, como he dicho al hablar de la relación de determinación. Los antiguos decían *maugré*; luego se dijo *malgré*. *Malgré moi* es *avec le mauvais gré de moi*; en latín, *cum mea mala gratia; me invito*. Hoy hemos convertido a *malgré* en una preposición. *Malgré la trompeuse apparence*, que no busca sino imponerse y hacernos creer a los hombres que somos los que más crecemos, vosotros, los corderos, sois, en el fondo y en realidad, más felices y más sabios que nosotros.

Este es el análisis detallado de la construcción de las palabras en este idilio. No hay obra, esté en la lengua que esté, que no pueda ser reducida a los principios que acabo de exponer, con tal de que se conozcan las marcas de la relación entre las palabras de esa lengua y lo que en ella hay de arbitrario que la diferencia de las demás.

Por lo demás, si las observaciones que acabo de hacer les parecen a algunos poco acostumbrados a reflexionar sobre lo que pasa en su propia mente, demasiado metafísicas, les ruego que consideren que es imposible hablar razonablemente de lo que concierne al lenguaje, si no se hace teniendo en cuenta la estructura que tienen los pensamientos y el análisis que obligatoriamente hay que hacer de los mismos por necesidades de la elocución, es decir, para transmitirlo a la mente de otros; y por ello, nos encontramos en el país de la Metafísica. Yo he iniciado, pues, el análisis a partir de la Metafísica, no para llevarlo a un terreno extraño, sino que lo he hecho para mostrar lo que hay en la mente en relación con el discurso y con la necesidad de la elocución. Es de esta forma como

el anatomista enseña las partes del cuerpo humano, sin que por ello esté haciendo novedad. Todo lo que se diga sobre las palabras sin que esté en relación directa con el pensamiento o con la estructura del pensamiento, todo eso, afirmo, no ofrece ninguna idea clara a la mente. Se debe conocer la base racional de las reglas de la elocución, es decir del arte de hablar y de escribir, con el fin de evitar faltas en la construcción sintáctica y con el fin de adquirir el hábito de enunciar con exactitud racional, la cual no representa ningún freno para el genio elocutivo.

Es verdad que la imaginación se hubiera divertido más con reflexiones sobre la sencillez y la verdad de las imágenes de este idilio, así como sobre las impresiones finas y originales con las que esta ilustre dama pinta tan bellamente sus pensamientos. Pero dado que la construcción simple y necesaria es la base y el fundamento de toda construcción usual y elegante, y dado que los pensamientos más sublimes, y también los más simples, pierden su valor si son enunciados en frases irregulares, y dado también que la gente desconoce bastante el mecanismo de esta construcción fundamental, me ha parecido que, tras haberme arriesgado a desarrollar los verdaderos principios de las lenguas, no estaría sin sentido hacer una aplicación de los mismos sobre una obra tan conocida y también generalmente estimada como el idilio de los *Moutons* de Madame Deshoulières.

11. EN LA PROPOSICIÓN COMPUESTA HAY QUE EVITAR, EN ARAS DEL SENTIDO, LA DISCORDANCIA ENTRE PALABRAS CORREFERENCIALES

Los editores de los *Principes* añaden al capítulo de la *Construction*, que es el que hemos recogido y comentado hasta ahora, lo que Du Marsais había escrito en la *Encyclopedie* en la entrada *Disconvenance*. Ello no está sin sentido. Du Marsais, en la entrada *Disconvenance* realmente habla de las relaciones entre constituyentes correferenciales de las proposiciones de un periodo. No está, pues, sin sentido hablar de ello en el capítulo dedicado a la proposición.

11.1. Definición de discordancia

Comienza Du Marsais definiendo la discordancia:

> Observaciones sobre lo que los gramáticos llaman «Disconvenance»
>
> Se utiliza el término *Disconvenance* para designar a palabras que forman parte de diferentes miembros de un periodo y que no concuerdan entre sí, ya sea porque están construidas en contra de las reglas de la analogía, ya sea porque se unen en un periodo ideas desiguales, entre las cuales la mente percibe una oposición o no ve ninguna relación. Da la impresión de que la mente se dirige primero en una dirección determinada y, cuando se piensa que va a seguir en esa dirección, cambia de golpe en otra dirección. Lo que quiero decir se entenderá mejor con ejemplos.

La palabras de Du Marsais cuando dice que da la impresión de que «la mente se dirige primero en una dirección determinada y, cuando se piensa que va a seguir en esa dirección, cambia de golpe en otra dirección» recuerdan mucho lo que dijo

Valla de la *elegantia*; este define con la siguiente bella figura marina estos usos: «De la misma forma que en el Euripo o en el mar de Sicilia la fuerza de las aguas obliga a las velas infladas por el viento a ir hacia atrás, así a una oración que marcha de acuerdo con las leyes de la Gramática la propia autoridad o el uso la detienen y echan hacia atrás»[88].

11.2. Ejemplos franceses de discordancia

Sigue Du Marsais con ejemplos franceses de discordancia.

> Uno de nuestros autores ha dicho
>
> *Notre réputation ne dépend pas des louanges qu'on nous donne, mais des actions louables que nous faisons*
>
> Aquí hay *disconvenance* entre los dos miembros de este periodo en el sentido de que el primer miembro es una expresión negativa, *ne dépend pas,* mientras que en el segundo se sobreentiende el mismo verbo en forma afirmativa. Habría que haber dicho
>
> *Notre réputation dépend, non des louanges qu'on nous donne, mais des actions louables que nous faisons*

Es aquí Du Marsais esclavo, una vez más, del principio de la relación entre Lógica y Gramática. En el caso de la primera frase, el *ne*, por estar delante del verbo, debería, en lógica, afectar a toda la frase; es decir, a las dos proposiciones. Pero, desde el punto de vista del pensamiento lógico, no es así: solo afecta a la primera proposición y no a la segunda. Por eso Du Marsais, en la propuesta que hace como correcta, pone la negación detrás del verbo.

En el ejemplo siguiente de nuevo vuelve a ser esclavo de la Lógica en detrimento de la *elegantia*:

> Nuestros gramáticos sostienen que cuando en el primer miembro de un periodo se ha expresado un adjetivo, al que se le ha adjudicado el género masculino o femenino, no se debe, en el segundo miembro, sobreentender ese adjetivo en un género distinto, como sucede en este verso de Racine
>
> *Sa réponse est dictée, et même son silence*
>
> Los oídos y la mente delicados prefieren en estas ocasiones que lo que se elida sea precisamente la misma palabra u otra del mismo género; de otra forma, estamos ante una palabra diferente[89].
>
> Los adjetivos que tienen la misma terminación en masculino que en femenino, *sage, fidèle, volage*, no corren peligro de sufrir este tipo de *disconvenance*.

[88] *Sed sicut in Euripo aut Siciliae freto inflata uento uela aquarum impetus retroire cogit, ita orationem lege grammatica euntem auctoritas ipsa consuetudoque inhibet ac repellit* (Valla, *Eleg.* 3. 20; citamos por *Laurentii Vallensis de Linguae Latinae elegantia*, ed. S. López Moreda, Cáceres, 1999).

[89] Y se supone que necesita una forma diferente del verbo: en este caso *dicté* en lugar de *dictée*.

Los siguientes ejemplos tienen que ver con la *consecutio temporum* y con la atracción modal:

> Veamos ahora una *disconvenance* de tiempo
>
> > *Il regarde votre malheur, comme une punition du peu de complaisance que vous avez eue pour lui, dans le temps qu'il vous pria etc.*
>
> Habría que haber dicho *que vous eutes pour lui, dans le temps qu'il vous pria*.
>
> Se dice sin pudor: *Les nouveaux philosophes disent que la couleur est un sentiment de l'ame*; pero habría que decir *les nouveaux philosophes veulent que la couleur soit un sentiment de l'ame*.
>
> Se dice: *Je crois, je soutiens, j'assure que vous êtes savant*; pero habría que decir *Je veux, je souhaite, je desire que vous soyez savant*.

Incluye Du Marsais, como casos de discordancia, el uso poco ajustado de palabras desde el punto de vista de su significado:

> Una *disconvenance* muy clara es aquella que se encuentra frecuentemente en palabras metafóricas. Las expresiones metafóricas deben estar unidas entre ellas de la misma manera que lo estarían cuando son usadas con su significado propio. Se le ha reprochado a Malherbe haber dicho: *Prends ta foudre, Louis, et va comme un lion?* Habría que haber dicho *comme Jupiter*, ya que hay *disconvenance* entre *foudre* y *lion*[90].
>
> En las primeras ediciones del Cid, este decía a Jimena: *Malgré des feux si beaux, qui rompent ma colère*. *Feux* y *rompre* no aceptan ir juntos; es un *disconvenance*, como ha señalado la Academia[91].
>
> *Ecorcce* («cáscara») es utilizado frecuentemente en sentido metafórico en lugar de *les dehors*, *l'apparence* de las cosas. Así, se dice que *les ignorans s'arrêtent à l'ecorce*; que *ils s'amusent à l'ecorce*. Estos verbos aceptan muy bien a *écorce* incluso en sentido propio. Pero no se diría en sentido propio *fondre l'écorce*; *fondre* (derretir) se dice en sentido propio del hielo o del metal. De manera que *fondre l'écorce* me ha parecido una expresión demasiado audaz en una Oda de Rousseau:
>
> > *Et le jeunes zéphirs, par leurs chaudes haleines,*
> > *ont fondu l'écorce de eaux* (livre iii, Ode vi)
>
> Hay un gran número de ejemplos de *disconvenances* de palabras en nuestros mejores escritores, ya que, en el calor de la composición, se preocupan más de las ideas que de las palabras que sirven para enunciar las ideas.

Es también una discordancia la falta de *decorum* entre lo que dice un personaje y su condición social: que un noble, por ejemplo, hable de forma baja:

> Se debe evitar también la *disconvenance* en el estilo, como hacemos cuando, tratándose de un sujeto noble, nos servimos de términos sencillos o que convie-

[90] Y es que, si el rey Luis toma el rayo como símbolo de poder, la comparación no se debe hacer con el león, sino con Júpiter.

[91] Se trata del verso 981 del *Cid* de Corneille.

nen solo al estilo sencillo. Hay también *disconvenances* en los pensamientos, en los gestos etc.

> *Singula quaeque locum teneant sortita decenter.*
> *ut ridentibus arrident, ita flentibus adsunt*
> *humani vultus. Si vis me flere, dolendum est*
> *primum ipse tibi*[92]

La colocación en este punto de este pequeño capítulo sobre la discordancia entre palabras o en las palabras solo se explica desde la mentalidad logicista de Du Marsais. Las cosas deben ser como la Lógica lo exige; y si no es así, se produce una *Disconvenance*.

12. PALABRAS EXPLETIVAS, NO NECESARIAS PARA EL SENTIDO COMPLETO DE LA PROPOSICIÓN

Añaden aquí los editores de los *Principes* de 1769 lo que Du Marsais había escrito en la *Encyclopedie* en el artículo titulado *Explétif, Expletive*. Y es que en el análisis del lenguaje los ilustrados parten del momento en que los objetos, con sus cualidades y propiedades, entran en la mente humana; cuando entran, objeto y cualidades entran formando un todo indiviso; para analizar ese todo indiviso, la mente ha de separar el objeto de la cualidad; y, al separarlos, ha de recurrir a una idea para el objeto y a otra para la cualidad; tras ello, la mente puede hacer un juicio comparando el objeto con la cualidad; y ese juicio puede ser expresado oralmente mediante una proposición elocutiva; en esa proposición elocutiva, a cada idea del juicio mental, le corresponde una palabra diferente. Y es necesario que cada palabra o clase de palabra responda a la función que la idea de esa palabra hace en el juicio mental. Las palabras son, pues, el instrumento del que se sirve el ser humano para expresar un juicio; la proposición u oración es la expresión de un juicio mental; pero las palabras son la expresión de las ideas que están en ese juicio mental.

Las ideas en el juicio mental y las palabras en la proposición tienen una función estructuralmente fijada por su posición en el juicio: la idea que responde a la cosa u objeto que ha entrado por los sentidos ocupa la posición de sujeto del juicio; la cualidad, la propiedad, lo que se dice en definitiva de la cosa, ocupa la posición de atributo. Esas son las partes absolutamente necesarias en el juicio y en la oración. Son las partes que ofrecen el significado de las cosas en el mundo real.

Ellas son absolutamente necesarias para completar el sentido de la proposición. Pero hay otro tipo de palabras que no responden a la situación de las cosas en el mundo real, sino que añade de relleno el que habla.

Son palabras que añaden algo al sentido de la frase, pero no son necesarias para completar ese sentido. Y eso que añaden, no es significado, sino énfasis. Son

[92] Horace, *de Arte poética*: «Cada cosa debe estar en el sitio que le ha tocado en suerte en virtud del principio del *decorum*; de la misma forma que el hombre ríe con el que ríe, así también llora con el que llora. Si quieres que yo llore, debes llorar antes tú mismo».

las palabras que tiene función enfática, y que solo aparecen a nivel de realización hablada:

> *Palabras expletivas*
>
> El término «expletivo» viene del latín *explere*, llenar. En efecto, las palabras expletivas solo sirven, como las interjecciones, para llenar el discurso, y no entran para nada en la construcción de la frase, cuyo sentido se entiende de todas formas, esté o no esté enunciada la palabra expletiva.
>
> Nuestro *moi* y nuestro *vous* son a veces expletivos en el habla familiar. Utilizamos *moi* cuando hablamos en imperativo y en presente. Nos servimos de *vous* en las narraciones. Tartufo, en Molière, acto tercero, escena segunda, al ver a Dorina, cuyo cuello no le parecía a él suficientemente tapado, saca un pañuelo de su bolsillo y le dice:
>
> *Ah! Mon Dieu, je vous prie,*
> *avant que de parler, prenez-moi ce mouchoir*
>
> Y Marot ha dicho:
>
> *Faites-les-moi les plus laids* (feos) *que l'on puisse;*
> *Pochez* (escalfad) *cet oeil, fessez-moi* (azotad) *cette cuisse* (muslo)
>
> De manera que, cuando leemos en Terencio[93] *fac me ut sciam*, me veo tentado a creer que ese *me* es expletivo en latín, como nuestro *moi* en francés.
>
> Hay también muchos ejemplos de *vous* expletivo en giros familiares: *Il vous la prend et l'emporte* etc. Nuestro *même* es frecuentemente expletivo: *Le roi y est venu lui-même; J'irai moi-même*. *Ce même* no añade nada al significado de la palabra *roi*, ni de la palabra *je*.
>
> En el libro tercero de la Eneida, v. 631, Acheménides dice que él ha visto *lui-même* al cíclope abordar a otros dos compañeros de Ulises y devorarlos: *Vidi ego-met duo de numero* etc. Aquí se puede ver que, tras *vidi* y tras *ego*, la partícula *met* no añade nada al significado. De manera que *met* es una partícula expletiva, de la que hay muchos ejemplos: *Ego-met narrabo*[94], *suscipe me-met totum*, dice Vatinio a Cicerón, rogándole que le reciba totalmente bajo su protección. Ese es el texto que se lee en los manuscritos.

Hasta ahora, hablando de palabras expletivas, solo ha tratado de usos enfáticos. Pero considera también expletivos los añadidos morfológicos aparentemente irregulares; así el añadido *-er* en los infinitivos latinos arcaicos:

> La sílaba *er*, añadida al infinitivo pasivo del verbo latino, es expletiva, ya que no indica ni tiempo, ni persona, ni ningún otro accidente particular del verbo. Es cierto que en verso sirve para abreviar la *i* del infinitivo y proporcionarle un dáctilo al poeta. Esa es la razón que da Servio a propósito de Virgilio, *Eneida*, libro iii, v. 493: *Dulce caput, magicas invitam accingi-er artes*. *Accingier,* es decir *praeparari*, dice Servio: *Accingier autem, ut ad infinitum modum er addatur, ratio efficit metri* («que en el caso de *accingier* se añada *er* al infinitivo lo justifican exigencias métricas»). Pero lo que es interesante y lo que me autoriza a

[93] *Heaut.* act. I, scen. IV, v. 32.
[94] Térence, *Adelph.* act. IV, scen. III, v. 13.

considerar esta sílaba como expletiva, es el hecho de que se encuentran también ejemplos en prosa: *Vatinius cliens pro se causam dicier vult*[95]. Cuando se añade una sílaba al final de una palabra, los Gramáticos dicen que se trata de una figura que se llama *Paragogé*.

Vuelve a las partículas pronominales francesas del tipo *moi* y *me*:

Entre nosotros, dice M. el abad Regnier[96], hay también partículas expletivas. Por ejemplo, los pronombres *me, te, se*, junto con la partícula *en*, como cuando se dice *Je m'en returne: Il s'en va*. Los pronombres *moi, toi, lui*, cuando se utilizan repetidos: *S'il ne veut pas vous le dire, je vous le dirai, moi; Il ne m'appartient pas, à moi, de me mêler de vos affaires; Il lui appartient bien, à lui, de parler comme el fait*.

También son expletivos los adverbios conectores de frases, como *finalmente*. Ellos añaden significado, pero no sirven para completar el sentido de una frase, sino para marcar la conexión entre frases que ya tienen sentido por si mismas. No considera, pues, aquí Du Marsais que los conectores de frase tengan significado por sí mismos:

Las palabras *enfin, seulement, à tout hasard, après tout* y algunas otras deben frecuentemente ser consideradas como palabras expletivas o sobreabundantes; es decir, como palabras que no contribuyen en nada a la construcción ni al significado de la proposición.

¿Cómo se explica el uso de palabras expletivas, si no añaden significado alguno a la frase? Du Marsais da dos explicaciones («Pero tienen dos funciones»). En primer lugar, las palabras expletivas son una consecuencia de la esclavitud del lenguaje en relación con el uso; el uso las impone:

I. Ya hemos remarcado que las lenguas se forman con el uso y como por instinto, y no tras una deliberación razonada de todo un pueblo. De manera que, cuando ciertos giros han sido ya autorizados por la práctica de la lengua, y han sido aceptados por la gente de bien[97] de la nación, debemos admitirlos, aunque parezcan que están compuestos de palabras redundantes y combinadas de una forma que no parece regular.

Si tenemos que traducir estas dos palabras de Horacio, *sunt quos*…, en lugar de decir «quelques-uns sont, qui», debemos decir «il y en a qui»[98], o recurrir a cualquier otro giro que esté en uso en francés.

La Academia francesa ha remarcado que en la frase *C'est une affaire où il y va du salut de l'état* la partícula *y* parece innecesaria, porque el *oú* es suficiente para dar sentido. «Pero», dice la Academia[99], «se trata de fórmulas de las que no podemos prescindir». La partícula *ne* es también expletiva frecuentemente y no por ello tiene que ser suprimida. En la frase *J'ai affaire et je ne veux pas*

[95] *Apud* Cicerón, lib. V ad famil. epist. Ix.
[96] *Grammaire*, p. 565, 4.
[97] De nuevo *les honnêtes gens* como árbitros del purismo de la lengua.
[98] El *y* es expletivo pero viene exigido por el uso.
[99] *Remarques et décisions de l'Académie Françoise*, Cheu Coignard, 1698.

qu'on vienne m'interrompre: Je crains pourtant que vous ne veniez ¿qué hace ese *ne*? Lo que temo es precisamente la venida, de manera que debería decir *je crains que vous veniez*. Pero la Academia dice que no es esta la solución. «Es cierto», añade la Academia y también lo dicen Vaugelas, Bouhours etc., «que con *craindre, empêcher* y algunos otros verbos es necesario añadir la partícula negativa *ne*: *J'empêcherai bien que vous ne soyez du nombre*».

Es el pensamiento habitual del que habla el que atrae esta negación. La frase *Je ne veux pas que vous veniez* equivale a *Je crains en souhatiant que vous ne veniez pas*. Y la mente, empeñada en la negación, la introduce en el discurso. Véase lo que hemos dicho de la silepsis y de la atracción en el artículo de la Construcción[100].

De manera que el primer servicio de las partículas expletivas es el de entrar en ciertos giros consagrados por el uso.

En segundo, lugar, y esto es más importante, sirven para añadir, al significado de la frase que ya está completo, algo que tiene que ver con la modalidad de la frase (expresar el deseo o sentimiento del que habla), o con la pragmática (fuerza, energía, énfasis).

II. El segundo servicio y el más razonable es el de responder al sentimiento interior del que estamos afectados, y el de dar también más fuerza y energía a la expresión. La inteligencia es rápida; solo actúa un instante. El sentimiento es más duradero; nos afecta y dura durante el tiempo que dura la afección, y durante el cual dejamos escapar las interjecciones y pronunciamos las palabras expletivas, que son una especie de interjección, ya que estas son consecuencia de un sentimiento.

En *C'est à vous à sortir*[101]*, vous qui parlez*, *Vous qui parlez* es una frase expletiva que da más fuerza al discurso.

Je l'ai vu, dis je, vu, de mes propres ieux vu,
ce qu'on appelle vu[102]*…*
Et je ne puis du tout me mettre dans l'esprit,
qu'il ait osé tenter les choses que l'on dit.

Las palabras *Vu de mes ieux, du tout,* son expletivas y no sirven nada más que para asegurar mejor lo que se dice.

Lo mismo sucede en *Je ne parle pas sur le témoignage d'un autre; Je l'ai vu moi-même; je l'ai entendu de mes propres oreilles.*

Y en Virgilio, en el libro noveno de la Eneida, verso 457: *Me me adsum qui feci; in me convertite ferrum*. Los dos primeros *me* solo se explican por su energía y por el sentimiento que producen. *Elocutio est dolore turbati*, dice Servio[103].

[100] En la Enciclopedia.

[101] Molière.

[102] Idem, *Tartuffe*, act. V, scen. 3.

[103] Lo que realmente dice Servio es que la *elocutio*, es decir el relato, *interrupta est dolore turbati* («ha sido interrumpida por el dolor del que estaba turbado»).

IV. TIPOS DE NOMBRES. GENÉRICOS, ESPECÍFICOS, INDIVIDUALES

Los editores de los *Principes* de 1769 recogen a continuación el contenido de la entrada de la *Encyclopedie* compuesta por Du Marsais bajo el título de *Article*. Pero no trata del artículo como tal, sino del artículo como modificador de la extensión del significado de un nombre. Por ello tiene sentido incluir este contenido aquí, tras haber hablado de los constituyentes de una proposición. El constituyente fundamental es el nombre, que es el que representa al objeto o cosa que se ha convertido en idea en la mente.

En este sentido es cuestión fundamental en la doctrina de los gramáticos de tendencia logicista la cuestión de la extensión del significado de una palabra. La palabra «hombre» puede referirse a un hombre concreto, a varios hombres, o a todos los hombres. En la determinación de la extensión de un nombre juega papel importante el artículo. De ello trataba fundamentalmente Du Marsais en la entrada de la *Encyclopedie* correspondiente al artículo. Por eso los editores de 1769 lo recogen aquí, dentro del tema de la proposición, ya que toda proposición está compuesta de nombre y de atributo; y es fundamental conocer la extensión del significado del nombre, para saber si una proposición es universal o es particular.

1. EL ARTÍCULO COMO MODIFICADOR DEL TIPO DE NOMBRE

1.1. El artículo con preposición

El artículo no tiene significado por sí mismo, pero sí hace que cambie el significado concreto de la palabra a la que precede.

Comienza Du Marsais definiendo etimológicamente la palabra:

> *Sobre el artículo*
>
> La palabra artículo viene del latín *articulus*, diminutivo de *artus*, «miembro», ya que en sentido propio se entiende por artículo la juntura de huesos de los cuerpos de los animales, unidas de diferentes maneras, y en función de los diversos movimientos que les son propios. De ahí, por metáfora y por extensión, se le dan a esta palabra diversos sentidos.

Sigue la definición funcional: no tienen significado en el sentido de que no se refieren a una cosa ni a una cualidad de las cosas, pero sí modifican el significado las cosas: una palabra, que es la expresión oral de una idea que remite a una cosa del mundo real, tiene valor diferente según lleve artículo o no:

Los gramáticos han llamado artículos a ciertas pequeñas palabras que no significan nada físico, que se unen a aquellas delante de las cuales se ponen y hacen que esas palabras tomen una acepción particular. Por ejemplo, en *Le roi aime le peuple*, el primer *le* constituye una sola idea junto con *roi*. Pero al mismo tiempo indica un rey concreto que las circunstancias del país donde estoy o del país del que se habla me dan a entender. El otro *le* que precede a *peuple*, hace lo mismo en relación con *peuple*, y además, el hecho de que este *peuple* esté detrás de *aime* nos hace ver que *peuple* es el término u objeto del sentimiento que se atribuye a *roi*.

Los artículos por sí solos no indican cosas ni cualidades; dirigen a la mente hacia la palabra a la que preceden y hacen que la mente la considere como un objeto real, el cual, sin artículo, sería considerado de forma diferente. Esto se entenderá mejor con lo que sigue, sobre todo gracias a los ejemplos.

Hay diferencias entre las lenguas en lo que al uso del artículo se refiere:

Las palabras que los gramáticos llaman artículos no tienen siempre paralelos que hagan la misma función en otras lenguas. Los griegos ponen frecuentemente artículo delante de nombres propios como Filipo, Alejandro, César etc. Nosotros no ponemos artículo delante de este tipo de nombres. En fin, hay lenguas que tienen artículo y lenguas que no lo tienen.

El latín[104]:

Los latinos hacían un uso tan frecuente de su adjetivo demostrativo *ill*e, *illa, illud,* que ello dio lugar a pensar que esas son las palabras de las que vienen nuestro *le* y nuestro *la*. *Ille ego, mulier illa, hic illa parva Petilia Philoctetae*[105] («C'est là que la petite ville de Pétilie fut bâtue par Philoctete»). *Ausoniae pars illa procul quam pandit Apollo*[106]. Petronio, a propósito de un guerrero que se lamentaba de que su brazo había quedado paralítico, le hace decir: *Funerata est pars illa corporis mei, quâ quondam Achilles eram* («Il est mort, ce bras, par lequel j'étois autre fois Achille»). *Ille deum pater. Quisquis fuit ille deorum* (Ovid.).

[104] Antes de hablar del latín, en la *Encyclopedie* Du Marsais hablaba de otras lenguas. Ello se suprime aquí: «En Hébreu, en Chaldéen, et en Syriaque, les noms sont indéclinables, c'est-à-dire, qu'ils ne varient point leur désinence ou dernieres syllabes, si ce n'est comme en François du singulier au pluriel; mais les vûes de l'esprit ou relations que les Grecs et les Latins font connoître par les terminaisons des noms, sont indiquées en Hébreu par des prépositifs qu'on appelle *préfixes*, et qui sont liés aux noms, à la maniere des prépositions inséparables, ensorte qu'ils forment le même mot. Comme ces prépositifs ne se mettent point au nominatif, et que l'usage qu'on en fait n'est pas trop uniforme, les Hébraïsans les regardent plûtôt comme des prépositions que comme des *articles*. *Nomina Hebraïca proprie loquendo sunt indeclinabilia. Quo ergo in casu accipienda sint et efferenda, non terminatione dignoscitur, sed præcipuè constructions, et præpositionibus quibusdam, seu litteris præpositionum vices gerentibus, quæ ipsis à fronte adjiciuntur.* Masclef. *gramm. Hebr. c. 11. n. 7.* A l'égard des Grecs, quoique leurs noms se déclinent, c'est-à-dire, qu'ils changent de terminaison selon les divers rapports ou vûes de l'esprit qu'on a à marquer, ils ont encore un article ὁ, ἡ, τό, τοῦ, τῆς, τῆς, *etc.* dont ils font un grand usage; ce mot est en Grec une partie spéciale d'*oraison*. Les Grecs l'appellerent ἄρτρον, du verbe ἄρω, *apto, adapto*, disposer, apprêter; parce qu'en effet l'*article* dispose l'esprit à considérer le mot qui le suit sous un point de vûe particulier; ce que nous développerons plus en détail dans la suite».

[105] Virgile. *Aeneid*. l. 3, v. 401; el texto virgiliano es: *hic illa ducis Meliboei / parva Philoctetae subnixa Petilia muro.*

[106] Ibidem, v. 479.

Hay un gran número de ejemplos de este uso que hacían los latinos de su *ille, illa, illud*, sobre todo en los cómicos, en Fedro, y en los autores de la baja latinidad. Es de la última sílaba de *ille*, cuando no es empleado como pronombre y es un simple adjetivo que apunta a un nombre, de donde proviene nuestro artículo *le*; en lo que se refiere a nuestro artículo *la*, viene del femenino *illa*. La primera sílaba del masculino *ille* ha dado lugar a nuestro pronombre *il*, del que hacemos uso con los verbos: *Ille affirmat, ille fecit, ingenio vires ille dat, ille rapit*. En lo que se refiere a *elle*, procede de *illa*: *illa veretur.*

El francés:

En casi todas las lenguas vulgares, los pueblos, sea por influencia de los griegos, sea más bien por tener esquemas mentales paralelos, hacen uso de estas preposiciones llamadas artículos. Nos detendremos principalmente en el artículo francés.

No toda palabra antepuesta se llama artículo. *Ce, ces; cet, cette; ceci, cela; celui, celle; ceux, celles; certain, quelque, tot, chaque, nul, aucun, mon, ma, mes* etc. no son nada más que adjetivos metafísicos[107]. Van siempre delante de sus respectivos sustantivos. Y dado que solo sirven para dar al sustantivo una cualificación metafísica, yo no entiendo por qué son contados en la clase de los pronombres. Sea lo que sea, lo cierto es que a estos adjetivos no se les da el nombre de artículo. Son especialmente estas tres palabras, *le, la les*, a las que nuestros gramáticos llaman artículos, quizás porque ellas son de un uso muy frecuente. Antes de hablar más en detalle, hacemos estas observaciones:

1ª. Utilizamos *le* delante de los nombres masculinos en singular, *le roi, le jour.*

2ª. Utilizamos *la* delante de los nombres femeninos en singular, *la reine, la nuit*.

3ª. La letra *s*, que de acuerdo con la norma de la lengua marca el plural, cuando es añadida al singular *le*, forma *les*. *Les* sirve para los dos géneros por igual: *les rois, les reines, les jours, les nuits.*

4ª. *Le, la, les* son los tres artículos simples; pero los tres entran también en composición con la preposición *à* y con la preposición *de*. Forman así los cuatro artículos compuestos: *au, aux, du, des*.

1.1.1. La contracción preposición + artículo en francés

Au está compuesto de la preposición *à* y del artículo *le*; de suerte que *au* es lo mismo que *à le*. Nuestros antiguos decían *al*, *al tems Innocent III*, es decir, *Au tems d'Innocent III*; *L'Apostoile manda al prodome,* etc. («el pape envoya au prod'homme»[108]); *Mainte lerme i fu plorée de pieté al départir*[109]; Vigenero traduce: «Maintes larmes furent plorées à leur dépàrtement et au prendre congé». Son el sonido oscuro de la *e* muda del artículo *le* y el cambio de *l* en *u*, bastante común en nuestra lengua, como sucede en *mal maux, cheval chevaux, altus haut, alnus aune* (árbol), *alna aune* (mesure), *alter, autre*, los que han provocado que se diga *au* en lugar de *à le* o de *al*. Solo cuando los nombres masculinos comienzan por una consonante o por una vocal aspirada se utiliza *au* en lugar de *à le*. Si el

[107] Es decir, no responden a cosas que tengan realidad física fuera de la mente y de la oración.
[108] Villehardouin 1, p. 1.
[109] Ibidem, p. 16.

nombre masculino comienza por una vocal, no se recurre a la contracción y la preposición *à* y el artículo *le* permanecen cada uno en su forma entera. Así, se dice *le coeur, au coeur*, pero se dice *à l'esprit*; *le père, au père*, pero *l'enfant, à l'enfant*; se dice *le plomb, au plomb*, pero *l'or, à l'or, l'argent, à l'argent*. Y es que cuando el sustantivo comienza por una vocal, la *e* muda de *le* se elide con esa vocal, y entonces no existe razón para que tenga lugar la contracción en *au*; tendríamos que hacer un bostezo desagradable si tuviéramos que decir *au esprit, au argent, au enfant* etc. Si el nombre es femenino, en el artículo *la* no hay *e* muda, y entonces no hay lugar para hacer la contracción; de manera que en ese caso se conservan la preposición y el artículo*: la raison, à la raison, la vertu, à la vertu*.

Aux sirve para el plural de los dos géneros. Es una contracción de *à les*: *aux hommes, aux femmes, aux rois, aux reines* en lugar de *à les hommes, à les femmes, à les rois, à les reines* etc.

Du es también una contracción de *de le*. Es el sonido oscuro de las dos *e* mudas de la secuencia *de le*, el que conduce a la contracción *du*. Si no hubiera contracción se diría *del*: *la fin du conseil si fut tel*; *l'arreté du conseil fut*[110] etc.; *Gervaise del Châtel, Gervais du Castel*. Se dice, pues, *du bien* y *du mal* en lugar de *de le bien*, *de le mal*; y lo mismo sucede con todos los nombres masculinos que comienzan por una consonante; y es que si el nombre comienza por vocal o es del género femenino, entonces se vuelve a la simple preposición y al artículo que concierte en género con el nombre. Así se dice *de l'esprit, de la vertu, de la peine*. Así se evita el bostezo (abrir demasiado la boda). Es la misma razón que hemos aducido para el caso de *au*.

Finalmente, *des* sirve para los dos géneros en plural como contracción de *de les*: *des rois, des reines*.

Los niños franceses, cuando comienzan a hablar, hablan primero sin recurrir a la contracción. Dicen *de le pain, de le vin*. Ese es todavía el uso en casi todas nuestras provincias limítrofes, sobre todo entre el pueblo. Es ello quizás lo que ha dado lugar a las primeras observaciones que nuestros gramáticos han hecho sobre las contracciones.

Los italianos tienen un gran número de preposiciones que se contraen con sus artículos.

Pero los ingleses, que tienen como nosotros preposiciones y artículos, no recurren a las contracciones. De manera que ellos dicen *of the, de le,* donde nosotros decimos *du*; *the King, le roi; of the King,* que sería *de le roi,* mientras que en francés decimos *du roi*; *of the queen*, en francés *de la reine; to the King,* que equivale a *à le roi*, pero nosotros decimos *au roi; to the queen,* que es *à la reine*.

La importancia del análisis de la contracción preposición + artículo estriba en que ella permite descubrir el esquema racional de la construcción:

Estas observaciones no se hacen por simple curiosidad. Es importante, para hacer el análisis racional de la construcción, separar la preposición del artículo, cuando están ambos juntos en composición. Por ejemplo, si queremos explicar racionalmente el giro *du pain suffit*, debemos empezar por decir *de le pain*. En ese caso es la preposición *de*, que es aquí una preposición partitiva y que como

[110] Villehardouin, lib. 7, p. 107.

todas las demás preposiciones debe estar entre dos términos, es la preposición *de*, insisto, la que nos da a conocer que en esa construcción hay una elipsis.

Fedro, en la Fábula de la *Víbora y la lima*, para decir que la víbora buscaba algo para comer, dice: *haec, quum tentaret si qua res esset cibi*; en esa frase encontramos la construcción *aliqua res cibi*, que nos enseña, por analogía, que *du pain* es *aliqua res panis, paululum panis, quelque chose, une partie, une portion du pain*. Por ello, los ingleses, para decir *Donnez-moi du pain*, dicen *Give me some bread*, que en francés sería *Donnez-moi quelque pain*. Y para decir *J'ai vu des hommes*, los ingleses dicen *I have seen some men*, que literalmente en francés es *J'ai vu quelques hommes*. Lo mismo sucede con *à des médecins*, que en inglés es *to some physicians*, lo cual equivale a *à quelques médecins*.

1.1.2. Preposición y su relación con los casos

El análisis de la contracción de *a le* y de *de le* le lleva imperceptiblemente a Du Marsais a hablar de las marcas de relación entre las palabras en la frase y de la diferencia entre casos y preposiciones:

La costumbre de sobreentender de esta forma un nombre genérico delante de *de, du, des*, no era desconocida para los latinos a comienzo de frase. Léntulo escribe a Cicerón diciéndole que se interese por su éxito; que haga valer en el Senado y en otros sitios todo aquello que pudiera servirle de honra: *De nostra dignitate velim tibi ut semper curae sit*[111]. Es evidente que ese *de nostra dignitate*, no puede ser el nominativo sujeto de *curae sit*. Sin embargo, ese *sit*, al estar en modo finito, debe tener un nominativo sujeto. De manera que Léntulo tenía en mente el esquema *ratio* o *sermo de nostra dignitate*, es decir *l'intérét de ma gloire*. Aunque no encontráramos incluso la palabra que es conveniente suplir en estos casos, la mente no dejaría por ello de estar ocupada por una idea, que evocan las otras palabras enunciadas en la frase, pero que no se expresa. Así es el sistema, así es el esquema analítico del lenguaje. De manera que nuestros gramáticos carecen de exactitud, cuando dicen que la preposición de la que estamos hablando *sert à marquer le nominatif, losqu'on ne veut que désigner una partie de la chose*[112]. No se dan cuenta de que las preposiciones solo entran en el discurso para marcar una conexión o relación entre dos términos, entre una palabra y otra palabra. Por ejemplo, la preposición *pour* marca un motivo, un fin, una razón; pero es necesario enunciar inmediatamente el objeto que es la meta de ese motivo; y es ese objeto al que se le llama complemento de la preposición. Por ejemplo, en *il travaille pour la patrie* el complemento de *pour* es *la patrie*; esta es la palabra que determina a *pour*. Estas dos palabras, *pour la patrie,* tienen un sentido concreto que está en relación con *travaille*; y todo ello está en relación con el sujeto de la frase: *le roi travaille pour la patrie*. Lo mismo sucede con las preposiciones *de* y *a*: en *le livre de Pierre est beau*, *Pierre* es el complemento de *de*; y las palabras juntas, *de Pierre*, están en relación con *livre*, al cual determinan; es decir, dan a esta palabra el sentido particular[113] que hay en la mente, y que en el enunciado le convierte en el sujeto del atributo que sigue. Es de ese *livre* del que se dice que es *beau*.

[111] Cicerón, *Epist*. lib. 12, *ep.* 14.
[112] *Grammaire* de Regnier, p. 170; de Restaut, pp. 75 y 418.
[113] Es decir, no se trata de cualquier libro, sino del libro de Pedro.

1.1.3. La preposición a *y* de *en francés*

> *A* es también una preposición, la cual, entre otros usos, sirve para marcar una relación de atribución: *Donner son coeur à Dieu*, *Parler a quelqu'un*, *Dire sa pensé à son ami*.

La primera cuestión que plantea Du Marsais es si realmente hay equivalencia entre caso y preposición; si «de», como dicen algunos, es marca de genitivo y «a», marca de dativo. Preposición y casos, dice el gramático ilustrado, pueden expresar los mismos puntos de vista de la mente cuando esta pone en relación las ideas, pero son recursos diferentes:

> Generalmente, sin embargo, los gramáticos consideran a estas dos palabras, *de* u *à*, solo como partículas, que sirven, dicen ellos, para declinar nuestros nombres. Una es, dicen, la marca de genitivo y la otra, la marca de dativo. Pero ¿no es más simple y más acorde con el sistema de las lenguas cuyos nombres no cambian de desinencia, no admitir en ellas los casos, ni las declinaciones, sino observar solamente qué recursos utilizan esas lenguas para expresar los mismos puntos de vista de la mente que expresa el latín mediante terminaciones? Esos recursos son o bien el orden de palabras, o bien el uso de preposiciones.

La primera diferencia es que con las preposiciones se pueden marcar muchos más matices, desde el punto de vista la relación entre las palabras, que con los casos, ya que los casos solo son seis y las preposiciones son muchas más. Y establece una especie de similitud entre los casos latinos y el orden de palabras en francés. Los casos y el orden de palabras sirven para marcar las relaciones entre las palabras; pero sus posibilidades son limitadas, de forma que, para superar esas limitaciones, tanto el latín como el francés recurren a las preposiciones:

> Los latinos no tienen nada más que seis casos; sin embargo, las relaciones que hay que marcar son muchas más; para ese plus recurren a la ayuda de sus preposiciones. Pues bien, en el caso nuestro, cuando la posición de una palabra no nos sirve para dar a conocer la relación que tenemos que marcar, hacemos lo mismo que hacían los latinos cuando les faltaba una desinencia o terminación concreta. Como nosotros no tenemos terminación destinada a marcar el genitivo, recurrimos a una preposición. Y lo mismo sucede a la hora de marcar la relación de interés; nosotros la marcamos con la preposición *à*, o con la preposición *pour*, o incluso con alguna otra; los latinos marcaban esta relación mediante una terminación particular, por la cual se decía que aquella palabra estaba en dativo.

La segunda razón es que si, como dicen los gramáticos, *de* es marca de genitivo y *a*, marca de dativo, es decir, son marca de caso, habrá que concluir que también *sur, pour, sous, dans, avec* y demás preposiciones son también marca de caso; y entonces, como cada una de las preposiciones francesas lleva siempre como régimen un nombre y marca cada una de ellas relaciones concretas, habría tantos casos como preposiciones y matices de relación:

> Nuestros gramáticos solo nos hablan de seis casos[114], sin duda porque los latinos solo tenían seis. Nuestro acusativo, se dice, es siempre formalmente igual

[114] Para el francés.

que el nominativo. ¿Podemos entonces distinguirlos mediante algún otro recurso que no sea su posición en la frase? Uno se pone delante y otro detrás; en uno y otro caso, el nombre es solo una simple denominación. El genitivo, según nuestros gramáticos, es siempre también semejante al ablativo[115]. El dativo, dicen, tiene el privilegio de ser el único que lleva el presunto artículo *à*. Pero hay que decir a este respecto que *de* y *à*, como las otras preposiciones, llevan siempre un complemento y marcan, también como las otras preposiciones, relaciones concretas. En consecuencia, si *de* y *à* son casos, *sur, par, pour, sous, dans, avec* y las demás preposiciones deberían serlo también. Pero solo existe el número concreto de los seis casos latinos, número que contradice esa consecuencia. Lo que quiero decir es todavía más evidente en italiano. Encontraremos en la Gramática de Buommatéi, la más estimada en el caso de la lengua italiana, un gran número de ejemplos que demuestran que *di, à, da*, las cuales sirven para formar lo que se llama casos, no son nada más que preposiciones unidas al artículo, y que hay otras muchas preposiciones que se unen a las palabras, como lo hacen aquellas tres[116].

Para acabar de convencernos de que nuestro *de* y nuestro *à* no son sino preposiciones, podemos también tener en cuenta que derivan, una de la preposición latina *de*, y otra de *ad*, que es *à*.

---

[115] En ambos casos se utiliza *de*.

[116] Este último párrafo, en el artículo de la *Encyclopedie* es mucho más largo: «Les grammaires italiennes ne comptent que six cas aussi, par la seule raison que les Latins n'en ont que six. Il ne sera pas inutile de décliner ici au moins le singulier des noms Italiens, tels qu'ils sont déclinés dans la grammaire de Buommatei, celle qui avec raison a le plus de réputation. 1. *Il re*, c'est-à-dire le roi; 2. *del re*, 3. *al re*, 4. *il re*, 5. *o re*, 6. *dal re*. 1. *Lo abbate*, l'abbé; 2. *dello abbate*, 3. *allo abbate*, 4. *lo abbate*, 5. *o abbate*, 6. *dallo abbate*. 1. *La donna*, la dame; 2. *della donna*, 3. *alla donna*, 4. *la donna*, 5. *o donna*, 6. *dalla donna*. On voit aisément, et les Grammairiens en conviennent, que *del, dello*, et *dalla*, sont composés de l'*article*, et de *di*, qui en composition se change en *de;* que *al, allo* et *alla* sont aussi composés de l'*article* et de *a*, et qu'enfin *dal, dallo*, et *dalla* sont formés de l'*article* et de *da*, qui signifie *par, che, de*. Buommatei appelle ces trois mots *di, a, da*, des *segnacasi*, c'est-à-dire, des *signes des cas*. Mais ce ne sont pas ces seules prépositions qui s'unissent avec l'*article*, en voici encore d'autres qui ont le même privilége. *Con, co*, avec; *col tempo*, avec le tems; *colla liberta*, avec la liberté. *In*, en, dans, qui en composition se change en *ne, nello specchio*, dans le miroir, *nel giardino*, dans le jardin, *nelle strade*, dans les rues. *Per*, pour, par rapport à, perd l'*r, p'el giardino*, pour le jardin. *Sopra*, sur, se change en *su, su'l prato*, sur le pré, *sulla tavola*, sur la table. *Infra* ou *intra* se change en *tra*: on dit *tra'l* pour *tra*, il entre là. La conjonction *e* s'unit aussi avec l'*article*, *la terra e'l cielo*, la terre et le ciel. Faut-il pour cela l'ôter du nombre des conjonctions? Puisqu'on ne dit pas que toutes ces prépositions qui entrent en composition avec l'*article*, forment autant de nouveaux cas, qu'elles marquent de rapports différens; pourquoi dit-on que *di, a, da*, ont ce privilége? C'est qu'il suffisoit d'égaler dans la langue vulgaire le nombre des six cas de la grammaire latine, à quoi on étoit accoûtumé dès l'enfance. Cette correspondance étant une fois trouvée, le surabondant n'a pas mérité d'attention particuliere. Buommatei a senti cette difficulté; sa bonne foi est remarquable: je ne saurois condamner, dit-il, ceux qui veulent que *in, per, con*, soient aussi bien signes de cas, que le sont *di, a, da*: mais il ne me plaît pas à présent de les mettre au nombre des signes de cas; il me paroît plus utile de les laisser au traité des prépositions: *io non danno le loro ragioni, che certò non si posson dannare; ma non mi piace per ora mettere gli ultimi nel numero de segnacasi; parendo à me piu utile lasciar gli al trattato delle propositioni*. Buommatei, *della ling. Toscana. Del Segn. c. tr. 42*. Cependant une raison égale doit faire tirer une conséquence pareille: *par ratio, paria jura desiderat co, ne, pe, etc*. n'en sont pas moins prépositions, quoiqu'elles entrent en composition avec l'*article;* ainsi *di, a, da*, n'en doivent pas moins être prépositions pour être unies à l'*article*. Les unes et les autres de ces prépositions n'entrent dans le discours que pour marquer le rapport particulier qu'elles doivent indiquer chacune selon la destination que l'usage leur a donnée, sauf aux Latins à marquer un certain nombre de ces rapports par des terminaisons particulieres».

1.1.4. La preposición de *en latín*

Habla aquí de la preposición latina *de*, para demostrar que su papel en latín es el mismo que su papel en francés: marcar matices de relación que no se pueden marcar con los casos en latín, ni con el orden de palabras en francés:

> Los latinos hicieron de su preposición *de* el mismo uso que nosotros hacemos de nuestro *de*. Es más, si en latín *de* es siempre preposición, el *de* francés debe también serlo siempre.
>
> 1º. El primer uso de esta preposición es marcar la separación, es decir, de dónde es sacada una cosa, de dónde viene, de dónde ha tomado su nombre. Así decimos *Un temple de marbre, un pont de pierres, un homme du peuple, les femmes de notre siècle*.
>
> 2º. Por extensión esta preposición puede marcar también la propiedad: *le livre de Pierre*, es decir, «el libro sacado de entre las cosas que pertenecen a Pedro».
>
> Son estas las acepciones que tienen expresiones latinas como *Templum de marmore ponam*[117] («levantaré un templo de mármol»); *fuit in tectis de marmore templum*[118] («había en su palacio un templo de mármol»);… *solido de marmore templa / instituam, festosque dies de nomine Phoebi*[119] («levantaré templos de mármol, y crearé fiestas en honor de Febo»).
>
> Los latinos, en lugar del adjetivo, se sirven frecuentemente de la preposición *de* seguida del nombre; así, *de marmore* equivale a *marmoreum*. Se podrían aportar un gran número de ejemplos[120].

---

[117] Virgile, *Georg*., l. III, v. 13.

[118] *Aen*. IV, v. 417.

[119] *Aen*. VI, v. 70.

[120] En el artículo de la *Encyclopedie* se recogen los siguientes, que han sido aquí suprimidos: «C'est ainsi qu'Ovide, *I. mét. v. 127.* au lieu de dire *ætas ferrea*, a dit: *de duro est ultima ferro*, le dernier âge est l'âge de fer. Remarquez qu'il venoit de dire, *aurea prima sata est ætas*; ensuite *subiit argentea proles. Tertia post illas successit Ahnea proles:* et enfin il dit dans le même sens, *de duro est ultima ferro*. Il est évident que dans la phrase d'Ovide, *ætas de ferro, de ferro* n'est point au genitif; pourquoi donc dans la phrase françoise, *l'âge de fer, de fer* seroit-il au genitif? Dans cet exemple la préposition *de* n'étant point accompagnée de l'*article*, ne sert avec *fer*, qu'à donner à âge une qualification adjective: *Ne partis expers esset de nostris bonis*, Ter. *Heaut. IV. 1. 39.* afin qu'il ne fût pas privé d'une partie de nos biens: *non hoc de nihilo esi*, Ter. *Hec. V. I. 1.* ce n'est pas là une affaire de rien. *Reliquum de ratiuncula*, Ter. *Phorm. I. 1. 2.* un reste de compte. *Portenta de genere hoc*. Lucret. *liv. V. v. 38.* les monstres de cette espece. *Coerera de genere hoc adfingere*, imaginer des phantômes de cette sorte, *id. ibid. v. 165.* et Horace *ı. sat. 1. v. 13.* s'est exprimé de la même maniere, *cætera de genere hoc adeo sunt multa. De plebe deo*, Ovid. un dieu du commun. *Nec de plebe deo, sed qui vaga fulmina mitto*. Ovid. *Mét. I. v. 595.* Je ne suis pas un dieu du commun, dit Jupiter à Io, je suis le dieu puissant qui lance la foudre. *Homo de schola*, Cic. *de orat. ij. 7.* un homme de l'école. *Declamator de ludo*, Cic. *orat. c. xv.* déclamateur du lieu d'exercice. *Rabula de foro*, un criailleur, un braillard du Palais, Cic. *ibid. Primus de plebe*, Tit. Liv. *liv. VII. c. xvij.* le premier du peuple. Nous avons des élégies d'Ovide, qui sont intitulées *de Ponto*, c'est-à-dire, envoyées du Pont. *Mulieres de nostro seculo quæ spontè peccant*, les femmes de notre siecle. Ausone, *dans l'épitre qui est à la tête de l'idylle VII.* Cette couronne, que les soldats de Pilate mirent sur la tête de Jesus-Christ, S. Marc (*ch. xv. v. 17.*) l'appelle *spineam coronam*, et S. Matth. (*ch. xv. v. 29.*) aussi-bien que S. Jean (*ch. xjx. v. 2.*) la nomment *coronam de spinis*, une couronne d'épines. *Unus de circumstantibus*, Marc, ch. xiv. ver. 47. un de ceux qui étoient là, l'un des assistans. Nous disons *que les Romains ont été ainsi appellés de Romulus*; et n'est-ce pas dans le même sens que Virgile a dit: *Romulus excipiet gentem, Romanosque suo de nomine dicet*. I. Æneid. v. 281. et au vers 371 du même livre, il dit que Didon acheta un terrein qui fut appellé *byrsa*, du nom d'un certain fait; *facti de nomine byrsam*; et encore au vers 18. du III. liv. Enée dit: *Æneadasque meo nomen de nomine fingo. ducis de*

3º. *De* se utiliza también en latín y en francés para significar *pendant* (durante): *De die, de nocte; De jour, de nuit*.

4º. *De* con el significado de *touchant* (en lo tocante a), *au regard de* (respecto a): *Si res de amore meo secundae essent*[121] («Si los asuntos de mi amor fueran bien»); *Legati de pace* («delegados en lo tocante a la paz, para hablar de la paz»); *de captivis commutandis* («en relación con el intercambio de prisioneros»).

5º. *De* con el significado de *à cause de*, *pour*: *Nos amas de fidicina istac*[122] («Me amas a causa de esta mujer músico»); *laetus de amica* («Está contento a causa de su amiga»); *rapto de fratre dolentis* («inconsolable por la muerte de su hermano»). En *accusare, arguere de* el *de* tiene el mismo significado.

6º. Finalmente, esta preposición sirve para formar giros adverbiales: *De integro* («de nuevo»); *de industria* («deliberadamente», «a propósito»).

Si pasamos a autores de la baja latinidad, nos encontraremos todavía con un número mayor de ejemplos. *De caelis Deus* («Dios de los cielos»), *Pannus de lana* («paño, tela de lana»).

Aprovecha los ejemplos latinos para demostrar, de nuevo, que *de* no es, como dicen algunos gramáticos franceses, marca de genitivo en francés:

De manera que el uso que los latinos hicieron de esta preposición es el origen del uso que nosotros hacemos de la misma. Los testimonios que he aducido deberían ser suficientes, me parece a mí, para rechazar el prejuicio muy extendido en todas nuestras Gramáticas: que nuestro *de* es la marca del genitivo. Pero he aquí otro golpe; en latín, en efecto, se dice: *Templum de marmore; primus de plebe; rabula de foro* («charlatán de foro»); *declamator de ludo* («orador de salón»); *homo de schola; mulieres de nostro saeculo, quae sponte peccant; pannus de lanna*. En estos casos *de* no es sino una preposición con un complemento en ablativo, ya que ese mismo *de*, al pasar a la lengua francesa con complementos parecidos, se encontraría transformado en partícula; además ¿por qué ese complemento, que es ablativo en latín, iba a ser genitivo en francés?

En definitiva, no existen casos en francés. Las relaciones entre las palabras, desde el punto de vista de la mente, pueden ser las mismas en latín que en francés; pero en latín marcaban esas relaciones con casos y preposiciones y en francés se hace con el orden de palabras y preposiciones:

No está ni en genitivo ni en ablativo. No tenemos casos propiamente dichos en francés. Nosotros solo nombramos la cosa con una palabra[123]; y a la vista de

nomine, ibid. ver. 166. *etc. de nihilo irasci*; Plaut. se fâcher d'une bagatelle, de rien, pour rien. *quercus de coelo tactas*. Virg. des chênes frappés de la foudre. *de more*; Virg. selon l'usage. *de medio potare die*, Horace, dès midi; *de tenero ungui*, Horace, dès l'enfance; *de industriâ*, Teren. de dessein prémédité; *filius de summo loco*, Plaut. un enfant de bonne maison; *de meo, de tuo*, Plaut. de mon bien, à mes dépens; j'ai acheté une maison de Crassus, *domum emi de Crasso*; Cic. fam. liv. V. Ep. vj. et pro Flacco, c. xx. *fundum mercatus et de pupillo*. il est de la troupe, *de grege illo est*; Ter. Adelp. III. iij. 38. je le tiens de lui, *de Davo audivi*; diminuer de l'amitié, *aliquid de nostra conjunctione imminutum*; Cic. V. liv. epist. v».

[121] Terence.

[122] La frase es del acto 3º, escena 2ª, del *Eunuco* de Terencio. Du Marsais no da la referencia. Quizás la tome de otros gramáticos anteriores. De hecho la frase fue utilizada ya por Sanctius en su *Minerva*, cuando habla de las diferentes construcciones que puede tener un verbo.

[123] Es decir, sin desinencia; sin que esté en caso alguno.

las relaciones o perspectivas diferentes bajo las cuales consideramos las palabras, marcamos esas perspectivas o bien mediante la colocación de las palabras, o bien con el recurso de la preposición.

Esta preposición *de* es empleada muy frecuentemente para calificar y determinar; es decir, sirve para poner en relación la palabra que califica con la que es calificada: *Un palais de roi, un courage de héros.*

Cuando solo está la preposición *de*, sin artículo, la preposición y su complemento funcionan como adjetivo. Un *palais de roi* equivale a un *palais royal*; *une valeur de héros* equivale a *une valeur héroique*. Es un uso concreto y sirve para expresar un tipo de persona o cosa. Pero cuando hay un significado individual o personal, ya sea universal, ya sea único, es decir, cuando se quiere hablar, o bien de todos los reyes personalmente, como cuando se dice *l'interêt des rois*, o bien de algún rey particular, *la gloire du roi, la valeur du héros que j'aime*, entonces se añade el artículo a la preposición; ya que *des rois* equivale a *de les rois* y *du héros* equivale a *de le héros*.

1.1.5. La preposición ad *y* a/ab *del latín en francés*

Aprovecha de nuevo el paralelismo entre estas preposiciones en latín y francés para insistir en que en francés no hay casos:

En lo que se refiere a los usos de nuestro *à*, vienen casi siempre de los usos de la preposición latina *ad*, que conservan los italianos todavía hoy delante de una vocal: *ad uomo d'intellecto*, «à une homme d'esprit»; *ad uno ad uno*, «un à un». Los latinos lo decían de dos formas: *loqui alicui* y *loqui ad aliquem*; *afferre aliquid alicui* o *ad aliquem*. En francés: *parler à quelqu'un, apporter quelque chose à quelqu'un*. Si de las dos formas expresivas latinas, nosotros hemos escogido la que se enuncia con preposición, es que nosotros no tenemos dativo.

1º. Los latinos decían *pertinere ad*; nosotros lo decimos también con la preposición: *apartenir à*.

2º. Otros usos de nuestra preposición *à* vienen de la preposición latina *à* o *ab*: en latín se decía *afferre aliquid alicui* o *ab aliquo*, en francés *ôter quelque chose à quelqu'un*. Se dice también *eripere aliquid alicui* o *ab aliquo*; *Petere veniam à deo*, en francés *Demander pardon à Dieu*.

Todo lo que dice el abad Regnier para hacernos ver que el francés tiene dativo, se compadece poco con las numerosas observaciones juiciosas que están repartidas por su Gramática. Según este célebre académico (p. 238), cuando se dice *voila un chien qui s'est donné à moi, à moi* es un dativo. Pero si se dice *un chien qui'est adonné à moi,* este *à moi* no está ahora ya en dativo; se trata, dice Regnier, de la preposición latina *ad*. Confieso que yo no sabría reconocer la preposición latina en *adonné à*, si no la reconozco también en *donné à*; y que tanto en un caso como en otro, los dos *à* me parecen de la misma especie y tienen el mismo origen. En una palabra, si *ad aliquem,* o *ab aliquo*, no son dativos en latín, no veo por qué *à quelqu'un* puede ser un dativo en francés.

Para mí, pues, *de* y *à* son simples preposiciones, de la misma forma que *par, pour, avec* etc. Unas y otras sirven para dar a conocer en francés las relaciones concretas que el uso les ha encargado marcar; el uso permite a la lengua latina expresar de otra manera esas mismas relaciones.

1.2. El artículo es un prenombre en función de adjetivo

El artículo es una clase de palabra que Du Marsais incluye en la clase que llama Prenombres. Se trata de palabras que, puestas delante de un nombre, marcan, no cualidades objetivas de las cosas significadas por esos nombres, sino puntos de vista subjetivos de la mente sobre esos objetos. De este tipo son *tout, chaque, nul, aucun, quelque, certain* (en el sentido de *quidam*), *un, cè, cette, ces, le, la, les*, a los cuales se pueden unir también los adjetivos posesivos derivados de los pronombres personales; tales son *mon, ma, mes*, y los nombres de los números cardinales: *un, deux, trois, quattre, cinq, six*:

> En relación con *le, la, les*, yo los considero una clase de palabra particular llamada artículo; yo los pongo en el grupo de los adjetivos prepositivos, que van siempre delante de sus sustantivos y que tienen, cada uno, una función que les es propia. Se les podría llamar Prenombres.
>
> De la misma forma que la sociedad civil no sabría emplear demasiados medios para generar en el corazón de los hombres sentimientos que de una parte los lleven a evitar el mal que es contrario a la sociedad y de otra los empujen a practicar el bien que sirve para mantenerla y hacerla floreciente, así tampoco el arte de la palabra no sabría darnos demasiados recursos que nos hicieran evitar la opacidad y anfibología, ni sabría inventar demasiado número de palabras para enunciar no solamente las diferentes ideas que tenemos en la mente y para expresar los diferentes aspectos que consideramos en los objetos que ha generado esas ideas[124].
>
> Esa es función de los prenombres o adjetivos metafísicos, los cuales marcan, no las cualidades físicas de los objetos, sino solamente los puntos de vista de la mente, o las diferentes caras que la mente considera en una misma palabra. Tales son *tout, chaque, nul, aucun, quelque, certain* (en el sentido de *quidam*), *un, cè, cette, ces, le, la, les*, a los cuales se pueden unir también los adjetivos posesivos derivados de los pronombres personales; tales son *mon, ma, mes*, y los nombres de los números cardinales: *un, deux, trois, quattre, cinq, six* etc.

1.2.1. El artículo le, la, les

Son adjetivos metafísicos que marcan, no las cualidades físicas u objetivas de las cosas, sino los puntos de vista que la mente del que habla tiene sobre las cosas:

> De esta manera, incluyo *le, la, les* en el grupo de estos prenombres o adjetivos metafísicos. ¿Por qué sacarlos de la clase de los otros adjetivos?
>
> Son adjetivos, ya que modifican a su sustantivo y hacen que tomemos al sustantivo en una acepción concreta, individual o personal. Son adjetivos metafísicos, ya que marcan, no cualidades físicas de los objetos, sino una visión particular de la mente.

Crítica a los gramáticos que consideran que el artículo sirve para indicar el género del nombre que viene detrás:

[124] Formulación de la ley de economía lingüística.

> Casi todos nuestros gramáticos (Regnier, p. 141, Restaut, p. 64) nos dicen que *le, la, les* sirven para dar a conocer el género de los nombres, como si esta fuera una propiedad particular de estas pequeñas palabras. Cuando tenemos un adjetivo al lado de un nombre, se pone ese adjetivo con terminación masculina o femenina en función de lo que el uso nos ha enseñado. Si decimos *le soleil*, en lugar de *la soleil*, como hacen los alemanes, es porque sabemos que en francés *soleil* es del género masculino, es decir, que es de la clase de nombres de cosas inanimadas a las cuales el uso ha dado la terminación de los adjetivos ya destinados a los nombres de machos, cuando se trata de animales. Así, cuando hablamos del sol, en lugar de *la soleil*, decimos *le soleil*, por la misma razón que decimos *beau soleil, brillant soleil*, en lugar de *belle* o *brillante*.

Crítica a los gramáticos que consideran al artículo como pronombre:

> Por otro lado, algunos gramáticos incluyen *le, la, les* en el grupo de los pronombres. Pero si el pronombre es una palabra que se pone en el lugar del nombre al que remiten, *le, la, les* solo serán pronombres cuando hagan esa función[125]. En ese caso van solos sin tener al lado el nombre al que remiten y representan; así, en *La vertu est aimable; aimez-la*, el primer *la* es adjetivo metafísico o, como normalmente se le llama, artículo; va delante de su sustantivo *vertu*; convierte a *vertu* en persona gramatical; hace que se la considere como individuo metafísico. Pero el segundo *la*, que está detrás de *aimez*, remite a *vertu*; y por ello es pronombre y va solo. En ese caso, *la* deriva de *illam*, en francés *elle*.
>
> Esta diferencia de función o uso de las palabras, y no la diferencia material de sonido, es la que hace que entren en sus respectivas clases de palabras. Por ello[126] el infinitivo de los verbos es con frecuencia nombre: *le boire, le manger.*
>
> Sin dejar todavía estas palabras, ¿no es cierto que ese mismo sonido *la* es también a veces un adverbio que responde a los adverbios latinos *ibi, hac, isthac, illac*, como ocurre en *il demeure là, il va là* etc.? ¿No es también un nombre sustantivo cuando significa una nota de música? ¿Y no es también, en fin, una partícula expletiva que sirve para dar fuerza al enunciado, como ocurre en *Ce jeune homme-la, cette femme-la*?

1.2.2. El artículo un

Es también, como *le*, un adjetivo que, en este caso, sirve para designar a un individuo separado de su especie: un toro es un individuo de la especie «toro»; equivale al latín *quidam*, que es claramente un adjetivo:

> En cuanto a *un, une*, con el significado de *quelque* o *certain*, en latín *quidam*, es también un adjetivo prepositivo que designa a un individuo concreto separado de su especie, pero sin determinar singularmente que se trata de Pedro o Pablo, en el caso de que sean Pedro o Pablo. El uso nos viene del latín: *Quis est is homo, unusne amator? Hic est unus servus violentissimus*[127]; *sicut unus*

[125] La función fórica.
[126] Por la función.
[127] Plaute.

pater familias[128]; *qui variare cupit rem prodigaliter unam*[129] (aquel que cree que embellecer un tema, *unam rem*, convirtiéndola en algo maravilloso[130]); *forte unam aspicio adolescentulam*[131]; Donato, quien comentó a Terencio en el tiempo en que la lengua latina era todavía una lengua viva, dice, a propósito de este pasaje, que Terencio habla de acuerdo con el uso; y que, si Terencio dice *unam* en lugar de *quandam*, es porque ese era y sigue siendo el uso.

Crítica a la Gramática de Port Royal, que había sostenido que *un* era artículo indefinido y que *des* es el artículo indefinido del plural:

La *Gramática General* de Port Royal dice que *un* es artículo indefinido. A mí, esta palabra me parece tan artículo indefinido como *tout*, artículo universal, o *ce, cétte, ces,* artículos definidos[132]. El autor de Port Royal añade: «pienso que generalmente *un* no tiene plural; que ciertamente no hay palabra alguna que derive de *un*». Sin embargo, respondo yo, se dice *les uns, quelques-uns*; y los latinos dicen, en plural, *uni, unae* etc.: *Ex unis geminas mihi conficiet nuptias*[133]; *aderit una in unis aedibus*[134]. Y sigue diciendo el autor de la *Gramatica General* de Port Royal: «yo digo, que *un* tiene un plural tomado de otra palabra, que es *des* delante de sustantivos, como *des animaux*; y *de*, cuando precede un adjetivo al sustantivo, como *de beaux lits*». ¡*De* un plural! ¡Esto es nuevo![135]

Que se enteren de una vez de que *des* equivale *de les*; que cuando decimos *à des hommes* estamos diciendo *à de les hommes*; que *de* no puede en ese caso ser determinante de *à*; que igualmente hay una elipsis: *à des hommes* equivale a *à quelques-uns de les hommes*, *quibusdam ex hominibus*; que, por el contrario, cuando decimos *le Sauveur des hommes*, se trata de una construcción

[128] Cicerón.

[129] Horace.

[130] Los versos 29-30 del *Ars Poetica* de Horacio dicen: *qui variare cupit rem prodigaliter unam, / delphinum in silvis appingit, fluctibus aprum* («el que quiere cambiar una cosa exageradamente, termina pintando un delfín en la selva y un jabalí en olas»).

[131] Térence.

[132] Ni *tout* le parece artículo universal, ni *ce, cette, ces* artículos indefinidos. De manera que tampoco le parece artículo indefinido *un*.

[133] Térence.

[134] Idem.

[135] En el artículo de la *Encyclopedie* se añade esto: «Nous avons déjà observé que *des* est pour *de les*, et que *de* est une préposition, qui par conséquent suppose un mot exprimé ou sousentendu, avec lequel elle puisse mettre son complément en rapport: qu'ainsi il y a ellipse dans ces façons de parler; et l'analogie s'oppose à ce que *des* ou *de* soient le nominatif pluriel d'*un* ou d'*une*. L'auteur de cette Grammaire générale me paroit bien au-dessous de sa réputation quand il parle de ce mot *des* à la page 55: il dit que cette particule est quelquefois nominatif; quelquefois accusatif, ou génitif, ou datif, ou enfin ablatif de l'article *un*. Il ne lui manque donc que de marquer le vocatif pour être la particule de tous les cas. N'est-ce pas là indiquer bien nettement l'usage que l'on doit faire de cette préposition? Ce qu'il y a de plus surprenant encore, c'est que cet auteur soûtient, page 55, *que comme on dit au datif singulier* à un, *et au datif pluriel* à des, *on devroit dire au génitif pluriel* de des; *puisque* des *est*, dit-il, *le pluriel d'*un: *que si on ne l'a pas fait, c'est*, poursuit-il, *par une raison qui fait la plûpart des irrégularités des langues, qui est la cacophonie; ainsi*, dit-il, selon la parole d'un ancien, *impetratum est à ratione ut peccare suavitatis causâ liceret*; et cette remarque a été adoptée par M. Restaut, *p. 73. et 75.* Au reste, Cicéron dit (*Orator, n. XLVII.*) que *impetratum est à consuetudine*, et non *à ratione, ut peccare suavitatis causâ liceret*: mais soit qu'on lise *à consuetudine*, avec Cicéron, ou *à ratione*, selon la Grammaire générale, il ne faut pas croire que les pieux solitaires de P. R. ayent voulu étendre cette permission au-delà de la Grammaire. Mais revenons à notre sujet».

muy sencilla: en singular se dice *le Sauveur de l'homme*, y en plural *le Sauveur de les hommes*, estando la diferencia entre *le* y *les* y en la preposición *à*; sería inútil y ridículo repetir esto más veces. Con *des* pasa lo mismo que con *aux*; uno equivale a *de les* y el otro a *à les*. Sin embargo, dado que cuando el sentido de la construcción no es partitivo, decimos *aux hommes*, sin entender que haya elipsis, también se dice *des hommes*, en el mismo sentido *general: L'ignorance des hommes, la vanité des hommes.*

En conclusión,

1º, consideramos a *le, la, les*, como simples adjetivos, indicativos y metafísicos, de la misma forma que *ce, cet, cette, un, quelq'un, certain* etc.

2º, consideramos a *de* como una preposición, que, de la misma forma que *par, pour, en, avec, sans* etc. sirve para llevar a la mente a la consideración de dos objetos y hacer que se vea la relación que se quiere indicar entre uno y otro.

3º, finalmente, descomponemos *au, aux, du, des*, teniendo en cuenta la función y la naturaleza de cada uno los miembros por separado; y así todo quedará claro.

2. LOS PRENOMBRES COMO MODIFICADORES DEL TIPO DE NOMBRE

Pero antes de pasar a mayor detalle en lo que se refiere al empleo y uso de estos adjetivos[136], yo creo que no estará fuera de lugar pararnos un momento en las consideraciones siguientes.

2.1. Nombres propios / nombres de especie / nombres de género

Lo ideal sería que cada objeto o individuo que hay en el mundo tuviera un nombre propio; como eso es imposible, se crean los nombres de especie y de género:

> Cada ser concreto debería tener su nombre propio, de la misma forma que, en cada familia, cada persona tiene el suyo. Pero ello no es posible, debido a la innumerable multitud de seres concretos, de sus propiedades y de sus relaciones. Nos vemos, pues, obligados a dar el mismo nombre a todos los individuos que tienen entre ellos ciertas cualidades comunes, es decir, que forman una especie[137].

[136] Más adelante hablará de los matices subjetivos concretos que marcan los artículos.

[137] Estos tres párrafos son un resumen de lo que escribió en la *Encyclopedie*: «elles paroîtront d'abord étrangeres à notre sujet; mais j'ose me flatter, qu'on reconnoîtra dans la suite qu'elles étoient nécessaires. Il n'y a en ce monde que des êtres réels, que nous ne connoissons que par les impressions qu'ils font sur les organes de nos sens, ou par des réflexions qui supposent toûjours des impressions sensibles. Ceux de ces êtres qui sont séparés des autres, font chacun un ensemble, un tout particulier par la liaison, la continuité, le rapport et la dépendance de leurs parties. Quand une fois les impressions que ces divers objets ont faites sur nos sens, ont été portées jusqu'au cerveau, et qu'elles y ont laissé des traces, nous pouvons alors nous rappeller l'image ou l'idée de ces objets particuliers, même de ceux qui sont éloignés de nous, et nous pouvons par le moyen de leurs noms, s'ils en ont un, faire connoître aux

1º. El nombre propio es el nombre que se da a un ser particular, al menos en el entorno en que se encuentra ese ser. Así Luis y María son nombres propios, los cuales, en el entorno en que se conoce el destinatario, solo designan a esta o a aquella persona concreta, y a un tipo o especie de personas.

Los objetos concretos a los que se da este tipo de nombres, se llaman individuos; es decir, cada uno de ellos no puede ser dividido en otro igual sin dejar de ser él mismo. Un diamante concreto, si lo dividimos, deja de ser el diamante que era. La idea que tenemos en mente de él solo nos remite a él, y no incluye a otros que sean menores que él.

2º. Los nombres de especie son los que se aplican a todos los individuos que tienen entre ellos ciertas cualidades comunes. Así, *chien* (perro) es un nombre de especie, porque este nombre se aplica a todos los perros concretos, cada uno de los cuales es un individuo parecido en ciertos aspectos esenciales a todos los otros individuos, de los cuales, debido a esa semejanza, se dice que son de la misma especie, y tienen entre ellos un nombre común, *chien*.

3º. Hay un tercer tipo de nombres, que a los maestros les ha parecido bien llamar nombre de género, es decir, nombres más generales, más extensos aún que los simples nombres de especie. Son aquellos que son comunes a cada individuo de todas las especies que componen ese género. Por ejemplo, *animal* se dice del perro, del caballo, del león, del ciervo y de todos los individuos concretos que

---

autres hommes, que c'est à tel objet que nous pensons plûtôt qu'à tel autre. Il paroît donc que chaque être singulier devroit avoir son nom propre, comme dans chaque famille chaque personne a le sien: mais cela n'a pas été possible à cause de la multitude innombrable de ces êtres particuliers, de leurs propriétés et de leurs rapports. D'ailleurs comment apprendre et retenir tant de noms? Qu'a-t-on donc fait pour y suppléer? Je l'ai appris en me rappellant ce qui s'est passé à ce sujet par rapport à moi. Dans les premieres années de ma vie, avant que les organes de mon cerveau eussent acquis un certain degré de consistance, et que j'eusse fait une certaine provision de connoissances particulieres, les noms que j'entendois donner aux objets qui se présentoient à moi, je les prenois comme j'ai pris dans la suite les noms propres. Cet animal à quatre pattes qui venoit badiner avec moi, je l'entendois appeller *chien*. Je croyois par sentiment et sans autre examen, car alors je n'en étois pas capable, que chien étoit le nom qui servoit à le distinguer des autres objets que j'entendois nommer autrement. Bientôt un animal fait comme ce chien, vint dans la maison, et je l'entendis aussi appeller *chien; c'est*, me dit-on, *le chien de notre voisin*. Après cela j'en vis encore bien d'autres pareils, auxquels on donnoit aussi le même nom, à cause qu'ils étoient faits à peu près de la même maniere; et j'observai qu'outre le nom de *chien* qu'on leur donnoit à tous, on les appelloit encore chacun d'un nom particulier: celui de notre maison s'appelloit *Médor*; celui de notre voisin, *Marquis*; un autre, *Diamant*, etc. Ce que j'avois remarqué à l'égard des chiens, je l'observai aussi peu à peu à l'égard d'un grand nombre d'autres êtres. Je vis un moineau, ensuite d'autres moineaux; un cheval, puis d'autres chevaux; une table, puis d'autres tables; un livre, ensuite des livres, *etc.* Les idées que ces différens noms excitoient dans mon cerveau, étant une fois déterminées, je vis bien que je pouvois donner à Médor et à Marquis le nom de *chien*; mais que je ne pouvois pas leur donner le nom de *cheval*, ni celui de *moineau*, ni celui de *table*, ou quelqu'autre: en effet, le nom de *chien* réveilloit dans mon esprit l'image de chien, qui est différente de celle de cheval, de celle de moineau, *etc.* Médor avoit donc déjà deux noms, celui de *Médor* qui le distingue de tous les autres chiens, et celui de *chien* qui le mettoit dans une classe particuliere, différente de celle de cheval, de moineau, de table, *etc.* Mais un jour on dit devant moi que Médor étoit un joli animal; que le cheval d'un de nos amis étoit un bel animal; que mon moineau étoit un petit animal bien privé et bien aimable: et ce mot d'*animal* je ne l'ai jamais oüi dire d'une table, ni d'un arbre, ni d'une pierre, ni enfin de tout ce qui ne marche pas, ne sent pas, et qui n'a point les qualités communes et particulieres à tout ce qu'on appelle *animal*. Médor eut donc alors trois noms, *Médor*, *chien*, *animal*. On m'apprit dans la suite la différence qu'il y a entre ces trois sortes de noms; ce qu'il est important d'observer et de bien comprendre, par rapport au sujet principal dont nous avons à parler».

viven, que se pueden trasladar por sí mismos de un lugar a otro, y que tienen órganos[138].

Las especies que componen un género se distinguen unas de otras por alguna propiedad esencial[139]. Cada especie tiene su forma de ser propia que la diferencia de otra especie, de la misma forma que cada individuo tiene su referente concreto que no comparte con ningún otro.

Esa forma de ser distintiva, ese motivo, esa razón que nos permite formar los diversos nombres de especies, es lo que se llama diferencia.

Téngase muy en cuenta que todos estos nombres –*género, especie, diferencia*– no son sino términos metafísicos, de la misma forma que los nombres abstractos, como *humanidad, bondad* y muchos más que no apuntan nada más que a consideraciones particulares de nuestra mente, sin que existan fuera de nosotros cosas reales que sean *especie*, o *género*, o *humanidad* etc.

El uso, en el que hemos de dar nombres al contenido de las ideas que representan cosas reales, nos has llevado a dar también nombres, por imitación, al contenido metafísico de las ideas abstractas que conocemos. Y hablamos de esos objetos metafísicos como lo hacemos de los objetos reales. De manera que en el mundo metafísico hay también nombres de especie y nombres individuales. *Cette verité*, *cette vertu, ce vice*, son nombres tomados, por imitación, en sentido individual.

El instrumento que utilizamos para aislar a un individuo de una especie sin necesidad de darle nombre propio es el recurso a los adjetivos antepuestos, los prenombres en función de adjetivo, entre los que incluye, como ya hemos visto, el artículo y prenombres como los adjetivos determinativos:

Es la necesidad de dar a conocer a los demás cada uno de los contenidos de nuestras ideas, y ciertos puntos de vista o maneras concretas de considerar a esos contenidos, ya sean reales, ya sean metafísicos, es esa necesidad, digo, la que, a falta de nombres propios para cada idea concreta, nos ha obligado a inventar, por un lado nombres de especie, y, por otro, adjetivos antepuestos, que dan a los nombres aplicaciones individuales. Los objetos particulares de los que queremos hablar y que no tienen nombre propio, se encuentran mezclados en nuestra mente con todos los otros individuos de su especie. El nombre de la especie se aplica por igual a todos. Cada uno de esos seres innumerables que nadan en el mar es

[138] En la *Encyclopedie* añadía Du Marsais la siguiente discusión: «Ainsi l'on dit ce chien est un *animal* bien attaché à son maître, ce lion est un *animal* féroce, *etc*. *Animal* est donc un nom de genre, puisqu'il est commun à chaque individu de toutes les différentes especes d'animaux. Mais ne pourrai-je pas dire que l'*animal* est un *être*, une *substance*, c'est-à-dire une chose qui existe? Oui sans doute, tout animal est un être. Et que deviendra alors le nom d'*animal*, sera-t-il encore un nom de genre? Il sera toûjours un nom de genre par rapport aux différentes especes d'animaux, puisque chaque individu de chacune de ces especes n'en sera pas moins appellé *animal*. Mais en même tems *animal* sera un nom d'espece subordonnée à *être*, qui est le genre suprème; car dans l'ordre métaphysique, (et il ne s'agit ici que de cet ordre-là) *être* se dit de tout ce qui existe et de tout ce que l'on peut considérer comme existant, et n'est subordonné à aucune classe supérieure. Ainsi on dira fort bien qu'il y a différentes especesnt d'*êtres* corporels: premierement les animaux, et voilà *animal* devenu nom d'espece: en second lieu il y a les corps insensibles et inanimés, et voilà une autre espece de l'*être*».

[139] En *Encyclopedie* aquí añadía Du Marsais este ejemplo: «ainsi l'espece humaine est distinguée de l'espece des brutes par la raison et par la conformation; les plumes et les aîles distinguent les oiseaux des autres animaux, *etc*.».

llamado, por igual, *pez*. De manera que el nombre de la especie, solo y por sí mismo, no tiene nada más que un valor indefinido, es decir, un valor pertinente que no es aplicable a ningún objeto concreto. Es lo mismo que cuando se dice *verdadero, bueno, bello,* sin poner al lado de estos adjetivos ningún ser real o metafísico. Son los prenombres los que, concertando con los otros nombres de la frase, libran al objeto concreto del que se habla de la indeterminación propia de un nombre de especie y hacen así de él una especie de nombre propio. Por ejemplo, si el astro que nos alumbra no tuviera su nombre propio, *sol*, y tuviéramos que hablar de él, cogeríamos en primer lugar el nombre de la especie, *astro*; después nos serviríamos del prenombre conveniente para dar a conocer que no queremos hablar nada más que de un individuo de la especie de los astros; diríamos, por ejemplo, *ese astro*, o *el astro*. Tras ello, recurriremos a las palabras que nos parezcan las más apropiadas para delimitar concretamente al individuo al que apunta la palabra *astro*; diríamos: *ese astro que nos alumbra; el astro padre del día; el astro alma de la naturaleza*[140] etc. Otro ejemplo: *libro* es un nombre de especie que no se puede aplicar a nada en concreto; pero si digo *mi libro, este libro, el libro que acabo de comprar*, lo primero que concebimos son los prenombres o prepositivos *mi, este, el* y después, gracias a los adjuntos o palabras añadidas, se sabe que hablo de tal o tal libro, de un individuo concreto de la especie de los libros.

2.2. Proposiciones universales, proposiciones particulares y proposiciones singulares en función del nombre al que se aplican

Como los nombres, que representan objetos o ideas metafísicas, es decir ideas que solo están en la mente y no en el exterior de la mente, son el punto de partida para la creación de un juicio mental, y, después, de una proposición, los juicios mentales y las proposiciones elocutivas serán diferentes en la misma medida que, como acaba decir, sean diferentes los nombres desde el punto de vista de su extensión, universales e individuales:

Téngase en cuenta que, cuando tenemos que aplicar alguna calificación a individuos de una especie, querremos: primero, o bien hacer esa aplicación a todos los individuos de esa especie; o bien a algunos de ellos a los que no queremos o no podemos concretizar; o bien, en fin, a uno solo al que queremos dar a conocer concretamente. Estos son los tres puntos de vista de la mente que los lógicos llaman extensión, *l'étendue de la proposition*.

Todo discurso está compuesto de significados concretos enunciados mediante el ensamblaje de las palabras que forman las proposiciones, y las proposiciones ensambladas forman periodos. Es más, toda proposición tiene: o bien una extensión universal; es el primer caso que hemos dicho. O bien una extensión determinada; es el segundo caso. O bien, en fin, una extensión individual; es el tercer caso.

1º. Si el que habla pone como sujeto de su proposición una palabra de significado universal, es decir, si aplica un calificativo a todos los individuos de una especie, entonces la extensión de la proposición es universal; o, lo que es lo mismo, la proposición es universal.

[140] Esto son más bien definiciones retóricas en lugar de definiciones semánticas.

2º. Si se habla de un individuo que no está expresamente enunciado, se dice que la proposición es particular; tiene una extensión particular. Es decir, lo que se dice, solo se dice de un sujeto que no está expresamente enunciado.

3º. En fin, las proposiciones son singulares, cuando el sujeto, es decir la persona o la cosa de la que se habla, es un individuo singular concreto. En ese caso, el atributo de la proposición, es decir, lo que se dice del sujeto, solo tiene una extensión particular, o, lo que es lo mismo, solo se debe entender en relación con ese sujeto. Por ejemplo: *Louis XV a triomphé de ses ennemis; Le soleil est levé*.

2.3. Marcas prenominales de cada uno de esos nombres y sus correspondientes proposiciones

Vuelve Du Marsais a la cuestión, ya apuntada anteriormente, de la función de los artículos y demás adjetivos prenominales como recurso para aislar individuos de una especie sin necesidad de crear un nombre propio:

> En cada uno de esos tres casos, nuestra lengua nos ofrece un prenombre destinado a cada de esas perspectivas concretas de nuestra mente. Veamos, pues, la función propia o el papel concreto de estos prenombres.

El prenombre adjetivo *tout* como marca de proposiciones universales:

> 1. *Tout homme est animal; chaque homme est animal*. Aquí, cada uno de los individuos de la especie humana está calificado por *animal*, que tiene valor de adjetivo. Y es que *Tout homme est animal* es lo mismo que «Todo hombre vegeta, es un ser vivo, se mueve, tiene sensaciones»; en una palabra, «todo hombre tiene las cualidades que distinguen al animal de los seres insensibles». De manera que *tout*, que funciona aquí como prepositivo de un nombre apelativo, da a ese nombre una extensión universal. Es decir, lo que se dice de un nombre, por ejemplo del «hombre», se considera que se dice de cada individuo de la especie. De esta manera la proposición es universal[141]. Cuando digo *tout homme est mortel*, es tanto como decir *Alexandre etoit mortel; César etoit mortel; Philippe est mortel*, y así de cada individuo, pasado, presente y futuro y también, posiblemente, de la especie humana.

Diferencia entre *tout homme, tous les hommes, tout l'homme*:

[141] En la *Encyclopedie* se añade: «Nous comptons parmi les individus d'une espece tous les objets qui nous paroissent conformes à l'idée exemplaire que nous avons acquise de l'espece par l'usage de la vie: cette idée exemplaire n'est qu'une affection intérieure que notre cerveau a reçûe par l'impression qu'un objet extérieur a faite en nous la premiere fois qu'il a été apperçû, et dont il est resté des traces dans le cerveau. Lorsque dans la suite de la vie, nous venons à appercevoir d'autres objets, si nous sentons que l'un de ces nouveaux objets nous affecte de la même maniere dont nous nous ressouvenons qu'un autre nous a affectés, nous disons que cet objet nouveau est de même espece que tel ancien: s'il nous affecte différemment, nous le rapportons à l'espece à laquelle il nous paroît convenir, c'est-à-dire, que notre imagination le place dans la classe de ses semblables; ce n'est donc que le souvenir d'un sentiment pareil qui nous fait rapporter tel objet à telle espece: le nom d'une espece est le nom du point de réunion auquel nous rapportons les divers objets particuliers qui ont excité en nous une affection ou sensation pareille. L'animal que je viens de voir à la foire a rappellé en moi les impressions qu'un *lion* y fit l'année passée; ainsi je dis que *cet animal est un lion*; si c'étoit pour la premiere fois que je visse un *lion*, mon cerveau s'enrichiroit d'une nouvelle idée exemplaire».

Obsérvense estos tres giros: *tout homme est ignorant, tous les hommes sont ignorans, tout l'homme n'est que foiblesse*. *Tout homme* engloba a cada individuo de la especie humana, a cualquier individuo que pueda ser de la especie humana. De manera que *tout* es un adjetivo. *Tous les hommes sont ignorans* tiene también el mismo sentido; estas dos proposiciones solo se diferencian por la forma. En la primera *tout* quiere decir *cada uno*; presenta la pluralidad en forma distributiva; es decir, considera a los individuos uno detrás de otro; sin embargo, *tous les hommes* presenta a los hombres como todos juntos en forma colectiva. De manera que *tous* es un prepositivo destinado a marcar el conjunto universo de los hombres. *Tous* tiene aquí una especie de significado adverbial en forma de adjetivo; es algo así como el participio, que tiene cosas del verbo y cosas del nombre. *Tous* significa universalmente, sin excepción; tan es esto verdad que se puede separar el *tous* de su sustantivo y unirle directamente al verbo. Quinault, hablando de los pájaros dice: *En amour ils sont tous moins bêtes que nous*. Esa es la razón[142] de que en estas frases el artículo *les* no abandone a su sustantivo y no se ponga delante de *tous*. En cuanto a *tout l'homme* significa el hombre entero, el hombre enteramente, el hombre considerado como una especie individual.

Otros prenombres (*nul, aucun*) que indican generalidad o universalidad:

Nul y *aucun* dan también una extensión universal al sustantivo que acompañan, pero en un sentido negativo: en *Nul homme, aucun homme n'est immortel* se niega la inmortalidad de cada individuo de la especie humana. La proposición es universal, pero negativa; sin embargo, la frase con *tous*, sin negación, es una proposición universal afirmativa. En el caso de las proposiciones con *nul* y *aucun*, al ser negativos estos adjetivos que acompañan al sujeto, deben estar acompañados de una negación: *Nul homme n'est exempt de la nécessité de mourir. Aucun philosophe de l'antiquité n'a eu autant de connoisances de physique qu'on en a aujourd'hui*.

Proposiciones indefinidas. Su diferencia con las universales:

2. *Tout, chaque, un, aucun* son, pues, la marca de la generalidad o universalidad de las proposiciones. Pero con frecuencia no están expresos, como sucede en *Les François sont polis; Les Italiens sont politiques*. En este caso estas proposiciones son universales solo por la costumbre, *de more, ut sunt mores*, es decir, de acuerdo con lo que comúnmente se ve entre los hombres. Estas proposiciones son llamadas también *indefinidas*, porque, por un lado, no se puede asegurar que en ellas estén comprendidos en general y sin excepción todos los individuos de la referencia; y por otro lado, tampoco se puede decir que en ellas esté excluido tal o tal individuo. De manera que, como los individuos comprendidos y los individuos excluidos no están determinados con precisión y como estas proposiciones solo deben ser entendidas con el significado de «el mayor número posible», se dice que son *indefinidas*.

Proposiciones particulares, cuya marca es *quelque, un, aucun*:

3. *Quelque, un* apuntan también a un individuo de la especie de la que se habla. Pero estos prenombres no designan singularmente a cada individuo. En

[142] El hecho de tener valor universal.

Quelque homme est riche, un savant m'est venu voir, yo hablo de un individuo de la especie humana, pero no delimito si ese individuo es Pedro o Pablo. En el mismo sentido se dice *une certaine personne, un particulier*; en este caso *particulier* es opuesto a *général* y a *singulier*. Designa ciertamente a un individuo que no está determinado concretamente. Estas proposiciones son llamadas *particulares*.

Aucun, sin negación, tiene también un significado referido a un particular en los libros antiguos, y significa *quelqu'un, quispiam, non-nullus, non-nemo*. Esta palabra sigue todavía en uso con ese significado en el lenguaje popular y en el estilo de la corte. Así *Aucuns soutiennent…, quidam affirmant…* Así, *aucunefois*, en el viejo estilo, quiere decir *quelquefois, de temps en temps, plerumque, interdum, nonnunquam*.

Proposiciones particulares, cuya marca es *on, de, des*:

On sirve también para las proposiciones particulares. *On m'a dit* equivale a *Qulqu'un m'a dit, un homme m'a dit*. Y es que *on* viene de *homme*; para evitar el hiato y la unión de dos vocales, se dice con frecuencia *l'on* a semejanza de *l'homme*, y *si l'on*. En otras muchas lenguas, la palabra que significa *homme*, es tomada también en sentido indefinido, como nuestro *on*.

De, des, que son preposiciones partitivas, sirven también para construir proposiciones particulares: *Des philosophes* o *d'anciens philosophes ont cru qu'il y avoit des antipodes*, es decir, *Quelques-uns des philosophes*, o *un certain nombre d'anciens philosophes*, o, en lenguaje antiguo, *aucuns philosophes*.

Proposiciones individuales, cuya marca es *ce, le, la, les*. Considera aquí Du Marsais como individuales aquellas proposiciones que, si bien su sujeto se refiere a una especie, esa especie es considerada como un individuo en relación con el género; es lo que va a llamar a partir de aquí especies individuales:

4. *Ce* designa a un individuo determinado y presenta ese individuo a la mente. *Ce livre, cet homme, cette femme, cet enfant* etc.

5. *Le, la, les* indican que se está hablando, o bien, primero, de un individuo concreto real, que es aislado de los otros de su especie, como cuando decimos *Le roi, la reine, le soleil, la lune,* o bien, en segundo lugar, de un individuo metafísico, por imitación o analogía con los anteriores: *La verité, le mensonge, l'esprit*, es decir, *el ingenio*; *le coeur*, es decir, *la sensibilité*; *l'entendement, la volonté, la vie, la mort, la nature, le mouvement, le repos, le néant* etc.

Lo mismo se puede decir de una especie cuando es aislada del género al que pertenece y es considerada como abstraída del género, y, por así decir, como ella misma en forma de un todo individual y metafísico. Por ejemplo, cuando se dice que *parmi les animaux, l'homme seul est raisonnable*; en este caso *l'homme* es una especie individual.

También, sin hablar de un objeto real en particular, decimos, por abstracción, *l'or est le plus précieux des métaux; le fer se fond et se forge; le marbre sert d'ornement aux édifices; le verre n'est point malléable; la pierre est utile; le cercle est rond* etc. Todos estos nombres, *l'or, le fer, le marbre* etc. están tomados en un sentido individual, pero metafísicamente y como especie; es decir, con su forma en singular comprenden a todos los individuos de una especie; de suerte que estos nombres no son propiamente otra cosa que el nombre de la idea modelo del punto en que se juntan todos los individuos, o el concepto que tenemos en la

mente de cada una de las especies de seres. Tales son los individuos metafísicos que son objeto de las Matemáticas: *le point, la ligne, le cercle, le triangle* etc.

Gracias a una operación similar de la mente, personificamos frecuentemente *la nature* y *l'art*.

Estos nombres de especies individuales son muy usados en el Apólogo: *Le loup et l'agneau; l'homme et le cheval* etc. No es a un lobo o a un cordero concreto a los que se hace hablar; es la especie individual y metafísica la que habla con otro individuo[143].

2.4. El uso del artículo en el caso de Nombres de especie o comunes

Los nombres de especie pueden funcionar como adjetivos, en cuyo caso no llevan artículo:

Añadamos aquí algunas observaciones en relación con estos nombres de especies:

1. Cuando un nombre de especie es tomado como adjetivo, no es necesario el artículo: *Tout homme est animal*; *homme* aquí está tomado como sustantivo; es una especie individual que lleva el prenombre *tout*; pero *animal* está tomado como adjetivo, como lo hemos dicho ya. No tiene, pues, ningún prepositivo, como no lo tiene ningún otro adjetivo; aquí se dice *animal*, como se podría decir *mortel, ignorant* etc.

Así se explica que en la Escritura se diga *toute chair est foin, omnis caro foenum*[144], es decir, poco duradera, perecedera, corruptible etc.; y así se explica también que de un hombre sin inteligencia digamos que *il est bête*.

Tampoco lleva artículo cuando tiene valor indefinido:

2. El nombre de una especie no admite artículo cuando es tomado con valor indefinido, sin ninguna extensión, ni restricción o aplicación individual; es decir, cuando el nombre es considerado como indefinido, como un grupo, como una especie, y no como un individuo específico. Es lo que sucede sobre todo cuando el nombre de especie va precedido de una preposición y genera un significado adverbial con esa preposición; es lo que ocurre cuando decimos *par jalousie, avec prudence, en présense, sans contrainte, sans feinte*. Se dice también con ese sentido indefinido *Avoir peur, avoir honte, faire pitié*.

Ni cuando es utilizado con valor metalingüístico:

También se dirá sin artículo *Cheval est un nom d'espece; homme est un nom d'espece;* y no se dirá *le cheval est un nom d'espece, l'home es un nom d'espece*, porque el prenombre *le* indicaría que se pretende hablar de un individuo o de un nombre considerado como individuo.

Ni cuando funciona, con la preposición *de*, como adjetivo:

[143] En la *Encyclopedie* se añade: «Quelques Fabulistes ont même personifié des êtres abstraits; nous avons une fable connue où l'auteur fait parler *le jugement* avec *l'imagination*. Il y a autant de fiction a introduire de pareils interlocuteurs, que dans le reste de la fable».

[144] Isaie, c. 40, v. 6.

3. Por la misma razón, el nombre de especie no tiene artículo, cuando con la ayuda de la preposición *de* desempeña la función de simple calificativo de especie, es decir, cuando solo sirve para designar que tal individuo es de tal especie, *une montre d'or, une épée d'argent, un homme de robe, un marchand de vin, un joueur de violon* etc.; *une action de clémence, une femme de vertu*.

Si embargo, los nombres de especie llevan artículo *le* en los siguientes casos:

4. Pero cuando la especie está personificada, o se habla de ella como de una especie individual, o se trata simplemente de un individuo particular sacado de la generalidad de la especie, entonces el nombre de especie, al ser considerado como individual, va precedido del artículo: *la peur trouble la raison, la peur que j'ai de mal faire, la crainte de vous importuner, l'envie de bien faire, l'animal est plus parfait que l'être insensible; jouer du violon, du luth, de la harpe*; en estos casos se considera *le violon, le luth, la harpe* etc. como tal instrumento particular y no tiene nada de individuo que pueda ser calificado con un adjetivo.

Con significado de adjetivo calificativo se dirá, entonces, *Un rayon d'espérance, un rayon de gloire, un sentiment d'amour*; sin embargo, si la gloria, el amor etc. están personificados se les pondrá artículo: *Un héros que la gloire élève / n'est qu'à demi récompensé: / et c'est peu, si l'amour n'achève / ce que la gloire a commencé*[145].

Igualmente, se dirá *J'ai acheté une tabatière d'or,* y *J'ai fait faire une tabatière d'un or* o *de l'or qui m'est venu d'Espagne*. En el primer ejemplo, *d'or* es calificativo indefinido, o, mejor, es un calificativo tomado como adjetivo; sin embargo, en el segundo, *de l'or*, o *d'un or* se trata de oro concreto; es un calificativo individual; es un individuo de la especie del oro.

Se dice de un rey o de un ministro que *il a l'esprit de gouvernement*; *de gouvernement* es un calificativo tomado como adjetivo. Se quiere decir que ese ministro gobernaría bien en cualquier país que estuviera o fuera empleado; sin embargo, si se dijera de ese ministro que *il a l'esprit du gouvernement, du gouvernement* sería un calificativo individual del *esprit* de ese ministro; o bien se le miraría como apropiado, él solo, para conducir los asuntos del país concreto en que trabaja.

Es necesario distinguir bien el calificativo consistente en el nombre de una especie utilizado como adjetivo, del calificativo individual. En *une tabatière d'or*, *d'or* es el nombre de una especie utilizado como adjetivo; en *une tabatière de l'or,* o *d'un or que,* es un calificativo individual; se habla de un individuo de la especie del oro; la mente está ocupada por dos sustantivos: la petaca y el oro del que está hecha.

Obsérvese que hay también individuos colectivos o, mejor, nombres colectivos, de los que se habla como si fueran solo individuos particulares. Así se dice *le peuple, l'armée, la nation, le parlement* etc. Se considera a esos nombres como si fueran un todo, un conjunto; la mente los considera por imitación como nombres de individuos reales que tienen muchas partes; por esa razón, cuando uno de esas palabras es sujeto de una proposición, los lógicos dicen que la proposición es singular.

Vemos, pues, que *le* anuncia siempre un objeto considerado individualmente por parte del que habla, ya sea singular, *la maison de mon voisin*, ya sea plural, *les maisons d'une telle ville sont bâties de brique*.

[145] Quinault.

Ce hace la misma función individualizadora que *le*, con el añadido de la función deíctica o fórica. Habla a continuación del valor del griego *to* y de la antigua partícula francesa *ly*:

> *Ce* añade, a la idea de *le*, la idea de mostrar, por así decir, el objeto a la imaginación, y suponer que ese objeto es ya conocido, o que se ha hablado de él antes. Por ello dice Cicerón: *Quid est enim hoc ipsum diu?* (¿Qué es, en efecto, ese largo tiempo?).
>
> En el lenguaje de la enseñanza, los que escriben en latín, cuando quieren remarcar una palabra, en tanto que es esa palabra, se sirven, unos del artículo griego *tò*, otros de *ly*: *to adhuc est adverbium compositum* («Esta palabra *adhuc* es un adverbio compuesto»)[146].
>
> Y el autor de una Lógica, tras haber dicho que *l'homme seul est raisonnable, homo tantum rationalis,* añade que *ly tantum reliqua entia excludit* («Esta palabra *tantum* excluye todos los demás seres»)[147].
>
> Fueron el padre Pedro Lombardo, en el siglo XII, y santo Tomás, en el XIII, quienes introdujeron el uso de este *ly*. Sus discípulos les imitaron. Este *ly* no es otra cosa que el artículo francés *li*, que estaba en uso en aquella época. Ejemplos: *Ainsi fut li chateau de Galathas pris; Li baron et li dux de Venise; Li Vénetiens par mer et li François par terre*[148]. Villehardouin y sus contemporáneos escribían *li* y algunas veces *lj*, de donde viene *ly*, ya como relleno, ya para dar a esta palabra un aire científico y elevarlo por encima del lenguaje vulgar de la época.
>
> Los italianos han conservado este artículo en plural y hacen de él también un adverbio que significa lo que el francés *là*¸ de manera que *ly tantum* es lo mismo *ce mot-là tantum*.
>
> Nuestro *ce* y nuestro *le* tienen la misma función deíctica que *tò* y que *ly*; pero *ce* con más fuerza que *le*.

Los adjetivos prepositivos posesivos normalmente no admiten artículo; si lo llevan se convierten en pronombres posesivos. Es decir, si no llevan artículo, son adjetivos prepositivos; si lo llevan, son pronombres:

> 5. *Mon, ma, mes; ton, ta, tes; son, sa, ses* etc. son simples adjetivos derivados de los pronombres personales. Indican que su sustantivo tiene una relación de propiedad con la primera, segunda o tercera persona. Pero además, como son ellos mismos adjetivos prepositivos y apuntan a sus sustantivos, no tienen necesidad de ir acompañados por el artículo *le*. Si se dice *le mien, le tien*, estas palabras son entonces pronombres sustantivos. Se dice proverbialmente que *Le mien et le tien sont péres de la discorde.*

Los adjetivos prepositivos numerales tampoco llevan normalmente artículo. Solo se pone delante el artículo *le*, cuando este *le* tiene función fórica, es decir remite a un sintagma numérico ya citado antes:

> 6. Los nombres de los números cardinales *un, deux* etc. hacen también la función de prenombres o adjetivos prepositivos: *Dix soldats, cent écus.*

146 Perisonius, in *Sanctii Minerva*, p. 176.
147 *Philosophia rationalis*, auct. P. Franc. Caro, Venet. 1661.
148 Villehardouin, liv. 3, p. 53.

Pero si el adjetivo numérico y su sustantivo forman juntos un todo, una especie de individuo colectivo, y se quiere indicar que se considera ese todo bajo algún punto de vista de la mente, además del valor del número, entonces el nombre del número va precedido por el artículo o prenombre, que indica ese nuevo valor. El día de la multiplicación de los panes, los Apóstoles dijeron a Jesucristo: *Nous n'avons que cinq pains et deux poissons*; aquí *cinq pains et deux poissons* tienen un valor numérico absoluto. Pero después el Evangelio añade que Jesucristo tomando *les cinq pains et les deux poissons, les bénit* etc.; aquí *les cinq pains et les deux poissons* se usan con un valor fórico que remite a lo que precede. Son los cinco panes y los dos peces de los que se había hablado antes. Este ejemplo deja bien claro que *le, la, les; ce, cette, ces* no son otra cosa que adjetivos que indican que la mente apunta y se vuelve hacia el objeto individual al que responde su idea.

Los prepositivos indican, pues, que la mente del que habla está pensando en individuos concretos. Pero cuando esta primera concreción no es fácilmente percibida por el que lee o escucha, son las circunstancias o las palabras que siguen, las que añaden lo que el artículo no ha podido dar a entender. Por ejemplo, si digo *Je viens de Versailles, j'y ai vû le roi,* son las circunstancias las que hacen comprender que estoy hablando de nuestro augusto monarca. Pero si quisiera decir que he visto al rey de Polonia, me vería obligado a añadir a *le roi* el complemento *de Pologne*. De igual forma, si leyendo la historia de una monarquía antigua o extranjera, dijera que en aquel tiempo *le roi fit tel chose*, comprendería fácilmente que ese rey era el del reino del que se está hablando.

2.5. El uso del artículo en el caso de Nombres propios

Los nombres propios de persona y los nombres de animales o cosas personificados no llevan normalmente artículo:

Al no ser los nombres propios nombres de especies, nuestros antepasados no creyeron necesario recurrir al artículo para hacer de ellos nombres de individuos, puesto que por sí mismos no son otra cosa que individuos.

Lo mismo sucede con los seres inanimados cuando nos dirigimos a ellos de palabra. Se les está viendo, a estos seres, porque se les habla. Están presentes, al menos en la imaginación. No es, pues, necesario el artículo para sacarlos del grupo general de individuos de su especie y convertirlos en individuos. Así en *Coulez, ruisseau, coulez, fuyez-nous. / Hélas, petits moutons, que vous êtes heureux! / Fille des plaisirs, triste goutte*[149].

Sin embargo, cuando queremos llamar a un hombre o a una mujer que pasa delante de nosotros, decimos normalmente *l'homme, la femme; écoutez, la belle fille, la belle enfan* etc.; yo pienso que en ese caso hay elipsis; sería: *Ecoutez vous qui êtes la belle fille* etc.; *Vous, qui étes l'homme à qui je veux parler,* etc.[150]. Lo normal es, pues, no poner el artículo, y mucho menos delante

[149] Deshoulières.

[150] En la *Encyclopedie* se añade aquí esto: «C'est ainsi qu'en Latin, un adjectif qui paroît devoir se rapporter à un vocatif, est pourtant quelquefois au nominatif: nous disons fort bien en Latin, dit Sanctius, *deffende me, amice mi*, et *deffende me, amicus meus*, en sous-entendant *tu qui es amicus meus* (Sanct. *Min. l. II. c. vj.*) Terence, (*Phorm. act. II. sc. 1.*) dit, *ô vir fortis, atque amicus*; c'est-à-

de nombres personales: *Pierre, Marie, Alexandre, César* etc. He aquí algunas observaciones a este respecto:

Llevan artículo cuando adquieren el valor de especie:

1. Si figuradamente se le da a un nombre propio valor de nombre de especie y adquiere así el significado de especie, entonces será necesario utilizar el artículo. Por ejemplo, si se quiere dar al nombre *Alejandro* el valor de *conquistador* u *héroe*, habrá que decir que Carlos XII ha sido *el Alejandro de nuestro siglo*. En ese sentido se dice también *los Cicerones, los Demóstenes*; es decir, los grandes oradores como Cicerón y Demóstenes; *les Virgiles*, es decir, los grandes poetas[151].

Dios es el nombre del Ser soberano. Pero, si se le pone en relación con sus diferentes atributos, se convierte en algo así como en nombre de especie; se dirá *el Dios de la misericordia, el Dios de los cristianos* etc.

Cuando en origen eran nombres de especie:

2. Hay un gran número de nombres propios que en su origen eran nombres apelativos. Por ejemplo, *Ferté*, que es el resultado de la síncopa de *fermeté*, significaba *ciudadela*; de manera que cuando se quería hablar de una ciudadela concreta, se decía *la Ferté* de tal sitio; y de ahí las expresiones *la Ferté-Imbault, la Ferté-Milon* etc.

Mesnil es también una palabra antigua que significaba *casa de campo, village*; proviene del latín *Manile* y *Masnile* de la baja latinidad. Es de ahí de donde vienen los nombres de tantos pequeños pueblos llamados *Le Mesnil*. Lo mismo sucede con *Le Mans, le Perche* etc.; *Le Câtelet*, es decir, *el pequeño castillo*; *Le Quesnoi* era en principio un lugar plantado de *chênes* (robles); es *le ché*, pronunciado como ké a la manera de la Picardía[152] y de los países vecinos.

O cuando en origen eran adjetivos calificativos:

Hay también muchos calificativos que se han convertido en nombres propios de hombres, como *Blanc, Noir, Brun, Beau, Bel, Blond* etc. Y estos nombres conservan el artículo cuando se habla de mujer: *Madame le Blanc*, es decir *femme de M. le Blanc*.

---

dire, *ô quam tu es vir fortis, atque amicus!* ce que Donat trouve plus énergique que si Térence avoit dit *amice*. M. Dacier traduit *ô le brave homme, et le bon ami!* on sousentend que *tu es*. Mais revenons aux vrais noms propres. Les Grecs mettent souvent l'*article* devant les noms propres, sur-tout dans les cas obliques, et quand le nom ne commence pas la phrase; ce qu'on peut remarquer dans l'énumération des ancêtres de J. C. au premier chapitre de S. Matthieu. Cet usage des Grecs fait bien voir que l'*article* leur servoit à marquer l'action de l'esprit qui se tourne vers un objet. N'importe que cet objet soit un nom propre ou un nom appellatif».

[151] En la *Encyclopedie* se añade aquí este párrafo: «M. l'abbé Gedoyn observe (*dissertation des anciens et des modernes*, p. 94) que ce fut environ vers le septieme siecle de Rome, que les Romains virent fleurir leurs premiers poetes, Névius, Accius, Pacuve et Lucilius, qui peuvent, dit-il, être comparés, les uns à nos Desportes, à nos Ronsards, et à nos Regniers; les autres à nos Tristans, et à nos Rotrous; où vous voyez que tous ces noms propres prennent en ces occasions une s à la fin, parce qu'ils deviennent alors comme autant de noms appellatifs».

[152] Región del Norte de Francia.

O cuando se suple entre el artículo y el nombre propio un nombre de especie:

> 3. Cuando se habla de ciertas mujeres, nos servimos del prenombre *la,* porque detrás hay un nombre de especie sobreentendido: *La le Maire*, es decir, *l'actrice le Maire.*
>
> 4. Quizás por la misma razón decimos *Le Tasse, l'Arioste, le Dante*, sobreentendiéndose *poëte*; y *le Titien, le Carache*, sobreentendiéndose *peintre*; este uso nos viene de los italianos.

Aprovecha Du Marsais aquí para introducir una cuestión de socio-lingüística: el uso de la preposición *de* en el caso de nombres de familias ilustres; y critica a los que tienen la osadía de ponerse un *de* delante del apellido para aparentar ufanamente hidalguía:

> Permítaseme observar aquí que los nombres propios de familia no deben ir precedidos de la preposición *de*, salvo que se trate de nombres de posesiones de tierra. Tenemos en Francia grandes casas que solo son conocidas por el nombre de la tierra más importante que poseía el fundador de la casa antes de que estuvieran en uso otros nombres propios de la familia. En ese caso el nombre va precedido de la preposición *de*, porque se sobreentienden términos como *sire, seigneur, duc, marquis* etc.; o *sieur d'un tel fief* (feudo). Tal es el caso de *de France*, cuya rama genealógica, que pasaba del descendiente mayor al siguiente mayor y así sucesivamente, no tiene otro nombre que *France.*
>
> Tenemos también casas muy ilustres y muy antiguas, cuyo nombre no va precedido de la preposición *de*, porque ese nombre no ha sido creado a partir del nombre de la hacienda. Es un nombre de la familia o de la casa.
>
> Ciertos gentil-hombres tienen la bajeza de añadir *de* a su nombre de familia; nada como eso descubre mejor al hombre nuevo y poco instruido.

Uso del artículo cuando el nombre propio va acompañado de adjetivo:

> Algunas veces los nombres propios van acompañados de adjetivos; a este respecto hay algunas observaciones que hacer:
>
> 1ª. Si el adjetivo es un número ordinal, como *premier, second* etc., y va inmediatamente detrás del sustantivo, formando un conjunto que es el mismo todo, entonces no se recurre al uso de ningún artículo. Así, decimos *François I, Charles II, Henri IV*, con el valor de *quatrième.*
>
> 2ª. Cuando utilizamos el adjetivo para marcar una simple cualidad del sustantivo al que precede, entonces el artículo se pone delante del adjetivo: *Le savant Scaliger, le galant Ovide.*
>
> 3ª. Igualmente, si el adjetivo se añade solo para diferenciar al designado por el sustantivo de otros que llevan el mismo nombre, entonces el adjetivo sigue al sustantivo y ese adjetivo va precedido de artículo: *Henri le Grand, Louis le Juste* etc., donde se puede ver que el *le* distingue a Henri y Louis de otros *Henris* y de otros *Louis* y los convierte en individuos particulares por medio de una cualidad especial.
>
> 4ª. Se utiliza también el artículo con el comparativo y con el superlativo relativo: *Homère, le meilleur poëte de l'antiquité; Varron, le plus savant des Romains.*
>
> Da la impresión, a partir de las anteriores observaciones, de que en el momento en que a la idea simple del nombre propio se añade alguna otra idea, o

sucede que el nombre propio en su origen era un nombre común o un calificativo que ha terminado por ser aplicado a un objeto individual mediante el cambio de algunas letras, entonces se recurre a un prepositivo como una consecuencia necesaria de su primer origen. Por eso decimos *le Paradis*, palabra que significa un jardín plantado de árboles que producen todo tipo de frutos excelentes, y por extensión un lugar de delicias. *L'enfer*, es un lugar bajo, a partir del latín *inferus*. *Via ínfera* es la calle de abajo, calle inferior en relación con otra que está por encima. También *L'univers,* del latín *universus orbis; l'être universal; l'assemblage de tous les êtres crées*. *Le monde*, del latín *mundus*, adjetivo que significa *propre, élégant, ajusté, paré*, y que en este caso es tomado como sustantivo. Los paganos, asombrados por el brillo de los astros y por el orden que parecía reinar en el universo, le dieron ese nombre precisamente por esa belleza y ese orden. *Mundus* es también tomado como sustantivo, cuando se dice *Mundus muliebris*, el tocador de las damas, donde están todos los pequeños enseres de los que ellas se sirven para aparecer más apropiadas, más ajustadas, más seductoras. La palabra griega *kósmos* significa *ordre, ornement, beauté* es la equivalente a *mundus* latino[153]. *Le soleil*, que deriva, según Cicerón de *solus*, porque es el único astro que nos parece así de grande, y porque, cuando él se levanta, todos los demás astros desaparecen de nuestra vista. *La lune* deriva de *lucendo*, es decir, es el planeta que nos ilumina, sobre todo en ciertas épocas, durante la noche: *Sol, vel quia solus ex omnibus sideribus est tantus, vel quia cum exortus, obsuratis omnibus, solus apparet*. *Luna à lucendo nominata; eadem est enim Lucina*[154]. *La mer*, es decir, *l'eau amère*: *Proprie autem Mare appellatur, eo quod aquae ejus amarae sunt*[155]. *La terre,* es decir, *l'élément sec*, del griego *teìro*, secar, cuyo futuro segundo es *τερώ*. Así vemos que es llamada árida en el *Génesis*, cap. 1, v. 9, y en San Mateo, cap. 23, v. 15: *Circuitis mare et aridam*. Esta etimología me parece más natural que la que da Varrón: *Terra dicta eo quod teritur*[156].

Elément es el nombre genérico de cuatro especies, que son el fuego, el aire, el agua y la tierra.

---

[153] Entre un ejemplo y otro, en la *Encyclopedie* se añade esta reflexión: «Selon Platon, le monde fut fait d'après l'idée la plus parfaite que Dieu en conçut. Les Payens frappés de l'éclat des astres et de l'ordre qui leur paroissoit régner dans l'univers, lui donnerent un nom tiré de cette beauté et de cet ordre. *Les Grecs*, dit Pline, *l'ont appellé d'un nom qui signifie* ornement, *et nous d'un nom qui veut dire*, élégance parfaite. (*Quem* κόσμον *Græci, nomine ornamenti appellaverunt, eum et nos à perfectâ absolutâque elegantiâ mundum*. Pline 11. 4.) Et Cicéron dit, qu'il n'y a rien de plus beau que le monde, ni rien qui soit au-dessus de l'architecte qui en est l'auteur. (*Neque mundo quidquam pulchrius, neque ejus ædificatore præstantius*. Cic. *de univ. cap. ij.*) *Cum continuisset Deus bonis omnibus explere mundum… sic ratus est opus illud effectum esse pulcherrimum*. (*ib. iij.*) *Hanc igitur habuit rationem essector mundi molitorque Deus, ut unum opus totum atque perfectum ex omnibus totis, atque perfectis absolveretur*. (*ib. v.*) *Formam autem et maximè sibi cognatam et decoram dedit*. (*ib. vj.*) *Animum igitur cum ille procreator mundi Deus, ex suâ mente et divinitate genuisset*, etc. (*ib. viij.*) *Ut hunc hâc varietate distinctum benè Græci* κόσμον, *non lucentem mundum nominaremus*. (*ib. x.*) Ainsi quand les Payens de la Zone tempérée septentrionale, regardoient l'universalité des êtres du beau côté, ils lui donnoient un nom qui répond à cette idée brillante, et l'appelloient *le monde*, c'est-à-dire *l'être bien ordonné, bien ajusté*, sortant des mains de son créateur, comme une belle dame sort de sa toilette. Et nous quoiqu'instruits des maux que le péché originel a introduits dans le monde, comme nous avons trouvé ce nom tout établi, nous l'avons conservé, quoiqu'il ne réveille pas aujourd'hui parmi nous la même idée de perfection, d'ordre et d'élégance».

[154] Cicerón, *De natura deorum*, l. 2, c. 27.

[155] Isidor. l.13, cp. 14.

[156] Varron, *De Lingua Latina*, iv 4.

2.6. El uso del artículo en el caso de nombres propios de países

Se limita Du Marsais, como es lógico dado el contexto, a hablar del uso del artículo con nombres propios:

> Los nombres de países, de reinos, de provincias, de montañas y de ríos aparecen con frecuencia en el discurso sin artículo como nombres calificativos: *Le rayaume de France, d'Espagne* etc. En otras ocasiones toman el artículo porque se sobreentiende, ya sea *terre*, ya *région, pays, montagne, fleuve, rivière, vaisseau* etc. Aceptan el artículo sobre todo cuando están personificados: *l'interêt de la France; la politesse de la France.*
>
> Sea como sea, yo creo que sería muy fácil encontrar en los ejemplos siguientes cuál es hoy día el uso de estas palabras, para atenerse simplemente a ese uso, o para intentar aplicar los principios que acabamos de establecer, si se cree que hay lugar para ello.

Nombres propios empleados solamente con una preposición sin artículo	*Nombres propios empleados con artículo*
Royaume de Valence *Isle de Candie* *Royaume de France* etc.	*La France* *L'Espagne* *L'Angleterre* *La Chine* *Le Japon*
Il vient de Pologne *Il est allé en Perse, en Suéde* etc. *Il est revenu d'Espagne, de Perse, d'Afrique, d'Asie* etc.	*Il vient de la Chine, du Japon, de l'Amerique, du Pérou*
Il demeure en Italia, en France, et à Malthe, à Rouen, à Avignon[157] etc. *Les modes, les vins de France, les vins de Boúrgogne, de Champagne, de Bourdeaux, de Tokay*	*Il demeure au Pérou, au Japon, à la Chine, aux Indes, à l'isle Saint-Domingue* *La politesse de la France.* *L'intérét de l'Espagne* *On attribue à l'Allemagne l'invention de l'imprimerie.* *Le Mexique, le Pérou, les Indes.* *Le Maine, la Marche, le Perche, le Milanez, le Mantouan, le Parmesan, vin du Rhin.*
Il vient de Flandre *A mon départ d'Allemagne* *Chevaux d'Anglaterre, de Barbarie* etc.	*Il vient de la Flandre Françoise* *La gloire de l'Allemagne.*

Se dice, por aposición, *Le Mont-Parnasse, le Mont-Valérien* etc., y se dice *la montagne de Tarare.* Se dice *le fleuve Don,* y *la rivière de Seine.* Y así algunos otros giros; sobre ellos remitimos al uso.

[157] Les Languedociens et les Provençaux disent en Avignon, pour éviter le baillement. C'est une faute.

2.7. Giros especiales en relación con el uso del artículo

Trata aquí Du Marsais de giros como *Il a beaucoup d'argent*; *Il a bien d'argent*; *Il n'a point d'argent*

1. *L'or, l'argent, l'esprit* etc. pueden ser considerados, tal como ya lo hemos observado, como nombres de especies individuales. De manera que cada uno de estos nombres es considerado como un todo, del que se puede tomar una parte. Así *Il a de l'argent* equivale a *Il a une portion* del todo que se llama *argent*, *esprit* etc. La preposición *de* sirve, pues, para ampliar la extensión de un individuo, como la preposición latina *de* o *ex*. *Il a bien de l'argent, de l'esprit* etc. tiene el mismo esquema sintáctico que *il a de l'argent* etc. Así dice Plauto: *Credo ego illic inesse auri et argenti largiter.*

2. En relación con *Il a beaucoup d'argent, d'esprit* etc., *il n'a point d'argent, d'esprit* etc., hay que advertir que las palabras *beaucoup, peu, pas, point, rien, sorte, espèce, tant, moins, plus, que* (cuando corresponde al *quantum* latino, como ocurre en estos versos: *Que de mépris vous avez l'un pour l'autre! / Et que vous avez de raison!*), estas palabras, digo, no son adverbios; son verdaderos nombres, al menos en su origen; y por ello son modificadas por un simple calificativo indefinido el cual, al no ser tomado como individual, no necesita artículo. Le basta solo la preposición para ponerle en relación con *beaucoup, peu, point, pas, rien, sorte* etc.

Beaucoup procede, según Nicot, de *bella,* es decir, *bona et magna copia*; *une belle abondance,* como cuando se dice *un belle récolte* etc. Así, *d'argent, d'esprit* califican a *coup*, en tanto que este *coup* viene de *copia*. Significa que hay abundancia *d'argent, d'esprit* etc. M. Ménage dice que esta palabra está formada por el adjetivo *beau* y el sustantivo *coup.* De manera que se le dé la etimología que se le dé, está claro que es un abuso considerarlo como adverbio. Se dice *Il est meilleur de beaucoup,* es decir, *selon un beaucoup*, donde está claro que la preposición indica que lo que sigue es un sustantivo.

Peu significa pequeña cantidad. Se dice *le peu, un peu, de peu, à peu, quelque peu*. Todos los gramáticos racionalistas sostienen que en latín, en el caso de *parum*, se sobreentiende la preposición *ad* o *per*, y así se puede decir *parum-per*, con la preposición detrás del nombre como en *te-cum*. Por eso nosotros decimos *un peu de vin*, como los latinos decían *parum vini*[158]. De suerte que de la misma forma que *vini* califica a *parum* que es sustantivo, nuestro *de vin* califica a *peu* por medio de la preposición *de*.

Rien viene de *rem*, acusativo de *res*. Las lenguas que derivan del latín, han tomado con frecuencia casos oblicuos latinos para crear nombres en caso recto; esto es frecuente en italiano. Nuestros antiguos decían *sur toutes riens*[159]; y en Nicot: *Elle le hait sur tout rien*, es decir, *sur toutes choses*. Hoy *rien* quiere decir *aucune chose*. Se sobreentiende la negación, y a veces incluso está expresa: *Ne dites rien, ne faites rien; ne suites rien*. Se dice *le rien vaut mieux que le mauvais*. También *rien de bon, ni de beau,* es decir *aucune chose de bon* etc.

[158] El paralelismo es este: *parum* en latín es nombre porque acepta preposición; luego *peu* en francés también es nombre y admite un genitivo que le determine.

[159] Mehun.

De bon o *de beau* son, pues, calificativos de *rien*; y, por ello, al ser considerados como calificativos de un grupo o especie, no necesitan artículo. Sin embargo, si tomáramos *bon* y *beau* individualmente, irían precedidos de un prenombre: *le beau vous touche; j'aime le vrai* etc.

Nuestros mayores, para expresar el sentido negativo, se servían primero, como en latín, de la simple negación *ne*: *Sachiez nos ne venismes pour vos mal faire*[160]. Después, para dar más fuerza y más energía a la negación, se añadió alguna de las palabras que se refieren a pequeños objetos, como *grain, goutte, mie, brin, pas, point*: *Quia res est minuta, sermoni vernaculo additur ad majorem negationem*[161]. En estos casos hay siempre un palabra sobreentendida: *Je n'en ai grain ne goutte; Je n'en ai pour la valeur ou la grosseur d'un grain* etc. De manera que, si bien estas palabras sirven para negar, no dejan por ello de ser verdaderos sustantivos. *Je ne veux pas* o *point*, es decir, *Je ne veux cela même de la longueur d'un pas, ni de la grosseur d'un point. Je n'irai point* es lo mismo que decir *Je ne ferai un pas pour y aller; je ne m'avancerai d'un point. Quasi dicas*, dice Nicot, *ne punctum quidem progrediar ut eam illo.* Por ello, *mie*, en el sentido de miga de pan, se empleaba en otro tiempo con la partícula negativa: *Il ne l'aura mie; Il n'est mie un homme de bien; Ne probitatis quidem mica in eo est*[162]. Esta forma de hablar está todavía en uso en Flandes.

El sustantivo *brin*, el cual se usa para designar pequeños tallos de hierba, sirve con frecuencia figuradamente para construir una negación, como *pas* y *point*. Y si el uso de esta palabra era tan frecuente en la gente normal del pueblo, es porque era considerada, como partícula negativa, al mismo nivel que *pas* o *point*. Ejemplo: *A-t-il de l'esprit? Il n'en a brin. Je ne l'ai vu qu'un pétit brin* etc.

Se debe considerar a *ne pas*, *ne point* como al *nihil* de los latinos. *Nihil* está compuesto de la negación *ne* y de una palabra, *hilum*, que designa a la pequeña mota negra que se ve en la punta de un haba. Los latinos decían: *Hoc nos neque pertinet hilum*[163] («eso no nos interesa nada; menos que el valor de la pequeña mota negra de un haba»), *Neque proficit hilum* etc.

Es más, de la misma forma que en la secuencia latina *hilum* está estrechamente unido con la negación *ne,* de forma que estas dos palabras no forman otra cosa que una sola, *nihilum, nihil, nil*, y que *nihil* es tomado frecuentemente como una sola palabra equivalente a *non* (*Nihil circuitione usus es*[164]), así también nuestro *pas* y nuestro *point* no son considerados, en el uso, sino como partículas negativas que acompañan a la negación *ne*, pero sin dejar de conservar siempre el recuerdo de su origen.

Aún más, de la misma forma que el *nihil* latino va frecuentemente seguido de un calificativo, como en *nihil falsi dixi, me senex*[165], *nihil incommodi, nihil gratiae, nihil lucri, nihil sancti* etc., así también el *pas* y el *point*, al ser tomados con el valor de pequeña cantidad, con el valor incluso de un *rien*, van seguidos con frecuencia de un calificativo: *Il n'a pas de pain, d'argent, d'esprit,* etc.; al tratarse de calificativos indefinidos, no deben llevar prepositivo.

160 Villehardouin, p. 48.
161 Nicot au mot goutte.
162 Idem.
163 Lucrece, liv. 3, v. 843.
164 Térence.
165 Idem.

Los latinos decían también *flocci facere*, es decir, *facere rem flocci*, con el valor de «no hacer caso de alguien o de algo a los que se considera como esas pequeñas pelusas de lana o seda que el viento se lleva». En francés decimos *un fétu*.

La *Grammaire générale* dice (p. 81) que en los giros afirmativos se utiliza el artículo: *Il a de l'argent, du coeur, de la charité, de l'ambition*; añade, sin embargo, que en los giros negativos no se utiliza el artículo, *Il n'a point d'argent, de coeur, de charité, d'ambition*; y es que lo propio de la negación es eliminarlo todo.

Acepto que, de acuerdo con el sentido, la negación elimina el todo de la cosa referida, pero no veo por qué nos tiene que eliminar el artículo en una expresión y no elimina, sin embargo, la preposición. Además, en palabras del abad Olivet, ¿acaso no utilizamos giros afirmativos sin artículo, como *Il a encore un peu d'argent,* y giros negativos con artículo, como *Il n'a pas le sou; Il n'a plus un sou de l'argent qu'il avait; Les langues ne sont point des sciences; On ne coupe point des mots inseparables?* De manera que yo creo que la verdadera razón de estas diferencias en esos giros hay que buscarla en la existencia de un sentido individual y definido, que admite el artículo, y en la de un sentido especifico indefinido y calificativo, que no va jamás precedido de artículo.

Las aclaraciones que acabamos de dar pueden servir para resolver las principales dificultades que pueda haber en relación con los artículos. Sin embargo, creo que hay que añadir aquí todavía ejemplos que serán inútiles para explicar casos paralelos.

2.8. Nombres construidos sin prenombre ni preposición, detrás de un verbo del que son el complemento

Es frecuente que un nombre vaya sin prenombre ni preposición detrás de un verbo al que determina; esto sucede en dos supuestos: 1º, o bien porque el nombre es tomado en sentido indefinido, como cuando se dice *Il aime à faire plaisir, à rendre service*; aquí no se trata de tal placer, o de tal servicio particular; si fueran un servicio o placer concretos, se diría *faites-moi ce* o *le palisir*; *rendez moi ce service* o *un service, qui* etc.; 2º, también sucede con frecuencia por abreviar, mediante elipsis, o en giros familiares y proverbiales, o, en fin, porque las dos palabras son como una especie de palabra compuesta; ello se aclarará mejor con los ejemplos siguientes:

AVOIR faim, soif, dessein, honte, coutume, pitié, compassion, froid, chaud, mal, besoin, part au gâteau, envie etc.

CHERCHER fortune, malheur.

COURIR fortune, risque.

DEMANDER raison, vengeance, grâce, pardon, justice.

DIRE vrai, faux, matines, vêpres.

DONNER prise, jour, parole, avis, caution, quittance, atteinte etc.

ECHAPER. Il l'a échapé belle; es decir, *peu s'en est fallu qu'il ne lui soit arrivé quelque malheur.*

ENTENDRE raison, raillerie, malice, vêpres etc.

FAIRE vie qui dure, bonne chère, envie, corps neuf, réflexion, honte, honneur, peur, plaisir, cas de quelqu'un, alliance, marché, argent de tout, provision, semblant, route, front, face, difficulté.

GAGNER pays, gros.

METTRE ordre, fin.

PARLER vrai, raison, bon sens, latín, françois etc.

PORTER envie, témoignage, coup, bonheur, malheur, compassion.

PRENDRE garde, patience, séance, médicine, congé, conseil, langue etc.

RENDRE service, amour pour amour, visite, gorge etc.

SAVOIR lire, vivre, chanter etc.

TENIR parole, prison, bon, ferme. Estos adjetivos están tomados adverbialmente.

2.9. Nombres construidos con una preposición sin artículo

Los nombres de especie que son tomados con el valor de su simple significado de especie, se construyen con una preposición sin artículo. Así

Changez ce pierres en pains.

L'éducation que le père d'Horace donna à son fils est digne d'être prise pour modèle.

A Rome, à Athènes, à bras ouverts.

Il est arrivé à bon port, à minuit.

Il est à jeun.

A Dimanche, à Vêpres.

Tout ce que l'Espagne a nouri de vaillans.

Vivre sans pain. Une livre de pain. Il n'a pas de pain. Beaucoup de pain. Une gran quantité de pain.

J'ai un coquin de frère, es decir, *qui est de l'espèce de frère*; de igual forma se dice: *quelle espèce d'homme êtes-vous.* Terencio dijo *Quid hominis* y, además, *Quid monstri.* Obsérvese que en estos ejemplos el *quid* no está en relación con el nombre de la especie, sino con el nombre individual que precede. Así en francés, en *C'est un bon homme de père qui*, *qui* está en relación con *bon homme.*

Se conduire par sentiment; parler avec esprit, avec grâce, avec facilité; agir par dépit, par colère, par amour, par foiblesse.

En fait de physique, on donne sauvent des mots pour des choses. En este caso *physique* está tomado en significado específico de calificativo de *fait.* En cuanto a *on donne des mots,* estamos ante un significado individual partitivo. Hay elipsis cuando el régimen o complemento inmediato de *donner* está sobreentendido; ello se entenderá mejor con los ejemplos siguientes.

2.10. Nombres construidos con el artículo o prenombre, sin preposición

Ce que j'aime le mieux, c'est le pain; aquí la especie está tomada como nombre individual.

Apportez le pain. Aquí *le pain* es complemento inmediato o régimen natural del verbo. Esto nos hace ver que cuando decimos *apportez* o *donnez-moi du pain*,

estamos ante una elipsis; sería *donnez-moi une portion, quelque chose du pain*. Aquí estamos ante un significado individual partitivo.

Tous les pains du marché, o, como colectivo, *tout le pain du marché ne suffiroit pas pour* etc.

Donnez-moi un pain. Emportons quelques pains por le voyage.

2.11. Nombres construidos con la preposición y el artículo

Donnez-moi du pain, es decir, *de le pain.* Una vez más, hay elipsis en frases paralelas a esta. Y es que la cosa dada debe ir unida al verbo *dar* sin la ayuda de una preposición. De manera que *donnez-moi du pain* es *donnez-moi quelque chose de le pain,* de ese todo específico individual que se llama *pain*. Lo mismo sucede *Le nombre des pains que vous avez apporté n'est pas suffisant.*

En el caso de *Voila bien des pains, de les pains*, tenemos un *bien des pains, de les pains*, donde los panes están considerados individualmente, es decir, como formando cada uno un ser aparte.

2.12. Observaciones sobre el uso del artículo, cuando el adjetivo precede al sustantivo, o cuando está detrás del sustantivo

Si el nombre sustantivo es empleado en el discurso con un adjetivo, sucede o bien que el adjetivo precede al sustantivo, o bien que le sigue.

El adjetivo no se separa del sustantivo, salvo cuando el sustantivo es el sujeto de la proposición y el adjetivo es afirmado en el atributo de la misma. Así, en *Dieu est le tout-pouissant*, *Dieu* es el sujeto y *tout-pissant*, que está en el atributo y está separado del sujeto por el verbo *est*, forma parte, de acuerdo con nuestra forma de explicar la proposición, del atributo. Y es que no es solamente que yo piense que Dios es todopoderoso, sino que pienso que Dios es, que existe como tal.

Cuando una frase comienza por un adjetivo solo, por ejemplo, *Savant en l'art de régner, ce prince se fit aimer de ses sujets et craindre de ses voisins,* es evidente que se sobreentiende *ce prince qui étoit savant* etc. De esta forma, *savant en l'art de régner*, es una proposición incidente, implícita, es decir, una proposición en la que no están expresas todas las palabras. Si reducimos todas estas proposiciones a la construcción simple, se verá que no hay nada contra la norma, y que si en la construcción usual se prefiere el giro con elipsis, es porque la expresión es así más potente y más viva.

Cuando el adjetivo y el sustantivo forman juntos el sujeto de la proposición, constituyen un todo inseparable. En ese caso, los prepositivos se ponen delante de aquel de los dos que comience la frase.

Ejemplos de todo lo anterior:

1º, en las proposiciones universales: *tout homme, chaque homme, tous les hommes, nul homme, aucun homme.*

2º, en las proposiciones indefinidas: *les turcs, les persans, les hommes savans, les savans philosophes.*

3º, en las proposiciones particulares: *Quelques hommes, certaines personnes soutiennent* etc. *Un savant m'a dit, des savans m'ont dit,* sobreentendiendo

quelques-uns, aucuns, o *des savans philosophes,* sobreentendiendo *un certain nombre*, o alguna palabra similar.

4º, en las proposiciones singulares: *le soleil est levé, la lune est dans son plein, cet homme, cette femme, ce livre.*

Lo que acabamos de decir de los nombres que son sujetos de una proposición, se debe entender también de aquellos que son el complemento inmediato de cualquier verbo o de cualquier preposición: *Détestons tous les vices, pratiquons toutes les vertus* etc.; *dans le ciel, sur la terre* etc.

He dicho «complemento inmediato». Entiendo por tal todo sustantivo que forma significado con un verbo o con una preposición, sin que haya palabra sobreentendida entre ambos. Cuando se dice *Vous aimez des ingrats*, *des ingrats* no es el complemento inmediato de *aimez*. La construcción completa es *Vous aimez certaines personnes, qui sont de nombre des ingrats,* o *quelques-uns des ingrats, de les ingrats*. De manera que tras *des ingrats* hay una partición; tiene un significado partitivo. Ya hemos hablado bastante de ello.

Pero en un caso y otro, es decir, cuando el adjetivo y el sustantivo son el sujeto de la proposición o cuando son el complemento de un verbo o de una preposición, ¿en qué casos hay que emplear la simple preposición, y en qué otros hay que añadir el artículo y decir *du* o *de le*, *des* o *de les*? La *Grammaire générale* dice (p. 54) que «delante de los sustantivos se dice *des*, como en *des animaux*, y que se dice *de*, cuando precede el adjetivo, como en *de beaux lits*».

Pero esta regla no es general. Y es que con el significado calificativo indefinido nos servimos de la simple preposición *de*, incluso delante de sustantivo, sobre todo cuando el nombre calificado va precedido de un prepositivo como *un*, y nos servimos de *des* o *de les*, cuando la palabra que califica es individual: *Les lumières des philosophes anciens*, o *des anciens philosophes.*

He aquí una lista de ejemplos, de la que el lector juicioso podrá hacer uso y comprobar los principios que hemos establecido:

«Les ouvrages de Cicéron sont pleins *des idées les plus saines* (*de les idées*)». Aquí *idées* tienen significado individual	«Les ouvrages de Cicéron sont pleins *d'idées saines*». Aquí *Idées saines* tiene significado específico indefinido, general de grupo
«Faites-vous *des Principes*». Aquí el significado es individual	«Nos connoissances doivent être tirées *de principes évidens*». El significado es específico; vemos que el sustantivo va delante
«Défaites-vous *des préjuges* de l'enfance»	«N'avez-vous point *de préjuge* sur cette question»
«Cet arbre porte *des fruits excellens*»	«Cet arbre porte *d'excellens fruits*». Significado de grupo
«Les espèces différentes *des animaux* qui sont sur la terre». Significado individual universal	«Il y a diferentes espèces *d'animaux* sur la terre»; «differentes *sortes de poissons*» etc.

«Entrez dans le détail *des règles* d'une saine dialectique»	«Il entre dans un grand détail *de régles frivoles*». En este caso el sustantivo precede; se trata del significado específico indefinido. No se habla de ninguna regla en concreto. El significado es de grupo
«Ces raisons sont *des conjectures* bien foibles»	«Ces raisons sont *de foibles conjectures*»
«Faite *des mots neouveaux*»	«Faite *de nouveaux mots*»
«Choisir *des fruits excelllens»*	«Choisir *d'excellens fruits*»
«Chercher *des détours»*	«Chercher *de longs détours*», para expresar las cosas más fáciles
«Se servir *des termes* établis par l'usage»	«Ces exemples peuvent servir *de modeles*»
«Evitez l'air de l'afffectation». Significado individual metafísico	«Evitez tout ce qui a un air *d'affectation»*
«Charger sa mémoire des phrases de Cicéron».	«Discours soutenus par *des vives expressions»*
«Plein *des sentiments* les plus beaux»	«Plein *de sentimens»,* «plein de *grands sentimens»*
«Il a recueilli *des préceptes* pour la langue et pour la morale»	«Recueil *de préceptes* pour la langue et pour la morale»
«Servez-vous *des signes* dont nous sommes convenus»	«Nous sommes obligés d'user *de signes* extérierus pour nous faite entendre»
«Le choix *des études»*	«Il a fait un choix *de livres* qui sont etc.»
«Les connoissances ont toujours été l'objet *de l'estime, des louanges et dé l'admiration* des hommes»	«C'est un sujet *d'estime, de louanges et d'admiration*»
«Les richesses *de l'esprit* ne peuvent être acquises que par l'étude»	«Il y a au Pérou une abondance prodigieuse *de richesses inutiles*»
«Les biens *de la fortune* sont frágiles»	«Des biens *de fortune*»
«L'enchaînement *des preuves* fait qu'elles plaisent et qu'elles persuadent»	«Il y a dans ce livre un admirable enchaînement *de preuves solides*». Significado de grupo

«C'est par la méditation sur ce qu'on lit qu'on acquiert *des connoissances nouvelles*»	«C'est par la méditation qu'on acquiert *de nouvelles connoissances*»
«Les avantages *de la mémoire*»	«Ily a différentes sortes *de mémoire*»
«La mémoire *des faits* est la plus brillante»	«Il n'a qu'une mémoire *de faits*, et ne retient aucun raisonnement»
«La mémoire est le trésor *de l'esprit*, le fruit de l'attention et de la réflexion»	«Présence *d'esprit*. La mémoire *d'esprit et de raison* est plus utile que les autres sortes de mémoire»
«Le but *des bons maitres* doit être de cultiver l'esprit de leurs disciples»	«Il a un air *de maître* qui choque»
«On ne doit proposer *des difficultés* que pour faire triompher la vérité»	«Il a fait un recueil de difficultés dont il cherche la solution»
«Le goût *des hommes* est sujet à des vicissitudes»	«Une société d'hommes choisis». *D'hommes choisis* califica a *la société* como adjetivo
«Il n'a pas besoin *de la leçon* que vous voulez lui donner»	«César n'eut pas besoin *d'exemple*». «Il n'a pas besoin *de leçons*»

Observación

Cuando precede el sustantivo, dado que tiene significado por sí mismo, ya signifique un ser real, ya un ser metafísico considerado como ser real por imitación, ese sustantivo ofrece en principio a la mente la idea de un ente individual aislado que existe por sí mismo; por el contrario, cuando precede el adjetivo, este presenta a la mente una idea de cualificación, una idea de grupo, un significado adjetivo. De manera que el artículo debe preceder al sustantivo, mientras que para el adjetivo basta con que la preposición le preceda, al menos que el propio adjetivo, junto con el sustantivo, no dé la idea de individualidad; así cuando se dice: *Les savans hommes de l'antiquité; le sentiment des grands philosophes de l'antiquité; des plus savans philosophes; on a fait la description des beaux lits qu'on envoie en Portugal.*

2.13. Reflexión sobre la regla de M. de Vaugelas[166] que dice «No se debe poner el relativo detrás de un nombre sin artículo»

El autor de la *Grammaire générale* ha analizado esta regla (II parte, cap. 10). Este autor parece limitarse al uso actual de nuestra lengua. Sin embargo, en la manera en que yo la concibo, creo que es válida para todas las lenguas y para todos los tiempos.

[166] Gramático francés (1585-1650), miembro de la Academia Francesa (1634). En 1647 publicó sus *Remarques sur la langue française, utiles à ceux qui veulent bien parler et bien écrire,* obra capital en el proceso de codificación y normalización de la lengua francesa.

La regla se basa en un principio general válido, dice Du Marsais, para todas las lenguas: los fóricos que remiten a un antecedente deben tener el mismo valor, desde el punto de vista de la clase de nombre y desde el punto de vista de las categorías de género y número, que el antecedente. En primer lugar, hay otra regla aún más general, de acuerdo con la cual los signos lingüísticos, cuando se combinan en la frase, están sujetos en toda lengua a reglas concretas:

> En toda lengua y en toda construcción hay reglas precisas que regulan el empleo de los signos destinados por el uso a marcar, no solamente los objetos de nuestras ideas, sino también los diferentes puntos de vista desde los que la mente considera a esos objetos. El artículo, las preposiciones, las conjunciones, los verbos con sus diferentes inflexiones, en fin todas las palabras que no designan cosas, no tienen otra función que dar a conocer esos diferentes puntos de vista.

En segundo lugar, expone Du Marsais la regla de Vaugelas, que afecta a la relación entre fórico y su antecedente: Primero, un nombre con significado de nombre de especie o de género no debe ser recogido después por un fórico de significado concreto e individual:

> Por lo demás, existe una regla de lo más racional que dice que, cuando al comienzo de un discurso se ha dado a una palabra un significado concreto, no se debe luego darle otro significado en la continuación del mismo discurso.

Segundo, una palabra con un género o número determinado no puede ser recogida después por un fórico con otro género o número:

> Y lo mismo sucede con su significado gramatical. Quiero decir que, en el mismo periodo, una palabra que está en singular en el primer miembro de ese periodo, no puede tener en el otro miembro un correlativo o adjetivo, que remita a ella, en plural. He aquí un ejemplo sacado de la *Princesse de Clèves* (tomo 2, p. 119): *M. de Némours ne laissoit échaper aucune occasion de voir Madame de Clèves, sans laisser paroître néanmoins qu'il les cherchât.* Ese *les*, en plural, del segundo miembro, no debería remitir a *occasion*, que está en singular en el primer miembro del periodo.

Ejemplos de lo primero: palabras con significado de especie o de género no debe ser recogida por un fórico de significado concreto o individual:

> Por la misma razón, si en el primer miembro de la frase, se ha presentado una palabra con un significado de especie, es decir, como hemos dicho, con un significado que funciona como calificativo, no se debe, en el miembro que sigue, poner en relación con esa palabra un relativo, porque el relativo remite siempre a la idea de una persona o cosa, de un individuo real o metafísico, y nunca a un simple calificativo, el cual no tiene existencia real y no es nada más que un modo de ser de las cosas reales. Solo a un sustantivo, o a un adjetivo considerado como sustantivo y no como modo, puede remitir un relativo. El antecedente de *qui* debe ser siempre entendido con el mismo significado, tanto a lo largo de todo el periodo, como en toda la secuencia de un silogismo.
>
> Así, cuando se dice *Il a été reçu avec politesse,* estas dos palabras, *avec politesse,* forman una expresión adverbial, modificante, adjetiva, que no nos presenta ningún ser real ni metafísico. Estas palabras, *avec politesse,* no designan

> una «educación real concreta». Si queremos designar esa educación real concreta, tendremos necesidad de utilizar un prepositivo que dé a *politesse* un significado individual, real, ya sea universal, ya sea particular, o singular; entonces el prepositivo tendrá esa función.
>
> Aún más, *avec politesse* es una expresión adverbial. Es el adverbio *poliment* descompuesto.
>
> Incluso estos tipos de adverbios son absolutos, es decir, no tienen ni continuación ni complemento; y cuando se les quiere convertir en relativos, es necesario añadir alguna palabra que marque la correlación. Así *Il a été reçu SI poliment que* etc.*; Il a été reçu avec TANT de politesse, que* etc. o bien *avec UNE politesse qui* etc.[167]

Explicación de la regla de Vaugelas por parte de Du Marsais: en realidad solo explica la relación entre nombre de especie o genérico y su fórico en la misma frase:

> De manera que yo creo que el sentido de la regla de Vaugelas es que, cuando en un primer miembro de un periodo una palabra está tomada en sentido absoluto, ya como adjetivo, ya como adverbio –función que es marcada normalmente en francés mediante la supresión del artículo o mediante las circunstancias–, no se debe, en el miembro siguiente, añadir un relativo ni ninguna otra palabra que obligue a suponer que la primera expresión estaba entendida en sentido finito e individual, ya universal, ya particular o singular. Eso sería caer en el sofisma que los lógicos llaman «pasar de la especie al individuo», «pasar de lo general a lo particular».
>
> De manera que no podemos decir *L'homme est animal qui raisonne*, porque *animal* en el primer miembro no lleva artículo y es por tanto un nombre de especie tomado como adjetivo con un significado calificativo. Por contra, *qui raisonne* solo se puede decir de un individuo real, determinado o indeterminado; es decir, tomado en el sentido particular del que hemos hablado. Así que habría que decir *L'homme est le seul animal qui raisonne* o *un animal qui raisonne.*
>
> Por la misma razón se dirá muy bien *Il n'a point de livre qu'il n'ait lu.* Esta proposición es equivalente a estas otras: *Il n'a pas un seul livre qu'il n'ait lu. Chaque livre qu'il a, il l'a lu. Il n'y a point d'influence qu'il ne commette,* es decir *Chaque sorte d'influence, il la commet. Est-il ville dans le royaume qui soit plus obéissant?*, es decir, *Est-il dans le royaume quelqu'autre ville, une*

[167] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía estos ejemplos latinos: «En Latin même ces termes correlatifs sont souvent marqués, *is qui, ea quæ, id quod*, etc. *Non enim is es, Catilina*, dit Cicéron, *ut* ou *qui*, ou *quem*, selon ce qui suit; voilà deux correlatifs *is, ut*, ou *is, quem*, et chacun de ces relatifs est construit dans sa proposition particuliere: il a d'abord un sens individuel particulier dans la premiere proposition, ensuite ce sens est déterminé singulierement dans la seconde: mais dans *agere cum aliquo, inimicè*, ou *indulgenter*, ou *atrociter*, ou *violenter*, chacun de ces adverbes présente un sens absolu spécifique qu'on ne peut plus rendre sens relatif singulier, à moins qu'on ne répete et qu'on n'ajoûte les mots destinés à marquer cette relation et cette singularité; on dira alors *ita atrociter ut*, etc. ou en décomposant l'adverbe, *cum eâ atrocitate ut* ou *quæ*, etc. Comme la langue latine est presque toute elliptique, il arrive souvent que ces correlatifs ne sont pas exprimés en Latin: mais le sens et les adjoints les font aisément suppléer. On dit fort bien en Latin, *sunt qui putent*, Cic. le correlatif de *qui* est *philosophi* ou *quidam sunt; mitte cui dem litteras*, Cic. envoyez-moi quelqu'un à qui je puisse donner mes lettres; où vous voyez que le correlatif est *mitte servum*, ou *puerum*, ou *aliquem*. Il n'en est pas de même dans la langue Françoise».

ville qui soit plus obéissant que? etc. *Il n'y a homme qui sache cela; aucun homme ne sait cela.*

De manera que es el significado individual el que permite el uso del artículo y el significado adjetivo calificativo o adverbial el que lo impide; la negación no influye para nada a este respecto, por mucho que lo diga el autor de la *Grammaire générale*. Si se dice que alguien actúa *en roi, en père, en ami*, y que se toma *roi, père, ami* en su significado de especie, con toda la extensión que estas palabras puedan tener, no se debe añadir el relativo *qui*. Pero si las circunstancias dan a entender que al decir *roi, père, ami,* se tiene en mente la idea particular de tal *roi*, de tal *père*, de tal *ami*, y la expresión en cuestión no ha sido consagrada por el uso con un significado de especie o adverbial, entonces se puede añadir el *qui*: *il se conduit en père tendre qui,* porque esto es lo mismo que si se dijera *comme un père tendre.* Se trata de un significado particular que puede recibir después una determinación concreta. *Il est accablé de maux,* es decir, *de maux particulièrs* o *de dettes particulières qui* etc. *Une sorte de fruits qui* etc.; en este caso *une sorte* saca a la palabra *fruits* de la generalidad del nombre *fruit*. *Une sorte* apunta a un individuo específico o un individuo colectivo.

Los poetas tienen libertad a la hora de aplicar esta regla:

De todas formas, yo creo que la vivacidad, el fuego, el entusiasmo que el estilo poético exige, han podido autorizar a Racine a decir (*Esther*, Act. 1. Sc. 8): *Nulle paix pour l'impie: il la cherche, elle le fuit*. Esta expresión no sería acorde con la regla en prosa, porque al ser la primera una proposición universal negativa, en la que el *nulle* elimina toda paz para el impío, los pronombres *la* y *elle* de las proposiciones que siguen no pueden remitir, en un sentido afirmativo e individual, a una palabra que fue tomada en un primer momento con significado negativo universal. Quizás se podría decir *Nulle paix qui soit durable n'est donnée aux hommes;* pero todavía sería mejor decir *Une paix durable n'est point donnée aux hommes.*

Conclusión:

Así es la exactitud de nuestra mente y la precisión que exigimos a los que quieren escribir en nuestra lengua, e incluso en aquellos que la hablan. Decimos, de forma absoluta, con significado indefinido *se donner en spectacle, avoir peur, avoir pieté, un esprit de parti, un esprit d'erreur.* No se debe añadir a estos sustantivos, tomados en su significado general, adjetivos que proporcionaran un significado finito e hicieran de ellos individuos metafísicos. No se puede, pues, decir *se donner en spectacle funeste,* ni *un esprit d'erreur fatale, de securite témeraire,* ni *avoir peur terrible*. Se dice, sin embargo, *avoir grand' peur*, porque en ese caso el adjetivo *grand*, que precede al sustantivo, y que pierde incluso aquí la terminación femenina, forma una sola palabra con *peur*, como en *grand'messe*, *grand'mère*. Por el mismo principio, yo creo que no habla con exactitud uno de nuestros autores cuando dice[168]: *Octavien déclare en plein sénat qu'il veut lui remettre le gouvernement de la république*. Aquí, *en plein sénat* es una circunstancia de lugar, una especie de expresión adverbial, donde *sénat* no se presenta

[168] Le P. Sanadon, *Vie d'Horace*, p. 47.

bajo la forma de la idea de un ente personificado. Es, sin embargo, esa idea la que está detrás de *lui remetttre*. Habría que haber dicho: *Octavien déclare au sénat assemblé qu'il veut lui remettre* etc. o intentar otro cualquier giro.

2.14. Sobre si las lenguas que tienen artículo tienen ventaja sobre las que no lo tienen

De nuevo comienza Du Marsais con un principio lingüístico general: las lenguas son tanto más perfectas, primero, cuanto más rico y abundante sea su léxico; segundo, cuantos más recursos tengan para marcar las relaciones que la mente establece entre las palabras; es decir, cuantas más marcas tengan para señalar las funciones de sujeto, objeto, y complementos con todos sus matices:

> La perfección de las lenguas consiste sobre todo en dos cosas: en primer lugar, tener una abundancia de palabras lo suficientemente extensa que sea bastante para designar los diferentes objetos a los que apuntan las ideas que tenemos en la mente. Por ejemplo, en latín *regnum* significa *royaume*; es el país en el cual un soberano ejerce su autoridad. Pero los latinos no tienen una palabra diferente para expresar la duración de la autoridad de un soberano. Para ello necesitan recurrir a una perífrasis. Así, para decir «bajo el reinado de Augusto», dicen *Imperante Caesare Augusto,* que significa «durante el tiempo que Augusto reinó». En francés, sin embargo, tenemos *royaume* y *règne*. No siempre la lengua francesa tiene ventajas similares sobre la latina.
>
> En segundo lugar, una lengua es más perfecta cuando tiene más recursos para expresar los diversos puntos de vista desde los que nuestra mente puede considerar un mismo objeto. En las frases *Le roi aime le peuple* y *le peuple aime le roi, le roi* y *le peuple* están considerados de dos formas diferentes en cada una de ellas. En la primera es el *roi* el que *aime*; en la segunda es el *roi* el que es *aimé*. El lugar o posición de *roi* y *peuple* en cada una de ellas es el que da a conocer los diferentes puntos de vista.

Pues bien, los prepositivos, entre los cuales ocupa lugar destacado el artículo, sirven para marcar esas relaciones:

> Los prepositivos y las preposiciones sirven para marcar usos parecidos en francés.
>
> De acuerdo con ello, aparentemente una lengua que tenga más palabras que otra debe tener un recurso más para expresar cualquier fino matiz de la mente; y las lenguas que tienen artículos o prepositivos deben designar con más exactitud y precisión que aquellas que no los tienen. El artículo *le* saca a un nombre de la generalidad del nombre de la especie, y hace de él un individuo, *le roi*, o unos individuos, *les rois*. El nombre sin artículo es un nombre de especie; es un adjetivo. Los latinos, que no tenían artículo, tenían que recurrir con frecuencia a los adjetivos determinativos. Así en *Dic ut lapides isti panes fiant* («Di que estas piedras se conviertan en pan»). Cuando faltan estos adjetivos, los adjuntos no bastan para darle a la frase toda la claridad que debe tener: *Si filius Dei est* se puede traducir «Si eres hijo de Dios», donde «hijo» es el nombre de la especie, o «Si eres el hijo de Dios», donde «hijo» tiene significado individual.

Ejemplos que demuestran que en este aspecto el francés supera al latín:

Nosotros establecemos diferencias entre estas cuatro expresiones: 1º, *fils de roi* (hijo de rey); 2º, *fils d'un roi* (hijo de un rey); 3º, *fils du roi* (hijo del rey); 4º, *le fils du roi* (el hijo del rey). En *fils de roi* (hijo de rey), *roi* es nombre de especie, el cual, con la preposición, no es nada más que un calificativo. En *fils d'un roi* (hijo de un rey), *d'un roi* está tomado con el significado particular del que ya hemos hablado; se trata del hijo de un rey cualquiera. En *fils du roi* (hijo del rey), *fils* es un nombre de especie o apelativo y *roi* es un nombre de individuo; es lo mismo que *fils de le roi*. Y en *le fils du roi* (el hijo del rey), *le fils* designa a un individuo concreto. En el caso del latín *filius regis* no están marcadas esas diferencias.

Etes-vous roi? Etes-vous le roi? En la primera frase, *roi* es un nombre apelativo; en la segunda, *roi* se refiere a un individuo. El latín *Rex est tu?* no distingue estas diferentes acepciones. En la frase latina *Nemo satis gratam regi refert*[169]*, regi* puede referirse al rey o a un rey.

Un palace de prince es un bello palacio en el que habita un príncipe. Pero *le palace du prince* (*de le prince*) es el palacio concreto donde habita un príncipe concreto. Estas diferencias no están marcadas en latín de una manera tan simple. Si al sentarnos en la mesa pedimos *le pain*, es el pan entero lo que pedimos; en latín se dirá *da* o *affer panem*. Si, estando en la mesa, pedimos *du pain*, es una porción de pan lo que pedimos; sin embargo, en latín se dirá igualmente *panem*.

En el capítulo segundo de San Mateo se dice que los magos puestos en camino desde el palacio de Herodes, *videntes stellam, gavisi sunt et intrantes domum, invenerunt puerum* (viendo la estrella se alegraron y entrando en la casa encontraron al niño). Aquí tenemos los nombres *estrella, casa, niño* sin ningún adjetivo determinativo. Estoy de acuerdo en que lo que se ha dicho antes permite entender que esa estrella es la estrella que había guiado a los magos desde Oriente; que esa casa es la casa que la estrella les indicó; y que el niño es el niño al que venían a adorar. Pero en latín no hay nada que presente esas palabras con un significado determinado concreto. Es necesario que la mente cubra todas esas deficiencias. Esas palabras no son enunciadas en latín de otra forma, si tienen que tener el significado de la especie. ¿Es una ventaja de la lengua francesa el hecho de tener que emplear estas tres palabras con un prepositivo para dar a conocer que están tomadas con significado individual concreto? *Ils virent l'etoile; ils entrerent dans la maison; et trouvèrent l'enfant.*

Podría yo traer muchos ejemplos que hicieran ver que cuando se quiere expresar en latín un nombre de forma tal que se pueda distinguir si estamos ante un nombre con significado de individuo o con significado adjetivo o indefinido, o ante un nombre con significado partitivo o significado total, el latín se ve obligado a recurrir a algún adjetivo demostrativo o a cualquier otro adjunto. No se puede decir que la lengua francesa construye con el artículo expresiones menos fuertes y menos sólidas que las expresiones de la lengua latina con demostrativos. La falta de fuerza y precisión es una falta del escritor, no de la lengua.

Estoy de acuerdo en que, cuando el artículo no genere una expresión más clara y más precisa, el hablante puede estar autorizado a prescindir de él. A mí me gustaría decir, como nuestros padres, *pauvreté n'est pas vice*, en lugar de *la*

[169] Terence, *Phorm*, II, 2, 24.

pauvreté n'est pas un vice. Hay más vivacidad y energía en la frase antigua; pero esta vivacidad y energía solo son dignas de alabanza, cuando la supresión del artículo no hace perder la precisión de la idea y no provoca ninguna ambigüedad.

La costumbre de hablar con precisión, de distinguir el significado individual del significado de especie, que es adjetivo e indefinido, hace que muchas veces pongamos un artículo donde podríamos prescindir de él. Pero los franceses preferimos que nuestro estilo sea menos conciso a correr el riesgo de resultar oscuros. Y es que en general «es cierto[170] que poner o no poner el artículo delante de un nombre produce a veces una diferencia tal de sentido, que no se puede dudar de que las lenguas que tienen artículo tienen una gran ventaja sobre la lengua latina a la hora de expresar con nitidez y claridad ciertas relaciones o puntos de vista que solo el artículo pueda aclarar, sin que el lector esté expuesto a confundirse».

Me conformaré con este solo ejemplo. Ovidio al hacer la descripción de los encantamientos que él sospecha que Medea utilizó para rejuvenecer a Jasón dice que Medea[171] *Tectis, nuda pedem, egreditur.* Los traductores, sabedores de que los poetas recurren con frecuencia a la figura consistente en utilizar un singular por un plural, figura de la que tenían un ejemplo ante sus ojos unos versos más adelante en *crinem irrogavit aquis*[172], han creído que en *nuda pedem*, *pedem* es también un singular por plural; y todos, excepto el abad Banier, han traducido *nuda pedem* como *ayant les pieds nuds.* Deberían haber traducido, como hace el abad Banier, *ayant un pied nud*. Era, en efecto, práctica de los magos al hacer sus magias tener un pie calzado y otro desnudo. De manera que *nuda pedem* puede, pues, significar *ayant un pied nud* o *ayant les pieds nuds*; así que en este caso la lengua, falta de artículo, cae en imprecisión y da lugar a errores. Es cierto que, con la ayuda de adjetivos determinativos, el latín puede suplir la falta de artículos; y es eso lo que ha hecho Virgilio en una situación semejante a la que acabamos de ver en Ovidio. Pero entonces el latín pierde ya la pretendida ventaja de ser más apretado y conciso que el francés.

Cuando Dido recurre a los encantamientos y tenía un pie desnudo, dice Virgilio[173]: *Unum exuta pedem vinclis.* Y ese pie era el izquierdo, según los comentaristas.

Confieso que Ovidio lo expresó de una forma más concisa, *nuda pedem*; pero ello ha dado lugar a un error. Virgilio, sin embargo, ha construido como lo hace el francés; *unum exuta pedem, ayant un pied nud*. Así evita el equívoco con la ayuda del adjetivo indicativo *unum*; y así se expresa con mayor exactitud que Ovidio.

Conclusión. Primera, las lenguas que tienen artículo tienen ciertas ventajas sobre las que no lo tienen:

En una palabra, la claridad y la precisión son las primeras cualidades que el discurso debe tener. Solo se habla para suscitar en la mente de otros un pensamiento que sea precisamente igual que el tiene concebido el que habla. Las lenguas que tienen artículos tienen un instrumento más para llegar a esa meta; y

[170] Regnier, *Grammaire*, p. 152.
[171] *Metam*., lib. 7, v. 184.
[172] En el v. 189.
[173] *Aeneid*., lib. 4, v. 518.

> me atrevo a asegurar que en los libros latinos tiene que haber multitud de pasajes oscuros cuya obscuridad viene provocada por la falta de artículos; falta que frecuentemente ha conducido a los autores a despreciar el uso de los otros adjetivos demostrativos, a causa del uso habitual de enunciar las palabras sin artículos.

Las ventajas se refieren sobre todo a la facilidad con que el artículo sirve para distinguir entre género, especie e individuo, cuestiones que están en relación con la Lógica o Metafísica:

> Termino con una juiciosa reflexión de Buffier[174]: «Hemos sacado nuestras explicaciones de una metafísica, quizás un poco sutil, pero real… Es así como las ciencias se prestan mutuamente sus recursos. Si la Metafísica, bien entendida, contribuye a resolver con claridad los temas esenciales de la Gramática, contribuirá sin duda también a esclarecer los discursos más metafísicos».

[174] *Grammaire*, n. 340.

V. MECÁNICA DE LA VOZ. LOS SONIDOS Y SU ARTICULACIÓN

La Fonética y Prosodia habían ocupado siempre en las Gramáticas la última posición; el último libro. Era una especie de paso hacia la Retórica y por eso se colocaban al final de la Gramática. Con los ilustrados la Fonética pasa a ocupar puesto importante en la Gramática. Parece lógico que así sea: el mecanismo del lenguaje comienza por la adquisición de las ideas; sigue con la formación de juicios combinando y comparando ideas en nuestra mente; y se comunica o bien a través de palabras, que están compuestas de signos vocales articulados, o bien, de una forma más elaborada, a través de oraciones. De manera que primero son las palabras y después las oraciones. Y si la palabra es una combinación de signos bucales articulados, lógicamente la Fonética adquiere un significado importante en la Gramática.

En efecto, en el caso del lenguaje, el signo para comunicar el pensamiento es la palabra. Dice Locke[175] que las palabras son signos sensibles que sirven para comunicar los pensamientos (*Voces sunt signa sensibilia cogitationibus inter se communicandis inservientia*). También Leibniz, en sus *Annotationes in Marri Nizolii Anti-barbarum Philosopohicum*, a la definición de los nombres de Nizolio, de los que dice que a él le parecen necesarios para el bien filosofar (*quae mihi videntur ad recte philosopohandum in primis cognitu esse necessaria*, lib. I, cap. III, p. 18), hace la siguiente anotación: «los nombres para mí son marcas para recordar y signos para enseñar a los demás» (*Nomina sunt notae mihi ipsi ad reminiscendum, signa erga alios ad docendum, Opera*, p. 64).

Por muchas y muy variadas ideas que tengan los hombres, de las cuales se pueden beneficiar el mismo que ha tenido la idea y también los demás, esas ideas están escondidas en el espíritu, ya que ellas, por sí mismas, no se dejan ver por los ojos de los hombres. Y dado que, si los hombres no comparten unos con otros las ideas, estas no tienen la utilidad que se seguiría de su comunicación, era necesario crear unos signos externos mediante los cuales las ideas, que no se dejan ver por los ojos, se den a conocer a los demás[176]. Para ello, la naturaleza (*natura*) dotó al hombre de esos signos externos de las ideas. Esos signos externos son las palabras,

---

175 *De intellectu humano* 3.2.1.

176 *Etiamsi homo multiples variasque cogitationes foveat, e quibus alii aeque ac ipsemet utilitatem percipere summam voluptatemque possint, hae omnes tamen ipsius in pectore reconditae latent, neque semet ipsae hominibus in conspectum dare possunt. Quoniam itaque sine cogitationum communione haud percipienda est ista communicatio utilitatum, quae ex hominum inter homines conjunctione nascitur, necesse erat ut externa signa excogitaret per quae ideae istae sub oculorum sensum haud cadentes, quarum mens refertissima est, aliis innotescerent…* (ibidem).

que son los signos sensibles de las ideas y, a su vez, ellas, las palabras, significan la idea a la que se refieren[177]. Pluche, al comienzo de su *Mécanique des langues*, lo deja claro: «Ainsi en toute langue la parole n'est autre chose que l'image ou l'expression de la pensée de l'homme» (p. 3).

Para Locke es la naturaleza la que dotó al hombre de la palabra. Para los gramáticos ilustrados de vocación religiosa es Dios. Así el abad Fromant comienza el suplemento a la *Grammaire* de Port Royal con un capítulo dedicado a las vocales. Recoge lo que decía la *Grammaire* y las opiniones de gramáticos franceses posteriores. Numero de vocales; articulación, combinación entre ellas. Sigue con las consonantes. Las sílabas. La primera parte está dedicada toda ella a la Fonética. Tras las definiciones generales de cada una de las unidades, describe sus cualidades; sobre todo del francés; aunque también pone ejemplos de chino, del hebreo, del latín y del griego. Con ello da muestras de dos cosas: en primer lugar, de la importancia que empieza a tener ya la Fonética, como disciplina que estudia los sonidos articulados; y, en segundo lugar, el carácter universal que pretende dar Fromant a esta disciplina, al recoger ejemplos de diferentes lenguas.

De la importancia de la Fonética para los ilustrados es una prueba el hecho de que los editores de los *Principes de Grammaire* de Du Marsais en 1769 recogen en estos *Principes* las observaciones que el gramático había hecho sobre las letras y los sonidos (vocales, consonantes, diptongos) en los artículos correspondientes de la *Encyclopedie*. Tras recoger en los *Principes* entradas de la *Encyclopedie* sobre el artículo y el nombre compuestas por Du Marsais, recogen las correspondientes a los sonidos; y luego siguen con las otras partes de la oración: adjetivo, preposición, conjunción.

El propio Du Marsais reconoce la importancia del estudio de los sonidos: «comme la méchanique de la voix est un sujet intéressant, que c'est principalement par la parole que nous vivons en société, j'ai cru devoir donner une idée générale de la méchanique de la voix» (p. 429). Y sigue un análisis minucioso del mecanismo físico del habla, de la diferencia entre vocal y consonante, y del punto y modo de articulación de los sonidos.

Ese análisis comienza con:

1. VOCALES Y CONSONANTES

En primer lugar, lo editores recogen el contenido de la entrada *Consonne* de la *Encyclopedie*, que comienza así:

> Las letras se dividen en vocales y consonantes. Las vocales son llamadas así a partir de «voz», porque se dejan escuchar por sí mismas. Forman, ellas solas, un sonido, una voz. Las consonantes, por el contrario, no se oyen sino gracias

[177] *Hinc facile concipimus quomodo voces quas ad illud aptissimas natura finxit ab hominibus idearum suarum signa usurpentur… Vocabulorum itaque usus in eo consistit, ut sensibilia sint idearum signa, atque ideae, quas referunt, sunt id quod significant* (ibidem).

> al aire que produce la voz o vocal; de ahí el nombre de consonante, *consonans*, es decir, «la que suena junto con otra».

Fiel a la doctrina ilustrada que distingue entre palabras físicas, que responden a un ser real que está fuera de nuestra mente («mesa», «casa»), y palabras metafísicas, que responden, no a seres reales físicos, sino a ideas creadas por nuestra propia mente («bondad», «maldad»), Du Marsais explica que palabras como «vocal» o «consonante» son palabras metafísicas, ya que han sido creadas por nuestra mente para expresar momentos del proceso que genera el habla:

> No hay una cosa física real que sea vocal, ni una cosa física real que sea consonante. Pero se han observado diferencias en las modificaciones que sufre el aire que sale de los pulmones, cuando se hace uso de él para formar sonidos destinados a ser los signos de los pensamientos. Son las diferentes consideraciones o precisiones que hace nuestra mente ante esas modificaciones de la voz, las que han dado lugar a la creación de palabras como «vocal», «consonante», «articulación» y otras. Esas precisiones son las que distinguen los diferentes puntos de vista de nuestra mente sobre el mecanismo de la palabra y las que nos permiten hablar de ese mecanismo con la mayor exactitud.

1.1. Materia y forma de vocales y consonantes

Lo que realmente le interesa a Du Marsais es hacer un pequeño análisis del mecanismo de la voz[178]; en ello coincide con el interés de otros gramáticos ilustrados. Y es que el mecanismo del lenguaje, para los ilustrados, empieza en el momento en que se adquieren las ideas y sigue con el momento en que las ideas son comunicadas a los demás; y la mejor forma de hacer esa comunicación es mediante signos articulados:

[178] Pero antes de ello, en el artículo *Consonne* de la *Encyclopedie*, encontramos las siguientes reflexiones que se suprimen aquí: «Mais avant que d'entrer dans le détail des *consonnes*, et avant que d'examiner ce qui les distingue des voyelles, qu'il me soit permis de m'amuser un moment avec les réflexions suivantes. La nature nous fait agir sans se mettre en peine de nous instruire; je veux dire que nous venons au monde sans savoir comment: nous prenons la nourriture qu'on nous présente sans la connoître, et sans avoir aucune lumiere sur ce qu'elle doit opérer en nous, ni même sans nous en mettre en peine; nous marchons, nous agissons, nous nous transportons d'un lieu à un autre, nous voyons, nous regardons, nous entendons, nous parlons, sans avoir aucune connoissance des causes physiques, ni des parties internes de nous-mêmes que nous mettons en œuvre pour ces différentes opérations: de plus, les organes des sens sont les portes et l'occasion de toutes ces connoissances, au point que nous n'en avons aucune qui ne suppose quelque impression sensible antérieure qui nous ait donné lieu de l'acquérir par la réflexion; cependant combien peu de personnes ont quelques lumieres sur le méchanisme des organes des sens? C'est bien dequoi on se met en peine, *id populus curat scilicet?* Ter. *And. act. II. sc.* 2. Après tout a-t-on besoin de ces connoissances pour sa propre conservation, et pour se procurer une sorte de bien être qui suffit? Je conviens que non: mais d'un autre côté si l'on veut agir avec lumiere et connoître les fondemens des Sciences et des Arts qui embellissent la société, et qui lui procurent des avantages si réels et si considérables, on doit acquérir les connoissances physiques qui sont la base de ces Sciences et de ces Arts, et qui donnent lieu de les perfectionner. C'étoit en conséquence de pareilles observations, que vers la fin du dernier siecle un medecin nommé *Amman* qui résidoit en Hollande, apprenoit aux muets à parler, à lire, et à écrire. *Voyez l'art de parler* du P. Lamy, pag. 193. Et parmi nous M. Pereyre, par des recherches et par des pratiques encore plus exactes que celles d'Amman, opere ici [à Paris, quai des Augustins] les mêmes prodiges que ce medecin opéroit en la Hollande».

> Mi intención no es entrar ahora en el análisis y en el detalle de la formación de cada letra concreta[179]. Pero, dado que la mecánica de la voz es un tema interesante y dado que es fundamentalmente la palabra la que nos permite vivir en sociedad,[180] he considerado como un deber dar una idea general sobre la mecánica de la voz; ella nos ayudará a entender más fácilmente la diferencia que hay entre vocal y consonante.

La materia de la voz es el aire que sale de los pulmones:

> En primer lugar, hay que observar que el aire que sale de los pulmones es la materia de la voz, es decir, del canto y de la palabra. Cuando el pecho se hincha mediante la tensión de ciertos músculos, el aire exterior entra en las vesículas de los pulmones, de la misma forma que entra en una bomba cuando se levanta el pistón. Este movimiento, en virtud del cual los pulmones reciben el aire, se llama inspiración. Cuando el pecho se desinfla, el aire sale de los pulmones; es lo que se llama expiración. La palabra respiración se refiere a uno y otro movimiento; ellos constituyen las dos especies de respiración.

La forma de la voz es producto de los órganos que intervienen en la modificación del aire que sale de los pulmones. Los órganos que intervienen (laringe, glotis, lengua, paladar etc.) dan forma a esa materia que es el aire[181]:

> Los cartílagos y los músculos de la parte superior de la tráquea forman una especie de cabeza o una suerte de corona oblonga que da paso al aire que respiramos. Es lo que se llama la *pomme* o *le morceau d'Adam*. Los anatomistas la llaman *larynx*, de donde viene el griego *larýnzo*, *clamo,* «yo grito». La abertura de la laringe se llama glotis, y en función de que ella esté cerrada o abierta por la acción de unos músculos concretos, forma una voz más aguda o más llena.
>
> Por encima de la glotis hay una especie de válvula, la cual en el momento en que pasan los alimentos tapa a la glotis; ello impide que los alimentos entren en la tráquea. Se llama epiglotis, de *epí* (*super, sur*) y *glotta* o *glottis*.
>
> M. Ferrein, célebre anatomista, ha observado que en cada labio de la glotis una especie de cinta larga de un trazo, tendida en sentido horizontal. La acción

[179] En la *Encyclopedie* se cita en este párrafo a los dos autores recogidos en el texto suprimido antes; el párrafo de la *Encyclopedie* es este: «Mon dessein n'est pas d'entrer ici, comme ces deux philosophes, dans l'examen et dans le détail de la formation de chaque lettre particuliere, de peur de m'exposer aux railleries de madame Jourdain et à celles de Nicole. *Voyez le Bourgeois gentilhom*me de Moliere».

[180] En la *Encyclopedie* se añade aquí este párrafo: «que d'ailleurs un dictionnaire est fait pour toutes sortes de personnes, et qu'il y en a un assez grand nombre qui seront bien-aises de trouver ici sur ce point des connoissances qu'ils n'ont point acquises dans leur jeunesse».

[181] Antes de esto, en la *Encyclopedie* se añade: «Le peuple croit que le gosier sert de passage à l'air et aux alimens; mais l'Anatomie nous apprend qu'au fond de la bouche commencent deux tuyaux ou conduits différens, entourés d'une tunique commune. L'un est appellé *ésophage*, οἰσοφάγος, c'est-à-dire *porte-manger*, c'est par où les alimens passent de la bouche dans l'estomac; c'est le gosier. L'autre *conduit*, le seul dont la connoissance apapartienne à notre sujet, est situé à la partie antérieure du cou; c'est le canal par où l'air extérieur entre dans les poumons et en sort: on l'appelle *trachée-arter; trachée*, c'est-à-dire *rude*, à cause de ses cartilages; τραχεῖα, féminin de τραχὺς, *asper; artere*, d'un mot grec qui signifie *receptacle*, parce qu'en effet ce conduit reçoit et fournit l'air qui fait la voix: ἀρτηρία παρὰ τὸ ἀέρα τηρεῖν, *garder l'air.* On confond communément l'un et l'autre de ces conduits sous le nom de gosier, *guttur*, quoique ce mot ne doive se dire que de l'ésophage; les Grammairiens même donnent le nom de *gutturales* aux lettres que certains peuples prononcent avec une aspiration forte, et par un mouvement particulier de la trachée-artere».

del aire que pasa por la senda o glotis provoca en esas cintas vibraciones que hacen que suenen como las cuerdas de un instrumento de música. M. Ferrein llama a estas cintas cuerdas vocales. Los músculos de la laringe tensan o relajan más o menos esas cuerdas vocales; eso es lo que genera la diferencia de tonos en el canto, en los llantos y en los gritos[182].

Los pulmones, la tráquea, la laringe, la glotis y sus cuerdas vocales son los primeros órganos de la voz, a los que hay que añadir el paladar, es decir, la parte interior y superior de la boca, los dientes, los labios, la lengua e incluso las dos aberturas que están al fondo del paladar y que se corresponden con las narices: ellas dan paso al aire cuando la boca está cerrada.

No todo aire que sale de la tráquea produce sonido. Es necesario, para que lo produzca, que el aire sea expulsado con una fuerza determinada y que en el momento de su paso sea convertido en sonoro por los órganos de la palabra. Ello sucede por dos causas diferentes: en primer lugar, el aire, al ser expulsado con más o menos violencia por los pulmones, se convierte en sonoro solo gracias a la posición en que están los órganos de la boca. En segundo lugar, el aire que sale de la tráquea se convierte en sonoro a su paso por la acción o movimiento de alguno de los órganos de la palabra.

Son dos causas que es necesario distinguir bien; se trata, o bien de la simple posición de los órganos, o bien de la acción o movimiento que ejerce cualquier órgano concreto sobre el aire que sale de la tráquea.

Yo comparo la forma primera con esas rendijas que convierten en sonoro al aire que pasa por ellas, y la segunda es, veo yo, poco más o menos como el efecto que produce la acción de un cuerpo sólido que golpea sobre otro[183].

Comparación con los diferentes tipos de instrumentos musicales:

Los diferentes tipos de partes que forman el conjunto del órgano de la voz permiten comparar este órgano, en función de los diferentes efectos de sus partes, ya con un instrumento de viento como un órgano o una flauta, ya con un instrumento de cuerda, ya, en fin, con cualquier otro cuerpo capaz de generar un sonido, como una campana golpeada por un badajo, o un yunque sobre el que se golpea con un martillo.

1.2. Mecanismo de las vocales

Mecanismo que genera las vocales:

Por ejemplo, si se trata de explicar el sonido de una vocal, se recurrirá a una comparación sacada de cualquier instrumento de viento. Supongamos el tubo de

[182] Voyez le Mémoire de M. Ferrein, *Hist. de l'Academie des Sciences*, année 1741, p. 409.

[183] Añadido en la *Encyclopedie*: «C'est ainsi que la *consonne* n'est entendue que par l'action de quelqu'un des organes de la parole sur quelque autre organe, comme de la langue sur le palais ou sur les dents, d'où résulte une modification particuliere de l'air sonore. Ainsi l'air poussé par les poumons, et qui sort par la trachée-artere, reçoit dans son passage différentes modifications et divers trémoussemens, soit par la situation, soit par l'action des autres organes de la parole de celui qui parle; et ces trémoussemens parvenus jusqu'à l'organe de l'oüie de ceux qui écoutent, leur font entendre les différentes modulations de la voix et les divers sons des mots, qui sont les signes de la pensée qu'on veut exciter dans leur esprit».

> un órgano abierto; sin duda que, si ese tubo permanece abierto y el fuelle produce viento o aire, el tubo producirá un sonido que es la consecuencia propia de la situación o posición en que se encuentran las partes por las que pasa el aire. Lo mismo sucede con una flauta; cuando el que la toca insufla aire en ella, se oye el sonido semejante al producido en un agujero formado entre los dedos. El tubo del órgano y de la flauta no se mueve; lo único que hace es poner resistencia al aire insuflado, y permanece en el estado en que este aire lo encuentra.
>
> Eso es precisamente lo que es una vocal. Cada vocal exige que los órganos de la boca estén en la posición requerida para producir en el aire que viene de la tráquea la modificación conveniente para generar el sonido de una u otra vocal. La posición que hará que se oiga la *a* no es la misma que la que debe provocar el sonido de la *i*. Y así otras.
>
> Mientras la posición de los órganos sea la misma, se oye la misma vocal durante todo el tiempo que la expiración pueda mantenerse. Los pulmones son a este respecto lo mismo que los fuelles de un órgano.

El problema con que se encuentra Du Marsais, que piensa en una Gramática General, es que en este punto las diferencias entre el francés y las otras lenguas europeas es enorme. El francés no solo tiene más vocales que otras lenguas, como por ejemplo el español, sino que los mismos signos no siempre responden a los mismos sonidos. La *e* francesa, por ejemplo, unas veces se pronuncia de una forma, otras veces de otra, y otras ni siquiera se pronuncia. Por eso se siente Du Marsais en la obligación de tratar, en este punto, particularidades propias del francés. A propósito del número de vocales dice:

> De acuerdo con lo que acabamos de señalar, se sigue que el número de vocales es mayor del que comúnmente se dice. Todo sonido que resulte de la posición del órgano, sin que haya golpeo o movimiento en ninguna de las partes de la boca, y que pueda ser mantenido mientras dure la expiración, ese sonido es una vocal. Así *a, á, é, è, i, o, u, ou, eu,* y la débil *e* muda, y las nasales *an, en* etc. Todos estos sonidos son otras tantas vocales concretas, tanto aquellas que son escritas con un solo carácter, como *a, e, i, o, u*, como aquellas que son escritas por varias letras, como *ou, eu, oient* etc. No es la escritura la que marca la existencia de una vocal, sino la simplicidad del sonido, que depende solo de la posición de los órganos y que es susceptible de ser continuado. Así, *au, eau, ou, eu, aient* etc., aunque escritos con más de una letra, no dejan de ser por ello simples vocales. Tenemos, pues, la vocal *u* y la vocal *ou*; los italianos solo tienen *ou*, que ellos escriben con una simple *u*. Nosotros tenemos además la vocal *eu*, en *feu, lieu*; la *e* muda es la correspondiente débil de la *e* y también una vocal concreta.

Se ve obligado también, como se puede ver, a reconocer que la identificación de una vocal ha de hacerse a partir del sonido pronunciado y no del signo utilizado. El francés le obliga a ello.

1.3. Mecanismo de las consonantes

> No sucede lo mismo con la consonante. Ella no depende, como en el caso de la vocal, de la posición normal de los órganos. La consonante es el efecto de una acción pasajera, de una vibración, o de un movimiento momentáneo de algún

órgano de la palabra, como la lengua, los labios etc. De manera que, si he comparado la vocal con el sonido del tubo de un órgano o del agujero de una flauta, creo poder comparar la consonante con el efecto que produce el badajo de una campana o el martillo sobre el yunque. Suministrad aire al tubo de un órgano o al agujero de una flauta, y escucharéis siempre el mismo sonido. Sin embargo, en el caso del badajo de la campana y del martillo sobre el yunque, es necesario repetir el golpe para volver a oír el sonido que produjo el primer golpe. De igual forma, si no repetimos el movimiento de los labios cuando pronunciamos una vez la *b* o la *p*; si no volvemos a hacer vibrar la lengua cuando genera una vez la *r*, no se volverán a escuchar esas consonantes. Solo se escucha sonido con la vibración que las partes sonoras del aire reciben de los diferentes cuerpos que las hacen vibrar. Es más, la acción de los labios o las vibraciones de la lengua provocan en el aire que sale de la boca la modificación apropiada para que se oiga tal o tal otra consonante. Sin embargo, si tras esa modificación se mantiene un rato la emisión del aire, permaneciendo la boca necesariamente abierta para dar paso al aire que sigue saliendo, y encontrándose los órganos quietos, en la posición que hace que se escuche una vocal, entonces el sonido de esta vocal podrá ser mantenido todo el tiempo que dure la emisión de aire; por el contrario, el sonido de la consonante no se extiende más allá de la acción del órgano que lo produce.

1.4. La articulación de vocal y consonante; la sílaba

La unión o combinación de una consonante con una vocal solo se puede hacer en una misma emisión de voz. Esta unión se llama articulación. Hay articulaciones simples y articulaciones compuestas. Esto lo ha analizado con todo detalle Hardouin[184], secretario de la Sociedad Literaria de Arras, en una Memoria particular. Estas combinaciones se hacen una detrás de otra, y cada una de ellas no puede ser sino momentánea. El oído distingue claramente el efecto de un golpe del efecto de una situación estática; y escucha por separado uno detrás de otro. Por ejemplo, en la sílaba *ba*, el oído escucha primero la *b* y después la *a*; y cuando se escriben las letras que forman las sílabas y las sílabas que forman palabras, se mantiene ese orden.

Finalmente, esa unión es de poca duración, porque es imposible que los órganos de la palabra estén al mismo tiempo en dos situaciones diferentes que generan cada una de ellas efectos propios y diferentes. Lo que acabamos de observar en relación con la consonante que entra en la composición de una sílaba, sucede también, por la misma razón, en el caso de dos vocales que se unen para formar diptongo, como *ui* en *lui, nuit, bruit* etc. Se escucha en primer lugar la *u*, y después solo puede continuar el sonido de la *i*, porque la situación de los órganos que generan la *i* sigue súbitamente a la que había generado la *u*.

La articulación o combinación de una consonante con una vocal forma una sílaba; sin embargo, una sola vocal forma también con mucha frecuencia una sílaba. La sílaba es un sonido, simple o compuesto, pronunciado en una sola emisión de voz: *A-jou-té, ré-u-ni, cré-é.*

[184] Alexandre-Xavier Hardouin (1718-1785), autor de una *Dissertation sur les voyelles et le consonnes*, Arras, 1760; de una *Lettre a l'auteur du «Traité des sons de la langue Française»,* París, 1762; de las *Mémoires pour servir à l'histoire de la province d'Artois et principalement de la ville d'Arras,* Arras, 1763; de *Remarques diverses sur la prononciation et l'orthographie, contenant un Traité des sons*, París, 1757.

De nuevo vuelve a hacer una observación motivada por la fonética del francés. El francés tiene lo que se llama la *e* muda. De manera que Du Marsais se ve obligado a explicar la diferencia que hay entre el apéndice vocal que necesariamente hay que poner a una consonante que tenga que ser pronunciada estando sola –es el caso de una consonante final de sílaba, en la que la final suena una *e* muda débil– y la *e* muda final francesa:

> Las sílabas que terminan en consonante van siempre seguidas de un sonido débil, que es como la *e* muda. El nombre de *e* muda se da en efecto a la última ondulación o a la última vibración del aire sonoro; es la última sacudida que el nervio auditivo recibe de ese aire. Quiero decir que esa *e* muda débil no es de la misma naturaleza que la *e* muda que se escribe a propósito, como es la *e* final de las palabras *vu-e*, *vi-e*, y todas las *e* de nuestras rimas femeninas. De manera que hay mucha diferencia entre el sonido débil que se oye al final de la palabra *Michel*, y el sonido final de *Michéle*; entre *bel* y *belle*; entre *coq* y *coque*; entre *Job* y *robe*; *bal* y *balle*; *cap* y *cape*; *Siam* y *ame* etc.

Es necesario recurrir también a apéndices vocálicos en el caso de que en una misma palabra haya varias consonantes seguidas; ese apéndice vocálico es una *e* muda débil. Ello le permite liberar al francés de su soledad a ese respecto: la *e* muda débil está en todas las lenguas, porque todas las lenguas tienen palabras con varias consonantes seguidas:

> Si en una palabra hay muchas consonantes seguidas, hay que suponer la existencia entre cada consonante de esa *e* débil y muy corta. Es como el sonido que se oye entre golpe y golpe del martillo, cuando se suceden con toda la rapidez que sea posible. Estas reflexiones demuestran que la *e* muda débil está en todas las lenguas.

1.5. Conclusión

> De todo lo que acabamos de decir concluimos que la vocal es el sonido que resulta de la posición en que los órganos de la palabra se encuentran en el momento en que el aire de la voz sale por la tráquea; y que la consonante es el efecto de la modificación pasajera que ese aire recibe por una acción o movimiento puntual de cualquier órgano particular de la palabra.

2. TIPOS DE CONSONANTES

2.1. Por el punto de articulación

La primera clasificación que hace Du Marsais se refiere a la clasificación que toma como criterio el punto u órgano en que se articula la consonante:

> Es la relación con cada uno de esos órganos la que determina que en todas las lenguas se dividan las letras en clases, las cuales reciben nombre del nombre del órgano concreto que parece contribuir de forma más decisiva a su formación.

De manera que unas son llamadas labiales, otras linguales, o bien palatales, otras dentales, o nasales, o guturales. Algunas pueden pertenecer a dos clases, cuando son varios los órganos que concurren a su formación.

Labiales: B, P, F, V, M.

Linguales: D, T, N, L, R.

Palatales: G, J, G fuerte o K o Q.

La palatal fuerte de *Ille* y la palatal débil de *ye*.

Dentales o sibilantes: S o C, *doux*, como en *se, si*, Z, CH. A causa de su especie de silbido los antiguos llamaron a estas consonantes semivocales, mediovocales; mientras que a las demás las llamaban mudas.

Nasales: M, N, GN.

Guturales: es el nombre que se da a aquellas que son pronunciadas con una aspiración fuerte y con un movimiento de fondo de la tráquea. Estas aspiraciones fuertes son frecuentes en lenguas del oriente y del mediodía. Hay también guturales entre los pueblos del norte. Estas letras les parecen rudas a aquellos que no están acostumbrados a ellas. Nosotros solo tenemos el sonido gutural en *he*, que se llama comúnmente *H* aspirada. Esta aspiración es el efecto de un movimiento concreto de las partes interiores de la tráquea. En francés solo las articulamos cuando van con vocales, *le héros, la hauteur*[185].

Hay gramáticos que dan a la *H* el rango de consonante; otros, por el contrario, sostienen que este signo no apunta a ningún sonido concreto análogo al de las otras consonantes y que debe ser considerado como un signo de aspiración[186]. Yo pienso que, dado que unos y otros de estos gramáticos dan un valor concreto a este signo, deberían permitirse llamarlo o bien consonante, o bien signo de aspiración, según el punto de vista que más les convenza[187].

2.2. Diferentes formas de pronunciar una consonante en función del lugar o nación

Es este un tema que preocupa a Du Marsais. Lo trata aquí y lo volverá a tratar más adelante. Obsesionado como está por buscar y encontrar el valor único y universal de los signos lingüísticos, le preocupan las diferencias. Una de ellas es el acento diferente con que los diferentes pueblos pronuncian una misma vocal o una misma consonante.

[185] Añadido en la *Encyclopedie*: «Les Grecs prononçoient certaines *consonnes* avec cette aspiration. Les Espagnols aspirent aussi leur *j*, leur *g* et leur *x*».

[186] Añadido en la *Encyclopedie*: «Ils ajoutent que les Grecs ne l'ont point regardé autrement; qu'ils ne l'ont point mis dans leur alphabet entant que signe d'aspiration, et que dans l'écriture ordinaire ils ne le marquent que comme les accents au-dessus des lettres; et que si dans la suite il a passé dans l'alphabet latin, et de-là dans ceux des langues modernes, cela n'est arrivé que par l'indolence des copistes qui ont suivi le mouvement des doigts, et écrit de suite ce signe avec les autres lettres du mot, plûtôt que d'interrompre ce mouvement pour marquer l'aspiration au-dessus de la lettre».

[187] Añadido en la *Encyclopedie*: «Les lettres d'une même classe se changent facilement l'une pour l'autre; par exemple, le *b* se change facilement ou en *p*, ou en *v*, ou en *f;* parce que ces lettres étant produites par les mêmes organes, il suffit d'appuyer un peu plus ou un peu moins pour faire entendre ou l'une ou l'autre. Le nombre des lettres n'est pas le même partout. Les Hébreux et les Grecs n'avoient point le *le mouillé*, ni le son du *gn*. Les Hébreux avoient le son du *che*, ש, *schin:* mais les Grecs ni les Latins ne l'avoient point».

> La diversidad del clima produce diferencias en la pronunciación de las lenguas. Hay pueblos que utilizan órganos y partes de órganos que otros pueblos no utilizan. Hay también una forma o manera particular de mover los órganos. Además, en cada nación, en cada pueblo, e incluso en cada ciudad, la enunciación tiene una especie de modulación particular; es lo que se llama acento nacional o acento provincial. A ello se suma el hábito adquirido por la educación; y cuando las mentes de los animales están acostumbradas a una ruta, es muy difícil, por mucho que se empeñe la voluntad, hacerles tomar una nueva. De ahí también que haya pueblos que no saben pronunciar ciertas letras[188]. Las reflexiones que se pueden hacer sobre este tema son muy útiles para explicar los cambios sufridos por las palabras que pasan de una lengua a otra. Véase la *Dissertation,* de Falconet, *sur les Principes de l'etymologie,* en *L'histoire de l'Académie des Belles-Lettres*[189]. Es necesario también consultar las gramáticas de diferentes lenguas.

Independientemente de los matices de pronunciación y de los caracteres utilizados, en francés hay dieciocho consonantes bien definidas:

> En lo que se refiere al número de consonantes, si tenemos en cuenta solo los sonidos y no atendemos a los caracteres de nuestro alfabeto, ni al uso irracional que hacemos de esos caracteres, veremos que tenemos dieciocho consonantes, con un sonido bien definido, a las cuales no se les puede negar el nombre de consonantes.

Tras recoger el dato de la diferencia de pronunciación entre pueblos y naciones, recuerda Du Marsais que lo racional sería que hubiera universalidad:

> Deberíamos dar un carácter propio, concreto, único e invariable a cada uno de los sonidos; es lo que los griegos hicieron con exactitud de acuerdo con la naturaleza, que es la que da la luz. ¿Es acaso razonable que el mismo signo tenga funciones diferentes en el mismo modelo, y que el mismo objeto esté marcado unas veces por un signo y otras veces por otro?

2.3. Nombre de las consonantes

> Antes de entrar en la relación de nuestras consonantes, creo que debo hacer una breve observación sobre la forma de nombrar las consonantes.
>
> Ya hace cien años que *Grammaire générale* de Port-Royal[190] propuso una forma de aprender a leer fácilmente en todo tipo de lenguas. Esa forma consiste

[188] Añadido en la *Encyclopedie*: «les Chinois ne connoissent ni le *b*, ni le *d*, ni le *r;* en revanche ils ont des *consonnes* particulieres que nous n'avons point. Tous leurs mots sont monosyllabes, et commencent par une *consonne* et jamais par une voyelle. *Voyez la Grammaire Chinoise* de M. Fourmont. Les Allemans ne peuvent pas distinguer le *z* d'avec le *s;* ils prononcent *zele* comme *sel:* ils ont de la peine à prononcer les *l* mouillés, ils disent *file* au lieu de *fille*. Ces *l* mouillés sont aussi fort difficiles à prononcer pour les personnes nées à Paris: elles le changent en un mouillé foible, et disent *Versayes* au lieu de *Versailles*, etc. Les Flamans ont bien de la peine à prononcer la *consonne* j. Il y a des peuples en Amérique qui ne peuvent point prononcer les lettres labiales *b, p, f, m*. La lettre *th* des Anglois est très-difficile à prononcer pour ceux qui ne sont point nés Anglois».

[189] *Dissertation sur les principes de l'etymologie par rapport à la Langue Françoise,* en *L'histoire de l'Académie des Belles-Lettres*, tomo XX.

[190] Partie 1, ch. 6.

en nombrar las consonantes mediante el sonido propio que tienen en las sílabas en las que se encuentran, añadiendo a ese sonido el de la *e* muda, que no es otra cosa que el resultado de la impulsión del aire necesario para conseguir que la consonante se oiga. Por ejemplo, si yo quiero nombrar la letra *B* en las palabras *Babylone, Bibus* etc, la llamaré *be*, tal como se pronuncia en la última sílaba de *tombe*, o en la primera de *besoin*.

De igual forma, a *D* la llamaré *de*, tal como se oye en *ronde*.

A la *S* no la llamaré *esse*, sino *se*, como se oye en *sera*, *étosse*.

Esta práctica facilita mucho la ligazón de las consonantes con las vocales para construir sílabas. La misma ha sido recuperada en nuestros días por los señores de Launay, padre e hijo, y por otros buenos gramáticos. Los movimientos que Dumas ha hecho durante su vida para montar su taller tipográfico han contribuido también a dar a conocer esta denominación, de manera que la misma está hoy en día en uso en las pequeñas escuelas.

2.4. Descripción de las consonantes en francés

Veamos ahora el número total de nuestras consonantes. Las uniré, en la medida de lo posible, a cada una de nuestras ocho vocales principales.

Forma	*Nombre*	*Ejemplos de cada consonante con cada vocal*
B, b	Be	Babylone, Beat, bière, bonnet, bule, boule, beurre, bedeau.
C, d, K, Q, q	Que	Cadre ou quadre, karat ou carat, kalendes ou calendes, le Quenoi, qui, kirielle, coco, cure, le cou, queue, quérir, querelle. Dado que no busco nada más que los sonidos propios de nuestra lengua manifestados por un solo carácter no compartido con ningún otro sonido, solo doy aquí, para C, el sonido fuerte que tiene en las sílabas *ca, co, cu*. El sonido débil de *ce* y *ci* pertenece a la *S*; y el sonido *ze*, *zi* pertenece *à* la *z*.
D, d	De	David, un dé, Diane, dodu, duché, doulour, deux, demander.
F, f	Fe	Faveur, féminin, fini, forêt, funeste, le four, le feu, fémelle.
G, g	Gue	Gage, guérir, guidé, à gogo, gutural, goulu, gueux, guede. Solo doy aquí el sonido que tiene delante de *a, o, u*; el sonido débil *ge, gi*, pertenece a la *J*.
J, j	Je	Jamais, jésuite, j'irai, joli, jupe, joue, jeu, jetter, jetton. El sonido de *J* delante de *è* ha evolucionado en nuestra ortografía vulgar a *g* débil, *gibier, gite, giboulé* etc.; y con frecuencia lo hace en contra de su etimología, como sucede en *ci gît, hic jacet*. Los partidarios de la etimología vulgar solo respetan la etimología cuando ella favorece a sus prejuicios.
L, l	Le	La, légion, livre, loge, la lune, Louis, leurrer, leçons.
M, m	Me	Machine, médisant, midi, morale, muse, moulin, meunier, mener.

Forma	*Nombre*	*Ejemplos de cada consonante con cada vocal*
N, n	Ne	Nager, Néron, Nicole, novice, nuage, nourice, neutre, neuer.
P, p	Pe	Pape, péril, pigeon, pommade, punition, poupée, people, pelé, pelote.
R, r	Re	Ragoût, règle, rivage, Rome, rude, rouge, Reutlingen (ville de Souabe), revenir.
S, s	Se	Sage, séjour, Sion, Solon, sucre, souvenir, seul, semaine.
T, t	Te	Table, ténèbres, tiarre, tonère, tuteur, Toulouse, l'ordre Teutonique en Allemagne, tenir.
V, v	Ve	Valeur, vélin, ville, volonté, vulgaire, vouloir, je veux, venir.
Z, z	Ze	Zacharie, zéphire, zizanie, zone, Zurich (ville de Suise).

A los quince sonidos que acabamos de recoger debemos añadir otros cuatro que deberían tener un tratamiento especial[191]. Los griegos no hubieran dejado de dárselo, como hicieron con la *e* larga, lo *o* larga y las aspiradas. Esos cuatro sonidos, de los que voy a hablar aquí, son la *ch*, que se pronuncia *che*, la *gn*, que es *gne*, la *ll*, que es *lle*, y es un sonido palatal fuerte, y la *y* que es *ye*, y es un sonido palatal débil.

Forma	*Nombre*	*Ejemplos de cada consonante con cada vocal*
Ch, ch	Che	Chapeau, chérir, chicane, chose, chute, chou, chemin, cheval.
Gn, gn	Gne	No estamos hablando de estas dos letras cuando conservan su sonido propio, como en *gnomes, magnus*; estamos hablando del sonido palatal que se les da en *Pays de Cocagne, Allemagne, magnanime, Champagne, règne, ligne, insigne, magnifique, Avignon, oignon.* Los españoles marcan este sonido mediante la *n* coronada con una pequeña raya, que llaman tilde, es decir, título. Así en *montaña, montagne, Españe, Espagne*.
Ll, ll	Lle	Deberíamos tener también un carácter particular destinado únicamente a marcar el sonido de *l* palatal. Como no lo tenemos, nuestra ortografía no es uniforme a la hora de notar ese sonido. Unas veces lo marcamos con una simple *l*, otras con doble *ll*, y algunas con *lh*. Debemos solo indicar que la *l* palatal va casi siempre precedida de una *i*. Pero esa *i* no es por lo demás la marca característica de la *l* palatal, como lo es en *civil, nil, exil, fil, file, vil, vile,* donde la *l* no es más palatal de lo que lo es en *Achille, pupille, tanquille*, que deberían ser escritos mejor con una sola *l*.

[191] El orden de exposición que sigue es diferente al de la *Encyclopedie*; en la *Encyclopedie* se hablaba de los sonidos que siguen aquí después de las combinaciones «cs» y similares.

Forma	*Nombre*	*Ejemplos de cada consonante con cada vocal*
Y, y	Ye	Hay que observar que en muchas palabras la *i* se oye en la sílaba que va delante del sonido palatal, como sucede en *peril*, donde se oye la *i* y después el sonido palatal: *pé-ri-l*. Por el contrario, hay muchas palabras en las que la *i* es muda; es decir, no se oye fuera del sonido palatal; se confunde con este sonido; o mejor, o bien no se oye aunque se escriba, o bien es muy débil.

Ejemplo donde la i *se oye*

Péri-l, avri-l, babi-l, du mi-l, genti-l-homme, Brésil, fi-lle, babi-lle, véti-lle, freti-lle, chevi-lle, fami-lle, cédi-lle, Sévi-lle.

Ejemplos donde la i *es muda o se confunde con el sonido líquido*

De l'a-il, *de l'ail*, *qu'il s'en* ai-lle, bou-illon, *bouillir*, boute-ille, berca-il, éma-il, éventa-il, *qu'il* fou-ille, qu'il fa-ille, *le village de* Sulli, merve-ille, mou-ille, mou-iller, *ni sou ni* ma-ille, *sans* pare-ille, *il* ra-ille, *le duc de* Sulli, *le* seu-il *de la porte*, *le* somme-il, *il* somme-ille, sou-iler, trava-il, trava-iller, qu'il veu-ille, *la* ve-ille, *rien qui* va-ille.

El sonido palatal de la *l* está también marcado en algunos nombres propios mediante *lh*: *Milhaud*, ville de Rouergue, M. *Silhon*, M. de *Pardalhac*.

Constatamos que no tenemos palabras que comiencen por el sonido palatal.

Sobre ye *o la palatal* débil

La gente de París cambia la palatal fuerte en palatal débil. Pronuncia *fi-ye* en lugar de *fille*, *Versa-yes* en lugar de *Versailles*. Esta pronunciación ha dado lugar a que algunos gramáticos modernos caigan en la cuenta de que existe esta palatal débil. En efecto, hay mucha diferencia entre la pronunciación de *ien* en *mien, tien* etc. y la pronunciación en *mo-yen, pa-yen, a-yeux, a-yant, Ba-yonne, Ma-yence, Bla-ye* (ciudad de Guinea), *fa-yence*, *emplo-yons* (en indicativo), afin que nous *emplo-i-ons*, que vous *a-i-yez*, que vous *so-i-yez* (en subjuntivo); la ville de *No-yon*, le duc de *Ma-yenne*, le chevalier *Ba-yard*, la *Ca-yenne*, *ca-yer*, *fo-yer*, *bo-yaux*.

Estos gramáticos dicen que este sonido palatal es una consonante. Du Mas, inventor del taller tipográfico, dice que en las palabras *pa-yer, emplo-yer* etc. *yé* es una especie de *i* líquida consonante o semiconsonante[192].

[192] *Bibliothéque des Enfans,* IIIe vol., p. 109.

> De Launay dice que esta letra *y* es anfibia; que es vocal cuando se pronuncia como *i*; pero que es consonante, cuando se emplea con las vocales como sucede en las sílabas *ya, yé* etc. En este caso las pone en el grupo de las consonantes[193].
> En lo que a mí respecta, yo no discuto el nombre. Lo importante es distinguir y pronunciar bien esta letra. Pienso que el sonido *yé* en los ejemplos anteriores es un sonido mixto, que me parece tener cualidades de la vocal y de la consonante y constituye una clase aparte.

De esta manera, añadiendo *che* y los dos sonidos palatales *gn* y *ll* a los quince primeros, tenemos dieciocho consonantes, sin contar la *h* aspirada, ni la palatal débil o sonido mixto *ye*.

No he contado a la *x* entre las consonantes, porque no tiene sonido que sea propio de ella. Es una letra doble, que los copistas han utilizado para abreviar. Hace a veces el servicio de dos letras fuertes, *cs*, y otras, el de dos débiles, *gz*.

X por CS

Ejemplos	*Pronunciación*
Axe	Ac-se
Axiome	Ac-siome
Alexandre	Alec-sandre
Fluxion	Fluc-sion
Sexe	Sec-se
Taxe	Tac-se
Vexé	Vec-sé
Xavier	Csa-vier
Xénophon	Csé-nophon

X por GZ

Examen	Eg-zamen
Exemple	Eg-zemple
Exaucer	Eg-zaucer
Exarque	Eg-zarque
Exercice	Eg-zercice
Exil	Eg-zil
Exige	Eg-zige
Exode	Eg-zode
Exhorter	Eg-zhorter

A final de palabra la *x* tiene, en algunos nombres propios, el sonido de *cs*: *Ajax, Pollux, Styx*, que se pronuncian *Ajacs, Pollucs, Stycs*. Lo mismo sucede en el adjetivo *préfix* que se pronuncia *préfics*.

Pero en las otras palabras que los maestros al escribir, para dar más juego a la pluma, hacen terminar en *x*, esa *x* ocupa simplemente el lugar de *s*, como sucede en *je veux, les cieux, le ieux, la voix, six, dix, chevaux*.

193 *Méthode* de M. de Launay, pp. 39 et 40.

La *x* equivale a dos *ss* en *soixante, Bruxelles, Auxone, Auxerre*. Se pronuncian *Aussere, soissante, Brusseles, Aussone*, a la manera de los italianos, que no tienen *x* en su alfabeto y que emplean las dos *ss* en su lugar: *Alessandro, Alessio.*

Se escribe también, por abuso, *x* en lugar de *z* en *sixiéme, deuxiéme*, que se pronuncian *sizième, deuzième*. La *x* ocupa el lugar de *c* en *excellent*, pronunciado *eccelent*.

En la lista de consonantes que he dado he rechazado los caracteres a los cuales el uso ciego ha dado el sonido de algunos de los que he incluido. Tal es el caso de *k* y *q*, ya que la *c* sorda marca exactamente el sonido de estas letras. Yo no concedo a *c* el sonido de *s,* ni el de *z*. Es lo que sucede en griego: la *kappa* es siempre *kappa* y la *sigma* es siempre *sigma*. De suerte que en griego, la pronunciación de una letra cambia o bien por contracción, o bien por la forma del verbo; y entonces la ortografía de la palabra se adapta al nuevo sonido que se le da. En griego solo se tiene en cuenta la manera de pronunciar las palabras, y no su etimología, cuando esta no influye en nada en la pronunciación, que es el único objetivo de la ortografía. Esta solo debe tener en cuenta el sonido de la palabra; no debe duplicar los trazos, ni darle a un signo lo que no tiene, ni obstinarse en tratarle ahora tal como se le trataba hace muchos años.

Por lo demás, las reflexiones que he hecho aquí no tienen otra finalidad que la de intentar descubrir los sonidos de nuestra lengua. Yo solo busco los datos. Por lo demás, respeto el uso, al mismo tiempo que reconozco los fallos y sinrazones. Y con ello me conformo, a pesar de la sabia reflexión del célebre tipógrafo de Poitiers y de Restaut que nos dicen[194] que «es siempre loable, en cuestiones de ortografía, eliminar una mala costumbre para tomar otra mejor», es decir, más conforme con las luces naturales y con los objetivos del arte.

2.5. Clasificación en sonoras y sordas

A partir del abad de Dangeau, nuestros gramáticos clasifican las consonantes en débiles y fuertes.

Consonantes débiles	*Consonantes fuertes*
B	*P*
Bacha	Pacha
Baigner	Peigner
Bain	Pain
Bal	Pal (término de blasón)
Balle	Pâlé
Ban	Pan (divinidad pagana)
Baquet	Paquet
Bar (ducado en Lorrainé)	Par
Bâté	Pâté
Bâtard	Patar (moneda pequeña)
Beau	Peau
Bêcher	Pêcher
Bercer	Percer
Billard	Pillard
Blanche	Planche
Bois	Pois

[194] *Traité de l'Orthographie en forme de Dictionnaire*, à la lettre X.

Consonantes débiles	*Consonantes fuertes*
D	*T*
Dactyle	Tactile (que puede ser tocado, o que concierne al sentido del tacto; cualidades táctiles)
Danser	Tanser (reprender)
Dard	Tâter
Déiste	Théiste
Dette	Tette. Tète
Doge	Toge
Doigt	Toit
Donner	Tonner
G, gue	*C dura, K o Q, que*
Gabaret (villa de Gascogne)	Cabaret
Gache	Cache
Gage	Cage
Gale	Cale (término marino)
Gand	Can (se escribe generalmente Caën)
Glace	Classe
Grace	Crasse
Grand	Cran
Grève	Crève
Gris	Cri, cris
Grosse	Crosse
Grotte	Crotte
J, je	*Ch, che*
Japon	Chapon
Jarretière	Charretière
Jatte	Chatte
V, ve	*F, fe*
Vain	Fain
Valoir	Faloir
Vaner	Faner
Vendre, vendu	Frendre, fendu
Z, ze	*S, se*
Zèle	Selle
Zone	Il sonne, de sonner
	La Saone (río)
Y palatal débil	L, ll palatal fuerte
Qu'il pai-ye	Pa-ille
Pa-yen	Ma-ille
Mo-yen	Va-ille
La ville de Bla-ye en Gu-yenne	Versa-illes
Les isles Luca-yes en América	Fi-lle
La ville de No-yon en Picardía	Fami-lle

De acuerdo con esta clasificación en débiles y fuertes, parece que solo hay dos nasales, *m* y *n*, y dos palatales, *l* y *r*, cuyo sonido no cambia en débil o fuerte, ni en más débil o más fuerte. Y lo que es digno de reseñar en relación con estas cuatro letras, de acuerdo con la observación hecha por Harduin en la *Mémoire* de la que he hablado, es que pueden unirse con cualquier consonante, tanto débiles, como fuertes, sin aportar ninguna alteración a estas letras. Por ejemplo, *imbibé*, donde hay una *m* delante de débil; *impitoyable*, donde la *m* está delante de una fuerte. No pretendo decir que estas cuatro consonantes sean inmutables; cambian frecuentemente sobre todo entre ellas; digo solamente que pueden preceder o seguir indiferentemente ya a una débil, ya a una fuerte. Es quizás por esta razón por la que los antiguos dieron el nombre de líquidas a estas cuatro consonantes: *l, m, n, r.*

Sin embargo, en el caso de las otras consonantes, si una débil va seguida de una fuerte, los órganos toman la disposición requerida para articular la fuerte y hacen que la débil que precede tome el sonido fuerte, de manera que la que debe ser pronunciada en último lugar modifica a la que va delante de ella para convertirle en una letra de su especie; la fuerte cambia a la débil en fuerte, y la débil hace que la fuerte se convierta en débil.

Así, hemos visto que la *x* vale unas veces *cs*, que son dos fuertes, y otras *gz*, que son dos débiles. Es la misma razón por la que la *b* del pretérito de *scribo* cambia a *p*, por influencia de la fuerte que sigue: así, se dice *scribo, scripsi, scriptum*. Harduin ha llegado a este respecto a un detalle muy exacto en relación con la lengua francesa; observa que, aunque escribamos *absent*, si ponemos atención, observaremos que pronunciamos *apsent*.

3. SOBRE LA LETRA E

Consciente Du Marsais de las dificultades que la letra *e* francesa presenta desde el punto de vista de su pronunciación, dedicó un largo artículo en la *Encyclopedie* a la misma. Los editores de 1769 lo incluyen en este apartado.

Comienza exponiendo el valor fonético de la *e* en otras lenguas, sobre todo en latín, donde ese valor es más uniforme y definido que en francés; en latín, en efecto, y en otras muchas lenguas solo se puede hablar de una *e* abierta y de otra *e* cerrada:

La letra *E, e* es la quinta letra de la mayoría de los alfabetos y la segunda de las vocales.

Los griegos, al darse cuenta de que en ciertas sílabas de algunas palabras la *e* era menos larga y menos abierta que en las sílabas de otras palabras, encontraron la forma de marcar con caracteres distintos esta diferencia, que era muy sensible en la pronunciación[195].

[195] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía aquí esto: «Ils désignerent l'*e* bref par ce caractere E, ε, et l'appellerent εψιλόν, *epsilon*, c'est-à-dire petit *e*; il répond à notre *e* commun, qui n'est ni l'*e* tout-à-fait fermé, ni l'*e* tout-à-fait ouvert: nous en parlerons dans la suite. Les Grecs marquerent l'*e* long et plus ouvert par ce caractere H, η, *èta*; il répond à notre *e* ouvert long. Avant cette distinction quand l'*e* étoit long et ouvert, on écrivoit deux *e* de suite; c'est ainsi que nos peres écrivoient *aage* par deux *a*, pour faire connoître que l'*a* est long en ce mot: c'est de ces deux *E* rapprochés ou tournés l'un vis-à-vis de l'autre qu'est venue la figure *H*; ce caractere a été long-tems, en grec et en latin, le signe

> En latín y en la mayoría de las otras lenguas, la *e* se pronuncia como nuestra *e* abierta que aparece en miles de palabras, cuando va seguida de una consonante con la que forma sílaba: *cae-lèbs, mèl, pèr, patrèm omnipo-tèn-tèm, pès, èt* etc. Pero en nuestra pronunciación del latín, la *e* es cerrada cuando es final de palabra: *mare, cubile, patre*; etc. En nuestras provincias de más allá del Loira la *e* final latina se pronuncia como una *e* abierta. Es un error.
>
> Hay mucha analogía entre la *e* cerrada y la *i*; por ello, muchas veces se encuentra una por otra: *here, heri*. Por la misma razón el ablativo de muchas palabras latinas es en *e* o en *i*: *prudente* y *prudenti*.

En francés, sin embargo, el valor de la *e* no es ni tan uniforme, ni tan definido. Las gramáticas hablan de cuatro tipos de *e*:

> Pero pasemos a nuestra *e* francesa. Señalaré en primer lugar que muchos de nuestros gramáticos dicen que tenemos cuatro tipos de *e*. La *Méthode* de Port Royal, en el Tratado de las Letras, p. 611, dice que estas cuatro pronunciaciones de la *e* se pueden observar en esta sola palabra: *détèrrement*; pero es fácil de ver que hoy día la *e* de la última sílaba solo existe en la escritura.

Es evidente que la situación de la *e* francesa es caótica desde el punto de vista de la relación entre signo y sonidos correspondientes. Du Marsais trata de salvar la dificultad mirando a los orígenes; en origen, dice, cada signo se creó para un sonido concreto y definido; en ese momento, las letras del alfabeto correspondían con exactitud a los sonidos que tenía la lengua; la *a* se creó para un sonido *a* y la *e* se creó para un sonido *e*. Luego se producen cambios en la pronunciación; y esos cambios no son recogidos automáticamente en el alfabeto. Hay lenguas que, por haberse dejado ya de hablar, no conocieron muchos cambios en la pronunciación y, consiguientemente, conservan un equilibrio aceptable entre alfabeto y sonidos; es el caso del griego y del latín; y hay otras lenguas, como el italiano y el español, que, por las razones que sean, mantienen también ese equilibrio mucho mejor que el francés:

> La pronunciación de nuestras palabras ha cambiado. La escritura fue inventada solo para indicar la pronunciación en el momento de la invención, pero no para recoger todas las modificaciones posteriores, es decir, todos los diferentes cambios. Los niños se apartan insensiblemente de la pronunciación de sus padres; de manera que la ortografía solo cumple con su función de tarde en tarde. Estaba fijada en un primer momento en los libros de acuerdo con la voluntad de los

---

de l'aspiration. Ce nom *èta* vient du vieux syriaque *ketha*, ou de *keth*, qui est le signe de la plus forte aspiration des Hébreux; et c'est de-là que les Latins prirent leur signe d'aspiration *H*, en quoi nous les avons suivis. La prononciation de l'*eta* a varié: les Grecs modernes prononcent *ita*; il y a des savans qui ont adopté cette prononciation, en lisant les livres des anciens. L'université de Paris fait prononcer *êta*. *Voyez* les preuves que la méthode de P. R. donne pour faire voir que c'est ainsi qu'il faut prononcer; et sur-tout lisez ce que dit sur ce point le P. Giraudeau jésuite, dans son *introduction à la langue greque*; ouvrage très-méthodique et très-propre à faciliter l'étude de cette langue savante, dont l'intelligence est si nécessaire à un homme de lettres. Le P. Giraudeau, dis-je, s'explique en ces termes, *pag. 4*. "L'*èta* se prononce comme un *ê* long et ouvert, ainsi que nous prononçons l'*ê* dans *procès*: non-seulement cette prononciation est l'ancienne, poursuit-il, mais elle est encore essentielle pour l'ordre et l'œconomie de toute la langue greque"».

> primeros inventores. Cada signo solo significaba en principio el sonido para el que había sido inventado: el signo *a* marcaba el sonido *a*; el signo *e*, el sonido *e* etc. Es lo que vemos todavía hoy en la lengua griega, en la latina, e incluso en la italiana y en la española. Estas dos últimas, aunque son lenguas vivas, están menos sujetas a variaciones que la nuestra.

El alfabeto es mucho más conservador que los sonidos; estos cambian, pero la lengua sigue manteniendo los signos que se crearon en un primer momento, de manera que puede ocurrir que un signo determinado tenga actualmente una pronunciación diferente de aquella para la que fue creado. La culpa, pues, de los desajustes entre el alfabeto francés y los sonidos la tiene el conservadurismo del primero:

> Entre nosotros, nuestros ojos se acostumbran desde la infancia a la forma en que nuestros padres escriben una palabra, conforme a su manera de pronunciar, de suerte que, cuando la pronunciación llega a cambiar, los ojos, acostumbrados a la forma que escribían nuestros padres, se oponen a la concertación que la razón quisiera introducir entre la pronunciación y la ortografía, respetando el primer destino de los caracteres. De manera que lo primero que hubo entre los hombres fue una lengua que solo habla al oído y que es la única lengua verdadera. Luego se inventaron unos caracteres para presentar los sonidos a nuestros ojos, correspondientes, no a la forma en que nosotros los articulamos, sino tal como nuestros padres los pronunciaban. De manera que nosotros hoy vemos una cosa moderna bajo un vestido antiguo. Cometemos entonces una doble falta: escribir una palabra de forma distinta a como la pronunciamos, y pronunciarla de forma diferente a como la escribimos. Pronunciamos *a* y escribimos *e*, solo porque nuestros padres pronunciaban y escribían *e*[196]. La primera *e* en las palabras *empereur, enfant, femme* etc. indica solamente que antes se pronunciaba *émpereur, énfant, fème*; y es así como son pronunciadas estas palabras en algunas de nuestras provincias. Pero con ello lo único que pasa es que tenemos un cuarto tipo de *e*.

Pasa ya a la descripción de los diferentes tipos de *e* en francés:

> En realidad, solo tenemos tres tipos de *e*. Lo que las distingue es la forma de pronunciarlas; unas son más largas que otras, o unas más abiertas que otras. Estos tres tipos de *e* son la *e* abierta, la *e* cerrada y la *e* muda. Se encuentran las tres en muchas palabras: *Fèrmeté, honnêteté, évêque, sévère, échèlle* etc.
>
> La primera *e* de *fèrmeté* es abierta; por ello se la marca con acento grave. La segunda sílaba *me* no tiene acento, porque es muda. *Té* está marcada con acento agudo, que es el signo de la *e* cerrada.
>
> Estos tres tipos de *e* son incluso susceptibles de gradación. La *e* abierta es de tres tipos: la abierta normal, la más abierta, y la muy abierta. La *e* abierta normal es la *e* de casi todas las lenguas; es la que pronunciamos en las primera sílabas de *père, mère, frère,* y en *il appèlle, il mène, ma nièce* y también, en todas las palabras en que la *e* va seguida de consonante con la que forma sílaba, salvo que esta consonante sea la *s* o la *z* como marcas del plural, o la *nt* de la

[196] Añadido en la *Encyclopedie*: «Cette maniere d'ortographier est sujette à des variations continuelles, au point que, selon le prote de Poitiers et M. Restaut, à peine trouve-t-on deux livres où l'ortographe soit semblable (*traité de l'Ortogr. franç. p. 1.*) Quoi qu'il en soit, il est évident que l'*e* écrit et prononcé *a*, ne doit être regardé que comme une preuve de l'ancienne prononciation, et non comme une espece particuliere d'*e*».

tercera persona del plural de los verbos. Así se dice *examèn* y no *examén; tèl, bèl, cièl, chèf, brèf, Josèph, nèf, relièf, Israèl, Abèl, Babèl, réèl, Michèl, mièl, plurièl, criminèl, quèl, naturèl, Hôtèl, mortèl, mutuèl, l'hymèn, Sadducéèn, Chaldéèn, il vièn't, il soutièn't* etc.

Siempre que una palabra termina en *e* muda, no se debe mantener la voz sobre ella, porque, si se la mantiene, dejaría de ser muda. Es necesario, pues, que se la apoye en la sílaba que la precede; y si esta sílaba es ella misma una *e* muda, esta *e* se convierte en abierta normal, y sirve de punto de apoyo a la articulación para poder mantener la última *e* muda. Esto se entenderá mejor con ejemplos. En *mener, apeller* etc. la primera *e* es muda y no está acentuada. Pero si decimos *je mène, j'appèlle*, esa *e* muda se convierte en *e* normal y debe ser acentuada: *je mène, j'appèlle*. De la misma forma, cuando decimos *j'aime, je demande*, la última *e* de cada una de estas palabras es muda; pero si se dice, preguntando, *aimè-je, ne demandè-je-pas*?, la *e*, que era muda, se convierte en *e* normal.

Sé que, en este caso, nuestros gramáticos dicen que la razón de este cambio de la *e* muda es que «no debe haber dos *e* mudas seguidas»; pero hay que añadir «a final de palabra». Pues si la voz pasa, en la misma palabra, de una *e* muda a una sílaba sostenida, esa sílaba puede ir precedida de una *e* muda, *redemander, revenir* etc. Tenemos además muchas *e* mudas seguidas por monosílabos; pero es necesario que la voz pase de la *e* muda al monosílabo como sílaba sostenida. Por ejemplo: *de ce que je redemande ce qui m'est dû* etc.; aquí hay seis *e* mudas seguidas en esta frase, y, a final de palabra, no sabríamos encontrar dos.

La *e* es más abierta en muchas palabras, como sucede en la primera sílaba de *fermeté*, donde es breve abierta. En *grèffe* es larga abierta.

La *e* es muy abierta en *accès, succès, être, tempête, il est, abbèsse, sans cèsse, professe, arrêt, forêt, trève, la grève, il rêve, la tête*.

La *e* abierta normal en singular se convierte en abierta larga en plural: *le chef*, *les chèfs*; *un mot brèf, le mots bréfs*; *un autel, des autels*. Lo mismo ocurre con otras vocales que también se convierten en largas en el plural. Véase el *Traité de la Prosodie* del abad Olivet.

Estas diferencias son muy sensibles en las personas que han recibido una buena educación en la capital. Y una vez que un cierto gusto por el equilibrio, la precisión y la exactitud se ha impuesto entre nosotros, hemos empezado a marcar con tildes la diferencia entre las *e*[197].

Argumenta Du Marsais contra los gramáticos que dicen que la *e* es breve cuando va seguida de consonante doble. Para Du Marsais, en francés una vocal es larga o breve por naturaleza, no por posición:

Es sobre todo en relación con nuestras *e* breves y nuestras *e* largas que nuestros gramáticos hacen dos observaciones que no me parecen correctas. La primera es que pretenden que nuestros antepasados ponían doble consonante

[197] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía: «*Voyez* ce que nous avons dit sur l'usage et la destination des accens, même sur l'accent perpendiculaire, *au mot* Accent. Nos protes deviennent tous les jours plus exacts sur ce point, quoi qu'en puissent dire quelques personnes qui se plaignent que les accens rendent les caracteres hérissés; il y a bien de l'apparence que leurs yeux ne sont pas accoûtumés aux accens ni aux esprits des livres grecs, ni aux points des Hébreux. Tout signe qui a une destination, un usage, un service, est respecté par les personnes qui aiment la précision et la clarté; ils ne s'élevent que contre les signes qui ne signifient rien, ou qui induisent en erreur».

para marcar que la vocal que precede es breve. Esta operación no me parece natural. No sería difícil encontrar muchas palabras con doble consonante en las que la vocal que precede es larga, como sucede en *greffe* y *nefle*. La primera *e* es larga en opinión del abad Olivet[198]. La *e* es larga abierta en *abbèsse, profèsse, san cèsse*, a pesar de la *s* reduplicada.

Yo creo que ese pretendido efecto de la consonante reduplicada es pura imaginación producto del celo de la antigua ortografía. Nuestros antepasados escribieron esa doble consonante, porque la pronunciaban como se pronuncian en latín; y como la tradición se ha encontrado con estas consonantes dobles escritas, los ojos se han acostumbrado de tal forma a ellas, que a duras penas son reducidas. Sería necesario buscar una razón para explicar este defecto.

Sea lo que sea, lo necesario es considerar a la vocal en sí misma, la cual en unas palabras es breve y en otras es larga. La *a* es breve en *place*, y larga en *grace* etc.

Cuando los poetas latinos tenían necesidad de alargar una vocal, reduplicaban la consonante siguiente: *relligio*. La primera de estas consonantes, que era pronunciada con la vocal, convertía a esta en larga; esto parece razonable. Nicot, en su *Dictionaire*, a propósito de la palabra *Aage* observa que «esta palabra va escrita con una doble *a* para marcar la *A* larga francesa, como la *a* larga griega; en algunas palabras pronunciamos *aa* arrastrando la *a*, como en Chaalons». Hoy día ponemos acento circunflejo sobre la *a*. Sería muy raro que nuestros padres hubiesen duplicado las vocales para alargarlas, y las consonantes para abreviarlas.

Y argumenta también contra los gramáticos que piensan que antiguamente las vocales largas eran marcadas poniendo una *s* muda detrás de ellas:

La segunda observación que no me parece correcta es que se dice que antiguamente las vocales largas iban seguidas de *s* mudas para macar que eran largas. Los gramáticos que han hecho esta observación no han viajado al sur de Francia, donde todavía se pronuncian estas *s*, incluso la de la tercera persona del verbo *est*; ello indica que estas *s* eran escritas sencillamente porque se pronunciaban. La ortografía obedece en un primer momento con gran exactitud al primer destino de un signo: se escribía *s* porque se pronunciaba *s*. Todavía se pronuncia la *s* en muchas palabras que tienen la misma raíz que otras en las que no se pronuncia. Decimos *festin* de *fête*; la *Bastille*, y en Provence, la *Bastide*, de *bâtir*. Decimos «tomar una ciudad mediante *escalade*», que es de la misma raíz que *échele*; «dar la *bastonnade*», de la raíz de *bâton*; decimos «este joven ha hecho una *escapade*», pero también decimos *s'échaper*, sin la *s*.

En Provence, en Languedoc y en otras provincias meridionales, se pronuncia la *s* de *pasque*; y en París, aunque se dice *Pâque*, se dice también *Pascal, Pasquin, pasquinade*.

Los franceses tenemos una especie de perros que en otro tiempo se llamaron *Españols*, porque venían de España. Hoy escribimos *Epagneul*; se pronuncia esta palabra sin la *s* y la *e* es aquí breve. Decimos *prestolet, presbytère*, de *prête*; *prestation* de juramento, *prestesse*, «rapidez», de *presto esse*, «estar presto».

La *e* es también breve en muchas palabras, aunque vaya seguida de una *s*, como sucede en *presque, modeste, leste, terrestre, trimestre* etc.

198 *Prosod.*, p. 67.

> Según el abad Olivet[199] hay también muchas palabras en las que la *e* es breve, aunque la *s* haya sido eliminada: *échelle*. *Etre* tiene una *e* larga en infinitivo, pero es breve en *vous êtes, il a été*.
>
> Finalmente. Restaut, en el *Dictionaire de l'Orthographie Françoise*, en la palabra *registre* dice que en esta palabra la *s* suena con la misma nitidez que en *liste* y *funeste*; y observa que en tiempo de Marot se pronunciaba *épistre*, como *registre* y que es esta la razón por la que Marot rima *registre* con *épistre*. Esto es tan cierto que hay que decir que las reglas de la ortografía deben sacarse de la pronunciación.

Vuelve Du Marsais a los diferentes tipos de *e* en francés. Hasta ahora ha hablado de los diferentes grados de *e* abierta. Ahora describe la *e* cerrada:

> Pero volvamos a nuestra *e*. La *e* cerrada es aquella que se pronuncia abriendo la boca menos de lo que se abre cuando pronunciamos la *e* abierta normal. Tal es la *e* de la última sílaba de *fermeté, bonté* etc.
>
> Esta *e* es llamada también masculina, porque cuando se encuentra al final de un participio o de un adjetivo, indica el masculino; *aisé, habillé, aimé* etc.
>
> La *e* de los infinitivos es cerrada, cuando la *r* final no se pronuncia. Pero si se pronuncia la *r*, cosa que ocurre siempre que la palabra que sigue empiece por vocal, entonces la *e* cerrada se convierte en abierta normal. Ello da lugar a dos observaciones:
>
> Primera, la *e* cerrada no rima con la *e* abierta: *aimer, abîmer* no riman con *la mer, mare*. Por ello, Madame Deshoulières no hace bien cuando en el *Idylle du ruisseau* dice:
>
> *Dans votre sein il cherche à s'abîmer.*
> *Vous et lui, jusqu'à la mer.*
> *Vous n'êtes qu'une même chose.*
>
> Segunda. Cuando la *e* del infinitivo se convierte en abierta normal porque a la *r* le sigue una palabra que comienza por vocal, entonces se puede hacer rima diciendo:
>
> *Dans votre sein il cherche à s'abîmer.*
> *Et vous et lui, jusqu'à la mer.*
> *Vous n'êtes qu'une même chose.*

Son los mismos versos con la diferencia de que en el primer caso el segundo verso comienza por consonante y en el segundo por vocal.

Describe a continuación la *e* muda, a la que viene a identificar como el apéndice vocálico que se pronuncia en todas las lenguas en las que aparecen palabras con dos consonantes seguidas en la misma sílaba; Du Marsais lo llama «débil soplo»:

> La *e* muda es así llamada por relación con las otras *e*. No hay, como tal *e*, un sonido fuerte, diferente y marcado. Por ejemplo, en *mener, demander*, se oyen la *me* y la *de*, como si se escribiera *mner*, *dmander*.

[199] *Prosod.*

El sonido débil que apenas se oye en la *m* y *n* de *mener*, y entre la *d* y la *m* de *demander*, es precisamente la *e* muda. Es una salida de aire sonoro modificado por los órganos de la palabra, para que se oigan las consonantes.

La *e* muda de los monosílabos *me, te, se, le, de*, está un poco más marcada. Pero no es necesario convertirla en *e* abierta, como hacen los que dicen *amène-lè*, donde la *e* toma sobre todo el sonido de *eu* débil.

En el canto, al final de palabras como *gloire, fidèle, triomphe*, la *e* muda es menos muda que la *e* muda normal y se aproxima a *eu* débil.

La e muda débil, tal como es en *mener* y *demander*, se encuentra en todas las lenguas, siempre que una consonante va inmediatamente seguida de otra consonante. Entonces, la primera de estas consonantes no debe ser pronunciada sin la ayuda de un débil soplo. Tal es el sonido que se escucha entre la *p* y la *s* en *pseudo, psalmus, Psittacus*; y entre la *m* y la *n* de *mna*, especie de moneda, y *Mnemosyne*, la madre de las musas, la diosa de la memoria.

Se puede comparar la *e* muda con el sonido débil que se oye tras el sonido fuerte que produce un golpe de martillo que cae sobre un cuerpo sólido.

De manera que siempre hay que pararse sobre la sílaba que precede a una *e* muda a final de palabra.

Ya hemos hecho la observación de que no sabemos pronunciar dos *e* mudas seguidas a final de palabra y que ello es la razón por la que la *e* muda de *mener* se convierta en abierta en *je mène*.

Los versos que acaban en *e* muda tienen una sílaba más que los otros, ya que, al ser la última sílaba muda, el apoyo final cae en la penúltima. Quiero decir que el oído queda satisfecho, desde el punto de vista del ritmo y del número de sílabas del verso, al oír la penúltima; como la última termina muy débilmente y no tiene sonido pleno, ella no cuenta y la medida se llena con la penúltima. En el caso de

Jeune et vaillant héros, dont la haute sages-se

El oído queda satisfecho con la penúltima sílaba *ges*, que es el punto de apoyo, tras el cual se oye la *e* muda de la última sílaba *se*.

La *e* muda es llamada femenina porque sirve para formar el femenino de adjetivos. Por ejemplo, *saint, sainte; pur, pure; bon, bonne* etc. En cambio, la *e* cerrada es llamada masculina, porque, cuando es final de un adjetivo, indica el género masculino: *un homme aimé* etc.

La *e* que se añade tras la *g* en *il mangea* etc. no tiene otra función que la de impedir que a la *g* se le dé el sonido fuerte de *ga*, que es el único que esta consonante debería marcar. Incluso esta *e* hace que se le de a la *g* un sonido débil: *il menja*. De manera que esta *e* no es ni abierta, ni cerrada, ni muda. Solo indica que la *g* debe ser debilitada y pronunciada como *je*, como en la última sílaba de *gage*. En esta última palabra nos encontramos con el sonido fuerte y el sonido débil de *g*.

La *e* muda es la vocal débil de *eu*, que es la que aparece en el canto, cuando una palabra termina en *e* muda poco débil:

Rien ne peut l'arrêter
quand la gloire l'appelle.

Este *eu* que equivale a la fuerte de una *e* muda es una verdadera vocal. Es solo un sonido simple, sobre el que se puede hacer una parada. Es una vocal que en la escritura es marcada con dos caracteres; no se sigue de ahí que este *eu* se oiga

como diptongo, ya que no se oyen dos vocales. Lo único que podemos concluir es que nuestro alfabeto no le ha dado un signo propio.

Las letras escritas que, por los cambios sobrevenidos en la pronunciación, no se pronuncian hoy día solo nos indican que la pronunciación ha cambiado. Pero estas letras, reduplicadas, no cambian la naturaleza del único sonido simple que está hoy en uso: la última sílaba de *ils aimoient, amabant*.

La *e* es muda larga en las últimas sílabas de las terceras personas del plural de los verbos, aunque esta *e* vaya seguida de *nt* que antes se pronunciaba y que los viejos pronuncian todavía en ciertas provincias. Estas dos letras vienen del latín *amant, ils aiment*.

Esta *e* muda es más larga y más audible que esa misma *e* en singular. Hay pocas personas que no perciban la diferencia que hay en la pronunciación entre *il aime* y *ils aiment*.

4. LOS DIPTONGOS

Añaden aquí los editores de los Principes de 1769 lo que Du Marsais había escrito en la Encyclopedie en la entrada «Diphtongue».

Si en el caso de la vocal *e* la razón de que Du Marsais escribiera un largo artículo en la *Encyclopedie* era el hecho de que esta letra presenta muchas dificultades desde el punto de vista de su pronunciación, ya que puede ser pronunciada de diferentes maneras, en el caso de los diptongos la razón de que Du Marsais les dedique un interesante apartado en la *Encyclopedie* se debe también a problemas de pronunciación; es decir, al hecho de que no hay coincidencia entre signo y sonido, y eso no deja de ser una anomalía para un gramático racional y lógico. Y es que en francés hay diptongos que lo son solo de vista, pero no lo son de oído.

Comienza definiendo el concepto de diptongo:

> La palabra diptongo es, por sí misma, un adjetivo que acompaña al nombre «sílaba»; pero en el uso es tomada como sustantivo. *A* es una sílaba monoptonga, es decir, una sílaba que se enuncia en un sonido único o simple; sin embargo, la sílaba *au* pronunciada a la latina como *a* + *ou*, y como se la pronuncia todavía en Italia e incluso en nuestras provincias meridionales, es un diptongo, es decir, una sílaba en la que se oye el sonido de dos vocales en una misma emisión de voz, de forma que hay dos movimientos simultáneos de los órganos de la palabra. Deriva de *dis, bis* y, en *φθόγγος,* en latín *sonus*.

En la definición de diptongo acaba de decir Du Marsais que el criterio identificador es el oído; para que haya diptongo hay que oír dos vocales en una misma emisión de voz. Insiste en ello y añade que, si hay escritas y se ven dos vocales, pero se pronuncia un solo sonido, eso no es diptongo, sino una vocal:

> La esencia del diptongo consiste, pues, en dos puntos:
>
> Primero, que no hay, al menos de forma sensible, dos movimientos sucesivos[200] en los órganos de la palabra.

[200] Al definirlo, acaba de decir que en el diptongo hay dos movimientos, pero simultáneos.

> Segundo, que el oído oye y distingue las dos vocales pronunciadas en la misma emisión de voz. En *Dieu* escuchamos una *i* y una *eu*; y estos dos sonidos se encuentran reunidos en una sola sílaba y son enunciados al mismo tiempo. Esa reunión, que es el efecto de una sola emisión de voz, constituye el diptongo; de manera que *au, ai, ê*, pronunciados a la francesa como *ô, è, ê* no son diptongos. El primero es pronunciado como una *ô* larga, como en *au-mône*, *au-ne*. Los partidarios de la antigua ortografía lo escriben con *o* en muchas palabras, a pesar de su etimología; así, escriben *or*, que viene de *aurum*; *oreille* que viene de *auris*. Y en lo que se refiere a *ai, oit, aient*, se pronuncian como una *è*, que la mayoría de las veces es abierta; así, *palais* se pronuncia como *succès*; *ils avoient*, como *ils avè* etc.

Y explica, como ya hizo anteriormente en el caso de las vocales, la causa de la diferencia entre signo y sonido. La explicación se basa en el recurso al momento en que se creó la lengua; en aquel momento, no había diferencias entre signo y sonido; un signo tenía un sonido concreto y lo tenía en todas las palabras en que aparecía; en el momento de la creación de la lengua imperaba la analogía y la razón. Pero con el paso del tiempo, los sonidos se modifican, pero no se modifican los signos, de manera que la lengua sigue utilizando el signo de los orígenes, pero ya con un sonido modificado. Estas anomalías entre signo y sonido frecuentes en francés han hecho que se hable, en francés, de diptongos de oído y diptongos de vista; de diptongos propios y de diptongos impropios, aunque Du Marsais insiste en que, para que haya diptongo, es necesario que se oigan dos vocales:

> Esta diferencia entre la ortografía y la pronunciación ha dado lugar a que nuestros gramáticos dividan los diptongos en verdaderos o propios y en falsos o impropios. A los primeros los llaman *diptongos de oído*, y a los segundos, *diptongos de vista*. De manera que *ae* y *oe*, que hoy día se pronuncian exclusivamente como una *e*, solo son diptongos de vista; se les llama diptongos impropiamente.
>
> Nuestras vocales son *a, é, è, i, o, eu, e* muda, *ou*. Tenemos también vocales nasales: *an, en, in, on, un*. Es la combinación o unión de dos de estas vocales en una sola sílaba la que origina el diptongo.
>
> Los griegos llaman prepositiva a la primera vocal del diptongo, y pospositiva a la segunda. Es sobre la primera sobre la que se hace una parada, tal como hemos dicho al hablar de las consonantes.

Esas anomalías han hecho también que los gramáticos franceses no se pongan de acuerdo a la hora de enumerar los diptongos:

> Sería de desear que nuestros gramáticos se pusieran de acuerdo entre ellos sobre el número de los diptongos; pero todavía no hemos llegado a ello. Tenemos una Gramática que comienza la lista de los diptongos con *eo*, del que da como ejemplo las palabras *Géographie, Theologie*. Yo creo, sin embargo, que estas palabras tienen cinco sílabas: *Gè-o-gra-phi-e, Thè-o-log-gi-e*.

Propuesta de Du Marsais al respecto:

> No digo yo que nuestros gramáticos y diccionarios hayan estado faltos de tino y de exactitud en el tema de los diptongos; pero, sin que yo me crea infali-

ble, estos son los diptongos que yo propongo siguiendo el orden de las vocales. Algunos se encuentran en muchas palabras, otros solamente en algunas.

Ai, tal como se oye en la interjección de dolor o de exclamación, *ai, ai, ai*; y también cuando la *a* entra en composición en la misma sílaba con la palatal fuerte, como sucede en *m-ail, b-ail, de l'-ail, a-ti-r-ail, évant-t-ail, por-t-ail* etc., o cuando va seguida de la palatal débil: *la ville de Bla-ye* en Guinea, las islas *Lu-cayes* en América.

Este diptongo *ai* es muy utilizado en las provincias de más allá del Loira. En todas las palabras que en francés se pronuncian con *ai*, como *faise, necessaire, jamais, plaire, palais* etc., allí son pronunciadas como diptongo *a-i*, se escuchan la *a* y la *i*. Esta era la pronunciación de nuestros padres y es así como se pronuncia este diptongo en griego, *mousai, timai*. Esta es también la pronunciación de los italianos, los españoles etc. Todo lo que acabo de decir me hace pensar en la poca razón que tienen los que se obstinan en querer colocar este diptongo, cuando es solo de vista[201], en el lugar del diptongo *oi*, también de vista, en palabras como *François, croire*, como si *ai* fuera más apropiado que *oi* para representar el sonido de la *è*. Si se tiene que cambiar *oi* en las palabras en que se pronuncia *è*, póngase *è*; otra cosa es cambiar un abuso por otro mayor y errar contra la analogía. Si se escribe *François, j'avois*, es porque nuestros padres pronunciaban *François, J'avois*, pero jamás han pronunciado *Français* haciendo que se oiga la *a* y la *i*. Si en esta palabra se quiere cambiar, habría que basarse en el sonido de la *è* en *procès, succès, très, auprès, dès* etc. antes que basarse en el *ai* de *palais*, y de otras pequeñas palabras parecidas que se escriben con *ai*; *palais* se escribe con *ai* por su etimología a partir de *palatium*, y porque esa era la pronunciación de nuestros padres; pronunciación que todavía se conserva, no solamente en las lenguas vulgares, sino también en algunas de nuestras provincias.

No hace mucho tiempo que se escribía *nai,* de *natus; il est nai*. Pero al final la pronunciación ha podido con la ortografía y ya se escribe *nè*[202].

Pero pasemos a otros diptongos.

Diré en primer lugar que la *i* solo debe ser escrita con *y* cuando es signo de una palatal débil.

Eau, fléau son palabras de dos sílabas: *Etre l'effroi du monde, et le flèau de Dieu*[203]. A propósito de *seau, eau*, hay que decir que generalmente esas tres letras *eau* se pronuncian como una *o* fuerte, de manera que su conjunto no es nada más que un diptongo de vista o una especie de semi-diptongo, cuya pronunciación ha de ser remarcada; ya que hay mucha diferencia en la pronunciación entre un *seau* (cubo) para sacar agua y un *sot*; entre *eau* y *os*; entre *peau* y el *Pô*, río, o

[201] Es decir, cuando se pronuncia como *e* y no como *ai*.

[202] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía esto: «Quand les Grecs changeoient *ai* en η dans la prononciation, ils écrivoient αἴρω, *attollo*, ἦρον, *attollebam*. Observons en passant que les Grecs ont fait usage de cette *diphthongue ai*, au commencement, au milieu, et à la fin de plusieurs mots, tant dans les noms que dans les verbes: les Latins au contraire ne s'en sont guere servis que dans l'interjection *ai*, ou dans quelques mots tirés du Grec. Ovide parlant d'Hyacinthe, dit, *Ipse suos gemitus foliis inscribit: et ai ai /Flos habet inscriptum*. Ovid. *met. liv. X. v. 215*. Lorsque les Latins changent l'æ en *ai*, cet *ai* n'est point *diphthongue*, il est dissyllabe. Servius sur ce vers de Virgile, *Aulaï in medio. Æneid. liv. III. v. 354*, dit aulaï *pro* aulæ, *et est* diæresis *de grecâ ratione veniens; quorum* ai *diphthongus resoluta, apud nos duas syllabas facit. Voyez* Dierèse».

[203] Corneille.

Pau, ciudad. El abad Regnier dice[204] que la *é* que está junto a *au* en un diptongo se pronuncia como una *e* femenina y de una forma casi imperceptible.

Ei, como en griego *teino*, en latín *tendo*. Los franceses solo pronunciamos este diptongo en las palabras extranjeras: *bei* o *bey*; *dei* o *dey*; el *Dei de Tunis*; o cuando sigue *n* nasal como en *teindre, Reims*, ciudad.

Según algunos gramáticos, se oye en estas palabras una *i* muy débil o un sonido particular entre la *e* y la *i*. Lo mismo sucede delante del sonido palatal en las palabras *so-l-eil, con-s-eil, som-m-eil* etc.

Pero, según otros, en estas últimas palabras solo se oye la *e*, seguida de un sonido palatal; *le v-ie-il homme, con-s-e-il, somm-e-il* etc. Y lo mismo sucede con las vocales *a, ou, eu*. De manera que, según estos gramáticos, en *oeil*, que se pronuncia *euil*, solo hay *eu*, seguido de un sonido palatal, lo cual me parece más correcto. Dado que en la pronunciación de un sonido palatal, los órganos están en un primer momento dispuestos como si se fuera a pronunciar *i*, parece que hay una *i*: pero solo se escucha un sonido palatal, que, si es fuerte, se convierte en consonante. Pero en lo que se refiere a la palatal débil, se trata de un sonido medio que no parece ser ni vocal ni consonante: *moi-yen, pa-yen*; en estas palabras, *yen* es un sonido muy diferente del que se oye en *bien, mien, tien*.

Ia. D-ia-cre, d-ia-mant, sobre todo en el lenguaje ordinario, *F-ia-cre, les Plé-ia-des, de la v-ia-nde, négo-c-iant; inconvé-n-ien-t.*

Ie. P-ié o *p-ié-d,* los *p-iéd-s; ami-t-ié; pi-t-ié; pre-m-ier; der-n-ier; mé-tier.*

Iè abierto. *Une v-iè-le,* instrumento; *vo-l-iè-re, Gu-iè-ne,* provincia de Francia; *V-iè-ne,* ciudad o verbo, en latín *veniat; n-iai-s; b-iai-s;* las dos últimas se pronuncian *niès, biès; fi-iè-r; un t-iè-rs; le c-ie-l; Ga-br-ie-l; es-sen-t-ie-l; de m-iè-l; fíel.*

Ien, donde la *i* no es palatal débil; *b-ien, m-ien, t-ien, s-ien, en-tre-t-ien, ch-ien, co-mé-d-ien, In-d-ien, gar-d-ien, pra-ti-c-ien.* La *i y* la vocal nasal *en* forman en estos casos diptongos.

Ieu. D-ieu, les c-ieux, m-ieux.

Io. S-io-le, ca-pr-io-le, car-io-le, v-io-le, sobre todo en prosa.

Ion. P-ion, que nos ai-m-ion-s, di-s-ion-s etc; *Ac-t-ion; occa-s-ion*. En verso, *ion* cuenta frecuentemente como dos sílabas.

Iou. Este diptongo solo está en uso en las provincias meridionales, o en palabras que proceden de allí. *Mon-tes-qu-iou, Ch-iour-me; O-l-iou-les*, ciudad de Provenza; la Ciotat, ciudad de Provenza, se pronuncia como *C-iou-tat*.

Ya, yan, ye, con *e* muda, *yé*, etc. La *i* o la *y* delante de vocales tienen con frecuencia un sonido palatal débil; es decir, un sonido emitido por un movimiento menos fuerte que el que se oye en la palatal de *Versailles, paille*; pero el pueblo de París, que pronuncia *Versa-ye, pa-ye*, lo hace con un sonido palatal débil. Este sonido es el efecto del movimiento debilitado que produce la palatal fuerte. Ello genera una pronunciación particular, diferente de la que se oye en *mien, tien*, donde no hay en absoluto sonido palatal, como ya hemos dicho.

De manera que creo que podemos meter en el grupo de los diptongos los sonidos compuestos que resultan de la unión de una vocal con una palatal débil. *A-yant, vo-yant, pa-yen, pai-yant, je pai-ye, emplo-yer, do-yen*; y también *so-ye-z, dé-lai-ye-r, bro-ye-r.*

[204] *Grammaire*, p. 70.

Oi. La pronunciación natural de este diptongo es la misma que en griego λόγοι; se oyen la *o* y la *i*. Es así como se pronuncian normalmente *voi-ye-le*, *voi-ye-r*, *moi-yen, loi-yal, roi-yaume*. Generalmente se escriben *voiyele*, *voiyer*, *moiyen, loiyal, ro-yaume*. Se pronuncia así todavía en muchas palabras en las provincias de más allá del Loira. Se dice *Sa-v-oi-e*, pronunciando una *o* y una *i*. En París se dice *Savo-ya-rd,* donde *ya* es el diptongo.

Las otras formas de pronunciar el diptongo *oi* no se pueden indicar exactamente por escrito. Sin embargo, lo que vamos a decir no será inútil para aquellos que tengan los órganos del oído demasiado delicados y demasiado sensibles y para aquellos que quieran imitar a las gentes que han tenido la suerte de haber sido subidos a la capital y de haber recibido en ella una educación perfeccionada por las relaciones con personas cultas[205].

Hay palabras en las que *oi* es cambiado hoy día casi siempre en *oe*; otras en las que cambia a *ou*; y otras en las que lo hace *oua*. Pero hay que dejar claro que, fuera de las palabras en las que se escucha la *o* y la i, como en griego λόγοι, no es posible representar con exactitud por escrito las diferentes pronunciaciones de este diptongo.

Oi, pronunciado como *oe*. Aquí la *e* tiene un sonido abierto, que se aproxima al de *o*: *F-oi, l-oi, fr-oi-d, t-oi-t, m-oi, à s-oi-son, qu-oi, c-oi-ffe, oi-seau, j-oi-e, d-oi-gt, d-oi-t, ab-ois, t-oi-le* etc.

Oi, pronunciado como *ou*: *M-oi-s, p-oi-s, n-oi-x, tr-oi-s*, la ciudad de *Tr-oi-e* etc. Pronunciamos *m-oa, p-oa* etc.

Oi, pronunciado como *oua*: *b-oi-s*, que se pronuncia *bou-a*.

Oin: *S-oin, l-oin, be-s-oin, f-oin, j-oin-dre, m-oin-s*. Se debe pronunciar en estas palabras una especie de *e* nasal tras la *e*, antes que pronunciar *ouin*; de manera que pronunciad *soein* mejor que *souin*.

Hay que recordar siempre que no tenemos signos para representar con exactitud este tipo de sonidos.

Oua, escrito como *ua*, como en é*q-ua-teur, éq-ua-tion, aq-ua-tique, quinq-ua-géssime*. En esos casos hay que pronunciar *é-c-oua-teur, é-q-oua-tion, a-q-oua-tique, quinq-oua-géssime.*

Oe. *P-oe-te, p-oe-me.* Estas palabras, en verso, son generalmente de tres sílabas. Pero la libertad propia de la conversación hablada hace que se pronuncie *poe*, como diptongo.

Ouen. *Ec-ouen, R-ouen*, ciudades. Son diptongos en prosa.

Oue. *O-ue-st, Sud-oue-est*.

Oui. *Bouis, Louis*, en prosa. En verso, *oui* es de dos sílabas. Así en *Oui, ce sont ces plaisirs et ces pleurs que j'envie. / Oui, je t'acheterai le Praticien François* (Racine).

Ouin. *Bara-g-ouin, ba-b-ouin*.

Ue. Estatua *éq-ue-stre, cas-ue-l, ann-ue-l, éc-ue-lle, r-ue-lle, tr-ue-lle*. Es diptongo sobre todo en prosa.

Ui. *L-ui, ét-ui, n-ui-t, br-ui-t, fr-ui-t, h-ui-t, l-ui-re; je s-ui-s un S-ui-sse*.

[205] Du Marsais utiliza de nuevo el sintagma *honnêtes gens*, que, como ya hemos visto, define de esta manera: «*Les honnêtes gens* de una ciudad, son personas de la ciudad que están por encima del pueblo, que tienen bienes, una reputación íntegra, un origen honroso, y que han tenido una educación. Son aquellos de los que Horacio dice: *quibus est equus et pater et res*». Ello está en conexión con la búsqueda del purismo en la lengua francesa durante el siglo XVIII.

Uin. *Al-c-uin*, célebre teólogo del tiempo de Carlomagno. *Q-uin-quagésime*, pronunciado *quin*, como en latín; y lo mismo *Q-uin-til-ien*, y el mes de *J-uin*. Se oyen una *u* y una *i* nasal.

No hablo de *Caën, Laon, paon, Jean* etc., porque en estos casos hoy día solo escuchamos una vocal nasal: *Can, Pan, Lan, Jan* etc.

Finalmente, hay que tener en cuenta combinaciones de vocales que son diptongos en prosa y en el lenguaje ordinario, y que en los poetas no lo son: *Voudrois-tu bien chanter pour moi, cher Licidas, / quelqu'air si-ci-li-en*[206]. En prosa se dice *Si-ci-lien* con tres sílabas. *La foi, ce noeud sacré, ce li-en pré-ci-eux*[207]; *Il est juste, grand Roi, qu'un meurtri-er périsse*[208]. *Allez, vous devri-ez mourir de pure honte*[209]. *Vous perdri-ez le temps en discours superflus*[210]. *Cette fière raison, dont on fait tant de bruit, / contre les passi-ons n'est pas un sur reméde*[211]. *Non, je ne hais rien tant que les contorsions / de tous ces grands faiseurs de protestations*[212].

La mayor parte de las palabras con *ion* e *ions* son, en prosa, diptongos. Véanse los diferentes tratados que tenemos sobre la versificación francesa.

Por lo demás, que haya en nuestra lengua más o menos diptongos de los que yo he señalado, ello es indiferente, con tal de que se los pronuncie bien.

Termina Du Marsais este apartado justificando el hecho de haber tratado de un tema aparentemente poco importante en una Gramática lógica como la suya. Para justificarse recurre al testimonio de Quintiliano:

Es útil, dice Quintiliano, hacer este tipo de observaciones[213]. César, dice Quintiliano, Cicerón y otros grandes autores las han hecho. Pero solo hay que hacerlas de pasada: *Marcus Tullius orator, artis huius diigentissimus fuit, et in filio, ut in epistolis apparet… Non obstant hae disciplinae per illas euntibus, sed circa illas haerentibus*[214].

---

206 Longepierre.

207 Brébeuf.

208 Corneille.

209 Molière.

210 Fontenelle.

211 Deshoulières.

212 Molière.

213 Que se pronuncien bien las letras. Esto se deduce del pasaje de Quintiliano que cita a continuación.

214 Para entender lo que quiere decir Du Marsais con esta cita, hay que recordar que Quintiliano, en el pasaje en cuestión, está hablando de las disciplinas gramaticales que son necesarias para ser buen orador. Entre ellas está, claro es, la Gramática. Y dentro de la Gramática la Ortografía. Dice Quintiliano, hablando de la Ortografía: «Yo juzgo que se debe escribir cada palabra como suena, si no lo impide el uso. Porque el oficio de las letras parece ser este, conservar las voces, y restituir, digamos así, al que lee lo que se les encomendó…». Es lo que ha defendido en este capítulo Du Marsais a propósito de los diptongos. Y ocuparse de esto no es tontería; lo dice Du Marsais, como lo dijo Quintiliano: «Me ocurre ahora que tendrá alguno por menudencias cuanto hemos dicho, y por embarazo de cosas mayores. Digo que no pretendo yo que se gaste el tiempo en cosas demasiado mecánicas, y en necias disputas con las que se arruine y gaste el talento. Pero en la gramática nada daña sino lo superfluo». E inmediatamente Quintiliano habla de Cicerón con las palabras que recoge Du Marsais en su cita latina: «¿Es por ventura menor Cicerón en la oratoria por haber sido muy exacto en esta arte, y muy riguroso en la enseñanza de su hijo, como consta de sus cartas?» –Quintiliano cita a otros dos autores que Du Marsais se salta: «¿O disminuye un punto el mérito de César el haber escrito de *analogía*?

5. LOS ACENTOS

Los editores de los *Principes* de 1769 recogen también en este apartado lo que Du Marsais había escrito en la entrada *Accent* de la *Encyclopedie*.

No está sin sentido que esos editores recojan en este capítulo dedicado a la Fonética el tratamiento de los acentos. Y es que el acento siempre ha sido patrimonio de la Fonética y de la Prosodia en todas las Gramáticas. Mayor motivo para la inclusión del tema del acento en este apartado por parte de los editores es el hecho de que Du Marsais no atiende, en el artículo de la *Encyclopedie*, tanto a la naturaleza del acento como a cuestiones propias de una Gramática ilustrada y lógica: en primer lugar, la distinción entre materia (la cosa) y forma (el signo) en el acento. Después, la consideración de la materia como un peldaño más en la generación del lenguaje: no hay que olvidar que los ilustrados comienzan el estudio del lenguaje en el momento mismo de la entrada de las cosas en nuestra mente a través de los sentidos y terminan con la emisión a través de la palabra de lo que la mente ha generado a partir de las ideas; en ese camino interviene la voz, y dentro de la voz, el acento. En tercer lugar, la preocupación por la universalidad del acento, preocupación que manifiesta hablando varias veces de un acento nacional, que es a lo más que se puede llegar desde el punto de vista de la universalidad; hablando también de acentos provincianos y capitalinos, que son usos que van contra la analogía y la generalización; y del acento oratorio, que es el de las interrogaciones, exclamaciones etc., y ese sí que es universal. Plantea, pues, en el tema del acento cuestiones no solo fonéticas, sino también lógicas y generales.

Comienza definiendo etimológicamente, como hace en otras ocasiones, el acento:

> La palabra acento viene de *accentum*, supino del verbo *accinere*, que está formado de *ad* y de *canere*. Los griegos lo llaman *Prosodia*, que en latín es *modulatio quae syllabis adhibetur* («modulación se da a las sílabas») y que está compuesta de *pros*, preposición griega que entra en la composición de palabras y que tiene diversos usos, y de *odos*, *cantus*, canto.

Tras la definición, la distinción entre materia (cosa) y forma (signo) del acento.

> Hay que distinguir aquí entre la cosa y el signo de la cosa.

Al hablar de la materia, se preocupa, sobre todo de insistir en que el acento es patrimonio de la voz y del oído, no de la escritura; no puede ser, pues, tan universal como es la escritura. A lo más que se puede llegar, desde el punto de vista de la generalización es a la existencia de un acento nacional, que Du Marsais identifica con el acento con que habla la gente culta de la capital; luego están los acentos provincianos:

> La cosa es la voz; la palabra, en tanto que palabra pronunciada con todas las modificaciones establecidas por el uso de la lengua que se habla.

¿O fue menos puro Mesala por haber hecho libros enteros, no digo de cada una de las palabras, sino de las letras?»–. Y termina el latino con la frase última que recoge el ilustrado francés: «Que no son un estorbo estas artes para los que pasan por ellas, sino para los que se paran en ellas» (Quintiliano, I. o. 1.4.37).

> Cada nación, cada pueblo, cada provincia, cada ciudad incluso, es diferente de otra en lo que se refiere a la lengua; no solamente porque se sirven de palabras diferentes, sino también por la manera de articular y pronunciar las palabras. Esta forma diferente de articular las palabras es lo que se llama acento. Desde este punto de vista las palabras escritas no tienen acento, ya que el acento o modificación de la voz solo puede afectar al oído. La escritura, sin embargo, solo se percibe por la vista. Es entonces en este sentido en el que los poetas dicen: «Prestad atención a mis tristes acentos»; y en el que Pellison decía a los refugiados[215]: «Os esforzáis por haceros a los acentos de una lengua extranjera».
>
> Esta especie de modulación en el discurso, particular para cada país, es lo que el abad de Olivet, en su excelente *Traité de la Prosodie*, llama acento nacional.

No es ajena a los ilustrados la preocupación por la adquisición de competencia a la hora de hablar una lengua viva. Y en este sentido, la importancia del acento es mucha; hay que coger el acento de los hablantes nativos de esa lengua para hablarla bien; sobre todo de los hablantes más cultos de la lengua que, en el caso del francés del siglo XVIII, es el francés que hablan la gente de bien de la capital, París, según ha señalado ya varias veces Du Marsais:

> Para hablar bien una lengua viva, es necesario tener el mismo acento, la misma inflexión de voz que tienen las gentes cultas de la capital. Así, cuando se dice que «para hablar bien francés, no hay que tener acento», se quiere decir que no hay que tener ni acento italiano, ni acento gascón, ni acento picardo, ni ningún otro acento diferente del acento de las gentes cultas de la capital.

A pesar de que solo existen acentos nacionales, provincianos e incluso locales, no deja de aflorar en este tema del acento el tema de la generalización. Hay un acento general, común a todos los hablantes de lenguas diferentes, con diferentes especies, que son los acentos de cada lengua nacional. Lo general o universal es que todo acento, sea nacional, provincial o local, es una modulación de la voz; esa modulación es variable: puede resolverse subiendo o bajando la voz; y esto está en todas las lenguas; lo que sucede es que la realización concreta de la subida o la bajada es diferente en cada lengua:

> Acento, o modulación de la voz en el discurso es el género del cual es una especie particular cada acento nacional. Así, se habla de acento gascón, de acento flamenco. El acento gascón eleva el tono, donde generalmente hay que bajarlo, y abrevia las sílabas que el buen uso alarga. Por ejemplo, un gascón dice *parconsquent* en lugar de *par conséquent*. Pronuncia de forma seca todas las vocales nasales: *an, en, in, on, un* etc.
>
> De acuerdo con el mecanismo de los órganos de la palabra, hay muchos tipos de modificaciones particulares a tener en cuenta en el acento en general; y todas esas modificaciones se encuentran también en cada acento nacional, aunque aplicadas de diferente forma. Y es que, si queremos fijarnos bien, hay por todas partes uniformidad y variedad. En el caso de los hombres, todos tienen un rostro,

[215] La obra *Avis important aux réfugiés sur leur prochain retour en France*, Ámsterdam 1690, ha sido atribuida a Bayle, a La Roque y a Paul de Pélisson. Du Marsais se la atribuye a este último. Péllison fue un viejo hugonote convertido al catolicismo.

> pero ningún rostro es exactamente igual a otro; todos los hombres hablan, pero cada país tiene su forma particular de hablar y de modificar la voz. Veamos, pues, cuáles son las diferentes modificaciones de voz comprendidas en la palabra genérica «acento».

Sigue hablando de los distintos tipos de acentos en general: la Subida del tono de la voz es el acento agudo; la bajada del tono es el acento grave; la subida y bajada al mismo tiempo es el acento circunflejo:

> En primer lugar, hay que tener en cuenta que las sílabas, en cada lengua, no son pronunciadas todas con el mismo tono. Hay diversas inflexiones de voz, de las cuales unas elevan el tono de la sílaba, otras lo bajan, y otras en fin lo elevan al comienzo y lo bajan enseguida en la misma sílaba. El tono elevado es lo que se llama acento agudo; el tono bajo es lo que se llama acento grave; y el tono elevado y después bajo sobre la misma sílaba es el acento circunflejo.
>
> «Es admirable, en efecto, la naturaleza de la voz», dice Cicerón, «todo tipo de canto es agradablemente variado por medio del tono circunflejo, del agudo y del grave; el discurso ordinario, por su parte», continúa diciendo, «es también una especie de canto» (*Mira est natura vocis, cuius quidem, è tribus omnino sonis, inflexo, acuto, gravi, tanta fit et tam suavis varietas perfecta in cantibus; est autem in dicendo etiam quidam cantus*)[216]. Esta diferente modificación del tono, ahora agudo, ahora grave, ahora circunflejo, es también sensible en el grito de los animales y en los instrumentos de música.

El hecho de que Du Marsais convierta este apartado en un pequeño capítulo de Prosodia, le lleva también a tratar de la cantidad de la sílaba. Pero no deja, sin embargo, de establecer relación entre cantidad y acento, al hablar del latín *musa*, en nominativo, y *musa*, en ablativo; en el nominativo la *a* lleva acento agudo y en el ablativo circunflejo:

> En segundo lugar, además de la variedad del tono, que es o grave, o agudo, o circunflejo, hay que tener también en cuenta el tiempo que se emplea en pronunciar cada sílaba. Unas son pronunciadas en menos tiempo que otras; de estas últimas se dice que son largas y de las otras que son breves. Las breves son pronunciadas en el tiempo más corto posible, de forma que se dice que no tienen nada más que un tiempo, es decir, una medida, un golpe, mientras que las largas tienen dos tiempos: esa es la razón por la que los antiguos escribían frecuentemente duplicadas las vocales largas, recurso que nuestros padres han imitado escribiendo *aage*.
>
> Los antiguos elevaban la voz en la *a* del nominativo y la marcaban con un acento agudo, *Musá*. En el ablativo, sin embargo, la elevaban al comienzo y la bajaban después, como si dijeran *Musáà*; este es el acento circunflejo que nosotros conservamos en la escritura, aunque hayamos perdido su pronunciación.

[216] Cicerón, *Orator* 57. Du Marsais traduce el texto latino de Cicerón con demasiada libertad. Nosotros ya tradujimos (*Cicerón. El orador. Traducción, introducción y notas* de E. Sánchez Salor, Madrid, 1991) así: «Es admirable, en efecto, la naturaleza de la voz, que tiene en total tres tonos; el flexionado, el agudo y el grave; con ella se obtiene esa tan importante y tan dulce variedad de los cantos. Y también en la oratoria hay una especie de canto disimulado».

Otro tema prosódico: el de la aspiración:

> En tercer lugar, hay que tener en cuenta también la aspiración que se hace delante de las vocales en algunas palabras, y no en otras, aunque se trate de la misma vocal y de una sílaba parecida. Así, *le héros* lo pronunciamos con aspiración, pero *l'héroine, l'héroisme* y *les vertus héroiques* los pronunciamos sin aspiración.

El acento oratorio (interrogaciones, exclamaciones etc.):

> A estas tres diferencias en la pronunciación que acabamos de señalar, hay que añadir además la variedad del tono pasional, como sucede en la interrogación, en la admiración, en la ironía, en la cólera y en las otras pasiones. Esto es lo que el abad de Olivet llama acento oratorio.

Y, por fin, otro tema prosódico es el de las pausas:

> En quinto lugar, en fin, hay que tener en cuenta los intervalos que se hacen en la pronunciación entre el final de un periodo y el comienzo del periodo siguiente; entre una y otra proposición; entre un inciso, un paréntesis, una proposición incidente y las palabras de la proposición principal entre las que está encerrado el inciso, el paréntesis o la proposición incidente.

El signo. Cada tipo de acento tiene su propio signo. Advierte Du Marsais que a veces la palabra acento es utilizada para designar tanto a la materia (cosa) como a la forma (signo):

> Todas estas modificaciones de la voz, que son muy evidentes en la elocución, están o pueden estar marcadas en la escritura mediante signos concretos que los antiguos gramáticos llamaron también acentos. Así, dieron el mismo nombre a la cosa y al signo de la cosa.

Añade algunas observaciones sobre el hecho de que en los manuscritos antiguos, los copistas no utilizaran acentos ni espacios entre las palabras:

> Aunque se diga generalmente que los signos o acentos son una invención no muy antigua, y aunque se aduzcan los manuscritos de hace mil años, en los cuales no se ve ninguno de estos signos, sino que las palabras están escritas de seguido sin estar separadas las unas de las otras, a mí me cuesta creer que, cuando una lengua ha adquirido un cierto grado de perfección, cuando tiene ya oradores y poetas y cuando las musas ya han gozado de la tranquilidad que es necesaria para hacer uso de su talento, me cuesta, insisto, creer que en ese momento los copistas hábiles no hicieran todo lo necesario para tratar a la palabra con toda la exactitud de que deberían ser capaces; no separaran las palabras con pequeños espacios, y no se sirvieran de ciertos signos con que marcar la pronunciación correcta.
>
> He aquí un pasaje de Cicerón en el que me parece que se demuestra claramente que ya en su tiempo había notas o signos que utilizaban los copistas: *Hanc diligentiam subsequitur modus etiam et forma verborum… Versus enim veteres illi, in hac soluta oratione propemodum, hoc est numeros quosdam nobis esse adhibendos putarunt. Interspirationis enim, non defatigationis nostrae, neque librariorum notis, sed verborum et sententiarum modo interpunctas clausulas*

in orationibus esse voluerunt; idque princeps Isocrates instituisse fertur[217]. «Los antiguos», dice, «quisieron que en la prosa hubieran también intervalos, separaciones, de ritmo y de medida, como en los versos; y con esos intervalos, esa medida, ese ritmo, no querían referirse a aquello que estaba ya establecido para facilitar la respiración, ni tampoco a las notas o signos de los copistas; se referían más bien a esa manera de pronunciar que el espíritu y el sentimiento dan a las palabras y a las frases por medio de una especie de modulación pasional». Me parece que de este pasaje se puede concluir que los signos, las notas y los acentos eran ya conocidos y utilizados antes de Cicerón, al menos por los copistas hábiles.

Isidoro, que vivió hace ya alrededor de mil doscientos años, tras haber hablado de los acentos, habla también de ciertos signos que estaban en uso, dice él, entre los autores famosos, y que los antiguos habían inventado, prosigue, para separación de lo escrito y para mostrar la *ratio*, es decir, el modo y manera[218] de cada palabra y cada frase. Dice así: *Praeterea, quaedam sententiarum notae apud celeberrimos autores fuerunt, quasque antiqui ad distinctionem scripturarum, carminibus et historiis apposuerunt, ad demonstrandam unamquamque verbi, sentantiarumque ac versuum rationem*[219].

Sea lo que sea, lo cierto es la forma de escribir ha estado sujeta a muchos cambios, como todas las otras artes. De manera que todo lo que se puede concluir ante los manuscritos en los que no hay separación entre las palabras, ni acentos, ni puntos, ni vírgulas, es que o bien han sido escritos en tiempos de ignorancia o por copistas poco instruidos.

Las formas que generalmente se dan a los tres tipos de acentos fueron inventadas ya por los griegos:

Los latinos han hecho el mismo uso de estos tres acentos[220].

Los griegos parecen haber sido los primeros que introdujeron el uso de acentos en la escritura[221]. Pero sus acentos no tenían otro objeto que marcar las inflexiones de la voz, en tanto que puede ser o alta o baja. El acento agudo, que se escribía de derecha a izquierda, ’, indicaba que había que elevar la voz al pronunciar la vocal sobre la que estaba escrito. El acento grave, escrito como ‘, marca lo contrario: que hay que bajar la voz. El circunflejo está compuesto de agudo y grave, ^. Luego, los copistas lo redondearon de esta manera ˜, signo que solo está en uso en el griego. Este acento estaba destinado a indicar que, tras haber elevado primero la voz, había después que bajarla en la misma sílaba.

Diferencias entre el valor del acento en las lenguas antiguas (griego y latín) y las lenguas modernas (sobre todo, el francés):

---

217 Cicerón, *De oratore*, lib. 3, n. 44.

218 Isidoro solo utiliza el término *ratio*, que podríamos traducir por «esquema racional», y no como lo traduce Du Marsais.

219 Isidore, *Origin*., lib. I, C. 20.

220 Este párrafo estaba en la *Encyclopedie* tras el texto siguiente.

221 Añadido en la *Encyclopedie*: «L’Auteur de la *Méthode Greque de P. R.* (p. 546) observe que la bonne prononciation de la langue Greque étant naturelle aux Grecs, il leur étoit inutile de la marquer par des accens dans leurs écrits; qu’ainsi il y a bien de l’apparence qu’ils ne commencerent à en faire usage que lorsque les Romains, curieux de s’instruire de la langue Greque, envoyerent leurs enfans étudier à Athenes. On songea alors à fixer la prononciation, et à la faciliter aux étrangers; ce qui arriva, poursuit cet Auteur, un peu avant le tems de Ciceron».

La elevación y siguiente bajada de la voz era más perceptible en los antiguos que en nosotros, ya que su pronunciación era más sostenida y más musical. Sin embargo, también nosotros recurrimos a la elevación y bajada de la voz en nuestra manera de hablar. Y ello, con independencia de las otras palabras que estén en la frase. De manera que las sílabas de nuestras palabras se elevan y bajan en función del acento prosódico o tónico, y no en función del acento pasional; es decir, del tono que la pasión y el sentimiento dan a toda la frase; y es que es propio de la naturaleza de cada voz[222], dice el autor de la *Méthode grecque de Port-Royal* (p. 551), tener una elevación que sostiene la pronunciación, y que esa elevación después se modera y baja, y no pasa a las sílabas siguientes[223].

Nosotros, en nuestra escritura, no marcamos esa elevación y esa bajada de la voz mediante acentos. Nuestra pronunciación, una vez más, es menos sostenida y menos musical que la pronunciación de los antiguos; consiguientemente, la modificación o tono de la voz, de la que se trata[224], es menos sensible. El uso hace que aumente la dificultad de mantener estas delicadas diferencias. Los antiguos pronunciaban, al menos sus versos, de forma que podían medir con golpes la duración de sus sílabas. *Adsuetam moram, pollicis sonore vel plausu pedis, discriminare qui docent artem solent*[225]. Nosotros solo podemos hacer esto en el canto. En fin, ¿no es acaso cierto que en todo tipo de acento oratorio, ya sea interrogativo, ya admirativo, ya de enfado etc., las sílabas que preceden a nuestras *e* mudas son más sostenidas y elevadas de lo que lo son en el discurso ordinario?

Esta diferencia entre la pronunciación de los antiguos y la nuestra me parece que es la verdadera razón por la que, aunque nuestras sílabas tengan también cantidad, como la tenían las de los antiguos, sin embargo, al no ser la diferencia entre nuestras largas y nuestras breves tan sensible en todas nuestras palabras, nuestros versos solo se forman sobre la armonía que resulta del número de sílabas, mientras que los versos de los griegos y de los latinos toman su armonía del número de pies generados por ciertas combinaciones de largas y breves[226].

---

[222] Con acento circunflejo.

[223] Añadido en la *Encyclopedie*: «L'Auteur de la *Méthode Greque de P. R.* (p. 546) observe que la bonne prononciation de la langue Greque étant naturelle aux Grecs, il leur étoit inutile de la marquer par des accens dans leurs écrits; qu'ainsi il y a bien de l'apparence qu'ils ne commencerent à en faire usage que lorsque les Romains, curieux de s'instruire de la langue Greque, envoyerent leurs enfans étudier à Athenes. On songea alors à fixer la prononciation, et à la faciliter aux étrangers; ce qui arriva, poursuit cet Auteur, un peu avant le tems de Ciceron».

[224] En el caso del acento circunflejo.

[225] La cita es de Terenciano Mauro, *Sobre los metros*, vv. 2252-2255: «la acostumbrada pausa que los que enseñan este arte acostumbran a distinguir con el sonido del pulgar o con un golpe con el pie».

[226] Añadido en la *Encyclopedie*: «"Le dactyle, l'ïambe et les autres piés entrent dans le discours ordinaire, dit Ciceron, et l'auditeur les reconnoît facilement", *eosfacile agnoscit auditor* (Cic. Orator. n. LVI). "Si dans nos Théatres, ajoûte-t-il, un Acteur prononce une syllabe breve ou longue autrement qu'elle ne doit être prononcée, selon l'usage, ou d'un ton grave ou aigu, tout le peuple se récrie. Cependant, poursuit-il, le peuple n'a point étudié la regle de notre Prosodie; seulement il sent qu'il est blessé par la prononciation de l'Acteur: mais il ne pourroit pas démêler en quoi ni comment; il n'a sur ce point d'autre regle que le discernement de l'oreille; et avec ce seul secours que la nature et l'habitude lui donnent, il connoît les longues et les breves, et distingue le grave de l'aigu". *Theatra tota exclamant, si fuit una syllaba brevior aut longior. Nec verò multitudo pedes novi, nec ullos numeros tenet: nec illud quod offendit aut cur, aut in quo offendat intelligit, et tamen omnium longitudinum et brevitatum in sonis, sicut acutarum graviumque vocum, judicium ipsa natura in auribus nostris collocavit*. (Cic. Orat. n. LI. fin.). Notre Parterre démêle, avec la même finesse, ce qui est contraire à l'usage de la bonne prononciation; et quoique la multitude ne sache pas que nous avons un *e* ouvert, un

Hoy día, en la Gramática latina, solo se da el nombre de acento a los tres signos de los que hemos hablado: el grave, el agudo y el circunflejo. Pero los antiguos gramáticos latinos daban el nombre de acento a muchos otros signos empleados en la escritura. Prisciano, que vivió en el siglo sexto, e Isidoro, que vivió poco tiempo después, decían ambos que los latinos tenían diez acentos[227].

En lo que a mí respecta, doy el nombre de acento, en primer lugar, a las inflexiones de la voz y a la manera de pronunciar de ciertos territorios. Por eso, como ya hemos dicho, hablamos de acento gascón etc.; y decimos «este hombre

---

e fermé et un *e* muet, l'Acteur qui prononceroit l'un au lieu de l'autre seroit siflé. Le célebre Lully a eu presque toûjours une extrème attention à ajuster son chant à la bonne prononciation; par exemple il ne fait point de tenue sur les syllabes breves, ainsi dans l'opera d'Atis, *Vous vous éveillez si matin*, l'*a* de *matin* est chanté bref tel qu'il est dans le discours ordinaire; et un Acteur qui le feroit long comme il l'est dans *mâtin*, gros chien, seroit également siflé parmi nous, comme il l'auroit été chez les Anciens en pareil cas. Dans la Grammaire greque, on ne donne le nom d'*accent* qu'à ces trois signes, l'aigu ', le grave ' et le circonflexe ~, qui servoient à marquer le ton, c'est-à-dire l'élevement et l'abaissement de la voix; les autres signes, qui ont d'autres usages, ont d'autres noms, comme l'*esprit rude, l'esprit doux*, etc. C'est une question s'il faut marquer aujourd'hui ces *accens* et ces *esprits* sur les mots grecs: le P. Sanadon, dans sa préface sur Horace, dit qu'il *écrit le grec sans accens*. En effet, il est certain qu'on ne prononce les mots des langues mortes que selon les inflexions de la langue vivante; nous ne faisons sentir la quantité du grec du latin que sur la pénultieme syllabe, encore faut-il que le mot ait plus de deux syllabes: mais à l'égard du ton ou accent, nous avons perdu sur ce point l'ancienne prononciation; cependant, pour ne pas tout perdre, et parce qu'il arrive souvent que deux mots ne different entr'eux que par l'accent, je crois avec l'Auteur de la Méthode greque de P. R. que nous devons conserver les accens en écrivant le grec: mais j'ajoûte que nous ne devons les regarder que comme les signes d'une prononciation qui n'est plus; et je suis persuadé que les Savans qui veulent aujourd'hui régler leur prononciation sur ces accens, seroient siflés par les Grecs mêmes s'il étoit possible qu'ils en fussent entendus. A l'égard des Latins, on croit communément que les accens ne furent mis en usage dans l'écriture que pour fixer la prononciation, et la faciliter aux étrangers».

[227] Añadido en la *Encyclopedie*: «Ces dix accens, selon ces Auteurs, sont; 1. L'accent aigu '. 2. Le grave '. 3. Le circonflexe ~. 4. La longue barre, pour marquer une voyelle longue —, *longa linea*, dit Priscien; *longa virgula*, dit Isidore. 5. La marque de la brieveté d'une syllabe, *brevis virgula* ˘. 6. L'hyphen qui servoit à unir deux mots, comme *ante-tulit*; ils le marquoient ainsi, selon Priscien ‿, et ainsi selon Isidore Ω. Nous nous servons du tiret ou trait d'union pour cet usage, *portemanteau, arc-en-ciel*; ce mot *hyphen* est purement grec, ὑπὸ, *sub*, et ἕν, *unum*. 7. La diastole au contraire étoit une marque de séparation; on la marquoit ainsi ˀ sous le mot, *supposita versui*. (Isid. de fig. accentuum). 8. L'apostrophe dont nous nous servons encore; les Anciens la mettoient aussi au haut du mot pour marquer la suppression d'une lettre, *l'ame* pour *la ame*. 9. La Δασεῖα; c'étoit le signe de l'aspiration d'une voyelle. *RAC*. δασὺς, *hirsutus*, hérissé, rude. On le marquoit ainsi sur la lettre, c'est l'esprit rude des Grecs, dont les copistes ont fait l'*h* pour avoir la facilité d'écrire de suite sans avoir la peine de lever la plume pour marquer l'esprit sur la lettre aspirée. 10. Enfin, le ψιλὴ, qui marquoit que la voyelle ne devoit point être aspirée; c'est l'esprit doux des Grecs, qui étoit écrit en sens contraire de l'esprit rude. Ils avoient encore, comme nous, l'*astérique* et plusieurs autres notes dont Isidore fait mention, *Orig. liv. I.* et qu'il dit être très-anciennes. Pour ce qui est des Hébreux, vers le cinquieme siecle, les Docteurs de la fameuse Ecole de Tibériade travaillerent à la critique des Livres de l'Ecriture-sainte, c'est-à-dire, à distinguer les livres apocryphes d'avec les canoniques: ensuite ils les diviserent par sections et par versets; ils en fixerent la lecture et la prononciation par des points, et par d'autres signes que les Hébraïsans appellent *accens*; desorte qu'ils donnent ce nom, non-seulement aux signes qui marquent l'élevation et l'abaissement de la voix, mais encore aux signes de la ponctuation. *Aliorum exemplo excitati vetustiores Massoretæ huic malo obviam ierunt, vocesque à vocibus distinxerunt interjecto vacuo aliquo spatiolo; versus verò ac periodas notulis quibusdam, seu ut vocant accentibus, quos eam ob causam accentus pausantes et distinguentes, dixerunt*. Masclef, *Gram. Hebrai. 1731. tom. I. pag. 34*. Ces Docteurs furent appellés *Massoretes*, du mot *massore*, qui veut dire *tradition*; parce que ces Docteurs s'attacherent dans leur opération à conserver, autant qu'il leur fut possible, la tradition de leurs Peres dans la maniere de lire et de prononcer».

tiene acento extranjero»; es decir, que hay inflexiones de voz y una manera de hablar que no es la misma que las de las personas nacidas en la capital. En este sentido, «acento» comprende la elevación de la voz, la cantidad y la pronunciación particular de cada palabra y cada sílaba.

En segundo lugar, nosotros elevamos la sílaba que precede a una *e* muda. Así, aunque en *mener*, la *e* de la primera sílaba *me* es muda, esa *e* se hace abierta y debe ser sostenida en *je mène*, ya que en ese caso va seguida de la *e* muda en que termina la palabra. Esta *e* final se convierte más fácilmente en muda, cuando la sílaba que precede es sostenida. Es el mecanismo de la palabra el que genera todas estas variables que parecen bagatelas o caprichos del uso a aquellos que ignoran las verdaderas causas de las cosas.

El uso no ha establecido todavía la necesidad de poner un acento sobre la *e* abierta, cuando esta *e* va seguida de una consonante, con la que solo forma una sílaba. Así, se escribe sin acento *la mer, le fer, aimer, donner,* etc.[228].

[228] En la *Encyclopedie*, el final del artículo sobre el acento es bastante más extenso.

VI. GRAMÁTICA GENERAL Y GRAMÁTICA FRANCESA

En una última parte de los *Principes de Grammaire* de Du Marsais de 1769, sus editores recogen el contenido de una serie de artículos que este había publicado en la *Encyclopedie*; son, lógicamente, anteriores al momento en que el gramático, por culpa de la muerte, dejó de publicar en la gran enciclopedia ilustrada; lógicamente se trata de artículos que están en entradas con letras iniciales anteriores a la «g»: el adjetivo, los casos del nombre, los verbos auxiliares, la conjugación, la preposición (a partir de la entrada «A»), el adverbio, las conjunciones.

Si bien se trata de artículos diferentes, tienen, quizás porque la doctrina gramatical del autor subyace siempre en todo lo que escribe, un denominador común. Ya en el apartado anterior, dedicado a los sonidos, Du Marsais ha tratado cuestiones que afectan a todas las lenguas, es decir son patrimonio de la Gramática general y cuestiones que son problemas o soluciones concretas de la lengua francesa. Así, lo que se refiere a la relación entre sonidos y órganos de la voz, lo que se refiere a la definición de vocal y consonante, o lo que se refiere a la estructura de las sílabas, son cuestiones generales o universales; pero en la descripción de los valores de la *e* o de los diptongos se ha metido también en cuestiones exclusivas de la lengua francesa.

Ahora, en este apartado, hace lo mismo en relación con algunas partes de la oración o con alguna categoría gramatical. Realmente la organización del material en esa parte no es muy sistemática, aunque en todo subyace la relación entre valores generales de las unidades gramaticales y valores concretos en la lengua francesa.

1. EL ADJETIVO

Hemos dicho que en los artículos recogidos en esta parte hay, por un lado, valores generales o universales de las unidades gramaticales tratadas y, por otras, situación de las mismas en la lengua francesa.

1.1. Cuestiones de Gramática general

Dado el principio de que toda proposición, por larga y compuesta que sea, es reducible a una estructura binaria, puede ocurrir, en el caso de proposiciones largas o compuestas, que en torno a alguno de los dos constituyentes absolutamente necesarios, los cuales constituyen la última estructura binaria de esa proposición, haya otros constituyentes que forman conjunto con ellos y los determinan o los

explican; determinado y determinante forman a su vez estructura binaria, la cual funciona como uno de los constituyentes de otra estructura binaria de nivel superior; y así, hasta llegar a la última estructura binaria que es la constituida por el sujeto y atributo. En muchos casos de estructuras binarias, el determinante es el adjetivo.

1.1.1. El nombre adjetivo (adjetivo y adjetivo sustantivado)

> LOS NOMBRES ADJETIVOS
>
> La palabra *adjective* viene del latín *adjectus*, «añadido», porque efectivamente el nombre adjetivo va siempre añadido a un nombre sustantivo, expreso o sobreentendido. El adjetivo es una palabra que da una calificación al sustantivo; designa su cualidad o su manera de ser. Y como toda cualidad supone que hay una sustancia de la que aquella es cualidad, es evidente que el adjetivo da por supuesta la existencia de un sustantivo; y es que primero hay que ser, para poder ser de una manera determinada. Si decimos *le beau vous touche, le vrai doît être l'objet de nos recherches, le bon est préférable au beau* etc, es evidente que a estas cualidades las consideramos como cualidades solo en la medida en que van unidas a una sustancia o supuesto; *le beau* es lo mismo que *ce qui est beau*; *le vrai* es lo mismo que *ce qui est vrai* etc. En estos ejemplos, *le beau* y *le vrai* no son puros adjetivos. Son adjetivos sustantivados que se refieren a un supuesto cualquiera, en la medida en que ese supuesto es *beau*, o *vrai*, o *bon* etc. Estas palabras son, pues, al mismo tiempo adjetivos y sustantivos. Son sustantivos porque se refieren a un supuesto; de ahí el *le*… Son adjetivos porque se refieren a ese supuesto en tanto que es de una forma determinada.

1.1.2. Clasificación semántica de los adjetivos: físicos y metafísicos

De acuerdo con la doctrina ilustrada de la creación del lenguaje, esa creación comienza en el momento en que los objetos entran en nuestra mente a través de los sentidos corporales. Y en ese momento en la mente entra el objeto y sus cualidades. Esas son cualidades físicas del objeto:

> Hay tantos tipos de adjetivos como tipos de cualidades, de maneras o de relaciones que nuestra mente puede considerar en los objetos.
>
> No conocemos las sustancias por sí mismas; solo las conocemos a través de las impresiones que producen en nuestros sentidos. Y es entonces cuando decimos que los objetos son de tal manera, en función del sentido al que afectan esas impresiones. Si son los ojos los afectados, decimos que el objeto es de color; que es o blanco, o negro, o rojo, o azul etc. Si es el gusto, el cuerpo es dulce, o amargo, o agrio, o soso etc. Si es el tacto, el objeto es o tosco, o liso; o duro, o blando; graso o aceitoso, o seco etc.
>
> De manera que nuestras palabras *blanc, noir, rouge, bleu, doux, amer, aigre, fade* etc. son calificaciones que damos a los objetos y son consiguientemente nombres adjetivos. Y dado que son impresiones que los objetos físicos producen en nuestros sentidos, las cuales nos hacen dar a los objetos las calificaciones que acabamos de ver, a este tipo de adjetivos llamaremos *adjetivos físicos*[229].

[229] En el artículo de la *Encyclopedie* Du Marsais añadía esto: «Remarquez qu'il n'y a rien dans les objets qui soit semblable au sentiment qu'ils excitent en nous. Seulement les objets sont tels qu'ils

Pero una vez que el objeto está en la mente, esta puede hacer de su propia cosecha alguna observación sobre el objeto, calificándole; los adjetivos creados de esta forma son adjetivos metafísicos:

> Una vez acostumbrados a calificar a los objetos físicos en función de las impresiones inmediatas que producen en nosotros, pasamos a calificar también a los seres metafísicos y abstractos en función de alguna observación de nuestra mente en relación con ellos. Los adjetivos que expresan estos puntos de vista u observaciones de la mente, son los llamados *adjetivos metafísicos*.
>
> Supongamos una línea de árboles en una vasta llanura. Dos hombres llegan a esa línea, uno por una punta y otro por la opuesta. Cada uno de ellos, al ver los árboles de esa línea, dirá: *voila le premier*, de manera que el árbol llamado *le premier,* es *le dernier* para el que ha llegado por la otra punta. Así que *premier, dernier* y los demás nombres de números ordinales no son sino adjetivos metafísicos. Son los adjetivos de relación y ordenación numeral.
>
> Los nombres del número cardinal, tal como *deux, trois* etc. son también adjetivos metafísicos, que califican a un grupo de individuos.
>
> *Mon, ma; ton, ta; son, sa* etc. son también adjetivos metafísicos que designan una relación de pertenencia o de propiedad, y no una cualidad física o permanente de los objetos.
>
> *Grand* y *petit* son también adjetivos metafísicos. Y es que un cuerpo, sea como sea, no es ni grande ni pequeño en sí mismo; solo es llamado así cuando es puesto en relación con otro cuerpo. Aquello a lo que hemos dado el nombre de *grand*, ha producido en nosotros una sensación diferente de la que ha producido algo a lo que llamamos *petit*. Es la percepción de esa diferencia, la que ha dado lugar a que inventemos los nombres *grand, petit, moindre* etc.
>
> *Différent, pareil, semblable* son también adjetivos metafísicos, que califican a nombres sustantivos, como consecuencia de perspectivas concretas de nuestra mente. *Différent* califica a un nombre, precisamente en la medida en que me doy cuenta de que no ha producido en mí impresiones semejantes a las que ha producido otro. De dos objetos, de los que me doy cuenta de que uno no es el otro, y que sin embargo producen en mí impresiones semejantes en ciertos detalles, decimos que son semejantes en esos detalles, porque percibimos, en esos detalles, lo mismo. De manera que *semblable* es un adjetivo metafísico.
>
> De todas las cosas que me parezcan cercadas, más allá de las cuales veo una extensión, diremos que son *terminés, bornés, finis*. De manera que *borné, terminé, fini* suponen límites y el reconocimiento de una extensión que está fuera de ellos. Son adjetivos metafísicos[230].

---

excitent en nous telle sensation, ou tel sentiment, selon la disposition de nos organes, et selon les lois du méchanisme universel. Une aiguille est telle que si la pointe de cette aiguille est enfoncée dans ma peau, j'aurai un sentiment de douleur: mais ce sentiment ne sera qu'en moi, et nullement dans l'aiguille. On doit en dire autant de toutes les autres sensations. Outre les adjectifs physiques il y a encore les *adjectifs métaphysiques* qui sont en très-grand nombre, et dont on pourroit faire autant de classes différentes qu'il y a de sortes de vûes sous lesquelles l'esprit peut considérer les êtres physiques et les êtres métaphysiques».

[230] En la *Encyclopedie* este párrafo estaba redactado así: «Je me promene tout autour de cette ville de guerre, que je vois enfermée dans ses remparts: j'apperçois cette campagne bornée d'un côté par une riviere et d'un autre par une forêt: je vois ce tableau enfermé dans son cadre, dont je puis même mesurer l'étendue et dont je vois les bornes: je mets sur ma table un livre, un écu; je vois qu'ils

A todo aquello[231] que me parezca tal que vemos que no pueda haber un grado de bondad y de excelencia más allá de ello, lo llamamos *parfait*[232].

1.1.3. Clasificación funcional: calificativos, determinativos

He aquí otros adjetivos metafísicos que merecen ser tenidos en cuenta. Un nombre es adjetivo cuando califica a un nombre sustantivo. Ahora bien, calificar a un nombre sustantivo no consiste solo en decir que es *rouge* o *bleu*, *grand* o *petit*; consiste en fijar su extensión, su valor, su acepción, aumentar o disminuir esa extensión, y todo ello en tal manera que el sustantivo y al adjetivo, juntos, siempre presentan un solo objeto a la mente. Sin embargo, si yo digo *liber Petri*, *Petri* limita ciertamente la extensión del significado de *liber*; pero se trata de dos palabras que presentan dos objetos diferentes a la mente. Por el contrario, cuando yo digo *le beau livre*, solo se trata de un objeto real, del que se dice que es bello. De manera que toda palabra que limite la extensión del sustantivo, que amplíe o restrinja el valor de esa extensión, y que presente a la mente el mismo objeto que el sustantivo, esa palabra es un adjetivo verdadero. Así *nécessaire, accidentel, possible, impossible, tout, nul, quelque, aucun, chaque, tel, quel, certain, ce, cet, cette, mon, ma, ton, ta, vos, votre, notre,* e incluso *le, la, les* son auténticos adjetivos metafísicos, ya que modifican al sustantivo y lo presentan

---

n'occupent qu'une petite étendue de ma table; que ma table même ne remplit qu'un petit espace de ma chambre, et que ma chambre est renfermée par des murailles: enfin tout corps me paroît borné par d'autres corps, et je vois une étendue au-delà. Je dis donc que ces corps sont *bornés, terminés, finis*; ainsi *borné, terminé, fini*, ne supposent que des bornes et la connoissance d'une étendue ultérieure. D'un autre côté, si je me mets à compter quelque nombre que ce puisse être, fût-ce le nombre des grains de sable de la mer et des feuilles de tous les arbres qui sont sur la surface de la terre, je trouve que je puis encore y ajoûter, tant qu'enfin, las de ces additions toûjours possibles, je dis que ce nombre est *infini*, c'est-à-dire, qu'il est tel, que je n'en apperçois pas les bornes, et que je puis toûjours en augmenter la somme totale. J'en dis autant de tout corps étendu, dont notre imagination peut toûjours écarter les bornes, et venir enfin à l'étendue infinie. Ainsi *infini* n'est qu'un adjectif métaphysique».

[231] En la *Encyclopedie*, antes de este corto párrafo sobre *parfait*, Du Marsais añadía previamente esto: «*Parfait* est encore un adjectif métaphysique. L'usage de la vie nous fait voir qu'il y a des êtres qui ont des avantages que d'autres n'ont pas: nous trouvons qu'à cet égard ceux-ci valent mieux que ceux-là. Les plantes, les fleurs, les arbres, valent mieux que les pierres. Les animaux ont encore des qualités préférables à celles des plantes, et l'homme a des connoissances qui l'élevent au-dessus des animaux. D'ailleurs ne sentons-nous pas tous les jours qu'il vaut mieux avoir que de n'avoir pas? Si l'on nous montre deux portraits de la même personne, et qu'il y en ait un qui nous rappelle avec plus d'exactitude et de vérité l'image de cette personne, nous disons que *le portrait est parlant*, qu'*il est parfait*, c'est-à-dire qu'il est tel qu'il doit être».

[232] Y tras él se añadía esto otro: «Ce qui est parfait par rapport à certaines personnes, ne l'est pas par rapport à d'autres, qui ont acquis des idées plus justes et plus étendues. Nous acquérons ces idées insensiblement par l'usage de la vie; car dès notre enfance, à mesure que nous vivons, nous appercevons des *plus* ou des *moins*, des *bien* et des *mieux*, des *mal* et des *pis*: mais dans ces premiers tems nous ne sommes pas en état de réfléchir sur la maniere dont ces idées se forment par degrés dans notre esprit; et dans la suite, comme l'on trouve ces connoissances toutes formées, quelques. Philosophes se sont imaginé qu'elles naissoient avec nous: ce qui veut dire qu'en venant au monde nous savons ce que c'est que l'infini, le beau, le parfait, *etc*. ce qui est également contraire à l'expérience et à la raison. Toutes ces idées abstraites supposent un grand nombre d'idées particulieres que ces mêmes Philosophes comptent parmi les idées acquises: par exemple, comment peut-on savoir qu'*il faut rendre à chacun ce qui lui est dû*, si l'on ne sait pas encore ce que c'est que *rendre*, ce que c'est que *chacun*, et qu'il y a des biens et des choses particulieres, qui, en vertu des lois de la société, appartiennent aux uns plûtôt qu'aux autres? Cependant sans ces connoissances particulieres, que ces Philosophes même comptent parmi les idées acquises, peut-on comprendre le principe général?».

bajo diferentes puntos de vista particulares. *Tout homme* presenta a *homme* en un sentido universal afirmativo; *nul homme* lo presenta en un sentido general negativo; *quelque homme* presenta un sentido general indeterminado para *homme*; *son, sa, ses, vos*, etc. hacen que consideremos al sustantivo con sentido de pertenencia y propiedad. Y es que cuando decimos *meus ensis*, *meus* es un adjetivo tan sencillo como *Evandrius* en el siguiente verso de Virgilio[233]:

Nam tibi, Thymbre, caput Evandrius abstulit ensis

Meus indica la pertenencia en relación conmigo, y *Evandrius* la marca en relación con Evandro.

1.1.4. Otras clases de palabra que pueden funcionar como adjetivo

Hay que tener en cuenta que las palabras cambian de valor en función de los diferentes caminos por los que el uso las lleva a la hora de significar. *Boire, manger* son verbos; pero cuando se dice *le boire, le manger* etc., *boire* y *manger* son nombres. *Aimer* es un verbo activo, pero en el siguiente verso de la Opera de Atys

J'aime, c'est mon destin d'aimer toute la vie

Aimer es tomado en sentido neutro.

Mien, tien, sien eran en otro tiempo adjetivos. Se decía *un sien frère*, *un mien ami*. Hoy día, con ese significado, solo tenemos *mon, ton, son*, que son adjetivos. *Mien, tien, sien* son sustantivos de la clase de los pronombres: *le mien, le sien*. La discordia, dice Fontaine, viene

Avec Que si, Que non, son frère,
avec le tien, le mien, son père[234].

Nos, vos son siempre adjetivos; pero *vôtre, nôtre* son unas veces adjetivos y otras pronombres: *le vôtre, le nôtre*. Así en *Vous et les vôtres; voila le vôtre, voici le sien et le mien*. Estos pronombres se refieren en este caso a objetos concretos de los que ya se ha hablado.

Estas reflexiones nos sirven para decidir si las palabras *père, roi* y otras semejantes son adjetivos o sustantivos; si califican, son adjetivos; así en *Louis XV est roi*, *roi* califica a *Louis XV*; luego *roi* es aquí adjetivo. En *Le roi est à l'armée*, *le roi* designa a un individuo; es, pues, sustantivo. De manera que estas palabras son tomadas unas veces como adjetivos y otras como sustantivos; ello depende de su función; es decir, del valor que se les da en el empleo que se hace de ellas.

1.2. Cuestiones de sintaxis francesa del adjetivo

Las cuestiones planteadas hasta ahora son de carácter general o universal: conceptos como adjetivo físico y metafísico, determinante y calificativo, y el concepto de función adjetiva, son cuestiones generales que se plantean en todas las lenguas. A partir de ahora, va a plantear Du Marsais problemas relativos al adjetivo en francés.

[233] *Aeneid*. lib. 10, v. 394.

[234] El «que si, que no» es el hermano de la Discordia; el «lo tuyo, lo mío» es su padre.

1.2.1. Sintaxis del adjetivo

Dos cuestiones plantea Du Marsais al respecto: la concordancia con el nombre y la posición del adjetivo en la frase.

La primera, como recurso sintáctico, todavía puede ser considerada como una cuestión de Gramática general, aunque, en lo que se refiere a las marcas formales, ello ya es propio de cada lengua concreta. Pero la segunda es algo que afecta a las lenguas concretas en función de que sean o no sean flexionales.

1.2.1.1. Concordancia

La concordancia, para Du Marsais, se basa en la relación que hay entre adjetivo y objeto en el mundo real y no en la relación que hay en la frase ya construida; cuando un objeto de la naturaleza entra en nuestra mente a través de los sentidos, entran el objeto y su cualidad; esa es la razón de que luego, en la elocución, deban tener relación formal entre sí:

> Queda hablar de la sintaxis de los adjetivos. Lo que se puede decir a este respecto se reduce a dos cosas: 1º, la terminación del adjetivo; 2º, la posición del adjetivo.
>
> 1. En lo que se refiere a lo primero, hay que recordar un principio del que ya hemos hablado antes: que el adjetivo y el sustantivo, juntos en la frase, ofrecen a la mente un solo y mismo individuo, ya sea físico, ya metafísico. Así, no siendo realmente el adjetivo otra cosa que el sustantivo mismo considerado con la calificación que el adjetivo enuncia, deben tener uno y otro las mismas marcas que responden a las perspectivas desde las que la mente considera a la cosa calificada. Si se habla de un objeto singular, el adjetivo debe tener la terminación destinada para marcar el singular. Si el sustantivo es de la clase de nombres a los que se llama masculinos, el adjetivo deberá tener la marca destinada a caracterizar a los nombres de esta clase. En fin, si en la lengua en cuestión hay una forma establecida para marcar las relaciones o perspectivas que se llaman casos, el adjetivo debe entonces concertar también con el sustantivo. En una palabra, el adjetivo debe establecer las mismas relaciones y presentarse con la misma cara que el sustantivo, ya que él no existe si no es con el sustantivo.

1.2.1.2. Posición

La posición, como marca de relación sintáctica, no es propia de la Gramática General, ya que no funcionan igual, a este respecto, las lenguas flexionales que las no flexionales. Tiene mucha más importancia la posición en las lenguas no flexionales. Por eso en este punto Du Marsais se extiende sobre todo en el francés:

> 2. En lo que se refiere a la posición del adjetivo, es decir, si hay que colocarle delante o detrás del sustantivo, si debe estar al comienzo o al final de la frase, si puede ser separado del sustantivo con la colocación en medio de otras palabras, respondo que en las lenguas que tienen casos, es decir, en las lenguas que marcan mediante terminaciones las relaciones de las palabras entre sí, la colocación no sirve de nada para dar a conocer que un adjetivo forma una unidad con un sustantivo determinado. Eso es tarea o mejor función de las desinencias; solo ellas tienen ese privilegio. En esas lenguas es solo el oído el que determina

la posición del adjetivo, el cual puede incluso estar separado del sustantivo por otras palabras.

Pero en las lenguas que no tienen caso, como el francés, el adjetivo está siempre unido al sustantivo[235]. Solo van separados cuando el adjetivo es atributo como en *Louis est juste, Phébus est sourd, Pégase est rétif*; esto mismo sucede con los verbos *rendre, devenir, paroître*

Un vers étoit foible, et vous le rendez dur.
J'évite d'être long, et je deviens obscur[236]

En frases como las que siguen, los adjetivos que parecen aislados forman ellos solos, por elipsis, una proposición concreta:

Heureux qui peut voir, du rivage,
le terrible Océan par les vents agité[237].

Aquí hay dos proposiciones gramaticales: *Celui [qui peut voir, du rivage, le terrible Océan par les vents agité] est heureux*. Aquí vemos que *heureux* es el atributo de la proposición principal.

En francés, no es indiferente, teniendo en cuenta la sintaxis elegante y de uso, colocar el sustantivo delante del adjetivo o el adjetivo delante del sustantivo. Es cierto que, para entender el sentido, es lo mismo decir *bonet blanc* o *blanc bonet;* pero, desde el punto de vista de la elocución y del uso, solo se debe decir *bonet blanc*. En francés no tenemos a este respecto otra regla que el oído experimentado, es decir, acostumbrado al diálogo con personas de la nación que hacen un buen uso del francés[238]. De manera que me contentaré con dar ejemplos que puedan servir de guía en ocasiones análogas. Se dice *habit rouge*; consiguientemente se dirá también *habit bleu, habit gris,* y no *bleu habit, gris habit*. Se dice *mon livre*; y así se dirá también *ton livre, son livre, leur livre*. En la lista que sigue encontraréis *zone torride*, y por analogía se dirá *zone témperée* y *zone glaciale*. Y así los otros ejemplos:

Lista de numerosos adjetivos que solo se construyen tras sustantivo en los ejemplos que se dan aquí

Accent gascon. Air indolent. Ange gardien. Beauté parfaite. Beauté romaine. Bonnet blanc. Cas direct. Cas oblique. Chapeau noir. Chemin ra-

[235] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía aquí esto: «La position supplée au défaut des cas. *Parve, nec invideo, sine me, Liber, ibis in urbem* (Ovid. I. trist. 1. 1). Mon petit livre, dit Ovide, tu iras donc à Rome sans moi? Remarquez qu'en François l'adjectif est joint au substantif, *mon petit livre*; au lieu qu'en Latin *parve* qui est l'adjectif de *liber*, en est séparé, même par plusieurs mots: mais *parve* a la terminaison convenable pour faire connoître qu'il est le qualificatif de *liber.* Au reste, il ne faut pas croire que dans les Langues qui ont des cas, il soit nécessaire de séparer l'adjectif du substantif; car d'un côté les terminaisons les rapprochent toûjours l'un de l'autre, et les présentent à l'esprit, selon la syntaxe des vûes de l'esprit qui ne peut jamais les séparer. D'ailleurs si l'harmonie ou le jeu de l'imagination les sépare quelquefois, souvent aussi elle les rapproche. Ovide, qui dans l'exemple ci-dessus sépare *parve* de *liber*, joint ailleurs ce même adjectif avec son substantif. *Tuque cadis, patriâ, parve Learche, manu* (Ovid. IV, Fast. v. 490)».

[236] Boilau, *Art Poet.* p. 1. El segundo verso es una traducción del *Arte Poética* de Horacio, 25-26: *Breuis esse laboro / obscurus fio.*

[237] Lully-Quinault, *Phaeton*, 1709, Acte I, scen. 5. Es una recreación de Lucrecio, 2.1-2.

[238] De nuevo alusión a las *honnêtes gens*, como árbitros de la pureza de lengua francesa.

boteux. Chemise blanche. Contrat clandestin. Couleur jaune. Dîme royale. Discours concis. Empire ottoman. Esprit invincible. État ecclésiastique. Étoiles fixes. Expression littérale. Fables choisies. Figure ronde. Forme ovale. Ganif éguisée. Génie supérieur. Grammaire raisonnée. Hommage rendu. Homme instruit. Homme juste. Laine blanche. Lettre anonyme. Lieu inaccessible. Ligne droite. Livres choisis. Vue courte. Vue basse. Des yeux noirs. Zone torride, etc.[239].

Hay, por el contrario, adjetivos que preceden siempre a los sustantivos que califican como *Certaines gens. Grand général. Grand capitaine. Mauvaise habitude. Brave soldat. Belle situation. Juste défense. Beau jardin. Bon ouvrier. Gros arbre. Petit arbre. Petit animal. Saint religieux. Profond respect. Jeune homme. Vieux pécheur. Cher ami. Réduit à la dernière misère. Tiers-Ordre. Triple alliance* etc.

No he pretendido recoger en estas listas todos los adjetivos que se colocan delante o detrás del sustantivo. He querido solamente hacer ver que esta posición no es arbitraria.

Los adjetivos metafísicos como *le, la, les, ce, cet, quelque, un, tout, chaque, tel, quel, son, sa, ses, votre, nos, leur*, se ponen siempre delante de los sustantivos a los que califican.

Los adjetivos de número preceden a los sustantivos apelativos y siguen a los nombres propios. *Le premier homme, François premier, quatre personnes, Henri quatre,* en lugar de *quatrième.* Pero al hablar del nombre de nuestros reyes, decimos con significado de apelativo, *qu'il y a eu quatorze Louis, et que nous en sommes au quinzième.* Se dice también en las citas *livre premier, chapitre second*; pero fuera de ellas, se dice *le premier livre, le second livre.*

Otros, en fin, se ponen indistintamente delante o detrás de los sustantivos. *C'est un savant homme, c'est un homme savant; c'est un habile avocat,* o *un avocat habile.* Y todavía mejor: *c'est un homme fort savant, c'est un avocat fort habil.* Pero no se dice *c'est un expérimenté avocat*; y sí se dice *c'est un avocat expérimenté*, o *fort expérimenté*; *c'est un beau livre, c'est un livre fort beau; ami véritable, véritable ami; de tendres regards, des regards tendres; l'intelligence suprême, la suprême intelligence; savoir profond, profond savoir; affaire malheureuse, malheureuse affaire* etc.

Estas son las prácticas que el buen uso por sí solo puede enseñar; son de tal sutileza que su papel en las lenguas muertas se nos escapa, pero que sin duda lo tendrían y lo conocerían sensiblemente los que hablaran esas lenguas en el tiempo en que estaban vivas.

En poesía la posición del adjetivo en la frase es más libre que en la prosa:

La poesía, donde el hipérbaton está permitido, e incluso proporciona algunas veces su gracia, tiene a este respecto más libertad que la prosa.

Un sintagma nombre + adjetivo puede tener diferente significado, siendo el adjetivo el mismo, en función de que el adjetivo vaya delante o detrás del nombre:

[239] En la *Encyclopedie*, la lista de ejemplos es más larga.

La colocación del adjetivo delante o detrás del sustantivo es tan poco indiferente que es ella la que algunas veces cambia el significado del sustantivo. He aquí una serie de ejemplos muy claros:

C'est une nouvelle certaine, c'est une chose certaine, es decir, *assurée, véritable, constante. J'ai appris certaines choses* o *certaine nouvelle;* en este caso *certaine* responde al *quidam* de los latinos y determina que el sustantivo adquiera un significado vago e indeterminado.

Un honnête homme es un hombre que tiene costumbres de probidad y de rectitud. *Un homme honnête* es un hombre limpio, que da gusto verle. *Les honnêtes gens* de una ciudad, son personas de la ciudad que están por encima del pueblo, que tienen bienes, una reputación íntegra, un origen honroso, y que han tenido una educación. Son aquellos de los que Horacio dice: *quibus est equus et pater et res*[240].

Vrai tiene un significado diferente, según esté colocado delante o detrás del sustantivo. *Gilles est un vrai charlatan*, es decir, que es realmente charlatán. *C'est un homme vrai,* es decir, *véridique*. *C'est une nouvelle vraie*, es decir, *véritable*[241].

C'est un pauvre homme se dice despectivamente de un hombre que no tiene ningún tipo de mérito, de un hombre que desprecia o que es incapaz de hacer lo que se espera de él; y ese *pauvre homme* puede ser rico. Sin embargo, *un homme pauvre* es un hombre sin bienes.

Un *homme galant* no es siempre un *galant homme*. El primero es un hombre que busca agradar a las mujeres, que tiene pequeñas atenciones con ellas. Sin embargo, un *galant homme* es un *honnête homme*, que solo tiene maneras muy simples[242].

1.2.3. Accidentes del adjetivo en francés

1.2.3.1. Género. Morfemas de masculino y femenino

En francés[243], los adjetivos terminan, 1º, o bien en *e* muda, como *sage, fidèle, utile, facile, habile, timide, riche, aimable, volage, troisième, quatrième*

[240] Añadido en el artículo de la *Encyclopedie*: «Une *sage-femme* est une femme qui est appellée pour assister les femmes qui sont en travail d'enfant. Une *femme sage* est une femme qui a de la vertu et de la conduite».

[241] Añadido también en la *Encyclopedie*: «*Gentilhomme* est un homme d'extraction noble; *un homme gentil* est un homme gai, vif, joli, mignon. *Petit-maître*, n'est pas un *maître petit*».

[242] Añadido en el artículo de la *Encyclopedie*: «*Un homme plaisant* est un homme *enjoüé, folatre*, qui fait rire; *un plaisant homme* se prend toûjours en mauvaise part; c'est un homme ridicule, bisarre, singulier, digne de mépris. *Une femme grosse*, c'est une femme qui est enceinte. *Une grosse femme* est celle dont le corps occupe un grand volume, qui est grasse et replette. Il ne seroit pas difficile de trouver encore de pareils exemples».

[243] En la *Encyclopedie* había esta pequeña introducción al tema del género del adjetivo: «A l'égard du genre, il faut observer qu'en Grec et en Latin, il y a des *adjectifs* qui ont au nominatif trois terminaisons, καλός, καλή, καλόν, *bonus, bona, bonum*; d'autres n'ont que deux terminaisons dont la premiere sert pour le masculin et le féminin, et la seconde est consacrée au genre neutre, ὁ καὶ ἡ ἐυδαίμων heureux; et en latin *hic* et *hæc fortis* et *hoc forte*, fort. Clenard et le commun des Grammairiens Grecs disent qu'il y a aussi en Grec des *adjectifs* qui n'ont qu'une terminaison pour les trois genres: mais la savante méthode Greque de P. R. assure que les Grecs n'ont point de ces adjectifs, *liv. I. ch. ix. regle XIX. avertissement*. Les Latins en ont un grand nombre, *prudens, felix, ferax, tenax*, etc.».

etc. En estos casos el adjetivo sirve tanto para el masculino como para el femenino. *Un amant fidèle, une femme fidèle*. Los que escriben *fidel, util* cometen la misma falta que si escribieran *sag* en lugar de *sage*, que se utiliza igualmente para los dos géneros. 2ª: Si el adjetivo termina en su primera denominación en una letra que no sea *e* muda, entonces esa primera terminación sirve para el masculino: *pur, dur, brun, savant, fort, bon*. Para formar el femenino, hay que distinguir: el adjetivo masculino o termina en vocal, o termina en consonante. Si termina en vocal que no sea la *e* muda, basta con añadir una *e* muda detrás de la vocal; así tendremos la terminación femenina de ese adjetivo: *sensé, sensée; joli, jolie; bourru, bourrue*. Si el adjetivo masculino termina en consonante, se separa esa consonante de la letra que precede y se añade una *e* muda a esa consonante separada; así tendremos la terminación femenina de ese adjetivo: *pur, pu-re; saint, sain-te; sain, sai-ne; grand, gran-de; sot, so-te; bon, bo-ne*.

Yo sé que los maestros de escritura, para aumentar los trazos verticales de la *n*, cuya sucesión hace a la escritura más unida y más agradable a la vista, han introducido una segunda *n* en *bo-ne*, de la misma forma que introducen una *m* en *ho-me*; así, generalmente se escribe *bonne, homme, honneur,* etc.; pero estas letras duplicadas no se corresponden con la analogía de la lengua, y solo sirven para multiplicar las dificultades a los extranjeros y a los que aprenden a leer.

Hay algunos adjetivos que se apartan de esta regla. He aquí el detalle. Antes, se decía, en masculino, *bel, nouvel, fol, mol* y, en femenino, de acuerdo con la regla, se decía *belle, nouvelle, folle, molle*. Estos femeninos todavía se conservan; pero los masculinos solo se utilizan delante de una vocal: *un bel homme, un nouvel amant, un fol amour;* de manera que a partir de *beau, nouveau, fou, mou* no se forman femeninos. Pero el adjetivo *espagnol* está en uso y sobre él se forma el femenino *espagnole*, de acuerdo con la regla general. De *blanc* se forma *blanche*; de *franc*, *franche*; de *long*, *longue*, lo que permite ver que la *g* de *long* es la *g* fuerte que los modernos llaman *gue*. En estos casos es bueno recurrir a la analogía entre el adjetivo y el sustantivo abstracto. Por ejemplo, *longueur, long, longue; douceur, doux, douce; jalousie, jaloux, jalouse; fraîcheur, frais, fraîche; sécheresse, sec, séche*.

La *f* y la *v* son en el fondo la misma letra con la diferencia de que una es fuerte y otra débil. La *f* es la fuerte y la *v* es la débil. De ahí los pares *naif, naive; abusif, abusive; chétif, chétive; défensif, défensive; passif, passive; négatif, négative; purgative, purgative* etc.

Se dice *mon, ma*; *ton, ta*; *son, sa*; pero delante de una vocal se utiliza *mon, ton, son* también en el femenino: *mon ame, ton ardeur, son épée*. Es un fenómeno que el mecanismo de los órganos de la palabra ha generado para evitar la excesiva apertura de boca que se produciría con el encuentro de dos vocales iguales: *ma ame, ta épée, sa épouse*. En estos casos, *son, ton, mon* son femeninos, de la misma manera que *mes, tes, ses, les* lo son en plural, cuando se dice *mes filles, les femmes* etc.

El adjetivo debe tener la terminación propia del género que el uso ha dado al sustantivo. A este respecto, hay que hacer una observación concreta sobre la palabra *gens*. Tiene terminación femenina el adjetivo que precede a esta palabra y masculina el que la sigue, incluso en la misma frase: *il y a de certaines gens qui sont bien sots*.

1.2.3.2. Número. Morfema de plural

El plural del adjetivo se forma añadiendo una *s* al singular: *bon, bons; fort, forts*[244]. En consecuencia, si en singular escribimos *gâté, gâtée*, deberemos escribir en plural *gâtés, gâtées*, añadiendo simplemente la *s* tanto para el plural masculino, como para el plural femenino. Ello me parece más acorde con la analogía que quitar el acento agudo al masculino y añadirle una *z*: *gatez*. Yo no veo que la *z* tenga, más que la *s*, el privilegio de marcar que la *é* que precede es una *e* cerrada. Yo concretamente solo hago uso de la *z* tras la *e* cerrada en el caso de la segunda persona del plural del verbo, *vous aimez*; ello me permite diferenciar el verbo del participio y del adjetivo: *vous êtes aimés, les perdreaux sont gâtés, vous gâtez ce livre*.

Los adjetivos terminados en *s* en singular tienen la misma forma para los dos números: *Il est gros et gras; ils sont gros et gras*.

Hay algunos adjetivos que a los maestros les ha gustado escribir con una *x* final, en lugar de *s*; al terminar en *x*, no ofrecen la libertad de recurrir a esas figuras inútiles que llaman *traits*[245]; hay que considerar a esa *x* como una verdadera *s*; así se dice *il est jaloux* e *ils sont jaloux*; *il est doux, et ils sont doux*; *l'époux, les époux* etc. La *l* final se convierte en *aux* en plural, cuando sería mejor escribir *aus*: *égal, égaus*; verbal, *verbaus*; *féodal, féodaus; nuptial, nuptiaus* etc.

En relación con los adjetivos que terminan en *ent* o *ant* en singular forman su plural mediante la adición de una *s*, de acuerdo con la regla general. En ese caso se puede suprimir o desestimar la *t*. Pero si la *t* marca un femenino, la analogía exige que se mantenga: *excellent, excelente; excellents, excellentes*.

1.2.3.3. Grado en el adjetivo

Aparte del género, número y caso, los adjetivos son susceptibles de recibir otro accidente, llamado «grados de comparación», que debería mejor ser llamado «grados de calificación», ya que es la calificación la que es susceptible de aumentar o disminuir: *bon, meilleur, excellent; savant, plus savant, très-savant*. El primero de estos grados es llamado positivo; el segundo, comparativo; y el tercero, superlativo[246].

1.2.4. Uso de los adjetivos como adverbios

No estará de más añadir aquí dos observaciones.

La primera es que se usan frecuentemente como adverbios. «Los adjetivos *facile* y *difficile* que son utilizados como adverbios», dice Donato, «deberían mejor ser llamados nombres, pues son nombres que están en lugar de adverbios[247];

---

[244] Añadido en la *Encyclopedie*: «(*Acheminement à la Langue Françoise par Jean Masset*.) Le même Auteur observe que les noms de nombre qui marquent pluralité, tels que *quatre, cinq, six, sept*, etc. *ne reçoivent point* s, *excepté vingt et cent, qui ont un plurier: quatre-vingts ans, quatre cens hommes*. Telle est aussi la regle de nos Modernes».

[245] *Trait d'union* es la raya horizontal que permite considerar a dos palabras como una sola: dis-moi.

[246] Añadido en la *Encyclopedie*: «nous en parlerons en leur lieu». Esto solo se entiende si tenemos en cuenta que del comparativo hablará en el artículo correspondiente de la *Encyclopedie*. Los editores de 1769 añadirán ese artículo sobre el comparativo a continuación.

[247] Esto es lo que dice Donato: *Facile et difficile quae adverbia ponuntur, nomina potius dicenda sunt. Nam sunt nomina pro adverbiis posita* (Keil 1, 20). Esta cita, sin embargo, de Donato, recogida

es el caso de *torvum clamat, horrendum resonat*»; y, en Horacio[248], *turbidum laetatur*, «ressent les saillies d'une joie agitée et confuse»[249]; *Perfidum ridet Venus*[250], «Venus avec un sourire perfide». Lo mismo sucede con *primo, secundo, tertio, postremo, sero, optato*: no son nada más que adjetivos utilizados como adverbios. Es cierto que, en el fondo, el adjetivo conserva en todo caso su naturaleza y que en los usos anteriores es necesario sobreentender una preposición y un nombre sustantivo, al cual puede ser reducido todo adverbio; así *turbidum laetatur* equivale a *laetatur juxta negotium* o *modum turbidum*; *primo, secundo* equivalen a *in primo* o *secundo loco; optato advenis* equivale a *in tempore optato.*

Por imitación de estos giros latinos, nuestros adjetivos franceses son tomados con frecuencia como adverbios: *parler haut, parler bas, sentir mauvais, voir clair, chanter faux, chanter juste* etc. En estos casos se puede sobreentender una preposición y un nombre sustantivo: *parler d'un ton haut*, *sentir un mauvais gout, voir d'un oeil clair, chanter d'un ton faux*. Y cuando ciertamente no se pueda encontrar un nombre sustantivo apropiado y en uso, el giro no dejará de ser menos elíptico; se sobreentiende en esos casos la idea de «cosa» o de «persona» en un sentido neutro.

1.2.5. Diferencia entre adjetivo y nombre de cualidad

La segunda observación es que no se debe confundir el adjetivo con el nombre sustantivo que indica una cualidad, como *blancheur, étendue*. El adjetivo califica a un sustantivo y es el propio sustantivo el que es considerado con esa cualidad: *magister équitable*. De manera que el adjetivo solo existe en el discurso en la medida en que está en relación con un sustantivo, que es su soporte y al cual se refiere en relación de identidad; sin embargo, el sustantivo que expresa una cualidad es un término abstracto y metafísico, que enuncia una idea particular de la mente, la cual considera a la cualidad independientemente de toda aplicación concreta, y como si la palabra fuese el nombre de un ser real y subsistente por sí mismo. Tales son *couleur, étendue, équité* etc.; son nombres sustantivos por imitación.

Por lo demás, los adjetivos son muy usados, sobre todo en poesía, en la que sirven para crear imágenes y para dar energía al discurso. Pero es necesario que el orador o el poeta tengan siempre la habilidad de utilizarlos con oportunidad y que el adjetivo no añada jamás al sustantivo una idea accesoria, inútil, vana e inapropiada.

---

aquí por Du Marsais, tiene una pequeña laguna que dificulta su comprensión; Du Marsais la recoge así: *Facile et difficile,* dit Donatus, *quae adverbia ponuntur, nomina potius dicenda sunt, pro adverbiis posita*, texto que no se entiende bien y que no recoge con exactitud la doctrina de Donato. El mismo error encontramos en el *Aristarchus* de Vossius. Nosotros hemos traducido el texto auténtico de Donato.

[248] Lib. 2, *Od.* 19, v. 6.

[249] La traducción está tomada de *Les Poësies d'Horace traduites en François avec des Remarques par le R. P. Sanadon, de la Compagnie de Jesus*, Tome troisiéme, 1766, p. 229, aunque Du Marsais suprime una palabra, ya que la traducción de Sanadon es: «ressent les brusques saillies d'une joie agitée et confus»: Du Marsais prescinde del *brusques*. En el artículo de la *Encyclopedie* dedicado al adjetivo, cuando trata este tema, Du Marsais, además de la traducción de Sanadon, pone antes otra más literal: «se réjout tumultueusement, ressent les saillies d'une joie agitée et confuse».

[250] Lib. 3, *Od.* 27, v. 67.

1.2.6. El comparativo

Esto está tomado de la correspondiente entrada de la *Encyclopedie* dedicada al *Comparatif*. Ello explica las repeticiones: antes, al hablar del adjetivo, hemos visto unas palabras sobre el comparativo; ahora, al recoger los editores el contenido de la entrada *Comparatif*, vuelve a aparecer doctrina sobre el comparativo.

SOBRE EL COMPARATIVO

Para entender bien esta palabra, que es un adjetivo sustantivado, hay que tener en cuenta que los objetos pueden ser calificados o bien de forma absoluta, sin establecer relación con ningún otro objeto, o de forma relativa, es decir, estableciendo relación con otros objetos.

I. Cuando se califica un objeto de forma absoluta, se dice que el adjetivo calificativo está en grado positivo. Este primer grado es llamado positivo, porque es como la primera piedra que se pone como base para otros grados en la significación. Estos otros grados son generalmente llamados «grados de comparación». En «César era valiente», «el sol es brillante», «valiente» y «brillante» están en grado positivo.

En segundo lugar, cuando se califica un objeto en relación con otro u otros objetos, se produce entre esos objetos una relación o bien de igualdad, o bien de superioridad, o bien en fin de preminencia.

Si hay relación de igualdad, el adjetivo calificativo es considerado siempre como positivo; en ese caso la igualdad está marcada por los adverbios *aeque ac, tam quam, ita ut*, y en francés por *autant que, aussi que*. Así, «César étoit *aussi brave* qu'Alexandre l'avoit été»; «si nous étions plus proches des étoiles, elles nous paroîtroient *aussi brillantes* que le soleil»; «aux équinoxes, les nuits sont *aussi longues* que les jours».

II. Cuando se trata de una relación de superioridad o de una relación de inferioridad en lo que se refiere a la cualidad de dos cosas comparadas, del adjetivo que marca esa relación se dice que está en comparativo. Es el segundo grado de significación o, como se dice, de comparación; *Petrus est doctior Paulo*, «Pierre es *plus savant que* Paul», «le soleil est *plus brillant que* la lune». En estos ejemplos se puede ver que en latín el comparativo se distingue del positivo mediante una desinencia especial, y que en francés lo hace mediante la adición de la palabra *plus* o de la palabra *moins*.

III. Finalmente, el tercer grado es llamado superlativo. Esta palabra está formada por dos palabras latinas, *super*, que significa «sobre», y *latus*, que significa «llevado». De manera que el superlativo marca la cualidad llevada al grado último, ya en dirección a lo más, ya en dirección a lo menos.

Hay dos tipos de superlativos en francés.

El superlativo absoluto, que formamos con las palabras *très, fort, extrêmement*, y, cuando hay admiración, con *bien*: «il est *bien* raisonnable». *Très* viene del latín *ter*, «tres veces», de manera que *très-grand* es lo mismo que «trois fois grand». *Fort* es una forma abreviada de *fortement*.

Tenemos también el superlativo relativo: «il est *le plus raisonnable* de ses frères».

Los adverbios tienen también grados de significación: *bien, mieux, fort bien; bene, melius, optime*.

«Nuestra lengua», dice el P. Bouhours, «no ha recibido los superlativos de los latinos. Ella solo tiene *générelissime*, que es totalmente francés, y que utilizó

el cardenal Richelieu para referirse a su autoridad, cuando estaba al frente de las tropas de Francia en Italia, si hacemos caso a Balzac»[251].

Hemos importado de los italianos cinco o seis términos que designan dignidades, de los cuales nos servimos en ciertas fórmulas, y a los cuales nos conformamos con darles una desinencia francesa, que no impide reconocer su origen latino. Tales son *reverendissime, illustrissime, excellentissime, eminentissime*[252].

---

[251] *Doutes sur la Langue Françoise*, p. 60. Se trata de la obra de Dominique Bouhours *Doutes sur la Langue Françoise proposez a Messieurs de l'Academie Françoise par un gentilhomme de Province,* París, 1765. Nótese que en la portada de esta edición no aparecía el nombre del autor. Era un gentilhombre de provincia frente a los respetables señores de la Academia.

[252] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía un largo suplemento sobre el comparativo latino que aquí suprimen los editores de 1769: «Il y a bien de l'apparence que si le *comparatif* et le superlatif des Latins n'avoient pas été distingués du positif par des terminaisons particulieres, comme le rapport d'égalité ne l'est point; il y a, dis-je, bien de l'apparence que les termes de *comparatif* et de *superlatif* nous seroient inconnus. Les Grammairiens ont observé qu'en Latin le *comparatif* et le superlatif se forment du cas en *i,* du positif en ajoûtant *or* pour le masculin et pour le feminin, et *us* pour le genre neutre. On ajoûte *ssimus* au cas en *i* pour former le superlatif: ainsi on dit *sanctus, sancti; sanctior, sanctius, sanctissimus; fortis, fortis, forti; fortior, fortius, fortissimus.* Les adjectifs dont le positif est terminé en *er,* forment aussi leur *comparatif* du cas en *i, pulcher, pulchri, pulchrior, pulchrius;* mais le superlatif se forme en ajoûtant *rimus* au nominatif masculin du positif, *pulcher, pulcherrimus.* Les adjectifs en *lis* suivent la regle générale pour le comparatif, *facilis, facilior, facilius; humilis, humilior; similis, similior:* mais au superlatif on dit, *facillimus, humillimus, simillimus;* d'autres suivent la regle générale, *utilis, utilior, utilissimus*. Plusieurs noms adjectifs n'ont ni *comparatif,* ni superlatif; tels sont *Romanus, patrius, duplex, legitimus, claudus, unicus, dispar, egenus,* etc. Quand on veut exprimer un degré de comparaison, et que le positif n'a ni *comparatif,* ni superlatif, on se sert de *magis* pour marquer le *comparatif,* et de *valdè* ou de *maximè* pour le superlatif: ainsi l'on dit, *magis pius,* ou *maximè pius*. On peut aussi se servir des adverbes *magis et maximè*, avec les adjectifs qui ont un *comparatif* et un superlatif: on dit fort bien, *magis doctus, et valdè* ou *maximè doctus*. Les noms adjectifs qui ont au positif une voyelle devant *us,* comme *arduus, pius*, n'ont point ordinairement de *comparatif,* ni de superlatif. On évite ainsi le bâillement que feroit la rencontre de plusieurs voyelles de suite, si on disoit *arduior, piior*: on dit plûtôt *magis arduus, magis pius;* cependant on dit *piissimus,* qui n'est pas si rare que *piior.* Ce mot *piissimus* étoit nouveau du tems de Cicéron. Marc. Antoine l'ayant hasardé, Cicéron le lui reprocha en plein sénat (*Philipp. XIII. c. xjx. n. 42.*). *Piissimos quæris; et quod verbum omninò nullum in linguâ latinâ est, id propter tuam divinam pietatem novum inducis.* On trouve ce mot dans les anciennes inscriptions, et dans les meilleurs auteurs postérieurs à Cicéron. Ainsi ce mot qui commençoit à s'introduire dans le tems de Cicéron, fut ensuite autorisé par l'usage. Il ne sera pas inutile d'observer les quatre adjectifs suivans, *bonus, malus, magnus, parvus;* ils n'ont ni *comparatif,* ni superlatif qui dérivent d'eux-mêmes: on y supplée par d'autres mots qui ont chacun une origine particuliere.

Positif	*Comparatif*	*Superlatif*
Bonus, bon	*Melior,* meilleur	*Optimus,* fort bon
Malus, mauvais	*Pejor,* pire, plus mauvais	*Pessimus,* très-mauvais
Magnus, grand	*Major,* plus grand, et de là majeur	*Maximus,* très grand
Parvus, petit	*Minor,* plus petit, mineur	*Minimus,* fort petit

Vossius croit que *melior* vient de *magis velim*, ou *malim;* Martinius et Faber le font venir de μέλει, qui veut dire *cura est, gratum est*, μελέτη, *cura*. Quand une chose est meilleure qu'une autre, on en a plus de soin, elle nous est plus chere; *mea cura*, se disoit en Latin de ce qu'on aimoit. Perrotus dit que *melior* est une contraction de *mellitior*, plus doux que le miel, comme on a dit *Neronior*, plus cruel que Néron. Plaute a dit *Pænior*, plus Carthaginois, c'est-à-dire plus fourbe qu'un Carthaginois; et c'est ainsi que Malherbe a dit, *plus Mars que Mars de la Thrace*. Isidore le fait venir de *mollior*, non dur, plus tendre. M. Dacier croit qu'il vient du Grec ἀμείνον, qui signifie *meilleur.* C'est le sentiment de Scaliger et de l'auteur du *Novitius. Optimus* vient de *optatissimus, maxime optatus,* très-souhaité, désirable; et par extension, très-bon, le meilleur. A l'égard de *pejor,* Martinius dit qu'en Saxon *beux*

2. LOS CASOS DEL NOMBRE

Este capítulo está tomado por los editores de la entrada de la *Encyclopedie* dedicada al *Cas.*

2.1. Cuestión de Gramática General

No habla Du Marsais aquí, en relación con los casos, de valores universales de los mismos que puedan ser considerados como patrimonio de todas las lenguas. No hace distinción entre caso semántico, que tiene un valor más o menos general y universal, y caso sintáctico que es del nivel de realización de la frase. Considera como caso solo al morfema de caso; de manera que, para él, los casos no tienen significado a nivel semántico.

El tratamiento que hace Du Marsais en este apartado de los casos se centra, en efecto, sobre todo en el valor de los mismos como marca de relación en el sintagma en que hay o bien un nombre seguido de un caso, o bien un verbo seguido también de un caso.

Solo en lo que se refiere a la definición de caso podemos encontrar un planteamiento de Gramática más o menos general.

Recoge nuestro gramático la definición clásica de esta categoría. Se llama caso porque es la «caída» del nominativo en formas con desinencias. Se trata, dice, de una definición metafórica, sacada del hecho de que el nominativo, que es la primera forma del nombre a la hora de nombrar a una cosa, «cae» en otras terminaciones, que forman los casos oblicuos:

> La palabra *caso* viene del latín *casus, caída*, de la raíz de *cadere*, «caer». Los casos de un nombre son las diferentes inflexiones o terminaciones de ese nombre. Se ha visto en esas terminaciones algo así como diferentes «caídas» de una misma palabra. La imaginación y las ideas accesorias tienen mucha culpa de

---

veut dire *malus;* qu'ainsi on pourroit bien avoir dit autrefois en Latin *peus* pour *malus:* on sait le rapport qu'il y a entre le *b et p;* ainsi *peus,* génitif, *pei,* comparatif, *peior,* et pour plus de facilité *pejor. Pessimus* vient de *pessum,* en-bas, sous les piés, qui doit être foulé aux piés. Ou bien de *pejor,* on a fait *peissimus,* et ensuite *pessimus* par contraction. *Major* vient naturellement de *magnus,* prononcé en mouillant le *gn* à la maniere des Italiens, et comme nous le prononçons en *magnifique, seigneur, enseigner,* etc. Ainsi on a dit *ma-ignus, ma-ignior, major. Maximus* vient aussi de *magnus;* car le *x* est une lettre double qui vaut autant que *cs,* et souvent *gs:* ainsi au lieu de *magnissimus,* on a écrit par la lettre double *maximus. Minor* vient du Grec μινορὸς, *parvus. Minimus* vient de *minor;* on trouve même dans Arnobe *minissimus digitus,* le plus petit doigt. Les mots qui reviennent souvent dans l'usage sont sujets à être abregés. Au reste les adverbes ont aussi des degrés de signification, bien, mieux, fort bien; *benè, melius, optimè.* Les Anglois dans la formation de la plûpart de leurs *comparatifs* et de leurs superlatifs, ont fait comme les Latins; ils ajoûtent *er* au positif pour former le *comparatif,* et ils ajoûtent *est* pour le superlatif. *Rich,* riche; *richer,* plus riche; *the richest,* le plus riche. Ils se servent aussi à notre maniere de *more,* qui veut dire *plus,* et de *most,* qui signifie *très-fort, le plus; honest,* honnête; *more honest,* plus honnête; *most honest,* très-honnête, le plus honnête. Les Italiens ajoûtent au positif *più,* plus, ou *meno,* moins, selon que la chose doit être ou élevée ou abaissée. Ils se servent aussi de *molto* pour le superlatif, quoiqu'ils ayent des superlatifs à la maniere des Latins: *bellissimo,* très-beau; *bellissima,* très belle; *buonissimo,* très-bon; *buonissima,* très-bonne. Chaque langue a sur ces points ses usages, qui sont expliqués dans les grammaires particulieres».

> la aparición de denominaciones y apuntes de todo tipo al respecto, empezando por el propio hecho de que la palabra *caso* se utiliza aquí en sentido figurado y metafórico. El nominativo, es decir la primera forma a la hora de denominar una cosa, al «caer», por así decir, en otras terminaciones, hace que los otros casos se llamen oblicuos. *Nominativus, sive rectus, cadens à sua terminatione in alias, facit obliquos casus*[253] («El nominativo o recto, al caer desde su terminación propia a otras genera los casos oblicuos»).

Dejándose llevar por la influencia de la Lógica en la Gramática, resuelve a continuación una cuestión de detalle. La cuestión es la siguiente: si el caso es la terminación de una palabra, ¿por qué a las diferentes terminaciones del verbo no se les llama también casos? La solución se basa en la distinción entre género y especie: la terminación es un género, en que quedan incluidas todas las terminaciones de las palabras; el caso es una especie de ese género: con «caso» solo se alude a las terminaciones o desinencias de un nombre, pero no a las diferentes terminaciones de un verbo:

> Estas terminaciones son también llamadas desinencias; pero las palabras «terminación» y «desinencia» se refieren a un género. El caso es una especie, ya que solo se aplica a los nombres, y no a los verbos que tienen terminaciones diferentes, *j'aime, j'aimois, j'aimerai* etc. Solo se da el nombre de caso a las terminaciones de los nombres, tanto en singular como en plural: *Pater, patris, patri, patrem, patre*. Estas son todas las terminaciones de esta palabra en singular; y esos son todos los casos, teniendo en cuenta que la primera terminación, *pater*, sirve lo mismo para nombrar que para llamar.

2.2. Cuestión de Gramática particular

En el resto de las cuestiones que plantea aquí Du Marsais se mueve en el terreno de Gramáticas Particulares.

2.2.1. Los casos latinos

Habla de casos latinos porque, para él, solo se puede hablar de casos cuando hay desinencias diferentes en el nombre. El francés, pues, no tiene casos. Lógicamente porque, como hemos dicho, Du Marsais no habla de casos semánticos, sino de casos sintácticos y morfológicos. Reduce, en efecto, el concepto de caso a las desinencias de un nombre y al papel que esas desinencias juegan como marca de relación; y es que, en francés, el papel de marcar la relación entre palabras en la frase no se hace mediante desinencias, sino mediante el orden de palabra. Los casos latinos son:

> Los latinos[254] tienen seis casos, tanto en singular como en plural: nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo, ablativo.

[253] Prisc., lib. 3, *de casu*. Una línea recta horizontal, que es la posición primera y natural de una línea, al caer de esa posición horizontal a una posición inclinada se convierte en línea oblicua; el nominativo es, por así decir, el caso horizontal, ya que es la forma primera y natural de una palabra, de manera que cuando «cae» en otras terminaciones, da lugar a los casos oblicuos.

[254] En la *Encyclopedie*, antes de hablar de los casos latinos, Du Marsais hablaba de los hebreos y griegos: «Les noms Hébreux n'ont point de *cas*, ils sont souvent précédés de certaines prépositions qui

Incluye el nominativo en la relación de los casos por extensión, pero no es realmente un caso, porque es el *rectus*. Su función es la de enunciar el objeto en toda su dimensión:

> El primero es el nominativo. Es llamado «caso»[255] por extensión y porque, a la hora de hacer una lista de las terminaciones del nombre, él debe estar en esa lista. Sirve para nombrar; enuncia el objeto en toda la extensión de la idea que tenemos de él, sin ninguna modificación. Por eso se le llama también *cas direct*, en latín *rectus*. Cuando un nombre está en nominativo, los gramáticos dicen que está *in recto*.

Al hablar del genitivo, Du Marsais conserva conceptos que son de la Gramática antigua, como es la idea de que se llama genitivo porque es el primer hijo engendrado a partir del nominativo –idea que toma de Prisciano–, y añade conceptos morfológicos que van a ser propios de la Gramática histórica: la distinción entre la vocal temática y la desinencia propiamente dicha. En el ejemplo que pone, *regis*, *reg-* es la raíz, *-i-* la vocal temática, y *-s* la desinencia. Son cuestiones de Gramática particular Latina:

> El genitivo es llamado así, porque es, por así decir, el hijo engendrado en primer lugar del nominativo y porque es el modelo a partir del cual se forman concretamente los casos que siguen[256]. Estos casos conservan siempre, de él, la letra característica o figurativa, es decir la que precede a la terminación propia que produce las diferencias entre las declinaciones: por ejemplo, *is, i, em* o *im, e* o *i*, son las terminaciones de nombres de la tercera declinación de los latinos en singular. Si hay que declinar cualquier nombre de la tercera, hay que mantener la letra que precede a la terminación *is* del genitivo. Por ejemplo, el nominativo es *rex*, es decir, *regs*; el genitivo, *regis*, y, de ahí, *reg-i, reg-em, reg-e*; y lo mismo en plural: *reg-es, reg-um, reg-ibus*. *Genitivus naturale vinculum generis possidet: nascitur quidem à nominativo, generat autem omnes obliquos sequentes*[257] («El genitivo tiene por naturaleza vínculos generadores: en efecto, él nace (*generatur*) del nominativo, y al mismo tiempo *genera* a todos los oblicuos que le siguen»).

Sin embargo, al dativo y al acusativo les concede unos valores que son generales, y no solo propios del latín. Con ello se acerca más al concepto de caso semántico. Dice, en efecto, que la función del dativo es marcar afección; la afección es un concepto universal, al que recurren con frecuencia todas las lenguas en sus frases,

---

en font connoître les rapports: souvent aussi c'est le sens, c'est l'ensemble des mots de la phrase qui, par le méchanisme des idées accessoires et par la considération des circonstances, donne l'intelligence des rapports des mots; ce qui arrive aussi en latin à l'égard des noms indéclinables, tels que *fas* et *nefas, cornu*, etc. *Voyez la Grammaire Hébraïque* de Masclef, *tom. I. c. 2. n. 6*. Les Grecs n'ont que cinq *cas, nominatif, genitif, datif, accusatif, vocatif:* mais la force de l'*ablatif* est souvent rendue par le *genitif*, et quelquefois par le *datif. Ablativi formâ Græci carent, non vi, quæ genitivo et aliquando dativo refertur.* Caninii Hellenismi, *Part. orat. p. 87*». Al final de este capítulo recogerán los editores la doctrina de los casos en hebreo y griego.

[255] Realmente los casos son los otros cinco: son los que caen a partir precisamente del nominativo.

[256] «Genitivo» y «engendrado» son de la misma raíz; esa es la primera razón, dice Du Marsais, por la que es llamado genitivo; la segunda es que el genitivo, a su vez, engendra por así decir los demás casos, ya que es a partir de su forma desde donde se forman los demás casos.

[257] Prisc., ibidem.

de manera que el dativo, entendido como marca de la afección, es un caso universal. Du Marsais, sin embargo haciendo caso solo a la morfología, no lo considera caso universal, y mucho menos francés; solo latino:

> El dativo sirve para marcar sobre todo la relación de concesión, provecho, donación, daño, aquello respecto a lo cual, el por qué, el *finis cui*.

Y lo mismo sucede con el acusativo; la función del acusativo, dice Du Marsais, es marcar el objeto o término del significado del verbo. Esto, considerado a nivel semántico, es un valor universal. Sin embargo, nuestro gramático solo lo considera como latino; y es que identifica al acusativo solo con el morfema y no con su valor semántico:

> El acusativo acusa, es decir, declara el objeto o término de la acción significada en el verbo. Se construye también con ciertas preposiciones y con infinitivo.

El vocativo sirve para llamar la atención del interlocutor:

> El vocativo sirve para llamar. Prisciano le llama también *salutatorius*.

Al ablativo le concede la función que viene indicada en el propio significado etimológico de la palabra. Y es que no se debe olvidar el principio de Prisciano, según el cual a cada caso se le da un nombre acorde con el uso o función más frecuente:

> El ablativo sirve para apartar, con la ayuda de una preposición.
>
> No se debe olvidar la juiciosa observación de Prisciano: «Cada caso», dice, «tiene muchos usos, pero sus nombres lo toman del uso más conocido y frecuente» (*Multas alias quoque et diversas unusquisque casus habet significationes; sed à notioribus et frequentioribus acceperunt nominationem, sicut in aliis quoque multis hoc invenimus*[258]).

2.2.2. El concepto de declinación

> Al hecho de recitar seguido y en un cierto orden todas las desinencias de un nombre se le llama declinar. Se trata de una metáfora: se comienza por la primera terminación de un nombre, después se desciende, se declina, se va hasta la última.
>
> Los antiguos gramáticos utilizaban por igual la palabra declinar tanto para referirse a los nombres como para referirse a los verbos. Pero ya hace tiempo que la palabra declinar se ha consagrado con referencia al nombre; y, cuando se trata de verbos, se dice conjugar, es decir, colocar todas las terminaciones de un verbo en una misma lista y todas seguidas como bajo un mismo yugo. Se trata también de una metáfora.

2.2.3. Palabras indeclinables y función de los casos

Las palabras que solo tienen una desinencia son indeclinables; pero no por ello dejan de marcar la relación con otra palabra de la frase. Y se descubre esa relación gracias a la analogía:

[258] Prisc., ibidem.

Hay en latín algunas palabras que tienen siempre la terminación de la primera denominación que se les dio. Se dice entonces que son indeclinables. Tales son *fas, nefas, cornu* en singular, etc.; de manera que estas palabras no tienen caso.

Sin embargo, cuando estas palabras se encuentran en una frase, como cuando Horacio dice[259]: *Fas atque nefas exiguo fine libidinum discernunt avidi*; y[260] *Et peccare nefas, aut pretium est mori*; y Virgilio[261]: *Iam cornu petat*; y[262] *cornu ferit ille, caveto*; entonces, el sentido, es decir, el contexto de la frase, da a conocer la relación que estas palabras indeclinables tienen con las demás de la misma proposición, y qué tipo de relación debe verse en ellas.

Así, en el primer pasaje de Horacio, veo con toda claridad que la construcción es *illi avidi discernunt fas et nefas*. Diré entonces que *fas* y *nefas* son la meta o el objeto de la acción expresada en *discernunt*. Si digo que están en acusativo, lo diré por extensión y por analogía con las otras palabras latinas que tienen ese caso y que en un contexto semejante tendrían la terminación de acusativo. Otro tanto de lo mismo digo de *cornu ferit*: solo por analogía diré que *cornu* está en ablativo. Ni en un caso, ni en otro se diría eso, si las otras palabras de la lengua fueran igualmente indeclinables.

Como consecuencia de lo que acaba de decir, sostiene Du Marsais que solo se puede hablar de casos en las lenguas que tienen diferentes terminaciones para un mismo nombre. Esos casos son los que marcan las relaciones entre las palabras. En otras lenguas, como el francés, que no tienen casos, esas relaciones se marcan con otros procedimientos: ya con el orden de palabras, ya con preposiciones; pero al sintagma preposición + nombre no se le puede llamar caso; no es equivalente a un caso latino:

He hecho estas observaciones para hacer ver

Primero. Que son las terminaciones las únicas que, por su variedad, marcan los casos y las únicas por tanto que deben ser llamadas casos; de suerte que no existen casos ni consiguientemente declinación en las lenguas en las que los nombres mantienen siempre la terminación de la forma primera con la que se les denominó; y que, cuando nosotros decimos *un temple de marbre*, estas dos palabras, *de marbre*, no constituyen un genitivo de la misma forma que no lo constituyen las palabras latinas *de marmore*, cuando Virgilio dice *Templum de marmore ponam*[263]. De manera que *à* y *de* no marcan en francés casos, como no lo marcan *par, pour, en, sur*, etc. Véase lo que hemos dicho al respecto al hablar del Artículo.

El segundo aspecto que hay que tener en cuenta en lo que se refiere a los casos es el uso que se hace de ellos en las lenguas que los tienen. En ellas, es muy necesario tener en cuenta la función de cada terminación en particular. La relación concreta que se establece entre las palabras, que es el punto de vista desde el que la mente contempla esa relación, está marcada por un caso concreto, es decir, por una terminación concreta.

259 Lib. 1, Od. 18, v, 10.
260 Lib. 3, Od. 4, v. 14.
261 Eclogue 9, v. 17.
262 Ecl. 9, v. 25.
263 Georg., liv. 3, v. 23 et ailleurs.

2.2.4. El latín y otras lenguas flexionales pueden cambiar el orden lógico de las palabras en la frase

Las lenguas que tienen casos se pueden permitir el lujo de cambiar en la frase el orden natural que tienen las ideas en el juicio mental. Pero, a pesar de esa facultad, la mente al analizar la frase reconstruye el orden natural. Es lo que generalmente se ha llamada ordenación de la frase, que no es otra cosa que restituirla al orden natural. En esto se deja llevar por su apego a la Gramática general o universal; y es que el orden natural de las palabras en la frase es universal, ya que es el orden lógico de las mismas en el juicio mental; y la ordenación de ideas en el juicio mental responde a un esquema que es universal:

> Ahora bien, estas terminaciones suponen la existencia de un orden entre las palabras de la frase. Es el orden en que la mente del que habla ve las palabras. Es ese orden el que es el fundamento de las relaciones inmediatas entre las palabras, de sus conexiones y de sus terminaciones. Es lo que sucede en *Pierre bat Paul, moi aime toi*[264]. Se entenderá fácilmente lo que quiero decir.
>
> Los casos solo se usan en las lenguas en las que las palabras son susceptibles de cambiar el orden natural, ya sea por razón de armonía, ya sea por la fogosidad de la imaginación, o por otra cualquier causa. Entonces, cuando las palabras han cambiado su orden natural, ¿cómo podemos conocer las relaciones entre ellas? Son las diferentes terminaciones, son los casos los que indican esas relaciones y los que, una vez que la frase ha terminado, me proporcionan el medio para restablecer el orden natural, tal como era ese orden necesariamente en la mente del que ha hablado, en el momento en que decidió enunciar su pensamiento mediante palabras. Por ejemplo en el caso de *Frigidus agricolam si quando continet imber*[265], yo no puedo dudar de que, cuando Virgilio compuso este verso, no tenía juntos en su mente formando un solo todo la idea de *frigidus* y la idea de *imber*, ya que el resultado es que uno es sustantivo y el otro adjetivo. Sin embargo, en el mundo real, sustantivo y adjetivo constituyen la misma cosa; ambos juntos forman el objeto considerado como tal; de manera que la mente no los separa.
>
> Ved, no obstante, cómo esas dos palabras están alejadas una de otra en el verso virgiliano: *Frigidus* comienza el verso e *imber* lo termina. Las desinencias son las que hacen que mi mente ponga en relación esas dos palabras y las pone en el orden de la perspectiva de la mente con vistas a la elocución; y es que la mente solo divide los pensamientos por exigencias de la enunciación. De la misma forma que la terminación de *frigidus* me obliga a poner este adjetivo en relación con *imber*, así, al ver que *Agricolam* está en acusativo, percibo que solo puede tener relación con *continet*. De manera que yo acabo ordenando estas palabras en su orden secuencial, orden único por el que tienen sentido: *Si quando imber frigidus continet domi agricolam*.
>
> Lo que acabamos de decir está todavía más claro en este verso: *Aret ager, vitio, moriens, sitit, aeris, herba*[266]. Estas palabras, separadas de esta forma de aquellas con las que tienen relación, no generan ningún sentido. En francés literalmente sería: *Est sec, le champ. vice, mourant, a soif, de l'air, l'herbe*. Pero

[264] Solo el orden permite saber que *Pierre* y *moi* son sujeto y *Paul* y *toi* complemente objetos.
[265] Georg., lib. 1, v. 259.
[266] Eclog. 7, 7, 17.

las desinencias de las palabras latinas me indican las relaciones y, así, encuentro el sentido. Esta sería la verdadera realización de estos casos: *Ager aret, herba moriens sitit prae vitio aëris*.

2.2.5. Las lenguas sin caso respetan en la elocución el orden natural

Al faltar la marca formal de relación que suponen los casos entendidos solo como terminación o desinencias, las lenguas que no tienen estas terminaciones deben respetar en aras de la claridad el orden lógico o natural de la frase:

> De manera que los casos son marcas de relación y muestran el orden secuencial que permite que las palabras generen sentido[267]. Los casos no marcan, pues, el sentido sino en la medida en que sirven para descubrir el orden natural. Por ello, las lenguas cuya sintaxis sigue el orden natural y no se aparta de él sino en cambios leves fáciles de percibir, de forma que la mente restablece fácilmente el orden natural, esas lenguas, digo, no tienen casos; serían inútiles en ellas, ya que solo sirven para descubrir un orden que esas lenguas ya siguen sin ellos; sería una doble marca. De manera que, si quiero explicar una frase francesa como *Le roi aime le peuple*, no diré que *roi* está en nominativo, ni que *le pepuple* está en acusativo; yo solo veo en una y otra palabra una simple denominación: *le roi, le peuple*. Pero como conozco, por el uso, la analogía y la sintaxis de mi lengua, la simple posición de estas palabras me da a conocer sus relaciones y los diferentes pensamientos de la mente del que habla.
>
> Como consecuencia, digo primero que *le roi*, al aparecer en primer lugar, es el sujeto de la proposición, el agente, la persona que tiene el sentimiento del amor. Segundo, que *le peuple*, al estar enunciado tras el verbo, es el complemento de *aime*; quiero decir que *aime*, solo, no tendría un significado completo; la mente no queda satisfecha. El rey ama, pero ¿a quién? *le peuple*. Estas dos palabras, *aime le peuple*, constituyen un sentido parcial dentro de la proposición. Lo completa *le peuple* que es la meta del sentimiento del amor; es el objeto, el paciente; es el objeto del sentimiento que atribuimos al rey. Sin embargo, estas relaciones están marcadas en francés por el sitio o posición de las palabras, mientras que ese mismo orden natural es aclarado en latín por las desinencias.

2.2.6. Las lenguas con casos pueden recurrir con frecuencia a la elocución figurada

> Permítaseme traer aquí prestado por un momento el caso del estilo figurado. Diré al respecto que en latín la armonía o el capricho conceden a las palabras la libertad de abandonar la posición que la lógica les atribuyó en un primer momento. Pero solo pueden hacerlo a condición de que, cuando haya terminado de ser presentada la proposición entera, la mente del que lee o escucha, ponga las palabras, con un simple repaso, en el mismo orden en que estuvieron al principio en la mente del que ha hablado.
>
> Divirtámonos un momento con una ficción. Si quisiera Dios resucitar a Cicerón, dárnoslo a conocer y dar a Cicerón solo el conocimiento de las pala-

[267] De manera que los casos permiten que el latín, por ejemplo, pueda romper el orden secuencial de las palabras exigido por la lógica; pero al mismo tiempo, cuando ese orden se rompe en la realización, los casos son los que nos permiten descubrir ese orden lógico.

bras francesas, pero no el de nuestra sintaxis, es decir de aquello que hace que nuestras palabras reunidas y colocadas en un cierto orden formen sentido, digo yo que, si alguien le dijera a Cicerón *Illustre Romain, après votre mort Auguste vainquit Antoine*, Cicerón entendería el significado de cada una de las palabras individualmente, pero no sabría quién había sido el vencedor y quién había sido el vencido. Necesitaría algunos días de uso de la lengua para aprender entre nosotros que es el orden de las palabras, su posición y su sitio, la marca principal de las relaciones entre ellas.

Pero dado que en latín es necesario que la palabra tenga la terminación apropiada a su papel lógico en la frase y que sin esa terminación su posición sintáctica no influye para nada en la comprensión del sentido, la frase *Augustus vicit Antonius* no significa nada en latín. De manera que la frase *Auguste vainquit Antoine* no suscitaría en principio ningún significado en la mente de Cicerón, porque el orden secuencial que genera significado desde el punto de vista de la perspectiva de la mente solo estaba marcado en latín por los casos o terminaciones de las palabras; de suerte que daba igual decir *Antonium vicit Augustus* que *Augustus vicit Antonium*. Cicerón no entendería nada ante la frase *Auguste vainquit Antoine*; ella sería para él solo tres palabras que no tienen entre sí ninguna marca de relación.

2.2.7. El número de casos en diferentes lenguas flexionales

Pero retomemos nuestras reflexiones sobre los casos. Hay lenguas que tienen más de seis casos, y otras que tienen menos. El P. Galanus[268], teatino, que estuvo muchos años entre los armenios, dice que en la lengua armenia hay diez casos. Los árabes solo tienen tres.

Los griegos no tienen nada más que cinco: nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo. Pero la función del ablativo es frecuentemente realizada por el genitivo y, algunas, por el dativo: *Ablativi forma Graeci carent, non vi; quae genitivo et aliquando dativo refertur*[269] («los griegos no tienen formalmente ablativo, pero sí su valor, el cual es remitido al genitivo y a veces al dativo»).

La doctrina que sostiene que en latín había seis casos choca con el principio de Du Marsais de que los casos son las desinencias; en latín, por ejemplo, el nominativo y ablativo de la primera declinación tienen la misma desinencia; solo se debería hablar, entonces, de cinco casos; y lo mismo sucede con el dativo y ablativo de diferentes declinaciones. Du Marsais sigue manteniendo, a pesar de ello, que el latín tiene seis casos; y lo justifica recurriendo a la Gramática histórica: la *a* del nominativo y del ablativo de la primera eran en origen diferentes, una breve y otra larga[270]; y así soluciona los demás casos de coincidencias:

[268] Clemente Galano, misionero italiano del siglo XVII en Georgia, a donde partió en 1637 y donde extendió por primera vez la orden teatina desde Gori, sede de la misión. De Georgia pasó a la Cólquide, donde trabajó durante tres años. Conocía las lenguas turca, georgiana y colca. En 1640 fue destinado a Constantinopla, donde abrió un colegio para jóvenes armenios destinados al sacerdocio. En ese momento compone su primera Gramática de la lengua armenia y un tratado sobre Lógica.

[269] Canisii (*sic*), *Hellenismi*, Part. orat. p. 17.

[270] Ya hemos visto en otros casos que para Du Marsais y en general para los gramáticos de corte racional y lógico la analogía y la *ratio* de las lenguas operan sobre todo en el momento de su creación u origen.

> Hemos dicho que en cada declinación de una lengua hay tantos casos como terminaciones diferentes en los nombres. Sin embargo, el genitivo y el dativo de la primera declinación latina tienen la misma forma en singular; y el dativo de la segunda la misma que el ablativo. Parece, pues, que en esas declinaciones solo debería haber cinco casos.
>
> Pero, primero, la pronunciación de la *a* del nominativo de la primera declinación era sin duda diferente de la pronunciación de la *a* del ablativo. La primera es breve y la segunda larga.
>
> Segundo, el genitivo terminaba en principio en *ai*, y por ello se escogió *ae* para el dativo[271]. *In prima declinatione dictum olim mensai, et hinc deinde formatum in dativo mensae*[272].
>
> Tercero, la analogía exige la uniformidad de que las cinco declinaciones tengan seis casos; y por ello, aquellos casos que tienen una terminación idéntica son casos diferentes por imitación con esos mismos casos que en otras declinaciones tienen terminaciones diferentes. *Casus sunt non vocis, sed significationis, necnon etiam structurae rationem servamus*[273].
>
> Las relaciones que no están marcadas por casos en griego, latín y otras lenguas que cuentan con casos, esas relaciones, digo, son marcadas por preposiciones. Así *clam patrem*.

Por si no ha quedado suficientemente claro, termina este apartado dedicado a los casos insistiendo en que el caso es la desinencia y no el significado; y ello a pesar de que dice que una preposición con caso equivale, en el *significado*, a un caso:

> Estas preposiciones que van delante de los nombres equivalen a casos desde el punto de vista del significado, ya que marcan las perspectivas desde las que la mente ve las relaciones entre las ideas. Pero no son casos propiamente dichos, ya que la esencia del caso está en la desinencia del nombre destinada a indicar la relación concreta de una palabra con otra palabra de la proposición.

3. OBSERVACIONES SOBRE LOS VERBOS AUXILIARES

El hecho de que Du Marsais traiga aquí este tema responde al plan de este capítulo: la distinción entre valores de Gramática General y uso de Gramáticas particulares.

Lo que sostiene Du Marsais en este punto es que la función de verbo auxiliar no es general en todas las lenguas. Es más, no es ni siquiera un concepto de Gramática General. Es más bien un concepto que se inventó para la Gramática latina y que algunos gramáticos franceses han trasladado erróneamente a la Gramática francesa.

---

[271] Todavía no ha llegado el momento en que la Gramática histórica detalle diacrónicamente el origen de las desinencias de los casos de las lenguas indoeuropeas.

[272] Perizonius, in Sanctii Minerva, l. 1, c. 6, n. 4.

[273] Prisc., l. 5, *De casu*. No parece que tenga mucho que ver el argumento de Du Marsais con el de Prisciano.

3.1. Definición de verbo auxiliar

El término «auxiliar» procede del latín; se llamó así a los verbos *ser* y *haber*, porque ayudaban a conjugar ciertos tiempos, sobre todo compuestos, de otros verbos:

> La palabra auxiliar viene del latín *auxiliaris*, que significa «el que viene en ayuda». Se llama verbos auxiliares al verbo *ser* y *haber*, porque ellos son los que ayudan a conjugar ciertos tiempos de los otros verbos; esos son los tiempos llamados compuestos.
>
> Hay tiempos del verbo que se llaman simples. Ello sucede cuando el valor verbal es comunicado en una sola palabra: *j'aime, j'amois, j'aimerai* etc. Y hay también tiempos compuestos: *j'ai aimè, j'avois aimè, j'aurois aimé* etc. Estos tiempos son enunciados mediante dos palabras. Y también tiempos doblemente compuestos, a los que llamamos *sur-composés*. Sucede cuando el verbo es enunciado mediante tres palabras: *quand il a eu diné; j'aurois été aimé* etc.

3.2. Análisis lógico de los tiempos compuestos

Formas como *amatus sum* fueron analizadas en la Gramática latina como formas compuestas de verbo auxiliar más participio del verbo que se conjuga. A partir de ahí, se han pretendido analizar formas como la francesa *je suis aimé* también como formas compuestas de verbo auxiliar más participio. Pero ese no es un análisis correcto. Si en latín existe *habere gratias*, donde hay un verbo más un complemento, no hay razón alguna para que *habere paratum* no sea analizado también como verbo más complemento y no como una forma compuesta del verbo *parare*. Y lo mismo sucede en francés: si tenemos en esta lengua *j'ai un livre*, donde *ai* es el verbo y *livre* el complemento, *j'ai aimé* debe ser analizado de la misma forma: *ai* es el verbo y *aimé* un complemento. Lo que no se debe hacer es lo siguiente: si en latín consideraron como verbos auxiliares a los verbos *ser* y *haber*, utilizados para formar tiempos compuestos de otros verbos, no por ello en francés los verbos *être* y *avoir* deben ser considerados como auxiliares, ya que las frases francesas con estos verbos pueden ser analizadas desde los esquemas lógicos que acabamos de ver. Solo verbos como *devoir* y *faire* pueden ser considerados como auxiliares que sirven para expresiones de tiempo futuro:

> Muchos de estos tiempos compuestos o *sur-composés* en francés, son simples en latín, sobre todo en activa: *amavi, j'ai aimé* etc. El francés no tiene tiempos simples en pasiva. Y lo mismo sucede en español, en italiano, en alemán y en otras muchas lenguas *vulgaires*. Así, si bien en latín se dice, con una sola palabra, *amor, amaris, amatur*, en francés se dice *je suis aimé* etc; en español, *soy amado, eres amado, es amado*; en italiano *sono amato, sei amato, e amato*.
>
> Los verbos pasivos de los latinos solo son compuestos en los pretéritos y en otros tiempos que se forman con el participio pasado: *amatus sum* o *fui*, *j'ai été aimé*; se dice también, en activa, *amatum ire, qu'il aimera* o *qu'il doit aimer*; y su pasiva, *amatum iri, qu'il sera* o *qu'il doit être aimé*. *Amatum* es en ese caso un nombre indeclinable, *ire* o *iri ad amatum*.
>
> Sin embargo, en latín no se privaron de dar, en estas ocasiones, el nombre de auxiliar al verbo *sum, habeo* o *ire*, si bien se dice *habeo persuasum*; y que

César dijo *Misit copias quas habebat paratas* igual que *habere grates, fidem mentionem odium*[274] etc.

Nuestro verbo *devoir* sirve de auxiliar a otros verbos, por metáfora o por extensión, para indicar lo que va a suceder: *je dois aller demain à Versailles; je dois recevoir; il doit partir; il doit arriver* etc.

El verbo *faire* tiene frecuentemente el mismo uso: *faire voir, faire part, faire des complimens, faire honte, faire peur, faire pieté* etc.

Pienso que a los verbos *être* y *avoir* se les ha dado el nombre de auxiliar solo por el hecho de que estos verbos, seguidos de un nombre verbal, terminan por ser equivalentes a un verbo simple latino: *Veni, je suis venu*. Por esa misma analogía, al ser *propter* una preposición en latín, se ha metido también nuestro *a cause* en el cajón de las preposiciones francesas; y así algunas otras.

Por mi parte, yo estoy convencido de que es necesario juzgar la naturaleza de las palabras solo desde el punto de vista de la función que hacen en la lengua en la que son usadas, y no desde el punto de vista de la función que hacen palabras equivalentes en otras lenguas. Así, que *je suis venu* sea el pretérito de *venir* se debe solo a una perífrasis o circunloquio; en esta frase, *je* es el sujeto, que es un pronombre personal; *suis* es, él solo, el verbo y significa *je suis* en el momento actual; *venu* es un participio o adjetivo verbal, que significa una acción pasada y que en este caso es tomado como adjetivo con el significado de «llegada»; por el contrario, *avènement* significa esa misma acción sustantivamente y en sentido abstracto. Así, *il est venu* quiere decir *il est actuallement celui qui est venu*; de la misma forma, los latinos dicen *venturus est*, que en francés es *il est actuellement celui qui doit venir.*

En *J'ai aimé* el verbo es solo *ai,* en latín *habeo*, Y se dice *j'ai* además recurriendo a la figura de la metáfora, de la similitud. Cuando decimos *j'ai un livre* etc., el *j'ai* está dicho en sentido real, pero también podemos utilizar el mismo tipo de lenguaje a modo de comparación, cuando nos servimos de términos abstractos. De manera que decimos *j'ai aimé* de la misma forma que decimos *j'ai honte, j'ai peur, j'ai envie, j'ai soif, j'ai faim, j'ai chaud, j'froid*. Considero, pues, a *aimé* como un verdadero nombre sustantivo abstracto y metafísico, equivalente a *amatum, amatu* de los latinos, cuando dicen *amatum ire*, «ir al sentimiento del amar», o *amatum iri*, «estar tomada la acción de ir al sentimiento del amar», *viam iri ad amatum*. De la misma forma que en latín *amatum, amatu* no son la misma palabra que *amatus, a, tum*, así también en francés *aimé*, en *j'ai aimé*, no es la misma forma que en *je suis aimé* o *aimée*. La primera, *j'ai aimé,* es activa; mientras que la otra, *je suis aimé*, es pasiva. De manera que cuando un oficial dice *j'ai habillé mon régiment, mes troups*, *habillé* es un nombre abstracto con sentido activo. Pero cuando digo *les troupes que j'ai habillèes*, *habillèes* es un genuino adjetivo participio que tiene el mismo sentido que *paratus* en la frase latina citada anteriormente, *copias quas habebat paratas*[275].

De manera que me parece que nuestros gramáticos deberían olvidarse de un término como *auxiliaire*, y les bastaría con indicar en estas ocasiones la palabra que es verbo, la palabra que es nombre y la perífrasis que equivale a una palabra sola de los latinos. Si esta observación les parece demasiado rebuscada a ciertos

[274] Si la frase latina *habere gratias* es analizable como verbo más objeto, no hay razón para no hacer lo mismo con *habere persuasum*, donde no hace falta considerar a *habere* como verbo auxiliar, sino simplemente como verbo más complemento.

[275] César.

individuos, al menos no encontrarán en ella nada que les impida mantenerse en el camino trillado, o mejor, en aquello que ellos ya conocen. Los que no saben nada tienen más facilidad para aprender lo correcto que aquellos que ya han aprendido lo no correcto.

3.3. Tratar de explicar usos franceses desde esquemas latinos complica las reglas gramaticales en el propio francés

Nuestros gramáticos, al intentar hacer que nuestros tiempos verbales equivalgan, como en una sola palabra, a los tiempos simples latinos, han inventado la palabra *auxiliaire*. Es así como, al querer someter las lenguas modernas al método latino, las han cargado confusamente con un gran número de reglas inútiles, con casos, con declinaciones y con otros conceptos que no sirven para estas lenguas y que no hubieran sido jamás recibidos, si los gramáticos no hubieran comenzado por el estudio de la lengua latina. Han sometido a lo que son simples equivalencias a las reglas de otra lengua. Pero no se debe normalizar la Gramática de una lengua con reglas de la Gramática de otra lengua.

Las reglas de una lengua solo se deben sacar de la propia lengua. Las lenguas van delante de las Gramáticas; y estas, las Gramáticas, deben componerse a partir de observaciones exactas sacadas del buen uso de la lengua concreta de la que tratan.

4. OBSERVACIONES SOBRE LAS CONJUGACIONES

También en este punto se plantea Du Marsais la diferencia entre lo que hay en las Gramáticas de las lenguas concretas y lo que debería haber en una Gramática General.

4.1. La situación real en las diferentes lenguas particulares

La conjugación[276] es la organización ordenada de todas las terminaciones de un verbo, en función de los criterios de la voz, los modos, los tiempos, los números y las personas, términos gramaticales que es necesario explicar primero.

La palabra *voz* es tomada aquí en un sentido figurado. Se personifica al verbo y se le da voz, como si el verbo hablara. Y es que los hombres contemplan todas las cosas comparándolas con ellos mismos; de manera que la voz es como el tono del verbo. Todas las terminaciones de los verbos se ordenan en dos clases diferentes: 1º, las terminaciones que dan a conocer que el sujeto de la proposición realiza una acción; de ellas se dice que son de la voz activa; es decir, que el sujeto es considerado en ese caso como agente; es el significado activo; 2º, en el caso de todas aquellas terminaciones que están destinadas a indicar que el sujeto de la proposición es la meta de la acción que hace otro, de ese sujeto se dice que es el paciente; de estas terminaciones se dice que son de la voz pasiva; es decir, el verbo enuncia en ese caso un significado pasivo[277].

[276] En latín *conjugatio*. Ce mot signifie *jonction, assamblage*, Racine, *Cojungere*.

[277] Añadido en la *Encyclopedie*: «Car il faut observer que les Philosophes et les Grammairiens se servent du mot *pâtir,* pour exprimer qu'un objet est le terme ou le but d'une action agréable ou desagréable qu'un autre fait, ou du sentiment qu'un autre a: *aimer ses parens, parens* sont le terme ou

Por *modos* se entienden las diferentes maneras de expresar la acción. Hay cuatro modos principales: indicativo, subjuntivo, imperativo e infinitivo, a los cuales se suma en ciertas lenguas el optativo.

El indicativo enuncia la acción de una manera absoluta, como *j'aime, j'ai aimé, j'avois aimé, j'aimerai*. Es el único modo que forma proposiciones, es decir, que enuncia juicios; los otros modos solo son enunciaciones. Véase lo que decimos a este respecto en el artículo Construcción[278], donde hacemos ver la diferencia que hay entre una proposición y una simple enunciación.

El subjuntivo expresa la acción de una manera dependiente, subordinada, incierta, condicional; en una palabra, de una manera que no es absoluta, y que exige siempre la existencia de un indicativo al lado: así *quand j'aimerois, afin que j'aimasse*; con ello no se dice en absoluto que yo ame o que yo haya amado.

El optativo, que algunos gramáticos añaden a los modos que hemos nombrado, expresa la acción en forma de deseo y de anhelo: *Plus à dieu qu'il vienne*. Los griegos tienen desinencias específicas para el optativo. Los latinos, no. Cuando estos quieren enunciar el significado de optativo, toman terminaciones del subjuntivo, a las cuales añaden la partícula de deseo *utinam*, que significa «quiera Dios que». En las lenguas en que el optativo no tiene terminaciones[279] que le sean propias, es inútil hablar de un modo distinto del subjuntivo.

El imperativo presenta la acción en forma de orden, o exhortación, o plegaria: *prens, viens, va donc*.

El infinitivo enuncia la acción en un sentido abstracto; no tiene ningún uso concreto ni atribuido a un sujeto: *aimer, donner, venir*. Por ello necesita, como las proposiciones, los adjetivos etc., tener otra palabra al lado, para que pueda tener un sentido concreto y adaptado a un sujeto.

En lo que se refiere al tiempo, es necesario tener en cuenta que toda acción está en relación con un tiempo, ya que toda acción ocurre en el tiempo. Esta relación de la acción con el tiempo está marcada en algunas lenguas mediante partículas añadidas al verbo. Estas partículas son las marcas del tiempo. Pero es mucho más común que los tiempos estén marcados mediante desinencias concretas, al menos en el caso de los tiempos simples. Eso es lo que sucede en griego, en latín, en francés etc.

Hay tres tiempos principales: presente, como *amo, j'aime*; pasado o pretérito, como *amavi, j'ai aimé*; porvenir o futuro, como *amabo, j'aimerai*.

Estos tres tiempos son tiempos simples o absolutos. A ellos se suman los tiempos relativos y combinados, como *je lisois, quand vous êtes venu*.

---

l'objet du sentiment d'*aimer. Amo,* j'aime, *amavi*, j'ai aimé, *amabo*, j'aimerai, sont de la voix active; au lieu que *amor*, je suis aimé, *amabar*, j'étois aimé, *amabor*, je serai aimé, sont de la voix passive. *Amans*, celui qui aime, est de la voix active; mais *amatus*, aimé, est de la voix passive. Ainsi de tous les termes dont on se sert dans la *conjugaison,* le mot *voix* est celui qui a le plus d'étendue; car il se dit de chaque mot, en quelque mode, tems, nombre, ou personne que ce puisse être. Les Grecs ont encore la voix moyenne. Les Grammairiens disent que le verbe moyen a la signification active et la passive, et qu'il tient une especе de milieu entre l'actif et le passif: mais comme la langue Greque est une langue morte, peut-être ne connoît-on pas aussi-bien qu'on le croit la voix moyenne».

[278] En la *Enciclopedia*. Capítulo que ha quedado ya recogido en esta obra.

[279] Hay cierta contradicción porque antes, cuando hablaba de los casos, dijo que los casos son las terminaciones y no el significado. Por paralelismo, los modos deberían ser las terminaciones y no los significados; es decir, si no hay terminación, no hay optativo, como no había caso, si no había terminación. Parece arreglarlo en la frase que sigue.

Los números. Se dice de la propiedad que tienen las terminaciones de los nombres y de los verbos de marcar si la palabra debe ser entendida para una sola persona, o para muchas, como *amo, amamus*[280].

Finalmente, es necesario saber qué se entiende por personas gramaticales. Para ello, hay que tener en cuenta que todos los objetos que pueden constituir materia del discurso, son: primero, la persona que habla de ella misma, *amo, j'aime*; segundo, la persona a la que se dirige la palabra, *amas, vous aimez*; tercero, cualquier otro objeto, que no sea ni la persona que habla, ni aquella a la que se habla, *Rex amat populum, le Roi aime le peuple*. Esta consideración de las palabras en función de cada uno de estos tres puntos de vista de la mente, ha dado pie a los Gramáticos para hacer un uso concreto del término *persona* en relación con el discurso. Llaman *primera persona* a la que habla, porque es de ella de donde parte el discurso. La persona a la que se dirige el discurso, es llamada *segunda persona*. Y, en fin, la *tercera persona* es todo aquello que es considerado como el objeto del que la primera persona habla a la segunda.

Véase la variedad de puntos de vista de la mente que pueden ser enunciados al mismo tiempo con una sola desinencia añadida a la raíz de un verbo. Por ejemplo, en el caso de *amare*, las letras *a* y *m* son las radicales e inmutables. Si a estas dos letras le añadimos *o*, forma *amo*. Y al decir *amo*, doy a conocer que estoy haciendo un juicio sobre mí mismo; me atribuyo a mí mismo el sentimiento de amar. En ese caso marco al mismo tiempo la voz, el modo, el tiempo, el número y la persona.

He hecho de pasada esta observación, para hacer ver que, además de la propiedad de marcar la voz, el modo, la persona etc., y además del valor concreto de cada verbo que significa una esencia, o una existencia, o alguna acción, o algún sentimiento, el verbo marca también la acción de la mente que aplica ese valor del verbo a un sujeto, tanto en las proposiciones, como en las simples enunciaciones[281]. Es eso lo que diferencia al verbo de las demás palabras, que no son nada más que simples denominaciones.

Pero volvamos a la palabra *conjugación*. Se puede ver también esta palabra como un término metafórico a partir de la acción de enganchar los animales bajo el yugo al mismo carro o al mismo arado; ello comporta siempre la idea de ensamblaje, de ligazón, de unión. Los antiguos gramáticos se sirvieron indistintamente de la palabra *conjugaison* y de la palabra *declinaison*, tanto al hablar del verbo, como al hablar del nombre. Pero hoy día se emplea *declinatio* y *declinare* cuando se trata de nombres; y nos servimos de *conjugatio* y *conjugare* cuando se trata de verbos.

Los gramáticos de cada lengua han advertido que hay verbos que enuncian los modos, tiempos, números y personas mediante desinencias concretas, y que hay otros verbos de la misma lengua que tienen terminaciones diferentes para marcar los mismos modos, tiempos, números y personas. A partir de ahí los gramáticos

[280] En lugar de *amo amamus*, en la *Encyclopedie* se decía: «*Amo, amas, amat,* j'aime, tu aimes, il aime; chacun de ces trois mots est au singulier: *amamus, amatis, amant,* nous aimons, vous aimez, ils aiment; ces trois derniers mots sont au pluriel, du moins selon leur premiere destination; car dans l'usage ordinaire on les employe aussi au singulier: c'est ce qu'un de nos Grammairiens appelle *le singulier de politesse*. Il y aussi un singulier d'autorité ou d'emphase; *nous voulons, nous ordonnons*. A ce, deux nombres les Grecs en ajoûtent encore un troisieme, qu'ils appellent *duel:* les terminaisons du duel sont destinées à marquer qu'on ne parle que de deux».

[281] Antes ha dicho que la proposición lleva el verbo en indicativo; las construcciones con el verbo en otro modo, no son proposiciones, sino enunciaciones.

han establecido tantas clases diferentes de verbos como variantes hay en esas terminaciones, variantes que, a pesar de ser diferentes, tienen sin embargo la misma función desde el punto de vista del tiempo, numero y persona. Por ejemplo, *amo, amavi, amatum, amare; moneo, monui, monitum, monere; lego, legi, lectum, legere; audio, audivi, auditum, audire*. Estos cuatro tipos de terminaciones diferentes enuncian por igual puntos de vista de la mente idénticos en relación con la misma especie[282]. *Amavi* es *j'ai aimé*; *monui* es *j'ai averti*; *legi* es *j'ai lu*; *audivi* es *j'ai entendu*. Se puede ver que estas diferentes terminaciones marcan, en sus cuatro tipos, la primera persona del singular y el tiempo pasado de indicativo. La única diferencia está en la acción atribuida a cada una de esas primeras personas; y esas diferentes acciones están marcadas en las raíces *am, mon, leg, aud*[283].

En lo que se refiere al francés, es necesario observar que todos nuestros verbos terminan, en infinitivo, o en *er*, o en *ir*, o en *oir*, o en *re*. De manera que esta sola palabra técnica, *er-ir-oir-re*, enuncia, a través de cada una de sus sílabas, cada una de las cuatro conjugaciones generales.

Estas cuatro conjugaciones generales se subdividen a su vez en otras en función de las vocales o diptongos, o de las consonantes que preceden a la terminación general. Por ejemplo, *er* es una terminación general; pero si *er* va precedida de un sonido palatal débil, como sucede en *envo-yer, ennu-yer*, ese sonido aporta ciertas diferencias en la conjugación. Y lo mismo sucede con *re*. Estas dos letras van a veces precedidas por consonantes, como sucede en *vaincre, rendre, bâtre* etc.

---

[282] Considera aquí como especies el modo, tiempo, persona, número.

[283] En la *Encyclopedie* se añaden la siguientes observaciones sobre la conjugación latina: «Parmi les verbes latins, les uns ont leurs terminaisons semblables à celles *d'amo,* les autres à celles de *moneo,* d'autres à celles *d'audio.* Ce sont ces classes différentes que les grammairiens ont appellées *conjugaisons.* Ils ont donné un paradigme, παράδειγμα, *exemplar,* c'est-à-dire, un modele à chacune de ces différentes classes; ainsi *amare* est le paradigme de *vocare,* de *nuntiare,* et de tous les autres verbes terminés en *are:* c'est la premiere *conjugaison. Monere* doit être le paradigme de la seconde *conjugaison,* selon les rudimens de la méthode de P. R. à cause de son supin *monitum;* parce qu'en effet, il y a dans cette *conjugaison* un plus grand nombre de verbes qui ont leur supin terminé en *itum,* qu'il n'y en a qui le terminent comme *doctum. Legere* est le paradigme de la troisieme *conjugaison;* et enfin *audire* l'est de la quatrieme. A ces quatre *conjugaisons* des verbes latins, quelques grammairiens pratiques en ajoutent une cinquieme qu'ils appellent *mixte,* parce qu'elle est composée de la troisieme et de la quatrieme; c'est celle des verbes en *ere, io;* ils lui donnent *accipere, accipio* pour paradigme; il y a en effet dans ces verbes des terminaisons qui suivent *legere,* et d'autres *audire.* On dit *audior, audiris,* au lieu qu'on dit *accipior, acciperis,* comme *legeris,* et l'on dit, *accipiuntur,* comme *audiuntur,* etc. Ceux des verbes latins qui suivent quelqu'un de ces paradigmes sont dits être réguliers, et ceux qui ont des terminaisons particulieres, sont appellés *anomaux,* c'est-à-dire, *irréguliers,* (*R.* α privatif, et νόμος, *regle.*) comme *fero, fers, fert; volo, vis, vult,* etc. on en fait des listes particulieres dans les rudimens; d'autres sont seulement *défectifs,* c'est-à-dire, qu'ils manquent ou de prétérit ou de supin, ou de quelque mode, ou de quelque tems, ou de quelque personne, comme *oportet, pœnitet, pluit,* etc. Un très-grand nombre de verbes s'écartent de leur paradigme, ou à leur prétérit, ou à leur supin; mais ils conservent toujours l'analogie latine; par exemple, *sonare* fait au prétérit *sonui,* plutôt que *sonavi; dare* fait *dedi,* et non pas *davi,* etc. On se contente d'observer ces différences, sans pour cela regarder ces verbes comme des verbes anomaux. Au reste ces irrégularités apparentes viennent de ce que les Grammairiens n'ont pas rapporté ces prétérits à leur véritable origine; car *sonui* vient de *sonere,* de la troisieme *conjugaison,* et non de *sonare: dedi* est une syncope de *dedidi* prétérit de *dedere. Tuli, latum,* ne viennent point de *fero. Tuli* qu'on prononçoit *touli,* vient de *tollo; sustuli* vient de *sustulo; et latum* vient de τλάω par syncope de ταλάω *suffero, sustineo.* L'auteur du *Novitius* dit, que *latum* vient du prétendu verbe inusité, *lare, lo;* mais il n'en rapporte aucune autorité. *Voyez Vossius, de art. gramm. t. II. p. 150.* C'est ainsi que *sui* ne vient point du verbe *sum:* nous avons de pareilles pratiques en François: *je vas, j'ai été, j'irai,* ne viennent point d'*aller.* Le premier vient de *vadere,* le second de l'italien *stato,* et le troisieme du latin *ire*».

Yo creo que, en lugar de fatigar la mente y la memoria con reglas, es mejor ofrecer un paradigma de cada una de estas cuatro conjugaciones generales y poner a continuación una lista alfabética de los verbos que el uso ha exceptuado de la regla.

Creo también que nos podemos ahorrar el esfuerzo de fatigarnos con las observaciones que los gramáticos han hecho sobre las formaciones de los tiempos. La simple mirada sobre el paradigma ofrece a cada uno de nosotros la posibilidad de hacer observaciones a este respecto.

Por lo demás, los gramáticos no se ponen de acuerdo sobre las reglas morfológicas. Unos parten del infinitivo; hay quienes sacan las reglas morfológicas tomando como referencia la primera persona del presente de indicativo; otros, la segunda etc. Lo esencial es conocer bien el significado, el uso y la función de una palabra. A partir de ahí, juguemos lo que queramos jugar observando las relaciones de filiación o de paternidad que una palabra puede tener con otras.

4.2. Situación ideal de la conjugación en una hipotética lengua universal

Si hubiera sido posible que las lenguas hubiesen sido el resultado de una asamblea general de un pueblo y que, tras muchas discusiones y razonamientos, los filósofos hubiesen sido escuchados y hubiesen tenido voz en la deliberación, hubiera sido verosímil que hubiera habido más uniformidad en las lenguas. Solo habría habido, por ejemplo, una conjugación y un solo paradigma para todos los verbos de una misma lengua. Pero como las lenguas se han formado por medio de una especie de metafísica del instinto y del sentimiento, el resultado es que se ha permitido hablar como se habla; no es extraño que no haya una analogía exacta y que haya irregularidades. Por ejemplo, una misma perspectiva de la mente es designada de varias maneras, ya porque las raíces de la palabra lleven a esas diferencias, ya a causa de los caprichos de la lengua, ya a causa de un uso ciego. Así, marcamos la primera persona del singular cuando decimos *j'aime*; pero designamos también a la primera persona cuando decimos *je finis*, o *je reçois*, o *je prens* etc. Son los diferentes tipos de terminaciones a las que están sometidos los verbos en una lengua y que generan diferentes conjugaciones, como ya hemos visto. Hay lenguas en que esas diferentes perspectivas de la mente están marcadas con partículas, de las cuales unas van delante y otras detrás de las raíces. ¿Qué importa el cómo, si las diferentes perspectivas de la mente están diferenciadas con nitidez, y si el uso enseña a conocer las marcas de esas diferencias?[284]

[284] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía este largo desarrollo sobre la conjugación en otras lenguas: «Parmi les auteurs qui ont composé des grammaires pour la langue hébraïque, les uns comptent sept *conjugaisons,* d'autres huit: Masclef n'en veut que cinq, et il ajoûte qu'à parler exactement ces cinq devroient être réduites à trois. *Quinque illæ, accurate loquendo, ad tres essent reducendæ. Gramm. Hebraïc. ch. iv. n. 4. p. 79. édit. 2.*

Nous nous contenterons d'observer ici que les verbes hébreux ont voix active et voix passive. Ils ont deux nombres, le singulier et le pluriel; ils ont trois personnes, et en *conjugant,* on commence par la troisieme personne, parce que les deux autres sont formées de celle-là, par l'addition de quelques lettres. En Hébreu, les verbes ont trois genres, comme les noms, le genre masculin, le féminin, et le genre commun; ensorte que l'on connoît par la terminaison du verbe, si l'on parle d'un nom masculin, ou d'un nom féminin; mais dans tous les tems la premiere personne est toujours du genre commun. Au reste les Hébreux n'ont point de genre neutre; mais lorsque la même terminaison sert également pour le masculin, ou pour le feminin, on dit que le mot est du genre commun; c'est ainsi que l'on dit en latin, *hic adolescens,* ce jeune homme, et *hæc adolescens,* cette jeune fille; *civis bonus,* bon citoyen, et *civis bona,* bonne citoyenne; et c'est ainsi que nous disons, *sage, utile, fidele,* tant au masculin qu'au feminin; on pourroit dire aussi que dans les autres langues telles que le Grec, le Latin, le François,

5. LAS PREPOSICIONES Y EN PARTICULAR LA PREPOSICIÓN *A*

El contenido de este apartado es tomado por los editores de la entrada «A» de la *Encyclopedie*, compuesta en su momento por Du Marsais en lo que se refiere a la preposición *a*[285].

---

etc. toutes les terminaisons des verbes dans les tems énoncés par un seul mot sont du genre commun; ce qui ne signifieroit autre chose sinon qu'on se sert également de chacune de ces terminaisons, soit qu'on parle d'un nom masculin ou d'un nom féminin.

Les Grecs ont trois especes de verbes par rapport à la *conjugaison*; chaque verbe est rapporté à son espece suivant la terminaison du *thême.* On appelle *thême,* en termes de grammaire greque, la premiere personne du présent de l'indicatif. Ce mot vient de τίθημι *pono,* parce que c'est de cette premiere personne que l'on forme les autres tems; ainsi l'on pose d'abord, pour ainsi dire ce présent, afin de parvenir aux formations régulieres des autres tems. La premiere espece de *conjugaison* est celle des verbes qu'on appelle *barytons,* de βαρύς *grave,* et de τόνος *ton, accent,* parce que ces verbes étoient prononcés avec l'accent grave sur la derniere syllabe; et quoique aujourd'hui cet accent ne se marque point, on les appelle pourtant toujours *barytons,* τείνω *tendo*; τύπτω *verbero,* sont des verbes *barytons.* 2. La seconde sorte de *conjugaison,* est celle des verbes circonflexes: ce sont des verbes *barytons* qui souffrent contraction en quelques-unes de leurs terminaisons, et alors ils sont marqués d'un accent circonflexe; par exemple ἀγαπάω *amo,* est le *baryton,* et ἀγαπῶ le circonflexe. Les *barytons* et les circonflexes sont également terminés en ω à la premiere personne du présent de l'indicatif. 3. La troisieme espece de verbes grecs, est celle des verbes en μι, parce qu'en effet ils sont terminés en μι, εἰμι *sum.*

Il y a six *conjugaisons* des verbes *barytons*; elles ne sont distinguées entr'elles que par les lettres qui précedent la terminaison.

On distingue trois *conjugaisons* de verbes circonflexes; la premiere est des *barytons* en εω; la seconde de ceux en αω, et la troisieme de ceux en οω: ces trois sortes de verbes deviennent circonflexes par la contraction en ῶ.

On distingue quatre *conjugaisons* des verbes en μι; et ces quatre jointes à celles des verbes *barytons,* et à celles des circonflexes, cela fait treize *conjugaisons* dans les verbes grecs. Tel est le systême commun des Grammairiens; mais la méthode de P. R. réduit ces treize *conjugaisons* à deux: l'une des verbes en ω qu'elle divise en deux especes: 1. celle des verbes qui se *conjuguent* sans contraction, et ce sont les *barytons:* 2. celle de ceux qui sont *conjugués* avec contraction, et alors ils sont appellés *circonflexes.* L'autre *conjugaison* des verbes grecs est celle des verbes en μι.

Il y a quatre observations à faire pour bien *conjuguer* les verbes grecs:

1. il faut observer la terminaison. Cette terminaison est marquée ou par une simple lettre, ou par plus d'une lettre. 2. La figurative, c'est-à-dire, la lettre qui précede la terminaison: on l'appelle aussi *caractéristique,* ou *lettre de marque.* On doit faire une attention particuliere à cette lettre, 1. au présent, 2. au prétérit parfait, 3. et au futur de l'indicatif actif; parce que c'est de ces trois tems que les autres sont formés. La subdivision des *conjugaisons,* et la distinction des tems des verbes, se tire de cette lettre *figurative,* ou *caractéristique.* 3. La voyelle, ou la diphtongue qui précedent la terminaison. 4. Enfin, il faut observer l'augment. Les lettres que l'on ajoûte avant la premiere syllable du thême du verbe, ou le changement qui se fait au commencement du verbe, lorsqu'on change une breve en une longue, est ce qu'on appelle *augment;* ainsi il y a deux sortes d'augments. 1. L'augment syllabique qui se fait en certains tems des verbes qui commencent par une consonne, par exemple, τύπτω *verbero,* est le thême sans augment; mais dans ἔτυπτον, *verberabam,* ἔ est l'augment syllabique, qui ajoûte une syllabe de plus à τύπτω. 2. L'augment temporel se fait dans les verbes qui commencent par une voyelle breve, que l'on change en une longue, par exemple, ἐρύω *traho,* ἤρυον *trahebam.* Ainsi non seulement les verbes grecs ont des terminaisons différentes, comme les verbes latins; mais de plus, ils ont l'augment qui se fait en certains tems, et au commencement du mot. Voilà une premiere différence entre les verbes grecs, et les verbes latins.

2. Les Grecs ont un mot de plus; c'est l'optatif qui en grec a des terminaisons particulieres, différentes de celles du subjonctif; ce qui n'est pas en latin.

3. Les verbes grecs ont le duel, au lieu qu'en latin ce nombre est confondu avec le pluriel. Les grecs ont un plus grand nombre de tems; ils ont deux aoristes, deux futurs, et un *paulò-post futur* dans le sens passif, à quoi les latins suppléent par des adverbes.

4. Enfin les Grecs n'ont ni supins, ni gérondifs proprement dits; mais ils en sont bien dédommagés par les différentes terminaisons de l'infinitif, et par les différens participes. Il y a un infinitif pour le

También en este caso habla Du Marsais de valor o valores generales de las preposiciones, que serían patrimonio de una Gramática General, y de valores concretos, que son propios del nivel de uso en cada lengua.

---

tems présent, un autre pour le futur premier, un autre pour le futur second, un pour le premier aoriste, un pour le second, un pour le prétérit parfait; enfin il y en a un pour le *paulò-post futur,* et de plus il y a autant de participes particuliers pour chacun de ces tems-là.

Dans la langue Allemande, tous les verbes sont terminés, en *en* à l'infinitif, si vous en exceptez *seyn,* être, dont l'*e* se confond avec l'y. Cette uniformité de terminaison des verbes à l'infinitif, a fait dire aux Grammairiens, qu'il n'y avoit qu'une seule *conjugaison* en Allemand; ainsi il suffit de bien savoir le paradigme ou modele sur lequel on *conjugue* à la voix active, tous les verbes réguliers, et ce paradigme, c'est *lieben,* aimer; car telle est la destination des verbes qui expriment ce sentiment, de servir de paradigme en presque toutes les langues: on doit ensuite avoir des listes de tous les verbes irréguliers. J'ai dit que *lieben,* étoit le modele des verbes à la voix active; car les Allemands n'ont point de verbes passifs en un seul mot, tel est aussi notre usage, et celui de nos voisins; on se sert d'un verbe auxiliaire auquel on joint, ou le supin qui est indéclinable, ou le participe qui se décline. Les Allemands ont trois verbes auxiliaires; *haben,* avoir; *seyn,* être; *werden,* devenir. Ce dernier sert à former le futur de tous les verbes actifs; il sert aussi à former tous les tems des verbes passifs, conjointement avec le participe du verbe; surquoi il faut observer qu'en Allemand, ce participe ne change jamais, ni pour la différence des genres, ni pour celle des nombres; il garde toujours la même terminaison.

A l'égard de l'Anglois, la maniere de *conjuguer* les verbes de cette langue n'est point analogue à celle des autres langues: je ne sçai si elle est aussi facile qu'on le dit, pour un étranger qui ne se contente pas d'une simple routine, et qui veut avoir une connoissance raisonnée de cette maniere de *conjuguer.* Wallis, qui étoit Anglois, dit que comme les verbes anglois ne varient point leur terminaison, la *conjugaison* qui fait, dit-il, une si grande difficulté dans les autres langues, est dans la sienne une affaire très-aisée, et qu'on en vient fort aisément à bout, avec le secours de quelques mots ou verbes auxiliaires. *Verborum flexio seu conjugatio, quæ in reliquis linguis maximam sortitur difficultatem, apud anglos levissimo negotio peragitur... verborum aliquot auxiliarium adjumento ferè totum opus perficitur.* Wallis, *Gramm. ling. Angl. ch. viij. de verbo.*

C'est à ceux qui étudient cette langue à décider cette question par eux-mêmes.

Chaque verbe anglois semble faire une classe à part; la particule prépositive *to,* est comme une espece d'article destiné à marquer l'infinitif; desorte qu'un nom substantif devient verbe, s'il est précédé de cette particule, par exemple, *murder,* veut dire *meurtre, homicide;* mais *to murder,* signifie *tuer*: *lift,* effort, *to lift,* enlever; *love,* amour, amitié, affection, *to love,* aimer, *etc*. Ces noms substantifs qui deviennent ainsi verbes, sont la cause de la grande différence qui se trouve dans la terminaison des infinitifs; on peut observer presque autant de terminaisons différentes à l'infinitif, qu'il y a de lettres à l'Alphabet, *a, b, c, d, e, f, g,* etc. *to flea,* écorcher; *to rob,* voler, dérober; *to find,* trouver; *to love,* aimer; *to quaff,* boire à longs traits; *to jog,* secouer, pousser; *to cath,* prendre, saisir; *to thank,* remercier; *to call,* appeller; *to lam,* battre, frapper; *to run,* courir; *to help,* aider; *to wear,* porter; *to toss,* agiter; *to rest,* se reposer; *to know,* savoir; *to box,* battre à coups de poing; *to marry,* marier, se marier. Ces infinitifs ne se *conjuguent* pas par des changemens de terminaison, comme les verbes des autres langues; la terminaison de ces infinitifs ne change que très-rarement. Ils ont deux participes; un participe présent toûjours terminé en *ing, having,* ayant, *being,* étant; et un participe passé terminé ordinairement en *ed* ou *'d, loved,* aimé: mais ces participes n'ont guere d'analogie avec les nôtres, ils sont indéclinables, et sont plûtôt des noms verbaux qui se prennent tantôt substantivement et tantôt adjectivement: ils énoncent l'action dans un sens abstrait, par exemple, *your marrying* signifie *votre marier,* l'action de vous marier plûtôt que *votre mariant*. *Coming* est le participe présent de *to come,* arriver, et signifie *l'action d'arriver, de venir,* ce que notre participe *arrivant* ne rend point. Les Anglois disent *his coming,* son arrivée, sa venue, son action d'arriver; et l'idée qu'ils ont alors dans l'esprit, n'a pas la même forme que celle de la pensée que nous avons quand nous disons *venant, arrivant*. C'est de la différence du tour, de l'imagination, ou de la différente maniere dont l'esprit est affecté, que l'on doit tirer la différence des idiotismes et du génie des langues. C'est avec l'infinitif et avec les deux noms verbaux ou participes dont nous venons de parler, que l'on *conjugue* les verbes Anglois, par le secours de certains mots et de quelques verbes auxiliaires. Ces verbes sont proprement les seuls verbes. Ces auxiliaires sont *to have,* avoir; *to be,* être; *to do,* faire, et quelques autres. Les personnes se marquent par les pronoms personnels *i,* je; *thou,* tu; *he,* il; *she,* elle: et au pluriel, *we* nous; *you,* vous; *they,* ils ou elles, sans que cette différence de pronoms apporte

5.1. Valores generales y valores específicos de las preposiciones

Valor general de la preposición en todas las lenguas es la función que tienen de poner en relación dos términos. Además, cada preposición, en cada lengua, tiene

---

quelque changement dans la terminaison du nom verbal que l'on regarde communément comme verbe. Les grammaires que l'on a faites jusqu'ici pour nous apprendre l'Anglois, du-moins celles dont j'ai en connoissance, ne m'ont pas paru propres pour nous donner une idée juste de la maniere de *conjuguer* des Anglois. On rend l'Anglois par un équivalent François, qui ne donne pas l'idée juste du tour littéral Anglois, ce qui est pourtant le point que cherchent ceux qui veulent apprendre une langue étrangere; par exemple, *i do dine,* on traduit je dîne; *thou dost dine,* tu dînes; *he does dine,* il dîne. *i,* marque la premiere personne, *do,* veut dire *faire, et dine,* dîner: il faudroit donc traduire, *je* ou *moi faire dîner, tu fais dîner, il* ou *lui fait diner.* Et de même *there is,* on traduit au singulier, *il y a; there,* est un adverbe qui veut dire *là, et is* est la troisieme personne du singulier du présent du verbe irrégulier *to be,* être, et *are* sert pour les trois personnes du pluriel; ainsi il falloit traduire *there is,* là est, et *there are,* là sont, et observer que nous disons en François, *il y a.*

Le sens passif s'exprime en Anglois, comme en Allemand et en François, par le verbe substantif, avec le participe du verbe dont il s'agit, *i am loved,* je suis aimé.

Pour se familiariser avec la langue Angloise, on doit lire souvent les listes des verbes irréguliers qui se trouvent dans les grammaires, et regarder chaque mot d'un verbe comme un mot particulier, qui a une signification propre; par exemple, *i am,* je suis; *thou art,* tu es; *he is,* il est: *we are,* nous sommes; *ye are,* vous êtes; *they are,* ils sont, etc. Je regarde chacun de ces mots-là avec la signification particuliere, et non comme venant d'un même verbe. *Am,* signifie *suis,* comme *sun* signifie *soleil,* ainsi des autres.

Les Espagnols ont trois *conjugaisons,* qu'ils distinguent par la terminaison de l'infinitif. Les verbes dont l'infinitif est terminé en *ar,* font la premiere *conjugaison*: ceux de la seconde se terminent en *er:* enfin ceux de la troisieme en *ir.* Ils ont quatre auxiliaires, *haver, tener, ser et estar.* Les deux premiers servent à *conjuguer* les verbes actifs, les neutres et les réciproques: *ser et estar*sont destinés pour la *conjugaison* des verbes passifs. La maniere de *conjuguer* des Espagnols, est plus analogue que la nôtre à la maniere des Latins. Leurs verbes ne sont précédés des pronoms personnels, que dans les cas où ces pronoms seroient exprimés en Latin par la raison de l'énergie ou de l'opposition. Cette suppression des pronoms vient de ce que les terminaisons Espagnoles font assez connoître les personnes.

1ª Conjugaison		*2ª Conjugaison*		*3ª Conjugaison*	
Amar	aimer	*Comer*	manger	*Subir*	Monter
Presente Indicativo		*Presente Indicativo*		*Presente Indicativo*	
Singular		*Singular*		*Singular*	
Amo	j'aime	*Como*	je mange	*Subo*	je monte
Amas	tu aimes	*Comes*	tu manges	*Subes*	tu montes
Ama	il aime	*Come*	il mange	*Sube*	il monte
Plural		*Plural*		*Plural*	
Amamos	nous amons	*Comemos*	nous mangeons	*Subimos*	nous montons
Amais	vous aimez	*Comeis*	vous mangez	*Subis*	vous montez
Aman	ils aiment	*Comen*	ils mangent	*Suben*	ils montent

Ce n'est pas ici le lieu de suivre toute la *conjugaison,* ce détail ne convient qu'aux grammaires particulieres; je n'ai voulu que donner ici une idée du génie de chacune des langues dont je parle par rapport à la *conjugaison*.

Les Italiens, dont tous les mots, si l'on en excepte quelques prépositions ou monosyllabes, finissent par une voyelle, n'ont que trois *conjugaisons* comme les Espagnols. La premiere est en *are,* la seconde en *ére* long ou en *ére* bref, et la troisieme en *ire*. On doit avoir des listes particulieres de toutes les terminaisons de chaque *conjugaison* réguliere, rangées par modes, tems, nombres et personnes, en sorte qu'en mettant les lettres radicales devant les terminaisons, on *conjugue* facilement tout verbe régulier. On a ensuite des listes pour les irréguliers, sur quoi on peut consulter la méthode Italienne de Veneroni, in 4º. 1688».

[285] Antes de lo recogido aquí, en el artículo de la *Encyclopedie* se trataba de la *A* como letra. Eso no es recogido en los *Principes*.

un valor más o menos general, que es patrimonio de la Gramática y sistema de la lengua en cuestión, y tiene también valores concretos y específicos que solo pueden ser descubiertos en el momento de la realización elocutiva del sintagma preposicional:

> Hay que observar, en relación con las preposiciones:
>
> 1, que toda preposición es un intermediario entre dos términos que ella une y pone en relación.
>
> 2, que esa relación está frecuentemente marcada por el significado propio de la preposición misma, como *avec, dans, sur* etc.
>
> 3, pero que con frecuencia, también las preposiciones, sobre todo *à, de*, o *du*, aparte de la relación que marcan cuando están tomadas en su valor primitivo y propio, no son, en posteriores valores figurados y derivados, nada más que simples preposiciones aditivas o unitivas que se limitan a poner en relación dos palabras; de suerte que en ese caso es la mente misma la que tiene que reconocer el tipo concreto de relación que hay entre los dos términos unidos por la preposición. Por ejemplo, en *Appprochez-vous du feu* la preposición *du* une a *feu* con *approchez-vous*; y la mente reconoce inmediatamente una relación de aproximación, que *du*, por sí misma, no marca. En *éloignez-vous du feu*, la preposición *du* une *feu* con *éloignez-vous* y la mente reconoce una relación de alejamiento. Véase que la misma preposición sirve para marcar dos tipos de relación de significado opuesto. Lo mismo sucede con *donner à* y *ôter à*. De manera que estos tipos de relaciones son diferentes en la medida en que son diferentes las palabras unidas.
>
> Creo, pues, que, dado que las preposiciones no están o no parecen estar tomadas en el sentido propio de su función primera y que, consiguientemente, no indican por ellas mismas el tipo concreto de relación que el que habla quiere dar a entender, es al que escucha o lee al que corresponde reconocer el tipo de relación concreta que hay entre las palabras unidas por la preposición, que se convierte así en una simple marca de unión o indicativa[286].
>
> Sin embargo, algunos gramáticos han preferido agotar la vía metafísica más rebuscada, y si se me permite, la más inútil y vana, antes que dejar al lector la facultad de descubrir lo que el conocimiento y el uso de su propia lengua le ha dado. Y hablan de *raport de cause; raport d'effet; d'instrument; de situàtion; d'époque*. A propósito de *Table à pieds de biche*, dice el abad Girard[287], que hay *raport de forme*; en *bassin à barbe,* hay, dice, *raport de service*; en *pierre à feu*, *raport de propriété productive*[288]. Pero, la preposición *à* no está destinada a marcar por sí misma una relación de *propriété productive*, o *de service*, o de *forme* etc., aunque esos valores se encuentren de hecho entre las palabras unidas por la preposición *à*. Por otro lado, hay valores de relación que están frecuentemente marcados por preposiciones diferentes; y con frecuencia, valores contrarios están marcados por la misma preposición.

5.2. Valor general y valor concreto de la preposición *a* en francés

> Mi opinión es, pues, que lo primero que se debe tener en cuenta es la primera y principal función de una preposición. Por ejemplo, la principal función de la

[286] Con indicativa quiere Du Marsais referirse al hecho de que una preposición es solo una flecha que apunta al nombre que va detrás.

[287] Tomo II, p. 199.

[288] Idem, ibidem.

preposición *à* es la de marcar la relación de una cosa con otra, considerando a esta última como el término al que se dirige el primero, o como el término en el que termina lo que se hace, la meta, el fin, la atribución, el porqué: *Aller à Rome; prêter de l'argent à usure, à gros intérêt; donner quelque chose à quelqu'un* etc. Los demás valores de esta preposición le vienen de los anteriores por catacresis, abusión[289], extensión o imitación.

Pero es bueno recoger con detalle cada uno de esos usos, con el fin de tener ejemplos de los que se puedan sacar reglas, y ayudar a aclarar las dudas que surjan por analogía o por imitación.

Tenemos, pues,

Preposición *à* tras un nombre sustantivo.

Air à chanter; billet à ordre, es decir, *payable à ordre*; *chaise à deux; doute à éclaircir; entreprise à exécuter; grenier à sel; habit à la mode; instrument à vent; matière à procès; plaine à perte de vue,* etc.[290].

Tras un adjetivo.

Agéable à la vue; contraire à la santé; délicieux à manger; facile à faire.

Obsérvese que se dice *Il est facile de faire cela*. Así en *Quand on le veut, il est facile / de s'assurer un repos plein d'appas*[291]. La razón de esta diferencia[292] es que en los dos últimos ejemplos la preposición *de* no está en relación con *facile*, sino con *il*. El análisis sería este: *Il, hoc, cela*, es decir, *de faire* etc. *est facile*; «el hacer eso es una cosa fácil». Y este *il, de assurer un repos plein d'appas* es el sujeto de la proposición; y *est facile* es el atributo[293].

Tras un verbo.

S'abandonner à ses passions; s'amuser à des bagatelles; aplaudir à quelqu'un; aimer à boire; à faire du bien. Les hommes n'aiment point à admirer les autres; ils cherchent eux-mêmes à être goutés et à être applaudis, La Bruyère[294]. *Aller à cheval; s'appliquer à; s'attacher à; blesser à; crier à l'aide, au feu etc. Conseiller quelque chose à quelqu'un. Demander à; donner à boire*

[289] Estos dos términos se han utilizado para designar el mismo hecho: La catacresis (o abusión) consiste en usar metafóricamente el nombre de una parte o miembro de una persona o animal, que por naturaleza tiene esa parte, para designar con ese mismo nombre una parte o miembro de una cosa, a la que ese nombre no le corresponde por naturaleza. Por ejemplo, «cuello de botella». El nombre cuello se aplica por naturaleza a los animales vertebrados; las botellas no tienen por naturaleza cuello; pero, por catecresis o abusión, se puede utilizar el término para designar una parte de la botella que se parece al cuello de los vertebrados.

[290] Se eliminan algunos ejemplos que estaban en la *Encyclopedie*: *Femme à la hotte?* (au vocatif); *lettre de change à vûe, à dix jours de vûe; nez à lunette; oeufs à la coque; question à jugar; route à gauche; vache à lait.*

[291] Son dos versos del comienzo de *Phaéton, tragédie lyrique en cinq actes* de Quinault, representada por primera vez en 1683.

[292] Que en un caso se diga *facile à faire* y en otro *facile de faire*.

[293] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía estos otros ejemplos: *Qu'il est doux de trouver dans un amant qu'on aime / Un époux que l'on doit aimer!* (Idem.) *Il*, à savoir, *de trouver un époux dans un amant*, etc. *est doux*, est une chose douce. (*V.* Proposition). *Il est gauche à tout ce qu'il fait. Heureux à la guerre. Habile à dessiner, à écrire. Payable à ordre. Pareil à*, etc. *Propre à*, etc. *Semblable à*, etc. *Utile à la santé.*

[294] En *Les carastères.*

à quelqu'un. Etre à etc. Voyons à qui l'autre, es decir, voyons à ceci (en latín *atendamus ad hoc, nempe*) *à savoir qui l'aura*[295].

Ante una preposición.

A se encuentra a veces delante de la preposición *de*, como sucede en estos ejemplos: *Peut-on ne pas ceder à de si puissans charmes? / Et peut-on refuser son coeur / à de beaux ieux qui le demandent*[296].

Yo creo que en estos casos hay una elipsis sintética; la mente está ocupada en los encantos (*charmes*) que le han impactado y coloca esos encantos en el nivel de poderosos encantos ante los que no se sabe ceder. Sería *Peut-on ne pas ceder à l'attrait, au pouvoir de si puissans charmes. Et peut-on refuser son coeur à ces ieux, qui sont de la clase de beaux ieux*. El uso abrevia luego la expresión y genera giros particulares, a los cuales hay que adaptarse y que no invalidan las reglas.

De manera que creo que *de* o *des* son siempre preposiciones separativas, y que, cuando decimos *des savants soutiennent; des hommes m'ont dit* etc., estas expresiones no están en nominativo. Y de igual forma, cuando decimos *j'ai vu des femmes; j'ai vu des hommes,* etc., estas expresiones no están en acusativo. Y es que, si se mira y se presta atención, habrá que reconocer que *ex hominibus, ex mulieribus* etc. no pueden ser el sujeto de la proposición, ni el objeto de la acción del verbo; y que el que habla, quiere decir que *quelques-uns de savants soutiennent* etc.; *quelques-uns des hommes; quelques-unes de femmes* dicen etc.

Tras adverbio.

Solo se utiliza la preposición *à* tras adverbio cuando el adverbio marca relación. En ese caso el adverbio expresa el tipo de relación y la preposición indica el punto de referencia. Así se dice *conformément à*, en *On a jugé conformément à l'Ordenance de 1667.* También se dice *relativement à*.

Por lo demás, cuando el adverbio marca solo una circunstancia absoluta y determinada de la acción, no va nunca seguido de preposición.

À en giros adverbiales y que equivalen a preposiciones del latín o de otra lengua.

A jamais. A toujours. A l'encontre. Tour à tour. Pas à pas. Vis-à-vis. A pleines mains. A fur et à mesure. A la fin, en latín *tandem, aliquando. C'est-à-dire,* en latín *nempe, scilicet. Suivre à la piste. Faire le diable à quatre. Se faire tenir à quatre. A cause,* que en latín se traduce con la preposición *propter. A raison de. Jusqu'à* o bien *jusques à. Au-de-là. Au-dessus. Au-dessous. A quoi bon,* en latín *quorsum. A la vue, à la prèsence*, o bien *en présence,* en latín *coram.*

Estos son los principales usos de la preposición *à*. Los ejemplos que acabamos de poner, servirán para poder analizar, por analogía, las dificultades que podamos encontrar en otros usos de esta preposición.

Por lo demás, la preposición *au* es la misma que la preposición *à*. La única diferencia que hay entre una y otra es que *à* es una palabra simple y *au* una palabra compuesta.

[295] Se suprimen ejemplos que estaban en la *Encyclopedie*.

[296] Estos versos pertenecen a la escena segunda del acto primero de *Atys*, cuyo libreto es de Quinault, tragedia musical representada en Laye en enero de 1676.

Hay, pues, que considerar a la preposición *à* en dos niveles diferentes:

1. En su forma simple, con los siguientes usos: 1º, *Rendez à César ce qui appartient à César;* 2º, *Se préter à l'exemple*; 3º, *Se rendre à la raison*. En el primer ejemplo *à* está delante de un nombre sin artículo. En el segundo, *à* va seguida del artículo masculino en la forma *l'*, porque la palabra comienza por vocal: *à l'exemple, à l'esprit, à l'amour.* En el último, la preposición *à* precede al artículo femenino.

2. Exceptuando esos tres casos, la preposición *à* se convierte en palabra compuesta en su unión con *le*, o con *les*. El artículo *le*, por la condición de sorda de la *e* muda, evoluciona a *au*, de manera que en lugar de decir *à le*, decimos *au*, si el nombre que sigue no comienza por vocal: *s'adonner au bien*. Y en plural, en lugar de decir *à les*, cambiamos la *l* en *u*, fenómeno que sucede frecuentemente en nuestra lengua, y decimos *aux*, ya comience el nombre siguiente por consonante, ya comience por vocal: *aux hommes, aux femmes*. De manera que *au* es lo mismo que *à le*, y *aux* lo mismo que *à les*[297].

6. SOBRE EL ADVERBIO

Como en los casos anteriores, los editores de los *Principes* toman el contenido de este capítulo del correspondiente artículo de la *Encyclopedie* compuesto por Du Marsais[298]. De nuevo aquí distingue Du Marsais entre la definición más o menos general o universal del adverbio y los tipos concretos de adverbios en francés.

6.1. Definición general del adverbio

Comienza por la etimología de la palabra y la función del adverbio conectada con esa etimología:

El término *adverbe* está formado por la preposición *ad*, que significa «hacia», «junto a», y la palabra *verbe*; y es que el adverbio se pone normalmente junto al verbo, al cual añade alguna modificación o circunstancia. Así *Il aime constantement, il écrit mal*. Los nombres de las partes de la oración se sacan del uso más frecuente que tienen cada una de ellas; es así que la función más frecuente del adverbio es la de modificar la acción expresada en el verbo; luego

[297] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía: «A est aussi une préposition inséparable qui entre dans la composition des mots; *donner, s'adonner, porter, apporter, mener, amener*, etc. ce qui sert ou à l'énergie, ou à marquer d'autres points de vûe ajoûtés à la premiere signification du mot. Il faut encore observer qu'en Grec *à* marque 1. *Privation*, et alors on l'appelle *alpha* privatif, ce que les Latins ont quelquefois imité, comme dans *amens* qui est composé de *mens*, entendement, intelligence, et de l'alpha privatif. Nous avons conservé plusieurs mots où se trouve l'alpha privatif, comme amazone, asyle, abysme, etc. l'alpha privatif vient de la préposition ἄτερ, *sine*, sans. 2. A en composition marque *augmentation*, et alors il vient de ἄγαν, *beaucoup.* 3. A avec un accent circonflexe et un esprit doux ἆ marque *admiration, desir, surprise*, comme notre ah! ou ha! *vox quiritantis, optantis, admirantis*, dit *Robertson*. Ces divers usages de l'*a* en Grec ont donné lieu à ce vers des *Racines Greques*: A *fait un, prive, augmente, admire*. En terme de Grammaire, et sur-tout de Grammaire Greque, on appelle *a* pur un *a* qui seul fait une syllabe comme en φιλία, *amicitia*».

[298] Concretamente, de la entrada *Adverbe* de la *Encyclopedie*.

> no debe estar muy lejos del verbo; por eso se les llama adverbios; es decir, palabras junto al verbo. Ello no impide que haya adverbios que estén en relación también con adjetivos, o participios, y nombres calificativos como *roi, père* etc., pues decimos *il m'a paru fort changé*; *c'est une femme extrêmement sage et fort aimable*; *il es véritablemente roi*.

Sigue con la consideración del adverbio como un complemento que funciona de la misma forma que el sintagma preposición más nombre. De manera que, siendo eso así, el adverbio es un recurso de economía lingüística en las lenguas:

> Si ordenamos las diferentes partes de la oración que entran en el discurso, yo coloco al adverbio detrás de la preposición, porque me parece que lo que diferencia al adverbio de las otras clases de palabras, es el hecho de que el adverbio equivale a una preposición más nombre; tiene el valor de una preposición con su complemento; se trata, pues, de una palabra que economiza. Por ejemplo, *sagement* es lo mismo que *avec sagesse*.

Si lo que acaba de decir es cierto, se sigue, en virtud de la ley de la permutación, que toda palabra que pueda ser permutada por preposición más nombre es un adverbio; así la palabra *y*, que puede ser permutada por *dans ce lieu-là*, es un adverbio; y lo mismo sucede con otras, como *ou* o *si*, cuando no es condicional:

> De manera que toda palabra que pueda ser reducida a preposición más nombre es un adverbio. Consiguientemente, la palabra *y*, cuando se dice *il y est*, esa palabra, afirmo, es un adverbio que viene del latín *ibi*. Y es que *il y a* es como si se dijera *il est dans ce lieu-là*.
>
> *Où* es también un adverbio que viene del latín *ubi*, que se pronunciaba *oubi*. De manera que en *Où est-il*, equivale a *en quel lieu*.
>
> *Si*, cuando no es conjunción condicional, es también adverbio; tal sucede cuando se dice *elle est si sage*, *il est si savant*. En esos casos *si* viene del latín *sic*, con el significado de «hasta ese punto», «hasta el punto que», etc. Es el significado o valor de la palabra, y no el número de sílabas, el criterio que hay que seguir para colocar a una palabra en una clase en lugar de en otra. Así, *A* es preposición cuando tiene el sentido de la preposición latina *à*, o el de *ad*, mientras que es verbo, cuando significa *habet*, que nuestros antepasados hicieron evolucionar a *ha*.

Como consecuencia del análisis anterior, el adverbio, como la preposición más nombre, sirve para marcar un valor determinado para la palabra a la que determinan:

> Dado que el adverbio lleva siempre consigo el valor de una preposición y dado que todas las preposiciones marcan un tipo de manera de ser, una especie de modificación en virtud de la cual la palabra que sigue a la preposición adquiere una aplicación particular, es evidente que el adverbio debe añadir alguna modificación o alguna circunstancia a la acción expresada en el verbo. Por ejemplo, *Il a été reçu avec politesse,* o *poliment*.

El adverbio tiene sentido completo por sí mismo, de forma que no necesita complemento:

> De ahí se sigue también que el adverbio no tiene, por sí mismo, necesidad de complemento. Es una palabra que sirve para modificar a otras palabras y no deja a

la mente a la espera necesaria de otra palabra, como sí lo hacen el verbo activo y la preposición. Y es que, si yo digo del rey *qu'il a donné,* se me preguntará *quoi* o *à qui*. Si yo digo de alguien que se ha comportado *avec*, o *par*, o *sans*, estas preposiciones exigen su complemento. Por el contrario, si yo digo *il est conduit prudemment* etc., la mente no tiene ninguna pregunta necesaria que hacer en relación con *prudemment*. Puedo, es verdad, preguntar en qué ha consistido esa prudencia; pero esa pregunta no demanda algo que sea gramaticalmente necesario.

El concepto de sentido completo, le lleva a Du Marsais a volver a exponer la doctrina del análisis por constituyentes binarios de toda proposición:

Para entender bien lo que quiero decir, hay que advertir que toda proposición que tenga sentido completo, está compuesta de diferentes sentidos particulares, los cuales, puestos en relación entre sí, forman el conjunto o sentido completo. Esos diferentes sentidos particulares, que son como las piedras de un edificio, forman también su propio conjunto. Cuando digo *le soleil est levè,* estamos ante un conjunto con sentido completo. Pero ese sentido completo está compuesto de dos conceptos particulares: tenemos el concepto *soleil* y el concepto *est levé*. Hay que decir además que este último concepto está compuesto de dos palabras, *est* y *levé*, y que la última palabra viene exigida por la primera. En caso de *Pierre dort*, hay dos conceptos enunciados mediante dos palabras; pero si decimos *Pierre bat*, esta última palabra, *bat*, no es nada más que una parte de lo que tengo en la mente; es necesario enunciar la persona o la cosa que *Pierre bat*: *Pierre bat Paul*, en cuyo caso *Paul* es el complemento de *bat*; *bat Paul* es el concepto completo; pero es a su vez un concepto parcial de la proposición *Pierre bat Paul*.

De la misma forma, si digo *Pierre est avec*, *sur*, o *dans*, las palabras *avec*, *sur*, o *dans*, no son nada más que partes de un concepto y necesita cada una de ellas un complemento. Es más, estas palabras, unidas a un complemento, constituyen un concepto, el cual, si es enunciado en una sola palabra, se convierte en adverbio; y el adverbio, en tanto que concepto particular con sentido total, no necesita otro complemento para funcionar como concepto particular.

Concluye sobre el concepto general de adverbio:

De acuerdo con esta idea del adverbio, es evidente que las palabras que no pueden ser reducidas a una preposición seguida de su complemento, son o bien conjunciones o bien partículas, que tienen usos concretos. Pero no deben de ninguna forma ser incluidas en la clase de los adverbios. Por ello yo no considero como adverbios a las palabras *non* o *oui*. *Non* y *ne* son partículas negativas.

En lo que se refiere a *oui* yo creo que es el participio pasivo del verbo *ouir*, y que decimos *oui* por elipsis; sería *cela est oui*, como *cela est entendu*. Es el mismo sentido en el que los latinos decían *dictum puta*[299].

6.2. Tipos de adverbios en francés

Hay, pues, tantos tipos de adverbios como formas de ser que puedan ser enunciadas por una preposición más su complemento. Se les puede reducir a diferentes clases.

[299] Térence, *Andr.* act. I, sc. II.

Adverbios de Tiempo.

Dos preguntas de tiempo se pueden hacer con adverbios, a las cuales se puede responder con adverbios o con preposiciones más su complemento[300].

1. *Quand* viendrez-vous? *Demain, dans trois jours*.

2. *Combien de temps? Si long-temps que*; a*utant de temps que*. *Combien de temps* Jesus-Christ a-t-il vécu? *Trente trois ans*; se sobreentiende *pendant*.

Hay además otros adverbios de tiempo: *Jusqu'à ce que*; *tous le jours*, donde se sobreentiende la preposición *pendant*; *maintenant*; *présentement*; *alors*, es decir, *à l'heure*.

Auparavant. Esta palabra, por ser adverbio, no necesita llevar complemento. Es, pues, un error decir *auparavant cela*; hay que decir *avant cela*, *autrefois*, *dernièrement*.

Aujourd'hui significa *au jour de hui*, el día presente. Antes se decía simplemente *hui*: *je n'irai hui* (Nicod). *Hui* está todavía en uso en las provincias meridionales.

Hier, *demain*, *autrefois*, *un jour* (referido tanto al pasado como al futuro).

Quelquefois, *le matin*, *le soir*, *tard*, *avant-hier*, *quelque jour* (para afirmar), *jamais* (para negar), *deja*, *long-temps*, *depuis peu*, *quand*, *ci-devant*, *ci-après*, *a l'avenir*, *avant que*, *jusqu'à ce que*, *tandis que*, *bientôt*, *d'abord*, *tout à l'heur*, *alors*, *dès-lors*, *enfin*, *a l'avenir*, *ordinairement*, *d'ordinaire*.

Adverbios de lugar.

Hay cuatro formas de expresar el lugar. El lugar puede ser visto[301]: 1º, como el lugar en el que se está o se vive; 2º, como el lugar al que se va; 3º, como el lugar por el que se pasa; 4º, como el lugar de donde se viene. Es lo que los gramáticos llaman *in loco, ad locum, per locum, de loco*; o, de otra forma, *ubi, quo, qua, unde*. *Où est-il? Il est là*, donde *où* y *là* son adverbios, ya que se puede decir *en quel lieu? En ce lieu* etc.

He aquí algunos adverbios más de lugar o de situación: *y*, en *il y est*; *ailleurs*, *devant*, *derrière*, *dessus*, *dessous*, *dedans*, *dehors*, *par-tout*, *autour.*

Adverbios de cantidad[302].

Combien, *beaucoup*, *peu*, *davantage*, *très-fort*, *un peu*, *médiocrement*, *amplement*, *en abondance*, *a foison*, *largement*.

Adverbios de cualidad.

Savamment, *pieusement*, *ardemment*, *sagement*, *gaiement*, *bien*, *mal*, *heureusement*; y una gran cantidad de otras formas sacadas de adjetivos que califican a sus sustantivos.

Adverbios de modo.

Promptement, *tout d'un coup*, *lentement*, *a la hâte*, *peu à peu*, *confusément*, *insolenmment*, *de diverses manières*.

---

300 En los siguientes ejemplos, la *Encyclopedie* comenzaba por el término latino: *Quando, quandiu, hodie, heri,* etc.

301 Como en el caso anterior, en la *Encyclopedie* se recogía primero la expresión latina: *in loco* ou *ubi*; *ad locum* ou *quo*; *qua? qua ibo?; unde? unde venis?*

302 También en este caso, y en los siguientes, recogía la *Encyclopedie* el término latino.

Hay también adverbios que sirven para marcar la relación o referencia de semejanza: *ainsi que*, *comme*, *de la même manière*, *de même que*.

Otros, por el contrario, marcan la diversidad: *autrement*, *d'ailleurs*.

Otros sirven para contar el número de veces: *quelquefois*, *combien de fois*, *encore*, *souvent*, *rarement*, *une fois*, *deux fois*, *trois fois*, *cent fois*, *mille fois*. En francés sobreentendemos en estos casos algunas preposiciones: *pendant*, *pour*, *par*.

Otros son adverbios derivados de números ordinales: *premièrement*, *secondement*, *en troisième lieu* etc.

Adverbios de interrogación.

Pourquoi, *pour quel sujet*, *comment*. Hay también, sobre todo en latín, partículas que sirven para preguntar: *an*, *anne*, *num*, *nunquid*, *nonne, ne* (como enclítica de una palabra): *Videsne? Voyez-vous?*; *ec* (unida a ciertas palabras): *ecquando*, quand? *Ecquis*, qui? *Ecqua mulier*, quelle femme?

Adverbios de afirmación.

Ainsi, *certainement*, *vraiment oui*, *sans doute*.

Adverbios de negación.

En aucune manière, *nullement*, *point de tout*, *nulle part*.

Adverbios de disminución.

Presque, *peu s'en faut*.

Adverbios de duda.

Peut-être.

Hay también adverbios que sirven para los razonamientos: *ainsi*, *or*, *par conséquent*.

Otros que marcan unión: *ensemble*, *conjointement*, *pareillement*. Otros, división: *a part*, *en particulier*, *separément*, *en détail*, *l'un après l'aure*. Otros, excepción: *seulement* etc.

Hay también palabras que en las comparaciones sirven para aumentar el significado de los adjetivos. Por ejemplo, se dice *pieux* (positivo), *plus pieux*, *très* o *fort pieux*. Las palabras *plus*, *très*, *fort* son consideradas como adverbios. *Fort* es lo mismo que *fortement*, *extrèmement*. *Très* viene de *ter*, que significa tres veces. *Plus* equivale a *selon une plus grande valeur*. *Moins* es también un adverbio que sirve para comparar.

Hay palabras que algunos gramáticos consideran como conjunciones y otros como adverbios. Lo cierto es que, si esas palabras esconden el valor de una preposición con su complemento, como sucede con *parceque*, *c'est pourquoi* etc. estamos ante adverbios; y si las encontramos funcionando como conjunción, diremos que son adverbios conjuntivos.

Hay muchos adjetivos que son usados adverbialmente: *Il sent bon*, *il sent mauvois*, *il voit clair*, *il chante juste*, *parlez bas*, *parlez haut*, *frappez fort*, *tenir bon*, *tenir ferme* etc.

Se llama expresión adverbial a aquella que equivale a un adverbio. Si el uso hubiera fijado una sola palabra para expresar el mismo sentido, esa palabra sería un adverbio; pero cuando ese sentido es enunciado con dos palabras, se dice que es una expresión adverbial. Es lo que sucede con *vis-à-vis, tout d'un*

coup, tout-à-coup, à coup sur, que en latín tienen sus equivalentes en una sola palabra que es un adverbio concreto: *improvise, subito*, *certo*; y *tout de bon* en latín es *serio* etc.

7. CONJUNCIONES

También este capitulo está tomado de la *Encyclopedie*.

Utiliza Du Marsais el mismo esquema que en el caso del adverbio. Trata en primer lugar de la conjunción como parte de la oración universal y, después, describe los tipos concretos de conjunción en francés.

7.1. Definición general de conjunción

La conjunción une dos oraciones, una de las cuales introduce una modificación nueva o una idea accesoria en relación con la otra:

> Las conjunciones son palabras cortas que indican que la mente percibe una relación entre dos objetos, independientemente de la percepción real que tenga de cada uno de ellos; esa relación puede ser acompañamiento, de oposición, o de cualquier otro tipo. La mente junta esos dos objetos y considera a uno en relación con el otro, desde su punto de vista particular. Pues bien, la palabra que no tiene otra función que la de marcar esta consideración relativa de la mente, se llama conjunción.
>
> Por ejemplo, si yo digo que *Cicéron et Quintilien sont les auteurs les plus judicieux de l'antiquité,* estoy dando de Quintiliano el mismo juicio que de Cicerón. Ese es el motivo de que junte a Cicerón con Quintiliano. La palabra *et*, que marca esa unión, es la conjunción.
>
> Lo mismo sucede cuando se quiere marcar una relación de oposición o diferencia. Por ejemplo, si yo digo que *il y a un avantage réel à être instruit*, y añado enseguida, sin ligadura, que *il ne faut pas que la science inspire de l'orgueil*, estoy enunciando dos sentidos por separado. Pero si quiero poner en relación estos dos sentidos y formar con ellos uno de esos conjuntos que se llaman periodo, lo primero que veo es una diferencia y una especie de distanciamiento y oposición entre la ciencia y el orgullo. Ese es el motivo que me permite juntar esos dos objetos. El motivo es la necesidad de marcar la diferencia. De manera que, en el conjunto final, enunciaré la segunda de las ideas mediante la conjunción *mais*; y diré, pues: *il y a un avantage réel à être instruit; mais il ne faut pas que cet avantage inspire de l'orgueil*. Ese *mais* une las dos proposiciones o miembros del periodo y los opone entre sí.
>
> De manera que la función de la conjunción es unir palabras para introducir una modificación nueva o una idea accesoria, que una de las proposiciones añade a la otra.

Trata a continuación de la conjunción como parte de la oración. ¿Es realmente parte de la oración? Sí lo es, porque no sirve solo para unir oraciones, sino que tienen un valor determinado que les da nuestra mente cuando une en un juicio las dos oraciones:

Los antiguos gramáticos dudaron en colocar las conjunciones entre las partes de la oración; la razón es que las conjunciones no representen ideas que responden a cosas del mundo real. Pero, dice Prisciano[303], «qué es ser parte de la oración sino enunciar un concepto, una afección o movimiento interior de la mente?» (*Quid enim est aliud pars orationis, nisi vox indicans mentis conceptum, id est cogitationem?*)[304]. Es verdad que las conjunciones no enuncian, como sí hacen los nombres, ideas de seres reales o metafísicos; pero sí expresan el estado o afección de la mente al poner en relación una idea con otra, una proposición con otra. De manera que las conjunciones suponen siempre la existencia de dos ideas o dos proposiciones; y son ellas las que dan a conocer el tipo de idea accesoria que la mente concibe entre una y otra.

Si solo se ve en las conjunciones la propiedad de unir un sentido con otro, hay que reconocer que esta función la comparten con otras palabras.

El verbo, por ejemplo, une al atributo con el sujeto. Los pronombres *lui, elle, eux, le, la, les, leur* unen una proposición con otra. Pero estas palabras reciben su nombre de otro empleo que les es mucho más propio.

Hay también adjetivos relativos que hacen el oficio de conjunción. Tal es el relativo *qui, lequel, laquelle*. Y es que, además de que el relativo remite y apunta al objeto del que se está hablando, también une y junta una nueva proposición a ese objeto. El relativo identifica además la nueva proposición con el objeto. En *Dieu que nous adorons est tout-puissant,* el atributo *est tout-puissant* es afirmado de Dios, y concretamente del Dios *que nous adorons. Tel, quel, talis, qualis, tantus, quantus, tot, quot* etc. hacen también la función de conjunción.

Hay adverbios que, además de la propiedad de marcar una circunstancia de tiempo o de lugar, añaden además alguna otra idea previa a la proposición en que ellos se encuentran. Tal es el caso de *afin que*. Encontramos en algunos autores antiguos y se dice todavía en algunas provincias, *à celle fin que, ad hunc finem secundum quem,* donde se puede ver una preposición con un nombre que funcionan como adverbios, y también la idea accesoria de unión y de dependencia. Lo mismo sucede con *à cause que, propterea quod*; *parceque, quia*; *encore, adhuc*; *déja, jam* etc. Estas palabras deben ser consideradas como adverbios conjuntivos, ya que tienen al mismo tiempo la función de adverbios y la función de conjunciones. Y es de la función que tienen las palabras en la frase de donde se ha de sacar su nombre.

7.2. Tipos de conjunciones

En lo que se refiere a las conjunciones propiamente dichas, hay de ellas tantos tipos como diferencias hay en los puntos de vista bajo los cuales nuestra mente ve las relaciones entre una palabra y otra, o entre un pensamiento y otro pensamiento. Esas son las mismas diferencias que hay a la hora unir las proposiciones y los periodos.

Los gramáticos, a la hora de hablar de cada una de las partes de la oración, apuntan a lo que ellos llaman accidentes. Pues bien, en el caso de las conjunciones, hablan de dos tipos de accidentes.

[303] Lib. XI, *sub initio.*

[304] La traducción de Du Marsais no es exacta; lo que dice Quintiliano es: «¿Qué otra cosa es, pues, parte de la oración, sino una palabra que indica un concepto da la mente, es decir, un pensamiento?».

El primero se refiere al hecho de que sean simples o compuestas. Es lo que los gramáticos llaman la *figura*. Entienden por ello el hecho de que se trate de una palabra simple, o de una palabra compuesta. Hay conjunciones simples, como *et*, *ou, mais, si, car, aussi, or, donc* etc. Y hay otras que son compuestas, como *à moins que, pourvu que, de sorte que, parceque, par conséquent* etc.

El segundo accidente de las conjunciones es su significado, sus efectos o su función. Es este accidente el que ha dado lugar a los nombres de los que vamos a hablar. A este respecto, he creído que no podría hacerlo mejor que siguiendo el orden que el señor abad Girard ha guardado en su *Grammaire*, en el capítulo *Des conjonctions*[305]. Esta obra está llena de observaciones útiles que provocan que hagamos otras que quizás jamás hubiéramos hecho, si no nos hubiera servido de punto de reflexión la obra de este digno académico.

1. Conjunciones copulativas.

Et, ni son dos conjunciones llamadas copulativas, del latín *copulare*, «unir», «juntar», «ligar». La primera se usa en afirmaciones, y la segunda en las negaciones. Por ejemplo, *il n'a ni vice ni vertu*. *Ni* deriva del latín *nec*, que equivale a *et non*. Se encuentra frecuentemente *et* con el valor de *ni* en proposiciones negativas, aunque decir esto no parece correcto. En *Je ne connoissois pas Almanzor et l'Amour*[306] yo preferiría mejor *ni*. Igualmente, en lugar de *La poésie n'admet pas les expressions et les transpositions particulières, que ne peuvent pas trouver quelquefois leur place en prose dans le style vif et élevé,* sería mejor decir, con el poeta Buffier, *la poésie n'admet ni expression ni transposition* etc.

Obsérvese que, como la mente va por delante de la palabra, las prisas por enunciar el pensamiento provocan con frecuencia la supresión de conjunciones, sobre todo de las copulativas. Así en *Attention, soins, crédit, argent, j'ai mis tout en usage pour* etc. la supresión hace que el discurso sea más vivo. Se puede hacer la misma observación en relación con otras conjunciones, sobre todo en el estilo poético y en la lengua de la pasión y del entusiasmo.

2. Conjunciones aumentativas o adverbios conjuntivos aumentativos.

De plus, d'ailleurs son utilizados con frecuencia como marcas de transición en el discurso.

3. Conjunciones alternativas.

Son *ou, sinon, tantôt*. Por ejemplo, *Il faut qu'une porte soit ouverte* ou *fermée*; *Lisez* ou *ecrivez*; *pratiquez la vertu,* sinon *vous serez malheureux*; tantôt *il rit,* tantôt *il pleure*; tantôt *il veut,* tantôt *il ne veut pas.*

Estas conjunciones, que el abad Girard llama alternativas, porque marcan una alternativa, una distinción, o separación en las cosas de las que se habla, estas conjunciones, digo, son llamadas más comúnmente disyuntivas. Son conjunciones porque unen, en primer lugar, objetos, para negar de uno lo que se afirma de otro. Por ejemplo, tengamos primero dos objetos como el sol y la tierra; digamos a continuación que el sol gira en torno a la tierra, o bien que la tierra gira alrededor del sol. De la misma forma, consideremos a Pedro y Pablo como

[305] *Les véritables príncipes de la langue françoise*, XIIe Discours.

[306] Es un verso tomado de *Zaïde, reine de Grenade, ballet heroique représenté par l'Academie Royale de Musique De Lyon* en Juin 1749, escena 4, Lyon, 1749, p. 19.

las únicas personas que pueden haber hecho una determinada acción; aquí se les considera unidos; es una conjunción; pero se les separa si decimos *C'est ou Pierre ou Paul que a fait cela; c'est l'un ou c'est l'autre.*

4. Conjunciones hipotéticas.

Son *si, soit, pourvu que, à moins que, quand, sauf.* El abad Girard las llama hipotéticas, es decir, condicionales, porque, efectivamente, estas conjunciones introducen una condición, una suposición, una hipótesis.

Si. Hay un *si* condicional: En *Vous deviendrez savant si vous aimez l'étude*, la proposición *si vous aimez l'étude* es la hipótesis o condición. Hay también un *si* que introduce una duda: *je ne sais si* etc. Y hay aún un *si* que deriva del *sic* de los latinos; este si es en ese caso adverbio: *sic, adeo, à ce point, tellement.*

Soit es el *sive* latino; *soit gout, soit raison, soit caprice, il aime la retraite.* Se puede también considerar a este *soit, sive*, como una conjunción alternativa o de distinción.

Sauf introduce una hipótesis, pero como restricción.

5. Conjunciones adversativas.

Se llaman conjunciones adversativas a las conjunciones que marcan alguna diferencia, alguna restricción u oposición entre lo que precede y lo que sigue. Unen ideas y hacen que una sea la contrabalanza de la otra. El término «adversativa» deriva del latín *adversus*, que significa «contrario», «opuesto». Hay siete conjunciones adversativas: *mais, quoique, bien que, cependant, pourquoi, neanmoins, toutefois.* Hay diferencias entre las conjunciones adversativas y las disyuntivas; en las adversativas, el primer significado puede subsistir sin el segundo, que es su opuesto; en las disyuntivas, sin embargo, la mente contempla primero los dos miembros juntos y, después, los separa, dándolos como alternativa, partiéndolos y dividiéndolos. Así en *C'est le soleil* ou *la terre qui tourne; c'est vous ou moi;* soit *que vous mangiez,* soit *que vous buviez.* En una palabra, las adversativas restringen al miembro opuesto, mientas las disyuntivas separan o dividen[307].

Hay conjunciones que el abad Girard llama extensivas, porque unen ampliando el sentido; tales son *jusques, encore, aussi, même, tant que, non, plus, enfin*.

Hay adverbios de tiempo a los que se puede considerar también como auténticas conjunciones. Por ejemplo, *lorsque, quand, dès que, tandis que.* El sentido conjuntivo que introducen estas palabras consiste en una correspondencia de tiempo.

6. Otras conjunciones marcan un motivo, un origen, una razón. *Afin que, parceque, car, comme, aussi, atendu que, d'autant que*. El abad Girard[308] sostiene que es necesario distinguir *dautant que*, conjunción, que se escribe sin apóstrofe, de *d'autant*, adverbio que va siempre separado del *que* por *plus*, *mieux* o *moins*: *d'autant plus que*; y que se escribe con apóstrofe. El padre Joubert, en su Diccionario[309], recoge también *dautant que* como conjunción, que se escribe, dice, sin

[307] A partir de «Hay diferencias» está tomado del artículo *Adversatif* de la *Encyclopedie*.

[308] Tomo II, p. 280.

[309] *Dictionnaire françois et latin tiré des auteurs originaux et classiques de l'une et de l'autre langue par le R. P. Joseph Joubert de la Compagnie de Jesus,* Lyon, 1709.

apóstrofe, como *quia, quoniam*. Pero el abad Regnier, en su *Grammaire*, escribe *d'autant que*, conjunción, con apóstrofe; y advierte que esta palabra, que en otro tiempo era muy usada, ha quedado reducida hoy día al estilo de la cancillería y de la técnica. En lo que a mí respecta, yo creo que *d'autant que* y *d'autant mieux que* son el mismo adverbio, que, por lo demás, hace la función de conjunción en el ejemplo que el abad Girard cita para demostrar que *d'autant que* es conjunción sin apóstrofe: *On ne doit pas si fort le louer, d'autant qu'il ne le méritoit pas.* ¿No es acaso evidente que *d'autant que* equivale aquí a *ex eo quod, ex eo momento secundum quod, ex ea ratione secundum quam,* y que se podría también decir *d'autant mieux qu'il ne le méritoit pas?* En las primeras ediciones de Danet[310] se escribía *dautant que* sin apóstrofe; pero esa falta se corrigió en la edición de 1721. La misma falta encontramos también en Richelet. Nicot, en *Dictionaire*, 1606[311], escribe siempre *d'autant que* con apóstrofe.

7. Se habla de cuatro conjunciones conclusivas, es decir, que sirven para introducir una consecuencia: *donc, par conséquent, ainsi, partant*. Pero esta última solo están en uso en las cuentas, en las que marca un resultado.

8. Hay conjunciones explicativas, como las que introducen una similitud o una conformidad: *en tant que, savoir, sur-tout*.

A ellas se unen las cinco expresiones siguientes, que son conjunciones compuestas: *de sorte que, ainsi que, de façon que, c'est-à-dire, si bien que.*

Hay también conjunciones transitivas, que marcan un paso o transición de una cosa a otra: *Or, au reste, quant à, pour*, cuando equivale a *à l'egard de*, como sucede cuando se dice *l'un est venu; pour l'autre, il est demeuré.*

9. La conjunción *que*. Esta palabra es de uso muy frecuente en francés. El abad Girard la llama conjunción conductiva, porque sirve para «conducir» el significado a su complemento. Está siempre colocada entre dos ideas, la primera de las cuales necesita otra para formar un sentido completo; de manera que la unión de las dos es necesaria para mantener una continuidad de sentido. Por ejemplo, *Il est important que l'on soit instruit de ses devoirs*. Esta conjunción es muy utilizada en las comparaciones; en este caso, ella conduce, desde el término comparado, al término que se toma como modelo o como ejemplo: *Les femmes ont autant d'intelligence que les hommes*; en este caso es comparativa. En fin, la conjunción *que* sirve también para marcar una restricción en las proposiciones negativas; por ejemplo: *il n'est fait mention que d'un tel prédicateur.* A este respecto, hay que observar que lo primero que se presenta es una negación, a partir de la cual se llega a presentar a la otra cosa en un sentido exclusivamente afirmativo: *Il n'y avoit dans cette asemblée que tel qui eût de l'esprit; Nous n'avons que peu de temps à vivre, et nous ne cherchons que' à le perdre*. En estos casos el abad Girard llama restrictiva a esta conjunción.

En el fondo, esta conjunción *que* no es casi siempre otra cosa que el *quod* latino tomado en el lugar de *hoc*. *Je dis que vous êtes sage,* en latín *dico quod* que equivale a *dico hoc, nempe*, *vous êtes sage*. El *que* francés deriva también a veces del *quam*, o del *quantum*, o, en fin, del *quot* latino.

[310] *Grand Dictionnaire françois et latin, enrichi des meilleures façons de parler en l'une et lá'autre langue, avec des notes de critique et de Grammaire…* par m^r l'Abbé Danet. La primera edición del *français-latin* es de 1685 y de *latin-français* de 1691.

[311] *Thresor de la langue françoyse tant accienne que moderne*, 1606.

> Por demás, se puede librar a la memoria de la carga de los diferentes nombres de las conjunciones, ya que, independientemente de cualquier otra función que pueda haber, la conjunción une una palabra con otra, o un sentido con otro, de la forma que hemos explicado al principio. Y es que hay adverbios y preposiciones que son también conjunciones compuestas, como *afin que*, *parceque*, *à cause que* etc., cuya función es completamente diferente de la de un simple adverbio o una simple preposición, los cuales solo marcan una circunstancia o una manera de ser de un nombre o de un verbo.

8. EL ACCIDENTE GRAMATICAL

En el último capítulo de los *Principes* los editores de 1769 recogen el contenido de la entrada *Accident* de la *Encyclopedie* compuesta por Du Marsais. En el mismo, Du Marsais vuelve a moverse otra vez entre la Lógica y la Gramática.

8.1. Definición de accidente desde la Lógica

La palabra «accidente» es propia de la Lógica más que de la Gramática. Por ello, el título que Du Marsais da a ese capítulo es «Del llamado accidente en términos gramaticales»; con el mismo da a entender que en términos gramaticales no hay accidente; en Gramática solamente se puede hablar de un «llamado» accidente; de «accidente» se habla con propiedad en la Lógica:

> El término accidente es utilizado sobre todo por los gramáticos antiguos. Estos consideran, en primer lugar, a una palabra como algo que tiene la propiedad de significar; tal es, por así decir, la sustancia de una palabra; es lo que ellos llaman *nominis positio*. Después, ellos mismos hacen observaciones particulares sobre esa *positio* o sustancia metafísica; y es a estas observaciones a las que han dado el nombre de accidentes de las palabras: *dictionum accidentia*.
>
> Así, por accidente los gramáticos entienden una propiedad que, en verdad, va unida a una palabra, pero que no entra en la definición de la esencia de esa palabra. Y es que por el hecho de que una palabra sea primitiva o derivada, simple o compuesta, no deja por ello de ser un término que tiene un significado.

8.2. Accidentes universales de todas las palabras

Toda palabra puede tener un significado propio y un significado figurado; el segundo es un accidente. Toda palabra puede ser primitiva o derivada: la segunda es un accidente de la primera. Toda palabra puede ser simple o compuesta; la segunda es un accidente de las dos que la componen. Y, por fin, toda palabra puede variar su tono en función del tipo de discurso (declarativo, impresivo, interrogativo; los dos últimos serían accidentes del primero) o del estado de ánimo del que habla (tranquilo, enfadado, miedoso, etc.):

> He aquí cuáles son los accidentes:
>
> 1. Toda dicción o palabra puede tener un sentido propio y un sentido figurado. Tiene sentido propio cuando significa aquello por lo que inicialmente

fue creada. La palabra *león* fue en un primer momento destinada a significar el animal que se llama león. Si, al hablar de un hombre preminente, decimos que es un león, estamos utilizando el término león en sentido figurado. Cuando por comparación o analogía una palabra toma un significado diferente de aquel para el que fue destinada en un primer momento, estamos ante un accidente que se puede llamar *acepción* de la palabra.

2. En segundo lugar, podemos observar si una palabra es primitiva o es derivada. Una palabra es primitiva cuando no es derivada de ninguna otra palabra de la lengua en que se usa. Así, en francés, *ciel, roi, bon* son palabras primitivas. Una palabra es derivada cuando es sacada de otra palabra, como de una fuente. Así *céleste, royal, royaume, royauté, royalement, bonté, bonnement* son otras tantas palabras derivadas. Este accidente es llamado por los gramáticos la *espèce du mot* (*species*). Hablan, en efecto, los gramáticos de palabras de la especie primitiva o de palabras de la especie derivada.

3. También podemos observar si una palabra es simple o compuesta. *Juste, justice* son palabras simples; *injuste, injustice* son palabras compuestas. En latín, *res* es una palabra simple; *publica* es también una palabra simple; pero *respublica* es una palabra compuesta. Este accidente consistente en que una palabra sea simple o compuesta es llamado por los gramáticos *la figure* (*figura*). Hablan, en efecto, de palabras de *figura* simple, o de palabras de *figura* compuesta. Lo cierto es que *figura* deriva en este caso de *fingere*, y es tomada como la forma o constitución de una palabra, que puede ser simple o compuesta. Es esta la razón por la que los antiguos llamaban *vasa fictilia* a partir de *fingere* a los vasos que se hacían añadiendo barro a barro, y *figulus* al obrero que los hacía.

4. Otro accidente de las palabras es el de la pronunciación. A este respecto hay que distinguir el acento, que es una elevación o bajada de la voz, que es siempre invariable en la misma palabra, del tono o énfasis, que son las inflexiones de voz que cambian en función de los diferentes estados de ánimo y de las diferentes circunstancias; hay tono fiero, tono sumiso, tono insolente etc.

Estos son los cuatro accidentes que se encuentran en todos los tipos los tipos de palabras. Pero, aparte de ello, cada tipo concreto de palabra tiene sus accidentes propios.

8.3. Accidentes propios de cada clase de palabra

Aparte de los accidentes universales de toda clase de palabra, cada clase tiene a su vez sus propios accidentes; estos son los que generalmente han sido tenidos en cuenta en las gramáticas: el género, el número, la persona etc.:

Así, el nombre sustantivo tiene también como accidentes el género, el caso, la declinación, el número[312].

Los pronombres tienen los mismos accidentes que el nombre.

En cuanto a los verbos, tienen también como accidentes:

1. La acepción, que puede ser propia o figurada. En *Ce vieillard marche d'un pas ferme*, *marcher* tiene acepción propia. *Celui qui me suit ne marche point*

[312] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía: «qui est ou singulier ou pluriel, sans parler du duel des Grecs. Le nom adjectif a un accident de plus, qui est la *comparaison; doctus, doctior, doctissimus*; *savant, plus savant, très-savant*».

dans les ténèbres, dijo Jesu-Cristo; en este caso, *suit* y *marche* están tomados en sentido figurado[313].

2. La *species* es también un accidente de los verbos. Los hay, en efecto, primitivos, como *parler, boire, sauter, trembler*, y derivados, como *parlementer, buvoter, sautiller, tremblotter.* En esta especie de verbos derivados se recogen otras muchas subespecies; así los incohativos, los frecuentativos, los aumentativos, los diminutivos, los imitativos, los desiderativos.

3. Los verbos tienen también *figura*; es decir, son simples, como *venir, tenir, faire*, o compuestos, como *prévenir, convenir, refaire* etc.

4. La *voix* o *forma* del verbo. Es de tres tipos: la *voix* o *forma* activa; la *forma* pasiva; y la *forma* neutra[314].

5. El modo, es decir, las diferentes maneras de expresar aquello que el verbo significa, ya por medio del indicativo, que es el modo directo o absoluto; ya del imperativo; ya del subjuntivo, ya en fin del infinitivo.

6. El sexto accidente de los verbos es la facultad que tienen de marcar el tiempo por medio de terminaciones concretas: *J'aime, j'amois, j'ai aimé* etc.

7. El séptimo es la facultad de marcar las personas: la que habla, aquella a la que se habla, y aquella de la que se habla[315].

En latín y en griego, las personas y los tiempos se marcan con formas diferentes mediante terminaciones concretas, mientras que en francés, la diferencia entre terminaciones no es clara en la mayoría de los casos. Por ello nosotros ponemos junto al verbo el pronombre que marca las personas: *Je chante, tu chantes, il chante.*

8. El octavo accidente de los verbos es la conjugación. La conjugación es un esquema o lista de todas las partes y de todas las inflexiones del verbo, elaborada a partir de cierta analogía[316].

---

[313] De nuevo en la *Encyclopedie* Du Marsais añadía: «c'est-à-dire, que celui qui pratique les maximes de l'Evangile, a une bonne conduite et n'a pas besoin de se cacher; il ne fuit point la lumiere, il vit sans crainte et sans remords».

[314] Añadido en la *Encyclopedie*: «Les verbes de la voix active sont ceux dont les terminaisons expriment une action qui passe de l'agent au patient, c'est-à-dire, de celui qui fait l'action sur celui qui la reçoit: *Pierre bat Paul; bat* est un verbe de la forme active, Pierre est l'agent, Paul est le patient ou le terme de l'action de Pierre. *Dieu conserve ses créatures; conserve* est un verbe de la forme active. Le verbe est à la voix passive, lorsqu'il signifie que le sujet de la proposition est le *patient*, c'est-à-dire, qu'il est le terme de l'action ou du sentiment d'un autre: *les méchans sont punis, vous serez pris par les ennemis; sont punis, serez pris*, sont de la forme passive. Le verbe est à la forme neutre, lorsqu'il signifie une action ou un état qui ne passe point du sujet de la proposition sur aucun autre objet extérieur; comme *il pâlit, il engraisse, il maigrit, nous courons, il badine toûjours, il rit, vous rajeunissez*, etc.».

[315] En la *Encyclopedie* el párrafo era más largo: «Le septieme accident est de marquer les personnes grammaticales, c'est-à-dire, les personnes relativement à l'ordre qu'elles tiennent dans la formation du discours, et en ce sens il est évident qu'il n'y a que trois personnes. La premiere est celle qui fait le discours, c'est-à-dire, celle qui parle, *je chante; je* est la premiere personne, et *chante* est le verbe à la premiere personne, parce qu'il est dit de cette premiere personne. La seconde personne est celle à qui le discours s'adresse; *tu chantes, vous chantez*, c'est la personne à qui l'on parle. Enfin, lorsque la personne ou la chose dont on parle n'est ni à la premiere ni à la seconde personne, alors le verbe est dit être à la troisieme personne; *Pierre écrit, écrit* est à la troisieme personne: *le soleil luit, luit* est à la troisieme personne du présent de l'indicatif du verbe *luire*».

[316] Este punto era más largo en la *Encyclopedie*: «Le huitieme accident du verbe est la conjugaison. La conjugaison est une distribution ou liste de toutes les parties et de toutes les infléxions du verbe, selon une certaine analogie. Il y a quatre sortes d'analogies en Latin par rapport à la conjugaison; ainsi il y a quatre conjugaisons: chacune a son *paradigme*, c'est-à-dire un modele sur lequel chaque

9. Finalmente, el último accidente de los verbos es la *analogia* o la *anomalia*; es decir, la facultad de ser regulares y seguir la *analogia* de su paradigma, o bien la facultad de apartarse de ella. Por ello se dice que hay verbos regulares y verbos irregulares.

Si sucede que no tienen algún modo, algún tiempo, o alguna persona, se les llama defectivos.

En relación con las preposiciones, todas son primitivas y simples: *á, de, dans, avec,* etc. A este respecto hay que advertir que hay lenguas que enuncian en una sola palabra los puntos de vista, las relaciones, o las formas de ser expresados mediante las preposiciones, mientras que en otras esos mismos valores son atomizados en el habla y expresados mediante varias palabras. Por ejemplo, el latín *coram patre* es en francés *en présence de son père*; la palabra latina *coram* es una palabra primitiva y simple que expresa la única perspectiva con que la mente ve la relación concreta que establece. El francés no tiene una sola palabra para expresar eso mismo. Por eso atomiza el significado en tres palabras, *en présence de*. Lo mismo sucede con *propter* y *pour l'amour de*, y con algunas otras expresiones que nuestros gramáticos franceses incluyen en la relación de las preposiciones solo por el hecho de que equivalen a preposiciones latinas.

La preposición no hace otra cosa que añadir una circunstancia o manera a la palabra a la que precede; y esa circunstancia es considerada siempre bajo el mismo punto de vista; la circunstancia o manera que expresa la preposición es siempre la misma. En el caso de *Il y a dans*, ya sea *dans* la ciudad, o *dans* la casa, o *dans* el cofre, *dans* será siempre *dans*. Por ello las preposiciones no se declinan.

Pero hay que advertir que hay preposiciones separables como *dans, sur, avec* etc., y que hay otras que son llamadas inseparables, ya que entran en la composición de una palabra de forma tal que no pueden ser separadas de ella sin que cambie el significado concreto de la palabra. Por ejemplo, *refaire, surfaire, défaire, contrefaire*, donde las formas *re, sur, dé, contre* etc. son preposiciones inseparables.

---

verbe régulier doit être conjugué; ainsi *amare*, selon d'autres *cantare*, est le paradigme des verbes de la premiere conjugaison, et ces verbes, selon leur analogie, gardent l'*a* long de l'infinitif dans presque tous leurs tems et dans presque toutes les personnes. *Amare, amabam, amavi, amaveram, amabo, amandum, amatum*, etc. Les autres conjugaisons ont aussi leur analogie et leur paradigme. Je crois qu'à ces quatre conjugaisons on doit en ajoûter une cinquieme, qui est une conjugaison mixte, en ce qu'elle a des personnes qui suivent l'analogie de la troisieme conjugaison, et d'autres celle de la quatrieme; tels sont les verbes en *ere, io*, comme *capere, capio*; on dit à la premiere personne du passif *capior, je suis pris*, comme *audior*; cependant on dit *caperis* à la seconde personne, et non *capiris*, quoiqu'on dise *audior, audiris*. Comme il y a plusieurs verbes en *ere, io, suscipere suscipio, interficere interficio, elicere, io, excutere, io, fugere fugio, etc.* et que les commençans sont embarrassés à les conjuguer, je crois que ces verbes valent bien la peine qu'on leur donne un *paradigme* ou modele. Nos Grammairiens content aussi quatre conjugaisons de nos verbes François. 1. Les verbes de la premiere conjugaison ont l'infinitif en *er, donner.* 2. Ceux de la seconde ont l'infinitif en *ir, punir.* 3. Ceux de la troisieme ont l'infinitif en *oir, devoir.* 4. Ceux de la quatrieme ont l'infinitif en *re, dre, tre, faire, rendre, mettre*. La Grammaire de la Touche voudroit une cinquieme conjugaison des verbes en *aindre, eindre, oindre*, tels que *craindre, feindre, joindre*, parce que ces verbes ont une singularité qui est de prendre le g pour donner un son mouillé à l'*n* en certains tems, nous *craignons*, je *craignis*, je *craignisse, craignant*. Mais le P. Buffier observe qu'il y a tant de différentes infléxions entre les verbes d'une même conjugaison, qu'il faut, ou ne reconnoître qu'une seule conjugaison, ou en reconnoître autant que nous avons de terminaisons différentes dans les infinitifs. Or M. l'Abbé Regnier observe que la Langue Françoise a jusqu'à vingt-quatre terminaisons différentes à l'infiniti».

En lo que se refiere al adverbio, se trata de una palabra que, por sí misma, equivale a una preposición más su complemento. Así, *prudemment* es *avec prudence*; *sagement* es *avec sagesse* etc. Véase mi artículo *Adverbe*[317], y más atrás en p. 589.

Tres accidentes hay en el adverbio, además del significado, como sucede en todas las otras palabras. Esos tres accidentes son:

1. La *species*, que es siempre primitiva o derivada. *Ici, là, ailleurs, quand, lors, hier, ou* etc. son adverbios de la *species* primitiva, ya que no derivan de ninguna otra palabra de la lengua. Mientras que *justement, sensément, poliment, absolument*, *tellement* etc, son de la *species* derivada. Derivan de los nombres adjetivos *juste, sense, poli, absolu, tel* etc.

2. La *figura*, de acuerdo con la cual son simples o compuestos. Tienen *figura* simple los adverbios, cuando ninguna otra palabra ni preposición inseparable entra en su composición. Así, *justement, lors, jamais* son adverbios de *figura* simple. Pero *injustement, alors, aujourd'hui* y en latín *hodie* son de figura compuesta.

3. La comparación es el tercer accidente de los adverbios. Los adverbios que derivan de nombres de cualidad aceptan la comparación: *justament, plus justement, très* o *fort justament*, *le plus justement*, *bien, mieux, le mieux*; *mal, pis, le pis, plus mal, très-mal, fort mal* etc.

En lo que se refiere a la conjunción, es decir, a esas palabras cortas que sirven para expresar la relación que la mente establece entre palabras y palabras, o entre frases y frases, aparte de su significado concreto, tienen también su *figura* y su posición. En lo que se refiere a la *figura*, hay conjunciones simples como *et, ou, mais, si, car, ni* etc., y muchas conjunciones compuestas: *etsi, mais si*. Y también hay algunas que son compuestas de nombres o de verbos; por ejemplo, *à moins que, de sorte que, bien entendu que, pourvu que*. En lo que se refiere a la posición, es decir el orden o rango que las conjunciones deben tener en el discurso, hay que advertir que no hay ninguna que no haga referencia a algo que se ha dicho antes; y es que, lo que une, debe estar entre dos términos. De forma que no podríamos empezar un discurso con *mais, et, or, donc* etc. La referencia puede estar algunas veces invertida[318]; es lo que sucede con la condicional *si*, con la cual sí se puede comenzar un discurso: *Si vous êtes utile à la société, elle pourvoira à vos besoins*. Estas dos frases están unidas por la conjunción *si*. Es como si se dijera: *La société pourvoira à vos besoins, si vous y êtes utile*.

Si sucede que un discurso comienza por *or* o *donc*, ese discurso no es pensado sino como la continuación de otro que el que habla tiene en su mente y que el orador o escritor sobreentiende, para dar más vehemencia al comienzo de sus palabras. Se trata sobre todo de exclamaciones o interrogaciones[319]. Malherbe, en su Oda a Luis XIII con ocasión del viaje de este a la Rochell dice: *Donc un nouveau labeur à tes armes s'aprête*. Es[320] como si dijera *Un nouveau labeur s'aprête donc à tes armes?* Pero esta forma de expresión es rara. No se puede utilizar nada más que en la poesía o en la oratoria. En el estilo menos adornado, Malherbe hubiera dicho: *Voici un nouveau labeur qui s'aprête à tes armes.*

[317] En la Enciclopedia.

[318] Es decir, la conjunción remite hacia adelante y no hacia atrás.

[319] En la *Encyclopedie* Du Marsais añadía aquí este ejemplo: «C'est ainsi qu'Horace a dit au commencement d'une Ode: *Ergo Quintilium perpetuus sopor Urget…*».

[320] Desde aquí hasta *tes armes* no estaba en la *Encyclopedie*.

En lo que se refiere a las interjecciones, ellas solo se utilizan para expresar movimientos súbitos del espíritu. Hay tantos tipos de interjecciones como sentimientos diferentes. Así, para la tristeza y compasión están *hélas! Ha!*; para el dolor: *ai ai, ha!;* para la aversión y disgusto: *fi*. Las interjecciones solo sirven para eso; y al no ser nunca consideradas desde una única perspectiva, no están sujetas a ningún otro accidente. Solamente se puede añadir que hay nombres, verbos y adverbios, que, al ser pronunciados en ciertos movimientos pasionales, tienen la misma fuerza que una interjección: *Courage, allons, bon Dieu, voyez, marche, tout-beau, paix* etc. Es el tono, más que la palabra, el que genera la interjección.

VII. APÉNDICE. LA *MÉTHODE LATINE*[318]

A los señores de Bauffremont[322]

Señores, el deseo extremo de ser útil a ustedes me ha llevado a poner en orden este Método que les ofrezco. Ustedes son el motivo y la justificación del mismo. Que pueda él contribuir a que ustedes alcancen ese logro personal tan importante que está por encima de los beneficios más queridos e incluso de la nobleza de cuna. Es un deseo que vuestra juventud me autoriza a formular y que vuestras cualidades naturales y el ejemplo de vuestros antepasados me aseguran que alcanzaréis. Yo tengo el honor de ser, Señores, vuestro más humilde y obediente servidor. Du Marsais.

EXPOSICIÓN DE UN MÉTODO RAZONADO PARA APRENDER LA LENGUA LATINA

El método que yo propongo ha tenido un resultado tan rápido y fácil en algunos casos escolares concretos, que pienso que puedo publicarlo para hacerlo más útil al común de las gentes.

Yo no propongo ni una simple rutina, ni tampoco vanas especulaciones; se trata de una práctica contrastada y de una imitación razonada de la manera en que se aprenden las lenguas vivas.

El objetivo principal de este método es formar el espíritu de los jóvenes acostumbrándoles, sin que ellos se den cuenta, a poner en orden sus pensamientos, a percibir las relaciones naturales que existen entre las ideas, a aclarar equívocos, y a reducir todo a sus principios verdaderos. Ello es lo que da, a lo largo de la vida, un equilibrio al espíritu, al que me parece que no llevan los métodos tradicionales.

Este Método tiene dos partes: la Rutina y la Razón. Quiero anunciar que no será hasta la segunda parte que se dé la razón de todo aquello que se ha aprendido antes solo por rutina.

En los Métodos tradicionales se enseña el latín casi como haría un hombre que, para enseñar a hablar a un niño, comenzara por enseñarle el mecanismo de los órganos de la palabra.

---

[321] Seguimos el texto de 1722. <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k108167d/f38.image>.

[322] Ilustre familia francesa. Los destinatarios son jóvenes de esta familia a los que sus padres pusieron bajo la dirección pedagógica de Du Marsais.

Yo enseño primero a hablar, diciéndole simplemente al niño: «di tal palabra»; y luego le enseño la mecánica de la palabra.

Por lo demás, yo no tengo la intención de erigirme aquí en reformador y mucho menos en crítico; y si hablo de vez en cuando de método tradicional, lo hago solo en la medida en que es necesario para explicar este método mío del que puedo probar que me he servido con éxito; pero dejo a los demás, porque así es mi forma de ser, plena libertad para actuar de otra forma.

PRIMERA PARTE

Sobre la Rutina

Para saber latín, se debe enseñar:

1º. Palabras latinas con su significado.

2º. La forma de invertir o cambiar el orden de las palabras latinas que no ocupan su lugar natural, que es el que se sigue en francés.

3º. Las elipsis, es decir, las expresiones en las que haya palabras sobreentendidas.

4º. Y en fin, los latinismos o idiotismos particulares de la lengua latina.

He aquí la ruta que yo hago seguir para superar, sin fatiga, esos cuatro tipos de dificultades.

I

Las palabras con su significado

En lo que se refiere al significado de las palabras, yo no sé por qué no es eso lo primero que se hace en los años de aprendizaje. Y es que, después de todo, saber una lengua es entender las palabras de la misma. Los niños tienen buena memoria y este estudio no exige ningún esfuerzo de atención; de manera que es por aquí por donde yo creo que se debe empezar.

Yo hago aprender en primer lugar a los niños las palabras latinas de todas las cosas sensibles que golpean su mente: el fuego, el pan etc. Los niños están encantados de aprender estas palabras y de que se les pregunte; ello tiene dos grandes ventajas: la primera, el conocimiento de palabras latinas; y la segunda, la adquisición de ideas y de conocimientos.

Esta adquisición de ideas debe ser uno de los principales objetivos de la educación; es con esta finalidad con la que yo he compuesto un pequeño manual para niños con el fin de darles una idea sobre la naturaleza, sobre las artes y las ciencias; y espero hacer su lectura más útil y agradable con la ayuda de dibujos.

Sé que este objetivo ha sido alcanzado en cierta forma por el padre Pomey en su *Indiculus universalis*[323]; pero en este libro no hay nada más que palabras y

[323] *Indiculus universalis rerum fere omnium, qua in mundo sunt, scientiarum item artiumque nomina, apte breviterque colligens*, Lyon, 1667. En forma de diálogo se explican las cosas que hay en el mundo y en la naturaleza.

frecuentemente muy mal explicadas. Antes que él, Comenio, autor de *Janua linguarum*, había tenido una idea semejante y más amplia[324]; pero en su libro faltan muchas palabras y muchas cosas. De todas formas, el libro de Comenio, tal como es, es mejor manual para los niños que el *Sueño de Escipión* o las *Paradojas*[325] etc., los cuales dan por supuestas ideas que los niños todavía no han adquirido.

Yo hago que copien palabras de este Tratado a los niños que están en la edad de aprender a escribir. La escritura es un aspecto esencial que no se debe olvidar. Los grandes Maestros en educación han aconsejado siempre practicar mucho la escritura. La escritura no es nada más una cuestión de hábito y se consigue copiando palabras latinas de las que se aprende el significado de la misma forma que copiando palabras como *Commis* o *Romorantin*.

De acuerdo con esta ruta, hago también que los niños copien todos los días unas líneas de una Compilación, en la que todos los verbos latinos están escritos en cuatro columnas por orden alfabético

Amare	amo	amavi	amatum
aimer			

Con este ejercicio los niños aprenden los pretéritos y supinos. Las reglas latinas que a este respecto les son dadas me han parecido siempre muy dificultosas y muy inútiles. Es el uso el único que enseña los pretéritos y supinos. Yo apelo a todos los sabios que no se dedican a la enseñanza; seguro que no habrá ni uno que no se haya olvidado la regla; pero recordará la mayoría de los pretéritos y supinos; es el uso el que los ha fijado en su mente. Yo he observado que hace falta más tiempo para aprender la regla que para aprender los verbos que con ella se quieren explicar.

Hago que los niños lean por la tarde y por la mañana lo que han copiado de la Compilación citada; y en poco tiempo han aprendido todos los verbos con su significado. Ello supone ya un avance muy considerable; y es que no puede haber oración que no tenga verbo expreso o sobreentendido; de esta forma el niño llega pronto al punto de no encontrar frase latina alguna cuyo verbo no entienda, es decir, cuya palabra principal no entienda.

Todas la palabras que se enseñan se han de grabar en la mente mediante una repetición sabiamente controlada: se deben enseñar pocas palabras por día, más o menos las que entren en la memoria de cada muchacho en particular; cuando en las repeticiones el maestro se dé cuenta de que los niños tardan en recordar las palabras por las que se les pregunta, debe rápidamente cortar, para no forzar la memoria del niño. Es siempre el uso reiterado el que rastrea la palabra en la mente y el que evita el hastío, que es el mayor de los obstáculos y que, normalmente, viene causado por la tensión de la mente.

Se les hará también aprender algunas frases de la conversación cotidiana, lo cual hace que los niños cojan gusto al latín. Les gusta en efecto sacar a relucir las palabras y frases que aprenden; su amor propio se ve halagado; se trata de un sentimiento que el maestro puede aprovechar muy bien.

[324] Margen: «Ce Livre de Commene a pour titre: *Orbis sensualium*, Noriberga 1666».
[325] Escritos retóricos de Cicerón.

Bien es cierto que es a través de la lectura de los Autores antiguos como se consigue un vocabulario abundante; pero los niños no están en condiciones de leerlos; y es con el fin de abrirles el camino por lo que yo les hago primero aprender palabras latinas que les gustan y que no exigen la atención que exige una lectura seguida; de manera que cuando después llegan a la lectura de autores, no están expuestos al hastío que sienten los que se ven obligados a buscar en el diccionario todas las palabras del autor que están leyendo. El gusto que les da encontrar palabras que ya conocen les halaga y hace que lean con menos fatiga y durante más tiempo.

No hay que despreciar hacerles observaciones sobre las raíces de las palabras; cuando se sigue el camino de una raíz, las etimologías sirven para entender la fuerza de las palabras y para ayudar a memorizarlas gracias a los lazos que hay entre la palabra primitiva y la derivada; además, las etimologías proporcionan precisión a la hora de elegir las expresiones.

Para ello yo me sirvo del pequeño Diccionario de Danet[326], en el que las palabras están agrupadas por raíces. Este libro es casi desconocido y no ha tenido éxito porque no se utiliza en los Colegios; es, sin embargo, muy útil para grabar las palabras en nuestra mente; por ejemplo, en torno a *amo*, recoge

Amor, oris	amatrix
Amator, oris	amatorie
Amicus	amabilis
Amica	amabiliter
Amice	amicitia etc.

Hay también un pequeño libro[327], que no ha tenido mucha difusión, en el que el autor ha recogido, seguidas, las palabras latinas que llegan al francés con adición, con supresión, o con cambio de alguna letra, como *actio*, «action», *Aenigma*, «Enigme», etc.

Yo sé que este tipo de observaciones pequeñas enseñan cosas muy sencillas y que los niños no tienen mayores dificultades con este tipo de palabras. *Lubin* en *George Dandin* entiende que *collegium* quiere decir «un colegio»[328]. Sin embargo, esta práctica puede ser útil, si es bien utilizada; libra al alumno del esfuerzo que tendría que hacer para buscar cómo se dice en latín «enigme», sabiendo que basta con cambiarle una letra.

[326] Si bien Pierre Danet es autor de varios Diccionarios aparecidos en la segunda mitad del siglo XVII (cf. M. Furno, «Les dictionnaires de Pierre Danet pour la collection *Ad ussum Delphini*», *Histoire de l'éducation,* 1997, pp. 115-130), Du Marsais debe referirse aquí al titulado *Radices seu dictionarium linguae latinae in quo singulae uoces suis radicibus subiiciuntur, iussu christianissimi regis in usum serenissimi Delphini*, París, 1677. Se trata de una recopilación de palabras de la lengua latina reunidas por familias y agrupadas en torno a la palabra primitiva.

[327] En el margen: *Rapports de la Langue latine*, à Paris 1671. Se trata de *Rapports de la Langue latine avec la française pour traduire élegamment, avec un recueil étymologique de 5000 mots fr. tirez du Latin, París, 1672*. Su autor es François Poulain de la Barre, autor, por lo demás, de tratados feministas de inspiración cartesiana.

[328] En el margen se lee «Molière t. 4». *George Dandin* es una comedia de Molière y Lubin uno de sus personajes, al que se le supone poca cultura y, sin embargo, sabe que *collegium* es «college».

Yo hago que escriban en un cuaderno aparte las palabras de las que yo me doy cuenta que se han olvidado, y las palabras cuyo significado es más difícil de retener.

II
Sobre la inversión

En lo que se refiere a la inversión latina, hay que decir que es lo que más les cuesta a los jóvenes entender. Ellos están acostumbrados a expresar sus pensamientos y a entender los pensamientos de los demás estando las palabras colocadas en el orden natural que es el que la lengua francesa sigue casi siempre; de manera que, cuando ese orden es modificado, no perciben el significado de la frase hasta que no han entendido el significado de todas las palabras de la misma.

En francés, la colocación de las palabras da cuenta ya del sentido en que han de ser tomadas, mientras que en latín es la terminación de las mismas la que determina con qué otra palabra ha de ser puesta en relación.

Le Roy aime le peuple es una frase que tiene un significado. Pero si cambiáis el orden de las palabras y decís *le peuple aime le Roy*, el significado, en francés, será otro distinto; por el contrario, en latín da lo mismo colocar al «pueblo» o al «rey» delante o detrás del verbo; pero en latín la terminación de las palabras cambia, y, gracias a ello, se sabrá quién es el que ama y quién es el amado. Es por ello por lo que los nombres en francés no se declinan, es decir tienen siempre la misma terminación. Su posición en la frase, insisto, y las preposiciones solucionan el problema de su significado.

Los métodos tradicionales echan para atrás a los principiantes al obligarles a entender a los autores latinos por medio de inversiones[329]. Y es que ese alumno principiante no está acostumbrado a conocer el valor sintáctico de una palabra con solo su terminación, de manera que él no sabría sacar del conjunto de una página la palabra que deber ser puesta en primer lugar. Esto es lo que dice la experiencia: un día se le explican diez o doce líneas cortas y al día siguiente ya se le han olvidado. Y es que el órgano correspondiente, en concreto su inteligencia, no está, en los niños, más entrenado para este tipo de ejercicios, de lo que puedan estar sus brazos para levantar pesados fardos.

La operación de colocar las palabras latinas en su orden natural por medio de inversiones exige una tensión mental que exige auténtico esfuerzo en su cerebro, y, consiguientemente, la rechaza; solamente en una edad más avanzada y tras haber alcanzado mediante el uso el hábito de percibir el lugar que le corresponde a cada palabra en la frase viendo solo su terminación, podrán soportar esa tensión mental.

Con el fin sobre todo de que alcance ese hábito y también de sacar provecho de sus primeros años, que son una época muy buena para aprender, yo evito toda

[329] Es decir, poniendo la frase latina en el orden que deberían llevar esas palabras en la lengua a la que se traduce; en este caso el francés.

dificultad, haciéndoles analizar los autores latinos en construcciones simples, sin que tenga que recurrir a ningún tipo de inversión[330].

Comienzo por un Catecismo latino; en segundo lugar, sigo con un Compendio de la fábula; y en tercer lugar con un Compendio en el que hablo de la Naturaleza, del Arte y de las Ciencias.

Las palabras están colocadas en el orden natural, y bajo cada palabra latina está la palabra francesa correspondiente escrita en letra itálica:

Boni odérunt peccare prae amore virtutis[331]
Les gens de bien ont concú l'aversion de mal fair à cause de l'amour de la vertu

De esta manera el joven alumno identifica tan bien la imagen de la palabra francesa con la palabra latina que él no sabría ya escuchar una sin pensar en la otra. Es lo típico de las ideas accesorias[332]: que cuando una es evocada, es evocada también aquella otra que se aprendió al mismo tiempo. Luego, se enseñan las mismas frases latinas en un cuaderno de repetición, concretamente en un cuaderno en el que no hay francés.

Y no se trata ahora de preguntar en ese momento en qué caso está un nombre, o en qué tiempo un verbo; se enseña simplemente en un primer momento el significado de las palabras en la forma en que están: *amavi*, «j'ai aimé».

Es increíble la facilidad y el gusto con que los niños analizan con este procedimiento. Dado que analizan y dado que ignoran totalmente que hay cuestiones que se les pueden plantear sobre las palabras que ya entienden, llegan a creer que ya saben latín. Cual jóvenes jinetes de academia, a quienes no se les hace montar por primera vez nada más que en caballos dóciles, se creen capaces tras solo ocho días de ejercicios; algo que no reconocerán que no son, hasta que avancen un poco más.

En los análisis tradicionales, los chicos tienen que hacer varias cosas a la vez, ya que, dejando a un lado el tema del autor, del que no saben nada, deben: 1, retener el significado de las palabras latinas; 2, su ordenación natural, ya que se hace lo que llaman la construcción[333]; 3, y, en fin, el giro francés que responde al latino. Y todo ello deben retenerlo de memoria. ¿Cómo quieren que no acaben agobiados?

[330] Es decir, Du Marsais lo que propone y hace es darle al alumno la inversión ya hecha. De esta forma, el chico no la tiene que hacer y se le evita un esfuerzo inútil. Para Du Marsais la construcción simple o natural es aquella en la que están todos los constituyentes que lógicamente tienen que estar en la frase y en el orden en que deben estar: sujeto-verbo-complementos; determinante-determinado; preposición-régimen.

[331] En el margen se cita: Horat. l. 1, *Epist*. 16. El verso horaciano es *Oderunt peccare boni virtutis amore*. Du Marsais se lo da ya a los alumnos en el orden natural de la lengua francesa. Es decir, les da ya la inversión hecha.

[332] «Il y a des idées qu'on appelle accesoires. Une *idée accessoire* est celle qui est réveillée en nous à l'occasion d'une autre idée. Lorsque deux ou plusierurs idées ont été excites en nous dans le même temps, si dans la suit l'une des deux est excitée, il est rare que l'autre ne le soit pas aussi; et c'est cette dernière que l'on appellee *accessoire*» (*Logique ou réflexions sur les principales opérations de l'Esprit*, en Oeuvres de Du Marsais, t. cinquième, París, 1797, p. 321).

[333] Es decir, tienen que ordenar las palabras latinas de la frase de acuerdo con el orden de la lengua francesa. En definitiva, tienen que hacer la inversión los propios chicos.

Con el método que yo utilizo, solo tienen que hacer una cosa: retener el simple significado de las palabras latinas; y esto lo hacen sin esfuerzo, ya que lo hacen mediante la lectura y mantienen la atención gracias a la novedad.

Por lo demás, como la enseñanza se hace por escrito[334], cada uno puede insistir en una palabra las veces que sean convenientes para la memorización. Así, además de retener aquello que se ve con más facilidad que aquello que se oye, se tiene siempre presente al maestro con el significado de cada palabra, cuando se haya olvidado[335]; y siempre de una manera uniforme. En cambio cuando solamente se le oye explicar de viva voz, y con frecuencia de forma diferente, solo los que tienen la misma memoria que atención pueden retener lo que se les explica.

Sobre la traducción literal. Por lo demás el francés que se pone al lado de las palabras latinas[336], es un francés latinizado; quiero decir que la palabra francesa debe traducir la palabra latina con el significado más exacto posible. Por ejemplo

Cato, *Caton*, áttulit, *porta*, sibi, *à soi*, manus, *des mains*, violéntas, *violentes*

Y esta frase latina no se debe traducir así: *il se tua*, o *se donna la mort*[337].

De esta forma, cuando los chicos encuentran las mismas palabras en otras frases, conocen su significado[338]; y además, aprenden los giros latinos con su significado original[339].

Esta forma de enseñar no es quizás para el maestro tan fácil como podría parecer a primera vista; pero sí aporta al alumno un conocimiento fácil y profundo de la lengua latina.

Yo sé que esta traducción literal puede molestar en principio a aquellos que no conocen su motivación; es decir, a aquellos que no ven que el objetivo que se busca con esta manera de traducir no es otro que enseñar a hablar latín, cosa que no se puede hacer sino explicando cada palabra latina mediante la palabra francesa correspondiente.

Desde los primeros años de nuestra infancia identificamos ciertas ideas con ciertas impresiones; el uso consolida después esa identificación. Las mentes de los animales dan siempre la misma interpretación a cada idea particular, de manera que cuando en lo sucesivo ven que una idea provoca una interpretación diferente, se produce en el cerebro un movimiento diferente al habitual; y ese movimiento levanta o bien la sorpresa, o la burla, y algunas veces incluso el dolor. Esta es la razón por la que cada pueblo considera extraña la expresión y forma de hablar de otro pueblo. En Florencia se ríen de la forma en que un francés pronuncia el latín o el italiano, y en París se burlan de la pronunciación del florentino. De igual manera, la mayoría de aquellos que escuchan traducir la frase latina *pater ejus* como

[334] Ya dijo antes que él tenía preparados a este respecto un catecismo, un compendio de fábulas y otro compendio con frases sobre la naturaleza, las ciencias y las artes.

[335] Como está por escrito, el alumno tiene siempre delante la explicación del maestro.

[336] Se supone que en el catecismo y los compendios que él utiliza.

[337] Es decir, no es el momento de traducir modismos.

[338] El auténtico, no los metafóricos.

[339] Es decir, sin los significados metafóricos propios de los modismos.

«le pere de lui» en lugar de «son pere» se ven tentados en principio a burlarse de la traducción.

Sin embargo, de la misma forma que la manera más fácil de hacer que se entienda la expresión de los extranjeros es aceptar su expresión tal como es y no hacer que el extranjero se exprese a la francesa, así el mejor método para enseñar las lenguas extranjeras es enseñar sus giros naturales; y ello no se puede hacer sino mediante la traducción literal.

Si estás aprendiendo, por ejemplo, el italiano, no lo sabrás jamás perfectamente, si no utilizas nada más que traducciones en las cuales el giro italiano es traducido por el correspondiente giro francés. Demostraré esto con ejemplos sacados de la Proverbios.

> *Non destare il can che dorme;* el giro francés correspondiente es *N'eveillez pas le chat qui dort*; pero la traducción literal es *ne point éveiller le chien qui dort.*
>
> *La fiamma è vicina al fuoco;* el giro francés correspondiente es *le feu ne va pas sans fumée*; pero la traducción literal es *la flamme est voisine de la fumée.*
>
> *E un voler dar pugni alla Luna;* el giro francés correspondiente es *C'est vouloir prendre la Lune avec les dents;* pero la traducción literal es *c'est un vouloir donner un coup de poing à la Lune.*
>
> *Perdere l'acqua e il sapone;* el giro francés correspondiente es *perdre son temps et sa peine*; pero la traducción literal es *perdre l'eau et le savon.*

Quien desprecie la traducción literal en estos ejemplos, ¿podrá alardear de estar aprendiendo italiano? Eso mismo ocurre en todas las lenguas.

Los maestros expertos siguen, en sus lecciones de viva voz, la traducción literal, pero ninguno de ellos, que yo sepa, se ha atrevido a publicar ninguna traducción literal. Su amor propio les ha hecho temer que pasarían por extranjeros ante los ojos de los ignorantes, que son, lo reconozco, la mayoría. Pero yo he superado ese prejuicio sin que ello me haya perjudicado; y lo he hecho a fin de facilitar los paralelos lingüísticos a los jóvenes y de darles un conocimiento más exacto de latín.

No hay motivo para tener miedo de que esta manera de explicar haga que los alumnos hablen mal francés.

1º. Cuanto más equilibrada y clara se tenga la mente, tanto mejor se escribe y se habla. Y no hay nada que sea más apropiado para proporcionar a los jóvenes claridad y equilibrio de mente que el ejercicio en la traducción literal, ya que ella exige precisión, propiedad en el uso de las palabras, y una cierta exactitud que impide a la mente perderse en ideas que no vienen al caso.

2º. La traducción literal hace que percibamos las diferencias entre dos lenguas. Cuanto más lejos está el giro latino del francés, menos miedo debemos tener a que lo imitemos al hablar francés. La traducción literal nos da a conocer la naturaleza de la lengua latina, respeta el uso mejor que lo hace el maestro, y enseña también el giro de la lengua francesa.

3º. Por otro lado, la traducción literal no obliga a decir la palabra francesa hasta después de haber dicho la latina. De esta forma, es imposible que una incorrecta frase francesa, atada y ligada a la latina, sea llevada a la conversación ordinaria.

4º. En fin, la traducción en general se hace de dos formas diferentes:

1ª. Se hace para que aquellos que ignoran la lengua original del autor tengan acceso a él. En este caso, la traducción literal término por término sería ridícula.

El traductor debe utilizar en la traducción su propia lengua y no la del autor, ya que no traduce sino para personas de su nación. Por ello, debe traducir los giros particulares de la lengua original con giros particulares de su propia lengua; en una palabra, la traducción deber ser lo que habría escrito el autor, si este hubiera escrito en la lengua del traductor.

2ª. Pero cuando se traduce para aprender la lengua del autor, es evidente que no se llegará al objetivo que se busca, si no nos esforzamos por aprender el significado propio de las palabras y los giros particulares de la forma de hablar del original; y el medio más fácil para llegar a ello, es la traducción literal; el único objetivo de esta es ese.

De manera que quien traduce a Terencio para enseñar la lengua latina, ante una expresión terenciana de un esclavo como *Isthaec in me cudetur faba*, debe traducir «Cette féve será batuë sur moi». Pero el traductor que ofrece una traducción para que la entiendan los que no saben latín, debe hacer hablar a Terencio como lo haría Molière: «Ce sera aux dépens de mon dos»[340].

Solo el mayor o menor talento e imaginación del traductor es el que determina que la traducción sea más o menor elegante; esta es, por así decir, obra del talento y del instinto. Y todas las reglas con las que algunos autores han compuesto volúmenes para enseñar a hacer este tipo de traducción, no sirven nada más que para tormento y aflicción de la mente y no conducen sino a una penosa sequedad.

De manera que es a la traducción literal a la que nos debemos atener, en primer lugar, para aprender la lengua latina y entender lo que el autor quiere decir; el conocimiento de vuestra propia lengua, que se consigue con la lectura y con el bien conversar, os conducirá después al otro tipo de traducción, siempre que seáis capaces de hacerlo.

Pero, por volver al tema de la inversión, yo sé que hay muchos expertos maestros que disminuyen las dificultades poniendo cifras u otros signos encima de las palabras latinas. Pero yo no llegaría a aprobar este método; los muchachos solo piensan en encontrar la palabra, y no en entender o percibir la relación entre las palabras: su imaginación está totalmente distraída, y solo actúan mecánicamente, y su mente no está orientada a comprender; y se embelesan ante los que solo pretenden entenderlos, pero no ante aquellos que buscan sondear el grado de conocimiento de su mente.

III

Sobre las elipsis

En lo que se refiere a las elipsis, es decir a las palabras sobreentendidas, yo las recojo todas en los primeros cuadernos que hago leer a los alumnos. Yo

[340] Al margen: Fourberies de Scapin, Acte 3. sc. 1.

he reducido todo Terencio a construcciones simples, explicitando siempre las palabras sobreentendidas y poniendo siempre una preposición a cualquier ablativo que aparezca:

Sosia, adesdum paucis te volo

Esta frase aparece ordenada de esta forma:

O Sosia adesdum volo álloqui te cum paucis verbis...

Y

Menédemi vicem miseret me

se lee así:

Miseratio tenet me propter vicem Menedémi.

El procedimiento que yo sostengo a este respecto es uno de los puntos de este Método que me granjeará quizás más contestación por parte de aquellos que no están sino mediocremente instruidos. Pero como siempre que uno se manifiesta en público tiene que pensar que se está dirigiendo a personas razonables, yo suplico al lector que se moleste en llegar a mis razones y en penetrar, como lo he hecho yo, en los motivos que me han llevado a seguir este procedimiento.

Si yo añadiera de mi propia cosecha las palabras sobreentendidas, para construir una lengua en función de mis ideas, no merecería ninguna atención; pero yo no suplo una palabra latina en un pasaje en el que falte, salvo que esa misma palabra esté expresa en otro pasaje similar, y con el mismo significado; así, desarrollo la lengua latina a partir de la propia lengua latina y, consiguientemente, manteniéndome en sus verdaderos principios.

La lengua no es nada más que la expresión del pensamiento, de manera que en el discurso, esté este compuesto de los sonidos que esté compuesto, hay esencialmente un orden cierto que es el orden que está en la mente del que habla; de manera que el discurso pueda siempre encajar en ese orden. La necesidad o la comodidad de abreviar, y, aún más, las prisas de la imaginación por sacar fuera sus pensamientos, hacen que diga con una sola palabra lo que se diría o podría decir con muchas. *Poenitet me peccati* es, según los gramáticos antiguos, lo mismo que si se dijera: *Poena peccati tenet* o *habet me*. Así se dice en francés: «Le mal me prend», «l'envie me prend», «le sommeil me prend», etc.

Por ello las reglas de la construcción racional son muy simples y valen esencialmente para todas las lenguas, que se diferencian entre sí solo en aquello que es arbitrario.

Todo se reduce, pues, a saber si las palabras que suplimos están verdaderamente elididas; por ejemplo, en lugar de decir *manet Lutetiae*, yo hago leer a los principiantes *manet in urbe Lutetiae*. No hay ninguna duda de que estas dos palabras, *in urbe*, están verdaderamente elididas, porque las encontramos expresas en todos los buenos autores; y además, sabemos por otros genitivos de la lengua latina que este caso depende siempre de otro sustantivo que le precede; así que *Lutetiae* está en

genitivo solo por esta razón. La regla que dice que responde a la cuestión *ubi* no es nada más que una quimera[341].

Lo mismo sucede con las preposiciones que yo sobreentiendo constantemente; así en los ablativos comúnmente llamados absolutos como *Imperante Caesare Augusto*; aquí yo añado la preposición *sub*, porque en otros muchos casos la encontramos expresamente utilizada, como sucede en francés: *Sous l'Empire d'Auguste*.

Todo cambio obedece a una causa, tanto en Gramática, como en Física. Esta es una regla inmutable de la naturaleza. Pues bien, dado que las palabras en ablativo han cambiado su forma denominativa normal[342] para adquirir la terminación de ablativo, es necesario que haya una razón que justifique ese cambio; es así que vemos que en otros muchos ejemplos el ablativo es el caso natural de la preposición; luego tenemos razones para suplirla.

No voy a disimular una objeción que se me ha hecho; se me ha dicho que, supliendo preposiciones delante de los ablativos y delante de los complementos de tiempo y de modo, cometía las faltas que se conocen como solecismo, porque hay una regla que dice que estos complementos se ponen simplemente en ablativo.

Sin entrar en el análisis del valor de esta regla, ni en el análisis del uso que los buenos autores hacen de ella, yo respondo que las prisas que tenemos por dar a conocer nuestros pensamientos mediante el discurso han determinado que exista el uso de abreviar las expresiones que utilizamos con frecuencia. Este uso es aceptado en todas las lenguas, ya que la causa racional del mismo es igual para todas. Yo podría poner muchos ejemplos incluso en francés, lengua en la que las elipsis son menos aceptadas. Hay muchas ocasiones en las que suprimimos, como en latín, la preposición delante de complementos nominales de tiempo o modo. Pero de ahí no se sigue que, ni en francés ni en latín, estos complementos nominales estén en ablativo por algún régimen particular que no sea el régimen de la preposición. Los casos en los que las preposiciones están expresas nos marcan qué preposición se sobreentiende: en *Je reviendrai dans deux ans* y *je reviendrai l'anné prochaine* tenemos el mismo régimen. El primer ejemplo nos indica que el *l'année prochaine* del segundo está regido por la preposición *dans*, que debemos sobreentender.

De manera que cuando en los primeros cuadernos que hago leer a los alumnos pongo en latín las preposiciones en giros que sé bien que el uso latino las ha suprimido, lo hago para dar a conocer desde el primer momento cuál es el verdadero régimen de esos ablativos y para dar el esquema racional de la expresión. Y no dejo a continuación de hacer ver al alumno los giros en que el uso ha querido que las preposiciones están suprimidas. Este procedimiento no lleva a nadie a engaño; al contrario, ilumina la mente y ahorra esfuerzo, porque lo reduce todo a una regla uniforme y muestra un latín siempre en el mismo orden.

---

[341] Las gramáticas normativas del XVII habían reducido la Sintaxis a un cúmulo de reglas. Entre ellas estaba una que decía que a la pregunta *ubi?* se responde varias maneras: una de ellas es el genitivo en el caso de ciudades. *Lutetiae* no es, pues, para Du Marsais un genitivo locativo, sino un genitivo dependiente, como todo genitivo de un nombre elidido.

[342] La forma denominativa normal sería la de nominativo.

El famoso Sanctius y otros muchos gramáticos han estudiado todas las palabras sobreentendidas; yo no hago sino seguirles. Los señores de Port-Royal, en su sabia *Méthode latine*, siguiendo a esos autores, convierten las expresiones abreviadas en expresiones simples[343]. Yo no pretendo buscar la gloria de ser el inventor de esto en lo sustancial; y por ello me encuentro más autorizado.

Pero unos y otros de estos autores[344] no han puesto a disposición de los principiantes estas observaciones; en la *nouvelle Méthode* de Port Royal las ponen en letra pequeña; de manera que solo van dirigidas a los maestros[345].

Yo, por mi parte, imito la conducta del apóstol: *Lac vobis dedi non escam*[346]; y es que son los niños los que tienen más necesidad de simplicidad; de manera que le presento el latín en su simplicidad natural; y de esta manera, ellos se encuentran por así decir en su infancia como si estuvieran en una edad más avanzada.

La experiencia me ha demostrado que este método tiene grandes ventajas.

Proporciona gran precisión de mente, ya que acostumbra a los niños a poner orden y claridad en sus pensamientos: no se encontrará nunca con una frase inacabada, verá siempre el sujeto, el verbo, el atributo y todos los complementos.

Hay tres objetivos principales que nunca se deben perder de vista en la educación de los niños: su salud, sus sentimientos y su mente. Aquí no tratamos de los dos primeros. La tercera es la única que puede entrar en el tema que estamos tratando. Yo estoy convencido de que las personas de sentido común que tengan alguna experiencia convendrán fácilmente conmigo en que proponer un latín seguido, según el orden natural de los pensamientos, evitando la tortura que suponen para la mente las inversiones y las palabras sobreentendidas, es un medio eficaz para acostumbrar a la mente de un joven a no concebir nada que no esté muy claro y a que no existan los engaños de un equívoco.

¿Y no son las reglas de la Lógica las que proporcionan precisión a la mente? ¿No coinciden todos los hombres en los mismos principios? Solo la aplicación constante de esas reglas genera una mente precisa y elimina lo no preciso. Pues bien, la práctica que yo hago seguir no es sino la aplicación continua de reglas de una sólida Dialéctica.

Pero, aparte de esta ventaja[347] con la que yo cuento a pesar de muchos, esta *Méthode* ofrece luz en todos los pasajes difíciles de los autores que los niños leerán más adelante tal como fueron escritos; dado que ya están acostumbrados a la frase con todos sus constituyentes expresos, suplirán con extraordinaria facilidad todo lo que esté sobreentendido en esos autores; es decir, harán sin esfuerzo lo que se llama la construcción[348].

---

[343] Es decir, en expresiones en las que están todos los constituyentes de la frase y en el orden natural en que deben estar.

[344] Sanctius y sus seguidores por una parte y los de Port Royal, por otra.

[345] Al margen se lee esto: «Habían hecho imprimir en otra letra las advertencias y observaciones que no iban dirigidas a los alumnos, sino a los maestros. Nouv. Meth. de P. R. Préface».

[346] «Os di a beber leche, no comida sólida» (1 Cor. C. 3).

[347] La precisión de mente.

[348] La construcción simple, que, como dijimos, es aquella que tiene todos los constituyentes necesarios y en el orden natural de los mismos.

Cuando lleguen a la lectura de esos autores, entienden ya casi todas las palabras latinas, conocen –y esto por instinto– el orden lógico de los pensamientos y el lugar que debe ocupar cada palabra por su terminación, y tienen en cuenta, por imitación, aquello que haya que suplir; de suerte que ya solo las alusiones a costumbres antiguas o a hechos históricos o fabulosos pueden entorpecer la lectura de los autores latinos.

IV
Las formas de hablar o latinismos

Las pasiones de los hombres y su imaginación se encuentran esencialmente en todos los pueblos; pero, en medio de esa uniformidad general, hay una infinita variedad en las vías que las pasiones toman para satisfacerse, y en los giros que la imaginación sigue para expresarse. El hecho de que el incendio de una casa en cualquier posible lugar del mundo provoque la agitación y el deseo de ponerse a salvo, eso es la uniformidad. Pero en unos sitios, como en Francia, gritan «¡fuego!»; en otros, «¡al agua!», como en el antiguo pueblo latino, véase *clamare aquas!* en Propercio[349]; esa es la variedad.

Lo mismo sucede con la enseñanza moral de los proverbios; esa enseñanza es la misma para todos; pero es representada con figuras diferentes. Esto viene a demostrar de paso lo falsa que es la observación de aquellos que afirman que ciertas costumbres y ciertas opiniones han arraigado entre los hombres solo por el hecho de que fueron mantenidas por los pueblos más antiguos. Es en la uniformidad de las pasiones o de la imaginación humanas y en la variedad de vías que siguen para manifestarse donde se debe buscar la fuente de todos esos usos. Los hombres de hoy cantamos, porque la disposición de nuestros órganos es de una manera determinada, y no porque cantaran los egipcios y los griegos; y si el pueblo cree en las hadas y en los hombres-lobo, no es porque los antiguos creyeran en espectros y lémures, sino porque la imaginación humana está hecha de tal forma que le han gustado desde siempre los fantasmas y lo maravilloso.

Los diferentes giros que los diferentes pueblos han utilizado para expresarse están regulados por estas dos normas soberanas de la uniformidad y de la variedad. Hay uniformidad en lo esencial del pensamiento y variedad en el giro y en la expresión.

Todos los hombres del mundo que piensen que Dios ha creado el cielo y la tierra, considerarán a Dios como agente y al cielo y la tierra como pacientes o términos de la acción de Dios; esa es la uniformidad. Pero se servirán de sonidos diferentes para expresar el nombre de Dios y el nombre del cielo y de la tierra; marcarán también de forma diferente la relación que en este caso establecen entre Dios y los demás constituyentes y la relación que consideran que tienen el cielo y la tierra con Dios; esta es la variedad.

La naturaleza ha dado al hombre la facultad de pensar y le ha dado también órganos con los cuales puede producir sonidos para dar a conocer su pensamiento.

[349] Propert., 4. 8. 58: *Territa vicinas Teia clamat aquas.*

El mismo pensamiento será igual para todos los hombres; pero las diferentes circunstancias de los diferentes pueblos y el poco comercio que hay entre las naciones han producido modificaciones diferentes en los sonidos que sirven para dar a conocer ese mismo pensamiento.

Todos los idiotismos latinos se aprenden fácilmente y con sus significados verdaderos con el método de la traducción literal y supliendo las palabras sobreentendidas. Por ejemplo *Quanti emisti? Tanti* es desarrollado en mi Método así *Pro pretio quanti aeris emisti? Emi pro pretio tanti aeris.* Se sabe que las primeras monedas de los romanos eran de cobre (*aes*) y de diferentes pesos; después, la palabra *aes* ha sido empleada con el significado de moneda en general.

De esta forma están explicados todos los latinismos en el curso de la traducción de mi Método; sin que los muchachos se den cuenta y sin recurrir a más regla que la de la construcción simple. De esta forma, desaparecen todas las reglas y excepciones de los Métodos tradicionales; regla como la del *Que retranché*, o como la de la partícula *on*, y tantos otros fantasmas que tanto torturan a los niños[350], que les cansan sin aclararles nada, y que olvidan en cuanto tienen uso de razón, ya que esas pretendidas reglas no tienen ningún fundamento en la naturaleza, aunque se las honre llamándolas Principios.

Habría sido de desear que los autores de Diccionarios hubiesen trabajado de acuerdo con esta idea; se habrían ahorrado muchas observaciones falsas o inútiles y habrían aclarado muchos pasajes que han dejado en las tinieblas.

Este método consistente en explicar a los autores supliendo todas las palabras sobreentendidas y colocando las propias palabras de aquellos en el orden natural, es mucho más fácil y mucho más útil para los principiantes que el método que han seguido aquellos que se han tomado la molestia de traducir a los autores latinos con otras expresiones latinas. Esto es dar por supuesto que se conoce ya lo que se quiere aprender; es dar dos autores en uno; es decir, es doblar la dificultad.

Por otro lado, como, para hablar con exactitud, no hay términos sinónimos en una misma lengua, si las palabras que ha utilizado Virgilio son las palabras exactas, hay que concluir que las de su traductor latino no lo son.

Conclusión de esta primera parte

Hasta aquí lo que yo entiendo por Rutina; consiste en que antes de hablar a los alumnos de declinaciones, de conjugaciones y de Sintaxis, yo les hago entender por instinto, haciéndoles aprender palabras latinas y algunas frases, y sobre todo explicando literalmente un latín reducido a construcciones simples y sin ninguna palabra sobreentendida.

[350] Se trata de reglas que tratan de explicar modismos del francés, o del castellano o de cualquier otra lengua moderna que no tenían correspondencia estructural exacta con la correspondiente frase latina. Lo del *Que retranché* y lo del *On* se refiere a las gramáticas, sobre todo jesuíticas, que se esforzaban por explicar las construcciones latinas de infinitivo tras verbos de lengua que en francés se construían con *Que* y las construcciones latinas que respondían a las impersonales francesas construidas con *On*.

El alumno aprende él mismo, con la lectura, la frase ya explicada[351]; y nada hay que se conozca mejor que aquello que alguien ha aprendido por sí mismo. Los maestros solo sirven para regular los estudios, hacer aclaraciones y mandar las repeticiones.

Los comienzos en el aprendizaje de la lengua latina son generalmente duros para los maestros y para los alumnos. La Rutina que yo propongo evitará mucha fatiga a unos y lágrimas a los otros.

Por lo demás, yo no he marcado ningún límite temporal en la duración de esta Rutina; los muchachos harán ejercicios durante más o menos tiempo en función de la claridad de su mente y hasta que el maestro se dé cuenta de que conocen el significado de una palabra por la terminación. Que no se piense en abreviar retirándoles pronto de este ejercicio; yo he demostrado al contrario que es abreviar mantenerles largo tiempo en él; mantenerles en él es multiplicar las provisiones y retrasar a una edad más apropiada la aplicación que las reglas de la Sintaxis exigen.

He dicho al principio que esta Rutina es una imitación de la forma en que se aprenden las lenguas modernas. Los negociantes de las ciudades marítimas y fronterizas hacen intercambios con sus hijos, con el fin de que se enseñen recíprocamente la lengua vecina; y estos niños, que no tienen otro maestro que el uso, conocen en seis meses muchas más palabras y formas de hablar de la lengua del país al que han sido enviados que latín saben aquellos que lo han estudiado durante muchos años en los métodos tradicionales.

Yo propongo una rutina parecida al uso que estos niños hacen de la lengua que están aprendiendo, o quizás más exacta y más fácil, ya que el muchacho tiene siempre a su lado al intérprete, es decir los cuadernos en los cuales los autores con los que nuestros niños tratan son explicados literalmente.

La Gramática no existió sino mucho tiempo después que la lengua. El uso ha formado las lenguas, y, después, los gramáticos han hecho sus reflexiones. De manera que comenzar por el uso es imitar a la naturaleza.

Terminaré esta primera parte con la siguiente observación. No hay quizás en el todo mundo un niño de cuatro a cinco años que no sepa en su lengua natural hacer concertar el adjetivo con el sustantivo. Sin embargo, con los métodos tradicionales se necesitan muchos años; con ellos se cometen constantemente, en edad ya bien avanzada, faltas contra esta regla tan simple. La razón es fácil de entender: se comienza por la teoría y quizás por una teoría que los niños no entienden en absoluto. En esa edad no se comprenden las cosas sino porque se sienten o porque se usan. Hagamos preceder al uso, y no dirán *Deus est bona*, como no dicen *Dieu est bonne*.

Podría yo aportar muchas autoridades; entre ellas la de M. Locke en su tratado sobre la Educación de los niños, para justificar lo que he dicho: que la rutina debe preceder a las reglas. Pero en un asunto que es puro sentido común y que se puede demostrar con la experiencia, las autoridades son inútiles.

[351] Es decir, sin sobreentendidos y en el orden natural.

SEGUNDA PARTE

Sobre la Gramática razonada

Una vez que los jóvenes alumnos se han ejercitado en la Rutina que acabamos de explicar, se les enseña el mecanismo de la Construcción, haciendo por así decir la anatomía de todas las frases y aportándoles una idea exacta de todas las partes del discurso, de acuerdo con los principios de la Gramática razonada.

Los que dicen que el nombre sustantivo es aquel delante del cual se puede poner *le* o *la*, no están dando una definición que proceda de la realidad profunda de las cosas, y consiguientemente no están siguiendo los principios de la Gramática razonada, de acuerdo con la cual habría que decir que el nombre sustantivo es una palabra que significa una sustancia, o cualquier cosa que es considerada como sustancia.

Mis alumnos aprenden la Gramática de acuerdo con este plan: se les explican todas las partes del discurso, el nombre, el verbo etc. Se les da a conocer el valor racional de cada caso: el nominativo es el caso con el que se nombra el sujeto de la proposición; el acusativo es el caso en que se pone lo que es la meta u objeto de la acción que el verbo porta en su significado etc.; y así toda la Sintaxis. No es el verbo el que el que rige los casos, es el significado del verbo.

Espero hacer ver en este discurso que este método está al alcance de los jóvenes que hayan superado nuestra Rutina, y que los métodos tradicionales exigen mucha más atención y tensión de la mente.

I

La Gramática razonada es fácil para los jóvenes que hayan superado la Rutina

La inteligencia de los jóvenes es de la misma naturaleza que la nuestra, y quizás tenga la ventaja de no estar todavía corrompida por prejuicios, salvo por un pequeño número. Pero no tiene todavía la fuerza de comprensión que se supone que tiene en edad avanzada, ya sea porque el número de ideas adquiridas es todavía pequeño, ya sea por la poca consistencia de su cerebro.

Si tenemos en cuenta, como debe ser, estos dos principios, llegaremos al acuerdo de que solo hay dos tipos de razonamientos que no están al alcance de los niños.

I. Los razonamientos que se basan en ideas que los niños todavía no han adquirido o en ideas sobre las que no se ha tenido la precaución de hacerles reflexionar. Cuando llega a la mente una idea nueva y esa idea es de la especie de aquellas que exigen un modelo previo ya impreso en el cerebro, es inútil atormentar al niño intentado hacerle comprender esa idea nueva; es como hablar de colores a un ciego, o explicar las notas musicales a un sordo de nacimiento. Es este uno de los grandes defectos de los maestros que no se dedican lo suficiente en sus lecciones a aclarar las ideas que todavía no están impresas con una forma determinada en el cerebro

de sus alumnos. Se les riñe algunas veces por no entender y se hace con tan poca razón como cuando nos lamentamos de que no conozcan a personas que no han visto nunca o no conozcan el sabor de una comida que todavía no han probado.

Así, antes de hacer a los niños la observación de que el nombre adjetivo, por ejemplo, marca una cualidad o manera de ser de una cosa, es necesario tener la precaución de darles ejemplos de qué son las maneras de ser: por ejemplo, se coge un trozo de cera, y se le hace cambiar de forma para explicar que «redondo» y «cuadrado» no son nada más que maneras de ser de aquella cera.

De igual manera, antes de explicarles los dos tipos de relación que hay en la acción de dar, es muy útil hacer que niño dé una cosa a otro y luego preguntar: 1º ¿Qué has dado?; 2º ¿A quién has dado? De esta manera, los razonamientos que hagamos sobre la acción de dar quedan impresos y grabados de tal forma en su cerebro, que las reflexiones enlazan fácilmente con lo que tienen grabado y los niños entienden con la misma facilidad que cuando ven con los ojos y entienden también las reglas que son necesarias[352].

De acuerdo con este principio, no creo que sea tan útil como se piensa hacerles estudiar a los muchachos las Fábulas de Esopo. Estas nos gustan a los mayores solo por las aplicaciones que hacemos de ellas y porque entendemos la enseñanza moral que hay tras ellas, pues tenemos ya años de vida; pero a los niños les gustan solo por lo maravilloso y por la ficción. Pero este es un gusto que debemos rechazar en el caso de la fábula y aceptarlo solo para la historia.

De manera que yo pienso que los niños, de la misma forma que las personas mayores, no son capaces de hacer reflexiones salvo que encuentren en ellas alguna idea ya adquirida anteriormente. Las ideas abstractas exigen en la mente la existencia de conocimientos con los cuales puedan tener relación; el nombre de abstractas se debe solo a que son sacadas de ideas concretas; exigen, pues, la existencia de ideas concretas; es necesario, pues, grabar en la mente ideas concretas antes de hacer mención de las abstractas. Sin este método, incluso la mente más lúcida no entenderá nada; y con él, hasta la mente más mediocre llegará en sus conocimientos más allá de sus posibilidades. Si hacemos que el más sesudo teólogo o astrónomo, que no saben nada de cosas de Palacio, oigan hablar de emolumentos o de solicitudes civiles, o de otros términos todavía más sencillos, sacarán sin duda menos provecho que el más pequeño escribano. Tal es la naturaleza de la mente humana. Los conocimientos no son ciencia infusa: nuestra mente no se da a si misma los conocimientos, así como tampoco las cuerdas de un instrumento musical se dan a si mismas el toque que produce el sonido. De manera que en la adquisición de los conocimientos hay un orden a seguir. El punto más importante de la Didáctica, es decir de la ciencia de la enseñanza, está en identificar los conocimientos que deben adquirirse primero y los que deber adquirirse después, y la manera en que deben ser grabados en la mente unos y otros.

Los primeros conocimientos nuevos que intentemos dar a los niños, y quizás al resto de los hombres, no pueden entrar en su mente por la vía del razonamiento, ya que el razonamiento exige previamente ideas concretas que solo entran en la mente

[352] Se entiende que para construir frases en las que aparezca la acción de dar.

por la puerta de las sensaciones. Pero una vez adquiridas esas primeras ideas, se puede y frecuentemente incluso se debe razonar a partir de esas ideas primitivas; y dado que los razonamientos no exigen otro tipo de ideas, habrá pocas personas que no puedan fácilmente comprender los razonamientos.

De manera que yo no exijo nada más que dos condiciones para hacer comprender los razonamientos de esta Gramática razonada.

La primera es tener la edad adecuada; esa edad es aquella en la que se considera que los niños pueden estudiar las reglas de Despauterio.

La segunda es que los niños hayan ya practicado durante algún tiempo la rutina de la que ya he hablado. Entonces, como ellos han visto ya frecuentemente que una palabra cambia de terminación, como sucede con *Dominus, Dominorum* etc., se les explica la causa de ese cambio. Se les dice que esas diferentes terminaciones han sido inventadas para marcar las diferentes relaciones que puede establecer una misma palabra; y se les detallan las diferentes relaciones que están marcadas por las terminaciones casuales. En *Coenam apparare*, *coenam* está en acusativo, no porque vaya regido por *apparare*, sino porque *coenam* es el objeto o meta de la acción expresada en *apparare*; y se les dice que con un palabra en acusativo los latinos dan a conocer que ellos la consideran como meta de la acción, siempre que utilicen la voz activa; no se encontrará ninguna excepción a esta regla, siempre que se entienda bien el significado del verbo. Así, *studere* debe entenderse como «aplicarse a»; *favere*, «ser favorable a»; *docere*, «instruir»; y otros que veremos cuando expliquemos detalladamente la Sintaxis.

II. El segundo tipo de razonamientos que no está al alcance de los niños, es el de aquellos en los que hay que hacer muchas combinaciones; este tipo de razonamientos generan una tensión mental tal, que el cerebro de los niños no es capaz todavía de aguantar. No es el caso de los razonamientos de la Gramática razonada, los cuales son muy simples y muy uniformes, como se verá, espero, en el Tratado de la Sintaxis. La verdad puede ser siempre percibida cuando la buscan mentes preparadas, ya que el objeto de la verdad son las cosas tal como son; o, mejor, la verdad, que existe en las cosas, queda grabada en la mente cuando puede entrar en ella en el momento de percibirla.

Uno de los puntos principales de la educación, como ya he dicho, es formar la mente de los niños; se debe incluso estudiar tanto para formar el espíritu, como para formar la mente. No se podría rendir a los jóvenes servicio más esencial que fortalecer en ellos el gusto natural que todos tenemos por la verdad. Y con este objetivo se les debe hablar siempre con claridad y no se les deben dar nunca reglas que no estén fundadas en la razón. Sin embargo, cuando tenemos ya un pensamiento correcto o una definición exacta, no creamos que por ello los chicos están en condiciones de aprender ese pensamiento y esa definición, si no procuramos que, además, sean comprendidos con más fijeza, y produzcan en ellos una impresión más profunda o incluso placer. Y es que la verdad, una vez conocida, produce placer siempre. Los chicos nos hacen ver con frecuencia que ellos no son incapaces de conocer la verdad; y que si la ignoran durante mucho tiempo, ello es menos por culpa suya que por culpa de quienes no conocen el arte de hacer que la perciban.

II

Los métodos tradicionales exigen mucha más atención y tensión de mente

Los métodos tradicionales tienen los dos inconvenientes que acabamos de citar.

El primero es dar ideas que no están bien pensadas; y el segundo dar reglas complejas que no consisten nada más que en palabras. Eso es lo que hace que los chicos no encuentren dentro de sí mismos un sentimiento interior que les convenza de la verdad de esas reglas.

Se empieza por hacerles aprender de memoria palabras que no entienden. No entienden por qué esas palabras cambian de terminación; se les habla de casos, declinaciones, régimen sin que estén preparados para ello. Así nada se queda en la mente, nada conecta por así decir en la mente, nada deja huella en ella, salvo la huella de la fatiga y del disgusto.

En segundo lugar, ¿hay algo más complejo que las reglas que se dan sobre el *Que retranché*, la partícula *on* y otras pretendidas dificultades? Coger el libro del Método que queráis, que tenga el título de Método fácil; en él se os dirá «cuando en un frase francesa hay un *que* detrás de un verbo, para poner esa frase francesa en latín, hay que suprimir el *que,* y poner el sustantivo que le sigue en acusativo y el verbo en infinitivo en el tiempo conveniente, ya presente si el verbo francés está en presente», etc. Esta regla va seguida de un gran número de excepciones que son explicadas de la misma manera. No hay nada que exija más precisión y tensión de mente que esto, ya que es necesario que estén presentes en la mente al mismo tiempo diferentes cosas.

¿No es mucho más sencillo y más accesible a los niños hacerles ver las diferencias entre un latinismo y un galicismo? La frase latina *Poetae tradunt Saturnum devorasse suos liberos* («Los poetas cuentan Saturno haber devorado a sus hijos») en francés es «Les Poëtes disent que Saturne a dévoré ses enfants».

En relación con *on*, que pretenden que sea una partícula, es en realidad una síncopa de la palabra *homme*; significa, pues, «hombre en general» en sentido indeterminado; por ello se puede decir igualmente *on* que *l'on*, según convenga a la harmonía de la frase concreta. O quizás estos usos del *on* nos vengan de una expresión que utilizaban nuestros antepasados, según vemos en los antiguos manuscritos: *un dit*, en la que pronunciaban el *un* como *oun*, a la italiana, y de ahí vendría *on*[353]. En latín se utilizan otros giros para decir lo que nosotros decimos con *on*; de ellos hablaremos en su momento.

Las reglas que se dan comúnmente para salvar esas pretendidas dificultades[354], además del inconveniente de no tener en cuenta las diferencias en las formas de pensar y de hablar de los diferentes pueblos, tienen también el de obligar a la mente a tener en cuenta varias cosas a la vez; eso exige una consistencia mental que no tienen todavía los jóvenes en su cerebro y que se encuentra muy raramente en el de los mayores ya formados.

[353] En el margen advierte Du Marsais que esta observación se la debe al Abad Raguenet.

[354] A la hora de poner en latín los galicismos.

Se atormenta a los jóvenes durante muchos años con estas dificultades, como si la lengua latina no consistiera nada más que en ese punto[355]; como si consistiera en comenzar con reglas y acabar con reglas.

Si los que han pasado por los métodos tradicionales se acuerdan de aquellos primeros años, reconocerán todos que no entendían nada de todas aquellas reglas, y que si después han llegado a aplicarlas bien, ello se debe a la práctica.

«A mí me parece», dice el Padre Lamy, «que me metían la cabeza en un saco y que me hacían andar a golpe de látigo, dándome latigazos cada vez que daba un mal paso… Yo no entendía absolutamente nada de aquellas reglas que me obligaban a aprender de memoria…».

Scioppio dice que haría falta un gran número de años y un estudio constante para entender y retener esa multitud infinita de reglas y de excepciones.

Además, se obliga a los alumnos a aplicar esas reglas y sus excepciones haciéndoles pasar frases del francés al latín. ¿No es bastante con la atención y la tensión de mente que se exige para aplicar la regla, que además exigen tener que escoger palabras? Se les obliga a los muchachos a buscar las palabras en el Diccionario; tienen que encontrar la que conviene a la frase concreta que se les ha propuesto; distinguir los términos propios de los figurados; en una palabra, tienen que saber cosas que todavía no han aprendido; en efecto, no es hasta los cinco o seis años cuando se empieza a construir frases aceptables. Si en lugar de ese ejercicio, tan penoso como inútil tanto en la forma como en el fondo, se hubieran dedicado la mitad de esos años a aprender palabras latinas y a explicar autores con la ayuda de traducciones literales, haciendo ver detalladamente la diferencia que hay entre el giro latino y el francés, ¿no es claro que en ese caso se pasaría del francés al latín con mucha más facilidad y éxito? Todo el mundo está de acuerdo en que el primer latín de los niños no es nada más que un mal francés vestido a la latina; y es que ¿podría sacarse de su cerebro aquello que no ha llegado a entrar?

La juventud no es el momento de la cosecha ni de las producciones; es el momento de sembrar y de hacer las provisiones. De manera que solo después de que los muchachos hayan superado las dificultades que supone el aprendizaje de las declinaciones, de las conjugaciones y de la Sintaxis mediante el uso frecuente que han hecho de ellas en la explicación de libros en latín; en una palabra, solo después de haber estudiado los originales sobre los que deben ejercitar haciendo copias, yo decidiré decirles que pasan frases del francés al latín.

La práctica contraria no es lo natural: esa práctica ocupa la parte principal de los primeros años, tiempo precioso que se podría emplear para ejercicios útiles; y es la causa de que en el espacio de siete u ocho años no se haya recorrido nada más que algunos pasajes sacados de un pequeño número de Autores, sin que se haya oído jamás hablar de ciencia alguna, ni de nada de todo lo que es común en las sociedades cultas. Así sucede que cuando llegan al mundo les parece a los que los ven y a ellos mismos que llegan a un país nuevo: *ut cum in forum venerint existiment se in alium terrarum orbem delatos*[356].

[355] En aprenderla solo con reglas.

[356] *Marg.*: Petr.

Esa práctica tiene además un inconveniente considerable: dado que los chicos, en el curso de sus estudios, ocupados en componer temas, solo ven unas pocas obras de autores latinos, no entienden aquello que no han leído; de manera que no están en condiciones de disfrutar con la lectura de los que no han leído, ya no pueden leer sin maestro; y como jamás en el uso diario de la vida se presenta ocasión de pasar una frase del francés al latín, se olvidan lo que han aprendido y así se pierde el fruto de tantos años preciosos pasados en fatigas que resultan inútiles para el resto de la vida.

Pero mi principal objetivo no es otro que insistir aquí en la tensión de mente que exigen las reglas comunes y los temas, así como las inversiones del texto de los autores que se explican. Yo me limito a esa sola observación con el fin de decir, a los que se sorprendan porque yo doy a los chicos una gramática razonada, que su método tradicional tiene más complicaciones y, consiguientemente, exigen más atención de la mente de los muchachos que el método que yo propongo; en efecto, ¿cómo no va a ser mi método incomparablemente más fácil si se basa en la naturaleza? Es más, tensión mental por tensión mental, esfuerzo por esfuerzo, ¿no será mejor acostumbrar a los chicos a un método que enseñe la verdad? ¿No es más razonable llenar su imaginación y su memoria de ideas útiles, que sirvan de preparación para lo que se les presentará en el futuro y de las que puedan hacer uso a lo largo de su vida?

Yo no sé tampoco por qué se les hace aprender de memoria las reglas latinas o francesas. Y no me refiero a la oscuridad de las primeras y quizás también de las segundas; me refiero a que a mí me parece que, si se trata de reglas, no es necesaria la memoria. En efecto, como no son otra cosa que observaciones, las reglas no deben estar fundadas nada más en la razón; y una vez que han sido entendidas, ya solo es necesaria, por así decir, la memoria racional, y esta memoria jamás es esclava de las palabras.

Además, las reglas de los tratados tradicionales, como ya he señalado, están sacadas de la relación entre algunas palabras en la frase, sin tener en cuenta el fondo de las cosas; de manera que son casi todas falsas, y necesitan ir seguidas siempre de excepciones, y siempre resultan olvidadas.

Hay todavía otro inconveniente. Y es que se mira a las Ciencias como si fueran países diferentes a los que no se hace viajar a los niños sino a uno después de otro. Solo en Retórica aprenden los niños que en el discurso hay un sentido propio y un sentido figurado, como si un niño al que se considera capaz de entender las reglas de Despauterio, no pudiera comprender también que la luz del sol y la luz de la mente son dos expresiones diferentes, de las que una es propia y otra figurada en virtud de una especie de comparación. Solo en Filosofía, es decir siete u ocho años después de la entrada del niño en el país latino, se les explica qué es una proposición y cosas similares. Hasta ese momento parece que se evitan las explicaciones por medio de observaciones simples y naturales, mientras que se les agobia con preceptos y reglas combinadas que solo sirven para turbarlos. Yo quisiera ponerles en camino haciendo todo aquello que está en sus manos y que puede excitar y satisfacer su curiosidad.

En fin, se debe evitar cuidadosamente ponerles en aprietos con equívocos, como se hace frecuentemente con el pretexto frívolo de un divertimento totalmente frívolo.

No voy a entrar en comparaciones más detalladas entre los métodos tradicionales y el método que yo propongo; las personas inteligentes me comprenderán bien, y yo solo hablo para inteligentes.

Todo este método se reduce, pues, a enseñar un buen número de palabras latinas, explicar durante mucho tiempo la frase latina literalmente siguiendo el orden de la construcción simple; y las frases explicadas deben ser de contenido útil, como las del Catecismo, la Fábula y mi *Brevis et lucida Naturae Artis et Scientiarum notitia ad usum studiosae juventutis*; y no obligar a los niños a escribir nada más que las palabras útiles, como los pretéritos y supinos, y las palabras principales sobre las que se insistido en la explicación.

Después, se aprenden las declinaciones y conjugaciones, y las reglas de la Gramática razonada, que están fundadas en la naturaleza y en la razón, no están sometidas a excepciones, forman la mente, y no se olvidan jamás.

Y si se me objeta que puede ocurrir que un niño no las comprende al principio, yo pregunto: ¿comprendería mejor las reglas de los métodos tradicionales? Todos los días queda demostrado lo contrario; los errores en los que se sigue cayendo después de muchos años son la prueba de ello; de manera que en el primer caso lo que hay que hacer es no tener en cuenta que el niño no entienda al principio y esperar a que la mente se forme a fuerza de ejemplos y repeticiones; expectativa por expectativa, ¿no será mejor que se espere para conseguir la verdad?

Por lo demás, no voy a pasar por alto la objeción trivial que se hace contra todos los métodos modernos; estos métodos, se dice, jamás han tenido éxito duradero, y los maestros se ven siempre obligados a volver a los métodos tradicionales.

Pero no se tiene en cuenta que los métodos reformados exigen una atención y unos detalles que encuentran frecuentemente obstáculos; y es por ello por lo que se vuelve a caer en el método tradicional, es decir en una especie de praxis donde las cosas marchan como pueden.

Como consecuencia, en los métodos tradicionales, lo que se impone no es lo que tienen de bueno, sino la negligencia, la incapacidad, la insuficiencia, y con frecuencia incluso, si me atrevo a decirlo, una avaricia que no conoce cuáles son sus verdaderos intereses despreciando los pequeños gastos necesarios para el detalle.

Sucede que los métodos son caminos: se camina mucho mejor por un camino bien conservado, en el se han igualado los hoyos y los surcos, del que se han quitado la piedras y las puntas de rocas; pero si los encargados del mantenimiento del camino no cumplen con su obligación, los viajeros solo tendrán una ruta difícil y encontrarán el camino tal como era antes o peor.

De manera que toda la objeción consiste en decir que hay pocas personas que tengan espíritu de detalle y sean capaces de fijarse en él; y en eso yo estoy de acuerdo.

III

Traducción interlineal del *Carmen saeculare* de Horacio

Se añade aquí el Poema secular de Horacio que está al final del libro de los Epodos para que se vea cómo funciona este método. Se han añadido algunas observaciones para que se entienda mejor el texto y para explicar la traducción interlineal.

Por lo demás, no expliquéis el texto del autor sin haber entendido bien la traducción interlineal.

Poema secular de Horacio. Exposición de su contenido

Cada ciento diez años los romanos debían celebrar fiestas solemnes en honor de los dioses durante tres días y tres noches. Estas fiestas o juegos, que se llamaban seculares, debían ser celebradas de acuerdo con una pretendida predicción recogida en los Libros Sibilinos que anunciaba que el Imperio Romano se mantendría en toda su gloria siempre que se celebraran religiosamente estas fiestas.

Estos Libros Sibilinos, cuya credibilidad se apoya en la credulidad de los romanos, estaban guardados por quince sacerdotes en el templo que Augusto había hecho levantar en el monte Palatino en honor de Apolo.

Los juegos comenzaron durante el reinado de Augusto con aparato y magnificencia extraordinarios. Tras haberse cantado durante los dos primeros días y noches himnos en diversos templos en honor de los dioses, en el tercer día se iba al templo de Apolo Palatino, y, allí, un coro de veintisiete jóvenes y otro de veintisiete doncellas cantaban, respondiendo uno a otro, el siguiente himno en honor de Apolo, Diana y de las Parcas. Lo compuso Horacio por orden de Augusto, tal como nos lo transmite el autor de la Vida de este poeta[357].

Poema secular de Q. Horacio Flaco

Phoebe silvarumque potens Diana,
lucidum caeli decus, o colendi
semper et culti, date quae precamur
tempore sacro,

quo Sibyllini monuere versus
virgines lectas puerosque castos
dis, quibus septem placuere colles,
dicere carmen.

Notas

1. *Potens sylvarum*. Es un giro latino imitado de los griegos. Los griegos ponían el genitivo detrás del adjetivo sobreentendiendo la preposición *ek*, la cual rige al

[357] En el margen: Suet. in Vita Horatii.

genitivo, de la misma forma que en francés decimos *plein de* etc. La vecindad de los griegos, sobre de la *Magna Grecia* que estaba en la propia Italia, y principalmente su reputación en tema de letras, hizo que los latinos adoptaran muchos giros griegos.

2. *Ausquels les sept montagnes de Rome ont plû*, es decir, «que habéis tomado a Roma bajo vuestra protección». Estas siete montañas son el Aventino, el Palatino, el Capitolino, el Viminal, el Esquilino, el Quirinal y el Celio. Después se añadieron el Vaticano y el Janículo.

O Phoebe atque Diana potens sylvarum
O Phoebus, et Diana puissante des forêts
qui es Déesse

(ô vos) decus lucidum caeli, ô (vos)
ô vous ornement brillant du ciel, ô vous

colendi semper et
qui devez être honorez toujours et

culti semper; date
que avez été honorez toujours; donnez
accordez-nous

(ea negotia) quae precamur
ces choses que nous prions
ce nous vous demandons

(in hoc) tempore sacro
dans ce temps sacré

(in) quo versus sibyllini monuere
dans lequel les vers Sibyllins ont averti
de Sibylles

virgines lectas, atque pueros castos,
le vierges choisies, et les jeunes graçons chastes,
pieux,

dicere carmen Diis, quibus
de dire un cantique aux Dieux, auxquels
de chanter

septem colles (Romae) placuere.
les sept collines de Rome ont plû.

Alme Sol, curru nitido diem qui
promis et celas aliusque et idem
nasceris, possis nihil urbe Roma
visere maius!
Rite maturos aperire partus
lenis, Ilithyia, tuere matres,
sive tu Lucina probas vocari
seu Genitalis:

3. *Alme*. *Almus* deriva de *alere*, y significa «saludable», «favorable», «dulce». Yo no creo que se deba traducir por «bello».

4. *Prae* significa «delante», «antes», «más». Es una preposición que marca preferencia, *prae nobis beatus*, de Cicerón, es «feliz por encima de nosotros», es decir, «más feliz que nosotros». Es una preposición que rige el ablativo que va detrás de un comparativo; yo la traduzco aquí por «que» para mayor facilidad. También significa «a causa de».

5. *Ilithya*, *eileítheia*, de *eleutho*, *venio*, porque a Lucina se la invoca para que el parto venga a la luz.

Sive tu Probas vocari. Los pueblerinos tenían la superstición de creer que los dioses consideraban, de sus nombres, unos más agradables que otros, bajo los cuales le gustaba ser invocados; y la gente de pueblo tenía miedo de desagradarles.

6. *Lenis aperire*. No hay nada más común en griego y en latín que un infinitivo detrás de un adjetivo, sobre todo en los poetas. Es un giro que también han tomado los latinos de los griegos. Las lenguas vulgares ponen una preposición entre estas dos palabras, y esta preposición nos permite sobreentender la que debería haber en griego y latín, tal como ha notado el Método de Port Royal en observación a la regla 8 de la Sintaxis; yo, sin embargo, no me he atrevido a expresarla. Basta con señalar que es un giro griego. *Lenis aperire*, es decir, *lenis in aperiendis seu producendis partubus; quae leniter seu cum minimo dolore producis partus*. Véase Parce, precor, gravidis facilis Lucina puellis, / maturumque utero molliter aufer onus (Ovid. *Fast.* 2).

7. *Lucina*. Esta palabra viene de *lux*; ya porque esta diosa saca a niños a la luz, ya porque *principium tu, dea, lucis habes* («tu, diosa, tienes el principio de la luz») (Ovid. *Fast.* 2). Así se llamaba esta facultad de Juno Lucina. *Juno*, en este caso, no significa la diosa Juno, esposa de Júpiter, que presidía las bodas; es más bien un epíteto de Lucina llamada *Juno* a partir de *iuvare*, como si fuera la *iuvans* («la que ayuda»). Por ello los Genios de las mujeres se llamaban *Junones*, y los de los hombres *Genii*, ya que los paganos creían que había una divinidad adjudicada a cada persona: *Singulis aut Genium aut Junonem dederunt* (Sen. *Ep.* 110).

Sol	alme		qui
Soleil, qui animes et nourris toutes choses, qui			
promis	et celas diem (cum)		curru
fais paroître et caches le jour avec un char			
nitido,	(atque qui)	nasceris	alius et
brillant,	*et qui*	*renais*	*autre et*
		différent	
idem,	(utinam)	possis	visere
le même,	*que*	*tu puisses*	*voir*
		puisses-tu	*ne rien voir*
nihil	majus (prae) urbe		Roma:
rien	*plus grand que la Ville*		*Rome:*
de plus	*puissant*		*de Rome*

O Ilithyia lenis aperire
O Ilithye douce à ouvrir
qui mets doucement au jour

rite partus maturos, tuere
à propos les enfantemens mûrs, protege
les enfans prêtes

matres; sive tu probas vocari
les méres; soit que tu aprouves d'être apellèe
aimes

Lucina, seu Genitalis
Lucine, ou Genitale.

Diva, producas subolem patrumque
prosperes decreta super iugandis
feminis prolisque novae feraci
lege marita.

8. *Lege marita*. Ley sobre los matrimonios. Los paganos, que solo se preocupaban de los bienes de este mundo, habían condenado el celibato. Había castigos para los que no se casaban: no podían recibir herencias (*Caelebs capere haereditatem prohibetur propter legem Juliam,* Ulp, in frag. Tit. 22: *Qui haeredes institui possunt*). Augusto había renovado esta ley: *Leges quasdam ex integro sanxit, ut de adulterio, de pudicitia et de maritandis ordinibus quam aliquanto severius emendavit* (Suet., in vita Aug.). Esta ley fue derogada por Constantino y otros emperadores cristianos, tal como se desprende del título *De infirmandis poenis coelibatus et orbitatis* del Código.

Por lo demás, Horacio utiliza *lege marita*, como Propercio *marita fides*, Plauto *marita pecunia*, Cicerón *marita domus* etc. Un sabio comentarista moderno cree que *marita* es aquí imperativo del verbo *maritare*; pero a mí no me parece que sea propio de la lengua latina poner este tipo de verbos sin ningún tipo de complemento, sobre todo en activa; véase *maritat vite populos* (Hor) y otros ejemplos.

El pasaje de Suetonio, además de enseñarnos que esta ley se llamaba *De maritandis*, nos hace ver también que Horacio pudo llamarla *marita* sin miedo a dejar por ello de ser entendido.

(O) diva (precamur ut) producas
O déesse nous prions que tu étendes
Tu portes bien loin

subolem (Romanorum), atque ut
la posterité des Romains, et que

prosperes Decreta Patrum
tu fasses réussir le Décrets des Pères
les Arrests de Senateurs

super feminis jugandis
sur les femmes qui doivent être mariées
touchant

atque super lege marita
et touchant la Loi Maritale
concernant les mariages

feraci prolis novae,
qui portera l'abondance d'une race nouvelle,

(sub te favente).
sous toi favorizant

certus undenos deciens per annos
orbis ut cantus referatque ludos
ter die claro totiensque grata
nocte frequentes.
Vosque veraces cecinisse, Parcae,
quod semel dictum est stabilisque rerum
terminus servet, bona iam peractis
iungite fata.

9. *Decies undenos*, diez veces once años. Es decir, ciento diez años, un siglo. Servio indica que el siglo es tomado unas veces como espacio de ciento diez años, otras como espacio de mil, y frecuentemente por menos.

10. *Referat ter die claro.* Es decir, durante tres días y tres noches.

11. *Parcae*. Generalmente se dice que se llaman así, por antífrasis, porque *nimini parcunt* (no perdonan a nadie). De la misma forma, dice Servio, un *lucus* se llama así porque non *lucet*. Pero Agustín Dato, Sanctius y algunos otros, llevados por ideas más razonables, dicen que la antífrasis es una especie de ironía y consta de muchas palabras; consiguientemente no se puede hablar de antífrasis cuando el recurso se basa en la etimología de una sola palabra; de manera que yo no sé qué puede haber en contra del orden natural en el hecho de nombrar una cosa a través de su contrario, es decir de llamar luminoso a un objeto, precisamente porque es oscuro.

Parcae, según estos autores, viene de *parcus*, porque *parce nobis vitam tribuunt* (nos dan la vida parcamente); o de *partiri*, porque son ellas las que parten entre los hombres el bien y el mal y marcan el curso de su vida; o, en fin, porque sus funciones las tienen repartidas entre ellas: *Parcae quasi partitae; / Clotho colum retinet, Lachesis net, et Antropos occat.*

En lo que se refiere a *lucus*, proviene de una palabra etruria, según Sanctius, o, mejor, de *lucere*, ya que como no estaba permitido, por respeto, cortar estos bosques, se trataba de bosques muy espesos y consiguientemente muy oscuros; de manera que fue la necesidad, y no la superstición, la que introdujo la costumbre de encender luminarias en ellos. Véase el Apologético de Tertuliano, quien se mofa de esta costumbre.

12. *Stabilis rerum*, es decir, «en la estabilidad de las cosas»; o sea, que da estabilidad, que hace estables las cosas. *Dare stabilitatem* es una frase de Cicerón.

Estos adjetivos derivados de verbos pueden a veces ser considerados como portadores de un sustantivo que rige al genitivo que sigue, de la misma manera que *poenitet* se reduce a *poena tenet*[358]. Pero, a menos que esa explicación esté muy clara, es mejor considerar estas construcciones como helenismos; esa es la verdadera explicación de estos genitivos, según hemos indicado a propósito de *potens sylvarum*. Lo mismo sucede con *ferax prolis novae* y similares.

Lo que Horacio dice aquí se refiere al uso de lindes o fronteras. Bajo las ruinas del Capitolio se encontró una estatua del Dios Término, que había sido puesta allí para asegurar la perpetuidad de imperio romano.

(Precamur ut) orbis certus
Nous te prions que un cercle certain
une révolution constant

annorum (ductus) per decies undenos
d'années conduit pendant dix fois onze
cent-dix

annos, referat ter (in) die
ans, raméne trois fois de suite dans un jour,

claro, totiesque (in) nocte
brillant, et autant de fois dans une nuit

grata et cantus, atque ludos
agréable et les chants, et les jeux

frequentes;
célébrez par un grand concours de monde:

Vosque (ô) Parcae veraces
Et vous ô Parques véridiques

cecinisse; (namque) terminus
après avoir chanté, car un terme
dans vos prophéties; un borne

stabilis rerum servat (illud)
qui donne la stabilité des choses garde ce
maintient

quod dictum est semel (a vobis), jungite
qui a été dit unefois par vous, ajoûtez

fata bona (satis) jam peractis.
des destinées bonnes aux destinées deja passées.
heureuses

[358] *Poenitet* porta el nombre *poena*; por eso puede regir un genitivo.

Fertilis frugum pecorisque Tellus
spicea donet Cererem corona;
nutriant fetus et aquae salubres
et Iovis aurae.
Condito mitis placidusque telo
supplices audi pueros, Apollo;
siderum regina bicornis, audi,
Luna, puellas.

13. *Spicea*. Es necesario fijarnos bien en estos adjetivos que obligatoriamente tenemos que resolver con un sustantivo precedido de la preposición *de*. Nuestra lengua es a veces más pobre que la latina, y a veces más rica.

14. *Donet Cererem*. Los latinos decían *donare aliquem dono*, de la misma forma que nosotros decimos colmar a alguien de bienes, gratificarle, colmarle; y dado que en pasiva se decía *donatus, donari* etc., los latinos decían también *donare aliquid alicui*. La traducción literal, que no tiene en cuenta los matices de los diferentes regímenes de los verbos, no tiene en cuenta el giro que estaba ya en la mente del que habla. Así ante un giro como el ciceroniano *circumdare custodias alicui* hay que estar advertido; y lo mismo ante *cirdumdare moenia oppidi*, también de Cicerón, que significa «dotar de murallas a todo el rededor de una ciudad»; *circumdare oppidum moenibus*, de César, es cerrar una ciudad con murallas.

15. *Fetus* se refiere a todo tipo de producciones, y no solo a crías de los animales; así se dice *fetus terrae*, Cic., *fetus animi* etc.

16. *Telo. Telum* alude a todo tipo de arma que se pueda lanzar desde lejos. *A telo*: la preposición *à* marca en general el punto de partida de algo que sigue; por eso significa *après*; *a ientaculo*, de Plauto, significa «después del desayuno»; *a coena*, «después de la cena»; y lo mismo *a mundo condito*, *a pueritia*; y en Virgilio, *Aen*. 1, *revocato a sanguine Teucri* significa «tras haber recordado la sangre de Teucro». Yo suplo esta preposición, con este sentido, delante de muchos ablativos.

17. *Bicornis*. Se piensa que los juegos seculares se celebraban durante la luna nueva.

Luna es como *Lucina*, derivado de *lucere*.

(Precamur ut) Tellus fertilis (a
Nous prions que la terre fertile par

proventu) frugum pecorisque,
L'abodance à venir de fruits et de bétail

donet Cererem a corona spicea et
gratifie Ceres de une couronne d'épies et

(ut) aquae salubres et aurae
que des eaux salutaires et les airs
saines un air sain

Jovis nutriant fetus.
de Jupiter nourrissent ces productions.

Apolo mitis placidusque (a) telo
Apollon doux et paisible après ton dard
tes traits

condito, audi pueros supplices.
enfermé, écoute les jeunes garçons suplians
qui te prient.

Ô Luna bicornis, regina siderum
Ô Lune à deux cornes, reine des astres

audi puellas.
ècoute les jeunes filles.

Roma si vestrum est opus Iliaeque
litus Etruscum tenuere turmae,
iussa pars mutare Lares et urbem
sospite cursu.

18. *Sospes*, «que ha escapado de un daño». Hay que recordar aquí la historia del viaje de Eneas descrita en Virgilio.

Si Roma est vestrum opus, atque si
Si Rome est votre ouvrage, et si

Turmae iliae tenuere littus
des troupes troyennes ont possedé le rivage
d'ilium

etruscum, (hae turmae quae erant)
étrurien ces troiupes qui étoient

pars (trojanorum) jussa (à
une partie de Troyens commandée par
une trouipe

vobis) mutare lares
vous de changer leurs lares
leurs Dieux domestiques

et urbem (à) cursu sospite;
et leur ville par une course heureuse;
une navigation

cui per ardentem sine fraude Troiam
castus Aeneas patriae superstes
liberum munivit iter, daturus
plura relictis:
di, probos mores docili iuventae,
di, senectuti placidae quietem,
Romulae genti date remque prolemque
et decus omne.

19. *Daturus plura*. Esas «las más grandes ventajas» son el imperio romano, que iba a ser entregado a los descendientes de Eneas y de sus compañeros.

20. *Romulae genti*. *Romulus, a, um*, adjetivo. Se dice también *Romuleus, Romulidae, arum*, y *Romulides, um*. Digo esto porque no sé por qué fatalidad estas palabras, que están en Horacio, Virgilio, Marcial etc., no se encuentran en los diccionarios normales.

Cui (parti) castus Aeneas superstes
A laquelle troupe le chaste Enée survivant le pieux

Patriae, munivit sine fraude
à sa patrie, fit sans danger ouvrit sans qu'il leur arrivât aucun mal

iter liberum per Trojam
un chemin libre au travers de Troye

ardentem, daturus (bona)
ardente, devant leur donner des biens en feu, destiné à leur donner des avantages

plura (prae) relictis.
en plus grand nombre que ceux qu'ils avoient laissez.

Dii (date) probos mores juventae
Dieux donnez de bonnes moeurs à la jeunesse

docili, Dii (date) quietem
susceptibile d'instruction, Dieux donnez le repos

senectuti placidae, date
à la vieillesse qu aime la tranquillité, donnez

genti Romulae remque
à la race de Romulus et du bien au peuple Romain

prolemque et omne decus.
et une longe postéririté et tout honneur toute sorte de gloire.

Quaeque vos bobus veneratur albis
clarus Anchisae Venerisque sanguis,
impetret, bellante prior, iacentem
lenis in hostem.
Iam mari terraque manus potentes
Medus Albanasque timet secures,
iam Scythae responsa petunt, superbi
nuper, et Indi.

21. *Clarus Anchisae sanguis*. Hay que entender que se refiere aquí a Augusto en persona, como señalaron ya los antiguos comentaristas. Él era de la familia de los Julios por parte de su madre Accia, hija de Julia, hermana de Julio César; Augusto había sido adoptado por este emperador. La familia de los Julios pretendía descender de Julo, hijo de Eneas, y Eneas era hijo de Anchises y de Venus.

22. *Albanas*. Los habitantes de Alba pasaron a Roma bajo el reinado del rey Tulo Hostilio, convirtiéndose así en un único pueblo con los romanos. Es una forma figurada de hablar: la parte por el todo; eso es metonimia.

Secures. Las antorchas que iban delante de aquellos que habían sido investidos con la primera dignidad de la República. *Timet secures* es también una expresión figurada con la que se alude a los romanos.

23. *Responsa petunt*. Nos escriben para conocer nuestra voluntad, nos preguntan cuales son nuestras órdenes.

(Atque precamur ut ille) sanguis clarus
Et nous prions que ce sang illustre

Anchisae Venerisque qui vos veneratur
d'Anchise et de Venus qui vous honore

(a) bobus albis imperet prior
par des boeufs blancs commandé ayant l'avantage

prae hoste bellante, lenis
avant un ennemi qui lui fait la guerre, et doux
sur

in hostem jacentem.
envers un ennemi abatu
qui se rend.

Jam Medus timet manus potentes
Déja le Mede redoute nos mains puissants

(in) terra marique atque secures Albanas.
en terre et sur me et les haches Albaines.
Sur Romaines.

Jam Scythae et Indi nuper
Deja les Scythes et les Indiens peu auparavant

Superbi petunt responsa.
Fiers demandent des réponses.
de décisions.

Iam Fides et Pax et Honor Pudorque
priscus et neglecta redire Virtus
audet, apparetque beata pleno
Copia cornu.

Augur et fulgente decorus arcu
Phoebus acceptusque novem Camenis,
qui salutari levat arte fessos
corporis artus,

24. *Camenis*. Las musas, que son como *Casmenae*, término que viene de *carmen*, que en tiempos se decía *casmen*, según Varrón.

25. *Arte salutari*. Apolo era el inventor de la medicina: *inventum medicinae meum est* (Ovid., *Met*.). Esculapio, su hijo, era el dios de ella de una manera más particular.

26. *Artus*. Son en realidad las articulaciones del cuerpo, pero por extensión este término se puede referir también a los miembros. Racine, *Arto*, *je reserre*.

Jam fides, et pax, et honor
Déja la bonne foi, et la paix, et l'honneur

pudorque priscus, et virtus neglecta
et la pudeur ancienne, et la vertu négligée

audet redire, et beata copia apparet
osse revenit et l'heureuse abondance paroît

(cum) cornu pleno.
Avec sa corne remplie.

Si Phoebus* Augur, et decorus
Si Phébus augure, et orné
Dieu des Augures

(ab) arcu fulgente, acceptusque novem
par un arc brillant, et reçû aux neuf

Camenis, qui (ab) arte salutari levat
Muses, qui par un art salutaire soulage

Artus fessos corporis;
les membres abatus deu corps;
malades

**Si Phoebus*. El *si* está sacado de la estrofa siguiente.

si Palatinas videt aequus arces,
remque Romanam Latiumque felix
alterum in lustrum meliusque semper
prorogat aevum,
quaeque Aventinum tenet Algidumque,
quindecim Diana preces virorum
curat et votis puerorum amicas
applicat auris.

27. *Palatinas arces*. El palacio de Augusto estaba en el monte Palatino: *habitavit primum juxta romanum forum…postea in Palatino* (Suet., en la *Vita Augusti*). Este monte había sido la morada de los dioses de Roma; de ahí deriva *palatia* con el significado de mansiones reales. Augusto, tras la batalla de Accio, había ordenado levantar un soberbio templo en honor de Apolo en el Palatino.

28. *Alterum in lustrum*. *Lustrum* no está tomado aquí como un lustro que dura cinco años, sino que se refiere a las expiaciones seculares. El *semper* se refiere a *alterum* y a *melius*: «prorroga siempre de siglo en siglo».

Si, (inquam, ille Deus) aequus videt
Si, dis-je, ce Dieu favorable regarde

arces Palatinas, (utinam)
les grands édifices du mont Palatine, que

proroget semper remque Romanam
il proroget toujours et la chose Romaine
il conservce la République Romaine

atque felix Latium in alterum
et l'heureux Latium dans un autre
le pais Latin

lustrum (atque in) aevum
lustre et dans un siècle
temps d'expiation un temps

semper melius. (Atque utinam)
toujours meilleur. Et que

Diana quae tenet montem
Diane qui posséde le mont
A un temple sur

Aventinum Algidumque, curet preces
Aventin et le mont Algide, exauce les priéres
Fasse attention aux

Quindecim virorum (custodum carminum
Des quinze hommes gardiens des vers

Sibyllarum) et (utinam) applicet aures
des Sibylles et que elle prête des oreilles

amicas votis puerorum.
amies aux voeux des jeunes gens.
Favorables.

Haec Iovem sentire deosque cunctos
spem bonam certamque domum reporto,
doctus et Phoebi chorus et Dianae
dicere laudes.

29. *Chorus reporto*. Se considera aquí al coro como persona. Ello sucede generalmente en los autores antiguos. Por lo demás, el coro, aunque está compuesto de muchas personas, tiene valor de singular, como cuando decimos una tropa, una ciudad, una armada, etc.

30. *Spem reporto Deos sentire*. Es un giro latino; en francés se dice *je m'en retourne avec une confiance entiére que les Dieux ont ces sentimens*. Los problemas que el «que» plantea a los jóvenes desaparecen con esta forma de explicar los idiotismos. Basta con exponer el giro latino, que algunas lenguas vulgares todavía conservan, y confrontarlo con el giro correspondiente francés. Los que explican esto con reglas, hacen exactamente lo mismo que si enseñaran que *pan* se dice *panis* en latín y dijeran que hay que mantener la primera sílaba latina, *pa*, después poner una *n* delante de una *i* y luego añadir una *s*.

(Ego) chorus doctus dicere laudes
Moi choeur instruit à dire les louanges
à chanter

et Phoebi et Dianae reporto (ad)
et de Phébus et de Diane je remporte à

domum spem bonam certamque
ma demeure une espérance bonne et assure

Jovem cunctosque Deos
Jupiter et tous les Dieux

sentire (haec negotia).
penser ces choses.

Se explicarán así Terencio, Horacio, Virgilio y Juvenal de esta misma manera.

Se terminó de imprimir este libro
el día 18 de febrero de 2019,
festividad de San Eladio
en los talleres gráficos
de Dosgraphic, S.L.